

The background of the cover is a close-up photograph of a man and a woman. The man, in the foreground, has dark, slightly messy hair and a short beard. He is looking off to the right with a serious expression. The woman is in the background, her face partially visible in profile, looking towards the man. The lighting is warm and soft, creating a romantic and intimate atmosphere.

EL LATIDO
DEL
DESEO

PARTE 1

DELORA L. PEREÑIGUEZ

**EL LATIDO DEL
DESEO**
DESEO ÉIRE 3
PARTE 1

DELORA L. PEREÑÍGUEZ

Copyright © 2019 by Delora L. Pereñíguez

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo. La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal). Los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Solo un amor profundo y sincero puede vivir eternamente.

DELORA L. PEREÑÍGUEZ

SINOPSIS

Enzo ha decidido exiliarse en la isla Williams. No quiere ver a nadie. Para él nada tiene sentido sin Adara. La oscuridad ha reinado sobre la luz. Y su corazón se fue con Adara cuando murió trágicamente el día de la boda. Lloró sobre su tumba y se quedó con ella durante horas bajo la lluvia. No aceptaba su muerte, haberla perdido para siempre.

Pero una ayuda inesperada, caída del cielo, lo ayudará a descubrir la verdad y a desterrar el dolor que lo está consumiendo.

El mayor error que cometió Enzo, fue confiar que su mayor enemigo no haría nada contra él. Pero le atacó en su punto más débil. No solo destrozó el día más importante de sus vidas, sino que, con un plan maquiavélicamente elaborado hizo pasar por muerta a Adara el día de la boda para llevársela.

Pero ahora Enzo ya lo sabe. Y está decidido ir en busca de Adara. No descansará hasta encontrar a su mujer. Y si es un plan suicida ir solo, no le importa. Destruiría la isla entera si eso hace que Adara vuelva a sus brazos. Pero no es el único que se verá obligado a permanecer en la isla por culpa del psicópata de su enemigo. Más allá de la mansión significa: PELIGRO DE MUERTE. Esa isla esconde cosas que harían caer hasta el gigante más invencible. Según cuentan, que cuando entras al interior de la isla, no sales vivo de allí.

Enzo y Adara no están preparados para descubrir que esconde en realidad la isla Williams, y que ellos, son la clave para un secreto que ha estado oculto mucho tiempo.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

CAPÍTULO 1

ENZO

Mis ojos estaban pegados a esas palabras. Me hallaba postrado de rodillas delante del espejo. Mi mirada humedecida viajaba de una palabra a otra con el corazón martilleando en mi pecho con una fuerza arrolladora.

Adara... Está... Viva... Y... Se... Encuentra... Más... Allá... De... La... Mansión.

Mi respiración se aceleró más dejando mis manos temblorosas en mis muslos, encorvando mi cuerpo.

—Está... está... está... —me negué a pronunciar esa palabra por el terror que me gobernaba.

Mi mente fue más retorcida y no quiso creerlo. Entonces sentí que el dolor me perforaba y me retorcía sin clemencia alguna.

Si esto era un engaño o una manipulación era lo más vil y rastrero que se lo podía hacer a una persona.

Me levanté de un salto con un pequeño y repentino mareo y me tambaleé varios pasos, reponiéndome de inmediato al intentar serenarme.

—¡Berenice!

La llamé con la voz ronca y débil.

Esperé irritantemente una contestación.

No llegó.

El dolor siguió alimentándose de mí.

—BERENICE —mi grito retumbó por todo el salón sin despegar mis ojos del espejo—. ¡Cómo puedes jugar así conmigo! ¡¿Cómo sabes que está viva?! ¡Dímelo!

El vapor siguió rodeándome, cubriendo cada zona del salón.

Amargué mi expresión sintiendo las lágrimas.

Por favor, esto no podía ser irreal.

—No me hagas esto —le supliqué desgarrado.

En otra parte del espejo, se despejó más el vapor y unas letras comenzaron a formarse en el cristal cubierto de vaho. Me deslicé rápidamente hacia ellas mirando cómo cada letra se formaba en el espejo.

NO JUEGO CONTIGO. ADARA ESTÁ VIVA. VIVA.

Me quedé de piedra mirando las letras.

Era la segunda confirmación. No mentía.

Viva. Estaba viva.

Por primera vez en lo que parecía mucho tiempo, pude respirar, sentir la vida, ver la luz.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté en un tartamudeo.

LO SÉ.

Escribió poco después.

—¿Por qué no apareces? ¿Por qué no puedo verte?

Vi cómo se deslizaba el vapor en otra zona del espejo y fui allí, leyendo:

ELLA ME HA QUITADO LA POCA ENERGÍA QUE TENÍA. NO QUERÍA QUE TE

LO DIJERA. VE A POR ADARA. ESTÁ EN PELIGRO. NO VAYAS SOLO.

Empecé a respirar deprisa y repasé bruscamente mis manos por mi pelo húmedo. Solo cabía pensar una cosa. Alguien se había llevado a Adara. Alguien lo había planeado todo para que pareciera un accidente cuando supuestamente se propició el fuego en la casa de invitados. Alguien la hizo pasar por muerta.

Adara estaba en la isla. Justo aquí. ¿Por qué?

—¿En qué parte está? ¿Quién la tiene? —pregunté con brusquedad y ahogado por la desesperación.

Esperé.

Me moví de un lado para otro.

—¿Berenice?

No volvió a responder.

—¡Joder! —gruñí.

De pronto, sentí como la puerta se abría con un crujido que estremeció mi cuerpo. A mí alrededor la nube de vapor fue disipándose hasta deslizarse fuera de la estancia. Parecía que Berenice se había marchado. ¿Esa tal «ella» habrá descubierto que Berenice se había comunicado conmigo? Maldita sea.

El salón se quedó limpio en cuestión de segundos, volviendo a la normalidad, como si nada hubiese ocurrido aquí dentro.

Pero fue real.

Cuando mis ojos visualizaron la puerta, salí por ella alejándome del Salón de Esgrima & Ballet.

¿Qué había pasado ahí dentro?

Nervioso, trastornado, inquieto y con mil sensaciones perturbadoras recorriéndome la piel, caminé desorientado por el pasillo con la mente embotada.

Una palabra no paraba de rebotar en mi cabeza.

Viva. Viva. Viva. Viva. Viva...

Me detuve en mitad del pasillo.

Mis ojos estaban anegados de lágrimas. Apoyé una mano en la pared para sentir que toda esta situación no era nada irreal y que no se desvanecería, que no desaparecería porque todo había sido una ilusión provocada por mi ferviente deseo de volver a ver a Adara.

Adara.

Viva.

Sentí como mi cuerpo temblaba.

—Viva —susurré.

Las sombras que habían cegado mis ojos fueron abastecidas de luz. Los demonios gritaron al sentir la luz, huyeron, pero sé que no habían desaparecido del todo.

Desvié mi vista a la mano que tenía en la pared dejando mis ojos en la alianza.

Mi Adara estaba viva.

Después de lo que pareció una eternidad. Una sonrisa brillante adornó mis labios.

Un gemido bajo mis pies hizo que mirara hacia abajo. Shamus me estaba mirando preocupado, lamiéndome en la mano.

—Está viva, Shamus —le tomé la cabeza y le di un beso. Él en respuesta me ladró moviendo la cola más animado.

Este grandullón sabía que Berenice me tenía preparada la nube de vapor en el Salón de Esgrima & Ballet y por eso me llevó allí.

—Gracias por llevarme al Salón —volví a besarle con alegría—. Eres el mejor perro del mundo.

Y salí disparado hacia el salón principal, pasé por el destrozo que causé debido a la rabia y el dolor, y busqué el teléfono inalámbrico de la casa rezando para que no estuviera destrozado. Después de varios minutos buscándolo, lo hallé bajo un montón de libros esparcidos por el suelo.

Lo cogí marcando un número.

Me moví de un lado para otro con la mano puesta en la nuca, esperando.

—¿Enzo? ¿Eres tú?

La voz somnolienta de Dan retumbó al otro lado.

—Necesito que todos vengáis a la isla —refuté, tajante.

—Qué, espera. ¿Qué ocurre? —se aclaró la garganta—. ¿Qué has hecho? —su voz se entonó preocupada.

—No tengo tiempo de explicarlo por teléfono.

—Pero Enzo...

Colgué mirando con más arrojo el salón totalmente destrozado. *Joder*. Viéndolo desde una perspectiva más racional, había descargado una furia imparable aquí. Los remordimientos me golpearon con más culpa. No se había salvado nada. Esto no le iba a gustar a Adara. Y si Leonard estuviera vivo esto no le sentaría nada bien. Más que eso, creo que intentaría matarme. Más tarde me encargaría de arreglar todo este estropicio que yo mismo había causado.

Fui a la puerta principal y la dejé entornada para los chicos. Me marché al despacho de Leonard y tomé el retrato de Adara mirándolo con la mirada brillante.

—Estás viva —susurré conmocionado—. Voy a por ti, cariño —perdí la mirada en un silencio sepulcral—. Más allá de la mansión —musité.

¿Pero eso que significaba?

¿Qué lugar en concreto quiso decirme Berenice?

Mierda.

¿Por qué no me dijo el lugar exacto donde Adara se hallaba? Más allá de la mansión. Eso no especificaba nada. Solo que era más allá de la mansión. Esta isla era de dimensiones enormes. Podría tirarme semanas para encontrar a Adara.

No. No pienses en negativo. Me dije alejando el pánico de mí.

Así tuviera que remover cielo y tierra, encontraría a Adara. Así tuviera que buscarla bajo las piedras. No descansaría hasta dar con ella. Aunque fuera lo último que hiciera en esta vida.

Cerré los ojos apretando los puños. Dejé que el día de la boda volviera a mi mente, aunque eso me dejara tocado. Los gritos de los invitados. La casa envuelta en llamas. La desesperación por encontrar a Adara. Quemaba recordar ese día. Pero tenía que hacerlo. Torcí una mueca de dolor al verme frente a la casa de invitados pensando que Adara estaba dentro.

Y luego... en el hospital.

—*¿Es mi esposa?! —le grité interrumpiéndole.*

El corazón me latió desbocado como nunca lo había hecho.

—*Señor Price... —comenzó tartamudeando, intentando no apartarme su mirada y seguir con mucho tacto—. Lamento mucho comunicarle que es su esposa.*

Abrí los ojos con la llama de la furia llameando en mi interior con más intensidad, sintiendo

como los puños me temblaban, hasta notar que mi cuerpo también.

Ese forense. El tal Mauricio. Mintió. Me dijo que era Adara.

Todo fue un ardid para hacer pasar a Adara por muerta y llevársela. ¿Ese hombre era el cabecilla de su secuestro?

Habían secuestrado a mi esposa.

Habían intentado robarme mi vida.

Mi felicidad.

Mi luz.

Mi banrion.

Mi esperanza.

Mi mujer.

—Seas quien seas, voy a dar contigo —solté en voz baja amenazadoramente—. Y cuando lo haga, vas a arrepentirte de haber tocado lo más sagrado de mi vida.

PÚM.

La sangre se me congeló. Alcé la cabeza ante ese estridente ruido procedente de la segunda planta. Había sonado como si alguien hubiese tirado un objeto.

Y no tardé en dar con esa «persona» en mi cabeza.

—Berenice —murmuré.

Salí disparado hacia la segunda planta subiendo las escaleras de dos en dos. Recorrí los pasillos con todos los nervios golpeándome, buscando ese objeto. No lo había imaginado. Sé que lo había escuchado.

PLAM.

El sonido de esa puerta cerrándose me indicó su procedencia. Venía del pasillo en el que se encontraba la habitación de Berenice. Esperaba la pista definitiva para encontrar a Adara, y para darle a mi corazón más aliento, más vida, más esperanza. Pero me encontré con algo que me descolocó. Muy cerca de la habitación de Berenice, se encontraba su diario, tirado en el suelo. Abierto especialmente por una página.

Contemplé el pasillo algo desconcertado.

—¿Quieres que coja tu diario?

Esperé. Oyendo solo como el viento golpeaba los cristales. Su susurro se colaba y me ponía los pelos de punta. Aún no amanecía.

No muy lejos de mi posición, un objeto redondo decorativo del pasillo cayó al suelo retumbando contra éste. Lo miré unos segundos sin inmutarme. Acostumbrado a esta forma que tenía de comunicarse conmigo.

—Me lo tomaré como un sí —le respondí.

Me incliné y tomé su diario del suelo, ojeándolo. Lo observé en silencio. Adara fue la última en tocar el diario de Berenice. Lo dejó aquí y me prometió no seguir investigando, no hasta que volviéramos de nuestra luna de miel. Cerré los ojos al lamento. Nunca debí prohibirle a Adara que siguiera leyéndolo.

Me sentía culpable.

Puse toda mi atención en la página.

Mayo de 1958.

Hoy es el día perfecto. Hill y Howard se marchan de la isla. Van a tardar días en volver. Y el bueno de Horace se pasará todo el día cuidando de padre. Ha vuelto a recaer en su neumonía.

Tengo que ir más allá de la mansión. Mañana al alba saldré y descubriré por qué tanto secreto. Volveré a ponerme esos pantalones que compré a escondidas de padre. Es mejor que ir con un vestido. He oído a Horace hablar con mi padre sobre una llave que es muy importante y que se guarda en una de las «puertas especiales». Sé cuál es la puerta y lo que hay que hacer con ella. Así que solo tengo que ir, tomarla, y bajar a los pasadizos.

Es ahora o nunca.

¿Puertas especiales?

¿Una llave?

¿Qué era esto?

Suspiré.

Me sentí disgustado. Esto no me llevaría hasta Adara. ¿En que estaba pensando Berenice para hacerme leer esta parte de su diario?

—¿Qué estoy haciendo? —me dije desesperado.

Debería estar buscando a Adara por la isla. Está claro que el diario de Berenice no me iba a decir gran cosa.

Cerré el diario y le di la espalda a la puerta del **Rubí** para bajar a la primera planta. Pero no llegué muy lejos porque de pronto, sentí como una fuerza sobrenatural me volvía a posicionar delante de la puerta, haciendo que el diario se deslizara de mis manos. La presión sobre mi pecho me hizo jadear, sujetándome el cuello por la forma tan brusca en la que me había vapuleado.

Parpadeé alucinado mirando a mí alrededor. *¡Pero qué demonios!*

—Berenice, no tiene gracia. ¿Por qué lo has hecho? —le reclamé con el corazón acelerado.

Nunca pensé que tendría esa clase de fuerza para moverme.

No obtuve respuesta y eso me frustró dejando mis ojos en su puerta. ¿Por qué no quería que me moviera de aquí? El diario, que se encontraba bajo mis pies, se hallaba abierto por la última página en la que visualicé una nota pegada desgastada y amarillenta.

Me fijé en ese detalle volviendo a coger el diario.

Leí lo que ponía en la nota.

Anotaciones:

***Puertas especiales*.**

***Rubí*. *Zafiro*. *Esmeralda*.**

***Cómo conseguir la llave*.**

Seguir cuidadosamente los pasos y no cometer un error si quiero conseguir la llave oculta. Es una especie de puzzle clave para que la llave se visualice en la puerta correcta. Primero; la puerta del Rubí. Segundo; la del Zafiro. Y, por último; la del Diamante...

Desvié mi mirada hacia la puerta del **Rubí**.

Y se mostró ante mí el *enigma* oculto como si fuera una revelación. Las «puertas especiales». Claro joder, se trataban de las habitaciones que fueron de Berenice, Howard y Hill. Y si Berenice quería que hiciera esto, es porque tenía que ver con Adara. Lo sé.

—¿Quieres que lo haga? —señalé.

Me quedé atento a su respuesta.

Y no muy lejos de mí ella tiró otro objeto.

—Lo tomaré como un sí —volví a decir.

Concentré mi mirada en el dibujo que hizo Berenice en su momento en la nota de su diario, y desvié mis ojos a los recuadros de la puerta y en cada triqueta tallada que había sobre ella. Había cincuenta Triquetas, todas iguales, ninguna destacaba por algo, y de no ser por el dibujo de Berenice en la nota de su diario, habría sido imposible saber cuál mover.

Primero tenía que tocar el recuadro de la Triqueta de la cuarta fila. El sexto recuadro empezando desde la izquierda. Tomé aire intentando que el pulso no me temblara. Y llevé mi mano hacia él, empujando el recuadro hacia dentro con facilidad, oyendo un tipo de mecanismo que lo activó. Nunca en la vida pensé que estas puertas fueran una especie de mapa para encontrar una llave. La mansión Williams era toda una caja de sorpresas. Fijando mi vista en el dibujo de la nota, fui a por el siguiente recuadro, y por los otros dos. Cuando metí el último y lo giré como en el dibujo, escuché más allá de los pasillos un ruido. Me aparté de la puerta del **Rubí** y mientras caminaba, ojeé lo que puso Berenice para la siguiente puerta.

La puerta del **Zafiro** tenía un diseño muy cuidado, elegante y detallado, como la del **Rubí**. Solo que ésta la decoraba una Espiral. Hice todos los pasos indicados en el dibujo y con el último recuadro activado, al mismo tiempo que miraba, un ruido se deslizó al fondo del pasillo.

Ahora tenía que ir a la puerta del **Diamante**. Esto se estaba convirtiendo en una verdadera locura. Pero una locura en la que me sentía vivo y esperanzado.

Porque Adara estaba viva.

Me quedé frente a la puerta del **Diamante** e hice todos los pasos que indicaba Berenice en su nota. Metiendo el último recuadro y girándolo a la derecha para que el Trébol quedara de lado, esperé a que sucediera algo.

Esperé un segundo tras otro. Impaciente. Nervioso.

Pero nada. No sucedió nada.

Fruncí el ceño ojeando la nota del diario. Qué raro. Solo ponía al pie de la nota: *Ahora toma la llave de la Cruz celta.*

¿Qué Cruz celta? Miré la puerta, pero no encontré nada que me indicara en qué lugar se hallaba la llave y tampoco había un dibujo de una Cruz celta. ¿Dónde estaba? ¿Era otra especie de acertijo?

Agaché la cabeza. Y solté un suspiro frustrado, cavilando que no había seguido los pasos correctos del dibujo.

¿Por qué Berenice se empeñó en que lo hiciera?

Y con el silencio que habitaba la mansión, escuché un crujido fuerte que me alertó, permaneciendo ese sonido tres segundos más hasta desvanecerse. Como si *algo* oculto hubiese sido revelado.

Levanté la cabeza rápidamente. Parecía venir de abajo.

Corrí hacia la primera planta como un animal desesperado. Y busqué por todos los pasillos sin dejar de ojear con ansiedad cada zona para ver si encontraba algo anómalo. Pasé por el pasillo donde se hallaba el despacho de Leonard y entré de golpe al encontrarme la puerta abierta, mirando su interior con la respiración acelerada.

Juraría que el ruido había procedido de esta planta.

Una Cruz celta...

—¡Enzo!

La voz de Dandelion en la entrada me descolocó al oírlo. Ya estaban aquí. Y me di cuenta

entre la luz tenue que se colaba por las cortinas oscuras, que estaba amaneciendo. No sé dónde estaba la supuesta llave de las puertas especiales. Y tampoco sabía que abriría esa llave. Joder.

Lancé un suspiro y frotándome la frente, me dirigí al escritorio tomando la foto de Adara.

—¿Enzo?

Esta vez escuché a Aliza detrás de mí.

Cuando me giré, no solo Aliza se encontraba en la entrada, observándome. Dan, Evelyn, Uriel, Declan y Dave. Todos estaban aquí. Sus expresiones se quedaron caóticas, perplejas y llenas de compasión. No entendía por qué me miraban así. Hasta que supe que era por mi desastroso aspecto, más parecido a un muerto viviente que a una persona.

—Dios, Enzo —dijo Aliza y alteró más su expresión señalándome con la mano—. ¡Estás sangrando!

Se acercó apresurada mirándolo más de cerca. Bajé la vista a mi brazo sin haberme percatado de que la mancha de sangre se había hecho más grande, y que se apreciaba mucho porque la camisa era blanca.

—No es nada —le resté importancia.

—¿Nada? —expresó Dan sorprendido de mi apatía hacia mi salud.

—Hombre *nada* —continuó Uriel al señalarme como un kamikaze que no le importaba herirse.

—¿Qué le ha pasado al salón principal? —saltó Evelyn con un rostro aún demacrado adornando sus dulces rasgos.

—Eso —siguió Dan—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —mentí.

—Parece que es la palabra favorita de muchos. Nada —expresó Dave con desdén mirando solo a Dandelion y Evelyn.

¿Por qué lo decía de esa forma? Evelyn agachó la cabeza algo incómoda por la mirada de Dave.

Se hizo un silencio en el que ellos se quedaron mirando el retrato de mis manos.

—Deja de torturarte —me pidió Aliza.

Negué con la cabeza rodeando el escritorio, dejando una mano en el respaldo de la silla.

—Sal de esta isla, Enzo —me pidió Dan con la voz tensa—. Esto no te hace ningún bien. Te lo dije.

Los miré a todos con severidad.

—No pienso moverme de aquí. Espero que no tenga que volver a repetirlo.

Dan se tensó.

—¿Por qué te haces esto? —continuó irritado—. ¿Quieres morir de pena? Sé que a Adara no le hubiese gustado verte como un depresivo que busca su muerte.

Intenté controlar la ira que quiso dominarme.

—¡Te voy a pedir el favor de que no hables de ella como si estuviera muerta! —le repliqué con brusquedad.

Se quedaron anonadados de mi respuesta.

Agaché la cabeza hacia la foto. Y asomé una pequeña sonrisa mirando a Adara.

—Está viva. Adara está viva —les confesé de sopetón.

Aliza y Evelyn fueron las que soltaron un jadeo. Todos se quedaron mirándome con estupor y como si estuviera realmente majareta.

—¡Pero qué disparate es ese! —exclamó Dan.

—Madre mía —dijo estupefacto Uriel.

—¿Viva? —balbuceó Evelyn con un rostro acongojado y lleno de lágrimas.

—Dios santo —susurró Declan llevándose una mano a la cabeza.

—Eso no es posible, Enzo —añadió Aliza mirándome apenada.

Dave me miraba en silencio y de brazos cruzados.

¿No me creían?

—¿Por qué crees que está viva?

—Uriel no le sigas la corriente —le replicó Dan sin dejar de mirarme—. Es evidente que ha cruzado la línea de la locura.

—¡No estoy loco! —me defendí—. Berenice me lo dijo.

—¿Qué! ¿¿Qué te dijo?! —soltó Evelyn más alterada y llorando.

—¿Ves lo que consigues? —dijo Dan señalándola, decepcionado de mi comportamiento irracional—. Basta. Le estás haciendo daño.

—¿Berenice está aquí? —me preguntó ella ignorando a Dandelion.

Agaché la cabeza, ofuscado.

—No. No puede estar aquí. Dice que esa tal «ella» le ha quitado la energía y no puede aparecerse ante mí. Ha sido un conjunto de cosas —fui explicando, y dejé la foto en el escritorio—. La tumba vacía de Dean, luego Shamus me llevó al Salón de Esgrima & Ballet que estaba lleno de vapor...

—¿Vapor? —saltó Dave con su escruta mirada en mi rostro.

—En el espejo estaba escrito que Adara está viva.

—No puedes creerle —refutó Dan.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no?

—¿Quién dice que no te está mintiendo? —me comentó desconfiado.

¿Por qué tenía la sensación de que no podía contar con ninguno de ellos para ir a por Adara? ¿Por qué no me creían? Berenice me dijo que no fuera solo. Pero ellos simplemente no podían tener un *voto* de confianza conmigo.

—Yo estoy flipando porque aún no asimilo que puedas ver a una muerta —dijo Uriel con una sonrisa nerviosa frotándose la frente.

Lo miré extrañado de que él estuviese enterado de Berenice, y dirigí mi mirada a Dan y Evelyn. Eran los únicos que podrían haberle hablado de ella.

—Se lo hemos contado —hizo una mueca Evelyn, confesándomelo.

—Ya hablaremos más tarde de cómo es posible que puedas ver a una muerta —aclaró Aliza con un gesto de manos sin dejar de mirarme—. ¿Qué es eso de que te lo escribió en el espejo del Salón de Esgrima & Ballet?

Así que todos sabían de Berenice.

No sé qué tan bueno era eso.

Inhalé con profundidad.

—No hay tiempo. Tengo que ir a por ella —aseguré desesperado.

—Enzo, despierta —me replicó Dan, cabreado—. Adara está muerta. El forense nos confirmó que era ella.

La sangre me hirvió de solo recordarlo, acelerando mi respiración.

—¿Ese bastardo mintió! —respondí con ferocidad—. Y yo creo en Berenice. Me dijo que se encontraba más allá de la mansión.

—¿Más allá de la mansión? —dijo Declan mirando al resto—. Eso también lo mencionaste en

la cena a la que nos invitasteis.

—¡No te das cuenta, Enzo! —miré a Dan ante su furioso grito—. Tal vez Berenice esté mintiendo, tal vez esa tal «ella» la está manipulando o algo peor, yo que sé. Pero tal vez quieran hacerte daño —acongojó su rostro sin dejar de mirarme. No me gustaba ver cómo me miraba lleno de lástima—. Adara está muerta y ya es hora de que lo aceptes.

¡Nunca!

—¡¡No está muerta!! —grité con furor.

—¡Tienes que dejarte ayudar! No pienso permitir que te hundas —me señaló como advertencia y su rostro se enmascaró en una clara determinación—. Sabes que, se acabó, voy a llamar a un buen amigo psicólogo para que te ayude. Esto hay que cortarlo de raíz.

Sacó el móvil del bolsillo de sus pantalones y se dio la vuelta marchándose del despacho. En el fondo me dolió. Mi mejor amigo no me creía.

Podía llamar a quien quisiera, pero no pensaba hablar con un loquero. No estaba loco. Ella estaba viva. Y confiaba plenamente en Berenice. Ya podía estar el mundo en mi contra, decirme mil veces que no, porque yo no iba a decaer. Había vuelto mi esperanza. Mi luz. Y nadie me la arrebataría.

—Dan, espera —Declan fue detrás él con pasos apresurados.

Todo apuntaba a que Declan tampoco me creía. Aliza balbuceaba, sin saber si mirarme o no, y finalmente decidió salir del despacho con un rostro alterado. Después de todo, decidió seguir a Dan y Declan. Decidió no creerme.

Resoplé agachando la cabeza, apoyando las manos en la mesa.

¿Qué iba a hacer? No me creían. Simplemente no lo hacían. Sé que parecía una locura todo lo que había dicho. Pero era la pura verdad. Y esperé que, de todos, Dan fuera quien me creyera sin necesitar más pruebas, pero veo que me equivoqué.

Estaba solo en esto.

Sin darme cuenta vi como una mano deslizaba una foto sobre la mesa y mis ojos chocaron con ella. Mi corazón se aceleró al ver que eran Berenice y su esposo Dave. Cuando levanté la cabeza, me choqué con el rostro serio de Burke.

—Ya hablaremos —me avisó muy serio respecto a la foto que había deslizado sobre la mesa.

¿De dónde diablos había sacado la foto?

En su profunda mirada verde veía reflejada la incertidumbre y miles de preguntas que lo perturbaban.

—Y si piensas que tu mujer está viva, ve a por ella sin importarte que piense el resto del mundo.

Y se dio la vuelta saliendo del despacho.

Volví a agachar la cabeza sintiendo un gran peso sobre mis hombros. De reojo vi que faltaban por marcharse Uriel y Evelyn.

—No hace falta que os quedéis —les murmuré cabizbajo—. No quiero vuestra lástima.

—¿Lástima? —saltó Uriel confuso.

—Enzo —se apresuró Evelyn en acercarse tomando mi mano. Su mirada brillaba por las lágrimas contenidas—. Yo te creo.

—¿Me crees?

—Yo también —se acercó Uriel poniéndose al lado de Evelyn—. Si algo me ha enseñado la vida es que tienes que dejar una puerta abierta a todo. Por muy loco que parezca.

Asomé una media sonrisa.

—¿Qué te dijo más Berenice? —se aclaró la garganta Evelyn sorbiendo de la nariz.
Temblé de solo pensarlo.

—Qué está en peligro, y que sobre todo no fuera solo.
Evelyn hizo un sonido de pánico perdiendo la mirada.

—¿Te acuerdas de mi llamada, Enzo? —me preguntó Uriel.

Me puse a pensar. Sé que me llamó, pero no recordaba exactamente lo que me dijo. ¿Algo relacionado con el hospital? Maldita sea, ¿por qué no presté atención a todas las llamadas?

—Vagamente —respondí entre dientes, irritado conmigo mismo de que no pusiera más atención.

—Mauricio Grimes, antiguo forense del Hospital de Galway tiene cincuenta y nueve años —lo miré perplejo y más conmocionado que nunca—. Sí, Enzo. Ese Mauricio que tú viste tan joven, era un impostor. Fui al hospital a comprobarlo y resulta que el verdadero Mauricio se retiró hará cosa de un mes.

Evelyn se llevó las manos a la boca.

—¡Parecía un forense de verdad! —exclamó ella.

—Tú lo has dicho, parecía —añadió Uriel mirándola.

Intenté controlar mi salvaje respiración.

—Maldito hijo de puta —estallé lleno de furor dando un puñetazo al escritorio—. Te juro que lo voy a matar —mi objetivo era salir por la puerta y dar con ese bastardo que me había causado el dolor más grande de mi vida.

—No malgaste ni un aliento con él —me detuvo Uriel agarrándome del hombro—. Debe haberse ido del hospital. Ni siquiera se quedaría más tiempo del que necesitó para hacerte creer que tu esposa era esa mujer quemada.

Me giré hacia otro lado soltando un gruñido furioso. ¡Cómo fui tan idiota de caer! Mi corazón me lo dijo. Mi corazón sabía que esa no era Adara.

—¿Entonces quién es la mujer que hemos enterrado en el cementerio Williams? —preguntó Evelyn asustada.

—No lo sé —dije angustiado.

Uriel se quedó pensativo mirando el suelo.

—Oye, eso de más allá de la mansión... —comenzó Uriel con un rostro inquisitivo—. Lo que te dijo Berenice, ¿no se referirá más allá del muro en la isla?

Me quedé mirando a Uriel ante su pregunta.

¿Muro? Indagué en mi mente. No recordaba nada de un «muro», hasta que mis recuerdos efectuaron hacia uno en el que me vi con diez años y mi abuelo me hablaba de él.

—Abuelo, ¿qué hay en la isla Williams para que sea tan especial?

Él me sonrió.

—Es muy especial. Tanto, que un muro la protege.

Abrí más los ojos, sorprendido y curioso.

—¿Un muro? No lo he visto.

—Está más adentro de la isla.

—¿Me llevas?

—Es peligroso, Enzo. Además, es impenetrable. Desde fuera no se puede entrar. Solo se puede acceder por un lugar. Un lugar que huele muy rico y te puede achispar...

—¿Muro? —dijo Evelyn desconcertada sacándome de mis recuerdos.

—Sí —asintió Uriel mirándonos—. A unos veinticuatro kilómetros de aquí hay un enorme muro. ¿Tienes un mapa de la isla? —me preguntó, y asentí señalándole la estantería. Uriel se deslizó hasta esa estantería llena de mapas, tomó uno de la tercera balda, y lo extendió sobre el escritorio, desplegándolo del todo—. Para ponernos en situación, la isla Williams es un poco más grande que la isla Maui. Tardaríamos mucho, pero mucho en recorrerla. Y no tenemos ninguna pista de dónde puede estar Adara.

—¿Pero qué es eso del muro? —lo señaló Evelyn perdida.

—¿Recuerdas lo de tu abuelo? Tú me contaste que un día te dijo algo sobre un gran muro —siguió Uriel.

Asentí atento.

—Pues hace como cinco años me tomé la libertad...

Enarqué una ceja.

—¿La libertad? —resalté torciendo una leve sonrisa.

—Sí —asintió algo avergonzado, también sonriendo—. La libertad de sobrevolar tu isla en mi helicóptero, y resulta que ese muro... —tomó un rotulador negro e hizo un círculo—. Rodea una zona exacta de la isla.

¡Pero qué diablos! Me acerqué más, mirándolo con profundidad. Nunca imaginé que un muro rodeara el interior de la isla; no de esa forma.

—Es muy raro —Evelyn hizo una mueca.

—Es como si ese muro quisiera proteger lo que hay en el interior de la isla —Uriel dio unos leves golpecitos en el mapa.

Los tres nos miramos inquietos. Parecía hacer de fortificación. Como si dentro de esos muros hubiese algo oculto. ¿Por qué nunca le di tanta importancia?

No dejé de darle vueltas a la misma pregunta.

¿Por qué había especialmente un muro rodeando el centro de la isla?

CAPÍTULO 2

ADARA

Me costaba respirar. Como si alguien estuviera aplastando mis pulmones.

Tenía escalofríos.

Dolor de cuerpo.

Pero había un inmenso dolor que lo triplicaba; el que padecía mi corazón. Quería negármelo mil veces. Decirme que no era cierto. Qué Enzo no cometió esa locura que Dean le había provocado.

Mi cuerpo tembló más y me acurruqué contra la fría losa del suelo en el que me había pasado estos dos últimos días. No me quedaban fuerzas. Había intentado escaparme dos veces y no sirvió de nada. Y para un mayor mal, tenía fiebre. Esa «mala suerte» había vuelto a por mí. Creo que nunca se marchó. Solo se ocultó para atacarme de nuevo. Lo que sí era seguro es que cada vez que Dean me llevaba ante esa extraña puerta... mi marca de la nuca ardía. Ardía en mi piel como nunca lo había hecho.

El lugar en el que me tenía era una habitación sin ningún tipo de decoración o ventana. Era fría, húmeda y eso había conseguido que me debilitara hasta caer enferma. Mi vestido de novia estaba hecho un estropicio, y tan sucio que el blanco ya poco se vislumbraba. Desde ayer rechazaba la comida que me traían. No pensaba comer.

Si Dean quería que viviera este infierno durante el tiempo que él quisiera tenerme cautiva, se estaba equivocando de persona. Prefería morir que ser su cautiva el resto de mi vida. Sin Enzo la vida no merecía la pena.

Solté un débil sollozo, abrazándome.

Él no. Enzo no podía haberse quitado la vida.

Dean mentía. Lo que me dijo hace unas horas era una absoluta mentira.

Pero tú oíste como gritó. Me dije aterrada.

No quería creerle.

Mi corazón se negaba a aceptarlo.

En las primeras horas de mi secuestro pensé que Enzo no se tragaría lo del incendio, que no me creería muerta tan fácilmente. Qué sabría de alguna forma que estaría viva, tal vez porque Berenice le diría que me habían secuestrado, —ella siempre lo sabía todo—, pero desde ese día ella no había dado señales. ¿Entonces como sabría que estaba viva?

Las horas siguieron pasando, y el tiempo se volvió largo, doloroso y desesperanzador. Y cuando Dean me mostró un vídeo —de las cámaras de seguridad del hospital de Galway—, donde vi a Enzo en un pasillo del hospital exigiendo ver mi supuesto cuerpo carbonizado... mi vida se apagó y con ella la esperanza de volver a verlo.

Cerré los ojos llorando en silencio. Tenía la imagen clavada en mi mente. Él; suplicando, furioso, abatido, descontrolado...

Dios mío.

¿Por qué el lunático de mi primo nos hacía esto?

Estaba más que claro que Dean planeaba quedarse con todo lo que tuviera que ver con la isla Williams, y si con ello tenía que arrebatarse vidas; lo haría sin temblarle el pulso.

No asumía que el fuera mi primo.

No podía.

Evelyn, Dan, Aliza, Declan y Dave estarán rotos por el dolor. Por creerme muerta. Llorando un cuerpo que no era el mío. Y mi Enzo. Temblé. Dios... él. De solo imaginar cómo se sintió al creer que yo era esa mujer, temblaba de rabia e impotencia.

—Me acaban de comunicar que padeces una terrible fiebre.

¡Dean!

Su voz desde la puerta me retorció el estómago y ni me molesté en mirarlo. Al ver que no le respondía, entró del todo y se movió por la zona con tranquilidad.

—No sé qué truco has usado para ponerte enferma, pero eso no te libraré. Quiero que abras la puerta —me exigió con una voz más dura.

Le lancé una mirada asesina.

—Vete al infierno.

Dean esbozó una sonrisa arrogante y se aproximó a mí quedándose de cuclillas para estar a mi altura. Pausé la respiración con mi loco corazón revoloteando en mi pecho.

—Hace mucho que estoy en él, y tengo el enorme placer de compartirlo contigo, prima.

Me daban náuseas cada vez que me llamaba «prima».

—Llevo dos días diciéndotelo —le repliqué débil—. No sé cómo abrir esa puerta de la que hablas.

—Pero tienes la marca —me señaló en un gesto.

¡Pero de que hablaba!

—Vamos, no te hagas la tonta —expresó irritado al ver mi cara desconcertada que no se tragaba—. Sabes de lo que hablo. Seguro que investigaste la mansión y encontraste las pistas que te llevarían a abrir la puerta.

—Piensa lo que quieras —murmuré.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —se levantó alejándose de mi espacio personal, lo cual agradecí. No toleraba tenerlo cerca—. Con Enzo muerto a ti nada te importa, ¿no?

Su voz victoriosa resonó en la habitación. El dolor me atravesó como una daga ardiendo, perforando mi lastimado y herido corazón. Amargué mi expresión temblándome los labios. Y lo miré fijamente llena de todo el odio que tenía.

—Créeme que si él supiera que estoy viva, vendría a por mí. Enzo no es un hombre normal —su sonrisa se desvaneció. Vi cómo se tensaba. Vislumbré algo, no sé lo que era. ¿Miedo? ¿Un temor que crecía en él? Lo que sí sé es que no le gustaba lo que había dicho—. No es de lo que acuden a la policía. O esperan un milagro. Es de los que buscan sin límites. No le importa los peligros. Y cuando me encontrara, iría a por ti. Y el mejor consejo que te daría es que huyeras y nunca miraras hacia atrás.

El silencio gobernó el espacio. Quería asustarlo, que se acobardara.

Terminó por chistar riéndose con burla.

—Pero no vendrá —expresó con alegría—. Porque él está muerto. Se suicidó. Y tú bien lo sabes.

De solo recordarlo estallé.

—¡Por tu culpa! —terminé por sollozar sintiendo como la visión se me borraba por las lágrimas—. ¡Asesino!

Torció el gesto al llamarle asesino.

—En unos minutos volveremos a la puerta y será mejor que colabores —su advertencia estaba

vestida de una amenaza peligrosa.

—¿Ha dicho algo? —la voz de Laida llegó hasta mis oídos.

¡La maldita que me drogó!

Ella entró a la habitación contoneando su esbelto cuerpo con su cabello rubio y largo recogido en una trenza. Era joven y muy hermosa; con una asquerosa belleza muy dulce. Un privilegio *malgastado* que la vida le había concedido. Porque ella misma me confesó que lo usaba para atrapar a los hombres que deseaba cazar, y matarlos. La odiaba por apoyar a Dean en secuestrarme y ser parte de todo esto. En sus manos traía una bandeja de comida.

Apostaba a que estos dos eran amantes.

—Se niega a abrir la puerta —le comentó él cruzándose de brazos.

Ella posó sus grandes ojos azules sobre mí mientras se movía con superioridad.

—Te he dicho que me lo dejes a mí —torció una sonrisa malévola—. Déjame usar una de mis torturas y tendrás lo que buscas en menos de cinco minutos.

Aunque intenté que no lo notaran, mi cuerpo tembló tras escuchar nuevamente lo de la «tortura». Se veía una mujer sin un ápice de compasión, tan cruel y despiadada. Y podía dar fe de que lo era, desde el primer día.

—Y yo te he dicho que no la tocarás de esa manera —concluyó Dean muy terminante hacia ella—. Lo que quiero que consigas es que coma —le ordenó, saliendo cabreado de la habitación.

Ella puso los ojos en blanco y se acercó con la bandeja dejándola en el suelo. Tomó el cuenco lleno de sopa y me lo pasó. Con toda la rabia contenida, le di un manotazo tirando la sopa al suelo, salpicándonos a ambas. Ella hizo el amago de echarse un poco hacia atrás pasando las manos por su pantalón negro, maldiciéndome.

—¡Prefiero morir! —dije con ferocidad.

—Pues púdrete —se inclinó susurrándomelo con verdadero placer—. Si Dean acepta a que te torture, y sé que pronto accederá, primero empezaré a romperte uno a uno los dedos de las manos —me cogió de la muñeca retorciéndomela, haciéndome gemir de dolor—. Si no quieres comer, niñata, no comas. Pero tampoco beberás —tomó el vaso de la bandeja y me arrojó el agua sobre la cara, mojándome.

Rió con mucho placer de verme mojada y temblando. Y se puso de pie, alejándose unos pasos, paseándose por la habitación.

—¿Sabes? —empezó, mirando con asco el sitio—. Vi a tu marido. Tenía curiosidad de cómo era y de saber por qué Dean lo odia tanto. Él no me vio, fue en el hospital.

El corazón se me aceleró. La miré fijamente.

—¿Lo viste? —murmuré.

—Es un hombre muy guapo y sexy —soltó un suspiro mordiéndose el labio.

Tragué aire para calmar mi estado.

—De los que consigues engancharte —añadió como si le gustara.

Apreté la boca deseando tener la suficiente fuerza para estrangularla. ¿Qué pretendía decirme con todo eso?

—Él nunca se fijaría en una mujer como tú —dije feroz.

Me dedicó una gran sonrisa.

—Conseguiría que fuera mío en un chasquido de dedos —me insinuó con mucho placer—. Lástima que tu pobre marido esté muerto.

Se dio la vuelta saliendo de aquí en un estallido de carcajadas.

¡Perra!

Tomé la cuchara de plástico de la bandeja y la tiré contra la puerta cerrada, con un grito de rabia. Me arrinconé contra la pared con todas mis emociones aflorando.

¿Por qué Berenice no aparecía?

¿Acaso no sabía dónde estaba?

¿Ella no podía llegar hasta aquí?

Yo tampoco sabía muy bien dónde estaba. Me mantuvieron drogada durante el trayecto y luego desperté en esta habitación. Y cuando pasaron dos horas, Dean ya me estaba llevando ante esa puerta que él pensaba que yo podía abrir.

Incliné mi cabeza dejando mi mejilla contra el frío y duro suelo.

El primer día intenté escapar. Pero Dean tenía una especie de ejército de hombres que vigilaban día y noche el lugar en el que yo estaba. También quise atacar a esa tal Laida con un cubierto de plástico, y al fallar, me dio un bofetón e intentó meterme una paliza. Paliza que Dean detuvo. Y aún no sé por qué.

Mis parpados me pesaban.

Estaba cansada.

Muerta de frío.

Y a cada segundo el dolor arremetía más contra mi cuerpo.

Si me llevaba otra vez ante esa puerta sé que no resistiré más. No sé qué tenía ese lugar. Pero me afectaba mucho.

Bajé mi mirada y acaricié con los dedos trémulos el anillo de compromiso y la alianza. Cerré los ojos con una lágrima cayendo por mi mejilla. Con el silencio siendo mi único aliado, viajé hacia un recuerdo. Era lo único que me mantenía con una cálida luz. *Recordar*. Fue antes de que nos casáramos. Estábamos pintando las paredes de la repostería que inauguraría en año nuevo.

Me mordí el labio inferior conteniendo una sonrisa, viendo como mi súper hombre pintaba la pared con el rodillo de forma equivocada.

—Estás haciéndolo mal.

—Hum —me miró.

—Tienes que hacerlo en una dirección —le hice la demostración.

Se encogió de hombros.

—Y qué más da, la pared quedará pintada.

Me quedé boquiabierta.

—Pero mal. ¿Nunca has pintado una pared?

Se quedó pensativo mirando el techo.

—Digamos que lo último que pinté fue el granero de mi abuelo. Tenía siete años —terminó por reír porque tal vez eso no acabó muy bien.

Su risa llena de energía me contagió y la imité.

—Así que el señor Price no sabe pintar. No eres tan perfecto como creía —me mofé juguetona.

—Hey —me reclamó sin estar molesto de verdad—. No me ataques.

Me puse una mano en el pecho teatralmente.

—Perdóname, Don Perfecto. No volverá a suceder —le guiñé un ojo, riendo.

Enarcó una ceja con un rostro divertido, dejando el rodillo en el suelo.

—Me apetece pintar otra cosa —se acercó a mí.

—¿El qué?

—A ti —me arrebató mi brocha y me la restregó por la nariz.

Estaba frío y pegajoso. Grité por la sorpresa echándome para atrás, llevando mis dedos a la nariz azulada. Enzo rió encantándome como se le suavizaban los rasgos. Podía tirarme horas viendo como reía. Amaba esa risa suya tan especial.

Entrecerré los ojos dispuesta a la revancha. Me agaché tomando otra brocha y bañándola en el bote.

—Creo que a ti te falta algo de azul en la camisa —le restregué la brocha en el pecho ensuciando su camisa blanca—. Te dije que al final te ibas a manchar la camisa blanca —me mofé.

Su risa se desvaneció mirándose sorprendido. Y yo le sonreí orgullosa alzando la barbilla.

—Con que esas tenemos —se agachó y empapó la brocha en el bote azul viendo como goteaba.

—No, Enzo. Por favor —le supliqué y correteé por el plástico del suelo de la habitación, huyendo.

Lo esquivé un par de veces. Pero finalmente me atrapó, tomándome de la cintura, pasándome la brocha por la cara y la blusa, mientras yo gritaba entre risas sacudiéndome y atacándole con mi brocha todas las veces que podía.

Solo éramos risas, diversión y esa encantadora burbuja en la que me gustaba estar con él. Lo que empezamos como un trabajo serio, lo terminamos jugando como dos niños. Sin importarnos si acabábamos o no.

No sé en qué momento las brochas cayeron al suelo y lo de pintarnos pasó a un segundo plano, llevando mis manos a su cintura y sintiendo las suyas agarrando mi rostro, uniendo nuestros labios.

El beso se convirtió en deseo y hambre. Me colgué de su cuello atrayéndolo más hacia mí, moviéndonos sobre el suelo plastificado y embarrado de pintura. Una de sus manos viajó por mi cuerpo erizando mi piel, y me agarró de la cintura pegándose a su cuerpo de forma posesiva y ardiente. Sabía cómo estremecerme y volverme loca. Gemí cuando mordisqueó suavemente mi labio inferior alejándose unos centímetros de mis labios para devolverme el oxígeno que me había robado.

Le sonreí ruborizada. Y me perdí en su mirada gris que resplandecía y que estaba bañada de ternura y amor. Suspiró y acarició su nariz con la mía derritiéndome más.

—¿Qué te parece si vamos a por unas pizzas para comer? —me sugirió sonriente.

Eso no sonaba nada mal.

—Vale —dije besando sus labios—. Pero así no podemos salir.

Era un gran problema que tuviera la cara y el pelo manchado de pintura, y sobre todo la blusa. Y el condenado tenía menos pintura en sus ropas. Aunque su camisa había pasado de un blanco impoluto a un azul. Y sus mejillas y barbilla estaban manchadas debido a nuestro apasionado beso.

—Entonces voy yo —se apartó alejándose hacia la puerta.

¡Qué! Di un brinco.

—Enzo, no puedes salir así —intenté detenerlo.

—Claro que puedo. No me importa estar lleno de pintura —se tanteó el bolsillo del pantalón para ver si tenía la cartera.

—Te van a tratar de loco.

—Pues que lo hagan.

—Enzo —me ignoró abriendo la puerta. Ay Dios. Resoplé por lo cabezón que a veces podía ser, caminando hacia la ventana para verlo. Le hice un gesto de que volviera y me negó con un dedo sonriendo muy travieso. ¿Y cómo lograba verse tan hermoso? Incluso embarrado de pintura seguía irresistiblemente sexy. Mi Dios griego.

—¿Enzo, qué te ha pasado? —exclamó el señor Eusebio. Era un hombre mayor y de los que milagrosamente no me tenía una ojeriza enfermiza por la maldición Williams.

—¡El amor! —gritó Enzo con evidente alegría alzando los brazos al aire. Me llevé una mano a la boca riendo porque estaba loco. El señor Eusebio rió y prosiguió su camino. Enzo me guiñó un ojo que aceleró más mi corazón y se marchó hacia la pizzería de Ellis.

Esbocé una sonrisa llena de dicha.

El amor era lo más mágico y hermoso que tenía el humano.

El recuerdo se evaporó de las retinas de mis ojos. Entre mis labios agrietados elevé una pequeña sonrisa. Una sonrisa que no tardó en desaparecer, porque lejos de hacerme bien, ese recuerdo me ahogó más en un pozo de padecimiento. Nuestra *mágica felicidad* entró en un agujero negro el día de nuestra boda. Y desde entonces, ese agujero se había hecho más profundo alejándome de la luz.

Seguía negándome que él estuviera muerto. Mi Enzo. Mi Mac tíre.

Me llevé la mano cerca de mi corazón.

—Enzo —susurré con la voz quebrada.

Si no me mataba Dean.

Me mataría la fiebre.

O peor, esa puerta que hacía que mi marca ardiera.

ENZO

Seguía sin entender como había un muro rodeando la isla.

—También hay otra cosa —expresó Evelyn haciendo esfumar mis pensamientos—. Tenía pensado dártelo uno de estos días, sé que estabas pasando por un momento... —hizo un mohín—, y prefería esperar. Pero esto te pertenece.

Metió la mano en el bolsillo de su bolso y sacó un pequeño libro de cuero marrón.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es el diario de tu bisabuelo, Horace. O al menos eso creía Adara —me confesó.

Me quedé helado.

—Lo encontró Adara en el desván —me aseguró—. Pero no te quiso contar nada porque te prometió que no investigaría más hasta después de la luna de miel.

Tomé ese pequeño diario, ojeando las páginas. Uriel nos miraba a ambos sin pillar nada.

—Tengo que buscar a Adara. No aguanto un segundo más —dije tajantemente.

—Y te ayudaremos —me prometió Uriel para tranquilizarme—. Pero primero hay que ser sensatos. La persona que la tiene lo tenía todo premeditado. Lo calculó todo. Y no estará solo. Pero no cuenta con el factor sorpresa. Qué ya lo sabemos —bajó la mirada sobre mi cuerpo e hizo una mueca—. Y hay que curarte ese brazo.

—Es verdad —dio un respingón Evelyn—. Voy a buscar el botiquín —se apresuró en salir.

—No hace falta —intenté detenerla, pero no lo conseguí.

—Yo voy a convencer al resto. Sobre todo a Dan —repuso Uriel.

Y salió detrás de Evelyn.

Inhalé con profundidad.

Me quedé mirando ese pequeño diario de mis manos. Era de mi bisabuelo Horace. Él también escribió uno en su época. No entendía por qué Adara no me lo contó. ¿Creía que me enfadaría si me hubiese hablado de que había encontrado el diario en el desván? No lo hubiera hecho. Sé que no.

Suspiré con pesar dejando el diario en el escritorio.

Caminé de un lado para otro sintiendo como en mi interior todo se descontrolaba. Me detuve a pensar y analizar en qué lugar exacto buscar. Tenía que hallarlo. Cada segundo perdido era más peligroso para Adara.

¿Por qué tuve que ser tan tozudo? ¿Por qué no accedí a que investigáramos la isla?

Dios, si al menos tuviese una pista.

Lo que me daba más impotencia eran los segundos que se convertían en minutos. El no saber dónde ir, ni dónde buscarla. Encogí mi rostro en una expresión atormentada.

¿Y si la estaban maltratando?

¿Y si le estaban haciendo un daño irreparable?

¿En qué condiciones se encontrará?

La imaginación me traicionó, y en mi mente se figuró su imagen maltratada, humillada, llorando, asustada, débil, con miedo y pánico, y sacó lo peor de mí.

Mi expresión se convirtió en un glacial creciente de ira.

Y cerré el puño golpeando el escritorio.

No aguantaba más. Tenía que moverme. No estaría ni un maldito segundo más aquí sin hacer nada para traerla de nuevo a mis brazos. Si Berenice no podía decirme el lugar exacto donde ella se encontraba, yo lo encontraría. De alguna forma lo haría. No iba a descansar hasta dar con Adara. No podía soportar la idea de que Adara pensara por un instante que no la buscaba. Qué por alguna razón había dejado de quererla. Eso arañaba mi corazón haciéndome sangrar.

Y no iba a salir de aquí sin ir armado. No iba a esperar al resto y que ideáramos un plan. Eso me restaría horas de búsqueda. Sé que Berenice me dijo que no fuera solo. Pero ahora mismo era un *Mac tíre* incontrolable y lleno de furia.

Dispuesto a salir a buscar a mi esposa, me dirigí a la salida.

Pasando por la puerta abierta, vi de reojo algo que me chocó. Me detuve en seco con un rostro envuelto por el desconcierto, y retrocedí unos pocos pasos hasta quedarme frente a la puerta del despacho. En el centro parecía haber un recuadro sobresaliendo, nada típico en la puerta y que rompía la estética del marco. Cada pequeño recuadro estaba tallado con una Cruz celta.

¿Una cruz?

Puse los ojos en blanco apretando los labios. ¡Pues claro! Era la Cruz celta de la que hablaba Berenice en su diario. ¡Cómo no caí! La puerta del despacho era el último paso para hallar la llave.

La puerta del **Diamante** tenía tallado un Trébol, la del **Rubí** tenía una Triqueta y la puerta del **Zafiro** una Espiral. ¿Por qué esas cuatro puertas tenían símbolos celtas? ¿Qué quiso representar Leonard? ¿O era una simple casualidad?

Llevé mi mano al recuadro que sobresalía con una cruz tallada, sacándolo del todo. Era una especie de cajón secreto. No sé si ciertamente esto me iba ayudar, pero un objeto brillante me llamó la atención. Y ahí, en el fondo de ese pequeño cajón, se encontraba la llave. La cogí

sorprendido de que estuviera oculta en la puerta del despacho de Leonard. Limpié con los dedos el polvo que tenía por encima. Estaba más que claro que no era una llave de este siglo. Era antigua. Muy antigua. Tenía un diseño muy diferente y lo que más destacaba era una gema color verde agua en la cabeza. Repasé un dedo por lo que parecían unas palabras escritas. ¿Era irlandés antiguo?

Seguro que esta llave no abre ninguna de las puertas de la mansión.

¿Por qué Leonard ocultaría esa llave en la puerta del despacho?

No pierdas más el tiempo con la llave. Solté en mi interior.

Me guardé la llave en el bolsillo del pantalón y me marché al destrozado salón sin perder más el tiempo. No tardé en dar con el revólver revisando el tambor lleno de balas. Y lo oculté remetiéndolo en mi pantalón, disimulándolo con la camisa.

—¿Enzo?

La voz de Aliza se alzó detrás de mí. Me quedé quieto con la tensión acumulándose en cada músculo de mi cuerpo. *Mierda.* Sé que me había pillado. Y enmascaré mi rostro en una hermética expresión fría e inflexible. No me gustaba ser así con ellos. Pero quién no me creía no tenía el derecho a mandarme en nada. Me giré hacia ella con una actitud indiferente viendo su mirada azul llena de pavor.

—¿Por qué te has ocultado el revólver en el pantalón? —su rostro estaba envuelto por el pánico.

¿Qué creía que iba hacer?

—No es asunto tuyo —le dije con frialdad.

Fui hacia la salida.

—Enzo —me interceptó apresurada tomándome del brazo, deteniéndome—. Estamos preocupados por ti.

—¿Preocupados? —expresé con sequedad y sin dar crédito de que no me creyeran—. ¡Deberíais creerme, no estar preocupados! —le reproché enojado.

Frunció los labios, azorada.

—¿Por qué no me hablasteis de Berenice? —me reprochó ella también.

—Cuanta menos gente sepa de ella, mejor —le expliqué—. Y tampoco sabíamos si nos creerías.

Se mantuvo callada cruzándose de brazos, dejando su mirada asombrada en el salón.

—¿Por qué lo hiciste? —me preguntó.

Conservé la calma al sentir que me venía el mismo dolor y padecimiento que dos días atrás, cuando supe que la vida ya no volvería a ser la misma.

—Porque me ardía el alma de saber que Adara estaba muerta —mi voz sonó sin vida.

Se fijó en mi expresión desolada.

—¿Por qué no me crees? —le reproché dolido—. Joder Aliza, te conozco desde que tengo uso de razón. Eres como una hermana para mí. Y estoy seguro de que jamás pondría en duda algo en lo que tú creerías que fuera real.

Sus ojos se volvieron cristalinos y agachó la cabeza avergonzada, abrazándose con más fuerza.

—Yo no te dije que no te creo —murmuró con la voz quebrada—. Pero no quiero que esa ilusión esperanzadora que está naciendo aquí —me tocó el pecho con el dedo índice justo en el corazón, sin deslizar nuestras miradas—, se desvanezca convirtiéndose en polvo y te destroce por completo.

Me mantuve callado.

—Yo también quiero que vuelva. La echo mucho de menos —balbuceó con la voz frágil—. Adara se convirtió en alguien muy especial para mí. No sé, sentía como si nos conociéramos de toda la vida. Nunca se lo dije —soltó en un sollozo con las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Sé lo que es perder algo que nunca más volverá. Y no quiero que eso te siga pasando a ti. No quiero.

La coraza hermética y fría que decidí ponerme se desvaneció al verla hecha polvo y sufriendo por Adara, y torcí una mueca atrayéndola hacia mi pecho, abrigándola en mis brazos con mi barbilla posada en su cabeza, sintiendo como ella rodeaba mi cintura con sus brazos. Me aliviaba saber que ella si me creía. No estaba tan solo después de todo.

—La traeré de vuelta. Te lo juro.

Asintió sorbiendo de la nariz, retirando un paso hacia atrás.

—¿Y Evelyn? —se limpió las lágrimas de sus mejillas.

—No lo sé. Creo que en uno de los baños de esta planta. Dijo que quería curarme el brazo.

Ella torció una sonrisa entristecida acariciándome la mejilla.

—Si Adara te viera con este aspecto de errante se asustaría. ¿Por qué no te aseas?

Eso era lo que menos necesitaba ahora.

—No tengo tiempo —me giré para salir de la estancia.

—¿Adónde vas?

—A buscar a mi mujer —expresé con firmeza.

Ella jadeó.

—Pero... —fue detrás de mí muy apresurada—. Espera a los demás.

—No esperaré ni un segundo más —refuté con dureza.

Llegué al recibidor encaminándome hacia la puerta principal.

—Uriel y Declan están hablando con Dandelion.

Me daba igual que estuvieran hablando con él. Me daba igual que él no me creyera. Apoyé mi mano en el pomo dispuesto a remover cielo y tierra para encontrar a Adara. Esta vez nada me detendría.

O eso pensé...

Shamus ladró, llegando su ladrido hasta mis oídos. Me estremecí en el acto. No había sido un ladrido juguetón. Ni llamándome. Si no de aviso. Me detuve alejando la mano del pomo y me giré hacia Aliza que tenía el rostro encogido por el terror, esperando cual sería mi siguiente movimiento.

—¿Lo has oído?

Ella frunció el ceño.

—¿El qué? —señaló sin entenderme.

Me quedé mirándola. ¿En serio? ¿No había oído a Shamus ladrar?

Maldije en mi interior. Desviándome de mi objetivo, me deslicé por uno de los pasillos.

—¡Y ahora dónde vas! —me gritó desde el recibidor, pero la ignoré.

Me guie hacia el ladrido. Lo busqué inquieto entre los pasillos. En uno de esos momentos de intranquilidad y silencio mientras lo buscaba, volvió a ladrar y pude localizarlo. Estaba en la cocina. ¿Cómo Aliza no lo oyó?

Entré apresurado, buscándolo ansiado, pero solo me topé con Dave que se estaba tomando un vaso de agua.

—¿Has oído ladrar a Shamus? —le pregunté.

—No —dijo seco—. Acabo de llegar.

Avancé, mirando la cocina. Podía jurar que el ladrido había venido de aquí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —me preguntó.

—¿El qué? —seguí buscándolo.

—Qué sí conoces a la chica de mis sueños.

Me tensé y evité mirarlo.

—Es complicado, Dave. Muy complicado —le respondí con rapidez.

—Me importa una mierda lo complicado que es —me detuvo agarrándome del brazo bruscamente, haciendo que ambos nos miráramos con severidad. Bajé mi mirada glacial hacia su agarre y me soltó de inmediato resoplando intranquilo—. Ahora mismo me vas a contar todo.

—¿De dónde sacaste la foto? —le pregunté serio.

—Ya sabes mi manía de registrar casas. No pude con la curiosidad. Fue el día del entierro de Adara.

Eso no me gustó nada.

—No tenías ningún derecho de registrar la mansión de mi mujer. ¿De dónde sacaste la foto? —le repetí con dureza.

Clavó la vista en el suelo como pensativo.

—De una habitación llamada Rubí —logró recordar.

Joder.

¿Por qué tenía que suceder esto justo ahora? No podía hablarle en este momento de Berenice. No sabía ni cómo comenzar. Y sobre todo tampoco tenía tan claro, si él era posiblemente el difunto marido de Berenice reencarnado en una nueva vida. Qué se yo, no estaba para pensar en estas cosas, la verdad.

—¿Por qué ese tipo de la foto es idéntico a mí? —se señaló trastornado—. Sé que en el mundo hay parecidos, pero joder, hasta tiene el mismo lunar de mi cuello.

Necesitaba que se calmara. Y ahora no tenía tiempo para explicarle quien era Berenice.

—Dave, hablaremos —le prometí.

Me entrecerró los ojos, receloso de mi respuesta.

—Más te vale —y a continuación me susurró más cerca—: Porque te recuerdo que oculté un cadáver que encontraste en esta mansión. Cuando debería haber llamado a las autoridades.

Me irritó que me lo recordara de una forma reprochadora.

—Lo sé. No lo olvido —dije entre dientes.

—Pues entonces háblame de esa mujer —me pidió desesperado.

Abrí la boca, pero me frené al ver de reojo la puerta de las Bodegas Williams abierta. ¡Pero qué diablos!

—¿La has abierto tú? —la señalé con un dedo.

Él la miró con el ceño fruncido.

—No. Pero juraría que estaba cerrada.

Caminé hacia ella, algo desconfiado. Nunca en mi vida había entrado en las Bodegas Williams. Ahí dentro parecía la boca del lobo. Di unos pocos pasos hasta entrar y quedarme en la entrada con la luz de la cocina dándome, y con Dave mirando desde allí tan extrañado como yo. ¿Dónde estaba el interruptor de la luz?

Di otro paso más.

PLAM.

La puerta se cerró detrás de mí siendo estruendoso. Como si la persona que la cerró, se

encontrara muy enfadada. Me volví rápido.

—¡Enzo! —me gritó Dave desde el otro lado y traqueteó el pomo intentando abrirla—. No puedo abrirla. ¿Cómo coño se ha cerrado?

Si no supiera que en esta mansión pasaban cosas extrañas, pensaría que había sido Dave quién me había encerrado aquí porque estaba cabreado conmigo por lo de Berenice. Pero lo descarté de inmediato. Sé que él no fue. Dave Burke podía tener muchos defectos, pero no encerraba a personas en lugares oscuros y húmedos.

La oscuridad que me envolvía no me hacía sentir nada cómodo. No es que tuviera miedo, pero no me gustaba estar sin mi sentido de la vista para cualquier peligro emergente. En otras circunstancias pensaría que había sido el viento, que la puerta se había quedado atascada. Pero aquí no existían las *casualidades*. No en esta isla.

Dave golpeó la puerta dos veces.

—¿Enzo, estás ahí?

—Sí, estoy aquí —le aseguré tranquilo—. Pero parece que la puerta no se va abrir.

—No te preocupes. Te sacaremos de ahí. No te alejes de la puerta. Volveré.

Lo escuché marcharse apresurado.

Sí, ya, como si no me conociera y no sospechara que yo no me quedaba quieto en una zona desconocida. Di un paso hacia la oscuridad para explorar a ciegas la zona, y mis pies chocaron contra algo metálico que pareció deslizarse unos metros. Incliné mi cabeza sin lograr verlo, y me agaché tanteando el suelo hasta dar con el objeto. *No es posible*. Pensé atónito. Era una linterna. La encendí, viendo milagrosamente que podía alumbrar.

Iluminé el espacio lleno de enormes barriles de vino en fila que se perdían en la oscuridad del fondo.

¿Qué hacía una linterna en las bodegas?

Una sensación recorrió mi cuerpo fugazmente y me llevé una mano al pecho con un rostro encogido y lívido. Me golpeó con vigor haciendo tambalear mis emociones. Fue una sensación cálida, pura y llena de luz. Hice una mueca sintiendo mi corazón latir más rápido. Sentía como si Adara estuviera más cerca. Joder, no me lo estaba imaginando. Lo sentía. Con fuerza. En mi interior. Contemplé paralizado el fondo repleto de oscuridad. Si esto era cosa de Berenice no pensaba quedarme aquí quieto. Sé que había sido ella. Estaba seguro. Y si había cerrado la puerta impidiendo que Dave la abriera... es porque quería que avanzara. Solo.

Escuché un ladrido a lo lejos, reconocí a Shamus y alumbré la zona, agitado por el eco de su ladrido.

—¿Shamus? —murmuré.

Él ladró otra vez. Parecía venir de la lejana oscuridad.

¿Qué hacía Shamus aquí?

CAPÍTULO 3

ENZO

Hice todo lo que un imprudente haría.

Caminar.

Avancé despacio, mirando con la linterna las dos hileras de barriles de vino que tenía de izquierda a derecha; ahora inactivos. Bajé una pendiente que me hizo descender un nivel. El lugar oscuro estaba lejos de ser seguro. Hacía frío. Era lúgubre. No era de sensatos meterse en un sitio de estos. Sé por mi abuelo Graham, que hubo una época en la que el «vino Williams» era el mejor de toda Irlanda y que de esa manera los Williams amasaban una de sus tantas fortunas. Pero que llegó un momento en que Leonard Williams paró la producción de sus viñedos, y con esa decisión, la fama de su vino cayó en picado. Mi abuelo nunca me dijo el porqué de esa decisión.

El frío en este lugar emerge con más intensidad. Parecía ser un túnel que iba en línea recta.

Hace minutos que no oía a Shamus y eso me tenía de los nervios. ¿Es que ahora me imaginaba ladrar a mi perro? ¿En realidad Shamus se encontraba en la mansión?

Aliza no lo oyó.

Inhalé con profundidad sin decaer en mi ritmo.

Esperaba no estar volviéndome loco.

La sensación que tuve con Adara tenía que ser real. Suplicaba porque lo fuera. Necesitaba aferrarme a esa cálida sensación que tuve con ella.

De pronto, sentí como algo correteaba bajo mis pies haciendo un chillido irritante y alumbré esa zona, encontrándome con una rata que cruzó hacia los barriles de la izquierda escondiéndose en uno de ellos por un agujero.

—¿Por qué no mandé a que limpiaran esta zona? —me dije.

Seguí avanzando, alumbrando las paredes rocosas llenas de humedad. Bajo mis pies se habían formado pequeños charcos de agua. En algún lugar de estas bodegas habría alguna filtración por la que —posiblemente— la lluvia llegaba hasta aquí.

Un gemido lloroso me puso en alerta. Lo reconocí al vuelo.

—¡Shamus!

Él siguió gimiendo como si estuviera muerto de miedo. ¡Claro que lo estaba! Una de las cosas que más le asustaban a Shamus era la oscuridad y los truenos. Caminé deprisa con el rostro desencajado, pisando los charcos que me salpicaban, buscándolo con la luz de la linterna.

—Ya voy, pequeño —le hablé.

La luz de la linterna chocó con él en una esquina, al final de las bodegas. Estaba agazapado, y no paraba de gemir con las orejas agachadas del temor que tenía.

—Shamus —me arrodillé y él se arrastró hacia mí con la cabeza inclinada—. Ya está —le acaricié la cabeza—. Ya estoy aquí.

Movió suavemente la cola lamiéndome el cuello ante la alegría de verme.

—¿Cómo es que estás aquí, eh? Si tú tienes un miedo atroz a la oscuridad.

Seguí acariciándolo mientras alumbraba la zona con la linterna.

—Berenice, no tenías por qué involucrar a Shamus —solté cabreado—. Tiene miedo a la oscuridad. ¿Por qué lo has hecho?

Me sentí estúpido al hablar en voz alta. Y solté un gruñido. Porque estaba más que claro que ella no se encontraba aquí, y menos que me respondería. Alumbré la pared rocosa que tenía delante y que daba la señal de que no había ninguna salida por las bodegas.

Maldije sintiéndome desolado.

No me imaginé a Shamus.

Pero si me imaginé la sensación con Adara. La de sentirla cerca. Como si estuviéramos conectados como dos imanes.

Apreté los labios con fuerza sintiendo los ojos húmedos y me aclaré la garganta al sentir el nudo mirando a Shamus.

—Vamos, chico —le insté poniéndome de pie—. Debo sacarte de aquí.

Le ordené que no se moviera de mi lado y él se puso a olfatear el suelo con demasiada obsesión. Parecía rastrear algo. *Cosas de perros*. Pensé. Porque aquí no había nada importante que rastrear y puede que estuviera captando el olor de alguna rata.

—Vamos, Shamus —le expresé iluminando el camino de vuelta a la mansión.

Lo más raro de todo era que Burke y los demás a estas alturas no estén ya aquí después de conseguir abrir esa puerta, buscándome como locos. No he hecho más que defraudarlos últimamente. No sé por qué Berenice me quería aquí si no había ni una maldita salida...

Y me di cuenta tarde de que Shamus no iba a mi lado, acompañándome hacia la puerta. Mi corazón se desbocó con fuerza girándome asustado, alumbrando el camino del fondo.

—¡Shamus! —lo llamé acelerando los pasos.

Di con él de inmediato haciendo que el susto que me había llevado se redujera. Se encontraba sentado frente a un barril, mirándolo.

—Yo no te he dicho que te quedas quieto.

Después de reprochárselo, alumbré el barril que no paraba de mirar como si se sintiera hipnotizado. Y me quedé extrañado. No tenía compuerta. Fruncí el ceño y empecé a iluminar los barriles más cercanos a ese. Todos estaban cerrados. Shamus ladró un par de veces e iluminé el barril vacío. Era grande, ancho y con más de un metro setenta de altura.

—No te muevas —le ordené y entré en el barril agachándome un poco, avanzando hasta el fondo. Pasé mi mano por la pared de madera sin entender que hacía revisando un barril viejo, sucio y vacío. Estuve a punto de quitar los dedos de la madera cuando noté una curva amoldada para la mano.

¡Pero qué demonios!

Lo agarré con fuerza y oí un «clic». La pared de madera cedió un poco con un estridente sonido, y de la impresión, me eché para atrás al ver que se convertía en una puerta corredera y que daba paso a un pasadizo.

Joder.

Miré a Shamus que se acercó a mi lado.

—Es una entrada secreta —susurré. Y le sonreí a mi perro—. Recuérdame que te consiga una novia cuando encontremos a Adara.

Me lamió la mano en respuesta y soltó un ladrido entrando a ese lugar, saltando el pequeño escalón.

—Espera Shamus —lo seguí asustado de que se perdiera. Saliendo del barril, escuché la puerta secreta cerrándose y cuando me giré para impedirlo, fue demasiado tarde.

—¡Mierda! —grité.

Toqué la compuerta para probar si podía volver abrirla. Y le di un golpe ofuscado tras no

conseguirlo. Maldición. No me esperaba que se cerrara. Dios, me había dejado en el barril la linterna.

¿Cómo demonios la abriría?

La luz que refulgía detrás de mí hizo que me diera cuenta de que en ese pasadizo había muchísima luz. Me giré impactado, observando unas antorchas de fuego colgadas en las paredes, haciendo el sitio más cálido e luminoso. ¿Quién había colocado esas antorchas? Parecían recientes. Como si estuvieran cambiándolas constantemente.

Caminé unos pasos notando el suelo muy arenoso, y lo miré; observando detalladamente unas huellas en el suelo. ¿*Huellas*?

Me puse en tensión. Porque eran huellas que iban y venían hasta desaparecer en el barril. Alguien tomaba el acceso secreto a las bodegas Williams. Entonces también podían acceder al interior de la mansión con una facilidad asombrosa. La sangre se me congeló de imaginar que estuvieron vigilándonos sin que nos diéramos cuenta, que Adara estuvo innumerables veces cerca del peligro.

Mi respiración se aceleró y contemplé a Shamus esperándome más alejado.

Y la cálida sensación me golpeó con más fuerza en el pecho dejándome turbado.

—Adara —musité.

Levanté la cabeza mirando el largo pasillo que se perdía entre la luz fulgente de las antorchas. Y decidí avanzar, naciendo con más fuerza la determinación de saber que Adara estaba más cerca. Con Shamus a mi lado, recorrimos esos pasillos que nunca parecían terminar. Tenían un cierto parecido a los pasadizos del pozo por el que Adara cayó.

Sentía el corazón en los oídos por los nervios que recorrían mi cuerpo. Por la adrenalina que viajaba por mis venas.

No sé cómo, ni cuando he sacado la forma de sentir a Adara como si nuestra sangre estuviera conectada. Pero no era una quimera. Era muy *real*. Me moví veloz, sin disminuir un paso, con Shamus corriendo a mi lado. Sé que si él pudiera hablarme me habría dicho dónde está Adara. Tal vez lo hizo con señales que no capté al estar envuelto por el dolor de la pérdida.

Durante más de veinte minutos recorrí esos pasadizos que no tenían fin, manteniendo la esperanza de no toparme con una pared que me hiciera ver que no podía seguir.

—Yo me quedaré aquí.

Al oír una voz masculina me frené en seco haciéndole una señal a Shamus para que se quedara quieto y callado. Me pegué contra la pared de la esquina asomando un poco la cabeza. Y visualicé en ese momento a dos tipos hablando. Los dos iban armados con una M1911.

Maldije.

Ví que detrás de ellos había un ascensor de engranajes oxidados en forma de jaula, de esos que usan en una mina, y que no daba una buena sensación de que fuera seguro. Pero necesitaba llegar a él.

—Muy bien —le dijo el otro y subió al ascensor cerrando la verja de hierro oxidada. Le dio a un botón y comenzó a subir.

El otro se quedó ahí parado, cruzándose de brazos con la M1911 colgada de su cintura. Estaba claro que se quedaba vigilando. Puse mi cabeza contra la pared para hallar un maldito plan que me llevara hasta el ascensor. Ese hombre no parece de los que dialogan, y si me veía, sacaría el arma de inmediato para amenazarme o matarme. Podría apuntarle con el revólver para amenazarlo yo, pero ese tipo se veía preparado para encarar cualquier amenaza.

No tenía otra opción.

Me concentré para no tener fallos.

Y silbé.

—¡Quién anda ahí! —gritó el tipo.

Escuché como desenfundaba el arma y me puse del todo contra la pared, concentrándome. Sus pasos se acercaron oyendo como cargaba la M1911. Tenía que arrebatarla antes de que disparara y Shamus saliera herido.

En cuanto se asomó por la esquina, me abalancé hacia él golpeando su abdomen. Al pillarlo por sorpresa, el arma se deslizó sobre el suelo alejándola de él. El tipo retorció el gesto de dolor, me miró, y se abalanzó sobre mí para derribarme. Puede que estuviera algo oxidado referente a mis técnicas. Pero no había olvidado nada de lo que me enseñó mi mentor; Yuen.

Esquivé su puño al mismo tiempo que Shamus le mordía en el pie, lo que hizo que éste gritara de dolor y saliera perdiendo. Le di un puñetazo en la mandíbula que lo dejó tambaleándose y vi en ese instante como Shamus cogía el arma con la boca y se la llevaba hacia el hueco del ascensor, arrojándola al vacío. El tipo y yo nos miramos, agitados, planeando nuestro siguiente movimiento.

—¡Dónde está mi esposa! —le expresé entre dientes amenazadoramente.

—Muerta.

Me respondió complacido, y acto seguido se abalanzó enfurecido y demasiado cegado por ganar esta batalla. Lo esquivé, dándole un puñetazo doble en las costillas que fue el pase a mi victoria, enroscando mis brazos alrededor de su cuello, poniendo su espalda contra mi pecho para apresarlo. Quería que se desmayara. No matarlo. El tipo golpeaba con sus manos mis brazos, con la poca fuerza que le quedaba. Sentía como se estaba quedando sin aire, como su piel se enrojecía de la presión que ejercía. Hasta que logré dejarlo inconsciente sobre el suelo. Fatigado por contener el aire, me agaché rebuscando en sus bolsillos. Maldije. Parecía no tener nada que lo identificara. Cada persona que esté involucrada en el secuestro de mi mujer, lo iba a pagar caro, muy caro.

Tenía el tiempo en mi contra.

Fui hasta el ascensor, llamándolo. Esperé impaciente esos segundos mirando a Shamus a mi lado. Al llegar el ascensor abrí la verja y entré viéndolo demasiado inestable el mecanismo. Debía de tener décadas aquí abajo. Solo había un botón rojo que subía, y otro verde que bajaba. Le di al rojo poniéndolo en marcha. Ahora sí, tenía que estar en guardia. Saqué el revólver poniéndome en posición.

—Shamus —lo miré muy serio—. Nada de corretear ni ladrar. Obedéceme.

Lo captó. Porque me miró con profundidad y se quedó sentado esperando que el ascensor parara. Apunté con el arma mirando la intensa luz natural del día que llegaba de arriba.

El ascensor llegó a su única parada y abrí la verja haciendo demasiado ruido, observando un camino de tierra con dos paredes rocosas a los lados que dejaban ver un intenso cielo azul.

¿Estaba en el exterior?

—Pero no te he dicho que te quedas abajo...

De la esquina salió el otro tipo y le metí un derechazo directo a su mandíbula, tumbándolo contra el suelo, cayendo inconsciente. Sacudí la mano al haberla cerrado mal, mirando a Shamus como lo olfateaba.

Había salido de la nada.

Joder.

Dejé atrás al hombre inconsciente y seguí ese camino de paredes rocosas esperando no tener que emplear el revólver. Pero si no me dejaban otra opción lo haría sin contemplaciones. Las

paredes rocosas terminaron, y ante mis ojos, se extendió una senda rodeada de un frondoso bosque que mermaba la luz del sol. Estaba en territorio desconocido. Y eso no me gustaba. ¿Esto era más allá de la mansión?

Avancé por el sendero mirando cualquier movimiento sospechoso que hubiese entre los árboles.

¿Hacia dónde llevaba este lugar?

¿Por qué las bodegas Williams tenían un pasadizo que terminaba aquí?

Las jocosas risas que resonaron entre los árboles me pusieron en alerta y me alejé del sendero caminando entre los frondosos árboles, acercándome más a esas voces. Le hice una señal a Shamus para que se quedara detrás de mí ocultándonos en un árbol robusto, y me asomé contemplando a cinco hombres delante de una cabaña. Iban armados con la misma arma que los dos anteriores.

Maldita sea.

Complicaciones.

—Mierda —maldije poniendo la cabeza contra el tronco.

Sé que podría herir a dos y dejarlos indefensos, pero los otros tres emplearían su arma para dispararme en cuanto me vieran en acción. No me importaría liarme a tiros si no fuera, bajé la mirada hacia mi perro... porque tenía a Shamus conmigo. No me perdonaría que saliera herido o muriera. Eso nunca.

Vamos, piensa. Me grité sintiéndome en el límite.

—Yo no sé por qué el jefe necesita a cinco para vigilarla —farfulló uno de ellos como si estuviera harto.

Me asomé, mirándolos.

—A mí mientras me pague ese pastón que está dando, me da igual cuanto tiempo me tire vigilándola —dijo otro dando una calada a su cigarrillo.

¿Vigilándola? ¿A quién? No veía a ninguna mujer. ¿Se referían a Adara? Mi ansia creció. ¿Dónde estaba?

—Te recuerdo que se ha intentado escapar más de una vez —habló el único rubio del grupo.

¿Qué hacían cinco hombres delante de una cabaña recién construida? Al menos debía de tener más de una semana desde que se hizo.

—Visteis cuando intentó clavarle el tenedor de plástico a Laida —se partieron de risa tras el mordaz comentario—. Esa chica sabe pelear.

La expresión se me endureció.

—Y es muy bonita —soltó un silbido de fascinación el que fumaba—. Joder, habéis visto esas piernas bajo ese vestido blanco, uff. Si el jefe no la sobreprotegiera sería mía.

—Hey, comparte hombre. Es mucha mujer para ti solo —le dijo uno dándole un manotazo en la espalda.

Y los cinco comenzaron a reír a pleno pulmón.

Mi rostro se llenó de sombras con una ferocidad peligrosa. Conecté de inmediato a quien se estaban refiriendo. No tenían que mencionarla para darme cuenta de que era ella. Y eso logró, no solo que la sangre me hirviera de ira, sino que sintiera un fuego creciendo, haciendo que el Mac tíre dormido despertara, y no le temblara el pulso para actuar. No me importaba arrebatársela la vida. Me sentí impotente de que Adara hubiese estado a merced de esos canallas más de dos días. El pecho me subía y bajaba con fiereza. El puño que tenía sobre el costado me tembló de forma descontrolada. La ira me cegó por completo. No razoné ni calculé los peligros. Querían tocar a mi

mujer de una forma denigrante. Y yo con ellos quería ser letal. Rápido. Feroz. Salvaje. Sanguinario.

Estuve a punto de salir del árbol. Pero mis pensamientos de deshacerme de esos hombres se esfumaron. Todo dio un giro inesperado viéndolo a cámara lenta.

Shamus salió del árbol lanzando un aullido.

Abrí más los ojos, sobrecogido.

Se quedó expuesto para que lo vieran. Y comenzó a ladrar en dirección a ellos.

—¡No! —grité.

Pero mi grito se perdió entre los ladridos y Shamus corrió como si persiguiera algo que yo no podía ver. Fue directo hacia esos hombres y giró por otra dirección pasando por al lado de esos tipos, sin dejar de ladrar.

Ellos se quedaron de piedra. Como si no lo creyeran.

—¿Eso era un perro?

—Sí, maldita sea —saltó uno.

—Vamos a por él —gritó otro.

—Madre mía si el jefe ve que hemos dejado entrar aquí a un perro nos mata.

—Vamos. Vamos —salieron cuatro detrás de él.

—Hey, no podemos movernos —uno de ellos se quedó mirando la puerta de la cabaña y gruñó exasperado—. ¡Eh, esperad!

Salí detrás del árbol corriendo, quedándome frente a la cabaña recién construida, mirando el lugar por donde Shamus se había ido e hizo que esos hombres lo siguieran. Mi expresión estaba envuelta por el pánico.

Shamus. Pensé. ¿Por qué lo has hecho?

Con el temor siendo mi presa, esperé escuchar disparos. Pero no sucedió, dejándome al borde de un colapso. ¿Era posible que Shamus los perdiera de vista? No podía dejarlo solo. No a merced de ellos. Sé que lo matarían. Y nunca me perdonaría que muriese por una imprudencia mía. Adara tampoco me lo perdonaría.

¿Y si Shamus dio con su olor y había ido tras ella? ¿Y si la encontró?

Hice el amago de moverme...

Y un gemido quebrado me paralizó al escucharlo salir de esa cabaña.

Me quedé sin aliento, totalmente quieto, sintiendo como el corazón retumbaba sobre mi pecho. Llegó a mis oídos como si fuera mandado por una *divinidad*.

Ese gemido...

Lo reconocería hasta en la oscuridad.

Me volví hacia la cabaña, fijándome en un detalle que no reparé. La cabaña fue construida sin ventanas y solo con la puerta principal. ¿Qué loco construiría una cabaña sin ventanas? En la puerta vislumbré una llave puesta en la cerradura. Subí los dos escalones, crujendo la madera a mi paso, sintiendo el pulso acelerado. Y llevé mi mano a la llave dándole una vuelta para quitar el seguro. La puerta chirrió al abrirla y eso logró que me tensara más. Me estaba guiando por mi impulso, mi corazonada.

Atravesé un pequeño pasillo y llegué a lo que parecía ser una habitación sin una mínima luz; solo la que entraba por la entrada principal.

Mis ojos se deslizaron hacia un bulto del rincón. Y el arma se resbaló de mis manos sintiendo en esa fracción de segundos, como el sonido del revólver amortiguaba en mis oídos a medida que se golpeaba contra el suelo.

Fue el segundo más largo de mi vida.

La contemplé aguantando cada gramo de mi respiración con el corazón golpeándome como un frenético y alocado.

El abrasante dolor que me quemaba cada segundo desde hacía tres días fue exterminado de un plumazo, sintiendo la luz estelar del renacimiento... la seguridad plena de que era real... la segunda oportunidad de una vida.

La encontré.

Encontré a Adara.

En mi rostro se reflejó el vivo dolor al verla tirada en el suelo en una esquina y encogida en forma fetal. Una imagen que me dejó marcado. La bocanada de aire que recogí hizo que me impulsara sobre ella con el rostro desencajado.

—¡¡Adara!!

La alcancé en tres zancadas deslizándome sobre el suelo. Nada más tocarla, me sentí más vivo que nunca. Era real. Las lágrimas de felicidad inundaron mis ojos mientras la tomaba de los hombros para girarla hacia mí. El fuego de la rabia abrasó mi corazón haciéndolo aullar. Tenía una mejilla magullada; como si alguien la hubiera golpeado. Repasé con la mirada humedecida su vestido de novia hecho jirones, la cola ya no existía y tenía una abertura en la pierna izquierda que le llegaba hasta el muslo.

—Adara, cariño —la llamé desesperado.

Sus ojos siguieron cerrados. Y el alma se me retorció de verla malherida y tan pálida y con los labios agrietados. Me estremecí al imaginar por todo lo que habrá pasado. Y lancé un grito de pura rabia que no logró calmar mi estado.

—Adara, mi amor —le susurré con la voz contenida.

—Qué te han hecho —le acaricié el rostro muerto de miedo de que no reaccionara.

—No, por favor —expresé asustado apoyando mi cabeza contra su pecho. No había podido llegar tarde. *Tum... tum... tum...* Su corazón latía débil. Y eso me puso histérico. ¡Qué malnacido le hizo esto! Eché un rápido vistazo a la habitación de paredes negras sin nada de muebles y ni una mísera ventana o ventilación. Era un lugar para volver loco a cualquiera.

Le toqué el rostro con la esperanza de que despertara. Y la acuné en mi pecho sujetando su delicado cuerpo contra el mío.

—Adara.

Uní nuestras frentes cerrando los ojos con fuerza, sintiendo como las lágrimas se deslizaban por las mejillas.

Por favor, por favor...

—¿Enzo? —oí en un murmullo quebrado.

Levanté la cabeza rápidamente viendo como sus ojos se abrían poco a poco, mirándome.

Le sonreí temblándome todo.

—Hola —susurré.

Sus ojos se humedecieron y gimió.

—¿Estamos en nuestro paraíso? —me preguntó en un hilo de voz.

¿Qué? ¿Por qué creía que estábamos muertos?

Negué con la cabeza casi riendo con un deje amargo.

—No, cariño. Seguimos vivos. Estoy aquí. Contigo.

Se quedó mirándome, naciendo de esos ojos azules un pánico que fue consumido por una oleada de alivio y esperanza, y sus labios agrietados temblaron. Llevó su mano a mi mejilla

comprobando que tan real era. Qué me tocara fue una cálida luz para mi corazón y me apoyé en su mano con el rostro encogido.

—Mi corazón sabía que estabas viva. Me negaba a creerlo —le expresé sin vida.

—Enzo —su voz sonó rota —Oh Dios, Enzo —me pasó los brazos por la cintura para aferrarse a mí, y enterró su rostro en mi cuello donde se sentía a salvo y segura. Fue otra cálida luz.

Hundí mi rostro en su pelo enmarañado y la apreté contra mi cuerpo desesperadamente, y el abismo que nos había separado desapareció reencontrándonos. Nos perdimos en un abrazo profundo que nos hizo renacer, volver a la vida y sentir como nuestros corazones volvían a latir al unísono. Y besé su frente, dejando unos instantes más mis labios contra su piel, porque alejarme suponía una agonía que ya no aceptaba.

Pasó sus manos por mi rostro, sonriéndome de pura alegría.

—¡Estás vivo! —sollozó con sus hombros sacudiéndose—. Me hizo creer que estabas muerto con esa llamada que te hizo.

¿Llamada? Estuve a punto de preguntarle quien había maquinado todo esto cuando la sentí ardiendo.

—¡Tienes fiebre! —toqué su frente y sus mejillas, alterado.

—Es largo de explicar. Pero ya me encuentro mucho mejor —intentó incorporarse sola, pero se lo impedí asegurándole que yo la llevaría, y ella me agarró de la camisa con pánico—. Pero no dejes que me vuelva a llevar a esa puerta. No lo dejes.

Quería preguntarle por esa «puerta». Pero no teníamos tiempo. Era muy posible que otro grupo de hombres vinieran a vigilar la cabaña.

—Tengo que sacarte de aquí.

Fui hacia el revólver y lo volví a ocultar en mi pantalón. Y tomé en brazos a Adara notándola más ligera de peso, y apreté la mandíbula con furor, sintiendo como sus manos colgaban de mi cuello y su cabeza reposaba en mi pecho. Nunca antes me había sentido tan vivo.

—Él tiene un mini ejército —me informó con la voz débil.

De eso ya me hacía una idea.

—Me da igual. Debo ponerte a salvo.

—No nos dejará ser felices.

La vena asesina me asaltó mirando como Adara me miraba aterrorizada.

—¿Quién? —apreté la boca.

—Dean —me confesó.

Mis pies decidieron quedarse clavados en la tierra mirándola helado en medio del bosque. Ella me pidió que la bajara y lo hice a regañadientes sin soltarla de la cintura para que no se tambaleara.

—¿Dean? —repetí.

—Dean Williams. Mi primo. Al parecer no está muerto.

Me quedé de piedra con su confesión.

Perdí la mirada, memorando algo que debí tener muy presente hace semanas cuando Berenice me llevó a la tumba de Dean. ¡Cómo pude estar tan ciego!

—¿Por qué me dices eso de un niño muerto? —le exigí nada paciente.

—Irás a por ella —amargó su expresión y la verdad, me preocupó. Y no sé cómo Berenice había conseguido que me preocupara cuando en realidad ella estaba muerta—. Y lo hará pronto.

Apreté la mandíbula, maldiciendo. Berenice me avisó. ¡Por qué no me lo dijo directamente!

Había otro Williams. Vivo. Por eso la tumba de Dean estaba vacía. Y ahora entendía algunas cosas extrañas de la mansión. Como el muerto del pasadizo secreto del despacho de Leonard. Fue él.

—¿Y por qué te quiere a ti? ¿Por qué te secuestró? —le pregunté entre dientes con el rostro encendido de rabia.

—Para que abra una puerta. Pero necesito contarte quien es Dean.

—Luego —tomé su mano para marcharnos hacia el sendero—. Tengo que sacarte de aquí.

—Pero necesitas saber quién es —me expresó inquieta haciendo que nos detuviéramos.

—Adara, ya tendremos tiempo para que me lo digas todo —le expliqué intranquilo porque estábamos demasiado expuestos—. Ahora déjame llevarte hasta la mansión.

Miró encogida los alrededores.

—¿Cómo has salteado a sus hombres?

—Con la ayuda de Shamus.

Ella dio un brinco.

—¿Shamus? ¿Y dónde está?

No le respondí.

—¿Enzo, dónde está!

—No sé cómo pasó. Estábamos escondidos detrás de un árbol —comencé masajeándome la frente—. Pero parecía saber que necesitaba que esos cinco hombres se quitaran de la puerta. Y salió ladrando de nuestro escondite, marchándose por ahí —le señalé preocupado—. Ellos lo siguieron.

—Dios, no. Lo matarán —su pecho se agitó con una expresión de horror.

Se apartó de mí con movimientos tambaleantes y se fue hacia esa dirección, arrastrando los pies con esos tacones que habrán molido sus pies durante estos más de tres días.

Me tensé. No podía creer que no fuera consciente del peligro.

—¡Adara!

La alcancé, deteniéndola.

—Hay que buscarlo —me pidió agarrándose a mis brazos fatigada y agotada.

Sé cuánto amaba a Shamus y todo lo que estaba dispuesta a hacer por él. Pero no podía dejar que ella lo buscara. Y ahora menos que sabía que su primo psicópata era el causante de todo esto.

—Y lo haré —apoyé mi mano en su mejilla sana para tranquilizarla—. Pero tengo que ponerte a salvo.

—No podemos dejarlo aquí —siguió insistiendo.

La miré aterrado. La sola idea de imaginarlo me apuñalaba la espalda.

—No quiero perderte otra vez —se me quebró la voz—. No puedo... no puedo soportar la idea de vivir una existencia si tú no estás a mi lado.

Se quedó mirando mi expresión y apretó los labios acongojada.

—Está bien —aceptó.

Suspiré y acerqué mis labios a su frente, besándola.

—¿Adónde crees que te llevas a mi prima?

La voz que se escuchó detrás de nosotros me dejó paralizado. Adara jadeó agarrándose a mi camisa blanca, con un creciente temblor naciendo de ella.

Esa voz... no es posible.

Mil partes de mi cuerpo se negaron a funcionar para girarme y enfrentarlo cara a cara. Primero pensé que mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. Qué no era él. Pero últimamente nada era casual ni imaginado. Me giré haciendo que mis ojos chocaran con los suyos verdes. Y que le hiciera un recorrido de los pies a la cabeza sin salir de mi shock. Su sonrisa hacía más siniestra la cicatriz de la mejilla. Esa que se hizo hace mucho. Y nadie supo con qué.

¡¡No es posible!!

—¿Tommy? —dije abrumado.

¿Tommy era el primo de Adara?

CAPÍTULO 4

ADARA

Una nube tronó más allá de nosotros poniéndome los pelos de punta.

No quería ni imaginar lo que podía suceder ahora mismo.

Mis manos se encontraban aferradas a los brazos musculosos de Enzo, tensa, temerosa, mirando a «Tommy». Desde que me secuestró, me dijo que nunca lo llamara por ese nombre falso; si no por el suyo verdadero. Dean. Cosa que —en ocasiones— me resultaba aún difícil.

Se encontraba solo y desarmado. Y no entendía por qué.

Mis ojos se deslizaron al rostro de Enzo, endurecido de furia, pero también lleno de sorpresa. Su expresión pasó por un torbellino de emociones.

—No puede ser —terminó por decir Enzo, trastornado.

Yo tampoco lo creí al principio de mi secuestro. ¿Pero por qué Tommy me secuestraría si no fuera con el propósito de ser el dueño y señor de la isla?

Nunca había sentido tanto miedo como ahora.

Tommy se encogió de hombros con una seguridad asombrosa.

—Puedes creerme o no. Pero soy un Williams. Y esto es mío —señaló a su alrededor con verdadera petulancia.

—Aunque seas un Williams, Leonard, no le dejó nada a Hill —dijo con sequedad Enzo.

Tommy endureció su expresión como si eso le quemara por dentro.

—Ese viejo decrepito —farfulló entre dientes mirando el suelo, y alzó la vista a nosotros sonriendo siniestramente—. Pero no importa. La cuestión es que después de que mi prima abra «la puerta», ella me firmará un papel cediéndome su parte de la mansión y la isla.

Temblé de solo imaginar cómo me hacía sentir estar en ese lugar. Enzo se puso por delante de mí con fiereza fulminándolo con la mirada, sobreprotegiéndome, sintiendo como cada músculo de su cuerpo se endurecía. Me tapó la visión de Tommy y me asomé por encima de su hombro.

—Eso nunca —expresó ferozmente.

—Y tú también lo harás —añadió pasando de la amenaza de Enzo.

Tommy caminó hacia un lado con los brazos en la espalda sin dejar de mirar a Enzo con asombro.

—Debo decir que me sorprende. Creía que te quitarías la vida después de mi llamada.

El estómago se me retorció. Sentí la bilis por la garganta de solo recordar ese momento, y vi como Enzo le temblaba un puño quedándose sus nudillos más blancos. *Oh Dios*.

—Y no esperaba que descubrieras que Adara estaba viva —repuso con frialdad.

—Te voy a matar.

Me estremecí por la voz tan oscura y siniestra que le salió a Enzo.

Tommy comenzó a reírse.

—Está claro que en ocasiones eres predecible. No has venido armado.

Eso era lo que él creía. Bajé disimuladamente la mirada hacia el bulto que sobresalía de la espalda de Enzo —resguardado en el pantalón y escondido en la camisa—, donde se había ocultado el revólver. Tommy se acarició la barbilla con una expresión ceñuda.

—Lo que no entiendo es que hacen diez de mis hombres detrás de tu mugroso perro —agregó

con un tono más seco—. Él se está buscando su suerte.

Shamus. Pensé con el corazón en un puño. *Por favor, que no le pase nada.* Seguí pensando. Enzo adelantó un paso y le agarré con más fuerza de los brazos, asustada. Milagrosamente no fue a por él, mandándole una mirada cruda y estremecedora.

Enzo tenía que ser razonable y pensar con frialdad. Una lucha con Tommy no le serviría para nada y solo haría que la situación empeorara. Lo conozco, sé que quería machacarlo a golpes por lo que nos había hecho, le dejaría, claro que lo haría. Pero no cuando había decenas de hombres siguiendo las órdenes de Tommy. ¿Cómo íbamos a salir de esta situación?

Tommy lo provocó con una sonrisa victoriosa. No dejaba de sorprenderme como era su forma de ser, que la muerte de un perro para él no fuera nada. ¿Pero es que acaso tenía un corazón latiendo en su pecho? Me puse al lado de Enzo sacudiendo la cabeza con estupor.

—¿Por qué haces esto? —sé que lancé una pregunta inútil.

La expresión de Tommy era clara y transparente. Como si en toda su existencia, este hubiese sido su objetivo. Qué la isla le perteneciera.

—Es evidente. Llevo años esperando en silencio. Siendo alguien que no era para pasar desapercibido. Lo quiero todo —le lanzó una breve mirada a Enzo—. Y a todo, incluye a mi prima. ¿O crees que dejaré que os marchéis? Un Price con una Williams. Es una aberración que no voy a permitir —hizo una mueca de asco.

Me daba pavor saber que nuestras vidas estaban apresadas por el psicópata de mi primo.

—Nunca he visto una persona tan corrompida —mascullé con la voz débil.

Tommy se puso una mano en el pecho teatralmente.

—Oh prima, como me duele lo que me dices.

—A ella déjala al margen de todo —expresó Enzo con la voz grave y calculadora—. ¿Me quieres a mí? ¿Me quieres matar? Adelante. Pero antes Adara debe salir de la isla.

Todas las alarmas se dispararon en mi interior. De repente me puse tensa y abrí más los ojos llena de terror. Sintiendo como me quemaban los ojos y la garganta. ¿Qué? ¿No!

—Enzo —le apreté el brazo para llamar su atención.

Las lágrimas me golpeaban los ojos sintiendo como el pulso se me aceleraba a la velocidad del rayo. Pero no me contestó ni me miró. Estaba cegado con Tommy. Nunca permitiría que Enzo se quedara a solas con él. Ni que vendiera su vida por la mía. *Nunca.*

—Tentadora oferta —la sopesó con una fingida sorpresa de que Enzo ofreciera su vida por la mía—. Pero no. Mi prima es fundamental para la isla. Tiene la marca. Y lo dice mi abuelo Hill en su diario. Quién tiene la marca podrá entrar al corazón de la isla.

—¡Estás loco! —le grité.

—Puede ser. Pero un loco que lo quiere todo. Pisaré a quien sea con tal de obtenerlo todo —suspiró relajado disfrutando del momento—. Y ahora Adara, entra a la cabaña. Te iba a hacer una ventana, pero ahora te has quedado sin ella —me regañó con burla.

Enzo se encendió y gruñó como un animal. Intentó ir hacia él para golpearlo.

—¡No! —me puse por delante apoyando mi cabeza contra su pecho, rodeando mis brazos en su cintura para aplacarlo. Funcionó. Sé que si quisiera podría empujarme con su súper fuerza e ir a por él. Levanté la cabeza mirándolo pavorosa, sintiendo como él encadenaba un brazo alrededor de mi cintura. Su corazón latía desbocado. Su respiración rugía. Tenía la misma expresión letal y oscura que cuando se enfrentó al padre de Evelyn. Tan intimidante y peligroso que haría estremecer a quienes le temieran. Pero ese no era el caso de Tommy.

Enzo le lanzó una mirada asesina mientras a Tommy se le formaba una expresión jocosa en su

rostro.

—Qué bonito —nos aplaudió con una fingida ternura—. Como es el amor. Capaz de sobrepasar todo. Y también ser tan frágil y destructivo.

—Ya basta. Para esta locura —le grité con las lágrimas en los ojos.

Él me miró.

—Nunca. Esto solo acaba de empezar.

La nube estaba avanzando, el trueno sonó más cerca haciendo estremecer la tierra. Sé que esto acabará mal y no podré evitarlo. Escuché pisadas más allá de nosotros que venían hacia aquí. Y entre los frondosos árboles, salió un hombre rubio y alto poniéndose al lado de Tommy.

Dejé de sujetar a Enzo dejando caer mis brazos a los costados como si me pesaran. Mi cara se quedó pálida junto a un Enzo perplejo.

—¡Tú!

—¡¿Tú?!

Saltamos a la vez él y yo y nos miramos abrumados.

—Os presento a Vladimir. Mi mano derecha —dijo Tommy muy encantado de vernos así.

—Él... —lo señalé tartamudeando—. Él fue quien se hizo pasar por ti en Roundstone.

—Y por lo que veo también de forense —aseguró Enzo entre dientes.

¡Qué! Así que este hombre fue el maldito falso forense.

—A Vlad le encanta disfrazarse —se mofó Tommy casi riéndose. El tal Vladimir se rehusaba a mirarnos, encorvado y nervioso. No sé, pero no parecía tener las mismas agallas y crueldad que Tommy. Y no se parecía en nada al hombre que se puso delante de mí en Roundstone con tanta seguridad y firmeza amenazándome—. Trae a un puñado de hombres —le ordenó Tommy—. Quiero que se encarguen de él.

El miedo me consumió cuando señaló a Enzo.

—Pero Dean...

—¡Hazlo! —le gritó con saña.

Él asintió rápidamente con la cabeza agachada y se dio la vuelta para volver por donde había venido. Maldita rata. Vladimir era tan monstruo como Tommy.

—Vas a dar con tus huesos en la cárcel —expresó Enzo con ferocidad—. Eso te lo aseguro. Y todos tus cómplices también.

Él le sonrió.

—Lo dudo.

—Voy a sacar de aquí a Adara y me encargaré de ti —su voz sonó más amenazadora.

Temblé al oírlo.

—Ninguno de los dos va a salir de la isla de Blood Williams —sentenció con una voz dura y segura—. Ya me he encargado de eso. Nunca dejo un cabo suelto.

Fruncí el ceño sin apartarle la mirada.

¿Qué? ¿Qué había hecho?

El viento comenzó a removerse a nuestro alrededor con fuerza. Atrajo un intenso aroma a humedad. La lluvia pronto nos arremetería. Busqué en mi cabeza una solución para que pudiéramos salir de aquí antes de que sus hombres vinieran. No pensaba permitir que se llevaran a Enzo para que lo mataran de una golpiza. Esa imagen logró retorcerme de dolor.

No podíamos hacer otra cosa. Teníamos que correr. Tommy no parecía estar armado, pero nosotros sí. Esa era nuestra ventaja.

—Creo que os debo algo. Un secreto —resaltó él.

Lo miramos recelosos. Su mirada solo se dirigió a mí con una irritante sonrisa.

—¿Te acuerdas del día que Enzo te trajo a la isla por primera vez?

Enzo se tensó. No entendía adónde quería llegar con eso.

—Fuiste tan imbécil de dejarla sola —le dijo a Enzo riéndose, acercándose dos pasos más a nosotros—. Mi plan al principio era asustarte, prima. Qué salieras pitando de Roundstone. No te necesitaba de ese modo allí. Lo orquesté todo con la ayuda de Vlad. Fui yo a quien viste en el camino al cementerio.

Me cayó como un jarrón de agua fría. Y me sentí fuertemente mareada percibiendo como el aire abandonaba mis pulmones. ¡Él! No lo imaginé. ¡¡Fue él!! Tragué aire para calmarme.

—Solo hizo falta que me escondiera detrás de un árbol. Y Vlad dejó la puerta de la mansión abierta —chistó como si lo recordara con gracia—. Eso fue la guinda del pastel. Quería que pensaras que allí había una presencia maligna. Los pasos. Las puertas. Los ruidos. Fui yo.

El corazón se me aceleró haciéndome daño. Me temblaron las rodillas y me agarré a Enzo para no caerme.

—Quería que te marcara para siempre. Tanto, que yo te hice los moratones de los brazos. Te drogué cuando entraste a ese baño. Usé el conducto de ventilación para ello.

—¡¿Por qué?! —dije un hilo de voz al sentirme débil—. Casi me vuelves loca ese día.

—Oh, prima. No me lo tomes a mal. Pero eras un estorbo. Ahora no. Ahora eres primordial. Llevo más de un año buscándote. Pero tu querido Enzo se adelantó a todos mis planes —se quedó mirándome fijamente—. Estabas tan hermosa inconsciente. Tan vulnerable. Solo tuve que apretar tu frágil piel y que comenzara a enrojecerse. Vlad no quiso hacerlo, así que tuve que actuar. Y te dejé la puerta del baño abierta para que pensaras que no estabas sola —él estaba disfrutando de este momento y yo solo podía mirarlo con repulsión—. La oscuridad fue mi aliada. Incluso te seguí hasta la cocina cuando te encontrabas muerta de miedo, allí iba a darte la estocada final y que pensaras que la presencia maligna podía tocarte. ¡Pero cómo no! —desvió su atención un momento a Enzo, sulfurado—. Él llegó a tu rescate y yo me oculté en las bodegas. Y debo reconocer que Shamus casi me pilló al día siguiente. Pasé toda la noche bajo el mismo techo que vosotros, y no os enterasteis. Me quedé en la Habitación del Diamante. La única que sabía la combinación de las cerraduras.

Era incapaz de pronunciarlo. Creo que iba a vomitar. Las náuseas arremetían con más fuerza. Y no pude ocultar como un río de lágrimas descendían por mis mejillas. Me encontré febril repentinamente. Por eso Shamus gruñía a esa puerta. Por eso encontré la puerta principal abierta por la mañana. Seguramente al marcharse la dejó así para meterme más miedo. Me sentí estúpida y debilucha. Por caer en su trampa ese día. ¿Cómo pudo ser tan cruel conmigo cuando yo nunca le había hecho nada? Ese día lo pasé como el infierno, y él simplemente disfrutó con cada segundo que me hizo sufrir.

Sentí un temblor en mi cuerpo nada normal, como si fuera un seísmo que se hacía más grande. Pronto me di cuenta de que no era yo, sino Enzo. Al girar mi cabeza hacia él, lo vi. Lo más temido se hizo eco en mi interior. En su rostro se desató la más fuertes de las tempestades. Cargada de una furia incontrolable. *Oh no*. Mac tíre ahora no podía salir. Sus preciosos y enigmáticos ojos grises estaban oscurecidos de una temible peligrosidad.

Tommy torció el gesto, solo mirando a Enzo. Como si buscara provocarlo y que perdiera los papeles.

—No tendrías que haberla dejado sola —se mofó más.

Enzo lanzó un gruñido peligroso y amenazador. Antes de que fuera capaz de reaccionar, se

abalanzó sobre él y le propinó un puñetazo en la mandíbula.

—¡No! —grité.

Fue tal su destreza y rapidez que Tommy no pudo esquivarlo y quedó tumbado sobre la tierra de una manera machacadora. Me lancé sobre Enzo agarrándolo del pecho, intentando que se echara para atrás. Pero era una roca imposible de mover con un rostro encendido de pura ira. Estaba descontrolado.

—¡¡Vamos, levántate cobarde!! —rugió.

Tommy se tocó el labio del que empezaba a salir un hilo de sangre, sonriendo desde el suelo.

—Enzo —le supliqué aplacándolo.

—¿Yo cobarde? —fue levantándose—. Yo cobarde y tu asesino. Hacemos un buen dúo.

Lo miré incrédula sujetando a un enfurecido Enzo.

—Al menos yo no maté a un pobre adolescente —añadió escupiendo sangre al suelo.

Me quedé de piedra. ¿Adolescente?

Pero qué...

Enzo lo miraba encendido, respirando con ferocidad.

—¿Qué estás diciendo? —repliqué mientras tenía posadas mis manos en el duro pecho de Enzo.

Tommy alzó las cejas la mar de sorprendido.

—Vaya. Vaya —dijo muy contento—. La pareja de recién casados sigue ocultándose secretos. Muy mal, Enzo. Tu esposa merece saber que tú mataste a Sam.

En mi cabeza resonó el nombre de Sam. Enzo ahogó su expresión en un letal tormento en cuanto oyó el nombre de Sam, sin que la furia se alejara de él. No. Eso era una vil mentira.

—¿Qué te hizo Sam para que le quitaras la vida? —le preguntó Tommy como si no lo entendiera.

—¡Cállate! —bramó Enzo haciéndome brincar.

—No me digas que mi adorada prima no cree aún que seas un asesino de verdad. ¿Cómo puedes estar con ella si por tus venas corre la sangre de un asesino? ¿En serio por las noches puedes abrazarla en la cama con tus manos manchadas?

Negué con la cabeza a punto de echarme a llorar. No. Era mentira.

—¿No te ha contado Enzo que pasó ese día en los acantilados? —Tommy giró la cabeza hacia mí.

¿A qué acantilados se refería?

Y grité de pánico. Al sentir como Enzo me apartaba con firmeza y desenfundaba el revólver apuntándole a Tommy. El miedo me abofeteó una y otra vez. Tommy ni se inmutó. Y Enzo estaba envuelto por una peligrosa amenaza.

—Eso sí que es una sorpresa —señaló Tommy el revólver sin una chispa de miedo.

—Tú no mereces nombrar a Sam —dijo Enzo con la mandíbula apretada.

—¿Y tú sí? —le dijo en tono desafiante—. Vamos Enzo, limpia tu alma contándoselo. Tal vez después de todo te siga queriendo.

El revólver comenzó a temblar en la mano de Enzo. No por miedo. No por indecisión. Si no por la furia incontrolable que lo gobernaba. Mi pecho se agitó sacudiendo la cabeza. No. No. No.

—O tal vez sienta tanto asco que desee tu muerte.

Respiré hondo para no desvanecerme sobre el suelo.

—Mentira. Enzo, no le hagas caso —le supliqué jadeante a su lado.

Tommy torció una sonrisa.

—Hazlo, Enzo. Otra muerte más en tu conciencia no supondrá un problema.

Los latidos de mi corazón empezaron a resonar en mi cabeza como martillos.

—Mírame, Enzo —le rogué sollozando—. Tú no eres un asesino. No lo eres.

—Lo es. Tras esa fachada de caballero impoluto se esconde un alma podrida. ¡Dispara! — adelantó un paso dejando el cañón en su frente.

—¡No! —el grito salió de mi alma.

Enzo endureció más su expresión respirando feroz.

—Vamos, hazlo. ¡Ten valor! Ensucia más tu alma como hiciste con Sam.

El rugido que salió de la garganta de Enzo hizo estremecerme, y vi cómo se abalanzaba hacia él arrojando el arma al suelo para no dispararle. Derribó a Tommy y ambos rodaron sobre la tierra enganchados como culebras. *No. Otra vez no.* Pensé con pánico.

—¡Enzo! —le grité.

Enzo estaba descontrolado, fuera de sí. Se puso encima de Tommy y empezó a golpearle el rostro. Un puñetazo tras otro. Me encontré paralizada viendo cómo se peleaban a muerte. Tommy encontró una oportunidad endeble apretándole el brazo a Enzo, y él gritó como si le doliera, dejando que en ese frágil segundo Tommy tuviera la oportunidad de golpearle en una costilla y lo tumbara contra la tierra, tomando el control de la pelea. Intentó ir a por el revólver, pero Enzo volvió a por él derribándolo con un salvaje gruñido, ambos rodando como bárbaros.

¡Reacciona! Me grité. Mis temblorosas piernas reaccionaron y corrí hacia revólver recogiendo del suelo, y me apresuré en ir hacia Tommy, que se encontraba ganando al darle un puñetazo en el brazo a Enzo que lo dejó noqueado. Y le apunté en la cabeza antes de que golpeará más a Enzo.

—Suelta a mi marido —le dije entre dientes dejando la boca del arma en su cabeza. Accioné el martillo para que no viera que iba de farol intentando controlar el pulso.

Él se detuvo rápidamente levantando las manos sin dejar de sonreír respirando agitado. Y Enzo le metió un puñetazo tumbándolo sobre el suelo, a su lado. Se levantó haciendo una mueca de dolor y lo agarré de la cintura echando unos pasos hacia atrás, sin dejar de apuntar a Tommy. Mis dedos estaban agarrotados en el revólver, y sentí la suave mano de Enzo tomando la mía. Mis vidriosos ojos lo observaron. Con un gesto suave, me pidió que le pasara el arma y lo hice más temblorosa que nunca, encargándose él del revólver.

Tommy comenzó a reírse sobre la tierra con la cara ensangrentada. Poniéndome los pelos de punta. Era siniestro. Oscuro.

—¡Creéis que os voy a dejar en paz! —nos advirtió amenazadoramente.

—Vámonos —le pedí a Enzo apresurada—. Tenemos que salir de aquí.

Él siguió mirando con furia a Tommy y asintió cabizbajo dándonos la vuelta.

—Os voy a dar un tiempo —nos gritó con rabia—. Pero no pienso permitir que ganéis.

—¡Todo es mío!

—¡Todo!

Su voz, sus risas, siguieron resonando entre los árboles, hostigándome con incansable agudeza.

Nos apresuramos a irnos entre los árboles. Adentrándonos más y más. La lluvia irrumpió en la zona —tal como pensé— y no tuvo piedad de calarnos hasta los huesos. Sorprendentemente sentía como si la fiebre hubiese desaparecido de golpe, y no me encontraba tan decaída como en la cabaña, pero ahora pensar en eso no entraba entre mis prioridades máximas. Teníamos que huir. Y de un psicópata con el nombre de Tommy. Caminé acelerada entre los árboles, mirando nuestras manos entrelazadas, dificultándome andar con trece centímetros de tacón y una tierra que

comenzaba a ser barro.

Entramos en un claro más despejado de árboles. Y Enzo de repente ralentizó sus pasos, me soltó la mano y se detuvo en seco obligándome a que me detuviera con la respiración acelerada y la lluvia golpeándome el rostro con fuerza. Me quedé mirando cómo se quedaba con los hombros encorvados lanzando su mirada al suelo.

—¿Qué ocurre, Enzo?

No me respondió. Ni levantó el rostro.

Y lo vi claramente cuando bajé la mirada a su brazo.

—¡Estás herido! —mis manos rozaron su brazo donde tenía una moteada mancha roja de sangre que parecía tener tiempo. ¿Cuándo se hizo esta herida? ¡Por eso Tommy no dejaba de golpear su brazo! Maldito cobarde.

Negó con la cabeza restándole importancia. Su rostro estaba amargo y desolado.

—Deberías abandonarme —susurró.

Me dejó perpleja como me lo soltó. Se me puso la piel de gallina. Un vertiginoso vacío me intentó consumir, pero yo trepé para impedirlo manteniéndome firme.

—¿Qué? —tragué saliva con dificultad.

—Él tiene razón —musitó.

Supe al instante que era lo que sucedía. Mi corazón se aceleró.

—No... Enzo —comencé balbuceando—. Eres lo mejor de mi vida.

Levantó su rostro atormentado y desencajado, mirándome. Sus apagados ojos grises se deslizaron sobre los míos.

—¿Lo mejor? —hizo una mueca asombrado de que lo dijera con adoración y amor—. Esto no te estaría sucediendo sino nos hubiéramos encontrado en el muelle. O yo no haya estado empeñado en buscarte.

—Eso no es cierto —le expresé frustrada de que lo pensara.

—Mírate, Adara —endureció su expresión odiándose a sí mismo—. Estás así por mí...

—¡No! —expresé al salto tomando su rostro entre mis manos. Él cerró un momento los ojos sintiendo mi caricia, con su rostro lleno de sombras. Sentía como mi corazón bombeaba con fuerza contra mi pecho. Y como mis ojos se humedecían y las lágrimas se mezclaban con la lluvia—. Estoy así porque mi primo es un psicópata. Él hubiera encontrado la forma de provocar esto.

—Déjame —insistió en un hilo de voz.

—No —negué bajo un débil sollozo—. ¡Cómo puedes pedirme algo así!

Sé que no había dejado de amarme ni un instante. No estaría aquí, no habría arriesgado su vida si no me quisiera. Pero pedirme que lo dejara para que Tommy ganara, para que le cediéramos todo... eso sí que no. Nunca. ¿Por qué teníamos que sacrificar nuestro amor?

Estaba acojonada. Muerta de miedo.

—Dejará de hacerte daño si te alejas de mí —apretó la mandíbula como si luchara contra lo que decía dejando la mirada un momento en otro lado del claro—. Sé que hace todo esto para hacerme daño. Yo siempre fui su objetivo. A través de ti, me lo hace a mí. Y no lo voy a permitir. Esperó el día nuestra boda solo para dejarme destruido. Me odia a muerte y hará todo lo posible para... —gruñó maldiciendo porque no podía decir la palabra «separarnos»—. Tiene razón sobre mí. Mi alma está manchada. Y mis demonios nunca me abandonarán.

Odiaba más que nunca a Tommy.

—Basta, Enzo —apoyé mis manos temblorosas en sus hombros—. Yo no le creo. Tú no mataste a Sam. Sé que no.

Sacudió la cabeza con una sombra oscura acechando para abalanzarse sobre él. Levantó su mano acariciando fugazmente mi mejilla mojada. Una caricia que me dejó fría —más de lo que me hacía sentir el ambiente— y que me hizo sentir más vulnerable de que no pudiese convencerlo.

—No sabes la historia —murmuró—. No puedes confiar en mí de esa forma.

Maldita sea. Quería saber cómo fue la muerte de Sam para ayudarlo. Pero hasta que Enzo no se sintiera preparado para contármela yo no podía hacer nada. Solo jurar y perjurar que seguiría a su lado a pesar de que él se rehusara a creerlo.

—Me basta con saber en la persona en la que te has convertido. En cómo eres día a día. Yo creo que ti. Confío plenamente.

Inhaló fuertemente y me miró con más profundidad en silencio.

—No dejes que gane. Por favor —se me quebró la voz.

Tenía miedo de que él tomara la decisión por los dos y decidiera que una separación era lo mejor. Pero me negaba. Tommy quería destruirlo, sacando a colocación un tema tan delicado y oscuro como lo era la muerte de Sam. Qué le afectaba mucho a Enzo. Y el maldito de Tommy casi estaba consiguiendo destruirlo. Quise gritar de puro coraje, pero me contuve apretando los dientes. Su dolor era mi dolor. Era un hecho que lo sentía así.

—Enzo, te amo. Aférrate a mí, cariño. Yo nunca voy a permitir que te caigas. Nunca —me incliné más hacia su angelical rostro salpicado por la lluvia, susurrándole con voz tierna—. Recuérdalo. Soy tu puerto seguro. Aunque el mundo se pusiera en nuestra contra, siempre seré tuya.

Sus ojos grises desolados brillaron con intensidad. Renacieron. Abandonó su absurda locura de que nos separáramos. Su expresión se convirtió en una plena rendición y yo lo celebré en mi interior. Sin aguantarlo ni un segundo más, Enzo inclinó su cabeza y sus labios buscaron los míos con desesperación y ahogo. Perdí los sentidos, la cordura, todo. A pesar de la lluvia fría, sentía entre los dos el deseo de un fuego devorador. Había echado de menos estar así con él. Susurró entre mis labios un «te quiero» en irlandés que me derritió como nunca. Sabe cuánto me gustaba su acento y lo hacía para volverme loca. Sus manos se enterraron en mi pelo y yo rodeé mis brazos alrededor de su cintura pegándome más a él. Sé que me besaba con ternura y delicadeza por mi estado —como si llegara a romperme válgame Dios— pero por esta vez se lo dejaba pasar.

Éramos unos locos. Totalmente. Estábamos besándonos en medio de un claro cuando mi primo y sus hombres posiblemente nos estarían buscando. Y aun así me sentía más viva que nunca. A pesar del peligro.

Apoyó su frente mojada contra la mía sintiendo como sus pulgares acariciaban mis mejillas.

—Nunca abandoné la esperanza de que me encontraras. De que él mentía. Y tú seguías vivo.

—Yo tampoco abandoné la esperanza de volverte a ver. Y de encontrarte —respondió con dulzura calándome hondo.

Suspiré relajada.

—Perdóname —susurró con el rostro encogido—. No quería pedírtelo. Pero no puedo soportar la idea de que te hagan daño.

—Lo sé —acaricié mi nariz con la suya—. Él intenta destruirnos. Pero juntos somos más fuertes.

Acercó sus labios a mi frente para darme un beso y definitivamente me sentí en casa. Otra vez. Aunque estuviéramos empapados hasta los huesos, hundí mi rostro en su pecho sintiendo como me apretujaba contra él, perdiéndonos en un abrazo silencioso que llenó el espacio vacío de estos días atrás. Sé que se echaba la culpa del secuestro. Pero no la tenía. Y Enzo tenía que empezar a

comprender que cada cosa que ocurre a su alrededor él no tenía que ser el culpable. Sé que me iba a costar un mundo que apartara ese concepto tan retorcido que tenía sobre sí mismo.

Me acaricié la mejilla cariñosamente.

—Tengo que sacarte de la isla para llevarte a un hospital. Esta lluvia solo está haciendo que empeores —me informó.

Quise decirle que me encontraba mucho mejor desde que él vino a por mí, y entre la intensa lluvia que caía a nuestro alrededor como un torrente, un aullido quebrado nos hizo separarnos al escucharlo con nitidez.

Y miramos en esa dirección.

Dios.

Abrí más los ojos.

—¡Shamus! —gritamos los dos.

Saliendo del pequeño claro, entre dos árboles casi unidos, se encontraba Shamus tirado en la tierra, aullando débilmente. Corrimos hacia él socorriéndolo. El corazón me dio un vuelco y los ojos se me humedecieron. Lo miré intranquila acariciando su cabeza para que nos mirara. Estaba magullado, asustado, mojado y no dejaba de gemir. Enzo se arrodilló a mi lado, llamándolo.

—Tiene sangre —le señalé con pánico.

Enzo examinó su pata.

—Es solo el roce de una bala —suspiró aliviado—. Se pondrá bien. Pero está agotado de correr.

Dios mío. ¡Esos malditos habían intentado matarlo!

—Tenemos que llegar a la mansión y después al embarcadero.

—Te vas a poner bien, Shamus —le dije para alentarlo.

Él gimió mirándome desde el suelo moviendo la pata delantera hacia mí.

—Sí, grandullón. Yo también te he echado de menos —le expresé con las lágrimas en los ojos.

Enzo pasó los brazos por debajo de Shamus y tomó casi cincuenta kilos en sus brazos sin importar cuanto pesara. Sé que, aunque le costara, iba a llevarlo en brazos.

—Los chicos están en la mansión.

—¿Todos? —exclamé.

Él asintió y apresuramos el paso para salir de allí.

Pasamos minutos bajo la incesante lluvia, buscando un lugar, algo que nos llevara de vuelta a la mansión. Los truenos resonaban en el cielo sintiendo como temblaba la tierra. El aguacero que estaba cayendo nos dificultaba cada vez más seguir.

—¡Allí! —le grité para que me oyera, con una mano sobre mis ojos para verlo mejor, y fuimos a ese lugar. Con Enzo rezagado y Shamus en sus brazos, aparté las ramas enredadas unas con otras viendo el acceso a un túnel que se alargaba sobre una extensa oscuridad. Esto no era nada nuevo para nosotros. Pero no teníamos otra opción. Era entrar o seguir vagando bajo el aguacero de ahí fuera. Aunque ir a tientas en la oscuridad no era una buena idea.

—Parece un pasadizo —expresó él resonando su voz una vez que pisamos la entrada.

De pronto, Shamus se agitó en sus brazos. Le pedía con urgencia bajarse de sus brazos.

—Pero ten cuidado —le pidió Enzo muy intranquilo con la voz pesada y agitada. Se agachó dejándolo en el suelo y vimos cómo se movía a nuestro alrededor, cojeando.

—¿Adónde crees que nos llevará este pasadizo? —me castañeaban los dientes de lo helada que me sentía. Escurrí mi pelo lleno de agua.

Y pateé algo del suelo que me hizo agarrarme al brazo de Enzo por el ruido que hizo. Ambos

lo miramos al mismo tiempo.

Pero qué...

Enzo se inclinó para recoger ese objeto del suelo.

—Empiezo a pensar que esto es cosa de Berenice —expresó con una media sonrisa.

Y encendió la linterna iluminando el pasadizo lleno de telarañas. Me agarré a la mano de Enzo totalmente aprensiva y él me sonrió agradándole mi gesto, al saber que no soportaba esos bichos.

—¿Viste a Berenice? —dije ansiosa.

Hizo una mueca.

—No físicamente como tú y yo la vemos —fue explicándose—. Esa tal *ella* le robó la energía y por eso no podía verla. Y sigo sin verla. Fue Berenice la que me dijo que estabas viva, y con la ayuda de Shamus, te encontré.

Sonreí de oreja a oreja.

¡Bendita seas, Berenice!

Vi como Enzo y Shamus revisaban el pasadizo y me quedé rezagada. Lo de su «energía» me dejó intranquila un buen rato. Sé que le pasó algo parecido el día de la boda. Me dijo que se debilitó al coger la tiara. Llevé mi mano a la tiara de mi cabeza y suspiré. El semi recogido casi no existía, estaba hecho un desastre —como el vestido de novia— pero no había dejado que en ningún momento la tiara se me cayera o Tommy me la arrebatara para hacerme daño. Podía parecer tonto, pero le tenía un especial cariño a la tiara de Berenice.

Caminamos sin descanso ese pasadizo solo con la ayuda de la linterna. Temía que de un momento a otro oyera la voz de Tommy, o disparos amenazadores, o esa siniestra persecución para darnos caza. Mis pies me ardían, me sentía cada vez más exhausta, pero no estaba dispuesta a que paráramos ni un minuto.

La marca me lanzó un latigazo y me detuve llevando una mano a la nuca, apretando los dientes tras haber sido intenso. Esa zona de la piel estaba muy caliente. *Bien. He dicho que no me pararía. Y ahí está mi marca, para mandar sobre mí.* Pensé cabreada.

—¿Te encuentras bien, cariño? —Enzo me socorrió rápido tomando mi rostro, asustado.

—Sí. No te preocupes —apoyé mis manos en las suyas—. Un mareo.

—Voy a llevarte en brazos —hizo el amago de cogerme y me aparté.

—No es necesario, Enzo —intenté restarle importancia—. Debes estar agotado. Has llevado a Shamus en tus brazos y no pesa solo cinco kilos —advertí con una sonrisa.

No era justo que ahora cargara conmigo. Él resopló como si exagerara.

—No estoy agotado. Podría llevarte a ti en brazos durante otros diez kilómetros.

—Ajá. Claro que sí, cariño —me acerqué a él para besar sus labios.

—Es cierto —ronroneó sobre mis labios y se fijó en cada centímetro de mi rostro con una expresión inquieta—. Vamos a descansar. Llevamos tiempo caminando sin descanso.

—No, es mejor seguir... —una tenue luz a lo lejos del pasadizo hizo que me quedara callada llamando mi atención. Fruncí el ceño—. Enzo —le señalé en un gesto de cabeza.

Él siguió mi mirada dándose cuenta. En cuanto lo vi, su semblante relajado cambió a uno más precavido y protector. Me agarró de la mano con seguridad y caminamos hacia esa luz.

—Ponte detrás de mí —me susurró.

—¿En serio? —enarqué una ceja.

—En serio —dijo totalmente serio.

Puse los ojos en blanco y decidí hacerle caso para no atraer una discusión que no venía a cuento. Nos acercamos a esa tenue luz que venía de la rejilla inferior de esa pared. El pasadizo

terminaba aquí. Me fijé en que Shamus no paraba de olfatear la pared sin dejar de rascar como si quisiera entrar.

—Qué raro —miró con fijeza el suelo—. Es como si al otro lado hubiese una habitación.

—Enzo —sacudí su camisa señalándole la pared de nuestro lado.

En ella había una especie de palanca algo oxidada. Nos miramos a los ojos y asentí para que la accionara. Enzo llevó su mano a ella y la bajó. De pronto, se activó un mecanismo y la pared de piedra se abrió de lateral haciéndonos acceder a una zona de la mansión.

Me quedé boquiabierta.

¡La biblioteca!

—¿Pero cuántos pasadizos tiene? —parpadeé repetidas veces, sorprendida.

—Más de los que creía —murmuró él mirando a nuestro alrededor. Y dejó la linterna sobre una mesa—. ¡Dandelion!

—¡Aliza! ¡Eve! —las llamé.

Salimos a los pasillos, buscándolos. No parecía haber un alma aquí. Me estremecí teniendo un mal presentimiento.

—¡Dave!

—¡Declan!

Llegamos al recibidor, abrumados y más inquietos.

—¡Uriel! —gritó Enzo.

—¿Uriel? —le pregunté confundida.

¿Quién era ese hombre?

—Sí. Es mi amigo —se movió en el recibidor mirando los pasillos de éste—. Y tendría que haberte hablado de Uriel porque es de la familia.

Fruncí los labios, angustiada. Los chicos no se encontraban aquí y esto me estaba dando mala espina.

—No hay nadie —expresé asustada.

Enzo se quedó pensativo con el ceño fruncido sin entender cómo es que no estaban aquí. ¿Y si Tommy se había adelantado a nosotros y los tomó como rehenes para hacerme volver? El corazón me dio un vuelco de solo pensarlo.

—¡El embarcadero! —expresó repentinamente—. Deben estar allí esperándonos para irnos.

Tomó mi mano y salimos con Shamus por la puerta principal. Otra vez bajo la lluvia. Lo bueno es que no era un camino tan largo. Cruzamos la verja abierta y seguimos el camino directo al embarcadero. Ansiaba abrazar a Evelyn, Aliza, Dan... a todos. Decirles cuánto los había extrañado.

Cuando llegamos al embarcadero, nos quedamos de piedra.

Oh, Dios mío.

El barco de Enzo no estaba en el embarcadero. Ni tampoco el de Declan. Aquí no había nadie. Y en el mar embravecido por la tormenta no se divisaba nada.

—Se han ido —dije llena de pánico.

—No. Estoy seguro de que no —su voz sonó muy tensa con un rostro desconcertado como si no le encontrara la lógica de por qué los barcos no estaban—. No nos abandonarían.

¿Entonces dónde estaban? Y todo cobró un sentido en ese momento. Creo que ambos caímos en la cuenta de lo que sucedía. Nuestras miradas se cruzaron temiendo lo cumplido. Sé que Enzo estaba reviviendo exactamente lo mismo que yo. Recordando las palabras exactas de Tommy.

«Ninguno de los dos va a salir de la isla de Blood Williams. Ya me he encargado de eso.

Nunca dejo un cabo suelto».

¿Existía algo peor que esto que nos sucedía?

Los chicos estaban desaparecidos. Y nosotros...

—Estamos atrapados en nuestra propia isla —me encogí aterrada ante esas palabras.

CAPÍTULO 5

ADARA

¿Y ahora qué?

Fue lo que le pregunté a Enzo en el embarcadero en plena tormenta. Pero fue una pregunta que no necesitaba respuesta. Los dos sabíamos que teníamos que hacer.

Y ahora me encontraba de pie, en el recibidor. Era plenamente consciente —a pesar del miedo y el pánico que me atenazaban cada vez más— del sonido exacto del agua helada cayendo de mi pelo al suelo, el temblor de mi cuerpo al sentir el tenaz frío, los truenos de afuera, a Enzo como iba de un lado para otro asegurándose que toda ventana y puerta tuviese el pestillo de seguridad puesto, para luego, opacar la luz corriendo las cortinas y que todo quedara más oscuro.

—Maldita sea, no hay línea telefónica —maldijo con el teléfono en sus manos pasando por mi lado, y lo vi ir por un pasillo del recibidor, escuchar como abría una puerta y luego salía cerrándola.

Que no hubiese línea telefónica —y más aquí —era muy típico cuando había tormentas como ésta. O que Tommy se había encargado de que estuviéramos incomunicados. Temblé ante ese pensamiento. Mierda. Yo no tenía mi móvil encima. Lo dejé en la mansión de Roundstone. Y Enzo me había dicho que el suyo estaba inservible después de estamparlo contra el suelo.

—Solo utilizaremos velas —me informó sin apenas mirarme, cerrando otra ventana con el cierre de seguridad.

Asentí tiritando.

—Creo que están en la cocina —apunté, aunque indecisa.

Y me di la vuelta marchándome hacia el pasillo central. Apreté los dientes cuando escuché otro trueno, entrando en la cocina. Seguí a lo mío, rebuscando en los cajones. La angustia de no saber de los chicos estaba haciéndome mella. Tan profunda y caótica que empezaba a imaginarme lo peor, y que hacía que en determinados momentos me quedara sin aire. Porque sé que por mi culpa estaban aquí. Y todos estaban en peligro por mí. Enzo estaba seguro de que no se habían marchado de la isla y que dudaba que Tommy los tuviera como rehenes. ¿Entonces dónde estaban? ¿Por qué no se quedaron aquí? ¿Qué pasó realmente desde que Enzo me fue a buscar?

—¡Adara!

Di un brinco por la feroz voz de Enzo y me volví.

—Estoy aquí —le grité.

Escuché sus pasos acelerados y lo vi cruzar el arco de la entrada relajando su expresión llena de pánico con un suspiro.

—No te alejes de mí. Este es un lugar peligroso —me expresó intranquilo acercándose a la puerta de las bodegas, la cual, no me había dado cuenta que se encontraba abierta.

—¿La cocina? —me sentí confusa.

Enzo estaba totalmente en alerta, se asomó en la oscura bodega ojeándola. ¿Qué hacía?

Él me miró un momento y cerró despacio.

—Las bodegas tienen un pasadizo secreto. Fue como te encontré.

Me quedé boquiabierta. ¡¡Pero qué!!

—¡¿Entonces pueden venir por aquí?! —la señalé asustada.

—¿Dónde diablos dejé los tablones de madera? —dijo como pensativo moviéndose por la cocina. Y bajó unos escalones entrando al pequeño cuarto de las herramientas, oyendo como trasteaba dentro de ese lugar.

Contemplé pavorosa la puerta de las Bodegas Williams. ¿Fue por aquí que me trajo Tommy?

Me estremecí haciendo estragos en mi cordura. Entonces siempre nos vigiló. Siempre tuvo acceso a la mansión, y nosotros ni lo intuimos. Y ahora sabía muy bien quién era Tommy. Después de lo que me hizo el día que vine a la isla, de él podía esperarme cualquier cosa. De hecho, casi me mata. Me froté los brazos llena de azoramiento. Enzo trajo dos tablones grandes de madera con un martillo y púas en la otra mano. Dejó un tablón en el suelo y el otro lo sostuvo contra la puerta poniéndole una púa, y empezó a golpearla siendo chirriante y estremecedor su sonido. Poco después el tablón se quedó anclado a la puerta y el segundo también.

De modo que la puerta estaba atrancada.

—No es mucho. Pero sirve —me aseguró agitado dejando el martillo en la encimera.

No podía estarse quieto. Su rostro estaba envuelto por una máscara de intranquilidad y dureza. Estaba acelerado, alterado, en constante alerta.

—Enzo, date un respiro —le pedí tomándole de la mano.

Lanzó una breve mirada a nuestras manos.

—No puedo —se volvió abriendo un cajón, sacando un puñado de velas. Tomó las cerillas y prendió cada vela. Al ojear la ventana que había encima del fregadero fue a ella tocando el seguro y cerró la cortina oscura.

Cogió una vela llevándosela con él.

—Voy a por el botiquín. Tengo que curar a Shamus. Vamos —expresó acelerado marchándose por el arco.

Estuve a punto de seguirle, pero al pasar por al lado del frigorífico me detuve en seco sintiendo en ese momento como mi estómago rugía más hambriento que nunca. Oh Dios. Mordisqueé mi labio, indecisa, porque no quería volver a asustar a Enzo al no verme. Parecía una tontería eso de no separarnos, aunque estuviéramos en nuestra propia mansión, pero sé que ahora se sentía con una hostigadora inseguridad; y con razón.

Escuché como mis tripas sonaban más. Desde que Enzo me rescató mi estómago había decidido renacer.

Solo será un minuto y vuelvo con él. Pensé rápido.

Retrocedí dos pasos abriendo la puerta del frigorífico, mirando la abundante comida. Se me caía la baba de solo verla. Solo con su olor ya me estaba haciendo babear. Tomé un poco de todo abarcándolo en mis brazos y dejándolo en la encimera de la isla. Empecé a comer como si no hubiera un mañana. La comida sabe a gloria. Todo lo que engullía era delicioso. O que estar más de un día sin comer me pasó factura. Si teníamos que volver a huir tenía que estar a tope de energía.

Me quité los tacones infernales soltando un suspiro, y cuando mis pies tocaron el frío suelo seguí comiendo. Me serví un vaso de zumo de naranja bebiéndomelo de golpe. Estaba moviéndome alrededor de la isla tomando de todo un poco, cuando de reojo vi a Enzo reclinado contra la pared de la entrada de la cocina, mirándome en silencio. Vi que no tenía la vela con él. Me quedé con la mano a mitad de la boca, y la fui bajando lentamente hasta la encimera, dejando el trozo de pan con la loncha de jamón. Creo que no habían pasado ni tres minutos desde que se marchó y no lo seguí. No parecía enfadado. Si no todo lo contrario. Tuve esa sensación como si estuviéramos en la misma noche que él vino a por mí, y me trajo la comida de Mel. Solo que ahora

todo era diferente.

Torció una sonrisa que irradiaba magnetismo.

Y me puse colorada.

—Perdón —me ruboricé.

—¿Por qué? —se extrañó y se quitó de la pared acercándose—. Me gusta la mini osa de tu interior.

Me quedé boquiabierta.

—¡Me estás llamando osa! —exclamé.

—Adoro a la osita que tienes en tu interior tan tragona y golosa —me pellizcó el puente de la nariz riendo.

Sacudí la cabeza apartando su mano haciéndome la ofendida, y terminé por reírme. ¿Cómo lo hacía para que no consiguiera enfadarme con él?

—Anda, come—le dije tomando un trozo de chorizo y se lo metí en la boca.

—¡Adara! —me reclamó él con una expresión divertida sin dejar de masticar. Apostaba a que él estaba también muerto de hambre.

—Para reponer fuerzas. Come y calla —le ordené.

Enarcó una ceja todo bribón.

—¿Es una orden?

—Sí —me puse las manos en la cintura con la barbilla alzada.

—Vale —se rindió alzando las manos—. No quiero cabrear a mi Banrion.

Me mordí ligeramente el labio. Ya sabía cuánto me gustaba que me llamara así y todo lo que me provocaba.

Los siguientes minutos los pasamos en silencio comiendo lo que yo había dejado en la isla.

—Estabas comiendo como si hubieras pasado hambre —dejó el vaso vacío en la encimera—.

¿No te dio de comer? —me preguntó más serio.

Hice un mohín resoplando.

—Sí que lo hacía. Pero decidí dejar de comer.

Se fijó en mi cara sin comprenderme.

—¿Por qué?

—Era su cautiva, Enzo. No sé cuánto tiempo me quería con él. ¿Semanas? ¿Meses? No pensaba vivir ese infierno. Y que me dijera que tú estabas muerto... —se me hizo un nudo en la garganta y agaché la cabeza abatida por las emociones. Enzo se encontraba en la otra punta de la isla, y unos momentos después, lo sentí rodeando mi cuerpo con sus musculosos brazos, abrazándome cálidamente. Hundí mi rostro en su cuello, resollando.

—Lo siento —sentí su respiración en mi pelo—. Nunca debí dejarte sola. Lo que pasó fue mi culpa.

Estiré mi cabeza hacia atrás frunciendo el ceño.

—No. Claro que no —le aclaré con firmeza—. Era nuestra boda. Nuestro perfecto día.

—Pero si yo...

—No podrías haber hecho nada —le interrumpí para que dejara de sentirse culpable y que no buscara excusas para que él solo fuera el único responsable y que todo le salpicara—. Él me lo dijo. Lo tenía todo planeado. Incluso pudo saltarse la seguridad de Burke. Si no hubiese sido en la casa de invitados habría sido en otro lugar.

Apretó la mandíbula desviando su furibunda mirada. Dijo algo en irlandés que no entendí.

—¿Cómo fue? —expresó entre dientes.

Sé lo que me preguntaba.

Suspiré con profundidad.

—Uno de los hombres de Burke me acompañó hasta la puerta. Se quedó fuera y yo entré. Lo vi todo preparado —le sonreí acariciando su mejilla recubierta por la barba—. Y sentí como alguien bajaba las escaleras. Creí que eras tú, solo por un momento. Pero cuando lo vi... —mi expresión se envolvió por una cruda ansiedad—, no podía creerlo. En ese momento me dijo quién era y lo que iba hacer. Hizo arder la casa con las velas que tú habías preparado.

Enzo se giró furioso rodeando la isla y apoyó sus puños sobre ella con un rostro pétreo. Vi como sus nudillos se quedaban blancos. Estaba temblando de furia e impotencia.

—Pensé que tú no lo creerías tan fácil —seguí, intentando mantener una voz serena mirando mis manos, pero me costó un mundo—. Pero él lo planeó todo muy bien. Cuerpo falso. Forense falso. Las horas pasaban y mis esperanzas decaían en una espiral de desesperación y dolor.

Levanté la cabeza y nuestros ojos desolados se cruzaron.

—Intenté escapar varias veces. Me rompí el vestido para tener más movilidad, pero de nada sirvió. Cada vez que Tommy me visitaba en la cabaña no dejaba de decirme que tú no vendrías. Y yo le retaba negándoselo. Y por eso te hizo la llamada. Yo lo escuché todo.

Mi cuerpo se sacudió por el sollozo que me salió. Las lágrimas empezaron a empañar mis ojos. No me atreví a preguntarle si intentó de verdad suicidarse. No me sentía preparada para saberlo. Saber que yo fui la causante de esa terrible decisión.

—No fue tu culpa —volvió a mi lado con un rostro desencajado de verme así.

—¡Si lo fue! —dije en un frágil hilo de voz.

—No —insistió con más fuerza tomando mi rostro, sumergiéndome en el profundo gris de sus ojos tan cautivadores—. Mi mundo acabó cuando tú supuestamente moriste. Me encerré aquí y no quería saber nada de la vida. Todo se terminó para mí. Pero mi corazón se negaba. Negaba que tú fueras la que estaba enterrada en el cementerio Williams. Y recordé lo que Berenice me dijo hace tiempo de la tumba de Dean. Pensé que sería una locura, que no tenía lógica lo que me dijo en su momento, pero fui al cementerio y cavé en la tumba de Dean Williams...

—Y el ataúd estaba vacío —mascullé sorbiendo de la nariz.

Asintió rápidamente. Berenice sabía desde un principio quien era Tommy, intentó decírselo sin que la tal *ella* lo descubriera. Pero fuimos tan ingenuos que no supimos ir hacia cada pista que nos dejaba.

—Así es. No hay ningún bebé enterrado allí. Cuando lo descubrí, Shamus comenzó a ladrar, me llamaba para que entrara a la mansión. Él mismo me llevó al Salón de Esgrima & Ballet —le fruncí el ceño—. Estaba lleno de una nube de vapor, no entendía nada, intuía que era cosa de Berenice, pero todo cobró un sentido cuando vi en el espejo que tú estabas viva. Y todo renació —asomó en sus labios una sonrisa resplandeciente—. Volví a sentir como mi corazón latía de vida. Porque creí. Simplemente tuve fe en esas palabras que ella escribió.

Tomó mi mano y la apoyó en su pecho. Bajé la mirada a mi mano contra su pecho sintiendo la suya sobre la mía, con los sonoros latidos de su corazón golpeando frenéticos contra mi mano.

De pronto sus ojos grises brillaron de emoción.

—Si este corazón sigue latiendo es gracias a ti. Y a que me diste la oportunidad de vivir y de sentir lo que es amar. Tú me complementas, Adara.

Las lágrimas empañaron mis ojos y apreté los labios para que dejaran de temblar. Después de todo, después de que me hicieran pasar por muerta y que él pasara el peor infierno de su vida creyéndome muerta, él me seguía queriendo con esa intensidad y fervor que sentía en cada célula

de mi cuerpo. Me estiró hacia sus brazos y me arrebujé en él con desesperación, hundiendo mi cara en el hueco de su cuello, sintiendo como soltaba un suspiro mientras me acariciaba el pelo mojado.

Sus manos se deslizaron sobre mis brazos, y sé que zona estaba acariciando y lo que estaba pasando por su cabeza ahora mismo. Aparté mi rostro de su cuello fijándome en como miraba mis brazos con la sombra de la culpa gobernando su rostro.

—No lo hagas —le susurré.

—Te dejé sola —reconoció irritado.

—Tenías que ir con Susan —sus ojos agónicos me miraron—. ¿Crees que te habría dejado quedarte de saberlo?

Negó con la cabeza.

—No te dije que era Enzo Price —murmuró en un tono melancólico.

Qué bien. Salíamos de un bache para meternos en otro más profundo.

—¡Y qué! —me encogí de hombros sin importarme—. No tenías que hacerlo en ese momento.

—Deja de excusarme —me replicó enfadado—. Deja de hacer como si mis errores no tuvieran consecuencias.

—¡Y tú deja de echarle el mundo sobre tus hombros! Tienes que ceder.

Estudió mi expresión durante un largo rato sin decir más. Odiaba cuando se ponía tan testarudo hasta el punto de hacerme enojar, porque no podía lograr que consiguiera ver con claridad lo que en verdad importaba.

Levantó un brazo sintiendo su cálida mano acariciando mi mejilla sin dejar de mirarme.

—No empecé a golpearlo como un sádico por Sam —me confesó abrumado.

—¿No? —dije confusa.

—No. Fue por esto —señaló mis brazos donde estuvieron los hematomas—. No sabes de qué forma me sentí al saberlo. Saber que cada hora que ese bastardo te tuvo en su poder ese día —su mirada se convirtió en un glacial al recordarlo—. Y que te tuviera secuestrada desató al monstruo que llevo dentro...

—Shh —pegué su frente contra la mía rodeando mi brazo en su cintura—. No te digas eso —le pedí acongojada—. Lo que sucedió ese día en la isla, no pasó a mayores. Es lo importante. Lo de mi secuestro tampoco.

—Quería dispararle —sentí como apretaba la mandíbula con una voz apagada.

—Pero no lo hiciste —reforcé su seguridad—. Porque tú no eres un asesino.

—Pero...

—Pero nada. A mí solo me importa esto. El ahora. Y ahora estamos juntos. Olvida lo demás. Solo piensa en nosotros... —acaricié mis mejillas sobre las suyas con los ojos cerrados, sintiendo su cálido aliento recorriendo mi piel—. Tú y yo.

Su mirada se volvió adoradora, ardiente y con un hambre feroz que me hizo contener el aliento de todo lo que me hacía sentir tan vivamente dentro de mí. Deslizó suavemente sus dedos alrededor de mi mandíbula y me estremecí. Sus ojos se oscurecieron cuando observaron el golpe de la mejilla, rozándolo con la yema de los dedos. Pero quería que se olvidara de eso. El *deseo* se apoderó por completo de mí. Y sé que él estaba sintiendo lo mismo. Algo que no podíamos contener ni reprimir.

—Adara —pronunció mi nombre con una voz áspera y llena de deseo.

La tentación de besarme le hizo sucumbir a un anhelo del que no podíamos escapar. Su boca cubrió la mía con una creciente necesidad que reclamaba cuanto me deseaba con desesperación.

Rodeé su cuello con mis manos y dejé que la cordura se perdiera muy lejos de mí. La reacción primaria de nuestros cuerpos hizo que el beso se volviera más salvaje y febril. Dios. Solo podía pensar en él desvistiéndolo, dejar que Enzo me quitara mi desastroso vestido de novia como a él le gustaba. Lentamente y torturándome con suaves caricias que lograrían enardecerme y enloquecerme. Solo con pensarlo me encendí haciendo que voluntariamente mi cuerpo se balanceara sobre el suyo provocándolo. Enzo soltó un gruñido posesivo y hambriento y sus brazos me rodearon rápidamente estrechándome contra su musculoso cuerpo, excitándome, agitando frenéticamente mi sangre.

Gemí sonoramente en su boca cuando mordisqueó mi labio inferior y lo acarició con la lengua haciéndome arder como nunca. Todo mi cuerpo se estremeció de puro placer al sentir sus ávidas manos recorriendo mis caderas, como subía por mi desnuda espalda y como poco después, hacía descender los tirantes del vestido por mis brazos, erizando mi piel. Del frío pasé a sentir un fuego que gritaba por ser extinguido.

Desesperada por tocar su piel, desabotoné tres botones de su camisa deslizando mis manos dentro de ella, hundiendo mis dedos en su cálida piel, subiendo por su pecho, sintiendo bajo las yemas de mis dedos como cada fibroso músculo se endurecía. Su placentero gemido me demostró cuanto le gustaba que lo tocara de esa forma. Me deshice en sus brazos sin que nuestros labios se dieran una tregua, devorándose con hambre.

Enzo separó bruscamente nuestros labios. Soltó un ronco suspiro hundiendo su rostro en mi pecho, deteniéndose, exclamando una maldición, y apoyé mis manos en sus hombros con la vista nublada oyendo nuestras respiraciones salvajes. Oh, Jesús. Nuestros cuerpos se mantuvieron juntos durante unos segundos más, desesperados por unirse, por romper las cadenas que impedían que nos uniéramos desatando la pasión. Poco a poco fui cobrando la total cordura que había sido nublada por nuestros deseos.

Sus llameantes ojos me miraron.

—No sabes cómo me muero por adorarte. Te haría el amor como un loco —me aclaró con una voz ronca, tan profunda y caliente. Y evité gemir por lo que me provocó para no desatarnos más—. Pero...

—Lo sé —apoyé mis manos en sus ardientes mejillas—. Créeme que lo sé.

Nos miramos aún encendidos por la pasión. Yo tampoco podía pensar en sexo teniendo al psicópata de mi primo siguiéndonos. Sé que aquí no podríamos estar mucho tiempo. Tal vez unas horas o un día. Estaba de los nervios al sentir que en cualquier momento él aparecería para desatar otra vez el caos sobre nosotros.

Besó mis labios con profundidad y adoración dejándome con ganas de más.

—Voy a curar a Shamus —acarició mis brazos mirando mi vestido húmedo—. Date una ducha caliente. Lo necesitas.

Se deslizó hacia la salida de la cocina, pero se giró hacia mí dedicándome una de sus sexys sonrisas que ponía mi mundo patas arriba.

—Pero no te creas ni por un momento que me he olvidado —me quedé mirándolo desconcertada y eso alimentó más su rostro pícaro—. Te debo nuestra noche de bodas, señora Price.

Oh.

Le sonreí nerviosa y con las mejillas encendidas. Mi cuerpo se estremeció de puro placer. Joder. Eso sí que era ponerme cardíaca. Me guiñó un ojo y se marchó de la cocina.

Respiré hondo e intenté calmarme después de que casi tuviéramos sexo en la cocina. Y fui

metiendo la comida en el frigorífico. El silencio que me rodeaba solo logró que no dejara de pensar en lo que Tommy dijo sobre Sam. Me perseguía incansablemente.

Al menos yo no maté a un pobre adolescente.

Tu esposa merece saber que tú mataste a Sam.

¿Qué te hizo Sam para que le quitaras la vida?

Me di un alto. Cerré los ojos golpeando la encimera.

—Basta —me susurré—. Miente.

Tommy quería que viera a Enzo con otros ojos. Que lo repudiara. Lo despreciara. Que dejara de amarlo. Por ello soltó esa bomba justo en ese momento. Pero su constante insistencia solo hacía reforzar más mi amor por Enzo. No me estaba poniendo una venda en los ojos, pero sé que me estaba dejando guiar por mi corazón. Y él confiaba en Enzo. Y yo también.

Habló de unos acantilados. Y no pude pensar en otros que los mismos que estaban a las afueras de Roundstone, en los que Enzo me dijo que me alejara con pánico y miedo porque creía que caería al mar. De allí venía su trauma. ¿Sam cayó por esos acantilados? ¿Enzo lo presenció y por eso se culpaba?

Dios mío.

La congoja me golpeó como si fuera una tempestad y traté de no llorar para no preocupar a Enzo intentando respirar hondo. No podía dejar de imaginar a un Enzo adolescente marcado por esa desgracia. Culpándose de ese trágico suceso. Si pasó como imagino, Enzo me necesitaba más que nunca a su lado. Porque si Tommy no dejaba de recordárselo, volvería más inseguro a Enzo. El maldito sabía dónde apuñalarlo. Solté un gruñido frotándome la cara para despejarme, y permanecí allí unos minutos más y que no me viera alterada. No me gustaba estar tanto tiempo separada de él, me creaba ansiedad y sé que eso me venía de mi secuestro, no le había dicho nada a Enzo para no preocuparlo. Pero me sentía insegura, sintiendo esa espeluznante sensación como si alguien estuviera detrás de mí todo el tiempo esperando apresarme. Esa angustia no dejaba de ahogarme.

Salí de la cocina caminando acelerada, oyendo que la lluvia aún no amainaba. No tardé en ver a Enzo en el recibidor, con Shamus acostado en el suelo, muy quieto, pero mirando de reojo asustado a su dueño ya que le estaba tocando la herida de la pata.

Enzo me miró un momento y me sonrió, y siguió hablándole con voz tierna de que no era nada, solo un roce y que pronto se curaría. Puede que por su aspecto, Shamus pareciera un perro feroz y dominante. Pero cuando pasas cinco minutos con él, era el tiempo suficiente para darte cuenta que Shamus es pura ternura y que su corazón es tan gigante como su cuerpo.

En ese momento un trozo de tela captó mi atención. Y desvié mi mirada hacia esa parte del recibidor que daba entrada a uno de los pasillos. Me dirigí a ese trozo de tela cogiéndolo. Qué raro. Esto pertenecía a una de las cortinas del salón principal. ¿Qué hacía aquí? Viendo que Enzo seguía curando a Shamus, caminé por el pasillo sin soltar el trozo de tela.

Y me quedé de piedra al entrar en el salón.

Fue chocante. Alarmador. Abrumador.

Santo Dios.

Todo estaba destrozado. Absolutamente todo. Crucé el salón mirándolo anonadada. Era como si un terremoto se hubiese ensañado con el salón. O como si alguien no hubiese podido controlar su furia y empezó a destrozarlo todo hasta saciar toda la mierda de su interior; que no parecía ser poco. Sé que era lo segundo, porque un terremoto no solo destrozaría el salón principal. Caminé entre los destrozos con cuidado de no cortarme los pies al ver los diminutos cristales. No lograba

comprender el porqué de este destrozo. Y me di la vuelta viendo a Enzo en la entrada, con los hombros encorvados y cabizbajo. Remordido. Avergonzado. Acobardado de mirar en las condiciones lamentables que se encontraba todo.

Tragué saliva.

—¿Lo has hecho tú? —pregunté al fin.

—No me siento muy orgulloso de mi comportamiento —me confesó atormentado.

—Pero por qué...

Apagué el tono de mi voz al comprenderlo.

—Este salón representa lo destrozado que yo me sentía.

El corazón me dio un vuelco y dolor me apesó. Y no sé por qué fue en este momento donde lo vi a él más claramente, retorciéndome el alma. Su rostro demacrado, apagado, ojeroso y la barba descuidada como si no le hubiera importado su aspecto. Su ropa blanca. Oh Dios. ¡Iba de blanco! Me llevé una mano a la boca con las lágrimas en los ojos y me acerqué a él sin que apenas se moviera. Apoyé mis manos trémulas en su pecho.

—La ropa blanca —balbuceé.

—Quería seguir tu tradición —me sonrió con gesto de tristeza.

Un escalofrío me sacudió el cuerpo. Me esforcé por no derrumbarme, sé que lo último que necesitaba era ver a su esposa llorando por cada esquina porque no sabía controlar sus emociones. Y casi lo conseguí, pero cuando observé la caja abierta detrás de él lo hilé todo. La cabeza me daba vueltas, se llenó de imágenes que me hicieron comprenderlo más, meterme más en su piel.

El momento de la llamada.

El momento de su feroz grito.

El momento que destrozó el salón.

—Lo hiciste —me faltó el aire—. ¿Lo intentaste?

Levantó la cabeza ante mi tono agónico. Quería que fervientemente me lo negara. Que Tommy nunca hubiese tenido la certeza que ante la llamada que le hizo, Enzo intentara quitarse la vida. Porque él no era más fuerte que nosotros dos.

Asintió sin atreverse a mirarme a los ojos.

Ahogué un jadeo. Fue la sentencia que hizo desahogarme. No pude reprimirlo.

Y rompí a llorar.

—Fue mi culpa. Solo mía —gemí con el río de lágrimas descendiendo por mis mejillas.

—No, Adara...

Negué con la cabeza apartando la mirada, repudiándome.

—Pero no lo hice, ¿vale? —me tomó el rostro atormentado de verme así—. Pasó por mi cabeza, sí. Pero no lo hice. Tú fuiste la que me detuvo.

En mi cabeza no dejaba de repiquetear como Tommy le hablaba de forma dañina y cruel, y Enzo respiraba cada vez más acelerado al otro lado del teléfono. Lo escuché todo. Me taparon la boca para que no pudiera gritarle a Enzo mientras presenciaba como Tommy intentaba destruirlo. Yo originé esa llamada porque le dije a Tommy que Enzo sabía que yo estaba viva. Así que fui yo la que hizo que Enzo se apuntara en la cabeza con el revólver. Destruída y cabizbaja, apoyé mi cabeza en su pecho sacudiéndose más mis hombros ante el llanto. Enzo me rodeó rápidamente con desesperación y me tomó en sus brazos. Lo escuché caminar oyendo como crujían los cristales y como poco después se sentaba en el único sillón en pie, abrigándome en sus brazos que necesitaba más que nunca. Como el hombre más compresible y amoroso, estuvo minutos intentando

tranquilizarme, acariciándome, besándome, explicándome que fue lo que le detuvo para no acabar con su vida... dándome algo que no merecía. Una respuesta para calmar mi corazón torturado.

—No es tu culpa —dijo una vez más—. Como bien tú dices. Habría encontrado la forma de provocarme. Ya me sentía destruido. No había cabida para la razón.

Apreté los ojos sintiéndolos húmedos.

—Mira a que extremos estamos por su culpa —dije con la voz rota.

Me besó la frente y me apretó más contra él, meciéndome con suavidad.

—Somos más fuertes. ¿Recuerdas?

No sé qué tan segura me sentía de esas palabras.

Tommy sabía dónde darnos para debilitarnos y dejarnos más vulnerables que nunca.

ENZO

—Saldremos de esta pesadilla, ¿verdad?

Levanté la cabeza, viendo cómo me curaba la herida del brazo debido al cristal que estampé contra el suelo del salón. Nos habíamos quedado como nuevos —o casi— después de una exhaustiva ducha y ropa limpia. Apreté los dientes ante el escozor que sentí cuando pasó la gasa llena de antiséptico por la herida.

—Por supuesto —le respondí claro y firme.

Ella soltó un débil suspiro. Mi principal objetivo era sacarla sana y salva de aquí. Y lo iba a cumplir.

—No me gusta que Shamus esté abajo —me recordó.

—Ya sabes que no le gusta estar encerrado en una habitación. Nos avisará si oye algo fuera de lo normal.

Asintió intranquila terminando de vendarme. Sus ojos azules me miraron y asomó una sonrisa en sus labios que intentaba decirme que «estaba bien», pero sé que no lo estaba.

—Ven —me puse en pie y pasé mis brazos debajo de sus piernas para tomarla.

—¿Enzo, qué haces? ¡Tu brazo! —lo señaló.

—Mi brazo está bien.

La llevé a la cama acomodándola sobre ella. Refunfuñó mirándome con el ceño fruncido apoyándose sobre los codos.

—Quiero que duermas —le ordené.

—Ni loca —sacudió una mano e intentó incorporarse, pero se lo impedí poniendo mis manos con suavidad sobre su pecho para acostarla del todo.

Ella resopló casi como un gruñido que me enterneció. Había echado de menos sus pequeños y adorables cabreos que si yo quería podía hacer desaparecer en un suspiro.

—Adara, estás que te caes de sueño —intenté convencerla.

Adara me había resaltado en el baño —mientras nos duchábamos— lo de mis ojeras, pero ella tenía un rostro más cansado y demacrado que el mío. Necesitaba que durmiera.

—No puedo —me senté sobre la cama y ella se inclinó hacia mí dejando sus manos sobre su rostro. Intentó que no se le escapara un bostezo de sueño—. No dejo de pensar en los chicos.

Y yo.

—Sé que están bien.

—¿Cómo lo sabes?

Respiré hondo.

—No hay indicios de violencia en toda la mansión salvo en el salón —le sonreí algo avergonzado de lo que hice—. Ni balas —añadí—, lo que solo me permite pensar que salieron a buscarme cuando posiblemente no me encontraron en las bodegas.

Ella se quedó pensativa con un rostro bañado por la angustia.

—Tommy está ahí fuera —musitó.

—Pero ellos son más listos.

—Va armado y con hombres que no le han temblado el pulso al dispararle a un perro.

Giré mi rostro y vislumbé entre las cortinas como un rayo de sol se colaba entre ellas. Estaba atardeciendo. Hace menos de dos horas que había dejado de llover. Y milagrosamente esas irritantes nubes desaparecieron haciendo que el sol saliera.

—Te prometo que los buscaremos.

Mirándome fijamente a los ojos, tomó mi mano entrelazando nuestros dedos, suavizando su inquieta expresión. Le acaricié el pelo de modo que se relajara, viendo cómo le pesaban los párpados a medida que transcurrían los segundos. Se arrebujó más sobre la almohada haciendo un sonido de gusto.

—Duérmete —le susurré.

—Solo cerraré un momento los ojos —me avisó bostezando.

Le sonreí.

—Estás conmigo —le dije con suavidad.

—A salvo y segura —añadió con tranquilidad.

Me incliné sobre su rostro besando su frente. Y fue en ese momento que pasó por mi mente algo que había dejado pasar y no le había preguntado.

—Adara —la llamé.

—Hum.

—¿Por qué Tommy quiere que abras una puerta?

—Está loco. Dice que tengo la marca y que podré abrirla —me comentó con los ojos cerrados y pausando la voz—. Es una puerta rara. No es común. Parece... parece...

Dio un suspiro largo y profundo dejando de hablar.

—¿Adara?

No me contestó. Oyendo su relajada respiración. Se había quedado dormida. Sé que necesitaba esto más que nunca. No quería que se preocupara. Porque yo iba a velar sus sueños. La arropé con la manta y besé sus labios. Permanecí unos minutos observándola dormir. Y momentos después, subí del despacho de Leonard el diario de mi bisabuelo.

Ya era hora de saber que malditamente pasaba aquí.

Abrí la primera página. No era nada especial. Solo unos garabatos. En la segunda página ponía algo de lo más estremecedor.

Si traicionas a la isla. Ella te traicionará a ti.

Me quedé mirando esas palabras tan escalofrantes y profundas. ¿Qué quería decir con esa breve frase?

Pasé a la tercera página.

La llave maestra que se oculta en la puerta del despacho puede llevar al corazón de la isla. Pero sin la marca y sin su guardián de nada sirve la llave.

¿Se refería a la llave que tomé de la puerta del despacho? ¿Una marca? ¿Un guardián? Miré

rápidamente a Adara. ¿Y si hablaba de su marca? Pero lo del guardián me descolaba por completo. ¿A qué se refería con eso exactamente?

Seguí leyendo más interesado que nunca en esto. El diario parece estar lleno de anotaciones y observaciones que hizo mi bisabuelo.

Hay tres pasadizos en la mansión. En el despacho de Leonard. En la biblioteca. Y en las bodegas. El de las bodegas solo se puede acceder. Una vez que entras en el barril, no puedes regresar por las bodegas.

Eso me hizo suspirar de un tremendo alivio mirando a Adara que dormía plácidamente. Al menos podía quitarme de la cabeza que en cualquier momento podían aparecer por la puerta de las bodegas. Por eso se cerró la puerta del barril detrás de mí, porque no podía volver.

Bajé la mirada al diario.

Nos ha costado, pero ahora creemos en el vínculo. No puedo separarme de la marca. Es por el bien de Leonard. Es mi mejor amigo. Como mi hermano. No puedo permitir que muera.

Me levanté del sillón soltando un suspiro exasperado.

Si Tommy quería que Adara abriera una puerta, tal vez sea la que menciona mi bisabuelo en su diario y de la que no daba muchos detalles. Adara sabía de la existencia de esa puerta. Pero presentía que ella me había ocultado algo más. Antes de que la sacara de la cabaña me pidió aterrada —nunca vi ese terror en su mirada—, que no dejara que la llevara a la puerta.

Giré la cabeza observando que se había hecho de noche.

No había querido asustar a Adara más de lo que ya estaba. Pero puede que tuviésemos que adentrarnos en la isla para seguir huyendo de Tommy. Sin mi barco. Y sin línea telefónica. Estábamos incomunicados con el mundo exterior. Y entrar en las profundidades de la isla significaba «terreno desconocido». Repasé una mano por mi pelo mirando a mi mujer, paseando de un lado para otro. No quería que pasara por ninguna vicisitud que pusiera su vida en peligro. Ni una. Ni siquiera me atrevía a pensarlo porque me aterraba hacerlo.

La hora siguiente la pasé como un *centinela*. Cada poco tiempo hacía rondas por la mansión, solo con una vela y el revólver. Shamus parecía tranquilo, durmiendo en el recibidor como un lobo que vigilaba su guarida. Lo que me daba cierta tranquilidad, porque significaba que por los alrededores no había nada sospechoso. Entré varias veces al cuarto de los monitores de las cámaras de seguridad que mandé a instalar hace tiempo por los alrededores de la mansión. Contemplé los monitores con atención y sin pasar nada inadvertido.

Todo estaba tranquilo.

Y eso no me gustaba. No me gustaba nada.

Subí a nuestra habitación y me quedé un rato cerca de la ventana, espiando entre las cortinas la oscura noche. Sé que estaba ahí fuera. Acechando. Esperando. No sé a qué estaba esperando Tommy. ¿Quería volvernos locos? ¿Pillarnos con la guardia baja para sorprendernos? Qué ni lo soñara. No pensaba dormir en toda la noche, aunque era lo único que me pedía el cuerpo. Que me rindiera, aunque solo fueran cinco minutos. Pero no pensaba ceder.

Me eché agua helada en la cara para despejarme, bebí café y seguí vigilando.

El reloj de péndulo de la planta baja resonó por la mansión anunciando las doce de la noche.

Dios, Dan. ¿Dónde demonios os habéis metido? Pensé en mi fuero interno. La puerta de las bodegas la encontré abierta, y lo más probable es que todos hubieran entrado allí y también descubrieran el pasadizo. Lo que me dejaba más turbado, porque estaban en la zona de Tommy.

Me quedé de pie un rato al lado de la cama, observando a Adara. Creo que me había vuelto un

loco obsesivo. Un obsesivo por tocarla. Lo necesitaba desesperadamente. Ya fuera tomando su mano o rozando su piel. Y todo para decirme una vez más que ella seguía siendo real. Qué todo esto —por muy caótico que fuera— no formaba parte de un macabro y oscuro sueño del que despertaré. No sé si Adara se había dado cuenta de mi creciente ansiedad de no dejarla sola. Joder, sé que estaba conmigo y que no pasaba nada por darle unos metros de distancia, pero me encontraba inseguro, incapaz de soportar por un segundo verla lejos porque me temblaba todo y se me cerraba la respiración.

Me enojaba sentirme así.

Al ver que todo estaba en calma, no lo resistí más y me metí en la cama, deshaciéndome de mis zapatillas. La atraje hacia mi cuerpo dejando su cabeza contra mi pecho, oyendo como soltaba una respiración tranquila y uno de sus brazos rodeaba mi vientre pegándose más a mí, como si su cuerpo me reconociera y necesitara desesperadamente mi tacto. Dejé que el silencio me envolviera concentrándome en su respiración. Inhalé con profundidad con mi mirada en el techo. No era un sueño, ¿verdad? Ella estaba en mis brazos. Conmigo. Mi corazón comenzó a acelerarse sintiendo otra vez esa mala sensación. No pude soportar la inseguridad que crecía dentro de mí y la apreté más contra mi cuerpo hundiendo mi nariz en su pelo, aspirando el aroma a frutas del bosque de su champú. Sentir a Adara en mis brazos era calma, era luz, era como estar en el *paraíso*. Un paraíso que no estaba dispuesto a dejar ir nunca más.

Me sentí pleno y seguro que esto era real. Una vez más lo era.

No merecía a Adara. Aunque pensarlo fuera como un puñal que se me clavaba en el corazón haciéndome sangrar. Seguía preguntándome que había hecho para merecerla. No merecía que fuera tan comprensiva y bondadosa. Acaricié su cálida mejilla sonrosada contemplando su hermoso rostro. Pero era un maldito egoísta. Porque quería que se quedara a mi lado. Quería protegerla, mimarla, adorarla, amarla hasta el último de mis días. Pero no quería contarle lo de Sam. Sé que si lo hacía, la perdería para siempre. Amargué mi expresión cerrando los ojos para borrar esa sensación que nunca ha dejado de perseguirme.

Apoyé mi barbilla en su cabeza sintiendo su cálido cuerpo contra el mío. *No voy a dormirme. No voy a dormirme. No voy a dormirme...* Me dije una y otra vez.

Apenas fui dándome cuenta de que poco a poco me quedaba adormecido, que mis sentidos se mermaban y que mis párpados se mantenían más cerrados que abiertos.

—¡Enzo!

El eco de una voz femenina me hizo abrir los ojos de golpe poniéndome en tensión. Sentí los ojos pegajosos y los froté con rapidez para despejarme. Lo primero que revisé fue a Adara que seguía en mis brazos. Durmiendo. La vela de la mesita estaba casi sin cera y con la llama muy débil. Al mirar las cortinas, vi que una tenue luz se filtraba por ellas. Abrí más los ojos contemplando atónito lo que sucedía. Estaba amaneciendo. Joder. Joder. ¡Me quedé dormido! ¡Había dormido toda la noche!

El chirrido de la puerta abriéndose lentamente hizo que cada músculo de mi cuerpo se quedara rígido y me pusiera en alerta. Me giré para visualizar la puerta y vi de refilón como una silueta oscura se alejaba de la rendija. La sangre se me heló en ese instante intentando no descontrolarme.

Si hubiese alguien en la mansión, Shamus me avisaría. Le pedí explícitamente que lo hiciera.

Me destapé rápido. Y me quedé extrañado. Miré la manta. Que yo recordara no me había tapado con ella. Sin ser demasiado brusco para no despertar a Adara, me levanté de la cama yendo hacia la puerta, abriéndola con cuidado. Salí al pasillo con la mano puesta en el revólver

resguardado en mi pantalón, y en ese momento crucial, pillé una tela negra cruzando la esquina del pasillo que se alejaba al otro extremo. Una tela inconfundible y que nunca olvidaría.

—Berenice —susurré trastocado.

Me asomé a la habitación echando un último vistazo a Adara y entorné la puerta corriendo detrás de Berenice. Bajé a la planta baja buscándola por los pasillos, dejándome guiar por la débil luz del día que se filtraba por las cortinas. Pasé por el recibidor viendo a Shamus, que en ese momento levantó la cabeza bostezando. Él estaba tranquilo. Y ahora sé que era ella. Tenía que serlo.

Me detuve bruscamente al verla cruzar otra esquina, desapareciendo de mi vista.

La seguí viendo como entraba en una puerta.

¿Por qué entraba al cuarto donde estaban los monitores de las cámaras?

—¡Berenice!

Abrí de golpe la puerta observando la estancia con el corazón retumbando en mi pecho. No estaba. Pero juraría que había entrado aquí. Aunque si estaba falta de energía o lo que fuera eso, ¿cómo podía verla ahora? Me froté la frente con un rostro trastornado. Dios, tal vez lo imaginé. La falta de sueño había hecho estragos en mí. Aquí no tenía nada que hacer. Estuve a punto de darme la vuelta, cuando de reojo vi movimiento en los monitores. Me acerqué a ellos observando las cámaras de seguridad.

Y me tensé.

Mirando el monitor que daba hacia la verja principal, vi a un hombre frente a ésta. Parado. Sin apenas dar indicios de movimiento. Mirando a la cámara.

Mierda.

¡Tommy!

Sin haberme percatado antes, todas las pantallas se estaban llenando de hombres armados que venían hacia la mansión.

—Oh, joder —dije en voz alta.

Salí disparado como una flecha hacia arriba, consiguiendo de ese modo que Shamus se pusiera nervioso y me siguiera con un ladrido. Entré como un torbellino a la habitación inclinándome hacia Adara con un rostro bañado por la zozobra de vernos rodeados y en peligro.

—Adara, cariño, despierta —la traqueteé con suavidad, pero apurado.

—Hum —se removió y se llevó una mano a los ojos frotándoselos—. ¿Qué pasa?

—Es hora de irnos —intenté que no notara mi voz alterada.

Pero fue imposible. Al oírme con más claridad abrió los ojos del todo y se levantó rápido metiendo los pies torpemente en sus botas negras sin tacón. Si eran rápidos, en menos de tres minutos estarán aquí. Es inútil. Sé que no teníamos mucho tiempo. Recogí del sillón la mochila marrón que preparé anoche con algunas provisiones, tomé de la mano a Adara y bajamos las escaleras hacia la planta baja.

—¿Qué ocurre, Enzo? —me preguntó asustada entre susurros.

Tres golpes resonaron en la puerta principal logrando estremecernos, quedándonos quietos en el recibidor. Le hice una señal severa a Shamus de que no ladrara y sé que le costaba lo suyo obedecerme, al verlo erizado y enseñando sus colmillos a la puerta.

—Prima. He vuelto —canturreó Tommy como un loco al otro lado. Ella me miró abrumada entendiendo ahora todo, y sujeté más su mano deslizándonos por la cocina. Fui a los tablones de la puerta arrancándolos de un tirón, oyendo como las púas caían estrepitosamente al suelo.

—¿Es seguro? —titubeó.

—Mi bisabuelo dice en su diario que solo se puede entrar al pasadizo, pero no volver por él. Por eso nos están rodeando por fuera —arranqué el último tablón sintiendo como se me clavaba una pequeña astilla en el dedo índice.

Adara se movió inquieta mirando la entrada de la cocina.

—Eh —tomé su rostro con firmeza—. No pienso permitir que llegue a ti —miré la puerta de las bodegas—. ¿Preparada?

Ella también la miró tomando mi mano con una plena seguridad.

—Preparada.

Adara se adelantó y abrió la puerta para que saliéramos a escape.

De pronto, chocamos de frente con un rostro que reconocí de inmediato y que hizo acelerar mi corazón al haber sido repentino. Adara gritó del susto chocando su espalda contra mi pecho de la impresión, quedándonos ambos asombrados.

CAPÍTULO 6

ADARA

—¡Berenice! —exclamamos los dos a la vez.

Era ella y su inconfundible forma de aparecerse de repente. Me dio una enorme alegría verla, y sé que Adara se sentía el doble de eufórica. Aunque no pude evitar recriminarle con la mirada que se apareciera justo ahora y tan súbitamente. Adara se agitó con un rostro cubierto por el rubor de la emoción y el desasosiego.

—¿Estás bien? —le preguntó ansiosa.

La mirada oscura de Berenice se quedó mirando a Adara, rociada de un aura de conmoción. Yo hice una mueca. Y Adara se dio cuenta enseguida de que no había sido una pregunta muy adecuada, y agachó levemente la cabeza buscando la forma de disculparse.

—Ay yo...

—Es igual —Berenice le interrumpió con premura—. No tenemos tiempo.

De pronto, escuché atronadores golpes más allá de la cocina. Mi cuerpo se puso en alerta llevando mi mano al revólver. Estaban intentando tirar la puerta abajo. Shamus ladró con ferocidad moviéndose a nuestro alrededor, inquieto. Adara me apretó con fuerza la mano mirando los tres la entrada de la cocina.

—Vamos. Seguidme —se deslizó hacia la oscuridad.

Adara y yo la seguimos rápidamente entrando en las Bodegas Williams, pasando por el pasillo repleto de barriles de vino. Lo único que se escuchaban eran nuestras respiraciones y cada charco de agua que pisábamos en la oscuridad.

Necesitaba saber un par de cosas.

—¿Fuiste tú la que me guiaste a las cámaras de seguridad? —le pregunté a Berenice poniéndome a su lado en esa carrera contra reloj.

—Sí.

—¿Y también la que me escribió en el espejo del Salón de Esgrima & Ballet?

Sus ojos se desviaron brevemente hacia mí.

—¿Hace falta decirlo? —puso un tono chisposo en su voz.

Y le sonreí. Entonces todo lo demás se hilaba solo. Había sido Berenice todo este tiempo.

—¿Ella ha decidido darte tu energía? —le preguntó Adara.

—Ha decidido ser benevolente por un tiempo —respondió con una voz apagada.

Adara y yo nos miramos mientras la seguíamos en la oscuridad, acompañados de la linterna. Los tres nos detuvimos frente al gran barril que ocultaba el pasadizo, viendo como Shamus entraba en él, olfateándolo.

—Os espero al otro lado —nos anunció Berenice y desapareció delante de nuestras narices.

Adara dio un brinco jadeando.

—Nunca me acostumbraré a esto —dijo con una mano en el pecho.

Seguía siendo escalofriante que lo hiciera. La tomé de la mano y entramos en el barril. Alumbré la pared del fondo y toqué la parte que la activaría. La pared se deslizó nada más oír el *clic*, visualizándose el pasadizo donde Berenice nos esperaba. Adara sonrió al verla, dándome cuenta de que Shamus también la miraba. Eso logró trastocarme. ¡Qué demonios! ¿Es que acaso

Shamus podía ver a Berenice?

Saqué el revólver adelantándome a ellas por si me topaba con uno de los hombres de Tommy y necesitaba noquearlo.

—Aquí no hay nadie —me aseguró Berenice.

—¿Segura? —le insistí muy serio para asegurarme.

Ella asintió ligeramente.

Aun así, no bajé la guardia siguiendo el pasillo.

—Yo calculé unos treinta hombres que están al mando de Tommy —me informó Adara cuando llegamos al ascensor, mirándolo ella asombrada.

—No son treinta. Son más de sesenta —añadió Berenice.

—¡Qué! —exclamó Adara, impactada.

—Joder —blasfemé llamando al ascensor, dándole repetidas veces al botón que parecía dañado por el paso del tiempo.

—Tommy, aunque sea un Williams, uno de los míos... —Berenice suspiró apenada con la cabeza agachada, cabeceando—. Es malo.

¿*Malo*? Quise estallar en una carcajada, pero no lo hice porque no quería que creyera que me burlaba de ella. Sin duda le había dicho algo demasiado suave a Tommy. Seguía pensando que no sé cómo tenía ese *efecto* Berenice, el de crear ternura y emociones tan profundas que logran tocar el alma... cuando en realidad deberíamos sentir compasión por su condición de muerta y por estar aún vagando por la tierra de los vivos. Esa era una verdad dolorosa.

—Ya, que me vas a contar que no sepamos —dije con crispación mirando a mi esposa.

El ascensor llegó a esta planta y abrí la verja oxidada dándole paso a Adara y Shamus. Entré poco después y me giré para prepararme en cerrar la verja, esperando que Berenice entrara, pero ella se quedó a las puertas mirando como enfadada el ascensor.

—Os esperaré arriba —su tono sonó demasiado distante.

No me dio tiempo a decirle nada. La verja se cerró de golpe sin que yo tocara nada, y ella desapareció al tiempo que el ascensor se impulsó hacia arriba. El traqueteo hizo que Adara se agarrara a mi brazo mirando insegura a su alrededor.

—La siento distante —pronunció ella.

—¿A quién?

—A Berenice —dijo preocupada.

Hice una mueca afligido mirándola sin que se diera cuenta al estar inmersa en mirar lo inestable que parecía el ascensor. Sé que le duele más de lo que me demostraba por fuera; todo lo relacionado con Berenice. Por eso temía que le cogiera cariño a Berenice, porque sé que cuando ella se marchara, dejaría un vacío visceral en Adara. Cuando llegue ese día, no sé cómo ni de qué forma ayudarla a superar ese vacío. Joder, no estaba siendo un puto egoísta que no pensaba en Berenice, ni tenía un corazón de hielo. Su partida también me dolerá. Pero sé que podré superarlo, porque sé que en el fondo es lo que más querría Berenice.

—Vete tú a saber lo que esa tal «ella» le hizo en verdad —murmuré algo mohíno.

Adara me miró horrorizada y hubiese deseado no haberlo dicho en voz alta porque ahora su preocupación se haría mayor. *Idiota*. Me dije a mí mismo.

—¿Por qué no nos dirá su nombre? —preguntó angustiada.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que le tiene mucho miedo.

El ascensor se detuvo y abrí la verja que chirrió de forma molesta, pasando primero para

ojear la zona, haciéndole una señal a Adara de que se quedara en el ascensor con Shamus. Berenice me dijo que no había nadie. Pero actuar con cautela y sigilo no venía nada mal. No oía pasos ni voces. Solo el silencio acompañado del viento que se colaba por el hueco de las paredes. Y lo que me estaba dejando a cuadros... ¿dónde estaba Berenice? Ella dijo que nos esperaría arriba.

Pasamos por el camino de paredes rocosas saliendo al bosque en el que encontré la cabaña donde tenían a Adara. Le pedí que se quedara detrás de mí por su propia seguridad. Sé que no le gustaba nada que le diera ese tipo de órdenes, pero en situaciones como esta no pensaba exponerla ni por una milésima. Seguimos el sendero sin dejar de estar pendiente a todo lo que se movía a mí alrededor.

—¿Dónde está Berenice? —preguntó.

Eso mismo me preguntaba yo.

—La veo más pálida —añadió como si los nervios la comieran por ello.

Me detuve suspirando. No podía dilatar más esto. No quería que siguiera haciéndose ilusiones, que pensara que siempre estaría con nosotros.

—Adara —me giré hacia ella con determinación. Se quedó esperando con esos grandes y hermosos ojos azules que me tenían totalmente subyugado a ella—. Sé que te preocupas por Berenice. Pero, aunque duele —la tomé de una mano dándole un apretón suave—. Ella está muerta.

Ví como tragaba saliva con dificultad, ahogando su expresión angelical.

—Lo sé —dijo cabizbaja.

—Y llegará un momento en el que no la veremos más.

Asintió abrazándose, mordiendo su labio inferior para mitigar el dolor que cubría su expresión. No podía soportar como sufría, era algo que me desgarraba por dentro, es como si alguien atravesara mi pecho y me sacara el corazón de cuajo.

—También lo sé. Pero no puedo evitar preocuparme por ella —expresó con una melancólica sonrisa—. Es lo único bueno que me queda de mi familia. Y no es justo que la tenga delante de mí y no pueda ni siquiera abrazarla. Cuando ella lo único que ha hecho es protegernos y ayudarnos. No es justo.

Sus ojos brillaron por las lágrimas contenidas con una voz balbuceante. La rodeé con un brazo y la atraje hacia mí descansando mi barbilla en su cabeza, sintiendo como sus delicados brazos rodeaban mi cintura estrechándose más contra mi cuerpo.

—Créeme que se cómo te sientes —le juré.

No había nada más doloroso que saber que tarde o temprano le tenías que decir adiós a un ser querido, a una persona que amas con plenitud, y que tú no puedas hacer nada para impedirlo. Pensar en eso solo consiguió abrir un poco más la *grieta* en mi corazón que me dejó la partida de mi madre, y que sentía en carne viva. Adara levantó la cabeza hacia mí y le acaricié la mejilla con ternura intentando que no notara cuán profundo y devastado me sentía.

Shamus ladró detrás de mí poniéndome en tensión y giré mi rostro viendo a Berenice plantada en medio del camino. No supe distinguir que expresión tenía ahora mismo. Nos miraba inerte, con ese vestido negro abrazando su cuerpo que le hacía una apariencia más oscura.

—¿Qué ocurre? —nos preguntó.

Alcé las cejas resoplando sin saber cómo decírselo.

—Nada —saltó Adara sacudiendo una mano y se aclaró el nudo de su garganta—. Creía que nos esperarías en el ascensor.

—Quería adentrarme un poco para ver los alrededores —ella me miró con frialdad—. Está despejado.

Asentí agradecido.

Ella nos hizo un gesto seco y se adelantó. Adara me miró apenada y la siguió con Shamus. Me quedé con el ceño fruncido solo mirando como Berenice caminaba livianamente. Adara tenía razón. Estaba rara, distante. Y su piel se encontraba más nívea; más que la última vez que la vimos. ¿Qué le habrá ocurrido en estos dos días que estuvo sin su energía?

Y ahí estaba otra vez... preocupándome por ella.

Estuvimos un largo rato caminando sin que apareciera nada anómalo. Seguía sin gustarme un pelo esta situación. Era demasiado extraño. Tommy esperó más de un día para abordarnos en la mansión. En el pasadizo del barril no había ni uno de sus hombres. En esta parte tampoco. Me daba mala espina. Tommy no nos dejaría escapar así sin más y menos con sesenta hombres a su mando. Estaba usando una *estratagema* que me tenía hostigado y que no lograba descifrar.

La dulce risa de Adara me distrajo y deslicé mi mirada a ella. Estaba a unos pasos por delante de mí. No sé de qué estaba hablando con Berenice, pero le agradecía que la hiciera reír, y volver a deleitarme con el sonido más hermoso y angelical que existía; aunque eso me hiciera sentir celos. Celos porque yo quería hacerla reír como antes. Ver su rostro bañado por la tranquilidad y la felicidad, de amor y deseo. Joder, se suponía que ahora mismo deberíamos estar en nuestra maldita luna de miel colmándola de sorpresas y regalos. El destino tenía una forma muy macabra de darme puñaladas traperas. Porque ahora estábamos aquí, exiliados en nuestra propia isla y siendo perseguidos por el miserable de Tommy; alias Dean Williams.

Inhalé con profundidad para serenarme. Lo último que necesitaba era perder el control.

—Dime Berenice —me puse a su lado en tres zancadas—. ¿Desde cuándo Shamus puede verte?

—Desde siempre —respondió con claridad.

Adara se quedó boquiabierta mirando a nuestro peludo. Vaya. Eso sí que era una sorpresa.

—Así que eras tú la que lo ayudaba a salir de casa —afirmé pasmado.

—Es posible —asomó una sonrisa maliciosa—. Pero no te creas. Shamus es muy inteligente.

—Estamos muy agradecidos contigo, Berenice. Gracias a ti, Enzo pudo encontrarme.

Sacudió la cabeza más seria.

—Cuando me quitó la energía estuve muchas horas sin poder ver a nadie. Cuando pude ver a Enzo y supe que podía hacer ciertas cosas para comunicarme con él... —hizo una pausa soltando un suspiro amargo—. No podía quedarme de brazos cruzados.

—Aun así, gracias —le dije de corazón.

Me miró con los rasgos más suaves.

—No hay de qué. Para que está la familia, ¿no? —su sonrisa iluminó más su rostro ensombrecido por la muerte.

No le quitaba razón. A pesar de que quién nos ayudaba era una Williams que llevaba décadas muerta y pululando por el mundo.

Vigilé por un largo rato el bosque que nos rodeaba mientras ellas dos hablaban.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Adara.

—Esto solo tiene una solución. Y es adentrarnos en la isla. Lo que desde un principio tendríais que haber hecho.

Eso llamó mi atención.

—¿Más allá del muro que rodea la isla? —quise saber para cerciorarme.

—Sí —me respondió Berenice.

Adara deslizó su abrumadora mirada hacia la mía sin entender nada. Y le dije en un gesto que más tarde se lo explicaría.

Berenice se quedó rezagada —tres pasos detrás de nosotros— contemplando como encorbaba los hombros frotándose el pecho, saliendo de sus labios un quejido.

—¿Te ocurre algo? —Adara acudió en su ayuda, asustada. Alzó la mano a su hombro, pero la apartó rápidamente cerrándola en un puño, haciendo un mohín al saber que no podía tocarla.

—El pecho. Me duele —se quejó.

—¿Cómo puede dolerte si estás muerta? —me acerqué a ellas.

Adara me dio un codazo en el costado nada suave y yo apreté la boca por bocazas. Berenice suspiró con amargura.

—Sí, es cierto. Será una especie de sensación —pasó por nuestro lado, continuando el sendero.

—¿Sensación? —dijo Adara desconcertada.

Yo me encogí de hombros tan perdido como ella, y la seguimos. Nos quedamos detrás de Berenice en un silencio que rellenó únicamente el viento meciendo las ramas de los árboles, y todo insecto y ave viviente que habitaba en este bosque.

Había algo que no dejaba de incordiarne en mi mente, y sé que tenía que preguntárselo porque no iba a poder estar tranquilo sin saberlo; aunque creo que me imaginaba la respuesta.

—¿Berenice, por qué no me dijiste directamente que Tommy era el primo de Adara? —la misma Adara se alteró a mi lado al verme malhumorado y me hizo un gesto de que no siguiera. Y me negué a obedecerle—. Las cosas hubieran sucedido de diferente forma —le reclamé nada calmado.

Ella se dio la vuelta tan rápida que me frené a tiempo de que yo traspasara su cuerpo.

—No. Serían peor —me dijo crispada. Rara vez se enfadaba—. Y no es fácil ser valiente cuando alguien te tiene en sus manos. Yo tengo que seguir unas normas establecidas.

—Háblanos de ella. ¿Cómo se llama? —le preguntó Adara con un tono más suave.

Berenice agrandó sus ojos negando con la cabeza.

—No puedo —musitó.

—¿No puedes? ¿O no quieres? —inquirí más enojado.

Rehusó mirarme apretando los labios.

La calma que nos rodeaba en ese instante se apagó de un plumazo. Más allá de los árboles, se alzaron unas voces graves y masculinas.

—¡Tienen que estar cerca!

—¡Vamos!

Saqué el revólver poniéndome en posición de ataque, mirando ferozmente a mí alrededor. El eco de sus voces me hacía difícil saber de qué dirección venían.

—Los hombres de Tommy —dijo Adara alterada.

—Están cerca —afirmó Berenice más tranquila.

—¿Qué hacemos? —siguió Adara.

—Yo me encargo —se ofreció Berenice mirando hacia abajo—. Pero me llevaré a Shamus para despistarlos con su ladrido.

Me puse tenso.

—Ni hablar —refuté.

—Oh vamos —saltó como si estuviera haciendo un drama—. ¿Quién crees que lo guió cuando

salió corriendo con esos hombres detrás de él y tú accediste al interior de la cabaña?

—¿Fuiste tú? —me encendí de furia al saberlo—. ¡Le dispararon!

—Yo le salvé —se acercó un paso más con bravura—. El disparo le iba a dar de lleno y logré que solo le rozara. Así que de nada.

Le envié una mirada asesina.

—¡Chicos! —nos avisó Adara de que no era momento para enfrentarnos.

Las voces se acercaban. Maldije entre dientes. Me sentí dividido. No sé cuántos eran, lo que me suponía un problema a la hora de enfrentarlos sin un plan ideado. Lo único que necesitaba era poner a salvo a Adara.

—No hay más que hablar —silbó hacia Shamus y él la miró con suma atención—. Él estará conmigo. Lo protegeré —se giró, pero se volvió hacia nosotros con precaución—. Y una cosa más. Las sendas y los caminos son falsos. Estaba por deciros que saliéramos de aquí —hizo un gesto en el que estábamos—. Son espejismos que te llevan a un amenazante peligro que pregona la muerte. En serio, por muy extraño que parezca, alejaros. Salid de ellos y encontrareis el camino correcto. Corred. ¡Corred ya! —nos gritó con audacia.

Y la vimos salir disparada con Shamus siguiéndola a trote. La preocupación corrió por mis venas como un río, mientras veía a mi perro perderse entre los árboles alzando su voraz aullido. *Dios, que Berenice lo proteja.* Me dije para mermar mi estado alterado.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó confundida.

Apreté la boca mirando a mí alrededor.

—Maldita sea —siseé.

Tomé la mano de mi chica y decidí guiarme por lo que Berenice nos dijo. Junto con Adara, salí del sendero adentrándonos entre los espesos árboles que se alejaban de él. No dejamos de correr, saltando cada obstáculo que se interponía en nuestro camino, con la mano de Adara fuertemente aferrada a la mía. Todos mis pensamientos estarían concentrados únicamente en alejar lo máximo posible a Adara, sino fuera porque me hostigaba pensar que Shamus saldría de nuevo herido o qué Dandelion y los demás estaban desaparecidos, y que cada minuto que pasaba, solo me hacía pensar que se hallaban en peligro. Fui un gilipollas al llamarlos para que vinieran a la isla. Porque yo los metí en este lío. Dios bendito, ni siquiera sabían que Tommy estaba aquí, que secuestró a Adara y que ahora nos sigue en plan psicópata.

—No puedo... espera... —fue diciendo casi sin aliento.

Al sentirla fatigada me frené en seco con los pulmones ardiéndome, viendo cómo se llevaba la mano a la nuca, con la respiración colapsada como si le costara seguir, manteniendo los ojos entrecerrados y la cara roja y bañada en sudor.

—¿Qué te ocurre, cariño? —le tomé el rostro ansiado de preocupación.

Intentó hablar, pero estaba sin aliento y comenzó a señalar detrás de ella sin apenas saber que señalaba.

—La marca —logró decir con la voz balbuceante—. Me duele. Es como si estuviera cerca de la puerta —se encogió aterrada.

La giré hacia mí para que me diera la espalda y ladeé el cabello a uno de sus hombros, mirando rápidamente su nuca. La sangre se me heló de golpe. Me quedé inmóvil, sin una mínima reacción, envuelto por el shock del momento. Un color púrpura y demasiado oscurecido cubría la marca, extendiéndose sobre la nuca. El corazón martilleó con fuerza contra mi pecho. Es como si hubiese sido golpeada hasta magullar la piel de esa zona, pero no parecía producido por unos golpes, no, era como si saliera de la propia marca.

Una punzada de terror me inundó. *Enzo, cálmate. ¡Hazlo! No puede verte alterado.* Me repetí una y otra vez sintiendo como las pulsaciones se aceleraban.

—¿Qué pasa? —intentó volverse al verme callado.

—Nada —dije al instante deteniéndola de los hombros con toda la tranquilidad que pude obtener—. Todo bien —no fue fácil enmascarar mi preocupación y angustia de que su marca estuviera de color púrpura y que le doliera. No podía decírselo ahora, no quería que entrara en modo pánico.

¿Y si a consecuencia de ese dolor que ahora sentía le había salido ese tono púrpura?

Me dirigió una mirada confiada y una sonrisa agradecida que me hizo sentir miserable por ocultárselo. Le quité la mochila llevándola yo y tomé un botellín de agua pasándoselo para que bebiera. Mientras lo hacía, inspeccioné los alrededores buscando la famosa puerta que nombró. No la vi. Lo que me descoló. Solo veía árboles y más árboles. Un profundo bosque que nos rodeaba con frondosidad hasta conseguir que casi no visualizáramos el cielo. No hacía frío. Era demasiado raro; ya que estábamos en diciembre. Me concentré en oír más allá de mi posición. Al no escuchar las voces de esos hombres, me permití que esta vez fuéramos más pausados. Seguramente Berenice habrá conseguido despistarlos con Shamus. Y no pensaba permitir que Adara caminara un minuto más, así me reventara los brazos, la iba a llevar yo hasta ponerla en un lugar a salvo y segura. Cuando vi como cerraba el tapón del botellín, me incliné hacia ella y la tomé en brazos siguiendo la caminata entre los árboles, notando como se tensaba.

—No... puedo caminar —se apresuró a decir.

—No. No puedes —refuté, tajante de que no la bajaría.

Ella agachó el rostro ocultándolo en mi pecho, respirando hondo sin discutirme nada, abrazándome con sus brazos. No tenía fuerzas, estaba totalmente exhausta.

—¿Cómo va el dolor? —le pregunté comiéndome la intranquilidad.

—Va menguando —me aseguró y me permití suspirar de alivio—. Parecía intenso, casi quemaba, pero cuando me has tocado he sentido como si desapareciera del todo.

No sé lo que intentaba decirme, pero tampoco lo profundicé. Sé que de esta forma no podía estar en mis cinco sentidos y que estaba totalmente expuesto... pero no pensaba dejar que Adara caminara.

Agaché la mirada observando como cerraba los ojos, sintiendo su respiración más normalizada. Empecé a cuestionarme y a dejarme llevar por mi negatividad. No llevábamos ni una semana casados y ya era un terrible marido. ¿Cómo había dejado que llegáramos a esto? ¿Cómo pude dejar que la secuestraran! ¿Y si a raíz de ese suceso ella había cambiado?

Torcí el gesto con el tormento apresándome, apretando la mandíbula sin que milagrosamente ella lo viera.

¿Adara volverá a ser la de antes? ¿En verdad había cambiado algo? Me preocupaba que el secuestro le hubiese dejado secuelas. Y malditamente estrangularía a Tommy con mis manos hasta matarlo si lo tuviera delante. Sé que ella era fuerte. Luchadora. Tenaz. Una superviviente. Pero cuando logran quebrarte, casi no había forma de que cada pedazo roto, pueda recomponerse.

Asfixia mi corazón saber que si Adara se sentía de esa manera —rota, destrozada, insegura— era capaz de perder los cabales. Dejar que el monstruo saliera. De matar por ella. Sé que por Adara mataría. Cruzaría los límites infranqueables. Hasta caminaría por el fuego si fuera necesario. Y que la hayan tocado es algo que me tenía encendido de furia. Una furia que estaba avivando más al Mac tíre de mi interior.

—¿Cómo encontraste el diario de tu bisabuelo?

Me di cuenta de que sus ojos curiosos me estaban mirando.

—Me lo dio Evelyn —mantuve la voz calmada—. Me dijo que lo encontraste en el desván. Y supuse que fue la noche que subimos cuando oímos ese extraño ruido.

Su rostro se quedó blanco, notando como cada centímetro de su cuerpo se tensaba. Y puse los ojos en blanco.

—No estoy enfadado —añadí con diversión.

Sus músculos comenzaron a relajarse. ¿Tan estricto fui de que dejáramos las «investigaciones familiares» que tuvo miedo de confesármelo? Bien, eso hizo que me odiara.

—¿No? —parpadeó incrédula.

Esbocé una sonrisa.

—No. Pero tendrías que habérmelo dicho.

—Lo sé, perdona —asomó en sus labios la más hechizante de las sonrisas, esa que hacía acelerar mi corazón de un modo que solo ella tenía el poder, y me dio un beso en la mejilla sintiéndome complacido de ese gesto tan íntimo.

—¿Cómo vas? —le pregunté intentando no mirar la nuca y que ella sospechara.

—Mejor —me indicó el suelo con la cabeza y no tuve más remedio que bajarla, porque sé que se pondría en plan gruñona si no obedecía—. Voy a pensar que eres mi panacea —bromeó riendo.

—¿Por qué? —quise saber lleno de curiosidad.

—Cuando me rescataste en la cabaña me pasó algo similar —fue explicándome con un rostro perplejo—. Me tocaste y la fiebre fue desapareciendo. Así sin más.

Concentré mi mirada asombrada en su rostro, viéndola más restablecida, estirando sus músculos. ¿Cómo iba yo a lograr que ella se curara de la fiebre? ¿Qué era yo un hechicero curalotodo? Es cierto que le desapareció la fiebre, porque cuando le tomé la temperatura en el baño —antes de la ducha—, estaba normalizada. Como si nunca hubiese tenido fiebre.

—Sería una casualidad —intenté no pensar demasiado en eso.

Frunció los labios ligeramente.

—Tal vez. Aunque ya no creo en las casualidades —me recordó.

Por mucho que lo intentaba, no conseguía dejar de mirar su mejilla magullada. Sé que alguien la había golpeado. La vena asesina me atacó de nuevo. Verla golpeada es algo que me superaba. Fue verdaderamente lacerante. Me aproximé a ella rozando con mis dedos la mejilla, captando su atención a mí roce.

Necesitaba saberlo.

—¿Te pegó Tommy? —intenté dominarme.

Juro por Dios que si fue él no descansaré hasta encontrarlo. Pensé en mi fuero interno.

Negó con la cabeza algo retraída tomando mi mano con delicadeza.

—No —me confesó entrelazando nuestros dedos—. Fue Laida.

Endurecí mi expresión. ¡Quién puñetas era esa!

—¿Laida?

—Sí. Ella fue la que me drogó en la casa de invitados. Son cómplices o amantes, no sé —sacudió la cabeza, aturdida—. Creo que ambos buscan lo mismo. Quedarse con la isla Williams.

¡Malditos bastardos!

—Intentó meterme una paliza cuando quise clavarle un cubierto de plástico al intentar huir —la palabra «paliza» logró desestabilizarme—. Estaba demasiado débil y no pude defenderme. Pero Tommy lo impidió. No sé. Pero no quería que nadie me tocara.

Suspiré. Sentí que un gran peso se desvanecía. Eso en parte me aliviaba. Porque sé que no

hubiera podido vivir en paz al saber la clase de calvarios que habría pasado en estos más de tres días que estuvo secuestrada. Una de esas imágenes retorció mi estómago, asfixiaba mis pulmones. Nunca me lo habría perdonado. Pero que él no dejara que la tocaran, no restaba lo hijo de puta que era Tommy y no le hacía más inocente.

Adara dio un paso más hacia mí y levantó su mano acariciando mi mejilla. Ella sabía controlar mi temperamento cuando perdía el control. Cerré los ojos ante ese cálido y confortante roce que me hizo olvidarme de todo durante un fugaz momento. Nada se comparaba a lo que ella me daba. Nada. Me dirigió una mirada que no solo hacía resplandecer mi alma, sino todo mi ser. Ella tenía el poder de purgar mi alma, de sanarme y de alejar mis demonios. Sé que lo conseguirá. Aunque una pequeñísima parte de mí, por muy pequeña que fuera, tenía miedo de que no pudiese conseguirlo.

—Me alegro que ayer durmieras algo —admitió con serenidad.

Aquello me confundió. Fruncí el ceño.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con rapidez.

—Me desperté en la noche y te vi conmigo.

Di un paso hacia atrás y su sonrisa se desdibujó. La crispación nubló mi mente. Repasé una mano por mi pelo con ofuscación.

—¿Y por qué no me despertaste, Adara? —le reclamé hosco.

—Necesitabas dormir —al ver mi tono malhumorado ella se enfadó al instante—. Estás mucho mejor desde que lo has hecho. No eres de piedra.

—No —agregué en un tono más seco e inflexible, importándome muy poco mi salud—. Necesitaba seguir vigilando. Por poco casi nos pillan.

Si no llega a ser por Berenice y de que me condujo hacia el cuarto de los monitores de las cámaras, posiblemente estaríamos en las malditas manos de Tommy. Eso me enervó.

—No es justo que tú vigilaras todo el tiempo, y me alegré de que durmieras conmigo —una inesperada e intensa furia cubrió su rostro—. ¡Por qué te tienes que sacrificar!

Sacudí la cabeza con obstinación.

—Joder, Adara. Fuiste incauta —le eché en cara—. No entiendes en que maldita situación estamos.

Estaba que echaba humo. Y me giré hacia otro lado caminando.

Me di cuenta de que había sido un estúpido irracional, cuando me alejé unos pasos y enfrié más mis pensamientos. Mierda. Me quedé parado con las manos en la cintura inhalando fuertemente con el rostro hacia arriba. El remordimiento me golpeó al instante ensañándose conmigo. Maldita sea. Esto era lo que quería Tommy. Que nos peleáramos, y que eso, nos llevara al frío distanciamiento. Y debía ser más listo que él. Cuando me giré, vi a Adara en la misma posición, con la cara ladeada por la consternación.

Volví con ella tomándola de la barbilla para que me mirara.

—Lo siento —le dije con sinceridad—. No tienes la culpa de esto.

—No importa —se encogió de hombros intentando no quebrarse y me apartó la mano con la mirada brillando de coraje—. Y te equivocas. Yo soy la culpable de esto. No estaríamos así sino fuera porque yo soy una Williams. Lo de la maldición es verdad —clavó su mirada desolada en el suelo—. Tal vez debería haber muerto ese día que casi me abrí la cabeza. Todos vivirían más felices.

Pasó por mi lado enfadada, marchándose apresurada. Me quedé helado al escucharla. ¿Ese día que casi se abrió la cabeza? El miedo me atenazó hasta retorcerme. ¿Pero de qué día estaba

hablando? ¡Por qué nunca me lo contó!

—Joder —me maldije y salí corriendo detrás de ella—. Adara, espera —la llamé.

No se giró ni se detuvo, siguió caminando a pasos acelerados. El bosque se quedó detrás de nosotros contemplando que de pronto nos hallábamos en un camino que se estrechaba volviéndose «peligroso». Aquí terminaba el bosque. A mi derecha había una pendiente muy inclinada, dándome cuenta que estábamos al pie de una montaña rocosa que se alzaba a mi izquierda. ¿No dijo Berenice que no siguiéramos los caminos? Dejé de observar la gran montaña rocosa y amenazante, alcanzando en dos zancadas a Adara.

—No podemos separarnos —la tomé del brazo. Al girarla hacia mí y observar sus ojos cristalinos por las lágrimas deseé darme un puñetazo—. Lo siento. Perdóname. No quería hablarte de ese modo —la atraje a mis brazos sintiendo como hundía su rostro en mi hombro. Apenas me di cuenta que a nuestro alrededor teníamos gigantescas rocas y que la tierra del camino estaba agrietada y hundida—. No quiero que entre nosotros nada se quiebre.

Era lo que más temía en el mundo. Ahora que la había recuperado, que volvía a sentir como podía respirar y que la luz me rodeaba con fulgor... el miedo pugnaba por salir cada vez que pensaba en eso. Ella se quedó mirándome fijamente, ensombrecida por la congoja. Detuve una lágrima con mi pulgar antes de que terminara el recorrido de su mejilla, despojándola. Joder, estaba que me ahogaba por saber que malditamente había querido decir con eso que le pasó un día.

—Qué has querido...

Mis palabras se quedaron atascadas en mi garganta al oír el estruendo de una roca al partirse, viendo como Adara se estremecía de espanto al ser tan fuerte, y yo contraía los músculos, sintiendo a continuación como la tierra comenzaba a temblar bajo nuestros pies. Nos separamos un metro mirando la tierra. ¿Pero qué demonios estaba pasando?

El estrepitoso sonido de algo chocando con dureza hizo que levantara el rostro, colisionando mis ojos con una avalancha de rocas cayendo por la parte en la que estábamos Adara y yo. Me quedé paralizado solo esa fracción de segundos ante la fuerza de la naturaleza que se volvió una amenaza para nosotros. Adara jadeó mirando lo mismo, con el pavor cubriendo su rostro. Entonces entendí, en ese crítico momento, lo que nos dijo Berenice. Joder. Joder. Joder. Este era uno de los caminos peligrosos. Uno de los que pregona la muerte. Una zona inestable, de constantes desprendimientos... no había más que ver la cantidad de rocas que me rodeaban para confirmarlo.

¡No! Rugí en mi interior al ver que esas rocas nos aplastarían.

—¡Corre! —tomé su mano con fuerza sacándola de allí.

CAPÍTULO 7

ADARA

Yo cometí el estúpido error de adentrarme en ese camino. Enzo me siguió. Y ahora estábamos a punto de morir.

La avalancha de rocas estaba cayendo detrás de nosotros a una velocidad de vértigo.

Estremecedor.

Caótico.

Mortal.

La tierra temblaba bajo nuestros pies haciéndonos perder el equilibrio. El pánico me atenazaba de saber que seríamos aplastados por esas rocas que caían de la ladera de la montaña. Regresar al bosque no fue una opción, sino seguir el camino. La mano de Enzo no me soltó, agarrándose con fuerza a la mía. Fui consciente de que en ninguna parte del camino estaríamos a salvo, cada vez se deslizaban más rocas; como si no tuviera fin. Me atreví a echar un fugaz vistazo a la ladera, viendo a la furiosa naturaleza abalanzándose sobre nosotros con esa cantidad de rocas colosales. Una pareció caer sobre nosotros, al sentir su sombra encima de nuestras cabezas, y grité con los pulmones ardiéndome. Fue en ese momento límite que Enzo tiró de mi mano empujándome hacia un lado, y mi cuerpo se abalanzó hacia delante cayendo los dos por una colina de tierra. Lo único que sentía eran golpes por todos lados, hasta que Enzo rodeó mi cuerpo con sus fuertes brazos y mermó cada golpe recibéndolo por mí.

La caída fue larga y agónica.

Apenas sentía el impacto que recibía al estar protegida en sus brazos. Y era consciente mientras caímos, como escuchaba sus huesos chocando contra la tierra, como su piel se magullaba por culpa de la áspera tierra bañada de piedras que hacían que el dolor se multiplicara. Sus brazos me mantenían a salvo y mi cabeza se cubría en su pecho como si fuera una envoltura de acero, consiguiendo que nada me golpeará. La caída duró unos segundos infernales —tal vez no más de quince— y que para mí se convirtieron en minutos agonizantes.

Cuando la caída cesó, sus brazos se abrieron desplegándome lejos, rodando como un barril en una zona llana plagada de árboles.

Lancé varios quejidos, encogida, con el pecho preso de respiración. Apenas sentía magullada la piel, solo la cabeza martilleándome con saña. Sé que no hubo otra opción. O era tirarnos por la colina o que las rocas nos aplastaran. Aunque no se me quitaba la espeluznante sensación de que una de ellas casi nos aplasta sino fuera por los reflejos de Enzo. Con los ojos guiñados por el dolor, cogí aire con brusquedad y busqué a Enzo girando mi cuerpo. Lo vi tirado a unos metros, boca abajo, vapuleado, y mucho peor que yo y cubierto por el polvo de la tierra.

Abrí más los ojos. El color abandonó mi cuerpo cubriéndome de espasmos.

—¡Enzo! —ahogué mi grito.

Apoyé mis manos en la tierra, me incorporé con una mueca y corrí hacia él con el temblor de mis piernas intentando hacerme más patosa que de costumbre. Me arrodillé tomándolo de los brazos para voltearlo hacia mí, y recogí su rostro con mis manos ahogada por la angustia de verlo inconsciente.

—Enzo, cariño —balbuceé muerta de miedo.

Una de sus mejillas estaba raspada, con diminutos puntitos de sangre que cubrían esa contusión. Con un verdadero calvario, revisé su cabeza aliviándome no encontrar nada de sangre, ni tampoco por otra zona de su cuerpo. Recordé la última vez que pasó esto y entré en pánico. El pozo por el que caí. Él buscándome desesperado. Esa trampa que activé y que me sentenciaba a una muerte segura. Y Enzo protegiéndome de la caída.

—Enzo. No, por favor —sacudí la cabeza con los ojos humedecidos—. ¡Por qué tienes que siempre protegerme! —mi pecho se agitó bruscamente.

Empezó a mover la cabeza apretando la boca con los labios fruncidos.

—Porque te lo prometí —musitó casi sin voz.

Ahogué el aire en mis pulmones al verlo hablar y le acaricié el rostro muerta de miedo, intentando que la capa fina de polvo me dejara ver más su rostro.

—¿Qué me prometiste? —balbuceé.

—Qué te protegería con mi cuerpo y fuerza.

Fruñí el cejo y en ese momento lo recordé, cuando me lo profesó de la forma más tierna, amorosa, ferviente y en un anhelo de protección implacable y sin límites. *Prometo, desde ahora hasta mi último aliento de vida que; te amaré incondicionalmente, te honraré como lo más sagrado, te protegeré con mi cuerpo y fuerza...*

¡Los votos de matrimonio! Pensé. Lo miré embobada temblándome los labios por el lloriqueo que generaba estar aún con el pánico consumiéndome, con unas inmensas ganas de abrazarlo y estrujarlo contra mi cuerpo, y también de golpearlo por darme el mayor susto de mi vida. Y negué con la cabeza soltando una risita bañada de lágrimas, besando cada parte de su rostro; siendo delicada en la mejilla magullada.

—Estás loco —repliqué con una emoción desbordante—. Enzo Price, eres el hombre más loco que he conocido en mi vida.

Él abrió los ojos mirándome directamente y llevó su mano a mi mejilla enjugándome las lágrimas.

—Me gusta estar loco porque eres la única que me hace sentir vivo.

El corazón se me disparó. Solo a él se le ocurría decirme algo tan bonito en un momento como este. Me incliné hacia su rostro robándole un beso delicado y tierno.

—Tú también me haces sentir más viva que nunca. Pero deja de golpearte por mí —le reproché ansiada.

—Eso va a ser imposible, banrion. Este cuerpo que ves —se señaló en un gesto y con una sonrisa que iluminaría el mundo entero—. Siempre va a protegerte contra todo y todos.

Aunque me costara reconocerlo, me gustaba que me protegiera, pero vivirlo en mi propia piel como se lastimaba por mí... no me hacía sentir bien. Al contrario. Me producía inquietud, remordimientos, y mil agujones de culpa se clavaban por cada parte de mi cuerpo. Y sé que no podía hacer nada para que cambiara de opinión y no se pusiera en plan *Hércules* protegiéndome contra todo. Sacudí la cabeza por su testarudez y lo ayudé a levantarse rodeando un brazo por su cintura para que me tuviera de apoyo, sintiendo como él pasaba un brazo por mis hombros. Sus constantes muecas me indicaron que los golpes recibidos por la caída fueron más graves de lo que me imaginaba.

—¿Estás bien? —le pregunté angustiada.

—Sí —dijo un largo suspiro mirándome con una sonrisa como si fuera gracioso—. Nada con lo que no pueda lidiar.

Yo no podía sonreír. Por el amor de Dios, casi se mataba. ¡Cómo podía sonreír después de

arriesgar su vida por la mía! Aun así, no pude dejar de sentir alivio de que todo hubiese quedado en un susto. Deslicé mi mano por su perfecta mandíbula con su tierna mirada pendiente de mí. La barba de náufrago había desaparecido, aunque me gustaba el tipo de barba que él se dejaba. Con o sin barba su rostro derrochaba masculinidad y perfección por cada poro de su piel.

—Eres un gran Mac tíre —le dediqué una gran sonrisa—. Nada puede contigo. Ni una avalancha de rocas.

La mirada de Enzo se envolvió por una inesperada sorpresa. Y apagué mi sonrisa de un plumazo. Ay Dios. Cuando me di cuenta, me dije mentalmente lo idiota que era. Al menos mil veces. A Enzo no le gustaba que lo llamaran Mac tíre, porque el único que lo llamó así fue Sam. Y sé que eso le profesaba un profundo dolor que no podía mitigar ni siquiera una chispa. Y yo voy, y metía la pata hasta el fondo. Jamás se me había escapado; aunque por dentro me muriera por decírselo. Lo miré nerviosa, tartamudeando, intentando arreglar mi odioso estropicio.

—Quiero decir... no quería llamarte Mac...

Negó con la cabeza borrando mis palabras al adelantar un paso con nuestros cuerpos rozándose. Permanecí inmóvil. No parecía enfadado o dolido. En sus labios apareció una tenue sonrisa que hizo brincar mi corazón, y me sentí demasiado aturdida al mirar sus ojos brillosos y anhelantes. Tomó con dos dedos mi mentón y me besó en los labios.

—Me gusta que me llames Mac tíre —deslizó sus labios por mi mejilla, sintiendo su cálido aliento que me puso la piel de gallina, hasta que su boca rozó mi oreja y el mordisquito que me dio en el lóbulo hizo vibrar mi cuerpo—. De ti sale mucho más delicioso y sexy que de cualquier otra boca. Has encontrado un punto débil, señora Price.

Oh.

Sofiqué un gemido mordiéndome el labio al susurrármelo con una voz ardiente. Sí, y yo creo que él conocía muy bien todos mis puntos débiles que tenían escrito su nombre. Le sonreí con las mejillas sonrojadas. Y se dio la vuelta caminando hacia un determinado lugar, recogió la mochila del suelo, viendo como hacía una mueca tocándose la parte de atrás de la cabeza e intentaba sobreponerse.

Mi preocupación incrementó.

—Déjame, ya la llevo yo —se la arrebaté rápido sin permitirle que me rechistara. Me adelanté unos pasos sabiendo que tenía su mirada clavada en mi espalda porque no quería que llevara nada. Eso de que me pusiera como una «damisela frágil» y «delicada» me quemaba la sangre. Adoraba que me protegiera, pero no a costa de su vida. Eso sí que no. Era fuerte, intrépida, luchadora y pensaba demostrárselo con creces.

Me puse a los pies de la colina, mirándola.

—¿Por qué no han seguido cayendo aquí las rocas? Las teníamos encima —me estremecí de solo recordarlo y me froté un brazo para borrar esa sensación.

—No lo sé —se puso a mi lado mirando la colina con crudeza—. Es como si algo lo hubiera detenido todo.

¿Y quién lo habrá hecho? A estas alturas nada me sorprendía de esta isla. Berenice lo dijo, y yo como una tonta me cegué al andar y no vi que estaba entrando en un camino. Sí, fue mi culpa. De eso no había la menor duda. Ahora sabía que tan peligroso era. ¿Porque cuántas probabilidades habría que cuando justo estábamos en ese camino, sucediera un desprendimiento de rocas de la montaña?

Me da que pocas probabilidades.

—No fue casual.

—¿Qué? —me miró.

—Lo de las rocas —añadí.

—Sí, eso me temía. Lo de Berenice era totalmente cierto. Nada de caminos.

Asentí de acuerdo. Y me fijé como sacaba de su bolsillo el pequeño diario de su bisabuelo, ojeándolo profundamente. Yo apenas vi nada de ese diario, salvo la frase que había por la segunda página; si mal no recordaba. Una frase que no pasaba desapercibida por lo profunda y escalofriante que representaba en sí misma.

Después de quedarnos un rato allí para recuperar el aliento, nos pusimos en marcha evitando cada camino que se cruzaba a nuestro paso. No sé, pero tenía la sensación que la propia isla nos invitaba a que nos adentráramos en uno de ellos, seduciéndonos para que entráramos. Algunos eran tan bonitos, de ensueño y embellecedores. Muchos de ellos —como si fuera a propósito— estaban adornados de flores silvestres, en una gama de colores vivos que se mezclaban con el bosque verde. A simple vista uno podría pensar que lo había producido la naturaleza, pero su cuidado, el cómo estaban de podados esos setos y flores, me hacía sospechar. Y me preguntaba que podría sucedernos en un camino tan simple como ese. Dios, creo que me estaba volviendo loca. El camino al pie de la montaña tenía sus riegos, ¿pero éstos que riesgos contendrían?

De pronto, Enzo me puso una mano en el brazo deteniéndome, le observé como se quedaba quieto, perdiendo su fría mirada delante de nosotros. Puse atención como él, y no tardé en captar un flujo de agua.

Le sonreí a Enzo.

—¡Un río! —exclamé saliendo disparada.

—Espera, Adara —me siguió apresurado.

Detrás de unos árboles más agrupados que camuflaban lo que había más allá de ellos, descubrí el río que oímos más atrás. No era un río tan ancho y tampoco parecía profundo, ya que se veían las salientes rocas por donde fluía el agua. Tan cristalina y pura. Sin dudarle, me acerqué a la orilla y metí las manos en el agua para refrescarme el rostro. Estaba helada, pero no me importaba. Necesitaba estar lo más despejada posible. Casi morimos por una avalancha de rocas, sin saber cómo sucedió ese extraño desprendimiento, y no pensaba permitir que otro riesgo nos dejara al borde de la muerte. Llevé mi mano llena de agua a la nuca, deslizándose las gotas por ella y bajando en un hilo por mi cuello. Solté un gemido aliviada de sentir el agua. No quería volver a sentir como me ardía la marca. Era como si me abrieran la carne o me arrancaran la piel a tiras. Apreté la boca ante ese malestar e intenté alejarlo. No sé cómo sobreviví esos más de dos días con la marca siendo fuego en mi cuerpo.

Deslicé mi mirada a Enzo, solo a unos metros de mí, con una mirada atenta, inflexible y juiciosa, mirando los alrededores. No podía sacármelo de la cabeza. Puede parecer una locura, pero cuando él me tocó sentí como el calor abrasador que subyugaba la marca, iba desapareciendo. No fue antes de que me tocara y tampoco después de que me llevara un rato en sus brazos, no, fue en el instante en el que sus manos tocaron mi cuerpo. Y de repente nada. Desapareció por arte de *magia* dejándome solo un simple malestar que pude sobrellevar.

Venga ya, un dolor como el que sentí no desaparecía de esa forma a no ser que me chutara un potente analgésico. Tan solo es mi teoría. Y casi cabe la posibilidad de que me estuviera volviendo loca. ¿Pero y si estábamos conectados de alguna forma? Torcí levemente los labios en una sonrisa. Ese pensamiento lejos de asustarme me complació. Dios, es que no podía tener más explicación. La fiebre que sufrí debido a la marca, él la hizo desaparecer cuando me tocó en la cabaña. Pero también puedo equivocarme y que esto fuera una simple casualidad. *Ja.*

¿Casualidad? Ya sabes lo que piensas. Me dije en mi fuero interno en un tono burlón. Me froté la frente protestando en un leve gruñido al sentirme en una maraña de dudas y de turbación.

Después de un revitalizante aseo en el río, me puse de pie volviéndome hacia Enzo, que estaba revisando el revólver, apoyando un hombro en el tronco de un árbol. Decidí ir hacia él, pero mis pies se quedaron clavados en el suelo quedándome atrapada en una espiral de pánico al captar mis ojos un hombre muy cerca de Enzo. Estaba ahí plantado, inmóvil y con el pecho agitado como si hubiera corrido para alcanzarnos. *¿Desde cuándo estaba ahí? ¿Quién era ese tipo?*

El miedo se aferró a mí de forma adherente poniéndome en un estado frenético. *No dios mío, va a por Enzo.* Supliqué desvivida por el horror.

El corazón se me aceleró al igual que mi pulso. El hombre se percató de Enzo, que estaba a dos malditos pasos de él, y también me miró brevemente con el ceño fruncido. Tuve la fugaz impresión de que se sorprendía de verme.

—Gracias a Dios —suspiró de alivio agachando un momento la cabeza—. Por fin los encuentro.

¡Ese gusano estaba dando gracias a Dios por encontrarnos?! Miré a Enzo que no se enteraba que detrás de él se hallaba uno de los hombres de Tommy. Oh no. ¿Cómo no podía verlo o tan siquiera presenciarlo? Uno de ellos nos había encontrado. *¿Qué hago!* Me grité.

Enzo ya me lo dijo una vez. Qué me precipitaba al atacar a mi oponente porque el miedo embotaba mis sentidos y no visualizaba más allá de mi pánico.

Y fue lo que pasó.

—¡Enzo, cuidado!

Todo pasó rápidamente. Me deslicé por su lado y al ver que el tipo alto y musculoso no reaccionaba a mi acercamiento agresivo, maniobré un ataque directo, patada en sus partes y puñetazo bajo la mandíbula para que el ataque resultara más efectivo. El alarido que exhaló el hombre lo dejó postrado y de rodillas, y se tumbó en el suelo retorciéndose de dolor con el rostro al rojo vivo.

Estaba maldiciendo. Y mucho.

—Por los malditos Dioses del Olimpo...

—¡Adara! —me reclamó Enzo atónito con los ojos como platos al ver lo que hice—. *¿Qué has hecho?*

—¿Cómo? —repuse con fiereza. *¿Estaba protegiendo a ese tipo que no dudaría en matarnos o en llevarnos ante Tommy?*

Maldita sea. Sacudí la mano con la que lo golpeé al dolerme los nudillos.

—Uriel, ¿estás bien? —le preguntó inclinándose hacia él.

¿Qué? ¿Uriel?

Oh. Oh.

¡Como Uriel! ¿El mismo Uriel que era amigo de Enzo y que vino a la boda? Los nervios y la culpa se arremolinaron en mi interior.

—¿Cómo voy a estar bien! —gritó con las venas de su cuello hinchadas—. Si tu mujer me acaba de dar una patada en los huevos. La madre de San Patricio, como duele —empezó a hiperventilar—. Yo creo que me ha dejado estéril.

Enzo puso los ojos en blanco.

—No exageres.

Encogí mi expresión en puro remordimiento. Quería que me tragara la tierra. Y que lo hiciera rápido. Había golpeado al amigo de Enzo. Hice una mueca poniéndome al lado de Enzo, mirando

apenada a su amigo. Lo que me faltaba es que me echara un enemigo y que fuera amigo de Enzo. Dios, si es que ya me lo dijo Enzo en nuestros entrenamientos. Actuaba impulsada por el efecto del miedo.

Uriel se incorporó un poco y soltó un gemido con el cuerpo inclinado hacia delante.

—Joder, ¿quién le ha aprendido ese doble ataque? —masculló con la voz grave y distorsionada.

—Yo. Aunque ella sabía dar esa clase de patadas, pero yo le enseñé la técnica más efectiva para dejar a su oponente en el suelo —dijo orgulloso Enzo y se giró hacia mí tomando mi mano para revisarla, con una mirada que más allá de estar enfadada por lo que hice, destilaba preocupación por mi estado—. ¿Te has hecho daño, cariño?

Negué con la cabeza mirándolo deslumbrada de sus cuidados. Tenía un poco de dolor, pero podía abrir y cerrar la mano sin problema; tal y como se lo demostré. Y paseó con suavidad sus dedos por mis nudillos rojos para asegurarse que no me había fracturado la mano. Su extremo cuidado solo hizo que me enamorara más de él.

Uriel abrió la boca asombrado mirándonos a ambos.

—No, si encima ella es la víctima —expresó sarcásticamente en un ataque de risa—. Ala tira, revisala. Qué yo estoy partido en dos.

—Lo siento mucho, Uriel —me disculpé y me mandó una mirada recelosa con los ojos entrecerrados—. Creía que eras uno de esos hombres y actué sin pensar. Lo siento muchísimo.

—Ya, bueno —hizo una mueca suavizando su expresión y se puso de pie soltando aire—. Al menos te sabes defender. Pero esa clase de patadas deberían estar prohibidas —señaló con un dedo—. Al menos para los hombres que no te hacen nada.

Me encogí de hombros con el color rojo subiendo por mi rostro.

—Lo siento.

—No te disculpes más —dijo Enzo para zanjear el tema—. Tiene lo que se merece por no decir nada. Te oí venir, pero debiste decir algo más esclarecedor para Adara. Casi la matas de un susto.

—Y sigo siendo el malo de la película —alzó los brazos al cielo con un resoplido.

Ambos se contemplaron sin pestañear y con frialdad, y me entraron unos nervios apocalípticos de que se liaran a golpes por mi culpa. No quería que se pelearan. Enroqué mi brazo al de Enzo por si acaso sin que apenas se diera cuenta, sintiendo el pulso en mis oídos. Estuve a punto de ponerme entre los dos para frenarlo. Pero todo parecía ser un juego de ellos, porque después de esas miradas serias, se dedicaron una sonrisa de alegría suavizando sus rasgos y se dieron un abrazo golpeándose levemente la espalda.

Solté un suspiro largo frotándome el pecho. Casi me daba algo.

Ahora que podía respirar más relajada, sin creernos en peligro, me fijé más en el físico de Uriel en una discreta mirada. Yo sé que Eve babearía por él —si es que no lo había hecho ya— y resaltaría que era un Dios griego que había sido enviado para torturar a las mujeres con su belleza. Uriel era puro músculo. Y tan alto como Enzo. Tal vez de la misma edad. De hombros anchos. Y de un rostro sumamente atractivo para robar suspiros. Con su cabello castaño claro algo alborotado y su mirada de color ámbar que planeaba seducir a toda chica que estuviera dispuesta a estar en sus brazos.

—Me alegro de verte de una pieza. Nos has tenido en un sinvivir —le reclamó Uriel.

Él asintió con una mueca de disculpa y retrocedió dos pasos rodeándome la cintura con un brazo.

—Uriel, ella es Adara —me señaló con felicidad—. Mi esposa. Adara, él es Uriel. Un gran

amigo de la infancia.

—Estoy apenada por conocernos en estas circunstancias, Uriel —admití azorada, pero sonriéndole.

Esbozó una sonrisa que haría vibrar el corazón de cualquier chica al ser muy hermosa.

—Son circunstancias que no te has buscado. Saldremos de aquí. Y para mí es un placer conocerte —hizo un mohín inclinándose hacia mí para ser más claro—. Pero te doy mi pésame.

—¿Por qué? —exclamé.

Enzo puso los ojos en blanco cruzándose de brazos con un brusco suspiro.

—Oh, por el simple hecho de aguantarlo —señaló a su amigo con la mano sin una chispa de temor—. Santa paciencia la tuya. Te llevas de bandera a un exasperante, imposible y frío Enzo. Te construiré un monumento cuando salgamos de aquí. Quien sale ganando es Enzo. Tú te sales de cómo te imaginé. Eres muy hermosa —me dijo descaradamente con una voz seductora—. ¿Tienes una hermana por ahí? ¿Preferiblemente soltera?

—Uriel —le advirtió Enzo con una voz más seria.

Y yo aguanté reír sin evitar poder sonreír.

—Lo sé. Lo sé —hizo un gesto amigable de paz—. Es broma. Era para romper el hielo después de lo sucedido. No quiero que tu chica piense que estoy enfadado. Me alegro de veros. Voy a visar al resto —hizo un gesto hacia otro lugar.

¿Eso significaba que Eve, Aliza, Dan, Declan y Dave estaban cerca? Mi corazón se aceleró mirando a mí alrededor por puro instinto. Uriel le puso una mano en el hombro a Enzo acercándose a su rostro con más seriedad.

—Ya sabemos que detrás de esto está Tommy —le habló en voz baja. Enzo se puso rígido con la mandíbula apretada—. Ya te contaremos.

Uriel me dedicó una mirada complacida y una sonrisa ladeada muy sexy, y se dio la vuelta alejándose entre los árboles. Parecía un hombre muy simpático y de bellas sonrisas. Era un poco payaso, pero muy encantador y guapo. Me cayó bien. Aunque no empezáramos con buen pie.

—Tiene una sonrisa muy bonita —dije.

Enzo me miró fijamente con los ojos entrecerrados.

—¿Bonita? —repitió notando su voz molesta.

Oh no.

Fruncí los labios intentando no reír.

—¡Dime que no estás celoso!

—No, que va —farfulló con ironía cruzándose de brazos. Sí, estaba celoso. Con ese aspecto gruñón y ver que ladeaba el rostro con el ceño fruncido y los labios apretados en una fina línea, todo me gritaba que estaba celoso—. Primero, Tommy tiene un nombre bonito. No sabes cómo me reventó que se lo dijeras en el muelle y que el cabrón me sonriera con orgullo. Tendría que haberle partido la cara. «*Oh, Tommy... Me encanta el nombre de Tommy. Suena tan tierno e inocente. Es muy bonito*» —imitó mi voz muy bien, y lejos de sentirme ofendida lo que intenté fue no partirme de risa por lo gracioso que se veía así de enojado. Creo que no vendría mal desatar sus celos de vez en cuando. Esto de Uriel lo estaba sacando de contexto. ¿Por qué se enojaba por decir que su sonrisa era bonita? Algo había, seguro—. Y ahora Uriel tiene una sonrisa bonita —murmuró con los dientes apretados mirándome con enojo—. Joder, sí que siento celos. Tontos. Pero los siento. A mí no me dices esas cosas.

Ah. Y ahí estaba lo que le picaba realmente.

—¿Cómo que no! —me ofendí poniendo los brazos como jarras.

¿En serio nunca le dije de cuantas formas me gustaba su nombre y todo lo que me hacía sentir?
—De mi nombre jamás has dicho que es bonito —refunfuñó rehuyéndome la mirada.

Estallé en una carcajada acercándome al gruñón de mi marido que guardaba en su interior un niño muy enternecedor, y con el que seguramente me toparía en más de una ocasión. No rechazó mi acercamiento, todo lo contrario, rodeó posesivamente mi cintura con su brazo mientras paseaba mis dedos por su pecho musculoso a través de su camiseta.

—Vamos, Enzo —le alenté seductoramente a que dejara de fruncir el ceño y al ver que no lo hacía, suspiré y proseguí—. Sabes lo que provocas en mí. Tu nombre no es solo bonito. Tu nombre es una caricia para mi alma, me hace estremecer cada vez que lo pronuncio o lo oigo. Provoca un deseo profundo y carnal que nace desde lo más hondo de mi alma —me acerqué más a él pegando mi cuerpo al suyo. Oí como se quedaba sin aliento ante mi proximidad, y saber que le afectaba de un modo intenso y profundo me hizo sentir poderosa—. Tu nombre evoca en mí algo que nunca creí que sentiría —bajé la mirada hasta sus sensuales labios tan provocadores y deliciosos, y vi como endurecía su mandíbula y sus pupilas se dilataban intentando no romper los límites, y dejarnos llevar por la pasión en un momento como este. Pero seguí provocándolo, tentándolo como un feroz y hambriento lobo. Enrosqué mis manos en su camiseta notando la dureza de su cuerpo, y me puse de puntillas rozando mis labios con los suyos en una tentadora caricia electrizante—. Me traes loca, Enzo. Y jamás en mi vida un nombre me ha gustado tanto de pronunciar.

Intenté dominarme y pensar que estábamos acechados por el peligro, pero él fue quien rompió con el *dominio* al que estábamos sometidos. Sus labios cubrieron los míos en un arrebato ardiente, encendiendo la llama con la pasión fundiéndonos. En ese momento me olvidé de donde estaba, de si era correcto o no. Solo me dejé llevar una vez más por mis más fervientes anhelos que gritaban por Enzo. Cada poro de mi piel gritaba por él. Lo sentí deslizar una de sus manos por mi mejilla y seguir un recorrido hasta agarrarme de la nuca, haciendo más profundo y embriagador el beso. Qué me tocara la parte de la marca, me encendió más, ahogando en su boca un gemido. Le rodeé el cuello con los brazos y me apreté más contra su cálido cuerpo, decidida, salvaje, desatándome por completo. Su lengua danzó con la mía, adoró mis labios de la única forma que él sabía, y sentí que mis piernas cedían, que la excitación aumentaba a pasos agigantados. Saber lo excitado que estaba Enzo al mover mis caderas posesivamente contra las suyas y sentir su erección, logró desatarme más.

Gimió desde lo más profundo de su ser, un gemido carnal, salvaje, primitivo y lleno de todas las promesas que deseaba cumplir conmigo, apretándome contra él como si fuéramos a deshacernos el uno con el otro y fundirnos como uno solo.

Enzo interrumpió el beso con un gruñido, porque lo último que deseaba era dejar de besarme, tocarme, sentirme. Me sentí igual de frustrada. Apoyó su frente contra la mía con nuestras respiraciones entrecortadas, tan feroces como nuestros corazones. Estaba tan aturdida que tardé un poco en recuperarme. Sentir todo mi cuerpo vibrar por ese apasionado beso, reflejaba que una vez que Enzo me tocaba, perdía los sentidos. Él los atrapaba y podía asegurar que hasta que no me los regresaba, no volvía a ser yo.

—Estás matándome, ¿lo sabías? —su voz ronca destilaba un deseo que ardía por ser apagado—. Joder, Adara. No esperaba que mi nombre te provocara tanto. ¿Has visto lo excitado que me has dejado?

Reí entre dientes con las mejillas, el cuerpo y el alma, encendidos. Nos miramos a los ojos. Y su mirada refulgía un gris metálico, puro, alegre, destellante. Me sentí arder... porque yo era la

causante de tal euforia.

—Yo me siento igual —le susurré a lo primo que había dicho—. Pero tú querías saber cómo me gustaba tu nombre y lo que me provocaba.

—Cierto —sonrió soltando una risa sexy que me encandiló—. Muy cierto.

—Quiero aclararte que si a Tommy en su momento le dije eso —me encogí de hombros algo avergonzada—. Fue por la tensión que hubo en ese momento entre vosotros. Por Dios, si parecía que os ibais a agarrar a golpes. No sabía que decir y dije esa tontería.

Inhaló con profundidad dejándome llevar por su caricia contra mi mejilla y su amorosa mirada.

—Me alegra saberlo. No soportaba que para ti fuera especial o algo así.

Puaj. No.

—Para nada —sacudí la cabeza y lo miré más sonriente—. ¿Satisfecho?

Lo estaba. Y mucho. Con la detallada descripción de cómo me hacía sentir su nombre, sus ojos resplandecieron complacidos y esbozó una sonrisa arrogante y orgullosa.

—No sabes cuánto, señora Price —se inclinó para darme un beso corto y no tentarnos más. Pero fue tan pícaro que acarició sus labios con los míos en una danza que me robó un suspiro para tentarme. Echó unos pasos atrás respirando con fuerza porque le costaba trabajo separarse de mí—. Creo que voy a refrescarme un poco en el río y esperar que el fuego que estoy sintiendo baje un poco —me tapé la boca con la mano sofocando una risa y él solo me guiñó un ojo que me desestabilizó, y se fue al río.

Me di la vuelta recogiendo la mochila del suelo, colgándomela de un hombro. Y con mi mente embotada por la pasión, llevé una mano a mis labios algo hinchados, acariciándolos. Cerré los ojos sintiendo aún el beso. Dios mío, que nunca dejara de robarme esos besos.

¿Cómo en un momento así podía estar plétorica de felicidad? Lo sabía. Era por él. Enzo me adoraba, me protegía, me amaba, era un poco cabezota, algo mandón, pero lo amaba más que a nada en el mundo. Y estaba dispuesta a conseguir ahuyentar esos demonios de los que me habló, costara lo que me costara lo haría. Le haría encontrar la *rendición* de su propio perdón. Ladeando el rostro, lo vi arrodillado en el río, echándose abundante agua en la cara, repasando una mano por su pelo mojado. No me pasó desapercibida esa sonrisa pícaro y satisfecha que adornaba su rostro mientras perdía la mirada en el agua, complacido de lo que le dije.

Me mordí el labio, fascinada.

El grito que se alzó entre los árboles me puso tensa hasta el punto de sentir que mi corazón saldría disparado por la boca.

—¡Adara!

El susto se disipó rápido al sonarme esas voces. Al buscarlas desesperadamente, mis ojos chocaron con Evelyn y Aliza que me miraban eufóricas a unos metros de distancia.

—¡Chicas! —exclamé con alegría.

Las tres avanzamos y nos dimos un abrazo efusivo y lleno de sollozos que terminó con la agonía de vernos separadas.

—¡Eres tú! ¡Eres tú! —dijo Eve llena de felicidad estrujándome en sus brazos y dándome vueltas, intentando seguir sus eufóricos movimientos—. ¡¿Estás bien?! —me tomó el rostro mirándome intranquila, y asentí incapaz de hablar por el nudo que se me había formado en la garganta de la emoción que me desbordaba el pecho.

—Me alegro tanto de que estés aquí —siguió Aliza con las lágrimas en los ojos acariciándome el cabello.

Vi más movimiento detrás de ellas. Y deslicé mi mirada borrosa por las lágrimas hacia la persona que me miraba con una dicha bañada de bendición. Declan. Me acerqué a él, abrazándolo con cariño.

—Enzo sabía que estabas viva. Lo sabía —me expresó con una sonrisa llena de luz.

Miré a mi chico con una sonrisa, mientras Aliza lo abrazaba con cariño y le daba un beso en la mejilla.

—¡Adara?! —la voz de Dan se encontraba entre sorprendida y feliz.

—¡Dan! —grité de emoción. Fui hacia él y en nuestro abrazo me dio una vuelta con rebosante alegría, apoyando las manos en mis hombros cuando me bajó al suelo.

—¡Dios, estás aquí! —me apretó contra sus fibrosos brazos, respirando agitado.

—Dan, que me ahogo —expresé con la voz asfixiada entre risas al tener mi rostro contra su pecho.

—Perdón —se apartó rápidamente y soltó aire con profundidad con una expresión pasmada. ¿Estaba creyendo ver un fantasma? ¿Por qué me miraba así? Levantó la vista y la cruzó con Enzo que nos miraba más serio que anteriormente. Los dos se quedaron mirándose distantes, fríos. ¿O solo era Enzo quien lo miraba así? ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Por qué sentía tensión y enfrentamiento entre ellos dos? ¿Qué pasó en mi ausencia?

—Adara, me alegro de verte.

Dave me rozó el brazo y me distrajo, me giré hacia él y a su sonrisa de «bienvenida», dándome un abrazo menos efusivo que el resto, pero no quitaba el hecho de que se alegraba mucho de verme. Si algo había aprendido de Dave, es que le costaba abrir sus emociones a lo demás ya que era más reservado.

—Gracias. Yo también me alegro de estar con todos —dije a punto de saltarme las lágrimas; otra vez.

Vi que Eve apresuró sus pasos y abrazó a Enzo, tomando a éste por sorpresa haciéndolo reír por lo intensa que fue ella.

—Gracias por creer. Por ir a por Adara sin ver los límites —se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla, mientras Enzo no dejaba de sonreírle—. Eres el mejor hombre que existe. El único capaz de hacer todo por su chica.

Fue demasiado notorio para mí el brusco movimiento que vi a mi derecha mientras sonreía mirando a Enzo y Evelyn. Desvié mi mirada a Dan que después de hacer una mueca como si le dolieran esas palabras, se dio la vuelta y se reclinó contra un árbol con un ceño fruncido que no iba en nada con él. Vale, aquí estaba pasando algo, y muy gordo. Él no era de ponerse celoso o molestarse con Enzo; no con su mejor amigo. Y menos conociendo lo efusiva que era Evelyn al dar las «gracias».

Sentí como Aliza me pasaba un brazo por los hombros y fue en ese momento que escuché a Shamus ladrar y aparecer en nuestro círculo.

—Hey, grandullón —me incliné hacia él dichosa al verlo, y lo mimé a caricias cuando se me acercó alegrándose también de verme.

No tardé en levantar la mirada rápidamente buscando a Berenice que debía andar cerca.

Pero no la vi en mi escrutinio por los alrededores. Y observé alarmada a Enzo que también la buscaba con la mirada, sin tampoco encontrarla. Nos miramos inquietos al no hallarla.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —les preguntó Enzo.

—Él nos encontró —argumentó Uriel mirándolo con una sonrisa—. Parecía como si algo lo guiara hasta nosotros. Lo sé, parece una locura, pero él sabía que estábamos exactamente en ese

lugar.

—Yo creo que nos rastreó —replicó Aliza acariciándolo.

No. Uriel tenía razón. Fue guiado. Y nada menos que por Berenice. Ella lo llevó a ellos para dejarlo a salvo y seguro. Pero lo amargo y angustioso de todo es que ella no estaba aquí. Algo había tenido que ocurrirle para que no se quedara con Shamus hasta llegar a ellos. Dios, ¿qué le habrá ocurrido?

Tragué saliva con dificultad mordisqueándome el labio.

—Tranquila, cariño —sin darme cuenta tuve a Enzo a mi lado en cuanto notó mi angustia, rodeándome con sus brazos, y me besó en la cabeza deslizado su boca a mi oído para susurrarme —: La encontraremos. Volverá con nosotros.

CAPÍTULO 8

ADARA

Sentir a Enzo me ayudaba. Con sus brazos rodeando mi cuerpo, me ayudaba a calmarme. No concibo perder a Berenice otra vez. No soportaba la idea de no volver a verla. Me daba igual si era un fantasma, que no fuera del todo real... yo sentía que ella aún tenía vida. Aunque probablemente, si eso lo dijera en voz alta, me tacharían de «*loca*».

Mis ojos ahogados de preocupación se cruzaron con los suyos que me dieron la vitalidad de no sentirme decaída y seguir adelante. Apoyé mi cabeza en su hombro enredando mi brazo en el suyo. Por otra parte, no podía ser más dichosa; Eve, Dan, Declan, Aliza y Dave se encontraban a mi lado. Ilesos. A salvo. Pero como siempre, esa dicha no podía estar completa. Ahora me encontraba en un mar angustioso por Berenice. Y pedía fervientemente que esa tal *ella* no le hubiese robado otra vez la energía. Detestable destino, desearía saber su nombre. Verla. Pero eso sé que nunca sucederá. Berenice nunca nos hablaba de ella, siempre por temor a que ella le hiciera algo.

Y ahora qué. Sin Berenice no sabíamos dónde ir. Dijo de adentrarnos en la isla, ¿pero íbamos en la dirección correcta? ¿Hacia dónde teníamos que ir? ¿Qué estábamos buscando exactamente? ¿Por qué tenía la sensación de que con cada paso estábamos más perdidos?

—Salir de aquí es imposible. Mi barco. El de Enzo. Han desaparecido. Mejor dicho, Tommy los habrá hecho desaparecer —expresó Declan con el rostro endurecido. Nunca lo había visto enfadado. Él siempre era benevolente, rigiendo el bien, y que no se dejaba llevar por sus emociones.

Un espeluznante silencio nos rodeó, mirándonos unos a otros.

—Estamos atrapados —siguió Dave con un resoplido dando un puntapié a una piedra que lanzó a unos metros.

Me dio un escalofrío y me froté un brazo con fuerza para dejar de sentir esa inquietud que me apresaba a cada segundo.

—¿Por qué os fuisteis de la mansión? —les preguntó Enzo a todos—. Cuando llegamos Adara y yo, nos estabais allí.

—Llegó una manada de hombres armados —explicó Dave—. Venían en nombre de Tommy. Entraron a la mansión y nos vimos obligados a salir de allí sin que nos vieran. Fue Aliza quien los vi por una de las ventanas, sino nos hubieran pillado desprevenidos porque estábamos buscándote en las bodegas. Así que supimos que Tommy estaba detrás del secuestro de Adara porque decían su nombre y que toda la isla pasaría a ser de él cuando se deshiciera de ella —sus ojos brillaron de puro coraje.

—Hay un pasadizo en uno de los barriles —les confesó Enzo.

—Eso deducimos, pero no teníamos tiempo de encontrarlo —continuó Uriel—. Así que como pudimos, salimos a escape y nos ocultamos en la caseta del guarda. Descubrimos una trampa y nos ocultamos baja ella durante horas.

¡Virgen santa! Por allí pasamos Enzo y yo cuando fuimos al embarcadero creyendo que ellos estaban allí esperándonos. Me sentí estúpida de que ni siquiera reparara en la caseta del guarda.

—Éste se la pasó despierto durante horas y no nos relevó el muy cabezota —señaló Declan a

Dave con irritación.

Dave lo miró y alzó los ojos al cielo sin darle más cuerda a ese tema. Ahora que lo miraba con más profundidad, sus ojeras estaban más marcadas que el resto. ¿Por qué decidió él hacer toda la ronda de vigilancia?

—¿Por qué te secuestró? —me miró sin entenderlo Eve—. Sé que estaba obsesionado contigo y que quería hacer rabiar a Enzo. Pero joder, ¿secuestrarte? —masculló frustrada.

Intenté que la voz me saliera fluida, porque no era sencillo hablarles de quien era Tommy, de que formaba parte de mi familia. Era de mi familia. Apreté la boca con una mueca, pues no era nada fácil de digerir. Tomé aire con calma.

—Tommy es... —se me quebró la voz, cabizbaja.

—Es su primo —continuó Enzo para ayudarme.

Los dos nos miramos y le agradecí en un tenue gesto la ayuda.

—Él, supuestamente es Dean Williams —fue mirando Enzo a todos que se habían quedado boquiabiertos, alucinados y desconcertados, al descubrir que de la noche a la mañana el que habían conocido por mucho tiempo como Tommy O'Neill ahora resultara ser un Williams. Engullí la vergüenza pues no era nada fácil que me miraran impresionados o con pena—. El bebé de Calen y Jenny que dieron por fallecido, no está tan muerto después de todo.

—¿Por eso su tumba estaba vacía! Cuando la vi, no entendía que la tumba de ese pequeño estuviera desenterrada. Tú lo desenterraste —exclamó Aliza con las manos en la boca.

Enzo asintió serio.

—Hijo de puta. Ahora lo entiendo todo —después de un inexplicable silencio, Dan saltó con furia quitándose del árbol, caminando de un lado a otro hecho un basilisco—. Solo un gusano como él esperaría el momento de vuestra boda para atacar. Maldito. Se hizo pasar por alguien que no era durante años.

—Supongo que reclama los derechos de quedarse con todo —supuso Dave con los brazos cruzados y una inflexible expresión.

Enzo y yo asentimos a la vez.

—Esto es una pesadilla. Ya hemos visto que está dispuesto a todo —dijo Eve con una mirada agitada.

—¿Y cómo salimos? —quiso saber Aliza—. Porque tiene a un grupo de hombres armados.

—No solo un grupo. Más de sesenta —les explicó Enzo.

Unos sisearon y otros maldijeron porque sabían lo que implicaba que Tommy tuviera su propio mini-ejército. Había venido con un propósito, y me constaba muy bien, que haría cualquier cosa para llevar a cabo sus planes. Matar. Secuestrar. Saquear. Entraba entre esos planes. Una ligera silueta se reflejó por mi lado izquierdo y me voltéé en esa dirección mirando al otro lado del río. Nerviosa, ojeé esa parte sin ver nada. Sacudí la cabeza pensando que me lo había imaginado. Aunque podía jurar haber visto una silueta con ropajes blancos.

Masajeé mi frente y fue en ese momento que rememoré un olor viejo. Vino a mi nariz como si estuviera de nuevo en ese lugar que mi mente no podía recordar. Olí a tierra, humedad, polvo, un insoportable olor a metal. Arrugué la nariz tocándola. Me sentí un poco mareada y me agarré al brazo de Enzo llamando su atención.

—Voy a refrescarme el rostro. ¿Les explicas todo? —le pedí en un susurro.

Y él asintió besándome en la frente antes de desprenderme de su cálido brazo. Le di la espalda caminando hacia el río, sintiendo aún su mirada en mi espalda con un deje de preocupación. Lo de refrescarme el rostro fue una excusa. Ese extraño olor no se me iba de la cabeza, estaba

hostigándome. Me arrodillé en la orilla y mis ojos se quedaron clavados en el agua cristalina. Sus voces las mermó mi mente alejándome por un tiempo de ese lugar.

Acaricié las flores blancas que nacían cerca de la orilla del río, como si buscara algo entre ellas.

No quería que a ellos les pasara nada. Y si estaban aquí, Tommy tenía una buena excusa para hacerme daño. Era cuestión de tiempo que intente usarlos para atraerme hacia él y que no pueda echarme para atrás cuando lograra su objetivo. Tenía que sacarlos de aquí cuanto antes. Tommy era retorcido. Vil. Dañino. Oscuro. Todo lo despectivamente cruel que puede ser una persona que tenía el alma emponzoñada. Perdí la mirada, angustiada. ¿Y Berenice? ¿Dónde estaba? ¿Por qué guió a Shamus hacia los chicos? ¿Esa tal ella volvió a quitarle la energía? ¿La castigó de nuevo?

Y había algo que me rondaba la cabeza. ¿Tommy podrá ver a Berenice? Era un Williams, tal vez podía verla.

—Hey —la mano de Enzo se deslizó por mi espalda y me alejó de la bruma que amenazaba con hacerme decaer—. ¿Estás bien? —se arrodilló a mi lado sintiendo su cálida caricia sobre mi mejilla.

Lo miré. ¿Cuánto tiempo me había quedado aquí?

—Sí. No te preocupes —le sonreí para relajarlo.

Asintió no demasiado convencido, pero sé que no quería atosigarme a preguntas, y me tendió la mano. La tomé y me ayudó a levantarme, rodeando su brazo mi cintura. Se quedó mirándome con una expresión pensativa y remitió un mechón de pelo detrás de mi oreja.

Soltó un suspiro largo.

—Lo que dijiste antes de que las rocas casi nos aplastaran —comenzó chasqueando la lengua—. Tienes que entender que nada de esto es tu culpa. Aquí el problema es él. Tommy.

Abrí la boca, pero su dedo suavemente silenció mis labios.

—No estás maldita —me dijo con una sonrisa torcida para avivar mi ánimo—. Y como vuelvas a decir que tendrías que estar muerta, oh señorita, voy a tomar medidas drásticas contra tu mala opinión sobre ti misma —me pellizcó la nariz.

Fruñí los labios con una expresión más alegre y sacudí la cabeza.

—Bien. ¿Quieres que deje de sentirme culpable? Entonces tú también deja de hacerlo —le señalé poniendo un dedo sobre su pecho para hacerlo más hincapié.

Permaneció callado mirando detrás de mí. Una abertura entre las nubes dejó pasar la luz del sol, y sus rayos reflejaron sobre su atractivo rostro realzando más sus perfectos y cincelados rasgos de ángel caído que me volvían loca. Y me perdí en esa belleza subyugadora.

—Hagamos un trato —hablé antes que él—. No más culpas —zanjé.

—Difícil trato —replicó y soltó un suspiro al momento—. Pero lo intentaré.

Hice un puchero y le di manotazo en el hombro.

—Cabezota —le sonreí.

Sus ojos brillaron de pura complicidad.

—No más que usted, señora Price.

Se inclinó sobre mi rostro dándome un casto beso en los labios. Y pegó su frente contra la mía acariciando mi cabello de un modo que me erizó la piel.

—Necesito saberlo, Adara —musitó con un tono angustiado.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué quisiste decir cuando mencionaste que tendrías que haber muerto ese día que casi te abriste la cabeza? —se estremeció ante aquellas horrorizadas palabras mirándome más temeroso

—. ¿Cuándo ocurrió?

Involuntariamente eché un paso hacia atrás, cohibida, succionada por ese malestar repentino, lo que puso nervioso a Enzo que no dejaba de mirarme preocupado de mi reacción asustadiza. No es que me molestara que me lo preguntara o que viera que se inmiscuí en algo que no debía, no, es que simplemente me había sorprendido la pregunta. Y tal vez me fui de la lengua al soltarle eso antes de que salir disparada hacia el camino que casi nos mataba, porque ahora quería saber de ese día. Ese día que nunca recordaré y que, a día de hoy, es como si ese recuerdo estuviese cubierto de una niebla que nunca se dispersaría y seguiría tragándose ese recuerdo.

Inspiré hondo, volviendo hacia él con un rostro más calmado.

—Oh eso —le sonreí trémula—. Tenía quince años cuando me sucedió —me di la vuelta al tiempo que me tocaba el cuero cabelludo, encontrando la cicatriz. Eché hacia un lado el pelo—. ¿La ves?

Pude sentir su tensión y sus dedos recorrieron la fina línea de la cicatriz. No era muy grande, pero en su momento creó tal alboroto que casi me dieron por muerta por la cantidad exagerada que perdí de sangre.

—Sí —masculló. Y giré la cabeza viéndolo fruncir el ceño con gesto de horror al verla.

No me interrumpió. Esperaba que siguiera.

—No recuerdo nada de ese día —comencé con un mohín y me tomó de las manos entrelazando nuestros dedos—. Absolutamente nada. Esas veinticuatro horas nunca podré recordarlas. Lo único que sé es que tres chicas se metieron conmigo y que me ataron a un árbol en el bosque que rodeaba el convento.

—¿Por qué te hicieron eso? —dijo con una feroz expresión.

—Pura envidia. Sabían que Madre Aurora era más cercana conmigo. Eran tres, así que supongo que no pude hacer nada. Pero no sé cómo pude soltarme o eso creo —dejé la mirada a un lado, ensimismada, intentando destapar el velo que rodeaba ese día para verlo todo con más claridad, una vez más, no pude y suspiré frustrada—. Confesaron lo que me hicieron porque al no aparecer, ellas mismas se asustaron. Según le contaron a Madre Aurora, intentaron asustarme y como conocían mi temeridad y que era muy intrépida, tenían la certeza de que me soltaría de la cuerda que me ataba al árbol. Y horas más tarde, sobre las once de la noche, me encontraron en lo hondo de un barranco. Me había golpeado la cabeza con una roca que estaba teñida con mi sangre. Al parecer, caí y me golpeé la cabeza. Estuve dos días inconsciente. Casi pierdo la vida —tragué aire intentando que no notara que ese día seguía persiguiéndome porque no me acordaba de que pasó realmente—. Pero todo se quedó en un susto.

Los rasgos de Enzo se contrajeron del impacto y me arrebujó en sus brazos tan pronto como su respiración se ahogó en su garganta, apretándome con un fervor y una desesperación que caló hondo en mi alma.

—Dios —susurró trastocado y permanecimos así durante más segundos—. Me dijiste que tenías quince años —me separó de sus brazos y apoyó sus manos en mis hombros—. ¿Cómo ibas vestida ese día?

—¿Cómo iba vestida ese día? —repetí desconcertada de que me lo preguntara y lo solté en una risita—. Con mi uniforme.

—¿Y qué más? —me urgió de prisa y alterado.

—Mm bueno —me quedé pensativa—. Me contaron que hicimos una fiesta por mi cumpleaños. Y yo tenía la pegatina de una estrella en la frente.

—¿Una estrella? —ladeó el rostro absolutamente perturbado por algo que no supe captar—.

Tenías una estrella —fue repitiendo como si se encontrara en un bucle.

—Enzo —le rocé el brazo y él se alteró—. ¿Estás bien?

Parecía más afectado de lo que esperaba. Pero no podía entender por qué. Se repasó una mano por su rostro desencajado diciendo algo en irlandés que no entendí. Dios de mi vida, si salíamos de esta isla aprendería irlandés ipso facto.

—Sí. No es nada —consiguió responderme aclarándose la garganta como si un segundo atrás hubiese tenido un nudo que lo asfixiaba—. Necesito estar a solas un momento.

Pero qué.

Lo vi alejarse como si tuviera una penitencia cargando sus hombros.

—Enzo —lo llamé adelantando un paso—. ¡Enzo!

Resoplé. *¿Pero qué le pasa? Me pregunté perdida.* Hice una mueca dándome un manotazo en la frente al caer en cuenta. No tendría que haberle dicho nada. Eso de saberme en peligro y al borde de la muerte lo habrá dejado tocado. *¿Por qué me habré ido de la lengua? Maldita sea. Eres tonta, Adara. Tonta.* Me dije.

—¿Dónde va Enzo? —se acercó Evelyn mirándolo marchar por la orilla del río en un aura más alicaída que solo podía ver yo y que amargaba mi corazón. Ansiaba seguirlo, pero que me dijera que necesitaba estar a solas me había dejado anclada en el suelo, intranquila por su abatimiento.

—No lo sé —dije aturdida, y sentí como Aliza llamaba a Eve y ésta iba hacia ella.

¿Qué mosca le había picado a Enzo?

Enzo pasó por al lado de Uriel que estaba en la orilla del río afilando su cuchillo de combate con una piedra, y se marchó por los frondosos árboles perdiéndolo de vista. Uriel lo miró unos segundos más, pero al volver su atención al cuchillo, el colgante de su cuello salió sobre su camiseta gris y los rayos del sol destellaron sobre tres peculiares objetos del colgante, azotando mi curiosidad. Alcé las cejas al darme cuenta que Uriel tenía tres anillos metidos en una cadena fina plateada. Uno de compromiso; el típico del diamante que le das a la chica de tu vida para comprometeros. Y los otros dos eran las alianzas del matrimonio. Él al darse cuenta que el colgante sobresalía de su pecho, lo volvió a ocultar rápidamente tras la camiseta y se subió la cremallera de su chaqueta de cuero. Un movimiento que me dio qué pensar. ¿No quería que nadie le viera con ese colgante?

Uriel giró su cabeza en mi dirección y en un acto reflejo me di la vuelta haciéndome la disimulada, nerviosa, ya que no quería que me viera como una metiche que le había visto algo que, al parecer, él ocultaba recelosamente. Apenas conocía a Uriel, pero me cayó de sorpresa saber que estaba casado... ¿o lo estuvo? Que llevara los anillos de esa forma podía ser algo simbólico. Había una variedad de significados. Pero solo uno rondaba mi cabeza curiosa y atolondrada.

Tal vez él no había conseguido olvidar a la mujer que un día fue su «esposa».

ENZO

Me alejé lo suficiente para descargar mi furia incontrolada. Necesitaba hacerlo. Por mi bien. Y porque no quería que Adara me viera descontrolado y a punto de estallar. Ya me vio en esa fase con Tommy, y no quería que me viera como un monstruo que no podía controlar sus impulsos. Alejarme entre los árboles no fue suficiente para apagar lo que sentía. Dar un puñetazo al árbol y llevarme de paso los nudillos con sangre, fue peor. Lo que me había contado Adara... Cerré los

ojos con fuerza. Maldita vida.

Apoyé una mano en el tronco del árbol con la desazón, la rabia y el remordimiento quemándome la piel. El puño apoyado en el tronco comenzó a temblarme deseando de nuevo golpear el árbol.

—Por eso no se acuerda —susurré trastocado.

Casi murió ese día.

Casi. Ese *casi* me tenía muerto de ansiedad. Ese día casi la pierdo y no hice nada. El «casi» no dejó de rezumar en mi cabeza azotándome sin piedad.

Joder, esto ahora en que se convertiría, ¿en un puto secreto? No podía ocultárselo. ¿Pero y si no le gustaba lo que tenía que confesarle? Me encontraba en una ciénaga en la que me hundía más y más. Tuve la certeza de que era ella desde que me besó en el embarcadero de la isla Williams. Ya bastante tenía con ocultarle más secretos que no dejaban de llenarme de remordimientos y reproches. Y a todos ellos, se sumaba recientemente a la lista lo de esa monja que se presentó en Roundstone el día de nuestra boda.

La carta de Madre Aurora.

Perdí la mirada entre los frondosos árboles volviendo a ese día.

Me anudé perfectamente la corbata gris perla echándome un vistazo por última vez en el espejo. En una hora, Adara sería mi esposa. ¡Mi esposa! Estaba muerto de los nervios para que el momento del «sí, quiero» llegara, y estrechar entre mis brazos a la mujer que ha hecho que de nuevo la esperanza, la luz y el cálido amor retornara en mí.

Mi iPhone sonó imprevistamente sobre la mesa. Lo cogí viendo que en la pantalla reflejaba el nombre de Dave. Descolgué oyéndole hablar primero.

—Tienes que venir a Roundstone —me pidió con urgencia Dave.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Aquí hay una monja que pregunta por ti.

Me quedé extrañado paseándome por esa habitación desocupada de la primera planta que había elegido para vestirme.

—¿Por mí? ¿Estás seguro? —ojeé el reloj de la mesa—. *Me caso en una hora por si no lo recuerdas.*

—Tú sabrás. Vienes o se va. Estamos en el muelle.

Colgamos al mismo tiempo. Y me di unos golpecitos con el móvil en la frente. Demonios. Una monja me estaba esperando en Roundstone. ¿Quién podría ser? ¿Acaso era algo relacionado con Adara? Ella estuvo en un convento. Tras mi inquietud ante tal pensamiento, hice lo imposible para que nadie sospechara que salía de la mansión rumbo a Roundstone. Rezaba para que Adara no se diera cuenta; aunque había dejado a Dan para que me cubriera las espaldas. No tardé más de cinco minutos en llegar a Roundstone dejando estacionado el coche justo en el muelle. Reparé en observar a Dave al lado de una monja vestida con su hábito y el velo cayendo por sus hombros, ataviada con una cruz colgando de su cuello. Era joven. No tendría más allá de cuarenta años. Salí del coche y sus ojos de color miel me miraron cuadrando los hombros.

Ella se fijó en mi elegante traje, pero no me dijo nada, aclarándose la garganta.

—Señor Price. Es usted un hombre muy ocupado. Así que no le quitaré mucho tiempo. Soy la monja Ana, del Convento Santa María situado en Nueva York —metió la mano en su bandolera y sacó un sobre marrón pasándomelo—. *Esta carta es para usted.*

Totalmente turbado de que me la entregara, la tomé observando que el sobre que contenía

la carta tenía las esquinas desgastadas y más amarillentas. Ya llevaba tiempo escrita.

—¿Está usted segura de que es para mí? —me señalé escéptico.

—La antigua Madre Superiora, Aurora —me recorrió un escalofrío tras nombrarla—. Antes de morir escribió esa carta y pidió explícitamente que se la entregaran el día de su muerte. No obstante, la nueva Madre Superiora la ocultó durante mucho tiempo —agachó la cabeza avergonzada—, y hasta ahora no había sido encontrada. Lo lamentamos. Han sido años desperdiciados.

¿Años?

—¿Por qué me escribió? —quise saber.

—Eso solo lo sabrá usted a partir de que lea esa carta. No le importuno más. Y le felicito por el enlace —me indicó el atuendo con una media sonrisa y se dio la vuelta. Dave me miró brevemente y acompañó a la monja a un coche que la estaba esperando. No la detuve para decirle que me casaba con Adara; uno de los bebés que creció en el Convento Santa María. No sabía qué relación tenía la monja Ana con Adara; después de todo lo que vivió allí Adara, quien no guardaba muy buenos recuerdos de ese lugar salvo algunos.

No desperdicié ni un segundo más y abrí el sobre casi despedazándolo, tomando la carta.

Estimado Enzo.

No sé cómo empezar sin que, al leerme, ya albergues un odio en mí. Cuando viniste por primera vez, pensé; “que muchacho tan valiente. A pesar de todo, quiere cargar con algo que en realidad no tiene por qué hacerlo”. No me malinterpretes, no estoy diciendo que la dulce Adara sea una carga. Todo lo contrario. El hombre que posea su corazón, se llevará el tesoro máspreciado de este mundo. Ahora, a las puertas de mi muerte y porque veo el futuro de Adara en peligro, quiero confesarte todo lo que un día tuve que callar. Yo era la mejor amiga de Minerva; madre de Adara. Cuando tu padre me trajo a la pequeña Adara, con él llevaba una carta en la que Minerva y Edward me decían que cuidara a Adara, que nadie le viera su marca, que la ocultara para el mundo y que nunca la dejara ir más allá del Convento. Eran unas peticiones que, con el paso del tiempo, y viendo crecer a Adara, no estaba de acuerdo, porque ella se merecía vivir una vida feliz y próspera fuera de estos muros. Hablaban de una maldición, pero supongo que, a estas alturas, sabrás de ella. Las razones por las que tuve que mentirte me perseguirán hasta mi muerte; y eso lamentablemente está cerca. Nunca he podido borrar de mi mente ese niño frágil y luchador que suplicaba en el barro por ese bebé que le fue arrebatado. Y tampoco puedo olvidar al hombre que un día me visitó en mi despacho con la apariencia de un muchacho y buscó el paradero de Adara. Te confieso que no te creía capaz, que el niño que un día suplicó bajo la lluvia, volviera años más tarde a por esa niña. Las razones que me obligaron a mentirte se encontraban más allá de mi lealtad por confiarte la verdad. Si ese día te alejé de ella, fue por un motivo de peso. Tu padre me hizo jurarle que jamás permitiera que tú y Adara se vieran. Sé qué relación hay entre la familia Williams y Price, y tu padre no quería seguir más ligado a los Williams. Él solo estaba intentando proteger lo que era suyo, no lo juzgues con demasiada dureza. Y frente a Dios, después de leer la carta de los padres de Adara, también juré que nadie salvo yo, sabría de Adara Mayi Rose Williams. Pero mi tiempo se agota, la vida se me escapa, y necesito romper la promesa que por años ha estado ahogándome. No sabes cuantas veces deseé buscarte para hablarte de Adara. En ti vi algo diferente, algo que me hacía confiar. Pero mi lealtad pudo más que mis propias decisiones. Ahora te pido, te ruego por lo más sagrado, que la busques.

Que la encuentres. Y que la protejas. No sé hacia dónde se marchará cuando salga del convento, pero tiene una amiga; Evelyn Leighton. Su familia es conocida. Creo que podrías empezar por ahí. Sé que estoy siendo egoísta, porque en su momento te negué la verdad y la alejé de ti. Sé que ella saldrá de este convento, y sola, y temo que se tope con ese peligro del que me hablaron sus padres en la carta. Búscala, Enzo. Te lo suplico. No permitas que el mal la toque. Eres el único que puede protegerla.

Atentamente, Aurora.

—Enzo, ¿podemos hablar?

La voz de Dan me sacó de mis recuerdos. Sacudí la cabeza, embotado por ellos, escociéndome los ojos. Me los restregué rápidamente y lo miré por encima de mi hombro.

Me di la vuelta pasando por su lado fríamente.

—Ahora no —refuté.

—Enzo...

—¡Desconfiaste! —le reproché volviéndome hacia él, no se movió clavando la mirada en la tierra, suspirando—. Tú, joder. El que creía que no me daría de lado. Y no me saltaría con que me buscara ayuda psicológica. Joder. Uriel creyó en mí —me señalé el pecho—, y eso que es el amigo que veo menos.

Levantó la vista más avergonzado de no haber sido capaz ni por un segundo de creer en lo que dije en el despacho, de creer que Berenice me decía la verdad.

—Tienes que saber por qué fui reacto a creer —me aseguró afligido.

Negué con la cabeza más irracional, echando un paso atrás. No había forma de que yo pudiera pensar en esto ahora.

—No creíste. Punto —sentencié con dureza—. No hay excusas.

Le di la espalda con desdén y me alejé para volver al río. La voz de la consciencia —tan molesta y puntual —me dijo que estaba siendo irracional y rencoroso con alguien que siempre ha estado ahí, para lo bueno y para lo malo, cuando yo nada más trataba de alejarme de todos. Pero estaba en mi derecho a estar enfadado con él por no confiar en mí. Sí, lo reconocía. Me dolió, me hizo una herida no tan grave para no sanarse, pero sí para hacerme creer que ya no podía confiar ciegamente en nadie; en nadie excepto Adara.

Ya estaba demasiado tiempo separado de ella. Volviendo al río me acerqué un momento a éste para quitarme la sangre de los nudillos y que Adara no se diera cuenta. No tenía una explicación racional para hablarle de ese arrebato. Levantándome, vi a Declan hablando con Uriel y Dave. Nuestras miradas se cruzaron y me sentí culpable de cómo lo traté el día del supuesto entierro de mi esposa.

Eché toda mi mierda sobre él.

Necesitaba hablar con Declan. Nuestra conversación no quedó en buenos términos. Lo machaqué sacándole a relucir su antigua relación con Aliza. Mis ojos viajaron de ella a él. Y aunque recientemente nos habíamos reencontrado todos, no me pasaba inadvertido como ambos se rehuían. Bueno, Aliza era quien le huía como si le asustara estar a solas con él.

Al ver a Adara sola caminando pensativa por la orilla del río, me acerqué a ella procurando que la rabia que había sentido antes hubiera disminuido algo.

—Hey —me dijo con una sonrisa al verme, apresurándose en acercarse, y levantó su mano hacia mi mejilla acariciándome con una ternura que no merecía—. ¿Todo bien?

—Todo bien —tomé su mano besando el dorso.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te fuiste así?

Le sonreí.

—Nada. Quería vigilar. Eso es todo—soné seguro para que no sospechara.

Se fijó en mi expresión entrecerrando los ojos para ver si descubría la verdad oculta. Dios, esperaba que no. ¿Cómo iba a explicárselo?

No se acuerda de nada. Me repetí.

No sabía si sentirme aliviado o decepcionado. Pero no fue el alivio o la decepción la que se arremolinó en mi corazón presionándolo, sino la culpa de lo que le sucedió ese día. Bien, ahí iba otro remordimiento más a la lista que tenía con Adara. Era un tremendo cabrón por seguir ocultándole los *secretos* que tenía el derecho de saber.

Adara se fijó en los chicos y su expresión mortificada fue en aumento.

—Tenemos que sacarlos de aquí —apretó los labios—. Pero también tenemos que adentrarnos en la isla —resopló sintiéndose dividida.

—Lo sé. Vamos a idear un plan para ver que hacemos —le indiqué en un gesto que iba a hablar con ellos y ella asintió haciéndome otro de que en breve se reuniría con nosotros.

Le di la espalda caminando hacia Aliza y Evelyn que se encontraban con Shamus.

Pero inmediatamente me quedé paralizado. Un presentimiento asaltó mis sentidos. Fue una clara advertencia de que algo nos acechaba. Como un llamado que se activó en mi interior. Qué me gritó que actuara.

Giré mi rostro para darme cuenta de dos cosas. La dirección en la que miraba Adara con la tensión palpable en su cuerpo. Y que al otro lado del río, estaba esa mujer. Mirándonos, o eso creo. No hacía falta pensar en quien era y que pretendía. Ella ya se dejó ver por la mansión la noche que Berenice casi me confirmó que Adara seguía viva.

Allí, al otro lado del río, se encontraba la mujer ataviada con una capa blanca. Cada músculo de mi cuerpo se puso rígido. Mis ojos se dirigieron rápidamente a Adara. Por su modo de cerrar las manos en puños y en como su rostro se convertía en una dureza implacable, sé que una furia incontenible se estaba abriendo paso en su interior.

—Es ella —siseó entre dientes.

Mierda.

Era una furia vehemente, arrolladora, capaz de adueñarse de ella y de conseguir como último nublarle la mente, y que tomara el coraje de actuar, porque aquella extraña mujer estaba dañando a Berenice. La tenía a su merced, y sé cuánto le dolía eso a Adara.

Y actuó de forma deliberada y con arrojo. Adara atravesó el río para llegar a la mujer sin importarle el peligro que implicaba. Y tan pronto como la vi ir, fui detrás de Adara temiendo que hiciera algo irracional, salpicando el agua con salvaje brusquedad, haciéndoles una señal estricta al resto de que no se precipitaran y se quedaran al margen de esto. Fue en ese momento de tensión cuando me di cuenta de que ellos podían ver a la mujer de blanco, al ver sus expresiones bañadas por un matiz de sobresalto y perplejidad.

Alcancé a Adara el mismo instante en el que ella se detenía con una respiración jadeosa. Eché un rápido vistazo entre los árboles sin ver a nadie más. Esa mujer estaba sola. A unos metros de nosotros. Callada. Inmóvil. Su misterioso rostro estaba oculto por la capucha.

—¿Dónde está Berenice? —le reclamó Adara con ferocidad.

Rodeé mis brazos en su cintura como una cadena segura para prevenir que se abalanzara hacia la mujer. Tal y como estaba Adara, sé que podría hacerlo. Nadie podía subestimarla. Podía ser

neutral, dulce e incluso apacible, pero tenía sus límites. Y su límite era Berenice.

La mujer de blanco estaba como una estatua, solo se le veían los labios perfilados y carnosos. Pero no se pronunció. Detrás de nosotros teníamos al resto comidos por la inquietud de la aparición de esa mujer. Dan sujetaba a Shamus para controlarlo, porque no le gustaba la presencia de esa mujer.

—¿Estás sorda?!

—Adara —intenté calmarla sin dejar de mirar a la mujer.

—¡No! —gritó sin despegar también su mirada centellante de ella—. Ya estoy harta. Seas lo que seas —la señaló con un dedo—. Un espectro. Un espíritu. Una deidad. ¡Un demonio! No tienes derecho tener a tu mereced a Berenice. ¡Libérala!

Se vio un claro movimiento en ella que estremeció mi cuerpo con una espeluznante y mala sensación; la misma que sentí antes de verla, pero con el doble de intensidad. Esa mujer frunció los labios como si algo que hubiera dicho Adara, la cabreara. Y predije su movimiento. No sé cómo lo supe. Fue al salto. Sin calcular si se trataba de un error. Simplemente sentí una voz en mi interior y supe que tenía que actuar protegiéndola.

Di una zancada poniéndome delante de Adara, viendo en esa milésima de segundo como la mujer de blanco levantaba una mano y la alzaba hacia otro extremo, como si dirigiera algo. Y lo hizo. Mi cuerpo salió despedido lo suficiente para sentir como me impulsaba y volaba por los aires descontrolado. Y mi espalda chocó salvajemente contra un árbol cayendo desplomado en la tierra. Por un momento no sentí nada. La vista se me nubló. La presión en mis pulmones fue demoledora, y una presión más fuerte se instaló en mi espalda volviéndose hiriente. Más allá oí un grito desgarrador, reconocí a Adara y muchas pisadas sobre la tierra, corriendo.

—¡Enzo!! —ahogó Adara en un chillido oyéndola más cerca.

Apoyé las manos en el suelo intentando incorporarme, respirando con dificultad. ¡Pero qué coño había sido eso!

—Dios mío —la vi arrodillarse con brusquedad tomando mi rostro con las manos trémulas y un rostro encogido por el más puro terror—. ¿Estás bien?

Asentí con la mandíbula apretada buscando a la mujer de blanco mientras Adara me ayudaba a recostarme sobre el tronco del árbol. Ahora mismo mis fuerzas habían quedado reducidas a cero.

—Joder —Uriel se llevó las manos a la cabeza, estupefacto, sin creerse aún todo lo que había ocurrido—. Esa tía está loca.

—¿Dónde está? —expresé con la voz ronca.

—Se ha ido. Simplemente se dio la vuelta y se marchó a pie sin inmutarse —explicó Dan mirándome ansiado al verme fatigado y machacado.

—Yo la vi sonreír después de que te hizo eso —se estremeció Evelyn haciendo gestos para representar ese momento, y se llevó una mano a la boca impresionada de recordarlo.

—¡No pienso dejar que esto se quede así! —sentenció Dave con una voz dura y salió disparado.

—¡Dave! —exclamó más de uno.

—¡Espera! —le gritó Declan que fue detrás para pararle los pies. Con Shamus a su lado.

—¿Estás loco!? No puedes enfrentarte a ella. Mira que poder tiene —la advertencia de Aliza no sirvió de nada, porque él siguió avanzando entre los árboles.

Cruzando la mirada con Uriel le hice una señal de que no los dejara solos. Él asintió con firmeza y fue detrás de ellos.

—¿Estás bien de verdad? —me dijo Adara angustiada.

—Doy gracias de haberme puesto por medio. Quería hacerte daño —dije feroz.

—Eres un masoca —me reclamó con las lágrimas en los ojos.

—Y un loco, ¿recuerdas? —le sonreí, aunque me dolió la cara al hacerlo.

Intentó enfadarse, pero no pudo, apoyando su cabeza contra mi pecho.

Apenas sentía las piernas. Lo que me alarmó y me asustó hasta sentirme al borde de un precipicio. Había creído que era debido al golpe y que sería algo momentáneo, pero no las sentía para ponerme de pie. Me fallaban las fuerzas para flexionarlas y había perdido algo de sensibilidad en algunas zonas. Me refugié en mi temple para no alarmar a mi chica y a los demás. Con el corazón latiéndome en los oídos, me pellizqué disimuladamente una de las piernas con fuerza, para que no me vieran, y pude sentir algo de dolor recorriendo a través de los nervios, viendo como la pierna se movía sola deliberadamente por el pellizco. Respiré forzosamente más aliviado. Esa reacción era buena señal. Solo necesitaba un momento de descanso.

—¿Qué? —dijo Adara al oírme respirar así, apartándose de mi pecho para examinarme.

—Trae, te ayudo.

Dandelion me tendió su mano con buena voluntad —aun cuando sabía que no estaba del todo bien con él—, y me rehusé a dársela mirándolo duramente para que no sospechara que tenía mis piernas paralizadas.

—Prefiero quedarme aquí un rato —aclaré con una voz fría y cortante. Se fijó en mi expresión y en como de un momento a otro la frente se me había perlado de un sudor frío, y bajó la vista a mis piernas como si sospechara. Me tensé y maldije por dentro por el dolor que sentí en la columna vertebral.

Dan retiró la mano, asintió con una mueca lastimada y mandó su mirada a otra parte.

—De acuerdo —me dijo.

Adara nos miró a ambos con el ceño fruncido. La tensión que había entre Dan y yo era palpable, y sé que no tardará en darse cuenta de nuestro enfrentamiento.

—¿Que os pasa? —nos preguntó confundida.

Mierda. Lo sabía.

—Nada —dijo él rápidamente asomando en sus labios una sonrisa fingida que decía «estar bien»—. Ya conoces a tu marido, rehúsa cualquier ayuda. Voy a echar un vistazo —señaló los alrededores y se alejó con premura.

Me di cuenta como Evelyn lo seguía con la mirada. Y cerré los ojos atormentado de mi actitud con él.

—Ten cuidado —le pidió Adara.

—¿Cómo sabías que iba atacar a Adara? —me preguntó Aliza.

—No lo sé. Simplemente lo supe —aclaré de inmediato.

—Hemos dejado la mochila al otro lado del río —indicó en un gesto Evelyn de que iría a por ella.

—Voy contigo —le dijo Aliza.

—Tened cuidado —les dijo Adara y me miró con el ceño fruncido y un rostro que gritaba lo cabreada que estaba.

—Estás cabreada —afirmé en un suspiro.

—Estoy muerta de miedo —me confesó con la voz temblorosa—. Ha podido matarte. No debí enfrentarla. Pensaba que, si no nos había hecho antes nada, no lo haría ahora. Me equivoqué —murmuró en tono pesimista—. Casi te mata.

—Pero no lo ha hecho —le recordé para quitarle ese remordimiento.

Su rostro se descompuso temblándole los labios, volviendo las lágrimas.

—Ven aquí —la refugié en mis brazos y ella hundió su rostro en mi cuello inspirando entrecortadamente.

—Créeme que no te he esperado tanto tiempo para morir ahora —le expresé fervientemente con mi boca pegada a su cabello.

—Quiero que dejes de hacerte el héroe —me suplicó en un balbuceo lloroso y enojado.

Medio sonreí. *Eso nunca*, quise decirle. Apliqué los temblores de su cuerpo, acunándola contra mi pecho con ternura y palabras de adoración para alejar el miedo que había pasado. Al sentir sus brazos rodeándome y su rostro en el hueco de mi cuello, para mí era mejor que cualquier *calmante* que pudiera existir. Solo necesitaba esto. A ella. Nada más. Acompasé mi respiración, cada vez sintiéndome mejor.

—No parece un espíritu —aclaró al cabo de un minuto.

—Ni un espectro —proseguí.

—Ni mucho menos un demonio —concluyó estremeciéndose.

Nos miramos a los ojos fijamente. Pensando al mismo tiempo lo único que cuadraba con esa mujer de blanco. ¿En serio era una deidad?

—Esta vez no me ha dolido la marca cuando la he visto —fruncí el ceño sin entender nada y ella siguió para explicármelo—. Los días que te quedaste encerrado en tu despacho después de la muerte de tu madre, ella se apareció una mañana. La mansión estaba rodeada por una niebla muy espesa. Quise hablar con ella cuando la encontré, pero la marca empezó a arderme y se me escapó. No sé si es que se apareció de ese modo para de alguna forma decirme que está entre nosotros, y nos vigila.

Maldita sea. ¡Esa mujer estuvo en mis tierras! Y yo como un imbécil dejé desprotegida a Adara. Ella pudo hacerle daño. Pensarlo me retorció el estómago y la abracé con más efusividad.

—A mí se me apareció en la mansión Williams —Adara giró la cabeza para mirarme con su rostro atónito—. Fue la primera noche, después de tu supuesto entierro. No podía seguir, el dolor me apesaba, me consumía, y Berenice apareció, intentó decirme que estabas viva. Pero detrás de ella se apareció esa mujer de blanco, ella se asustó y cuando quise darme cuenta, después de que Berenice desapareciera, la mujer también lo hizo. Supongo que fue en ese momento que la dejó sin su energía.

Adara perdió la mirada con un rostro pensativo.

—¿Quién es realmente? —susurró.

Malditamente no tenía respuesta para eso. Pero pensaba averiguarlo. Esa misteriosa mujer no merecía ni un segundo más de nuestros pensamientos. De solo pensar que intentó atacar a Adara... me hervía la sangre como lava fundiéndose en mis venas. Menos mal que lo evité. Y lo haría de nuevo. Una y otra vez. Sin importar mi estado físico. Contemplé a Adara sonriendo, mientras ella miraba el bosque. Sí, era un maldito con suerte. Daba igual cuantas veces me repitiera que no la merecía, y sintiera que no estaba a su altura, pero Adara me hacía ser mejor persona en todos los sentidos. Y si salíamos de esta isla, me dedicaré en cuerpo y alma solo a ella. Mirando el perfil de mi gloriosa mujer, acaricié con el dedo índice su mejilla llamando su atención y haciéndola sonreír ruborizada cuando nuestras miradas se cruzaron.

Busqué con la mirada todas las malditas ventajas que tenía estar atrapados en nuestra propia isla.

—Voy a tener que emplear aquí lo que nos perdimos —le anuncié con una voz pícaro.

Echó la cabeza hacia atrás, extrañada de mis palabras.

—¿Qué nos perdimos?

Apoyé mi mano en la suya acariciando los anillos de su dedo anular.

—Ya sabes —comencé con una voz seductora—. Nuestro primer baile como marido y mujer. Cogerte en brazos en el umbral de alguna puerta.

Se quedó boquiabierta al instante y su carcajada hinchó mi corazón haciéndome más divertido este momento.

—Creo que deliras —me dio un manotazo en el hombro para que dejara de bromear.

—Hablo en serio.

—Por si no lo has visto estamos rodeados de un bosque y nos persigue el psicópata de mi primo —resaltó haciendo un gesto alrededor.

—¿Y qué? —me encogí de hombros para que alejara lo malo y se quedara con lo bueno—. Y seguro que hay alguna fruta por esta isla a la que podemos cortar juntos.

Volvió a reír siendo puramente hipnótica esa risa, y sacudió la cabeza. Adara se acercó a mi rostro y rodeó mi cuello con sus brazos tentándome con un beso, al rozar delicadamente sus labios con los míos.

—¿Como si fuera la tarta de la boda? —asentí mordiéndome el labio por el deseo que renació con fuerza y electrizaba mi cuerpo, y esbozó una sonrisa muy coqueta—. Estás loco.

Seguía haciéndolo. Seguía haciendo brincar mi corazón con cada sonrisa que me daba a mí. Y eso se convertía en una cálida luz para mí alma.

—La mochila no está —anunció Evelyn viniendo con Aliza.

—¿Qué! —dijo Adara dando un brinco y apartándose de mí.

Me tensé. Joder. Esto era lo último que nos faltaba.

—Alguien se la ha llevado —añadió.

—¿Los hombres de Tommy! —exclamó Adara asustada.

—No. Yo creo que no —Aliza sacó una llave del bolsillo de su pantalón junto con una nota, pasándonosla.

Tomé la llave reconociendo que era la misma que de la puerta del despacho de Leonard. Giré mi cabeza para leer lo que ponía en esa nota doblada. Cuando la desdobló Adara, en su interior había unas palabras escritas en dorado:

NO VUELVAS A HACERLO.

—Ha sido ella. Seguro que eso va por mí —Adara suspiró sintiéndose culpable—. La cabreé. Y ahora nos ha dejado sin provisiones.

Contuve un rugido. Maldita mujer. ¡Cómo se atrevía a amenazarla! ¿Cree que por dejarnos sin las provisiones que puse en la mochila tendríamos más dificultad? Creo que en el fondo no me conocía. No realmente. ¿Por qué arrebatar nos la mochila, pero si devolvernos la llave? No tenía sentido. Lo único que lamentaba era haber perdido el revólver, porque lo dejé en la estúpida mochila.

De pronto, entre los árboles vi a Uriel corriendo con Shamus hacia nosotros, con el rostro contraído por la sorpresa.

—Hemos encontrado algo —nos anunció fatigado. Detrás de él no venían Dave y Declan, y tan pronto como se escuchó su voz, Dan apareció veloz prestándole atención.

—¿Dónde están Dave y Declan? —le preguntó Adara preocupada.

—¿Algo? —dije con rapidez. Y haciendo un esfuerzo por no tambalearme, me incorporé del suelo con Adara pendiente de mí. Aguanté un momento la respiración evaluando mis piernas sin

que ella se diera cuenta. Al dar unos pequeños pasos, pude comprobar que el dolor había desaparecido del todo, y que la movilidad y sensibilidad de las piernas estaba bien.

Suspiré cerrando los ojos un segundo.

—¿Qué es? —dijo Eve.

—Es mejor que lo veáis con vuestros propios ojos. Ellos están allí.

Uriel nos hizo un gesto apresurado para que lo siguiéramos. Tomé la mano de Adara con determinación y fuimos detrás de él.

No fueron más de diez minutos de recorrido. Pensé en lo que podían haber encontrado, pero no me hice una idea clara hasta que lo vi con mis ojos. Primero vi a Dave y Declan, esperándonos con el desconcierto latiendo en sus expresiones por lo que tenían delante. Nunca esperé nada parecido a lo que supuestamente pude imaginar. Aún con mi mano entrelazada con la de Adara, mis ojos se quedaron mirándolo, intentando entender por qué mi abuelo no me habló de esto. Más de un par de ojos cargados de asombro me miraron, sobre todo Adara. Sé que estaba esperando una explicación de porqué no le he hablado de esto. Pero yo estaba como ella. Era lo último que esperaba encontrar en la isla Williams.

CAPÍTULO 9

ENZO

Reconozco que me ha tomado por sorpresa y que no será la última, ya que la isla tenía ese efecto. Cuando crees que lo sabes todo, ella te sorprendía una vez más.

Shamus olfateaba incesantemente la entrada de ese lugar.

Caminé hasta detenerme delante de una placa oxidada que estaba tallada en una roca que media casi un metro ochenta. Algunas palabras ya no eran visibles debido a la corrosión y al oxido, pero podía imaginarme lo que claramente querían dar a entender con ese mensaje.

**Todo el oro de esta mina pertenece a nuestra empresa. Toda extracción sin permiso será castigada.
Compañía Williams.**

Esas palabras estaban escritas sobre esa placa, cerca de la entrada de la mina. Una *mina* claramente abandonada. ¿Por qué nunca supe de esta mina? Mi mirada viajó de un lado para otro. Los raíles que sobresalían a la luz del día procedían de la gran boca ancha y oscura de la mina, que se deslizaba como una serpiente por el túnel, siendo perturbador ver tanta oscuridad.

¿Abuelo, por qué no me hablaste de esta mina? Me dije desconcertado.

—¿Sabías algo de esto? —me preguntó Adara a mi lado distrayéndome de mi investigación.

Negué con la cabeza.

—Te juro que no. Estoy tan sorprendido como tú —admití asombrado.

Ella asintió despacio.

—Te creo. No nos tenemos secretos. Sé que me lo hubieras dicho —dijo con tranquilidad.

Mi remordimiento me lapidó viéndola como se interesaba por el vagón de extracción que estaba en la entrada de la mina. «*No nos tenemos secretos*». Volvieron a repiquetear sus palabras para dejarme claro lo cabrón que era. Cerré los ojos maldiciendo.

—Yo puedo asegurar que nadie de Roundstone sabe que los Williams tenían una mina. Un viñedo sí, pero no una mina de oro —fue explicando Aliza realmente impactada.

—Si esto nadie lo sabía... —remarcó Uriel arqueando sus cejas—. Es porque Leonard quiso llevarlo en secreto.

—Allí dentro hay algo que quería ocultar —lo señaló Dandelion.

Más de uno mantuvo su mirada en la penetrante oscuridad de la entrada tan peligrosa como amenazante.

—Debemos de estar cerca del muro. Eso seguro —expresó Uriel mirando a su alrededor.

Adara se fijó en que nadie se sorprendía que él hablara del «muro» y tironeó de mi camiseta prestándole mi atención.

—¿Qué es eso del muro? —me preguntó en un susurro.

Inhalé con profundidad, prestándole atención a un mechón de color chocolate que rozaba suavemente su mejilla por el brusco aire que se había revuelto de pronto a nuestro alrededor.

—Lo descubrió Uriel hace mucho tiempo —remetí el mechón detrás de su oreja sintiendo como se estremecía bajo mi roce—. Según él, vio un muro rodeando la isla. Hay una gran cantidad de tierra que la cierne ese muro. El centro de la isla, mismamente.

Estudió mi expresión y me tensé.

—No lo sabía. Me lo contó ayer —quise explicarle con rapidez.

—Tranquilo —acarició mi mejilla con una sonrisa—. Sé que no me lo hubieras ocultado.

Intenté por todos los medios que no notara que esas palabras me habían hecho sentir como si me hubiesen dado una patada en el estómago. Sé que, si había algo que no soportaba Adara, era una mentira y un secreto. Y yo estaba haciendo ambas cosas. Porque ocultarle secretos, implicaba mentirle. Y sé cómo se ponía con los secretos. Oh Dios, sí que lo sabía. Y muy bien. Aún recuerdo cuando le mostré la tumba de sus padres. O el mayor secreto que le oculté que casi me hizo perderla, y yo me sintiera terriblemente destrozado y a punto de saltar a un precipicio que me invitaba a ahogarme en su vacío desolador; que yo era Price. Creo que, de todos mis secretos, ese era de lejos, el que aún continuaba persiguiéndome a día de hoy.

Joder. De esta manera no estaba empezando bien mi matrimonio.

—Meterse ahí es una apuesta segura para el peligro —sentención Declan dejando claro que adentrarnos ahí no era buena idea.

—Yo he visto con mis propios ojos como esa mujer desaparecía allí dentro.

Las palabras de Dave me activaron y me acerqué a él para que me lo asegurara.

—¿Estás seguro?

—Yo creo que se lo imaginó —habló Declan—. Yo no la vi.

—No lo imaginé —reclamó Dave muy hosco, y me miró firmemente convencido—. Lo vi. Se detuvo como si me mirara y supiera que yo la había estado siguiendo, y desapareció en la oscuridad antes de que Declan me alcanzara.

—¿Crees que quiere que entremos? —indicó Aliza mirando la mina, reticente.

—¿Para que, para matarnos? —protestó con fiereza Dan—. Se ve que no tuvo suficiente mandando a volar a Enzo por los aires cuando intentó atacar a Adara. Lo hizo con un solo movimiento de mano por el amor de Dios, si la seguimos, estamos en peligro.

Sus palabras me pusieron los pelos de punta y apreté los puños al recordar como esa mujer de blanco quiso hacerle daño a mi esposa. Si dejaba que la rabia nublara mi mente no iba a conseguir tener una respuesta clara de lo que deberíamos hacer.

—No es seguro —concluyó Evelyn.

—Ya, pues tal parece que no somos los únicos que hemos estado aquí —señaló Dave hacia abajo.

Lo vi más cerca de la entrada, y al ponerme a su lado, bajé la vista encontrándome unas huellas secas en el barro endurecido. Eran muchas. Por lo que calculé, eran las pisadas de varios hombres. Tal vez diez u ocho. *Joder.* Esto no me gustaba. Seguro que era cosa de Tommy. Levanté la vista en modo alerta ojeando a mi alrededor para atisbar cualquier movimiento sospechoso. *Él ha estado aquí.* Pensé nada calmado.

—Lo tranquilizador es que esas huellas ya llevan horas.

—No es nada tranquilizador —le reprochó Evelyn a Dandelion.

—¿Entonces Tommy también ha estado en esta mina?

Alejé sus voces dejando de prestarles atención de inmediato al darme cuenta de que Adara no estaba a mi lado, debatiendo con ellos. Y eché un vistazo detrás de mí encontrándola rezagada. Su mirada estaba perdida, y una mano ascendía y descendía por su brazo con un rostro angustioso. Me preocupé de que fuera otra vez la marca.

—¿Estás bien? —le rocé el brazo y la desperté de algo que la tenía profundamente ensimismada.

—Creo que sí —susurró no muy segura recorriendo con la mirada el lugar—. Tengo la sensación de haber estado aquí. Pero no lo sé.

—¿Dónde está esa puerta que Tommy no dejaba de llevarte?

Pensar en él me enfermaba. Y sacaba lo peor de mí. Pero no tenía de otra si quería averiguar más sobre el tiempo que la tuvo secuestrada.

—Es difícil de concretar. Era un espacio cerrado, creo que brillaba. Pero no lo sé —chasqueó la lengua como si estuviera irritada con ella misma—. Me vendaban los ojos cada vez que me llevaban, o si me resistía mucho, Tommy mandaba a que volvieran a drogarme.

Apreté los puños con furor torciendo el gesto. *¡Bastardo!*

—¿Qué hacemos? —preguntó Evelyn finalmente con un resoplido. Y se acercó a Uriel que estaba revisando su móvil, ojeándolo también ella. Era el único que llevaba su móvil encima, pero no servía para nada porque no tenía cobertura—. Dentro de cuatro horas se hará de noche.

Me acerqué a ellos con Adara a mi lado.

La noche. Eso era lo que más me preocupaba. ¿Dónde diablos nos íbamos a meter cuando cayera la noche?

—No es seguro —afirmé viendo las vigas con refuerzos de acero en el arco de la entrada de la mina.

—Sí, pero esa mujer de blanco entró aquí —aseguró Dave mirando la oscuridad.

—Tampoco estamos equipados. No llevamos ni linternas —dijo Uriel viéndolo como un gran problema.

—Creo que no hará falta.

Habló Dan apartando unos matojos con las manos a la altura de sus ojos y los dobló aplastándolos con la ayuda de sus zapatillas, y apareció una caja metálica enrobinada sostenida en un poste con la señal de un rayo en medio. Le quitó el seguro y abrió la puerta ojeando el panel que no tenía muy buena pinta, y levantó una palanca sin asegurarse que tan peligroso era tocarlo. Se escuchó un chasquido eléctrico. Y una emergente luz comenzó a deslizarse en el techo de la entrada de la mina, iluminando esa tenebrosa oscuridad que no indicaba nada bueno.

Las lámparas de luz del techo parpadearon iluminando el túnel de la mina con una esplendorosa claridad.

Ahora sé más que nunca que esta mina oculta algo, porque las lámparas con los cables por fuera, colgando provisionalmente y la caja metálica de luz, indicaban que fueron posiblemente puestos hace un año, quizá dos. Maldita sea, ¿Tommy había deambulado por mi isla sin que yo fuera consciente? Eso me puso furioso.

—Sigue sin ser seguro —comentó Aliza negando con la cabeza.

—¿Dónde está tu sentido de la aventura? —le preguntó Declan mirándola a su lado.

Pude verlo con mucha claridad. Y no solo yo. La máscara fría e impenetrable con la que se mostraba Aliza con Declan. Sus ojos lo miraron como un glacial y apartó despectivamente su rostro como si le resultara molesto mirarlo.

—Murió —sentenció, y abrazándose como si estuviera insegura ante esa palabra, se alejó girándose al otro lado del grupo. Ella no lo miraba, dejando sus ojos clavados en la tierra. Pero él sí la observaba, una mirada que me sorprendió encontrar paciente, tierna y también dolida. No sé si sus rencillas eran buenas en este momento, pero no volvieron a dirigirse la palabra. Nunca entenderé que de la noche a la mañana dejaran de amarse, y lo que era más sorprendente, que su *amistad* hubiese quedado reducida a cenizas.

Noté la presencia de Dan por mi lado derecho, se me acercó algo desconfiado y prudente por

mi irracional comportamiento con él, pero se inclinó hacia mi rostro para susurrarme:

—La caja de luz no es muy vieja. Y esto debe ser cosa de Tommy. Deberíamos movernos porque se presentará en cualquier momento —y se alejó antes de que pudiera decirle nada. Tal vez creía que le diría algo con un desdén cortante e hiriente.

Pero aunque estuviera enfadado con Dan, tenía razón. Tommy podría presentarse en cualquier momento si esto era cosa de él.

—No tendría sentido entrar. Digo, esto es una mina, no tendrá salida —explicó Adara señalándola desconcertada.

—Y sería una ratonera —continuó Evelyn.

—Justo lo que necesita Tommy para atraparnos —añadió Dave.

—No. No —dijo Adara dando un paso atrás más desconfiada, latiendo en su rostro lo que nunca me gustaba que reflejara; temor—. No deberíamos entrar.

Miré fijamente la mina sintiéndome en una encrucijada.

—Es por aquí.

Una voz muy familiar apareció de pronto entre yo y Adara, y mi corazón se aceleró, maldiciendo que fuera tan súbitamente precisa en aparecer cuando le viniera en gana y sin avisar.

Adara jadeó mirando a su lado.

—¡Berenice! —gritó.

Ella siguió mirando la entrada con un semblante más severo.

—¿Eh? —frunció el ceño Uriel.

—¿Qué? —hablaron los demás la mar de impresionados—. ¿Ella está aquí? —sus ojos vagaban entre yo y Adara sin rastro de que la pudieran ver.

Adara le sonrió eufórica. Incluso Shamus se alegró de verla, moviéndole la cola.

—¿Dónde estabas?

Berenice la miró fijamente sin rastro de mostrarle una sonrisa o un rostro más apacible, y adelantó unos pasos dejando de mirarla. Adara dejó de sonreír mirándome mohína y retorcí mi mirada a Berenice por comportarse así con ella. ¿Qué demonios le pasaba?

—¿Tenemos que entrar aquí? —le preguntó Adara aclarándose la garganta.

—Sí —fue breve.

—¿Por qué? —le pregunte fríamente.

—Ya lo descu...

—Déjate de mierdas enigmáticas. Y nada de frasecitas de «ya lo descubriréis» —la interrumpí bruscamente cansado de que se comportara mal con Adara. Conmigo podía tener el comportamiento que se le diera la gana, pero con Adara no. No lo consentiría—. Y dime que hay dentro.

Ella me desafió con la mirada sin decir nada por mi brusca reacción. Adara intentó decirme algo, seguro para calmarme, pero Dave se abrió paso entre el resto que estaba expectante, acercándose con un rostro serio.

—Así que tú eres Berenice. La muerta —expresó Dave quedándose frente a ella, mirándola con profundidad.

Me quedé petrificado. La impresión de saber que él la veía con tanta claridad como yo y Adara, me dejó sin habla. El resto se quedó boquiabierto al saber que Dave la veía. Y a juzgar por cómo Adara se mordisqueaba el labio con nervio, mirando a Dave y Berenice, ella ya lo sabía. Evelyn dio un respingón y se puso detrás de Dan rodeando con sus brazos la cintura de él, porque eso de que Berenice estuviera por aquí no le gustaba. Le asustaba. Dandelion la miró divertido

agarrándose a los brazos de ella.

—¿Puede Berenice quedarse a tiempo completo? —nos preguntó complacido.

Evelyn lo fulminó con la mirada.

—¿Prefieres que me agarre a Uriel? —lo provocó.

Dandelion envió su mirada a Uriel. Una mirada en la que mostró su naturaleza posesiva, y le advertía con un gesto de cabeza que ni se acercara a ella, aunque con ese aire guasón que siempre lo caracterizaba. Uriel levantó las manos en señal de paz con una sonrisa jocosa sin decir nada.

—¿Por qué él puede verla? —resaltó Dan volviendo la atención a nosotros.

—Shh no lo sé. Cállate —le pidió Evelyn mirando con morbosidad.

Berenice cambió radicalmente. Sus ojos se encontraron con los de Dave y se desató en ella un miedo que desconocía que tuviera. Pasó de ser fría y distante a sentir temor y a dejar que su blanquecino rostro lo surcara el desasosiego y la cobardía. Hasta podía jurar que empezó a temblar. Los ojos de ella se mantuvieron en Dave, que permaneció de brazos cruzados, tan impassible y con los rasgos endurecidos, y ella echó un paso atrás resguardándose detrás de Adara como si pudiera protegerla. Esto era muy cómico. Un espíritu escondiéndose de un humano. Parecía un chiste de los malos.

—No quiero hablar con él —le susurró a Adara en el oído y ella asintió diciéndole: «*tranquila*».

—Pues yo sí quiero hablar contigo —dijo Dave tajantemente adelantando un paso.

Y lo interceptó poniéndole una mano el hombro.

—No es el momento —quise que razonara, pero no parecía dispuesto a ello, ya que su expresión gritaba las miles y miles de preguntas que quería hacerle a Berenice. De por qué soñaba solo con ella. Por qué era idéntico al difunto *esposo* de Berenice. Por qué él la veía, a una mujer que llevaba décadas muerta. Sé que todo eso lo tenía en un estado conmocionado.

—Enzo tiene razón. Además no quiero que asustes a Berenice y salga huyendo —le advirtió Adara mirando preocupada a Berenice, que miraba como un cervatillo asustado a Dave—. Es evidente que tú le afectas.

—Joder. Yo afectando a una muerta —espetó perplejo casi riéndose.

—¡No la llares así! —le reclamó Adara.

—Este es el mejor culebrón que he visto en mi vida —dijo Evelyn con una sonrisa—. Qué pena no ver a Berenice. Mmm... ¿por qué él también la verá? —se acarició la barbilla con una mirada indagadora.

—Ay mi Colibrí, que morbosa eres —le habló Dan muy socarrón mirándola por encima de su hombro.

—Cállate —le farfulló con una mirada desdeñosa, pero siguió atenta a Dave.

—¿Qué dice Berenice sobre la mina? —expresó Declan sin entender nada entre ella y Dave.

—Qué debemos entrar —comenté haciendo un gesto hacia donde supuestamente estaba ella.

—No es por malmeter ¿pero es de fiar? —la voz de Aliza tembló, porque le asustaba también saber de Berenice.

Berenice miró crudamente a Aliza, pero luego cambió y lanzó un suspiro acongojado mirando el suelo. ¿Acaso le dolía que le temieran o desconfiaran de ella?

—Lo es —afirmó Adara con mucha confianza—. ¿Entramos? Berenice asegura que hay que hacerlo —me dijo a mí.

Inspiré hondo. Lo sopesé durante más de un minuto. Solo porque ella dijera que entráramos, nada me aseguraba que fuera seguro. ¿Y si había alguno de los hombres de Tommy allí dentro? No.

Imposible. Berenice lo hubiera dicho y nos habría prevenido. Ella no nos llevaría hacia ninguna trampa que nos hiciera peligrar. Por más que me molestara ahora su rara actitud; yo también confiaba en ella.

—Entramos. Pero que nadie se separe del grupo —les advertí con firmeza.

La mayoría asintió y comenzó a entrar. Me quedé junto a Adara, y los dos proseguimos a seguir a los demás, hasta que ella se detuvo y miró hacia atrás.

—¿No vienes?

Al parecer Berenice se había quedado quieta mirando la mina, otra vez con una máscara de indiferencia.

—Tengo que hacer algo. Seguid los raíles y nunca los caminos en los que se cortan. El camino correcto será cuando el raíl que seguís se corte de golpe y pasareis a otro lugar —le avisó y bajó la mirada hacia ella sin que revelara nada en su nívea expresión—. Volveré.

Y desapareció antes de que Adara levantara una mano y se quedara con la palabra en la boca.

—No sé por qué me molestó —farfulló consternada—. Es evidente que le pasa algo.

La vi marcharse a grandes zancadas hacia el interior de la mina y pasó por al lado de Dave que se había quedado en la entrada, mirando el panorama como si le irritara que Berenice hubiese desaparecido. Y siguió a Adara hacia el interior. Yo me quedé allí unos segundos más, sin entender a Berenice y sus bruscos cambios de comportamiento. No iba a tolerar algo así. En cuanto volviera, hablaría con ella seriamente.

La mina Williams llevaba décadas sin una revisión, la corrosión de las paredes me preocupaba y tenía varios daños que hacían replantearme que volviéramos, porque adentrarnos sería más peligroso, aunque los techos estaban sujetos. Lo que me llevó a pensar que las recientes vigas con refuerzos de acero las tuvo que poner Tommy. Y si Tommy se interesó por esta mina abandonada es porque llevaba hacia un lugar importante, algo que lo obsesionó por completo. No había niveles superiores ni inferiores, pero si una cantidad exagerada de túneles donde los raíles terminaban, y tal y como nos dijo Berenice, no tomábamos esos caminos. El tiempo pasaba lentamente mientras la recorríamos. Era el único del grupo que no hablaba mucho, atento a cualquier ruido o por si veía algo anómalo. El silencio que envolvía la mina abandonada solo incrementaba más la tensión. Con cada paso que dábamos, no sabíamos a lo que nos enfrentaríamos en el siguiente acceso. Quería hablar con Adara sobre Dave y Berenice. Descubrir si en el diario de mi bisabuelo hablaba de esta mina, pero no podía proceder con tales distracciones que me hicieran bajar la guardia. Y aunque posponerlo no me gustaba, era necesario.

Espero que no nos llevara mucho tiempo estar en esta mina. En ella rezumaba una abundante humedad y un insoportable olor a metal oxidado, y que el oxígeno fuera más escaso, era lo que más me preocupaba. Me aliviaba su luminosidad, pero eso no me hizo bajar la guardia.

Así que el patrimonio de Leonard Williams se hizo más extenso con esta mina. Era increíble. Con la historia de los Williams nunca se cómo voy a reaccionar. Hubo un tiempo en que su historia y su isla no me importaban, ahora eso había cambiado, y cada cosa que descubría de ellos era más impactante que la anterior. Lo que si estaba claro es que esta mina ya no producía oro.

A medida que avanzábamos me di cuenta de cuatro cosas. La primera; no había rastro de los hombres de Tommy. La segunda; la mujer de blanco no daba señales de estar por aquí; para mí bastante tranquilizador ya que no quería que se cabreara de nuevo y atacara a Adara. La tercera; el peligro no era tan inminente como imaginé. La cuarta y más importante; Berenice no aparecía por ningún lado.

¿Acaso no era esa su costumbre ahora? Aparece. Desaparece. Y eso me enfurecía. No podía lastimar de esa forma a Adara. Tenía que ponerle un alto, aunque eso hiciera que Adara y yo discutiéramos, porque ella sabe que yo no me mordería la lengua en decirle cuatro verdades a Berenice. Sí, le estaré eternamente agradecido por su ayuda, pero no podía tolerar que Adara sufriera solo porque a ella le diera por ser esquiva y fría sin dar ningún motivo.

Dios, por momentos me topaba de morros con la explícita verdad, y me daba cuenta de que, aunque apreciaba a Berenice, no podía dejar de pensar que estaba cabreado con un espíritu.

Y había otra verdad de la que era consciente y eso me tenía en un constante bombardeo de inquietud. La cruda realidad es que no sé cuánto tiempo estaríamos aquí en la isla. ¿Días? ¿Meses? De solo imaginarlo me embargó la preocupación. Mañana Aliza tendría que abrir su tienda temprano. Declan tenía que volver a la iglesia. La gente cuando comenzara a ver —sobre todo las fieles feligresas—, que no aparecía por allí, se armaría una buena. Conociendo a Roundstone, sé que harían un drama sobre su desaparición. Nadie sabe que estábamos aquí atrapados en la isla Williams.

—¿Hacia dónde nos llevará? —la pregunta de Adara me sacó de mis pensamientos.

Observé a los demás que estaban unos pasos por delante de nosotros.

—Confíemos en Berenice. Ella sabe dónde lleva esta mina.

Ella asintió con un suspiro afligido.

—Ojalá supiera que le pasa. Tiene momentos en los que la veo bien, y otros como si no le importáramos.

—No será eso —repuse de inmediato porque no soportaba verla afligida.

—Es lo que siento —me respondió ceñuda mirando adelante.

Pronuncié una palabrota entre dientes al brotarme un inesperado dolor. Retrasé un paso al dolerme la cabeza y la agaché al sentir por un momento como la vista se me nublaba. Fue breve pero intenso. Joder. Apoyé una mano en la pared de tierra maldiciendo en bajo. No podía entender este repentino dolor en la cabeza.

—¡Enzo! —se apresuró Adara en acercarse notando su voz ansiada.

—Todo bien. No es nada —le aseguré con la voz tensa.

Ella se mordisqueó el labio, asustada.

—Ese golpe que te diste fue muy fuerte —el timbre de su voz sonó atemorizado al recordarlo, estremeciéndose—. Deberíamos descansar.

—No —fui terminante.

Y adelanté unos pasos sintiendo su mirada clavada en mi espalda.

—No pasa nada por reconocer que te duele algo —se puso rápida a mi lado y me detuvo del brazo cruzándose nuestras miradas—. No te hará menos hombre.

Deseché esas palabras absurdas que no tenían nada que ver conmigo.

—Adara no es eso —le repliqué en un murmullo.

Maldita sea. Lo último que necesitaba saber Adara era que los dolores de cabeza habían vuelto. Tal vez era algo pasajero, nada por lo que preocuparse y darle importancia. Sé que, si le confesaba que por unos minutos no sentí las piernas, se pondría histérica, lloraría, y se echaría la culpa. No. Eso nunca. Era lo último que quería que ella sintiera.

—¡Hey! —me despistó Declan al verlo aparecer por la esquina y hacernos un gesto de que lo siguiéramos.

Adara y yo nos miramos abrumados. Habían encontrado algo.

Nos apresuramos en seguirlo y me choqué con que todos estaban mirando una puerta marrón

que había al final del túnel. Eso sí que no me lo esperaba. *¿Una puerta?* Eché un vistazo al suelo. Aquí se terminaba el raíl. Tal y como nos dijo Berenice, íbamos por buen camino. Varios me miraron mientras pasaba por una tierra arenosa que sostenía unos puntales que coronaban una viga que reforzaba el techo. Y no tardé en deducir que alguien se había encargado de tirar la pared que resguardaba esa puerta marrón de madera, simple y sencilla. No destacaba en nada.

—¿Qué, entramos? —rompió el silencio Dan.

—¿Por qué esta puerta estaba oculta? —Dave indagó con su mirada de detective como si intentara revelar lo oculto.

—Está claro que la pared la tiró Tommy —dedujo Evelyn.

—Mi Colibrí es muy lista —le aplaudió Dan y ella lo asesinó con la mirada.

—¿Y si hay algo malo detrás de la puerta? —la señaló Aliza con una expresión insegura.

—Sí, la verdad es que no tiene buena pinta —Adara tragó saliva, nerviosa.

—Pues que la abra Uriel que está solo en el mundo, y que se lleve los honores de abrirla —comentó con tranquilidad Dan haciendo un gesto hacia él.

—Qué gran amigo eres —le dijo Uriel con una sonrisa fingida si un atisbo de agradecimiento por su pulla.

Miré la puerta fijamente y decidí abrirla sin más vacilación, pero al dar dos pasos Dave me puso una mano en el hombro y se adelantó a mí.

—Ya lo hago yo —me expresó mirándome y luego se giró hacia su propósito.

Todos nos quedamos resguardados. A la espera. Sentí como alguien me tocaba el hombro y miré por encima de él encontrándome con una de las sonrisas más deliciosas que me bendecía la vida.

—¿Aquí también me proteges con tu cuerpo musculoso de Dios griego? —me susurró.

Medio sonreí. Inconscientemente había dejado detrás de mí a Adara en una posición de defensa y con un cuerpo férreo con el que protegerla, dejando mis manos en sus caderas para mayor protección.

—Vamos, no lo niegues, en el fondo te gusta —me burlé y ella me puso los ojos en blanco refunfuñando, y dejó su mirada inquieta por encima de mi hombro.

Me quedé pendiente de cómo Dave se acercaba a la puerta de madera corroída por la humedad, y llevaba su mano al pomo. Se quedó sosteniendo el pomo, causando una creciente tensión. Y abrió la puerta poco a poco con un estremecedor chirrido que solo dobló más la tensión en el ambiente al repercutir en la mina. Se asomó hasta que entró de golpe como si algo lo hubiera empujado hacerlo, dejando la puerta casi cerrada. En ese momento pasé unos segundos tensos —no fui el único—, sin dejar de mirar la puerta entornada. Desvié la vista hacia Shamus que estaba sentado al lado de Evelyn. Estaba tranquilo, mirando la puerta, pero eso no me ayudaba. Agucé mis oídos intentando escuchar algo, pero no oía absolutamente nada. Sentí como Adara se aferraba más a mí, y mis pulsaciones se aceleraban. Contuve el aliento esperando que la puerta se abriera y apareciera lo que había estado temiendo desde que entramos en la mina abandonada.

Mi corazón comenzó a acelerarse hasta sentirlo tronar en mis oídos.

¿Por qué Dave tardaba tanto? ¿Qué sucedía? ¿Por qué no decía nada?

—¿Dave? —lo llamó Aliza, titubeando.

CAPÍTULO 10

ENZO

Me encontraba preparado para cualquier cosa que saliera de la puerta. Obligué a Adara a retroceder un paso conmigo encadenándome más a ella. Incluso intercambié una mirada con Uriel para que se preparara. El silencio que nos rodeaba se convirtió en uno mucho más tenaz para nuestra cordura.

Finalmente, todo quedó reducido en un susto. Al cabo de un minuto exasperante, Dave abrió la puerta asomándose por ella.

—Despejado —nos anunció a todos.

Cerré los ojos alejando la tensión acumulada en mis músculos y escuché más de un suspiro. Hasta sentí como Adara descansaba su frente en mi espalda.

Ví al resto pasar por la puerta y me detuve al lado de Dave.

—¿Se puede saber por qué tardabas en salir? —le exigí saber en un tono duro.

—Ya sabes mi manía de registrar y ver que está todo en orden. No quiero que nadie salga herido en todo caso de que ahí dentro hubiese algo peligroso —me dio un apretón en el hombro guiñándome un ojo y entró con los demás.

¿Pero tú sí quieres salir herido? Quise remarcarle desconcertado. Nunca habría pensado que Dave fuera tan kamikaze. No podía arriesgar su vida de esa forma y dejar al margen el resto del grupo para hacernos de escudo.

Detrás de la puerta se encontraba algo diferente a la mina. No cuadraba nada con ese lugar. Absolutamente nada. Descolocaba por completo. Mis pasos resonaron en la losa de mármol que aún conservaba milagrosamente algo de brillo, ojeando que las paredes estaban cubiertas de dolomita y que hacían este lugar muy diferente al resto de la mina. Ví como Adara acariciaba la pared sacudiendo la cabeza.

—Hemos pasado de una mina a una sala. No entiendo nada —dijo Adara desconcertada.

Todos lo estábamos. Bajo mis pies crujió algo al pasar por encima y agaché la mirada topándome con un jarrón de porcelana hecho añicos y que difícilmente se podía identificar. Había un montón por el suelo, así como vasijas y trozos de platos de cerámica.

—No hay salida —soltó un suspiro frustrado Aliza, masajeándose los hombros como si estuviera molida.

—Hay una —insistió Dan mirando a su alrededor, inspeccionando muy bien el entorno—. Solo que está oculta. Nadie construye una sala como esta porque sí, a no ser que sea con un fin.

—¿Y tú cómo lo sabes? —quiso saber Evelyn.

—Porque es experto en eso —siguió Uriel.

—Cállate Uriel —le exigió Dan más serio.

—No quiere que sepamos en que trabaja —le señaló Adara con una expresión divertida.

Uriel le mandó una mirada incomprensiva entrecerrando los ojos.

—¿En serio? —parecía realmente asombrado—. Qué rarito eres.

Dan pasó de él paseándose por la sala para investigarla. Lo de guardar recelosamente su trabajo yo tampoco lo entendía. A no ser que fuera... desvié mi mirada a Evelyn que seguía mirándolo curiosa. Sí, por ella. Tal vez Dan cree que ella no lo entendería, y él no soportaría

saber que Evelyn repudiara su trabajo. Aparté un montón de vasijas amontonadas como si alguien lo hubiera hecho a propósito para ocultar algo, encontrándome con una gran brújula en el centro del suelo de la sala; no parecía pintada si no tallada en el mármol.

Dan se fijó en ella con detenimiento poniéndose de cuclillas para tocarla.

El movimiento de una piedra como si alguien la pateara patosamente, logró que me desligara de esa brújula. A la mínima que escuchaba un ruido me ponía en guardia. Ninguno del grupo había sido, todos estaban ayudando a Dan a encontrar la salida. Examiné la sala sin encontrar ninguna piedra. Pero lo que me dio la certeza de que no me lo había imaginado fue Shamus, empezó a gruñir enseñando sus colmillos imponiéndose ferozmente, mirando con fijeza un lugar. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral presintiendo algo malo.

Mis sentidos se desplegaron y me giré hacia el ruido. Y lo vi tan claro como el agua. Una sombra se cernía en la rendija de la puerta opacando la luz que procedía de la mina. Era la silueta de un hombre.

Me tensé apretando los puños.

—Joder —maldije.

Y no me lo pensé dos veces abalanzándome hacia la puerta. Tomé el picaporte abriéndola bruscamente con la respiración acelerada al mismo tiempo que Shamus ladraba. Llegué tarde. Un hombre se alejaba corriendo hacia la salida del túnel de la mina tras haberse percatado de que lo había pillado. *Mierda. Mierda. Yjoder.* No hacía falta sumar dos más dos para saber quién era.

—¿Qué ocurre? —habló a mis espaldas Adara con un tono preocupado, sujetando a Shamus.

Entré en la sala cerrando la puerta, teniendo la mirada de todos sobre mí y viendo como Shamus olfateaba erizado por debajo de la puerta.

—Había un hombre espiando en la puerta —se sobresaltaron quebrándose en un silencio inquietante—. Será uno de los hombres de Tommy...

No hacía falta que terminara. Ese hombre iba a informar a Tommy. Era cuestión de tiempo que se presentara aquí con todos sus hombres. Estábamos atrapados. Encerrados aquí como ratones.

Una breve y crucial mirada con Dan lo puso en marcha.

—Fijaros en las cuatro columnas —las señaló Dan con rapidez.

Me fijé en ellas y los demás hicieron lo mismo. Estaban ubicadas en cada esquina de la sala. No parecían destacar en nada salvo en un disco central en el que se veía claramente que marcaban los cuatro puntos cardinales.

—Deben de estar conectadas con la brújula del suelo —se movió de un lado para otro siguiendo su instinto—. Una columna parece estar bien, creo. ¿Por qué el norte? —la acarició pensativo y se movió rápidamente a la que ponía sur—. Pero hay tres que no lo indican. Y en el centro de la brújula está dibujada la estrella polar. ¡Claro! —chasqueó los dedos al mirar la brújula del suelo y nos hizo una señal a mí y a Dave de que nos pusiéramos en las dos columnas restantes. Lo miramos a su señal—. Son giratorios. Rotar el disco del centro de la columna hasta que ponga norte.

El disco estaba duro, como atascado, y empleé toda mi fuerza sintiendo como la piel de las palmas se me raspaba por la dureza de la columna, pasando por el sur y el este. Hasta que la encajé en el punto cardinal; Norte. Observando al mismo tiempo como Dave y Dan hacían lo mismo que yo. De pronto, la brújula del centro se iluminó con un resplandeciente dorado —por un efímero segundo— alumbrando con intensidad la sala, y tras apagarse, se oyó un estruendo en la pared del fondo viendo cómo se movía hacia arriba, abriéndose hacia un acceso secreto.

—¡Eres un genio, Dan! —le felicitó Aliza.

Sonreí.

—Cabronazo con cerebro —Uriel le dio unas palmaditas en la espalda todo sonriente.

Quise también acercarme para felicitarlo como el resto, pero me paré, al darme cuenta de que él y yo no estábamos tan bien como antes y suspiré resignado. Él siempre había tenido un instinto *natural* para descifrar cualquier enigma o secreto. Como si hubiera nacido para esas cosas raras. Aunque eso de que lo alabaran lo llevaba mal. Pero eso siempre le había pasado; desde pequeño. Asomaba una sonrisa avergonzada con la cabeza agachada, frotándose la nuca con nervio.

—¿Cómo lo sabías? —Evelyn no podía ocultar su fascinación.

Dan le dirigió una mirada bribona.

—Rubia, ese secreto me lo llevaré a la tumba.

Lejos de enfadarse, la propia Evelyn se acercó a él logrando que se quedara sin aire.

—Algún día te lo sacaré. Créeme que lo haré —le habló muy coqueta y se puso de puntillas y le susurró algo en el oído que no estuvo al alcance de ninguno. Adara me mandó una mirada pícaro porque tal vez intuía que le estaba diciendo en el oído.

Dan soltó aire parpadeando repetidas veces cuando Evelyn se dio la vuelta rebosando una sonrisa traviesa y se alejó, y él se frotó la cara para despejarse. Aguanté reír. Así que Dan se volvía vulnerable con su acercamiento. Así empezábamos todos. ¿O fue lo que le susurró en el oído que lo dejó así de alterado?

Teníamos que poner pies en polvorosa.

—Vamos —les dije a todos.

La opción era seguir o enfrentarnos con el escuadrón de Tommy. Y lo segundo era un suicidio sin estar armados. Había un trecho de ese pasillo que estaba oscuro, pero al fondo, se apreciaba una luz azulada que resplandecía en las paredes. Lo atravesamos llegando a esa luz que refulgía y que iluminaba el lugar. Aquí ya no existía la luz eléctrica. Y esa luz no venía de ninguna lámpara, sino de las propias paredes. Todas estaban cubiertas de *fluorita* con un brillo que resultaba fascinante.

Las chicas jadearon seducidas por lo que veían.

—Fluorita azul. Nunca antes vi un brillo igual —las toqué atraído por su luz.

—¿Por qué brillarán de esta forma? —preguntó confuso Uriel.

—¡Qué hermoso! —exclamó Evelyn.

—No te fies de lo hermoso —le habló Dan a su lado mirando las paredes—. Por lo general es lo más peligroso.

Ella lo miró ceñuda.

—¿Qué puede hacerme una pared?

—Te sorprendería —le respondió él desconfiado.

La fluorita tenía una variedad de colores pasando por el violeta, el amarillo o el rojo. Pero esta fluorita estaba cubierta de un azul cristalino demasiado extraño. Había decenas de formaciones en las paredes.

—Fluorita... —expresó Adara en un susurro como si le resultara conocido.

—¡Eh, chicos!

Yo y el resto giramos la cabeza al oír la voz de Declan cargada de sorpresa. Permanecí petrificado ese segundo que lo miré. *¡Pero qué demonios!* Y me apresuré en acercarme viéndolo perplejo. Pero no tuve tiempo de mirarlo más detenidamente. Un grito ahogado me despertó de esa belleza misteriosa y me volteé.

Me alarmó que Adara lo mirara horrorizada sacudiendo la cabeza. Su rostro lo cubría una

tibia blancura y sus ojos se empañaron de lágrimas. Se llevó las manos al cuello sacudiéndose su pecho. Caminó hacia atrás, trabándose sus piernas temblorosas. Empezó a tocarse el cuello llegando a la nuca y gritó horrorizada.

Y fue en esa fina línea temporal que comprendí el terror que la estaba consumiendo hasta devorar su intacta cordura. Maldición. La puerta. *¡Era la puerta!*

—No. Otra vez no —balbuceó con la voz débil.

Y salió disparada de esta estancia sin poder haber ni siquiera reaccionado para detenerla.

—¡¡Adara!! —mi grito fue el que más resonó.

Fui detrás de ella, pero me detuve un instante para contener a los demás.

—Dejádmelo a mí. No moveros de aquí —les grité al ver que Dan retenía a una preocupada Evelyn.

—¡Shamus! —lo tomó a tiempo Aliza al sentir su aullido al verme muerto de los nervios persiguiendo a Adara.

Corrí, latiéndome el corazón a mil por hora. Desesperado. Agónico. Llegué a la sala de la brújula saliendo como un torbellino hacia la mina siguiendo los raíles. *No la veo. No la veo.* Me grité. Y sentí cada latigazo de desesperación en la espalda.

Llegué a un cruce de túneles deteniéndome un segundo.

—¡Adara! —mi bramido se hizo eco.

Joder. Tomé la determinación de ir por uno rezando fervientemente encontrarla antes de que Tommy y su escuadrón llegaran. Pensar en ellos y en las terribles consecuencias consiguió desestabilizarme. Un pitido me taladró la cabeza, amoldándose en un estridente chirrido. Gruñí apretando la boca, y me obligó cruelmente a detenerme al sentir como si me estuvieran comprimiendo la cabeza. Apoyé las manos en las rodillas cerrando los ojos. Tuve la sensación de que me iba a estallar la cabeza al intensificarse unos largos y agónicos segundos más. No pensaba dejarme vencer por ese dolor. Tomando el dolor desde mis entrañas, alcé la cabeza abriendo los ojos que me escocían por el dolor, para seguir buscando a Adara.

—¡Adara! —mi voz graznó desesperada por ese túnel.

Temía lo peor. Lo primero que pasó por mi mente fue que Tommy la encontró corriendo despavorida y ahora la tenía en su poder. En mi interior se hizo una explosión de un infierno de rabia. Le arrancaré la cabeza si le ha puesto un dedo encima. Me dejé los ojos, el aliento, las piernas, el alma en buscarla, y todo ello arrastrando un dolor que azotaba mi cuerpo.

Aunque el túnel estuviera abarrotado de luz, sobre mí se cernía una oscuridad que de nuevo me daba la *bienvenida* con una sonrisa maliciosa y perversa. Esa oscuridad sabe que se alimentará de toda la luz que en este poco tiempo pude albergar en mi corazón gracias a la única mujer que logró sacarme a la superficie.

Un sollozo quebrado me rodeó llegando a mis oídos. Y de pronto, esa oscuridad que intentó absorberme, desapareció, gritando en su agonía. Sentí que volvía a respirar. La vi. Al final de un túnel sin salida y sin rail. Estaba de rodillas con el cuerpo encorvado, abrazándose a la vez que se mecía.

Se me cayó el alma a los pies.

—¡Adara!

Corrí hacia ella y aplasté mis rodillas con furor contra el suelo sin importarme el daño al ser tan vehemente, y la giré hacia mí con la respiración acelerada. Quería gritarle, reprenderle, sacudirla de los hombros hasta hacerle aprender que no podía darme este tipo de sustos que pueden llegar a matarme.

—¿Por qué lo has hecho?! ¡Eh! —mis manos temblaban sobre sus hombros con el rostro aún desencajado—. ¡No puedes distanciarte así de mí!

—Lo siento —balbuceó con los hombros sacudiéndose. Me bastó levantar su mentón para desquebrajar mi inflexibilidad. Ver su rostro desencajado, lleno de dolor y como un animal herido, consiguió detener mi corazón ese instante—. No puedo. No puedo estar allí. Lo siento.

Por un momento lo había olvidado. ¡La puerta! La famosa puerta a la que Tommy la llevaba y ella sufría un dolor inimaginable.

La atraje hacia mis brazos con una anhelante necesidad, abrazándola con fuerza, hundiendo mi boca en su pelo mientras se lo acariciaba con una mano. Ella se aferró más a mí como si yo fuera lo que más necesitaba. Era lo que más necesitaba. Ella siempre me lo había dicho. Y esas palabras siempre me han hecho sentir vivo, llegando a acariciar mi corazón de una forma que solo ella sabe hacerlo. La refugié más en mis brazos acunándola. Quería calmar a mi mujer, tomarme mi tiempo en ahuyentar su miedo, decirle que estaba allí con ella, que siempre lo estaré. Pero por culpa de Tommy ese tiempo lo tenía que emplear en huir.

—Es la puerta —musitó acongojada contra mi pecho.

—Lo sé. Lo vi en tu expresión antes de que salieras corriendo.

—No pude pensar, solo quería correr... esa puerta... no sé... —quiso explicarlo, pero las palabras no le salieron al quebrarse su voz—. ¿Estoy conectada a esa puerta? ¿Es eso? Porque inexplicablemente emerge un dolor en mi marca que me quema. No quiero volver.

—No vas a volver —le contesté en voz baja intentando que sus temblores cesaran.

La sola idea de verla agonizando delante de esa puerta me retorció las entrañas. Y prefería mil veces pasar yo ese dolor antes de que ella recibiera un solo gramo flagelante.

—Pero necesitamos seguir —apoyó sus manos en mi pecho echando la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos, y enjugué las lágrimas que caían por sus mejillas con suavidad—. Volver ya no es seguro. Tenemos que abrir esa puerta antes de que Tommy venga.

—Yo la abriré —le informé quitándole los mechones que se le habían pegado en su frente por culpa del sudor—. Tú te mantendrás al margen.

—Tommy aseguraba que yo podía abrirla —dejó la mirada perdida al recordarlo—. Él tenía la teoría de que la abriría.

—¿Por qué tú? —insistí con una mueca, turbado—. A lo mejor se equivocó.

Ella se encogió de hombros sin saber la respuesta.

El pitido fustigador insoportable que sentí en mis oídos se había esfumado, y con él el dolor, gracias a Dios. El tiempo no jugaba a nuestro favor. Estaba en contra. Tal vez no tendríamos más de diez minutos para abrir esa dichosa puerta, y no pensaba desperdiciar ni un segundo más. Apretando los dientes al sentir la sensación de que volvía el dolor de cabeza, me puse de pie y entrelacé mis dedos con los suyos para auparla, marchándonos de ese túnel y volviendo con el resto del grupo.

Sus ojos oscilaron lejos y luego volvió a mirarme con más profundidad. Adara me acarició la cara con el ceño fruncido y una alertadora expresión.

—Estás muy pálido —noté en su voz lo mal que se sentía.

Intenta convencerla que no es más grave de lo que parece. Qué no sospeche lo que te ocurrió antes. Pensé en mi fuero interno.

—¿Quién me ha hecho correr como un poseso sintiendo que el mundo se cernía sobre mí? —no pude expresarme de otra manera que siendo irónico adornando mis labios una sonrisa pícara.

Hizo una mueca, cabizbaja.

—Lo siento —murmuró.

Sacudí la cabeza.

—Tenías tus motivos —besé el dorso de su mano mientras caminábamos de regreso—. Pero hazme un favor, la próxima vez que quieras correr —me miró con los ojos vidriosos, esperando—. Toma mi mano y arrástrame contigo. Si quieres caer. Yo caeré contigo.

Su sonrisa se hizo más amplia y apoyó su cabeza en mi hombro no sin antes darme un beso sobre él, y enlazó sus brazos entorno a mi cintura. En parte le mentí. Sé que un tanto por ciento —no estaba seguro si era uno muy elevado o bajo— se debía a mi mal estado físico mientras la buscaba. Ese dolor... aparté rápido esa sensación alejándola en las profundidades de mi mente.

Crucé la puerta de madera cerrándola y conduje a Adara sobre una de las paredes apoyando su espalda sobre ella.

—¿Estás bien? —le acaricié el rostro mirándola con profundidad.

—Sí —ella sonrió.

—Te quedarás aquí —dije cauteloso, siendo una orden, echando un vistazo al acceso que iba a la puerta que afectaba a Adara—. Pero necesito que alguien se quede contigo y que otro vigile la puerta por si oye algo.

No me dio tiempo a dar dos pasos para llamarlos. La silueta de una mujer emergió delante de nosotros cayendo desplomada en el suelo como si estuviera agotada. Su entrecortada respiración así lo dictaba.

—¡Berenice! —exclamamos los dos a la vez.

En sus labios bailó una sonrisa que parecía más que sincera con la cabeza agachada, apoyando una mano en la losa.

—¿Qué os sorprende más? —dijo con la voz entrecortada—. ¿Lo fatigada que me encuentro o que sea yo otra vez?

Qué ella usara el sarcasmo no era muy propio de su carácter.

—Ambas cosas —soné irónico.

Ella me entrecerró los ojos sin rastro de humor.

—¿Te ocurre algo? —Adara hizo el amago de ayudarla, pero se retiró hacia atrás al recordar lo distante que había sido Berenice, y mohína se quedó en la pared.

—No es nada. Ya sabes. Me debilito si cojo objetos.

Apenas fui consciente que una de sus manos aferraba contra su pecho una mochila marrón. Me quedé mirándola, vacilante.

—¿Qué hay dentro? —le pregunté.

—Algo muy útil para todos vosotros —la soltó contra el suelo respirando mal—. Solo necesito unos minutos para recuperarme —se apartó hasta una esquina de la sala quedándose de rodillas.

Vi en la expresión de mi mujer cuanto deseaba acercarse y ayudarla. Y sé cuánto se reprimía, al ver como apretaba los puños y apartaba su rostro angustioso para no mirarla más. No podíamos hacer nada por Berenice, solo mirar, y sé el conflicto interno que arrullaba en tu interior de solo ver lo débil que se veía ella.

—La cabreaste —mencionó.

Vi que Berenice miraba a Adara con una sonrisa triunfadora.

—¿Perdón? —dijo Adara desorientada.

—A ella. La cabreaste —sus ojos marrones brillaron emocionados por la valentía de Adara—. No por llamarla espectro, espíritu o deidad, sino demonio. Eso no le gustó nada.

—¿Y por eso tenía que atacarla? —salté a la defensiva con brusquedad.

Berenice suspiró.

—Ella sabía que tú la protegerías —agregó en un tono más seco hacia mí y desvió su atención en Adara—. Me dijo que te advirtiera que no volvieras a sugerir que era un demonio. Por tu bien y los tuyos. Aunque también mencionó que te dejó una nota, y que gracias a ti las provisiones escasean.

No nos equivocamos. Fue la mujer de blanco quien se llevó la mochila. Adara agachó la cabeza con remordimientos y eso era lo último que quería que sintiera. Ella no tenía la culpa de nada.

—Qué le den a la mujer de blanco —espeté con irritación entre dientes.

El tintineo de una risa dulce me dejó paralizado, pero no solo a mí, al oírla con tanta naturalidad. Procedía de Berenice. ¿Cuándo la habíamos oído reír tan claramente?

—Tymora.

—¿Qué? —saltamos Adara y yo sin entenderla.

Arqueó una ceja sin dejar de sonreír, a pesar de que su rostro lo cubriera la sombra de la muerte.

—Ella, la mujer de blanco, se llama Tymora.

Apreté la boca con una expresión endurecida. Así que esa dichosa mujer de blanco se llamaba «Tymora». Mis ojos viajaron de Berenice a la mochila. Si Tymora nos había quitado las provisiones, ¿por qué Berenice nos traía más? ¿Por qué desafiaba a Tymora? ¿Por qué ahora?

—¿Por qué ahora nos hablas de ella? —quiso saber Adara, estupefacta.

—Supongo que tengo que dejar de temerle. Yo ya estoy muerta —repuso sin ninguna esperanza, mirando el suelo con los ojos apagados—. Y dentro de muy poco estaré muerta de verdad.

No me pasó desapercibido que hablara de esa forma, como si sus esperanzas de verse viva estuvieran marchitas, y por como Adara la miraba, también se sentía como yo. Ella abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar al escuchar pasos apresurados. Y unos instantes después, Aliza y Eve aparecieron por la sala ahogando una exclamación de sorpresa.

—¡Adara!

—Menudo susto nos has dado —le reclamó Evelyn.

Me aparté para dejar que la abrazaran y le dieran su cariño, que necesitaba ahora más que nunca. Unos segundos después, vi a los demás aparecer en la sala dirigiéndose hacia Adara, que explicaba por qué había huido de esa forma, viendo como Shamus le lamía la cara y ella le reía.

—¿Qué le pasa? —me preguntó Dave quedándose a mi lado, haciendo un gesto seco hacia Berenice.

Seguía de rodillas con la cabeza agachada y un aspecto de lo más amargo, y apostaba mi fortuna que su temor a levantar la vista era porque sabía de la presencia de Dave. ¿Por qué le temía tanto?

—Solo necesita un respiro —él hizo un amago de ir y lo tomé del brazo negándoselo en un gesto serio de advertencia—. No te acerques a ella. No de momento.

Nos miramos a los ojos y lo aceptó a regañadientes siseando entre dientes, y se fue hacia Adara abrigado por la molestia de no poder acercarse a Berenice.

Adara estaba arropada, protegida. Y si estaban todos con ella, mejor para mi tranquilidad. Con una mirada sobre mi chica, me deslicé por el corto trecho llegando a la sala con las paredes cubiertas de la fluorita azul. Este lugar no destacaría en nada salvo por las paredes azuladas de

fluorita que brillaban con intensidad, pero no eran ellas las que te dejaban sin aliento. Caminé unos pasos deteniéndome frente a mi objetivo. Esa colosal puerta de piedra debía de tener una altura de cuatro o cinco metros. Lo suficiente para echar tu cabeza lo máximo hacia atrás y visualizarla mejor. Intimidaba, de eso no cabía duda. Era una puerta que destacaba, que creaba fascinación con verla. Pero lo que más sobresalía de todo era el gran árbol tallado en la parte superior de la puerta, con sus abundantes raíces que caían en cascada, y brillaba de un azul intenso. Como la fluorita de las paredes. Encima del árbol habían esculpidas unas palabras en irlandés: Cramn Na Beatha.

«Árbol de la vida».

En el centro parece haber varios engranajes, como si fuera el interior de un reloj. Todo mecanizado y bien posicionado. La puerta parecía mística, antigua, ancestral. Qué se escapaba de la lógica humana. ¿Cómo esta puerta podía dañar a Adara?

Llevé una mano a la piedra de la puerta y la rocé con las yemas de los dedos.

Fruñí el ceño.

La sensación que noté bajo las yemas fue intensa, tanto que retiré la mano echando un paso atrás. No sentí dolor, pero sí una gran energía que despedía la puerta. Era una pequeña molestia, nada grave. Y nada que difícilmente no fuera a soportar. Pero de solo imaginar que Adara sufría un mal mayor que una simple molestia, la rabia hervía a fuego lento en mis venas. La miré con el rostro endurecido. Tenía ganas de hacerla pedazos, por haber hecho sufrir a mi mujer. Sé que estaría locamente destrozando solo una mísera piedra, pero verla destruida calmaría algo el río de lava que violentamente seguía sintiendo desde el secuestro de Adara.

—Rara, ¿verdad? Aun después de décadas de observarla sigue intimidándome.

Giré la cabeza encontrándome a Berenice a mi lado, mirándola como yo.

—¿Debemos entrar? —quise saber sin vacilación.

Ella solo asintió sin dejar de mirarla.

—Sea lo que sea no es humano —habló otra voz.

Giré mi cabeza al otro lado mirando a un escéptico Dave.

—Tengo que encontrar la manera de abrirla—añadí dispuesto a conseguirlo.

Un jadeo alarmado logró que me girara porque lo reconocí al instante. La sangre se me congeló. Me alteré al ver a Adara entrando en este lugar, mirando agarrotada la puerta. Y me dirigí hacia ella velozmente tapándole la visión de la puerta.

—¡No puedes estar aquí! —la tomé del brazo con suavidad, pero con precisión para llevarla de nuevo a la sala de la brújula, mirando enojado el trecho. ¿Por qué demonios la habían dejado venir?

—No, espera —se sacudió con brusquedad y se zafó de mi agarre pasándome por la izquierda para escapar.

—¡Adara! —le exigí con una voz ronca.

Ella me miró con una determinación que me dejó paralizado y negó con la cabeza como si se sintiera incrédula y desorientada. ¿Qué le ocurría? El pulso y el corazón se me aceleraron sintiendo como mi cuerpo se tensaba, esperando oírla gritar de dolor. Y por Dios, yo no quería que ella sufriera ni un miligramo. ¿En que estaba pensando cuando se le ocurrió la fatal idea de venir? Mis ojos miraron su cara una y otra vez, examinándola, notando el sudor frío recorriendo mi piel. Maldita sea su terquedad, si veía algún indicio de dolor surcando su rostro la cogeré en brazos rápidamente y me la llevaré de aquí, y esta vez sí le cantaré las cuarenta por desobedecerme. Pasó por mi lado con un paso calmado sin ver alteraciones en su expresión,

mirando pasmada la puerta.

—No siento nada —susurró trastocada.

No toda la tensión abandonó mi cuerpo.

—¿Qué? —me puse a su lado.

Dirigió su mirada azul hacia mis ojos sin comprenderlo.

—No me duele la marca, Enzo. No la siento arder —remarcó tocándosela abrumada por lo que ocurría—. Estoy delante de la puerta y no siento nada. Es como si algo lo estuviera bloqueando.

—¿Y qué puede ser? —quiso saber Dave más cerca de la puerta.

—Pero tú me dijiste...

—Lo sé —me dijo llena de ansiedad y tartamudeando—. No sé lo que pasa. Lo sentí antes de salir corriendo, que algo bloqueaba el dolor, creía que me lo había imaginado... y locamente quise comprobarlo.

Se quedó tranquila un momento al ver que podía moverse por la sala. Inspiré hondo para tratar de calmarme. Y mandé una mirada cruda a la puerta. ¿Qué bloqueaba el dolor de Adara?

—Chicos —Berenice nos llamó a mí y a Adara dejando su vista clavada en el suelo con un rostro alarmante—. Están cerca. Daos prisa.

Joder! Me tensé. Tommy y los suyos.

—¿Como la abriste tú? —le pregunté apresurado a Berenice.

—No la abrí —sacudió la cabeza posando una mano en su frente como si lo recordara—. La primera vez que vine aquí la puerta estaba abierta.

—Qué casualidad —repuso Dave sarcásticamente.

Y ella lo miró entrecerrando los ojos.

Me devané los sesos en mirar la puerta para buscar la pista que me llevara a abrirla, me moví de un lado para otro hasta que algo captó mi atención. Una cerradura debajo de los engranajes, que estaba en un hueco ahondado.

—Aquí hay una cerradura —la indiqué con un dedo.

Adara, Dave y Berenice se acercaron con rapidez.

—Yo no veo nada.

Me quedé mirando anonadado a Adara.

—Yo tampoco —aseguró Dave.

La incredulidad me asaltó al ver que Berenice también me lo negaba en un gesto. ¿En serio? ¿Ninguno la veía?

—Está ahí —la señalé con énfasis y al momento la toqué por encima para ver si era real. Joder, lo era.

—¿Por qué la ves tú? —me preguntó Adara.

Repasé una mano por mi pelo, alterado. Ni yo mismo sabía la respuesta. ¿Es que acaso yo ahora me estaba volviendo loco? Tal vez aferrándome a la lógica, la cerradura tenía un sistema de ocultación. ¿Pero entonces por qué yo la veía tan claramente? Esto me estaba trastornando de una manera que pasaba los límites de la realidad.

—Parece la cerradura de una llave —susurré con la mirada perdida.

¿Llave? Repetí en mi interior.

Sacudí la cabeza, aturdido. Esto no podía ser verdad. Parecía demasiado fácil. Metí la mano en el bolsillo tomando la llave rara que encontré oculta en la puerta del despacho de Leonard. Y la que casualmente Tymora solo me dejó después de llevarse la mochila. ¿O no fue casualidad? El

diario de mi bisabuelo se deslizó de mi bolsillo hacia el suelo, y lo recogí de inmediato buscando información sobre la puerta. Y choqué con algo que me hizo entender más la situación.

He tardado en comprenderlo. Nunca lo entendí. La conexión que teníamos. He tardado en comprender que solo yo y Leonard podemos abrir la puerta al interior de la isla. Es sencillo. Solo yo veo la cerradura, así que tengo que introducir la llave, luego aparecerán esas palabras, y Leonard pasará la prueba. Espero que nunca leguemos lo que somos. Si no significará que el ciclo con la isla nunca tendrá fin.

Me quedé unos segundos mirando a la nada. ¿Qué significaba esto? ¿Qué nuestros bisabuelos nos habían legado la extraña conexión que tenían con la puerta? Eso me abrumó. Miré a Adara que esperaba ansiosa que dijera algo.

—Solo tú y yo podemos abrir la puerta —le anuncié con firmeza.

—¿Qué? —y leyó lo que puso mi bisabuelo con los ojos como platos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Dave y le mandó una mirada fría a Berenice—. Seguro que tú sabes algo de esto.

No obstante, Berenice no respondió mirando a otro lado. Si Tymora la había mandado a callar no podíamos obligarla a decirnos nada. Sé que se arriesgaba mucho en ayudarnos, y no quería tentar la suerte y que se quedara sin energía. Era la clase de error que teníamos que evitar. Si Berenice estaba dispuesta a decirnos algo sería seguramente por voluntad de Tymora.

No cabe duda de que esto era un rompecabezas.

Inhalé con profundidad e introduje la llave en esa extraña cerradura, y la solté dejándola encajada al sentir un fuerte zumbido detrás de la puerta. Adara y Berenice se quedaron sin aliento mientras Dave miraba la supuesta cerradura invisible más atónito que nunca.

—Madre santa. ¡Ahora si la vemos! —dijo Adara jadeante.

—Como por arte de magia —continuó fascinada Berenice.

Me quedé a cuadros escuchándolas. Esto no tenía sentido. Pero no quise enredarme en una conversación banal de cómo era posible que ahora vean la cerradura. Estaba concentrado. El tiempo se nos agotaba. Y no me detuve. Tomé la llave de nuevo e intenté darle una vuelta hacia la derecha, al ver que no se movía lo hice hacia la izquierda.

—Nada —insistí tres veces más y resoplé irritado—. No se mueve.

—Eh mirad —señaló Berenice por encima de nuestras cabezas. Echando un paso hacia atrás vi que en el tronco del árbol aparecían unas palabras que relucieron con una resplandeciente luz blanca.

Prueba tu valía como guardián y la puerta sellada se abrirá. Deja que se sacrifique lo más sagrado que tienes en tu vida.

El corazón se me disparó. ¿Lo más sagrado?

—Eso es tan siniestro —dijo Berenice con un estremecimiento.

—¿Tú eres el guardián? —me señaló Dave, perdido.

Adara y yo no parábamos de mirarnos como si hubiéramos entendido esas misteriosas palabras gracias a lo que escribió mi bisabuelo en su diario.

—Debo sacrificarme —susurró con la voz ahogada.

La sangre se me heló. No estaba preparado para oír esas abominables palabras que amenazaban con destruir mi mundo. Fue como sentir un puñetazo en la boca del estómago, y luego otro, y otro y otro más, y el aire abandonaba mis pulmones de forma deliberada hasta que me daba cuenta de que el dolor se transformaba en uno oscuro y sanguinario que quería acabar con mi vida.

La oscuridad acechaba, depredadora, y quería de nuevo apoderarse de mí. De un miedo atroz pasé a una rabia incontrolable.

—¡Antes muerto! —expresé ferozmente.

Ella dio un brinco al verme iracundo y me señaló la puerta impaciente y malhumorada.

—No se abrirá la puerta, Enzo.

La miraba con estupor y el corazón galopando frenético. *¡Cómo siquiera podía pensarlo!*

—Por Dios. ¡¿Qué crees que me pide?! ¿Qué te sacrifique? —la propia idea logró retorcerme hasta palidecer—. ¿Una especie de matanza? ¡Pero qué demonios está ocurriendo aquí! ¡¿Qué mente retorcida ha escrito eso!! —vociferé harto de esto.

—Enzo, cálmate —me pidió Dave con un gesto.

—Sí, tu corazón está descontrolado —me expresó Berenice.

Cerré fuertemente los dientes y traté de recomponerme, algo que veía difícil pues ahora no estaba nada calmado y me sentía como un Mac tíre descontrolado y cegado por la furia. Amenazaban con arrebatarme a Adara. ¡Cómo demonios querían que me calmara! Ni siquiera mi bisabuelo explicaba si Leonard moría al pasar la prueba.

—Escúchame —intenté dominarme mirando a Adara—. No pienso hacer nada, antes dejaría que me torturaran, quemarme vivo, que me dispararan mil veces. Incluso prefiero volver y enfrentarme a Tommy antes de... —gruñí con ferocidad—. ¡Es que ni siquiera puedo decirlo!

Me importaba una mierda eso de la valía. ¿Cómo sabía la puerta que ella era lo más sagrado en mi vida? No pensaba sacrificar a Adara. Retorcí la boca al sentir un dolor visceral y encorvé mi cuerpo de solo pensarlo. Adara negó con la cabeza incrédula a creer que fuera un sacrificio humano, y recorrió la puerta con la mirada como si buscara la respuesta. Se fijó en algo que yo no veía.

—No tiene por qué significar la muerte —intentó mantener una voz firme y clara—. Si no aceptar el hecho de creer que podré sacrificarme si es lo que debo hacer.

Sus ojos se conectaron con los míos ese segundo, como si intentara decirme que confiara en ella.

Llevó su mano a una zona de la puerta, y fue en ese momento decisivo cuando vi algo afilado y puntiagudo que se deslizó hacia arriba para tocar la mano de Adara.

—¡No! —grité con un nudo en la garganta, lanzándome sobre ella para evitarlo.

Pero fue tarde. Ese punzón afilado atravesó la carne de la palma y Adara gimió apartando el rostro ante el dolor. Llegando a su lado y con el corazón en la boca, aparté su mano, mirando la palma de su mano donde brotaba la sangre.

El aire abandonó mis pulmones. Joder. Joder. Joder. ¡Sangraba!

—Enzo —me llamó Adara mirando la puerta más calmada que yo. Seguí su mirada observando como un hilo de sangre recorría un cañón que tenía la forma de una raíz, y llegaba hasta la llave rellenándola de su sangre. Miré impactado a Adara, y ella asintió con la cabeza esperando que reaccionara para el siguiente paso. Sin soltarla de la muñeca, me moví hacia la llave con el cuerpo entumecido y logré girarla hacia la derecha.

El atronador sonido de los engranajes de la puerta hizo que Dave y yo diéramos un paso atrás al ver que la puerta se estaba poniendo en funcionamiento. Berenice ni siquiera se inmutó, mirándola. Y rodeé la cintura de Adara con mi brazo poniéndola a mi lado al ver que se había quedado paralizada.

—Estábamos en la sala de la brújula cuando de pronto se estaba cerrando la pared secreta —nos anunció Evelyn sofocada entrando con Dandelion, Uriel, Aliza, Declan y Shamus.

—Por poco no llegamos —siguió Declan—. También escuchamos...

Se quedó callado dejando su mirada alucinada ante la impresionante puerta en la que se movían los engranajes. Uno tras otro, como si no pararan de abrir cerrojos por el ensordecedor ruido que hacían. Y de pronto, se produjo un silencio sobrecogedor en el entorno que logró ponerme los pelos de punta. Tragué saliva con verdadera dificultad, esperando, con el corazón latiéndome con fuerza, sujetando con más firmeza a Adara. La sala tembló por el fuerte ruido que se produjo a continuación cayendo arenilla del techo, y vi como la puerta se deslizaba hacia arriba, abriéndonos paso a algo que jamás imaginé.

Mi primera reacción fue quedarme petrificado, dejando mis ojos clavados en ese lugar sin poder reaccionar. No fui el único que se quedó así. La delicada mano de Adara atrapó la mía sintiendo como le temblaba, sin apartar su mirada de lo que veía.

—A esto se referían mi padre y Horace —nos anunció Berenice delante mirándonos, y sé que Dave estaba atento porque también era el único que la veía y la escuchaba—. Esto es más allá de la mansión.

CAPÍTULO 11

ADARA

La puerta desvelaba algo mucho más que los bosques que dejamos atrás.

Enzo y yo fuimos los primeros en entrar. Más que asombrados, nos encontrábamos en un estado de deslumbramiento. Mi cabeza iba de un lado para otro guardando en mi retina todo lo que visualizaba a su paso, tomando hasta el más mínimo detalle.

Permanecí conmocionada, desconcertada, intimidada, y con la más absoluta fascinación que cubría de una belleza paradisíaca esta parte de la isla.

El verde en todas sus gamas reinaba en el lugar. Un bioma inconfundible con vegetación tropical muy densa abarcaba desde la puerta hasta donde llegaban mis ojos. Ahora entiendo por qué esta parte estaba oculta tras esa rara puerta mágica.

El cielo era imposible de ver salvo por unos rayos de sol que penetraban entre algunas aberturas de la salvaje vegetación. El calor y la humedad en el ambiente se advertía con mayor intensidad ya que lo notaba en mi piel. Y el entorno rugía con fuerza. Se me aceleró el pulso al reparar más en ese sonido. Estaba completamente vivo. Pájaros. Insectos. Animales. Era como si nos gritaran, y eso solo conseguía que los latidos de mi corazón se triplicaran. Enormes cantidades de flores tropicales de inmensos e idílicos colores se mezclaban con el moho y el musgo que cubría la tierra. La flora y la fauna reinaban en este *misterioso* lugar. Ninguno de los presentes abrió la boca para hablar, aún nadie podía hacerlo.

Descubrir esta selva en la isla Williams no era lo que más resultaba fascinante y desconcertante al mismo tiempo. No, eso solo cubría una parte.

Lo que tenía delante de mí era un corredor de escaleras de piedra de un tono blanco que se había desdibujado a un grisáceo. Ruinas antiguas. Solo veía estructuras en ruinas. Algunas tenían forma de arcos y otras como si en otro tiempo hubiesen sido edificios de una planta y ahora eran solo un cascarón vacío y solitario que había sido engullido por la naturaleza salvaje. En algunas ruinas se encontraban esculpidos varios símbolos; reconocí el trisquel y la cruz celta.

Subiendo el corredor de escalones encontré una estatua situada en el centro, apenas reparé en ella al fijarme en el pasillo ubicado detrás tallado en piedra que se deslizaba hacia las profundidades de la selva. Había una larga fila de estatuas en ambos lados del pasillo. Figuras de mármol que parecían ser mujeres en una posición que ponía los pelos de punta. Estaban de rodillas con sus manos unidas en vertical y con los pulgares tocando la nariz, ocultando de esa forma más sus rostros. Todas tenían la misma postura, ninguna era la nota de la discordia. Dios, era espeluznante, pero tenían algo, esa postura de reverencia y sumisión como si oraran era cautivador, no podía dejar de mirarlas.

—Una selva —me quedé pensando en ello—. ¿La isla Williams tiene una selva con ruinas antiguas?

—No que yo sepa —me respondió Enzo sin dejar de mirar los alrededores sin sentirse demasiado confiado al ser territorio desconocido.

—Esperad —Uriel sacudió una mano como pensativo—. Cuando sobrevolé la isla en mi helicóptero y vi el muro no vi esto desde arriba, es decir, vi algunos bosques y muchas rocas y montañas sin aparente vegetación. Pero nada más.

—Dile que es un efecto quimera —me explicó a mí Berenice al escuchar a Uriel—. Lo utiliza Tymora para que nadie vea el interior de la isla. Y hay humanos que tampoco ven el muro, pero otros sí.

—Dice Berenice que es un efecto quimera. Lo que viste no era real —le comenté a Uriel teniendo la atención de todos—. Como en tu caso, tú sí pudiste ver el muro, pero dice que otros no pueden verlo. Todo eso es cosa de Tymora.

Él silbó con las cejas alzadas y una expresión deslumbrada.

—Menuda es la Tymora —murmuró ojeando la zona.

—La mujer de blanco —repuso de inmediato Evelyn al caer en ese detalle—. Esa que nos dijiste que su nombre era Tymora en la sala de la brújula.

Asentí brevemente.

—Este sitio tuvo que ser realmente hermoso en su tiempo. Ahora solo son ruinas —dijo fascinado Dandelion tocando el trisquel de un muro en ruinas—. ¿Sabe Berenice sobre esta antigua civilización?

Mis ojos la miraron y ella me negó con la cabeza sin una respuesta verbal.

—Lamentablemente no —dije decepcionada.

—Aquí habrá más especies de las que uno puede imaginar —expresó Dave mirando como un ave de color azul pasaba de árbol en árbol.

Me estremecí de solo imaginarlo.

—Eso no suena muy bien —dijo temblorosa Evelyn.

Me acerqué a la gran estatua central de mármol de la bella mujer esculpida con perfección y sutileza, antes de pasar por el pasillo de las mujeres oradoras. Sus rasgos eran delicados y finos. Su nariz pequeña y respingona, y su cabeza en forma de corazón. Fuera quien fuera en su tiempo debió de ser una mujer hermosa, que despertaría la envidia del resto de mujeres y arrodillaría a los hombres a sus pies. Mi curiosidad despertó muy devoradora. ¿Quién será? ¿Y por qué estaba su estatua aquí? ¿Por qué precisamente en la entrada de la puerta? ¿Qué representaba?

La estatua se alzaba poderosa, desafiante y con un perfil amenazante. La mujer no sonreía, de hecho, no podía descifrar cuál era su expresión. Era difícil captar las emociones en el rostro de una estatua. Pero lo que más me sorprendía era lo bien conservada que estaba al igual que el resto de estatuas, aun cuando su origen de creación podía estimarse en siglos. En el pedestal había un escrito en irlandés.

Ní mar a shíltear a bhítear.

—Que po... —me giré para preguntar y vacilé, al tener a Enzo a mi lado mirando también la estatua, más serio de lo que me esperaba. Me aclaré la garganta sin despegar mis ojos de él—. ¿Qué pone?

Él se fijó detenidamente en ese escrito irlandés.

—*Las cosas no son lo que parecen* —pronunció.

Nos miramos a los ojos sin entender por qué estaba tan cabreado de repente. ¿O si lo sabía? Apreté la mano y me resentí al haber olvidado la herida que me hice con el punzón de la puerta, y apreté la boca disimuladamente.

—Esa es Tymora. Y hay más estatuas de ella en la isla —nos anunció Berenice a nuestro lado mirándola sin una aparente expresión.

—Dice Berenice que es Tymora —les dijo Enzo al resto que se quedaron mirando la estatua.

Retrocedí dos pasos mirando aprensiva la estatua, de pronto me sentí desilusionada de saberlo

y me quité de la cabeza toda curiosidad sobre esa estatua.

—Mm pues es guapa —dijo Dan señalándola con una sonrisa.

La mayoría le puso mala cara ante su desacertado comentario.

—Oye. ¿Qué pasa? —se encogió de hombros de lo más normal—. Es una cabrona sí, pero no le quita lo guapa que es.

Evelyn apretó los labios con los ojos echando chispas y le dio un débil puñetazo en su pecho dándole la espalda con un aspecto airado.

—¿Estás celosa, Colibrí? —se lo preguntó riendo mientras se frotaba el pecho.

—¡Más quisieras, Insoportable! —le habló alto y claro sin volverse y él la siguió al ver que cruzaba el pasillo de las estatuas.

—Os veo haciendo terapia de pareja en un futuro —se mofó Uriel de ellos, riéndose.

—¡Eso nunca! —hablaron los dos mirándolo al mismo tiempo. Y él rompió a reír con más claridad.

—Démonos prisa, antes de que se cerrara la pared de la sala de la brújula escuchamos voces —nos comentó Declan mirando hacia la puerta abierta.

El terror se adueñó de mi cuerpo por unos instantes. Me quedé inquieta echando un vistazo hacia esa sala sin ver a nadie, mientras los escuchaba moverse hacia el pasillo de las estatuas. Vi de reojo como Berenice los seguía y los miraba con curiosidad.

—Qué mal rollo. Todas tienen la misma posición —escuché decir de Evelyn.

—Debe ser algún tipo de oración. ¿Tal vez hacia Tymora? — fue hablando Uriel.

—¿Es que alguien en su sano juicio puede adorar a esa mujer? —saltó perpleja Aliza.

Caminé unos pasos mirando aún el lugar de la puerta para seguir al resto del grupo y no quedarme rezagada, pero una mano me tomó de la muñeca con rapidez volviéndome hacia una persona. Admito que desde que rozó mi piel sabía quién era. Me atreví a levantar la mirada y mirarlo, él no me miraba a mí si no a mi mano. Sus rasgos endurecidos hasta hacerlo intimidante y su mandíbula apretada dejaban muy claro lo enfadadísimo que se encontraba ahora mismo.

Tomó mi mano y la examinó con cuidado.

—Solo fue un pequeño pinchazo —quise restarle importancia.

No me respondió, lo cual hizo que me sintiera nerviosa—sus silencios serios y distantes siempre lo conseguían—, y siguió mirándola como si fuera más grave de lo que aparentaba. Se miró a sí mismo y tomó el borde de su camiseta limpiando alrededor de la herida de la palma.

Di un brinco.

—No —ni siquiera entonces me replicó cuando intenté sacudir mi mano para alejarme, pero impidió que me moviera. Resoplé—. No quiero que te ensucies la camiseta. Enzo, no es nada.

—¿Nada? —movió la cabeza y su sonrisa fue llena de sarcasmo con una notable nota de arrebató—. ¿Acaso puedes imaginar lo que me hiciste sentir cuando estabas acercando tu mano a esa cosa?

Estaba dramatizándolo todo. Aunque no pude evitar hacer una mueca ante ese recuerdo porque se me clavaba en el alma su mirada aterrada y desesperada.

—No voy a disculparme —repliqué más calmada que él—. Debía hacerlo. Aún estoy flipando porque estamos conectados a esa puerta y a lo mejor a más cosas de esta isla —señalé con la mano nuestro alrededor con verdadero estupor.

Y si tenía que volver a hacerlo, lo haría. Me creía muy capaz de ponerme en peligro si con ello nos alejaba realmente de lo peligroso que era que Tommy nos encontrara. *¡Él era el mayor peligro en esta isla!* Al pensar en él eché una ojeada nerviosa a la puerta, abrí la boca para

decirle que nos pusiéramos en marcha, pero él habló antes con una voz dura y determinante.

—Mi no es no.

Mi frente se llenó de arrugas.

—¿Qué significa eso?

Me dirigió una mirada penetrante. Sus ojos se veían rudos y protectores.

—Qué aquí mando yo.

Me quedé boquiabierta durante unos segundos sin dar crédito a lo que escuchaba. *¡Qué!* Eso me indignó y aparté la mano logrando zafarme de su agarre.

—¿Cómo que mandas tú? —repliqué ofuscada.

—Así es —reafirmó muy conciso.

—Argh —quise estirarme de los pelos, pero solo repasé la mano buena ásperamente por mi cabello—. Había olvidado a Don Mandón. Sabes, creía que no lo volvería a ver en mucho tiempo.

—Pues te equivocaste —me confirmó lo evidente aparentando una tranquilidad irritante.

Entrecerré los ojos apretando los labios.

—Qué estemos casados no te da derecho a mandar sobre mí.

—Siendo mi esposa o no, mando sobre tu seguridad. Y ahora lo eres. Y si peligra, yo tomaré las decisiones pertinentes —sus ojos se deslizaron hacia otro lado sacudiendo la cabeza como reproche—. Porque ya veo que tú serías capaz de tirarte por un puente solo por el simple hecho de que lo ponga por escrito. No vuelvas a hacerlo —fue una advertencia suave pero firme.

Por segunda vez me quedé boquiabierta mirando cómo se iba hacia el pasillo de las estatuas. Quise gritar de indignación, pero me lo tragué resoplando ofuscada. Sé que tenía mil cosas que decirle, de replicarle y explicarle mis derechos sobre mi persona, pero ninguna había salido de mi boca. ¿Qué aquí mandaba él? *Ja*. Ya lo veremos.

—¿Vienes o voy a por ti? —me preguntó en el inicio del pasillo, esperando como Don Mandón que era.

Cuadré los hombros y le dirigí una mirada afilada pasando por su lado, dejándole claro que me había cabreado. Joder, la puerta no pedía un sacrificio humano. ¿Cuándo entendería eso? De ser lo contrario nunca me habría arriesgado.

Diez minutos después dejamos las ruinas atrás avanzando hacia las profundidades de una selva peligrosa y desconocida. Guiados por Berenice. Sé que podíamos confiar en ella y en que no nos pondría en peligro, aunque algunos no pensarán como yo ya que principalmente no la veían y no podían tratar con ella. El cabreo no se me había esfumado y bien lo sabía Enzo, porque no había vuelto a acercarse a mí, se encontraba unos pasos por delante hablando con Uriel. Que dijera que mandaba sobre mí con esa facilidad sin importarle mis sentimientos me hacía arder de furia. ¿Es que ni siquiera se acercaría a mí para disculparse por ser tan injusto y mandón?

—Tienes la temeridad de papá.

Habló Berenice de pronto, poniéndose a mi lado con rapidez.

—¿Perdón? —sacudí la cabeza saliendo de mis profundos pensamientos.

—Te pareces mucho a mi padre Leonard —asomó una tibia sonrisa—. En el sentido de arriesgarse aun cuando sabes que puedes morir.

Resoplé poniendo los ojos en blanco.

—No iba a morir —reafirmé irritada.

—Pero reconoce que te arriesgaste, porque esas palabras podían interpretarse de muchas maneras —me dijo con una voz suave y una pequeña sonrisa apacible—. Y deberías entender a

Enzo. ¿Qué habría pasado si hubiese sido al revés? Le asustaste mucho y su manera de expresarlo es a través del enfado y del estricto régimen de mandar. Recuerda que ya te ha perdido una vez, y no quiere volver a pasar por eso. Yo lo vi arrodillado en tu tumba llorándote, y la verdad no querría volver a ver ese rostro tan consumido y lleno de dolor.

Berenice se movió entre el grupo grácilmente como si flotara, antes de que pudiera pronunciar nada. Sus últimas palabras retorcieron mi corazón y me sentí acongojada hasta notar los ojos húmedos. Suspiré mohína. Me dejó en lo que pensar. Vaya, Berenice sí que sabe cómo hacerme sentir lo equivocada que estaba con mi enfado. En verdad no lo había pensado detenidamente. En el terror de Enzo. De verme en peligro. Supongo que me dejé llevar por un impulso que no controlé y que pudo haber sido más grave si hubiera tenido otras consecuencias. Si hubiera sido al revés, tal vez habría hecho como Enzo, negarme en rotundidad. Mientras caminaba, vi a Enzo que se había puesto a hablar con Berenice. Quería ir hacia él y abrazarlo con fuerza, hundir mi rostro en el hueco de su cuello —que era uno de mis lugares favoritos—, por hacerle pasar ese calvario. Pero me reprimí, y bien merecía como castigo que él estuviera más enfadado. Mi falsa muerte sé que le dejó huella, lo marcó con un dolor inextinguible, una huella que no sé cómo iba a lograr que desapareciera de su corazón.

Bajé la mirada hacia mi mano y la giré mirando la palma, sobre ese pequeño punto de sangre. Si alguien me preguntara como sabía que tenía que pincharme con ese punzón, no sabría cómo responderle. Fue instinto. Algo me empujó a buscar en la puerta, porque sabía que ahí encontraría la respuesta. Y cuando lo vi, cuando hilé lo que en verdad querían decir esas palabras de la puerta, supe que tenía que pincharme y que se trataba de una prueba de confianza. Enzo no la tuvo por miedo a perderme. Pero yo sí. Y me preguntaba si mi bisabuelo Leonard pasó la misma prueba o si fue otra la que le impuso la puerta. Me masajeeé la frente, pensativa. Tenía la sensación de haberlo hecho antes —esa prueba y otras más—, y no sabía cómo sentirme al respecto, quería pensar que era una especie de *Déjà vu*, pero en el fondo sé que no lo era y que se trataba de algo más enrevesado y profundo. Aún seguía dándole vueltas que era lo que bloqueó el dolor de mi marca para que no me hiciera sentir como si estuviera ardiendo. Y por qué la puerta decía que Enzo era un guardián.

El sonido de una rama partiéndose logró que me detuviera echando un vistazo atrás. Entre la frondosa vegetación no veía nada. Insegura, proseguí el paso para alcanzar el grupo. Y fue cuando vi como Berenice dejaba de hablar con Enzo marchándose hacia Evelyn, tocándole la mochila que tenía en su espalda.

Ella pegó un grito, agarrotándose.

—¿Quién me está tocando la mochila?! —gritó histérica.

—Es Berenice —le señalé.

—Dios. Pues que haga una señal o algo —se tocó el corazón con la cara descompuesta y se sacudió—. Espera que me la quito —lo hizo rápidamente dejándola caer al suelo y se apresuró en alejarse, encogiéndose.

Berenice se le quedó mirando y negó con la cabeza, arrodillándose en el suelo.

—No sé por qué asusto a la gente si no les hago nada —dijo en un susurro acongojado.

—Tal vez porque estás muerta y no pueden verte —le objetó bruscamente Dave.

Ella ni siquiera lo miró pasando de su pulla y abriendo la cremallera.

—Deja de meterte con Berenice —le advertí molesta de su forma de referirse a ella tan hiriente.

—Pues entonces que hable conmigo, maldita sea —y se dio la vuelta alejándose de nosotros,

teniendo más de un par de ojos en su espalda.

—Os he traído unos Walkie-talkies. Estoy sorprendida de cómo han cambiado. Yo vi uno en mil novecientos cuarenta y seis, y Dios mío era más grande que estos —me relató con una sonrisa, pero llena de tristeza y me puse a su lado con un gesto de agradecimiento, intentando contener la emoción de tocarla porque tenía que meterme en la cabeza una vez más, que no podía hacerlo—. He traído cuatro, no pude con más —hizo una mueca como disculpándose y los tomé de sus manos—. Es mejor un Walkie-talkie por pareja.

Parecían muy nuevos. Me pregunté en ese momento de donde los habría sacado. Si más bien se había atrevido a entrar en una tienda y robarlos. Aunque no sé qué tan delito era que un *fantasma* se adueñara de objetos en venta.

Asentí y me levanté pasándole uno a Aliza, otro a Dan, a Uriel y por último a Enzo. Nos miramos fijamente durante unos segundos, sintiendo como nuestros dedos se rozaban cuando le pasé el Walkie. En caso de separarnos sé que Enzo evidentemente no se despegaría de mi lado —ni yo del suyo— por eso decidí darle a él el Walkie-talkie. No encontré en su mirada si continuaba enfadado o si seguía pensando que mi temeridad conseguiría matarme. Aún había algo de frustración en sus ojos grises, que fue opacada rápidamente por una ardiente intensidad subyugadora que consiguió que mi corazón golpeará desbocado y salvaje. Cuando me miraba así, con esa adoración y ternura me olvidaba hasta de respirar.

—Si os separáis, mejor en parejas —me previno Berenice, girándome hacia ella intentando recobrarme—. Esta isla tiente demasiado cuando una persona va sola.

—Dice que si llegamos a separarnos es mejor que estemos en pareja, porque la isla tiente si se va solo.

—¿Y eso que significa? —preguntó Aliza desconcertada.

Me encogí de hombros cuando Berenice no lo explicó viendo como cerraba la cremallera.

—Yo iré con Dave —sacudió el Walkie-talkie Uriel—. Iré a decírselo.

—Colibrí, tu conmigo —Dan le hizo una señal con el dedo.

—Porque tú lo digas —le expresó renegando.

—Sí, porque yo lo digo...

Me alejé de su conversación cuando escuché a Aliza.

—¡Ni hablar! —saltó de pronto con una voz cortante y áspera—. En todo caso, si llegara a separarme del grupo, preferiría ir sola que ir contigo.

—No tienes alternativa —le habló Declan más convencido—. Y si piensas que voy a dejarte sola estás muy equivocada.

Ella alzó la barbilla con rebeldía y una mirada acerada.

—Preferiría la compañía de una serpiente venenosa que estar a tu lado —se enderezó rápidamente mostrándose altiva y se volvió apartándose de él, alejándose solo unos metros para quedarse detrás de un árbol, escondida de todos.

¡Madre mía!

Me sentí incómoda oyéndolos hablar, porque estaba en un terreno demasiado personal para estar ahí, pero Aliza había hablado a voces e intuía que por más que me alejara, sé que los seguiría escuchando. Incluso Enzo los miraba desaprobando su actitud.

Eso sí que era ser directa e intentar herir. Pero parecía que Declan era inmune a sus palabras o al menos no lo expresó de ninguna manera si le había afectado lo que le dijo. Sé que no se llevaban bien, pero no sabía que su *nivel* de desprecio era tan alto. Algo en Declan consiguió que me quedara sorprendida.

—Padre Declan —pronuncié confusa—. ¿Y tú alzacuellos?

Él se tocó el cuello verificando que no lo llevaba, y cerró los ojos con un suspiro de lamento murmurando algo que no pude escuchar.

—Se me habrá caído. Y por favor, llámame Declan —su petición fue muy clara y firme y abrí la boca para hablar—. Solo Declan, Adara, por favor —se marchó hacia el árbol donde estaba Aliza; y no sé si era una buena idea de que se hablaran después de dejarle tan claro ella que prefería la compañía de una serpiente.

—¿Qué quiere que hagamos Tymora? —le preguntó Enzo sin más rodeos a Berenice.

Y me di la vuelta hacia ellos prestándoles atención.

—Bueno —comenzó dubitativa mirando hacia arriba—. Creo que aparte de que conozcáis vuestro legado, que es la isla, creo estar segura de que quiere que detengáis los planes de Tommy.

¿Estaba de broma? Eso era remotamente imposible.

—¿Y me puedes decir como lo hacemos cuando él tiene hombres armados? —quise saber alterada de saberlo.

Enzo me miró un momento y luego desvió la mirada hacia Berenice.

—¿Pero qué planes tiene Tommy? —le preguntó él.

—Algo que él sabe... —se detuvo dejando su voz pausada y se llevó una mano al pecho frotándose. Parecía que quería llorar por su expresión ahogada. Oh no, otra vez esa expresión de amargura y desolación—. ¡Tengo que irme! —logró susurrar con la cabeza agachada.

—Beren... —me quedé con su nombre en mi boca cuando desapareció delante de mis narices, levantando un suave aire que meció algunas hojas cercanas a mí.

—Maldita sea —farfulló Enzo.

Y yo me quedé mirando al vacío del espacio que había dejado Berenice. Lo miré, lo miré y no dejé de hacerlo durante un buen rato. Me duele su «a veces» indiferencia, pero más me duele verla sufrir, verla atrapada en el mundo de los vivos y no poder hallar la paz. La paz que necesitaba su alma para ser libre finalmente.

Ni Enzo y yo mencionamos a los demás que Berenice había desaparecido. Porque tenía la esperanza de que volviera pronto. Quedaba una hora de sol cuando nos detuvimos para un descanso. Estábamos molidos, cansados y pasaríamos la noche a la intemperie. Nada bueno, teniendo en cuenta que Tommy nos buscaba ahora que le habíamos abierto la puerta hacia el interior de la isla. Y sé, por la selva que nos rodeaba, que Tommy no sería el único problema.

Me recliné sobre un tronco repasando una mano por mi rostro con un largo suspiro, dándome cuenta de que Enzo no me había quitado el ojo desde que nos habíamos detenido a descansar. Y cuando nuestras miradas se cruzaron, él la apartó rápidamente. Suspiré con pesar. Estar enfadados era una mierda. Y no quería estar así con él. Es que esto no debería ni considerarse una pelea. Entendía su obsesión por cuidarme, pero de verdad que a veces podía parecer excesivo y asfixiante.

—¡Hey que haces!

Salté de mis pensamientos dándome cuenta de que extraña y cómicamente Dan olfateaba alrededor de Evelyn.

—Hueles a pizza —aseguró acercándose más a ella.

Yo me tapé la boca disimulando una sonrisa. Aliza apartó el rostro evitando reírse. Enzo sacudió la cabeza con una expresión sorprendida como si no se creyera que Dan se atreviera a decir eso de Eve. Dave puso los ojos en blanco al igual que Declan. Y el único que hizo resonar

su risa fue Uriel, y eso consiguió que Evelyn, enrojecida de vergüenza, mirara malhumorada a Dandelion.

—Aparte de Insoportable tienes el olfato atrofiado —le expresó sarcásticamente.

—Hablo en serio, hueles a pizza —repitió de lo más convencido con una mirada hambrienta.

—Si es tu forma de ligar conmigo...

—¡Cómo voy a ligar contigo diciéndote que hueles a pizza! —se ofendió, y esta vez no era teatro—. Hablo en serio.

Me di cuenta de que Shamus comenzó a pulular alrededor de Evelyn y levantó su cabeza hacia ella olfateándola con demasiada obsesión.

—¡Lo ves! No estoy bromeando —señaló a Shamus que empezó a mordisquear la mochila que nos trajo Berenice y que llevaba Evelyn en su espalda.

—Trae —se la quitó Enzo, abrió la cremallera y miró en su interior para después mirarnos con una perpleja expresión escrita en su rostro—. Nos ha traído ocho porciones grandes de pizzas de jamón y queso. Y agua.

Me quedé anonadada.

—¿En serio? —dijo hambrienta Eve acariciándose el vientre, asomándose en la mochila.

—De ahora en adelante te llamaré «Dandelion el Oso». Menudo olfato —se burló Uriel dándole unas palmaditas en la espalda esperando por su pizza.

—Ni se te ocurra llamarme así —le advirtió él prestando más atención en la comida.

—La verdad es que tengo mucha hambre —habló Aliza acercándose.

—Bendita Berenice —exclamó Declan.

—Comida. Comida —dijo Dan con la boca que se le hacía agua.

La sola idea de saber que Berenice nos había traído comida hizo que mi corazón se encogiera y se me humedecieran los ojos. Cuando no quiso entrar en la mina con nosotros fue porque salió de la isla a buscarnos comida y los Walkie-talkies. Dios... eso significaba tal vez que estaba retando a Tymora.

Fue Evelyn quien repartió todos los trozos de pizzas envueltas en una bolsa de papel. Tenían un aspecto de lo más delicioso, y nada más olerlo, sentí como mi estómago rugía, teniendo a Shamus alrededor nuestro, deseoso de que le dieran de comer. El único que estuvo reticente de coger su pizza —y casi no lo hace— fue Dave. Se quedó mirando el trozo de pizza en la mano de Eve como si le resultara molesto que Berenice hubiese pensado en él para darle de comer.

—Gracias Berenice —le dijo Evelyn sonriendo mirando a todos lados.

—No está —les expliqué con aparente tristeza—. Hace más de una hora que nos ha dejado.

—Oh —desdibujó su sonrisa e hizo una mueca—. Espero que vuelva pronto.

—Qué grande Berenice —dijo Dan.

—¿No ha traído nada para Shamus? —quise saber.

—No, la verdad —dijo Eve hurgando en la mochila.

Fijé mi vista por un momento en mi trozo de pizza pensando en darle la mitad. Él también necesitaba alimentarse y no me perdonaría que pasara hambre. Y ver como gemía desesperado y sentado en la tierra, moviendo la cabeza hacia ambos lados esperando, se me partía el corazón.

Ví como Enzo miraba un enganche y una linterna que tenía en sus manos, y se puso ambas cosas en la cintura, equipándose. ¿Eso también estaba en la mochila? No pude evitar mirar los alrededores esperando que Berenice apareciera. Creía que solo nos había traído los Walkie-talkie, pero estaba claro que se preocupaba por nosotros más de lo que debía. Y no me gustaba que gastara su energía en nosotros, no quería que desapareciera durante días solo por ayudarnos.

Al poco rato me di cuenta de dos cosas, que apenas había probado bocado y que Enzo no estaba. Los chicos estaban hablando entre ellos y Shamus estaba bajo un árbol acostado, masticando. Escudriñé mi mirada en él y vi que lo que estaba zampando con gozo era una pizza. ¿Quién se la había dado?

Comencé a preocuparme, porque Enzo no estaba a la vista. Y capté de reojo las señales que me hacía Eve con el dedo, como indicándome que se había ido por ese lugar. Se lo agradecí en un gesto y caminé hacia allí, adentrándome entre la espesa naturaleza.

Di con Enzo en poco más de sesenta metros, aún podía escuchar a los chicos hablar, pero no los veía ya que la densa vegetación me lo impedía. Enzo se encontraba de espaldas mirando... no sé dónde miraba, parecía más bien pensativo.

—Hola.

Él se giró y me dedicó una media sonrisa que me hizo dar un suspiro bajito al ver su expresión cambiada.

—Hola.

—¿Sigues enfadado conmigo? —me atreví a preguntar.

Se cruzó de brazos sacudiendo la cabeza con una risa que paralizó mi corazón.

—Contigo no puedo estar más de cinco minutos enfadado. Y no sé cómo lo logras —no parecía cabreado si no locamente encantado. Soltó un suspiro y se acercó a mí acariciando mi mejilla cálidamente—. Perdona por ser tan mandón.

Logré sonreír cabeceando, seducida por su caricia.

—No importa. Dejemos esa riña atrás —le guiñé un ojo y él lo captó al vuelo asintiendo con una sonrisa más amplia—. ¿Ya te has comido tu pizza?

—No. Preferí dársela a Shamus —me confesó volviendo a perder la mirada en la selva.

Me quedé boquiabierta. Adoraba lo gigante que podía ser su corazón, pero ahora él se había quedado sin probar bocado. Yo tenía pensado darle la mitad a Shamus, pero Enzo decidió darle toda la pizza. ¿Y él qué?

—Pero Enzo...

—Él también necesita comer —ladeó la cabeza para mirarme—. Y no creo que quiera empezar a comer hierba como las vacas.

Me mordí el labio, sonriendo.

—Lo sé. Pero te has quedado sin tu pizza —le señalé preocupada de que se hubiese quedado con hambre.

—No importa —se encogió de hombros.

Sí que importa. Quise replicarle. Y una idea genial pasó por mi mente. Fruncí los labios mirando mi pizza, la saqué de la bolsa y me acerqué más a él.

—Tómala de ese lado —le pedí. Él la miró y luego a mí e intuyó lo que iba a hacer.

—Adara...

—Tú hazlo. O yo también se lo daré a Shamus.

—¿Me estás retando? —me mostró una sonrisa pícaro.

—Es posible —dije divertida—. Depende de ti.

—Así que, si me niego a comer el trozo que me ofreces, le darás la pizza a Shamus —asentí—. Aun cuando sabes que eso puede enfadarme —asentí más deprisa, divertida—. Y por más que te diga que no tengo hambre no me crearás —asentí otra vez casi riendo.

Suspiró. Y se rindió. Tomó la pizza, y a mi señal, ambos la troceamos quedándose él la mitad. Me quedé contenta de haberle convencido. Y él permaneció unos segundos mirando su mitad y me

lanzó una mirada traviesa.

—Eres la mujer más testaruda que he conocido.

—Me alegro —le di un mordisco a la pizza saboreando cada trozo que me llevaba a la boca. Nos la comimos en un santiamén—. Ya hemos hecho una de las cosas que dijiste.

—Hum —expresó mientras masticaba su último trozo.

—No es la tarta ni una fruta como me sugeriste —me ruboricé al pensarlo—. Pero a mí me vale. Y me alegro de haberlo hecho ahora.

Estudió mi rostro con una mirada brillante y emocionada.

—Nunca dejas de fascinarme —tomó mi rostro con sus manos y me dio un largo y profundo beso que me extasió.

—Y dígame, señor Price, ¿qué será lo próximo de la boda?

Se aclaró la garganta y sus brazos me rodearon rápidamente estrechándome contra su cintura. Pegó sus labios en mi oreja acariciándola, y me perdí cerrando los ojos ante la oleada de sensaciones provocadoras que me llegaban por su roce, sintiendo como se me erizaba el vello.

—Nuestro primer baile como marido y mujer —me susurró seductor. Las yemas de sus dedos surcaron mi mejilla siguiendo por la mandíbula, con una mirada ardiente—. ¿Te acuerdas de nuestro primer baile en el faro?

Oh Dios, el faro. Como me gustaría que estuviéramos allí. Guardaba deliciosamente buenos recuerdos de ese lugar. Me ruboricé agachando la cabeza. La temperatura subió rápidamente por mi cuerpo.

—Eres como un libro abierto ahora mismo —su cálido aliento rozó mi mejilla llegando sus labios a mi oreja, nuevamente. Y me estremecí en sus brazos—. Estás recordando lo que te hice en el balcón.

—Sí —asentí con la respiración atascada por el deseo que me consumía—. Y también nos interrumpieron...

No pude ni siquiera terminar. Lo mismo en lo que estaba pensando apareció poniéndome los pelos de punta. Haciendo mi corazón golpear frenéticamente como un loco. Esa mujer, gritando. Agónicamente. Hacía demasiado tiempo que no la escuchábamos. Me aferré a Enzo viendo como él miraba severamente a nuestro alrededor.

—Está cerca —musitó él con furia latiéndole un músculo de la mejilla.

Oh no.

—Enzo —quise advertirle que no era buena idea, pero no pude.

Mis palabras se quedaron atascadas en mi garganta al sentir como Enzo tomaba mi mano con firmeza y tiraba de mí, ambos corriendo en la dirección del grito de la mujer. Ya lo intentó una vez y no pudo dar con ella, ¿qué le hacía pensar que esta vez conseguiría dar con esa mujer?

Con los pulmones ardiéndome, Enzo se detuvo abruptamente topándome con su espalda al no esperarlo y me pidió una disculpa sin desligar su dura mirada del lugar. Y me solté de su mano buscándola como él, intentando acompasar mi respiración. Fue una carrera loca para llegar a esa mujer de la que no sabíamos nada. Y tal parece que aquí no estaba.

—¿Dónde malditamente se ha metido! —expresó entre dientes con la respiración agitada—. Juraría que venía de aquí su grito.

Yo estaba más preocupada porque nos habíamos alejado de los chicos. Aunque teníamos el Walkie-talkie. Quise cogerle el suyo a Enzo para hablar con Evelyn y decirle que nos habíamos alejado, aunque no sabía exactamente donde estábamos. Pero me quedé mirando que más adelante, la vegetación tropical desaparecía bruscamente debido a unas paredes rocosas que se elevaban a

una altura de treinta metros y que se estrechaban, dejando solo una pequeña abertura en la que difícilmente cabía una persona. Casi me da un patatús cuando vi una figura esbelta con una melena castaña, envuelta por una tela oscura deslizándose por esa abertura. Mi miedo cesó y mis pensamientos se disiparon de un plumazo alejando la tensión. Giré la cabeza rápidamente mirando a Enzo que seguía maldiciendo, buscando la mujer con la mirada. Después de la carrera que me había metido no me importaba echar otra. Y lo hice.

—¡Adara! —gritó asustado Enzo, siguiéndome.

Me deslicé por esas paredes estrechas en las que apenas podía moverme, raspándome la espalda y los brazos, llegado poco después a un lugar que desembocaba en una boca ancha de más paredes rocosas. Parecía un espacio cerrado salvo que se veía el cielo, pero aquí la luz era más tenue que afuera. No vi a Berenice por ningún lado. ¿Es que ahora sufría de alucinaciones?

Escuché a Enzo como pasaba por ese conducto estrecho.

—Creía haber visto a Berenice —le expliqué antes de que me reprochara nada al ver su rostro alterado. Se apoyó en sus rodillas inhalando fuertemente—. ¿Qué es eso? —le señalé con un gesto.

A unos metros se encontraba una plataforma de metal en forma de cuadrado. Nos acercamos precavidos, y Enzo estudió el mecanismo que había en uno de los lados y que tenía una palanca con un engranaje pegado, y más abajo una detallada advertencia: **NO TOCAR**.

Eso no me dio buena sensación.

—Pero mira que grata sorpresa...

Una voz terriblemente familiar procedió detrás de nosotros y el terror me atenazó. El pulso se me aceleró sintiendo los sonoros golpes de mi corazón contra mi pecho. Con pánico, desvié mi mirada a Enzo que cerró los ojos apretando la boca y maldiciendo en voz baja con el rostro endurecido de una creciente ira.

CAPÍTULO 12

ADARA

En cierto modo el grito de esa mujer, creer que Berenice se había deslizado por este lugar oculto, nos había metido en este lío. Y no sé cómo saldríamos de esta.

Enzo fue el primero en girarse para enfrentarlos. De pronto, su rostro se había vuelto adusto y mortífero, entre el velo de la sombra de su mirada gris que llameaba enfurecida. Solo dedicó esa mirada a Tommy. Y yo me dediqué a ver al hombre de su izquierda que era Vladimir, y a su derecha tenía a la insufrible Laida con una maldita sonrisa arrogante asomada en esos labios de Barbie. Y lo que me tenía con el corazón acelerado, detrás de ellos había tres hombres cachas armados a la espera de una orden directa.

Tommy sonrió muy complacido al vernos.

—Es justo lo que estaba buscando —nos señaló con la mano, tan lleno de optimismo.

—No hagas como que te sorprende —espetó con dureza Enzo—. Nos has seguido y has esperado el momento correcto para atraparnos.

—Es listo —expresó Laida con una sonrisa.

La fulminé con la mirada al ver que, aunque estuviéramos en estas circunstancias, a ella no le importaba comerse con la mirada a mi marido. Pero la rabia quedó fundida por la satisfacción de que Enzo la taladrara con una mirada letal.

—¿Es ella? —me preguntó Enzo con un gesto de cabeza muy seco.

Asentí sin hablar.

—Soy Laida —se presentó con una voz coqueta la muy descarada.

—Me importa una mierda cómo te llamas —le replicó Enzo con brusquedad.

Tommy no intentó disimular su risa ante el asombro de Laida por la ruda contestación de Enzo. Vladimir ni siquiera se inmutó, solo dirigía su mirada a mí y eso me hacía sentir tremendamente incómoda, porque era totalmente impenetrable. ¿Pero esta tipa que esperaba que le dijera Enzo?

—No tiene pinta de que le gustes —hurgó Tommy en la herida de Laida.

La risa helada de Enzo mandó una sacudida a mi cuerpo.

—¿Cómo puede gustarme una víbora? —resaltó Enzo con una mueca repulsiva—. Ni siquiera me acercaría a ella con un palo. Es la clase de alimaña que envenena el mundo solo con su presencia.

Tuve la alegría de asomar una enorme sonrisa de satisfacción al oír a Enzo y eso fue lo que la hizo hervir de rabia, paseando su mirada de mi rostro a él totalmente enfurecida con las mejillas enrojecidas.

—¡No me llames víbora! Pero si hubiese tenido la oportunidad le hubiera metido una paliza a tu querida esposa —su mirada solo destilaba puro veneno.

—Ahora inténtalo y ya verás cómo sabré defenderme —alcé la voz con fuerza, retándola con la barbilla alzada. Benditas las semanas que Enzo me dio clases de defensa. Esa víbora no me pillaría descuidada nunca más—. Eres una puta cobarde por intentarlo cuando me encontraba débil.

Ella gruñó y adelantó unos pasos para llegar a mí, pero Tommy la tomó del brazo tirándola hacia atrás bruscamente sin ninguna consideración.

—No es el momento. No me hagas un drama pelicularo —y dirigió su mirada penetrante hacia nosotros jugueteando con su usual dado. Ni me había dado cuenta de que lo llevaba en su mano—. Quiero saberlo. ¿Quién de los dos abrió la puerta? —en su tono encontré más la fascinación que cualquier otra emoción. Ante nuestro silencio, él siguió—. ¿Has sido tu prima? Hum... no, seguro que faltaba algo más que tú sola presencia y tú marca, ¿cierto? —encerró en su mano el dado y se paseó el dedo índice por debajo del labio inferior—. No me digas que Enzo también está conectado a la puerta —pareció acertar.

La oleada de pánico y ansiedad aumentó ante su risa maquiavélica y sentí como Enzo me tomaba del brazo con suavidad, como si supiera de mi estado mientras no apartaba su pétrea mirada de él. Notar su efímero contacto pudo mermar algo el pánico que no dejaba de crecer. Nosotros éramos dos, ellos seis... esto no pintaba nada bien.

—Tú debes ser la oveja negra de la familia —le comentó Laida con intención maliciosa—. Porque aunque seas un Williams, no estás conectado a nada.

Esperé con la tensión latiendo en mis músculos. Imaginé que Tommy desataría los siete *infiernos* ante tales palabras llenas de repulsión y veneno. *¡Está loca!* Fue lo que pensé. Pero Tommy me sorprendió con una despectiva indiferencia mirándola como si no le hubiera molestado nada ese comentario. Eso me dejó extrañada, pero pasó a ser irrelevante teniendo en cuenta que teníamos que salir de aquí ilesos.

¿Cómo quería Tymora que detuviéramos a Tommy?

—Este era tu propósito, ¿no? —Enzo hizo un gesto de manos señalando alrededor—. Entrar en el interior de la isla. ¡Cuáles son tus malditos planes!

Tommy chistó varias veces moviendo el dedo como negación.

—Eso no te importa. Si os mantenéis alejados de ellos tal vez os deje... vivir.

Mentira. Nos matará en cuanto consiguiera lo que andaba buscando.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Enzo como si en verdad no lo entendiera.

Tommy lo miró fijamente endureciendo su expresión.

—Tú no mereces nada que venga de esta isla. No quiero que mi legado esté en manos de alguien como tú. Mi ambición no tiene límites. Pisaré a quien intente impedir que alcance mi poder —en mi rostro solo crecía la incredulidad de que una persona pudiese estar tan corrompida por la codicia y la maldad. Me di cuenta de que Tommy me miraba con profundidad—. Oh prima, que pálida estás. Me recuerda a esa vez que de niña encontraste una rata en un pastel de cumpleaños. Y lo tiraste a la basura y tú misma te echaste la culpa de ese pequeño incidente infantil para que a la cumpleañera le hicieran otro pastel.

La sangre se me heló por completo. El aire en mis pulmones me abandonó por varios segundos sin dejar de mirar a un Tommy que retenía toda su atención en mí, como si quisiera que descifrara algo más que ahora no podía por la conmoción. Laida lo miraba con cara de: «¿por qué hablas de eso ahora?». Y Vladimir, bueno, su expresión era indescifrable cuando se giró hacia Tommy.

—Ven conmigo, Adara —Tommy disfrazó su maldad con una pizca de afabilidad—. Y te contaré todo lo relacionado con los Williams. ¿Nunca te preguntaste por qué Leonard, Hill, Howard y Berenice murieron el mismo mes? Yo puedo contártelo.

No caería en su juego. Sé que era algo que siempre me he preguntado, pero no estaba dispuesta a dejarme manipular por un psicópata.

—No te saldrás con la tuya —le señaló Enzo con fiereza.

—Eso ya lo veremos. Ahora pasemos a la siguiente fase de la relación —le hizo un gesto de manos a Vladimir y éste le pasó un papel—. Ambos me cederéis la isla y la mansión Williams.

Una firmita y bastará para que todo sea mío.

—¡Antes muerta que dejar la isla en tus manos!

Enzo asintió de acuerdo conmigo.

Y Tommy sonrió triunfante.

—¿No lo ves? Ya está en mis manos. Vosotros estáis en mis manos. Y si no firmas tú primero, le diré a uno de mis hombres que le pegue un tiro en la cabeza a Enzo —el corazón me dio un vuelco y los ojos se me humedecieron. No. No. No. Ahí estaba el verdadero Tommy con una emponzoñada alma—. ¿Quieres verlo? ¿Lo quieres ver de verdad? ¿Quieres ponerme a prueba?

—Si es como pensamos, no lo puedes matar —alegó rápidamente Laida—. Si ambos están conectados con la puerta estarán conectados con muchas cosas de la isla.

—¿Dean por qué no les dejas marchar? —expresó un encogido Vladimir.

Él pasó de ellos.

—Por lo pronto vais a venir conmigo —observó el lugar con atención—. Si Laida está en lo cierto, entonces seguiréis con vida.

Le hizo un gesto rápido a un hombre y éste se adelantó para llevarme, Enzo se puso rápidamente por delante tapándome con su musculoso y celador cuerpo, emanando furia y negando en un gesto mortífero. El hombre se detuvo a medio camino mirando a Tommy.

—No lo pongas más difícil —le dijo Tommy a Enzo haciéndole otra señal al hombre para que se retirara—. Somos más que tú.

—No te la vas a llevar de nuevo —la agresiva y fiera voz de Enzo estremeció hasta mi alma.

—Esto me está aburriendo mucho —resopló Tommy como el loco que era con una expresión impaciente.

Muerta de temblores por la situación crítica en la que nos encontrábamos, vi a Enzo hacerme una señal con sus manos por detrás de su espalda que solo yo podía ver, y se las tomé sintiendo como me agarraba con fuerza.

—¿Confías en mí? —me preguntó por encima de su hombro en un murmullo.

¿*Qué vamos a hacer?* Me pregunté.

Vi en su expresión que él sabía lo que hacía. Y sé que confiaría en él hasta con los ojos cerrados.

—Sí —le susurré con firmeza sin apartar los ojos de ellos.

Él caminó hacia atrás y automáticamente imité sus movimientos mirando hacia el lugar que nos dirigíamos. Abrí más los ojos al saberlo e intenté rápidamente que no se notara en mi expresión. Y tragué aire para calmarme. Cuando lo vi más claro, la adrenalina corrió como un río por mis venas. Íbamos a hacer algo realmente peligroso, y no quería profundizar que tan loco era lo que Enzo había pensado.

—Estáis atrapados —nos amenazó muy tranquilo Tommy.

Parecía que ninguno de ellos tres advertía lo que pretendía Enzo.

—Eso es lo que tú crees —fue lo único que le respondió Enzo.

Tommy no se dio ni cuenta de lo que en verdad pretendía Enzo al tomar la palanca. Lo cual me sorprendía, ya que a él no se le escapaba nada. Quién dio el grito de alarma fue otro.

—¡Detenerlos! —gritó Vladimir con ferocidad.

Los tres hombres se apresuraron en llegar a nosotros implacables y agresivos e imaginé que no escaparíamos, pero por la astucia y temeridad de Enzo así fue. Movié la palanca en horizontal y caímos los dos deslizándonos por la rampa que se abrió del cuadrante metálico.

Lo único que sentí fue la mano de Enzo atrapar la mía en el aire, y luego como caía al vacío y

mi cuerpo se tensaba en la caída llena de negrura. El vértigo me ahogaba, y una oscuridad me atrapaba sumergiendo la luz de arriba y debilitándola hasta hacerla desaparecer. Nuestros mortales cuerpos amortiguaron sobre dos plataformas inclinadas consiguiendo esta vez que la mano de Enzo se desligara de la mía y me deslizara a la parte opuesta, alejándolo de mí. Escuché su grito ahogado al decir mi nombre, pero la oscuridad me absorbió por completo y no fui capaz de ver nada más que la eterna oscuridad, sintiendo como seguía deslizándome mientras de mis labios se escapaba un retumbante grito que asfixiaba mis pulmones. Como si fuera una muñeca de trapo, continué deslizándome y sentí como rodaba sobre el borde de esa plataforma de piedra y caía por ella al resbalse mis manos sin poder agarrarme.

Imaginé mil cosas en esa caída en la que solo escuchaba mi grito lleno de pánico y ahogado por el impulso de la caída. Las dos primeras imágenes eran las que no paraba de repetir. Una *muerte directa* por una altura lo suficientemente elevada para romper mis huesos. O que ahí abajo habría algún tipo de *arma puntiaguda* que me esperaba como un verdugo. Y nunca culparía a Enzo de su decisión de darle a la palanca. Yo también lo habría hecho antes de volver a estar presa de Tommy. Me arriesgaría a cualquier peligro con tal de alejarme de él.

Pero la caída fue rápida, dura y áspera desplomándome sobre una especie de pirámide. Caí sobre algo apilado que no pude identificar en la oscuridad. Me quedé inmóvil y bocabajo, y la presión de mi pecho por la caída logró que la respiración y las pulsaciones se dispararan descontroladas.

Lo primero que pasó por mi mente fue Enzo. Dónde estaba. En qué zona había caído. Si se encontraba malherido. Permanecí en silencio esperando oír algo, pero no escuchar nada atizó mi corazón pensando lo peor.

El olor a putrefacto no tardó en venir hacia mis fosas nasales, y una vez que lo respiré sentí una arcada tras otra. Me impulsé hacia delante abriendo la boca al sentir la bilis subir por la garganta, pero no eché nada. Aguantando las náuseas como podía, me puse de rodillas mirando una oscuridad que me rodeaba y me engullía como su presa letal. No era consciente del entorno en el que me encontraba. La oleada de ansiedad me oprimió palpando el aire buscando a Enzo, lo que me hizo caer hacia abajo, rodando como un tonel y magullándome cada centímetro de mi piel.

Me frené de golpe al agarrarme instintivamente a un palo que parecía estar encajado en esa pirámide y que me sostuvo en el aire, saliendo de mis labios un quejido quebrado de dolor. Balanceándome, noté una zona sin inclinación y en plena oscuridad apoyé las manos sobre más palos de madera llegando a ella, y me topé con algo redondo bajo mis pies. Lo cogí palpando su áspera y arenosa superficie. El olor seguía siendo insoportable, y lo que tenía en mis manos destilaba ese horrible olor. Esto no eran palos apilados piramidalmente, era algo más. El olor aumentó siendo repugnante y vomitivo. Como necia, seguí tocándolo, imaginando en la oscuridad que era. Dibujé en mi mente su perfecta forma redonda, una base cuadrada y perfectamente lineada que se deslizaba más abajo de la parte redonda con varios orificios, y lo que parecía formar una dentadura.

Ahogué el aire. No eran palos... esa pirámide no eran palos de madera.

Sentí como mis manos ardían y lo solté sin que me diera tiempo a pensar que incorporarme sería catastrófico, y rodé hacia abajo entre gritos y pánico llegando a la tierra, pero mis manos no lograban tocarla, sacudiéndolas en el aire. Cuando más quería ponerme de pie, más los tocaba y saltaba entre gritos. Estaba rodeada, completamente.

—¡Adara!

La voz de Enzo fue una suave luz buscándolo desesperada.

—¡Enzo!

Y un destello brotó del entorno reconociendo la linterna. Respiré aliviada al verlo y me quedé de rodillas guiñando los ojos mientras esa luz se acercaba con premura, y unos segundos después, unos cálidos brazos me rodearon sintiéndome a salvo. Solté un sollozo sobre su pecho, agarrándome con fuerza a su cintura para no desvanecerme sobre el suelo. Él guardó la linterna con celeridad en su cintura iluminándome, y me tomó el rostro entre sus manos mirándome ansioso, buscando algún signo de lesión.

—¿Estás bien? —me dijo ansioso.

—Sí. ¿Y tú? —me falló la voz tras el intenso miedo de casi haberle perdido. No podíamos dejar de tocarnos con desesperación.

—También —sus ojos me miraron mortificados arrastrando la culpa en su expresión angustiada—. Lo siento. Lo siento —apoyó su frente contra la mía respirando acelerado, estrechándome en sus brazos al sentirse abrumado—. Tenía que hacerlo. No podía permitir...

—Lo sé. Lo sé —le interrumpí acariciando su mejilla, tranquilizándolo—. Estamos bien. Es lo que importa.

Al quedar el espacio iluminado en el que estábamos, lo observé con más detenimiento. Y fue uno de los errores más grandes que cometí. El cuerpo se me agarrotó. Tomé un par de bocanadas de aire, pero no me sirvieron de nada. Ahogué un grito de pavor y me levanté corriendo sintiendo como tropezaba varias veces y me inclinaba hacia delante, con una luz que se deslizaba como una serpentina que me iluminaba por detrás. Tocarlos solo me hacía gritar más y huir como si mis pies estuvieran envueltos en llamas.

—¡Adara! —me llamó, oyendo como me perseguía.

Los pies se me hundían en ellos, tambaleándome al verme los temblores de mi cuerpo. Ansiaba desesperadamente salir de ellos, pero por más que corría seguía pisándolos. Su crujido atenazaba mi mente, me perforaba los oídos sintiendo mis pulsaciones por las nubes.

—¡Adara! Quédate quieta —me suplicó preocupado.

No pude refrenar mi ansia por escapar. No pude hacerle caso. El terror me había gobernado. Allá donde miraba estaba todo lleno. Docenas y docenas. Mirara donde mirara —con luz o sin luz — los veía como si fuera una horrible pesadilla, aun cuando la oscuridad era la que reinaba en este lugar, pero la imaginación tras haber visto solo un puñado se me disparaba traicionándome. La bilis subió por mi garganta, quemándome como un látigo de fuego que se apresaba por todo mi cuerpo. Comencé a sentirme mareada y un ataque de pánico venía en camino dispuesto a desbaratar mi intacta cordura.

No llegué a ningún lado, unos brazos enérgicos me giraron y me estrecharon contra un cuerpo musculoso. Entre la locura que me tenía prisionera, reconocí a Enzo. Luché en sus brazos unos segundos y me sentí desfallecer por el hedor, por lo que mis ojos no podían dejar de ver, y él me agarró el rostro con firmeza con una mano obligándome a mirarlo, mientras ligada su otro brazo a mi cuerpo para encadenarme a él.

—Adara, cariño, escúchame —empleó un tono tan duro y autoritario que mis ojos lo miraron rápidamente desvaneciéndose mi lucha en sus brazos—. Shh, tranquila. Estoy contigo —mi pecho se agitó una y otra vez con las lágrimas en los ojos, notando mis brazos apoyados en su pecho—. Solo mírame a mí. ¿Vale? Mírame.

Asentí temblorosa.

—¡Está lleno de esqueletos, Enzo! —balbuceé con la voz quebrada—. Todo... todo está... no puedo... quiero salir...

—Lo sé —limpió las lágrimas de mis mejillas—. Por eso no quiero que dejes de mirarme. ¿De acuerdo?

Asentí frenética varias veces. Estaba en un estado de conmoción. Solo quería correr, gritar y no mirar atrás. Pero su profundo océano de ojos grises me trajo de nuevo la cordura perdida, las ganas de plantar mis pies con firmeza sobre el suelo, y querer mirar atrás tantas veces para decirme; «*no tengo miedo*». Nunca he profundizado la suerte que tenía de tener al hombre que hacía despedazar mi miedo y lo convertía en un rugido de lucha y valentía.

Después de conseguir tranquilizarme un poco sin dejar de abrazarme, él levantó la vista buscando lo que tendría que ser la salida, sin despegarse de mi cuerpo. Una parte masoca quería que mirara de nuevo lo que tenía debajo de mis pies, lo que me rodeaba y de ellos salía un hedor a putrefacto que este lugar oscuro y encerrado había conservado muy bien para quienes quisieran vomitar.

Me negué cabeceando y apretando la boca para mantenerme serena.

—Sígueme —me tomó con fuerza de las manos y con la mirada puesta en su rostro, lo seguí. Bajo mis pies crujía todo hueso que tocaba y eso hacía que el pánico aumentara—. ¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi en el muelle? —negué con la cabeza con la respiración colapsada y lo vi sonreír entre la leve luz mientras me guiaba—. Pensé que eras una diosa envuelta en ese vestido blanco que estaba creado para hincarme a tus pies —me hizo reír entre el pánico y la ansiedad aflojando la tensión de mis músculos, y él acompañó mi risa—. Joder, como me gustaba ese vestido. Estaba hecho justo a tu medida. Aunque te dijera que no era lo más adecuado para llevar a la isla y me comportara como un estúpido y rudo pescadero. No sabes las mil formas que pasaron por mi cabeza para quitártelo. Las mil ganas que tenía de besarte en el barco, de estrecharte en mis brazos para tocar la tela que había desencadenado mi locura y mi ferviente deseo —seguimos caminando sin dejar de mirarnos—. Lo tengo muy presente en mi cabeza ese vestido. Como si fuera ayer. Y créeme cuando te digo que le pediré a Aliza que te haga el mismo vestido con el que nos reencontramos.

Sé lo que pretendía. Distraerme. Hacerme olvidar lo que pisaba. Y eso solo hizo que lo amara más. Hablarme de cuando nos conocimos en el muelle, de saber que mi vestido lo volvió loco de deseo, ayudó acallar mi miedo de verme rodeada de muertos. Él debe estar machacado por la caída, también algo asustado y aun así solo pretendía hacerme olvidar que estaba rodeada de esqueletos. Y envidiaba su temple a la hora de estar encima de docenas de esqueletos que no teníamos más remedio que pisar.

—¿Por qué no me lo dijiste? —murmuré mientras intentaba pensar claramente—. Pensé que no te gustaba ese vestido.

—Gustarme creo que se queda corto —lanzó un suspiro ardiente—. Casi me volví loco ese día en el barco.

Reí entre dientes, más que complacida, y cuando sentí el suelo arenoso y despejado respiré de alivio abrazando de lleno a mi hombre. El único que era capaz de ser mi fortaleza.

—Gracias —susurré con mi boca contra su cuello.

Sus brazos me rodearon con más ternura y delicadeza, y sus labios besaron mi frente adorándome con la mirada. Después la bajó e inhaló fuertemente cabeceando, echando un paso hacia atrás con un rostro enfadado.

—Yo diciéndote que no seas temeraria y que no arriesgues tu vida... —se reprochó atónito—, y soy el primero en romper esa regla.

—¿Era una regla? —pregunté asombrada.

—He intentado convertirla en una regla, pero está rota —me sonrió con gesto de complicidad—. Después de lo que he hecho está prácticamente rota e inservible.

Esbocé una leve sonrisa. El pánico estaba extinto en mi cuerpo, pero no pude evitar hacer una mueca de estupor y horror.

—¿Qué crees que pasó con todos ellos?

Él suspiró y los contempló alumbrándolos con la linterna. Yo no me atreví a mirarlos, por lo que miré su hombro tapándome la nariz y la boca con la mano al no soportar el olor que desprendía el lugar.

—No lo sé. Pero son... muchos —no determinó un número exacto y sentí la tensión de su voz y el impacto—. Y llevan mucho tiempo. Siglos tal vez. Eso de allí arriba es una trampa. Alguien la diseñaría a modo de trampa.

Y si era una trampa. ¿Por qué al lado de la palanca ponía: *no tocar*? No tenía ningún sentido si fue diseñada a modo de trampa.

—¿Pero qué humano podría hacer algo tan macabro y oscuro como encerrar aquí a esas personas? ¿Lo hizo cuando aún vivían? ¿Las mató y tiró aquí sus cuerpos? —me estremecí de solo imaginarlo y me froté los brazos con fuerza alejando esa sensación.

—Quien fuera lo tenía todo muy calculado. Esto es una fosa —alumbró hacia arriba pero solo vimos un agujero negro que te ponía la carne de gallina de solo verlo—. Tal vez estemos a veinte metros bajo tierra.

—¡Pero si esto es una fosa no habrá salida! —me volvió el pánico.

Eso significaba que nos quedaríamos aquí atrapados entre todos estos muertos que nos rodeaban. Empecé a hiperventilar.

—Recuerda que estás con un Mac tíre —Enzo me giró hacia él y su tibia caricia en mi mejilla fue un soplo para mi cordura emocional—. Y un Mac tíre no se queda encerrado en ningún lugar a no ser que quiera estar ahí.

Sonreí con los labios temblorosos mientras lo veía inspeccionar la zona, alejándose unos pasos. Cuando me di cuenta de lo que tenía detrás, lo seguí rápidamente huyendo de esa zona repleta de muertos.

—No te estoy reprochando nada, y sé que no es el mejor momento —habló con una voz pausada mientras alumbraba las paredes rocosas—. ¿Pero cuándo fue que supiste que Dave podía ver a Berenice?

—En la boda —contesté distraídamente al sentir un gélido aire atizar mi nuca y me pegué más a él no mirando atrás—. Estaba hablando con Dave cuando él la señaló porque decía que iba mal vestida para una boda, solo la vio de espaldas, pero yo la reconocí. No podía creer que él pudiese verla.

—¿Berenice estuvo allí? —eso pareció sorprenderle.

Asentí creyendo que ya lo sabía. Se quedó un momento serio y pensativo y prosiguió en la búsqueda de una salida. Exhalé un quejido sintiendo un leve pinchazo en la marca y me llevé la mano a ella, notando en ese instante como desaparecía de inmediato esa leve molestia. Enzo se dio cuenta y se giró rápidamente para examinarme.

—No es nada —repuse de inmediato.

—Déjame verla —insistió dando un paso hacia mí.

—No —retrocedí unos pasos sintiéndome roja—. Me da cosa que la mires. Solo es una mancha sin forma ni nada.

Nunca me había gustado mi marca de nacimiento. No es que lo fuera expresando a los cuatro

vientos, pero siempre me dejaba más el pelo suelto por culpa de ella, para que nadie viera esa mancha.

Él sacudió la cabeza con una expresión tierna.

—No tienes que avergonzarte de ella. A mí me gusta.

Una risa histérica salió de mis labios.

—¡Cómo te va a gustar un manchurrón en la piel! —exclame azorada.

—Ese manchurrón como tú lo llamas forma parte de ti —era adorable la forma en que lo decía con esa sonrisa pícaro que daba un brillo de luz a su rostro—. Y todo lo que forma parte de ti es hermoso.

Consiguió prácticamente derretir mi corazón en un segundo. Ese era *El efecto Enzo*. Seducirme por completo y sentirme como una reina. Me crucé de brazos refunfuñando hacia otro lado. Esas maravillosas palabras jugaron a su favor.

—Te odio por hacerme sentir más guapa con la marca —murmuré entre dientes sin aspecto enojado.

—Me quieres —lo tuve a unos centímetros de mí sosteniendo mi rostro, y me plantó un beso en los labios—. Y el trabajo de mi vida es hacerte sentir la más hermosa, la más resplandeciente, la más poderosa, la más todo —me susurró al suave roce de nuestros labios juntos.

Oh Dios. Esa sensación estremecedora que recorrió mi cuerpo fue la mar de tentadora en una situación como esta. Me puse de puntillas y le di otro beso en los labios más profundo. Si no estuviera Enzo aquí conmigo, si cada célula de mi cuerpo no supiera lo mucho que me amaba y todo lo que arriesgaba por mí, así como yo lo amaba —incondicionalmente— y arriesgaba mi propia vida por él... nunca hubiera sido capaz de estar encerrada en esta fosa casi a plena oscuridad. Me habría vuelto loca. La luz de la linterna no era la que me guiaba y me ayudaba a estar en calma. Era él. Enzo era mi luz.

Por un momento, me quedé pensativa con mis manos apoyadas en sus hombros. Algo no dejaba de rondar mi cabeza.

—¿Qué te pasa?

—Lo que dijo Tommy —bajé el volumen de mi voz buscando una respuesta coherente, pero seguía sin encontrarla—. Cuando contó lo de mi historia con la rata.

—¿Qué con eso? —frunció el ceño con más atención al verme ensimismada.

—Tenía seis años cuando sucedió —comencé con el rostro alterado—. Pero nunca se lo conté a nadie. Quiero decir, la verdad. Nunca conté la verdad. Que esa rata arruinó los planes de un cumpleaños y yo me eché la culpa porque si decía que había sido una rata, sé que no hubiesen hecho otro pastel para Misi. Así es como se llamaba esa niña. Porque habrían desmantelado la cocina para buscar más ratas y desperdiciar el día de su cumple con una limpieza profunda.

—¿Estás segura que no se lo contaste a nadie?

Sé que solo tenía seis años cuando ocurrió. Y que podría tener alguna laguna de ese día al ser apenas una niña. Pero no. Yo tenía muy presente ese recuerdo, porque esa rata me asustó mucho. Y no es que me hiciera nada, simplemente me marcó entrar en la cocina y verla dentro del pastel, comiéndoselo.

—Completamente —respondí con firmeza.

Y el hecho de saber que Tommy tiene ese detalle de mi niñez que solo yo sabía me tenía descolada y con el vello de punta. ¿Por qué demonios me lo dijo? Y ya no era el hecho de decírmelo, si no su forma de hacerlo. O yo me estaba volviendo realmente majareta o Tommy empleó un tono enternecedor.

Solté aire bruscamente frotándome la cara.

Dios, eso era absurdo. *¡Estábamos hablando de Tommy!* El mal personificado.

—Adara —le miré a los ojos volviendo con él—. Eras una niña y puede que si lo hicieras, pero no lo recuerdas.

—No —expresé ahogada por la conmoción—. Yo estoy segura de que no se lo dije a nadie. Ni siquiera a Madre Aurora. ¿Cómo Tommy sabe esa historia? No tiene sentido.

Él suspiró echando un vistazo a la fosa.

—Retomaremos esta conversación más tarde —me plantó un beso en la frente que me confortó—. Tenemos que salir de aquí.

Asentí de acuerdo, pero sé que era algo que ya no podía quitarme de la cabeza.

Enzo tomó del enganche de su cintura el Walkie-talkie rojo, activándolo. El walkie solo tenía dos canales privados. Y Enzo lo intentó en los dos, repitiendo lo mismo varias veces.

—Uriel, Aliza, Dave, cualquiera de vosotros, ¿me escucháis? Cambio —esperé unos segundos más con un rostro impaciente—. Estoy en el canal dos, ¿me escucháis? Cambio.

Gruñó guardando el Walkie-talkie.

—Aquí se pierde la señal —maldijo con la boca apretada y una mirada afilada que fijaba a nuestro alrededor.

—¿Y qué hacemos? —lancé la pregunta con una sensación de inquietud.

—Necesitamos que Santa Berenice aparezca —dijo con una nota irónica y divertida en su voz.

Le puse mala cara sin hacerme gracia.

—Por favor, no empieces tú también —le supliqué de inmediato—. No la llames así. Ya tiene bastante con que Dave se refiera a ella como «muerta».

—Dave se pasa de la raya —replicó más serio.

—Me he dado cuenta que cuando le duele el pecho se esfuma —cambié de tema al recordar lo que hacía Berenice.

—¿A un muerto le puede doler el pecho? —preguntó de forma extraña.

—Yo tengo la sensación de que está viva.

—Es una sensación loca.

—Lo sé —dije cabizbaja.

Apoyó su dedo índice y pulgar en mi mentón para que nuestras miradas se cruzaran.

—Pero me gusta todo lo loco... —sus ojos brillaban con una complicidad que aceleró mi corazón porque estaba bañada de calidez y ternura—, porque yo también tengo un poco de eso. Así que estoy contigo.

Le sonreí. Y me di la vuelta mirando que la linterna de Enzo había virado hacia una zona alejada del foso que estaba más resguardada, entre paredes de tierra y no de roca, como eran las principales paredes de este lugar. Sentí un vuelco en el corazón al ver un esqueleto recostado contra la pared con la cabeza hacia abajo. Como si hubiera muerto en esa posición. Me dio un escalofrío horroroso. Fuera hombre o mujer era una sensación espeluznante verlo así y saber que murió aquí abajo. Estuve a punto de apartar la mirada por la triste y amarga sensación que me embargó cuando vi algo marrón debajo de su fémur. Escudriñé la mirada para saber que era.

¿Eso era una hoja de papel?

—Eh, mira —le señalé con el dedo. Enzo se giró observándolo con la luz de la linterna y me hizo un gesto de que me quedara aquí, y él se acercó al esqueleto y volvió con ese trozo de papel en el que ya estaba sumido con mucha profundidad, poniéndome a su lado para también leerlo.

20 de diciembre de 1777.

Deben ser posiblemente mis últimas palabras de vida. Nos hicieron una promesa. Una promesa disfrazada de mentiras, engaños y muerte. Me encuentro en el rincón más alejado con una pequeña antorcha de luz. Pero sé que pronto esa luz se marchitará. Y yo, con ella. Cada vez me cuesta más respirar. Hace unos minutos que he dejado de oír gritos de agonía y ahora reina un silencio que abre mis carnes. Sé que no servirá de nada escribir estas últimas palabras en este papel, pero me conforta algo el saber que alguien me leerá algún día y sabrá de nuestro engaño.

Saber que nunca más volveré a ver a mis niños, a dar clases a esos chicos traviosos y necesitados que yo ayudaba, es peor que esperar la muerte. Nunca debí embarcarme en este viaje. Supongo que lo hice con el aliciente de saber que sacaría de la pobreza a mis niños. Y ahora nunca más los volveré a ver. ¿Qué será de ellos? La culpa me reconcome mientras muero. Él solo sabe decir una cosa: «Mi ambición no tiene límites. Pisaré a quien intente impedir que alcance mi poder». Ahora que estoy sepultado en este lugar, he visto su lado oscuro y codicioso. Jonathan Williams nos tendió una trampa. No quería repartir con nosotros lo que encontrara en esta extraña isla. Han muerto todos. Soy el único superviviente, pero no me queda mucho tiempo. El gas que hemos inhalado cada uno de los que caímos aquí ha sido el que nos ha sentenciado. Yo moriré Jonathan, pero espero que haya una justicia divina y tú recibas el castigo que mereces por matar almas inocentes que solo te siguieron porque les prometiste un paraíso de oro.

Ash Weber.

—¡Jonathan Williams! —exclamamos los dos mirándonos alarmados.

Los recuerdos efectuaron rápidamente. Recordé de inmediato el fragmento que leí de las *Crónicas de los Williams* en la que mi bisabuelo Leonard, decía que su tatarabuelo, Jonathan Williams, le había dejado como herencia la mansión y la isla.

—Mi antepasado —me tembló la voz mirando a Enzo—. Él los mató a todos. Les tendió una trampa y los dejó aquí —me llevé una mano a la boca, impactada.

CAPÍTULO 13

ENZO

Estaba asustando a Adara. Era un hecho. ¿Por qué? Sencillo. Cuando he asociado las palabras «Jonathan Williams» con «gas», me había guardado la carta con rapidez y me he puesto frenéticamente a buscar lo que cruzaba por mi mente, pensando en una sola cosa. La isla Williams esconde una belleza que oculta un velo resistente de maldad. Un velo de maldad que ella misma creaba y que podía retorcer hasta el corazón más puro. Lo que había aquí transformaba a las personas. De eso estaba seguro. Completamente. Solo tenía que echar un vistazo a la carta de Ash, a la carta que también encontramos en los subterráneos debajo de la mansión, o el mismísimo Tommy. Es todo eso que me ha hecho concluir que aquí había algo que te hacía perder la cabeza; tanto como para matar.

Ni siquiera dejé que Adara analizara con profundidad la maldad que mostraba esa carta en contra de Jonathan, porque si era verdad, ella se sentiría realmente decepcionada, y un mar amargo de tristeza la embargaría respecto a sus antepasados. Ya de por sí sentía un profundo y devastador sentimiento contradictorio por todas las historias que corrían sobre los Williams. Para que ahora jodidamente se sumara que descubriéramos que el tatarabuelo de Leonard fue un sanguinario asesino sin piedad, y con una codicia y una maldad oscura. Aunque debo reconocer que el comportamiento de Tommy ya no me parecía tan irracional si en la familia Williams había antecedentes psicópatas.

Una sensación espeluznante me tenía sometido y me moví por esa fosa en busca de lo que producía el gas. Alumbré las paredes de roca alejándonos del centro repleto de esqueletos de pobres desgraciados que cayeron en la trampa de Jonathan.

—Enzo —me siguió apresurada—. ¿Qué ocurre? Me estás asustando.

Era la quinta vez que me lo preguntaba desde que leímos la carta de Ash Weber. Me concentré al máximo en la búsqueda, aguantando la respiración por el hedor del lugar que te retorció el estómago, hasta podía notar sin verlo como Adara se tapaba la nariz y apretaba los labios haciendo muecas de asco.

Berenice no iba a aparecer así que tenía que hacer todo lo posible y hasta lo imposible por sacar de aquí a Adara.

Adara era demasiado buena para culparme por estar aquí atrapados. Yo seguía fustigándome por ello. Pero no me arrepentía de haber activado la palanca de la trampilla —si eso significaba salvarnos— porque eso hizo que nos alejáramos de Tommy. Sin embargo, fue una verdadera temeridad que pudo costarnos la vida o resultar heridos gravemente, y eso sería algo que no me perdonaría. Cuando allí arriba perdí la mano de Adara el miedo me apresó de un modo que ahogó mi alma y mi corazón a la vez, haciendo tambalear mis cimientos.

En mi investigación por ese lugar encontré cruces celtas invertidas en varias de las paredes, talladas en la misma roca, dejándome perplejo; y no solo a mí. Joder, esto ya estaba rozando lo satánico, y mi intranquilidad estaba desbordándose en mi barómetro.

—¿Por qué están invertidas las cruces?

—No lo sé. ¿Para burlarse? —sugerí.

—Quién lo hizo fue muy retorcido.

En eso le daba toda la razón y era demasiado escalofriante pensarlo.

Una de las paredes captó mi atención alumbrándola con la linterna. Pasé la mano por la áspera pared, tocando esos pequeños agujeros no más grandes que la yema de mi dedo y que se agrupaban extendiéndose a lo largo de la pared, con una profundidad oscura en la que no se visualizaba nada.

Oh, mierda.

Me giré abrupto alumbrando toda la fosa desde lo más alto hasta donde estábamos nosotros, cayendo en la cuenta de que era este sitio.

—¿Qué son? —se puso a mi lado señalando los agujeros.

—No es una fosa —me volví hacia ella, alarmado—. Es una cámara.

—¿Para qué?

Mi maldita intuición no me había fallado.

—Una cámara de gas arcaica. Todo aquel que entre aquí muere. Por esos agujeros sale el gas. Sentí como Adara se estremecía y echaba dos pasos atrás de la impresión.

—Y no pienso quedarme para averiguar si vuelve a activarse el gas —dije rápidamente.

Me deslicé hacia otra pared mirando desesperado todo lo que me rodeaba.

—¿Y si lo hemos inhalado? —me preguntó con una voz temblorosa.

—Lo notaríamos —deduje al sentirme como un roble y me frené en seco mandándole una mirada sobresaltada—. ¿Cómo te encuentras tú?

—Bien.

Recogí aire dejando un poco la tensión atrás tras su respuesta.

—Voy a sacarte de este lugar. Por mi culpa estamos aquí atrapados, y lograré que salgamos —seguía culpándome y retorció el gesto de rabia—. Quien lo diseñó tenía que hacer una salida. Qué sea una cámara arcaica es buena señal, significa que habrá una salida.

—¿Y si no es así? Míralos —hizo un gesto sin mirar hacia los esqueletos que los envolvía la oscuridad, con una expresión de horror.

—Porque se vieron afectados por el gas una vez que cayeron. Tal vez no tuvieron más de diez minutos de vida —Adara se quedó pálida ante mi frío comentario y suspiré masajeándome las sienes—. Es solo mi suposición. Tal vez algunos o muchos murieron en el acto al no rebotar en las plataformas de arriba como tú y yo.

Dejé de hablar y continué en la búsqueda de una salida. Me pasé minutos buscándola, desesperándome en cada segundo que transcurría lento. De pronto, me parecía tan loco y descabellado que esta cámara antigua que estaba creada para darte una agónica sentencia, tuviera una salida, pero no estaba dispuesto a rendirme y mucho menos a esperar que inhaláramos ese gas. Mantuve también un ojo en Adara por si le daba un brote de pánico; otra vez. Y totalmente justificable. Estábamos a veinte metros bajo tierra —posiblemente— y rodeados de esqueletos. A no ser que tu corazón fuera exactamente una piedra latente, los síntomas de ansiedad y pánico prevalecen en ti. Y si tenía que distraerla de nuevo recordándole pequeños detalles que ella no sabe, lo volvería a hacer. Fue un verdadero deleite ver como sus mejillas se encendía cuando le comenté lo del vestido. Cierta dolor repentino intentó hacerme caer, pero lo resistí golpeándolo con mi fortaleza, demostrándole que era más fuerte que él. *No. Ahora no.* Me dije, disimulando que no lo sufría, inquieto porque ella se diera cuenta. Mi misión era sacar a Adara de este maldito lugar. Y no pensaba limitarme en nada.

El hedor pestilente se mezcló con una humedad que impregnaba el poco aire de aquí, y la seguí, aumentando con cada paso. La pared con la que me topé era totalmente diferente. Inhalé

cuidadosamente por la nariz y eché un paso atrás.

—Lodo —expresé confuso. Adara lo miraba fijamente—. Es una pared de lodo.

Hundí solo un dedo en la pared notándolo helado y glutinoso. ¿Por qué de todas las paredes de roca, está en especial estaba cubierta de lodo? Y no tardé mucho en adivinarlo o en rezar fervientemente en que fuera como pensaba. *Debe ser una completa locura, pero tiene que serlo.* Pensé. Le pasé a Adara la linterna dejándola con la palabra en la boca al verme marcharme con rapidez, y me deslicé veloz hacia el centro de la cámara, y volví unos segundos después con algo en mis manos que consiguió que Adara se quedara sin aliento.

—¡Enzo! —me reclamó boquiabierta.

—Lo siento —me disculpé mirándolo apenado—. Pero no veo de otra y tenemos que salir de aquí. Esto es supervivencia. Lo siento por él —lo decía de corazón—. ¿O quieres seguir aquí?

—¡Claro que no! —refutó.

—Lo suponía —y me giré hacia la pared golpeándola con el húmero del pobre hombre de entre los cientos que murieron aquí. Di un golpe tras otro, viendo como el lodo caía mientras Adara me alumbraba encogida por el frío que hacía aquí. Eché un paso atrás, viendo cómo se amontonaba en el suelo el lodo que rascaba de la pared. Cuando conseguí abrir una grieta que produjo que un agujero se abriera en el lodo, me paré un momento al sentir una frágil brisa que casi fue imperceptible pasando de ese lugar a nosotros. La luz de la linterna se filtró con debilidad en el agujero descubriéndose ese pasadizo secreto. Le mandé una mirada a Adara, y ella me sonrió con más alivio que nunca. Después de unos golpes más, tiré el hueso empleando mi mano para escarbar y abrir un hueco lo suficientemente grande para que entráramos los dos.

—No tiene sentido —sacudió la cabeza con una expresión turbada—. ¿Por qué una pared de lodo? ¿Va a regenerarse después de que pasemos?

Intenté contener una sonrisa ante su sarcasmo mientras me sacudía la mano llena de lodo.

—No debería importarnos si tiene sentido o no —nada en la isla lo tenía. Y cada cosa que se descubría era más enmarañada—. Es la salida secreta —tomé su mano y entramos cogiendo yo esta vez la linterna.

¿Por qué hacer este tipo de salida tan fácil de descubrir? ¿Por qué Ash no la vio? A eso sí que no dejé de darle vueltas.

Fuimos con pies de plomo en ese estrecho pasillo que nos hizo agazaparnos unos centímetros al estar el techo tan cerca de nuestras cabezas. Y en ese momento, capté la atención de un flujo de agua que parecía correr con fuerza. Ese pasadizo desembocaba en una más que clara y posiblemente peligrosa salida de emergencia.

Joder. ¿Por qué malditamente no diseñó unas escaleras que fueran hacia arriba?

Alumbré la corriente de agua que había oído momentos atrás. Nos quedamos al pie de un bordillo que caía en picado hacia un río subterráneo, donde el agua fluía con una continuidad que dejaba una espesa espuma en la superficie al arremeter en su naturaleza impetuosa. Las paredes erosivas y llenas de moho no dejaban cabida para que te agarraras a ellas. No era un río con opciones. Era saltar y tentar la suerte. Maldije en mi interior pensándolo solo unos instantes. Los instantes que me hicieron tomar la decisión, porque volver atrás no se convertía en una opción viable.

Miré a Adara que se mordisqueaba el labio, indecisa.

—Tenemos que saltar —le aseguré.

—Lo sé —contestó con un atisbo de ahogo—. Pero no parece seguro. ¿Y si nos arrastra hacia otra cámara arcaica de esas?

Sacudí la cabeza.

—Sospecho que nos llevará hacia el exterior.

No podía estar equivocado. Sé que saldríamos al exterior en un noventa y ocho por ciento. El otro dos por ciento me sentía tan desconfiado como ella. Y ese escaso por ciento estaba intentando desequilibrar mi decisión al sentir que era peligroso y una amenaza para nuestras vidas.

—Es bueno que uno de los dos tenga fe —dijo nada confiada.

Le sonreí y tomé su barbilla girando su rostro hacia el mío.

—¿Confías en mí?

Me sonrió.

—Siempre.

Eso era lo único que necesitaba escuchar. Lo confortante que fue para mi corazón. Tan cálido y lleno de luz. Respiré hondo para concentrarme. Y me aseguré que la linterna y el Walkie-talkie estuvieran bien sujetos en el enganche de mi cintura, revisando que Berenice específicamente había escogido un modelo resistente al agua de la linterna y el Walkie. Ella siempre pensando en todo.

Agarré la mano de Adara entrelazando nuestros dedos con fuerza. Nos miramos. Y a mí señal. Saltamos.

La corriente era más rápida de lo que pensé y nos arrastró como su presa. Sostenía con mi vida la mano de Adara, nadando los dos de lado, cautivos de la fuerza del agua. Íbamos rápido, pero todo marchaba bien. Apenas la luz de la linterna se visualizaba en el agua, haciéndonos prisioneros de la oscuridad que rodeaba ese río. Sé que Adara estaba asustada —lo que daría por borrarle esos surcos de su rostro que denotaban miedo y desesperación—, pero quería que mantuviera la esperanza de que conseguiríamos salir de aquí.

De pronto, noté que algo hacía presa en uno de mis pies, presionándolo con fuerza, sumergiéndome hasta los ojos, fue lo suficiente para que mis dedos se abrieran y dejara escapar la mano de Adara.

¡NO!

Con los oídos taponados de agua, escuché su grito distorsionado y subí a la superficie con brío viendo agónicamente como el río se la llevaba sin poder detenerlo, creciendo una impotencia que estalló en mi interior.

—¡Adara! —grité su nombre con el agua engulléndome al sentir como el río se la llevaba de mi lado.

¿Cómo era posible que hubiese soltado su mano?! Intenté llegar a ella nadando a favor de la corriente, moviéndome como ella quería al no manejarme bajo mi control, pero no me importaba, al ver como Adara a unos escasos metros intentaba girarse hacia mí, pero la fuerza del agua no se lo permitía y se agitaba una y otra vez agotando sus fuerzas, prisionera del pánico y el miedo. Intenté gritarle que se dejara llevar, y el agua me engulló de nuevo envolviéndome en un torbellino donde me gobernaba con poder y soberanía durante lo que pareció una eternidad, aguantando la respiración al ver que no podía deshacerme de él. Descubrí tarde, que bajo el agua se hallaban remolinos que giraban en una masa de ferocidad, y que habían sido ellos los que causaron nuestra separación. Mi espalda chocó bruscamente contra una pared arañando mi espalda y agité los brazos hacia la superficie intentando mitigar el dolor.

Ahogué el aire con brusquedad sobre la superficie y el corazón se me paralizó un momento al no ver a Adara en el río subterráneo. Sintiendo que la oscuridad la había devorado y yo me había quedado sin hacer nada rodeado de una efímera luz titilante. Casi perdí los estribos moviéndome

con violencia en unas aguas que me aprisionaban a su antojo mandando sobre mí, y me dejé arrastrar por la corriente para que me llevara con Adara al saber que no ganaba nada luchando contra el agua.

A lo lejos visualicé una clara luz blanquecina en la que se desanchaba una boca grande. ¡La salida! Esperé llegar a ella como un condenado, sintiendo momentos después como me deslizaba por una cascada de poca altura y mi cuerpo se sumergía rápidamente en el agua, notando una leve presión que no me permitió subir. Di una voltereta y bucéé hacia la superficie abriendo los ojos de golpe, respirando agitado el aire fresco del exterior, con el agua deslizándose por mi alterado rostro, buscándola desesperadamente en la noche que abrazaba este lugar tropical.

Mi corazón aclamó la calma y el miedo se ahogó en esas aguas. Porque no tardé en dar con ella. La vi arrastrándose hacia la orilla de esta pequeña poza, oyendo como no dejaba de toser.

—¡Adara! —nadé con fuerza, esforzando a mis extremidades a ser rápidas y a olvidar como duele ese esfuerzo excesivo.

Llegué a ella viéndola de rodillas intentando respirar. Gateé y me puse a su lado cogiendo su rostro mojado con la angustia marcada en mi rostro.

—¿Te has hecho daño?!

Negó varias veces con los ojos entornados sin poder hablar viendo su respiración demasiado acelerada. Y la estrujé en mis brazos con una amarga expresión tras haber sentido por segunda vez que la perdía, notando como ella abandonaba su cabeza posándola contra mi pecho con sus temblorosos brazos cubriéndome —escuchando seguramente mis locos latidos—, y dejé mi boca contra su húmedo pelo con nuestros cuerpos calados hasta los huesos.

—Te solté la mano —me recriminé deseando darme un puñetazo.

Ella sacudió la cabeza con suavidad porque me conocía y no quería que empezara a disculparme e hizo un sonido de tranquilidad.

—Tuve miedo cuando te engulló el agua. Qué me soltaras la mano no importa. A mí también me pilló uno de esos asquerosos remolinos —se abrazó más a mi cuerpo sintiendo sus terminaciones nerviosas cobrar vida por lo ocurrido, y se me aplastó el corazón al sentirla vulnerable y frágil al creer que me perdía tras escuchar su quebradizo gimoteo. ¿Cómo había conseguido una mujer tan compasiva? Debería cabrearse y no apoyarme—. Hemos salido —expresó fatigada—. Tenías razón.

—Yo siempre tengo razón, banrion —me di mi mérito con un tono socarrón, y me di también un poco de libertad de estar más relajado.

Levantó el rostro entrecerrándome los ojos con esos morritos que siempre me habían encantado que pusiera.

—Engreído —bromeó devolviéndome una sonrisa de lo más tierna.

La ayudé a levantarse de la tierra revisando con una ligera mirada que no tuviera ninguna herida, sin decirle nada. Porque sé cómo se ponía si me veía en plan excesivo como protector. ¿Pero es que acaso no veía que no podía remediarlo? Nacía muy dentro de mí el protegerla con todo lo que poseía. Mi cuerpo. Mi alma. Mi corazón. Daría hasta mi último aliento por ella.

Levanté la cabeza analizando el frondoso lugar que rodeaba esta poza con esa pequeña cascada. Nadie podría adivinar que tras esa cascada se ocultaba una salida secreta que provenía de una cámara de gas arcaica.

—Descansemos un poco —le propuse viendo como la oscura noche nos abrazaba y una luna llena intentaba iluminar algo las zonas vegetales por las que se podía filtrar su tibia luz.

—No lo necesito —tosió un par de vez aclarándose la garganta—. Necesitamos encontrar al

resto.

Negó con la cabeza y se deslizó hacia la selva con su cuerpo tambaleándose, sin estar cien por cien recuperada. Reprimí gruñir como un animal al ser tan cabezota y la seguí, mirando a mi alrededor sin gustarme el silencio tan sepulcral que lo gobernaba. Pero no tardó en llegar algo que ya sabía. De pronto, Adara se paralizó, imaginé que estaría agotada de los esfuerzos de nadar, pero se llevó una mano a la nuca aullando un quejido que no me gustó nada.

—¿Qué te ocurre? —expresé asustado.

—He sentido un leve pinchazo. Nada grave —dijo con molestias.

Intentó que lo dejara pasar, pero esta vez me puse más firme y la tomé de los brazos para que se estuviera quieta y me dejara mirar, cuando resopló casi en un gruñido crispado al ver mi determinación, me hizo un gesto de que se estaría quieta, oyendo como susurraba: «Mandón». Torcí una leve sonrisa y la puse de espaldas a mí para revisarla, pero mis dedos solo rozaron su cabello al oír que unos pasos se acercaban. Mis músculos se tensaron notando como la furia emanaba por cada poro de mi piel al tiempo que visualizaba quien se acercaba, pasando entre las gigantes malezas, y me puse a la defensiva adelantando un paso para que sintiera mi amenaza, viendo de reojo como Adara se agarraba a mi brazo con un jadeo ahogado saliendo de sus labios y los ojos como platos.

De todos, no esperaba que quien nos encontrara fuera Vladimir. Esperé, mirando de un lado para otro a que los hombres de Tommy nos acecharan y nos apresaran, pero no pasó, y para mi sorpresa solo era él quien estaba frente a nosotros.

—¡Yo no quiero haceros daño! —levantó las manos agazapándose un poco en señal de que venía sin represión al ver mi violenta y feroz expresión.

—¿Y esperas que te creamos? —expresé incrédulo y fiero.

—Lo digo en serio —se señaló el pecho con una voz que dictaba ayuda, pero no me lo creía ni un poco—. Yo puedo ayudaros.

Adara y yo nos miramos más recelosos que nunca.

—Puedo sacaros de la isla —añadió con más precisión.

—Te hiciste pasar por forense —le acusé con la mandíbula apretada, y al venirme ese recuerdo la sangre me hirvió deseando estrellar mi puño sobre su rostro.

Concentré el temblor de mis puños manteniendo mi endurecida mirada en él. El dolor que me hizo pasar ese día lo iba a pagar con creces.

—¡Tommy me obligó! —se defendió con el rostro asustado. O decía la verdad o era un buen actor—. Yo no quería hacer todo lo que me obligó. No quería hacerme pasar por ti, ni amedrentar a Adara, ni mucho menos hacerme pasar por forense —clavó la vista en el suelo con el remordimiento surcando su rostro—. Él es el malo aquí. Es un ser corrompido que busca... —hizo una pausa sacudiendo la cabeza mirando un segundo la tierra—, es igual lo que busca. Arriesgo mucho estando aquí. Venid conmigo y os sacaré de la isla.

Adara sacudió la cabeza frenéticamente mirándome para que no nos moviéramos. De todas formas, no le creía ni un gramo, y mucho menos confiaba en él. Estudié el rostro de Vladimir fijándome en sus ojos; algo en ellos me descolocó. Tenían un tono marrón. ¿No eran azules? Juraría que eran azules y no marrones, aunque no podía estar seguro cien por cien porque cuando se presentó como «forense», no fue precisamente su aspecto en lo que me fijé al detalle.

Vladimir le dirigió una intensa y delirante atención a Adara.

—Tú eres especial y debería ponerte a salvo —le habló a ella con una voz suave y entusiasmada como si yo no estuviera presente.

Adara se quedó de piedra. Y yo me tensé endureciendo mi expresión en una más letal. Creo que ahora Vladimir me parece más enfermo que el propio Tommy. Solo con ver como la miraba de esa manera y esa frase, ya quería echarme encima de él. No sentiría remordimientos o culpa por defender como un Mac tíre lo que era mío. Como siguiera mirándola así no respondería de mis actos.

—¡Tú dijiste que nos detuvieran! —le recordó Adara en un grito.

—¡Porque ibais a caer en la cámara peligrosa y repleta de esqueletos!

¿Cámara? ¿Esqueletos? Un silencio se integró entre los tres cubriéndose de un fino velo de tensión que se quebró, dejando paso al desconcierto cubierto de más desconfianza.

—¿Cómo sabes tú eso si nadie ha estado más allá de la puerta? —preguntó Adara en un tartamudeo.

Él siseó ladeando el rostro como si se hubiera delatado.

El crujido de una rama me distrajo imaginando que venían los hombres de Tommy, y eché la mirada hacia atrás acelerado y en guardia, esperando contratacar, y escuché inesperadamente como Adara gritaba de pánico. Al volverme hacia ella, no la encontré a mi lado y deslicé mi mirada unos pasos por delante, encontrándola como forcejeaba con Vladimir, que intentaba tirar de sus brazos para llevársela.

¡Pero qué demonios! ¡Solo me distraje un segundo!

—¡Suéltala! —bramé y me abalancé sobre él como un animal cegado, y le pegué un puñetazo en la base de la mandíbula que lo tumbó en el suelo.

Adara se aferró a mi cintura toda hecha una gelatina, sintiendo como me retenía para que no me abalanzara hacia él y siguiera golpeándolo, subiendo y bajando mi pecho con violencia. Las ganas de matarlo aumentaban nublando mi juicio.

—No merece la pena —me susurró Adara con un nudo en la garganta por el susto, sin dejar de sujetarme.

—¡Tócala otra vez y te juro que te mato! —bramé con furia.

Vladimir se quedó tumbado de lado apoyado en su antebrazo, tocándose la cara con una expresión de dolor mirándonos acobardado.

—Os vais a arrepentir de no venir conmigo —no era una amenaza si no un aviso de que hacíamos mal. Y se arrastró hacia atrás incorporándose mientras se tocaba la mandíbula con una mueca. Y se escabulló entre la frondosa vegetación haciendo que adelantara un paso con todo el cuerpo emanando furia.

—Cobarde —dije entre dientes deseando darle caza—. ¡Cómo pudo cogerte!

—No lo sé —se encogió temerosa—. Yo también oí ese ruido y cuando me di cuenta lo tenía encima arrastrándome con él —cerró los ojos y retorció la boca con repulsión.

Me sentí culpable por haberme dejado despistar por ese estúpido ruido. Pero seguía sin entender esa extrema velocidad que tuvo de adelantar los ochos pasos que nos distanciaban de él, sin ni siquiera oír sus movimientos.

Teníamos que marcharnos... ¡ya! Adara empezó a toser compulsivamente agachando la cabeza. Y me puse a su lado rápidamente. Esa tos no sonaba nada bien.

—Tragué un poco de agua, pero estoy bien —quería tranquilizarme, pero consiguió lo contrario. Estuve a punto de replicarle, de obligarla a quedarse sentada cuando su pelo se deslizó por uno de los hombros y vi la marca de su nuca.

Me quedé helado conteniendo el aire en mis pulmones, sin parpadear durante segundos. Esperé, mantuve la calma, porque tal vez era una especie de alucinación, incluso me froté los ojos

para comprobarlo mejor. Pero ahí seguía. *No es posible*. Me dije con el rostro trastornado.

—Adara —la llamé en un susurro casi inaudible, pero ella lo escuchó, giró su rostro, y al verme se incorporó asustada.

—¿Qué ocurre?

Me repasé una mano por el rostro intentando templarme y saber cómo comenzar.

—Es tu marca —hice una pausa, nervioso—. Vale, primero quiero que sepas que cuando te eché un vistazo hace unas horas atrás estaba amoratada y no te quise decir nada para preocuparte.

Me miró fijamente sin poder descifrar alguna emoción surcando su rostro. Esperé la bomba de su enfado en tres... dos... uno...

—Me lo imaginaba —logró decir con una sonrisa sin que hubiera enojo en su voz.

—¿Qué? —salté sorprendido y aliviado a la vez.

—Enzo —se acercó y me pasó la mano por las arrugas de mi frente ante mi fruncimiento—. Me llevaron varias veces a la puerta, buen aspecto no tenía que tener. No estoy enfadada porque me lo ocultaras.

—Pues ahora tiene otro aspecto —le confesé anonadado.

Enarcó las cejas.

—¿Cómo dices?

—No es un manchurrón como tú lo llamas —le señalé aún sin creerlo, casi asomando una sonrisa de incredulidad—. Se te ha formado una triqueta celta.

—¡Una triqueta! —se tocó temblorosa la nuca, balbuceando, trastornada, descompuesta—. ¿Cómo es posible? Solo era una mancha. ¡Una maldita mancha sin sentido! —se frotó con más obsesión y con un rostro angustioso—. Necesito vérmela. Necesito un espejo. ¡Lo que sea para vérmela!

—Adara, tranquila —frené sus histéricas manos haciendo que me mirara al verla con el sobrecogimiento marcado en su rostro—. Te vas a hacer daño.

—¿Cómo tranquila? ¡Tengo una triqueta en la nuca! —gritó asustada—. ¡Cómo es posible!

El efímero sonido de un arma cargándose me hizo cerrar los ojos maldiciendo al sentirlo detrás de mí. Solo con ver el rostro lívido de Adara sabía que estábamos en «problemas». Solté sus manos lentamente y cerré las mías en puños. Y me di la vuelta fulminando con la mirada al tipo que nos apuntaba con el arma, envueltos por las sombras de la noche. No tendría que haber dejado escapar a Vladimir. Fue lo único que pensé al deducir su chivatazo.

—Ni un paso —nos advirtió como amenaza y ladeó el rostro activando el Walkie-talkie que llevaba agarrado en un brazalete en el brazo—. Los tengo.

—¡Tráemelos! —alzó la voz Tommy segundos después. Hasta pude sentir como Adara temblaba al oír su directa y fría voz.

Quería que el tipo solo me mirara y apuntara a mí, pero al ver mi estrategia de movimiento ladeó una sonrisa perversa y decidió hacerlo hacia Adara. Ella dio un respingón quedándose pálida sin dejar de mirarlo, paralizada. *Lo mato*. Fue mi letal pensamiento. Mi cuerpo se agarrotó y por mis venas corrió una lava de rabia. Me contuve las ganas de tumbarlo a puños y matarlo con mis propias manos para alejar a Adara del peligro.

Respiré con ferocidad.

—No la apuntes a ella —le exigí con una voz cortante—. Apúntame a mí.

—¿O qué? —me retó con mofa casi riendo y sacudió el arma en una dirección, y volvió a posicionarla sobre a Adara—. Andando, Tommy os espera.

Jugó con mi paciencia. Con mi santo juicio. Y no pensaba tolerar ni un segundo más que

siguiera apuntándole. Nos necesitaba vivos y sé que tendría la orden de no disparar. Sentí como Adara se agarraba a los músculos endurecidos de mi brazo. Pero esta vez no habría agarre que me detuviera. Estaba dispuesto a poner detrás de mí a Adara y abalanzarme sobre él tan rápido como me fuera posible, si resultaba herido, esa había sido mi decisión. Hice el amago de moverme, y de pronto, se escuchó un áspero golpe detrás de él. El tipo se tambaleó llevándose una mano detrás de su cabeza con una expresión dolorida e instantes después cayó desplomado al suelo, inconsciente.

Levanté la vista quedándome asombrado de ver a Dan con un palo en sus manos.

—¿No le han enseñado a este gilipollas que a una mujer no se le apunta con un arma? —lo señaló con el palo y una sonrisa de las suyas.

—¡Dan! —saltó de alegría Adara con las lágrimas en los ojos, y corrió hacia él abrazándolo. Dandelion me echó un vistazo brevemente para comprobar que estaba bien, y tras hacer una mueca, siguió abrazándola. Joder, yo también me alegraba de verlo, más que nunca, y de que actuara rápido y sin que lo viera, pero lo demostré de diferente forma. Con un desdén que aún fluía lacerante por su falta de confianza—. ¿Cómo nos has encontrado?

—Llevamos más de una hora buscándoos —nos indicó abrumado—. ¿Dónde diablos os habíais metido? No respondíais al walkie.

—Es largo de explicar —fui poco claro y demasiado cortante inclinándome sobre el hombre inconsciente, robándole el arma. Solo contemplé un segundo a Dan—. Gracias —dije secamente.

Ví de reojo como solo me hacía un gesto de cabeza aceptando mi frío «gracias», sin respuesta, tan seco como yo, y Adara entrecerró los ojos mirando a ambos.

—¡Bueno, ya está bien! —sentenció ella con un gesto de manos al mismo tiempo que me incorporaba al ver su irritación—. ¿Vais a decirme de una puñetera vez que os pasa a vosotros dos? Es que la tensión que se acumula entre vosotros dos se puede cortar con un cuchillo.

—Nada —saltamos a la vez.

Ella gruñó mirándonos frustrada.

—¿Nada? —puso sus manos en la cintura con bravura—. ¡Y una mierda!

—Adara, esa boca —le reproché crispado. Ella no era de decir palabrotas y en ese momento no me gustó nada que la empleara.

—De aquí no nos movemos hasta que me lo digáis —señaló hacia el suelo con aire inflexible—. ¿Por qué de la noche a la mañana habéis dejado de ser amigos? ¿Creíais que no lo vería?

Dandelion y yo nos miramos sin que ninguno de los dos empezara. Tanto como dejar de ser amigos, eso sonaba demasiado exagerado. Pero seguía dolido por su falta de confianza. Y este no era el momento más oportuno para explicarle a Adara que hace poco más de un día, Dan no creyó que ella siguiera con vida y que no tuvo fe en mí. No sé cómo se lo tomaría.

CAPÍTULO 14

ENZO

Adara, por su leve mordisqueo en el labio, se estaba impacientando y eso presagiaba un enfado monumental.

—Vosotros sabréis. Este tipo se despertará en breve —lo señaló con desdén al hombre que momentos antes le habría arrancado la cabeza por apuntarle con el arma.

Inhalé fuertemente.

No me sirvió mi cara inflexible o mi aspecto Mandón, ahora la roca era ella. Cuando se ponía en plan cabezota me crispaba; y lo peor era saber que yo era tan cabezota como ella.

Bien, si es lo que quería.

—Dan no creyó que estuvieras viva. ¿Contenta? —le mandé una mirada a Dandelion que me rehuyó con la culpa escrita en su rostro—. No creyó en mí.

Adara se giró hacia Dan con las manos en su cintura y la boca abierta del asombro. No era para menos.

—¡Dan! —le reclamó, aunque por su tono no parecía enojada o dolida—. Encima que te escogí como padrino de mi boda.

—Lo siento, Adara —dijo él cabizbajo y muerto de vergüenza—. No sabes cuánto me arrepiento de no haberle creído.

Sacudí la cabeza, obstinado.

—Y también me dijo que me buscara ayuda psicológica porque era imposible lo que decía —me sentí más herido, demostrándolo en mis rasgos—. Incluso si mal no recuerdo iba a llamar a un amigo suyo para que me tratara.

Él levantó su rostro martirizado e hizo una mueca, mirándome con unos ojos anegados de culpa.

—Ya te pedí perdón, Enzo. Intenté explicártelo. No sé qué más hacer.

—¿Qué tal por ejemplo haber confiado en mí? —mi tono sonó demasiado sarcástico y sus ojos se entrecerraron malhumorados al remarcárselo de esa forma tan hiriente.

—Cometí un error, lo sé —apretó la boca, enojado—. Me arrepiento más de lo que crees.

—Creo que decir «error» se queda corto —le eché en cara.

—¡Ya está bien! —zanjó Adara poniéndose entre los dos y ambos la miramos crispados. Soltó un resoplido quedándose pensativa unos segundos—. Da igual que Dan no te creyera, Tommy lo orquestó muy bien para que todos creyeráis que estaba muerta. Así que, si yo puedo perdonarlo, tú también.

¿Qué? ¿Estaba de broma? Abrí la boca y ella chistó para acallarme. Y le puse mala cara. Qué mandona estaba hoy.

—Escuchadme los dos —nos agarró de las camisetas e hizo que nos inclináramos hacia ella—. O hacéis las paces o puedo aseguraros de que yo conseguiré que hagáis las paces. Sois como hermanos, y lo último que quiero son miradas recelosas entre vosotros dos, y menos aquí, cuando tenemos un psicópata persiguiéndonos. Como mañana con los primeros rayos de luz os vea distanciados, os lío una buena. ¿Entendido?

Nos soltó con una mirada que dictaba que no era ningún farol. Debo de estar loco de que me

encantara que sacara la *banrion* dominante que no admitía discusión alguna. Ninguno de los dos reaccionó y dijo nada, ni siquiera nos miramos. Si me estaba comportando de forma irracional ni siquiera llegué a profundizarlo. Tan solo me crucé de brazos mirando hacia otro lado.

—No tenemos tiempo para estas tonterías —murmuré entre dientes.

Y capté como Dan estudiaba mi expresión, pasmado.

—Hey Insoportable, ¿los has encontrado? —escuchamos por el walkie de Dan la voz de Evelyn.

Adara sonrió aliviada de oírla y él tomó aire cogiendo el walkie.

—Sí, están conmigo. Volvemos hacia allí —y se giró hacia Adara—. Parece que no conoces a tu marido, Adara —le mencionó Dandelion mirándola con un tono pesimista. Empezó a decir que *no* con la cabeza—. Él no hablará conmigo ni aunque le suplicase de rodillas. Es terco como una mula, eso lo sé de sobra. No entiende por qué no pude creerle al principio.

Se dio la vuelta sintiéndolo dolido de mi indiferencia y me quedé mirando su espalda. Adara lo miró entristecida haciendo un mohín y luego se volvió hacia mí con un aspecto que dictaba que no me apoyaba a mí, sino a Dan.

—Me siento como el malo de la película —le confesé con remordimientos cuando se hubo marchado.

Ella hizo una mueca suavizando su expresión y levantó una mano acariciando mi rostro con ternura.

—No eres el malo ni de lejos. Pero eres demasiado orgulloso —admitió con una leve sonrisa que luego apagó—. No hay más que ver su mirada, Enzo. Le duele tu comportamiento y se arrepiente de no haber confiado en ti —intenté hablar y asintió varias veces como si me entendiera—. Hay momentos en la vida en que no solo se basa en confiar, si no creer que si lo haces esa esperanza se pueda morir en el instante en que sabes que te creaste una ilusión falsa. No confió por miedo —me quedé mirándola atormentado—. Solo digo que pienses quien ha estado ahí para ti, cuando tú querías alejarte del mundo. Solo piénsalo. Y verás que tu enfado fue una bobada producto de tu orgullo tonto.

Y ahí estaba... la realidad. Esperándome con un jarrón de agua fría. Solo eché la vista atrás unos años, y me di cuenta de que Adara tenía razón, y que mi orgullo me había impedido que viera como se sentía Dandelion. Mandé una fugaz mirada a Dan que nos esperaba casi en la entrada de la frondosa vegetación sin atreverse ni siquiera a mirarme. ¿Cuántas veces Dan había intentado ayudarme en el pasado? Cuándo más consumido estaba en mi propia oscuridad y soledad. Perdí la cuenta hace mucho tiempo. Y no le ha importado mis desprecios, mis desaires, mi carácter irascible —antes de que Adara entrara en mi vida yo era otro—, y él siempre estuvo ahí con su típica frase; «*soy tu amigo y estoy aquí para lo bueno y para lo malo*».

Cerré los ojos viéndolo todo con claridad. Bien, hablaría con él. Pero ahora esto necesitaba relegarlo a un lado. Adara estaba calada hasta los huesos y quería encender un fuego para malditamente calentarnos. Esto me hacía sentir frustrado y enervado. Esta maldita situación en la que nos encontrábamos.

Declan fue quien encontró un lugar perfecto dentro de unas ruinas a lo alto de una colina para pasar la noche, mientras nos buscaban desesperados y asustados tras desaparecer repentinamente. Encender un fuego era un alto riesgo, pero necesitábamos secarnos si no queríamos enfermar. Nos alejamos bastante del lugar en el que nos abordó Tommy, y eso en parte me hizo sentir algo más

tranquilo. Aunque imaginaba que él no descansaría hasta dar otra vez con nosotros. No podíamos seguir en plena noche, y lo único que podíamos hacer era refugiarnos y esperar a que amaneciera.

Dave y Uriel aseguraron un perímetro de dos kilómetros para cerciorarse de que sería un lugar seguro. De momento estábamos seguros. Y ese «de momento» me tenía en una constante tensión que no era muy buena consejera para mis dolores de cabeza.

Todos alucinaron cuando les explicamos sobre la cámara arcaica, que Tommy casi nos atrapaba con Laida y Vladimir, pero donde quedaron más asombrados fue con la marca de Adara, y más Evelyn, que había estado mucho tiempo viéndole solo una mancha. Lo único que podía deducir con más claridad, es que se le había formado esa triqueta una vez que cruzamos la puerta antigua. De eso estaba completamente seguro.

Los dolores de cabeza van y vienen, y necesitaba que Berenice volviera para pedirle algo que solo ella me conseguiría.

Me quedé un buen rato sentado en el tronco, cerca de la fogata que había conseguido hacer Dandelion horas atrás. Había un precioso cielo estrellado que se veía con claridad si no fuera por la densa vegetación. Dentro de poco amanecería y nos pondríamos en marcha. Casi todos estaban durmiendo, menos yo y la terca de mi esposa que había decidido quedarse un rato conmigo antes de volver a dormir.

Yo dormí poco más de tres horas —era imposible conciliar con plenitud el sueño con la que teníamos encima, sintiendo que cualquier ruido podría ser una emboscada para atraparnos—, y relevé a Dave sobre las cuatro de la mañana, estaba empeñado en hacer toda la ronda de guardia él solo, pero cuando le vi las ojeras tan marcadas no podía permitir que siguiera sin dormir otra noche más.

El fuego crepitaba mientras estaba sumido en el diario de mi bisabuelo. Tardó bastante en secarse, y algunas páginas casi ya no era leíbles debido al agua que se filtró en el tejido del bolsillo del pantalón. No encontré nada entre las páginas acerca de la triqueta o si hablaba esencialmente de la marca; cualquier cosa para entenderla mejor. Y no sé si no quiso en cierto modo ponerlo para no dejar como constancia que Leonard tenía una marca de nacimiento en forma de triqueta. Pero encontré otra cosa que me despejó en dudas.

La mina de oro de los Williams, es una tapadera perfecta para ocultar la puerta que adentra a la isla. Ella selló el lugar, y nosotros lo convertimos en una mina falsa. No hay oro, pero tiene que aparentar que se puede extraer para que nadie sospeche de la puerta.

—Al fin sabemos que la mina no es más que una tapadera —solté con un suspiro, cerrando el diario.

—Sí —susurró Adara con su mirada clavada en el suelo. Estudié su expresión acongojada y asustada. Sé lo que pasaba por esa cabecita suya.

—Estás pensando en Jonathan Williams —afirmé en un susurro.

—Lo que escribió ese tal Ash —su voz reflejaba ansiedad y se estremeció de espanto—. Era un asesino. Y yo soy una Williams. Su sangre corre por mis venas. ¿Me convierte a mí también en una asesina por llevar su sangre?

Me enfadé al instante, pero no quise mostrarlo por fuera. No podía creer que eso saliera de sus labios. ¿En qué pensaba para decir tal ridiculez? Debía ser por la falta de sueño, si no pensaría que se lo estaba cuestionando de verdad, y eso no lo permitiría en mil años que lo pensara. Me guardé el diario y la tomé de la cintura sentándola en mi regazo al tiempo que ella me envolvía los brazos alrededor del cuello, con una sonrisa por mi tierno gesto y acercaba su rostro al mío acariciando su nariz con la mía, refugiados uno en los brazos del otro.

—Debería darte un azote en el culo por decir tal tontería —repuse con un tono de desaprobación—. Jamás vuelvas a pensar algo así.

Puso los morritos encantadores con una expresión picante.

—Tu mano no llegaría a efectuar tal agravio, señor Price —nos reímos los dos y ella terminó suspirando, apagando esa sonrisa que tanto iluminaba mi corazón. Esperé a que hablara de eso que la tenía tan ensimismada y recorrí sus rasgos con las yemas de los dedos en un intento de esfumar su inquietud—. Lo que hizo Jonathan no tiene nombre.

—No sabemos toda la historia.

—¿Lo justificas? —parpadeó perpleja.

—Nunca justificaré los actos de un asesino —rectifiqué tras haberme malinterpretado mal—. Y me gustaría saber si pagó por sus actos. Con la cárcel o con la vida.

—Horace se refiere a Tymora en su diario. Estoy segura —dejó caer su rostro contra la curva de mi cuello, y sé que lo hacía porque estaba nostálgica o porque quería sentirse segura y protegida.

—Yo también pensé en Tymora cuando la mencionó como «ella» —la apreté más contra mis brazos, acariciando la curva que hacia su esbelta espalda—. Como hacía Berenice. Creo que es una forma de proteger su nombre.

—¿Qué protección necesita esa mujer? —saltó abrumada.

Ninguna. Eso sin duda.

Se mantuvo callada durante un minuto con el rostro abstraído.

—¿Qué? —inquirí.

—Es sobre Vladimir. No me dio buena espina.

La apreté suavemente contra mi pecho dejando mis ojos en el fuego.

—A mí tampoco —confesé tenso.

—¿Viste sus ojos marrones? —caviló estupefacta—. ¿No eran azules?

¿Azules? Arrugué la frente y cabeceé.

—Sí, yo también lo pensé —admití desconcertado.

Nuestros ojos se cruzaron en un mar de confusión.

Pero unos pasos intervinieron en nuestra conversación y giré mi rostro viendo como Dan entraba en la fogata, y nos hacía un gesto de manos rápido.

—Perdón —se excusó incómodo al vernos así—. No quería interrumpir.

—No, Dan —se agitó Adara en mi regazo para bajar. No estaba dispuesto a soltarla, pero me abrió los brazos insistiendo, aclarándose la garganta—. Creo que es muy buen momento para que duerma un poco más —me sonrió a mí y me señaló el cielo como advertencia de que quedaba poco para el alba, y pasó por al lado de Dan rozándole la mano en su brazo y si mal no vi, le guiñó un ojo.

Sacudí la cabeza guardando una sonrisa mientras la perdía de vista tras las ruinas. Muy avispada era mi esposa para ciertos asuntos.

La incomodidad era latente en el ambiente. Dandelion se quedó rezagado y yo no pronuncié palabra alguna, mirando el fuego como crepitaba. Si no añadía otro tronco pronto, se apagaría. Bufé internamente porque me estaba comportando como un chiquillo irracional. Adara tenía razón, aunque eso a mi orgullo varonil le doliera un pelín. Dan es quien había estado más conmigo y quien ha soportado mis constantes cambios de humor desde... Dios, creo que desde la muerte de mi padre, y de eso hacía más de nueve años.

Dandelion asintió con la cabeza como si entendiera que no daba mi brazo a torcer y me dio la

espalda para internarse entre los árboles.

—Dan, espera —me puse de pie de un salto.

Me miró rápidamente.

Y suspiré con pesar.

—Si no es demasiado tarde... —comencé algo retraído acariciando mi nuca—, me gustaría saber esa razón. La razón por la que te costó creerme.

Imaginé que era demasiado tarde, que ya no creía posible que me explicara nada porque mis constantes esquives y desprecios lo habían herido, pero ni de lejos fue lo que pensé. Él asintió de acuerdo y se sentó en el tronco que estaba situado frente al mío. Imité su movimiento sentándome, esperando que empezara mientras solo el fuego y los animales de la selva aclamaban el ambiente.

—Fue el día del hospital —comenzó con una mirada afligida que caracterizó con dureza—. Cuando ese forense, ese tal Vladimir —me tensé porque tenía muy vivos los recuerdos de ese día, apretando los puños—. Cuando te sedó y te quedaste inconsciente durante más de dos horas... —se detuvo tragando saliva con dificultad.

—¿Qué pasó? —quise saber al verlo con la cara descompuesta.

—Yo tampoco creía que Adara estuviera muerta. Por lo que amenacé a Vladimir diciéndole que traería un segundo forense —explicó con los dientes apretados como si lo consumiera una rabia hirviente—. Vi raro que no te dejaran verla, aunque no estuviera reconocible. Tenías todo el derecho. Pero entonces él me dijo que lo acompañara con una absoluta frialdad. Y lo hice.

Me dio un mal presentimiento y me incliné hacia adelante atento a sus expresiones tan vivas.

—¿Dónde te llevó?

—Al depósito de cadáveres —expresó en un hilo de voz clavando la vista en sus manos—. Fue frío, muy insensible, como si su propósito fuera hacer daño, no me dio ni dos segundos para prepararme en que esa que cubría la tela blanca era Adara. Y entonces... —retorció el gesto en dolor con una mirada humedecida y habló con una voz más apagada—. La destapó, y la vi. Nunca olvidaré ese cuerpo carbonizado, ni siquiera pude identificar si era Adara. Aún conservaba unos cuantos mechones de pelo —hizo una pausa ladeando el rostro demacrado por el vivo recuerdo—. No sé cómo no vomité de la impresión que me dio verla —vi que apretaba un puño y le temblaba como si contuviera la rabia—. Saber que era Adara. Qué había muerto de esa forma...

La voz se le quebró del todo y agachó la cabeza con los ojos rojos, intentando mantenerse firme. Nunca había visto a Dandelion tan derrumbado, a él, que lo caracterizaba una naturaleza divertida, cálida y vivaz. Permanecí un momento paralizado del impacto de saberlo. Y lo primero que pasó por mi mente fue matar a Vladimir por hacerle pasar ese trago amargo a mi amigo. Dan vio el cuerpo falso de Adara. Vladimir lo condujo hacia una mujer que no era Adara. Dios, ni siquiera sabemos aún quién era esa mujer que enterramos en el cementerio Williams. ¿Pero hasta dónde llegaban los planes de Tommy?

Me avergoncé de mi comportamiento con Dan ahora que sabía su motivo. Si yo hubiera estado en su misma situación, hubiese hecho lo mismo.

Me había comportado con él infamemente.

—Por eso cuando dijiste que estaba viva —le presté atención, desolado por verlo así—, me vino el recuerdo de Adara en el depósito de cadáveres y no pude creerlo. Lo siento. Era difícil hacerlo cuando tenía tan presente ese recuerdo.

—Dan —me puse de pie y me acerqué a él, y se levantó del tronco algo encorvado por los ánimos bajos. Se quitó con el dorso de la mano una lágrima que descendió por su mejilla, y me sentí más culpable y miserable tras hacerle sentir mal durante este tiempo—. Más lo siento yo —

di un paso más y lo abracé, recibiendo también su abrazo amistoso y leal, sintiendo todo el peso que había cargado y el dolor que lo había consumido—. Ni siquiera lo habría imaginado. Ese maldito hijo de puta no debería haberte hecho eso.

—Como le amenacé no vio de otra. Se hubiera descubierto que no era Adara —pausó su voz y echó la cabeza hacia atrás y me miró fijamente—. ¿Todo bien, hermano?

Le sonreí apretando suavemente uno de sus hombros.

—Todo bien —nos volvimos a dar un abrazo.

Él suspiró con un aspecto más relajado dando unos pasos atrás con un rostro bañado de felicidad.

—Joder Enzo, ya me imaginaba en plan desesperado enviándote flores para que me perdonaras —me confesó muy convincente tras hacerlo con su toque chistoso de siempre.

Eso me hizo reír sacudiendo la cabeza.

—Te las habría tirado a la cabeza —le juré.

—Eso imaginaba —rió conmigo.

—¡Enzo!

La voz de Berenice me sobresaltó y me giré viéndola venir con un rostro encogido, entre la atmósfera de una luz tibia debido a que estaba a punto de amanecer.

—Berenice.

—¿Ha vuelto? —sonrió Dan.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Ella se acercó a mí cohibida y con una cara de culpabilidad que era más que evidente.

—Lo siento. Quise ayudaros.

—¿En la cámara arcaica? —presentí que se refería a eso.

—Sí. Pero Tymora no me dejó. Dijo que teníais que salir de allí por vuestro propio pie.

—¿Qué dice? —me preguntó Dan.

—Habla de que Tymora no la dejó ayudarnos en la cámara arcaica en la que caímos Adara y yo.

—Joder con la Tymora —se rascó la barba incipiente de sus mejillas echando un vistazo a otra zona—. Te dejo con ella porque eso de no verla se me hace raro.

Ví como Dan se deslizaba hacia las ruinas para reunirse con los demás.

—Me alegro que estés bien con él —me anunció Berenice con una sonrisa.

No me sorprendía que ella supiera algo de eso. Fue más que evidente la confrontación que tuvimos Dan y yo. Estaba por ir a las ruinas solo para echarle un vistazo a Adara, me creaba una ansiedad y un tormento que dominaba mi mundo estar tanto tiempo sin verla, era algo que ya no podía evitar, pero me quedé quieto mirando a Berenice.

—¿Ocurre algo más? —le pregunté al ver su rostro cubierto de turbación.

—No lo sé —dijo encogida y con la mirada en el suelo—. Estoy confundida. He visto algo... y luego... —pausó su voz murmurando para ella algo que no escuché del todo—. ¿Él es diferente? No entiendo nada.

Fruncí el ceño.

—¿Quién es diferente?

—Ahora puedo ver su aura—caminó de un lado para otro como sumida en sus pensamientos y más alterada—, y es diferente, pero su alma está perdida, como si hubiera estado atrapada por una fuerza mayor durante mucho tiempo.

Me crispó tanto misterio.

—¡Berenice de quién estás hablando! —le exigí saber.

—De...

Una luz roja iluminó el cielo y volteeé mi rostro del todo para verla. Apreté un puño al ver una vengala pasar como un arco. Y escuché un movimiento brusco detrás de mí. Dan, Declan y Uriel no tardaron en aparecer mirando lo mismo que yo, y un imprevisto Dave apareció mirando primero a Berenice con frialdad y luego prestó toda su atención al cielo; cuando una segunda vengala lo iluminó. Desde esta cima teníamos una vista panorámica de todo lo que ocurría abajo, donde solo se veía un manto de vegetación que impedía que visualizaras la tierra.

Joder, esto no me gustaba.

—Se están comunicando —comentó Dandelion.

—Estarán a unos diez o doce kilómetros de nosotros —siguió Uriel.

—Hay que apagar el fuego —señalé yo.

De todas formas, presentía que no era por nosotros que tiraban esas bengalas. Declan y Uriel se encargaron de la fogata echándole tierra.

—Son más de las ocho de la mañana. Tendríamos que movernos —sugirió Dave mirando las ruinas donde estaban Adara, Evelyn y Aliza para despertarlas.

Una estrepitosa explosión nos puso en alerta, sintiendo como mi corazón golpeaba frenético mi pecho, mirando que venía de donde habían tirado las bengalas.

—¡¿Qué ha sido eso?! —gritó asustada Evelyn saliendo de las ruinas, siguiéndola Aliza con el rostro asustado.

BOOM.

Otra explosión.

—Explosivos. Deben estar tirando algo —dijo Declan.

¡BOOM!

—O intentando entrar a un lugar —añadió Dave mirando el horizonte.

Endurecí mi expresión mirando como salía humo de ese lugar. ¿Qué demonios le estaban haciendo a mi isla?

Eché la vista atrás dándome cuenta de que Adara no estaba con Evelyn, la ira comenzó a desvanecerse y empecé a sentir algo distinto.

—¿Y Adara? —mi voz sonó intranquila. Esperé como un condenado que apareciera por la esquina de las ruinas porque aún estaba durmiendo, y que las explosiones la habían despertado, pero no apareció.

Evelyn me miro rápidamente.

—Creía que estaba aquí, contigo.

Me tensé como si sintiera mil agujas clavándose en mi espalda.

—¡Ella se fue hacia las ruinas! —las señalé con una severidad que me estaba naciendo del miedo de no saber de ella.

—Te podemos asegurar que no estaba con nosotras —habló con una voz inquieta Aliza, moviéndose nerviosa.

—Maldita sea —maldijo Dan y salió disparado buscando por los alrededores de las ruinas. Cuando acabó la búsqueda —en unos segundos frenéticos y desesperantes—, me hizo un gesto descompuesto de que no estaba. La sangre se me congeló quedándome inmóvil. El mundo pegó un frenazo, y amenazó a mi propio mundo con derrumbar todo lo que me hacía sentir vivo.

—Oh Dios —Evelyn se llevó las manos a la boca más asustada que nunca.

Todos comenzaron a hablar, no sé de qué, porque mi mente apagó sus voces. En lo único que

pude pensar era que se la habían llevado. Y delante de mis narices. ¿Cuántos minutos habían transcurrido desde que se fue de mi lado? ¿Diez? ¿Quince minutos?

Casi perdí la cabeza.

JODER. NO.

—Voy a buscarla —apenas escuché lo que me dijo Berenice.

ADARA

Ciertamente no me fui del todo de la fogata. Me escondí detrás de un árbol muy cerca de ellos sin que me vieran. Sé que no hacía bien escuchando su conversación. Y no es que no confiara en Enzo, pero simplemente era fácil que volvieran a herirse y sería una de las cosas que no permitiría. *¡Pero alabados sean los dioses celtas!* Ocurrió todo lo contrario. Hablaron y por fin hicieron las paces. Lo que contó Dan me encogió el corazón y quise saltarme mi regla de no ser descubierta, para darle un abrazo de oso por cómo se sintió ese día. Maldito Vladimir. Tenía aspecto de cobarde, huidizo y pusilánime, pero me daba que ocultaba algo más que me ponía el vello de punta.

Dandelion puede parecer un hombre que se tomaba la vida como una aventura, pero muy en el fondo ocultaba un hombre terrenal y con los pies en la tierra. Les di su espacio personal mientras veía de últimas como se abrazaban, y me alejé unos pasos. Por un momento, creí que sería un gran problema que Dan y Enzo estuvieran peleados, y que yo tuviera que ver algo con esa pelea. Pero mi hombre tenía un gran corazón para seguir cabreado con su mejor amigo; aunque lo negara.

Seguí sonriendo, observando que el cielo se cubría de un tono claro, de un color violeta difuminado con el rojo, debido a que pronto amanecería. No tenía sueño, pero regresaría con las chicas a las ruinas, si Enzo se enteraba que no estaba allí le daría el patatús del siglo. Y creo que lo último que deseaba era verlo con ese ceño fruncido, siendo inflexible, y que saliera Don Mandón.

Mi sonrisa desapareció y me llevé una mano a la nuca acariciando mi marca. Enzo me dijo que no me obsesionara, pero no podía evitarlo. Que se me formara una triqueta así sin más, desapareciendo el manchurrón que tenía como si hubiera estado ocultando la triqueta, me ponía la piel de gallina.

Levanté la vista al captar algo moviéndose a lo lejos. Y me mantuve inmóvil durante unos instantes hasta que reaccioné. Ahogué el aire en mis pulmones al percibir con claridad —y entre la vegetación colorida de esa zona— una silueta envuelta por un blanco impoluto.

¡Tymora!

Ahí estaba. Quieta. Con su habitual capa blanca y con la capucha echada que le cubría parte de su rostro. Si fuera sensata me daría la vuelta y avisaría a Enzo, ¿pero y si me daba la vuelta y desaparecía? Sin desligar la mirada de esa mujer, casi eché una carrera hacia ella alejándome de las ruinas. Imaginé que se iría porque no me quería cerca, pero no lo hizo, y eso me creó unos nervios que tensaron mi estómago bajando un poco mi fortaleza de vérmelas con ella. Por pura precaución, me quedé a unos cinco metros de Tymora. Me ponía los pelos de punta no verle el rostro. Sentí un leve cosquilleo en mi marca y me pregunté si la *presencia* de Tymora tenía algo que ver.

¿Quién eres? Es lo que pasó por mi cabeza. *¿Conociste a mi bisabuelo y al bisabuelo de Enzo?* Pero sé que no me lo diría. No me hablaría.

—¿Por qué nos sigues? —logré decir.

¿Esa es la mejor pregunta que tenías en mente? Me dije ante mi ridiculez.

Nada. Mantuvo su silencio. Y su cuerpo como una estatua. Mirándome, creo. Por momentos me sentía pequeña de estar frente a alguien que tenía el poder de lanzarte por los aires. No sé por qué aparecía y se dejaba ver por mí si supuestamente yo la cabreé. Sacudí la cabeza frustrada y le di la espalda para volverme a las ruinas. Y me di cuenta de cuánto me había alejado, casi no se veían las ruinas, y los nervios comenzaron a ser mayores.

—Te di algo especial hace mucho tiempo, Adara. No hagas que me arrepienta. Haz tu trabajo. Tú y Enzo haced el trabajo y terminad con todo.

Tymora me habló y me dejó paralizada que fuera una voz dulce, aterciopelada, como atrayente y cálida. Cuando quise darme la vuelta fue tarde, había desaparecido.

Aún estaba que no me lo creía. ¡Dios de mi vida, me había hablado!

Pero no me dio tiempo a darle más vueltas a lo que había sucedido, al escuchar unas voces cerca.

—¿Por qué te has alejado?

—Quería estar solo.

—No creo que a él le guste. Necesitamos volver. Venga, muévete.

Las piernas me temblaron y no me reaccionaron cuando más me pedía el corazón salir corriendo. Cuando reconocí la voz de Tommy el miedo me abrumó. Busqué con la mirada las tres diferentes voces de esos hombres y me agazapé al verlos. Tommy iba detrás de dos hombres de su mando que iban armados hasta los dientes.

No podían verme, ellos iban a pasar de largo y se dirigían...

Abrí los ojos como platos.

¡No, por allí estaban las ruinas!

—Qué hago —me susurré temblorosa.

Ni siquiera lo pensé dos veces. Solo tenía un objetivo. Alejarlos. Si se acercaban más, verían la fogata y eso no lo consentiría. Salí de mi escondite e hice el suficiente ruido para que uno de ellos me mirara alertado de mi presencia. En esa fracción de segundos a quien solo miré fue a Tommy, que me devolvió una mirada perpleja, perdiendo el color en su rostro. Como si no se esperara que estuviera por aquí.

—¡Eh tú! —me apuntó con el arma uno de ellos dispuesto a dispararme.

Y eché a correr como una gacela.

—¡No! —fue lo único que oí de Tommy con una voz alterada.

¿Había detenido al tipo que quería dispararme?

—¡Hay que atraparla! —vociferó otro.

Me adentré entre la frondosa vegetación huyendo despavorida. Con el corazón sintiéndolo en los oídos, y con mi rápida y agitada respiración escapándose de mis labios. Parecía más que improbable que saliera bien de esta. Mientras huía mi mente me puso la *verdad* sobre la cara. De que era el propio Tommy quien me perseguía, que estaba sola, y que estaba perdida y atrapada. Qué Enzo esta vez no podría salvarme, y que esto lo mataría en cuanto Tommy me atrapara.

Los escuchaba detrás de mí, arrasando con la vegetación como bárbaros para atraparme. Escuchaba más a sus dos hombres gritándome de todo que al propio Tommy.

Y la estupidez se volvió a apoderar de mí, al no visualizar en mi huida lo que había más adelante para saltarlo. De pronto, el suelo dejó de existir y me vi cayendo por un agujero, chocándose mis brazos sobre paredes de tierra que me arañaron con voracidad. Aterricé de culo

notando como me ardían los brazos raspados, y la sangre brotaba. Esto a Enzo no le haría ninguna gracia. Aullé de dolor echando la vista hacia arriba con el rostro desencajado por la caída y el susto. Solo habían sido casi unos cuatro metros de altura. Parecía un pozo. Maldita mi suerte. ¿Qué me pasaba con ellos?

—La hemos perdido —dijo uno fastidiado e irritado.

—Eso al jefe no le va a gustar —siguió el otro.

Me agazapé más para alejarme de la luz aguantando la respiración, y me pegué contra la pared terrosa y llena de moho. Supliqué a los dioses que no hubiese ninguna araña ni nada que me hiciera gritar aquí abajo.

Tragué saliva con trabajo escuchando mi propio corazón. Noté pasos acercándose al pozo, como crujía la tierra con cada pisada. Y supe que estaba perdida.

El corazón se me iba a salir por la boca durante esa eternidad. El miedo me atenazaba el pecho haciendo presa, dificultándome aún más la respiración. Unos instantes después, una sombra se asomó sobre el pozo y la silueta de un hombre se formó ante mis ojos. Mis temblorosas manos se agarraron a las paredes de tierra. Y me sentí como un ratón que había caído en una trampa. Era Tommy. Estaba perdida. Sin posibilidades de sobrevivir. Nos miramos a los ojos y su rostro impenetrable me achicó. Sé que sucederá a continuación. Sonreirá en plan victorioso. Dirá que me había encontrado. Y me sacarán de aquí para tenerme raptada y luego matarme.

Solo pude pensar en Enzo y en lo impotente que me sentía en este momento.

—¿La ves?

Creo que le preguntaban a él por la forma que ladeó el rostro prestando atención. Me mató su silencio. *¡Maldita sea, dilo de una vez!* Me grité.

—No. Aquí no está —sentención, tajante.

Su cuerpo se quitó de mi visión y me quedé de piedra.

¡Pero qué cojones fue eso!

¿Esto era real?

Presté atención como los dos hombres de Tommy hablaban entre ellos, y después, todo pasó a una calma, una espeluznante calma que me tenía al borde de perder mi cordura.

Pasaron unos infernales cinco minutos cuando de pronto una cuerda se deslizó por el pozo. La toqué sin entender quién podría haberla tirado. Y pensé en Tommy. Estaba jugando conmigo, y quería que saliera por mi propio pie. Podría quedarme aquí, negarme, luchar, pero él podía mandar a uno de sus hombres y no pensaba permitir que ninguno de esos miserables me tocara. Si ya me tenía en sus manos, prolongarlo solo lo cabrearía más.

Agarré la cuerda y tiré de ella. Parecía que la habían atado a algo que sostendría mi peso. Y escalé hacia arriba apoyando mis pies en la pared. Logré salir agarrándome al borde de la superficie del pozo, y me incorporé fatigada quedándome de rodillas. Levanté la vista con los hombros encogidos y con el miedo golpeando mi cuerpo, la rabia espesando mi sangre por haberme dejado atrapar, esperando que me tomaran de los brazos de una forma animal y sin considerar que me hacían daño.

Y parpadeé repetidas veces mirando de un lado hacia otro.

¿Qué? No había nadie. Solo veía la cuerda atada al árbol más cercano al pozo. Pero nada más. ¿Fue Tommy quien me tiró la cuerda? ¿Por qué dijo que no me vio? ¿Por qué no me llevó con él? ¿A qué estaba jugando?

Me puse de pie haciendo muecas al sentir como la piel se estiraba en las heridas.

—¿Qué demonios ha sido eso? —dije desorientada por su comportamiento

CAPÍTULO 15

ADARA

Salí bien parada después de que casi me vi en las garras de Tommy. Aparte de los rasguños solo me dolía el pie derecho, nada grave, porque podía apoyarlo, aunque resultara un poco molesto. Solo habían pasado unos diez minutos, quizá un poco más desde que me alejé de las ruinas, hablé con Tymora, vi a Tommy y sus hombres y caí al pozo en mi huida. Milagrosamente fue Berenice quién me encontró e hizo que todos se encontraran conmigo poco después. Les expliqué lo que me había sucedido y me miraban como si me hubiera salido una segunda cabeza. Yo tampoco seguía creyéndomelo.

—¿Estás segura? —objetó más de uno.

Puse los ojos en blanco.

—Completamente —volví a decir por enésima vez ya que lo veían demasiado increíble e irreal—. Tommy no me capturó y les dijo a sus hombres que no me había visto en el pozo, cuando fue todo lo contrario.

Se miraron entre ellos con un desconcierto que hasta yo también sentía. Berenice estaba más apartada, y sin saber por qué, desde que nombré a Tommy me rehuía la mirada. Pero no era ella quien me tenía de los nervios. Si no Enzo. Oh Dios. Desde que Berenice los llevó hasta mí no ha cruzado una palabra conmigo. Mala señal. Cuando nos reencontramos su rostro estaba envuelto por llamaradas emocionales, me revisó de los pies a la cabeza para asegurarse de que estaba de una pieza, y no me abrazó como tanto necesitaba, no me dijo nada, ni siquiera me preguntó si estaba bien. ¿Qué mosca le picaba?

—Eso no es lo que parece que suele hacer Tommy —Evelyn me sacó de mis pensamientos.

—¿Seguro que era él? —dijo Dan algo escéptico—. Es que es raro. Su objetivo es tenerte, no alejarte.

Apenas podía estar pendientes de ellos mientras hablábamos. Miraba a mi hombre, recostado en un árbol y de brazos cruzados. Tenía esa expresión que lo caracterizaba cuando estaba enfadado. Hasta este momento no había hecho ni una señal más, aparte de ese ceño fruncido, pero cuando Dan dijo eso, Enzo apretó los puños con un rostro glacial que intimidaba.

—Pero muy raro —añadió Uriel pensativo.

—Deberíamos movernos —sugirió Aliza echando un vistazo al lugar.

—Estoy de acuerdo —aceptó Dave—. Tal vez sea una especie de trampa y solo quieren conducirnos hacia un lugar concreto.

—¿Y Tymora por qué te dijo eso? —quiso saber Declan con una expresión chocante.

—No lo sé —me encogí de hombros. Si lo de Tommy fue raro, ya lo de Tymora no sabía cómo clasificarlo.

—¿Podéis dejarnos un momento? —alzó la voz Enzo después de mucho tiempo callado, y fue demasiado neutral, sin quitarme su penetrante mirada—. Quiero hablar a solas con mi esposa.

Tragué saliva. El hecho de que me llamara «esposa» dictaba mucho su enfado. Las miradas pasaron de él a mí notando como se envolvía una atmósfera incómoda por la actitud pétrea de Enzo.

—Claro —contestó Declan haciéndoles un gesto al resto de que lo siguieran.

Ellos se alejaron hasta desaparecer, aunque intuía que no se marcharían lo bastante lejos. Berenice se quedó mirándonos, no había dicho nada desde que empecé a hablar con todos, y se fue detrás de los chicos.

Nos quedamos solos.

Esperé que empezara, pero no lo hizo, solo me miraba con el gorjeo de los animales de la selva siendo los únicos que se pronunciaban. Esa mirada penetrante, silenciosa y salvaje que me dirigía me ponía muy nerviosa. Apenas nos separaban unos escasos cinco metros, y sentía un abismo entre los dos que hizo temblar mi corazón.

—Bueno ya, habla —le exigí crispada en un ataque de nervios—. Porque tus silencios me ponen nerviosa. Esa mirada juzgadora que habla sola, me crispera.

Inhaló fuertemente notando como su pecho subía y bajaba tenso.

—¿Cuántos infartos quieres que me den mientras estamos aquí atrapados?

Intenté no resoplar exageradamente. Oh bien. Una pregunta trampa.

—Oh, vamos, no es para tanto —repose de inmediato.

—¡No es para tanto...?! —se quitó del árbol y se dio la vuelta emanando fiereza, repasando con fuerza una mano por su pelo para tener el control de sus emociones. Yo me encogí de hombros frunciendo los labios con esa carita de ángel que sé que me funcionaba. Él me avistó pronto esa expresión y no pudo evitar sonreír, aunque esa sonrisa no le llegaba a los ojos, sacudiendo la cabeza—. No te va a funcionar.

—No estoy haciendo nada —fingí inocencia—. Pero te juro que todo fue imprevisto. Vi a Tymora y...

—¡Y deberías haberme avisado! —me exigió con la cara descompuesta.

La culpa me arremetió con saña y me mordí el labio.

—Lo sé —hice un mohín sintiéndome culpable al verlo así—. Pasó por mi mente...

—No lo suficiente como para darte la vuelta, venir hacia mí, y avisarme —me cortó afiladamente caminando de un lado para otro como un lobo enjaulado—. Joder. Yo creyendo que estabas a unos metros de mí durmiendo y malditamente te habías alejado poniéndote en peligro.

Solté un largo suspiro manteniendo mi mirada sobre la suya fría, dura e irascible.

—Por favor a Don Mandón no lo saques —le supliqué sin ganas de pelear.

—Don Mandón estará en cada estupidez que hagas —Enzo continuó sin mermar su enfado.

—Enzo...

—Enzo ya no más —sentención estrictamente y caminó hacia mí con total seguridad quedándose a unos centímetros de mi rostro—. La próxima vez que hagas alguna estupidez de ese calibre te llevaré sobre mi hombro. Y cada vez que hagamos un descanso te esposaré a mí.

Sé que estaba en plan coña.

—No tenemos esposas —le anuncié con un aliciente sonrisa.

—Le pediré a Berenice que me traiga unas —fue astuto y pícaro en contestarme.

Borré de un plumazo mi sonrisa al no esperar que recurriera a Berenice.

—¡¿Estás hablando en serio, Enzo?! —grité indignada.

Su respuesta llegó a modo de silencio y un rostro enmascarado de inflexibilidad.

Reprimí gritar apretando la boca. Maldita sea.

Me enfurruñé cruzándome de brazos porque Enzo siempre terminaba como el *rey* de la razón, y yo como la tonta que había cometido la mayor estupidez de su vida. Acabé cediendo y me acerqué un paso más a él, apoyando mis manos en su pecho duro y musculoso.

—Por favor Mac tíre, no te enfades —lo llamé por su apodo haciendo un puchero e intentando

que alejara a ese lobo feroz que le salía cuando yo me ponía en peligro.

Me miró fijamente, aunque más relajado y con una mirada gris que refulgía más intensa.

—Mac tíre no está aquí —contestó con una voz serena—. Pero si sale, ya sabes cómo se pone.

—Créeme que me hago una idea —suspiré cuando no se movió de inmediato y continuó como una estatua, y levanté mi mano hasta su rostro para acariciarlo. Él reclinó su cara contra la palma de mi mano cerrando los ojos—. No quiero que estemos peleados. Estoy bien.

La angustia, el tormento y la desesperación quebraron su rostro.

—Tommy pudo haberte raptado. Ese maldito solo quiere una cosa. Dañarme. Destruirme. Y si te tiene en su poder... —retorcí el gesto dolorosamente—. Me tendrá a mí comiendo de su mano.

¡Eso nunca!

—Pero no lo hizo —le recordé dejando mi vista en un punto fijo detrás de él—. Extrañamente. Sentí su cálida caricia sobre mi mejilla.

—¿Te has hecho daño? —me preguntó ansiado.

Le sonreí.

—Me duele un poco el tobillo —rodeé mis brazos sobre su cuello para encadenarlo a mí y que dejara de actuar como el tipo más duro e inflexible del mundo—. Pero nada más —y lo besé sin darle tiempo a que pensara hacerme una revisión innecesaria. Dramatizaría el doble si le decía que tenía algunos rasguños sin importancia—. ¿Estoy perdonada? —ronroneé en sus labios muy satisfecha al sentir como me devolvía el beso con pasión y entrega estrechándome contra su cálido cuerpo, y me envolvía con sus protectores brazos.

—Estás casi perdonada —me rectificó el muy condenado con esa sonrisa ladeada que sabe que me mata—. Debería castigarte. Un castigo severo —su esculpido y angelical rostro se quedó pensativo—. No más besos hasta que seas capaz de hacerme caso obedientemente.

—Ja-ja —me burlé muy coqueta acariciando mi nariz con la suya—. No puedes vivir sin uno de mis besos. Y lo sabes —rocé suavemente mis labios contra los suyos tentándolo a que me devorara.

—¡No huyas más! —escuchamos a lo lejos.

Enzo yo nos miramos extrañados por la alterada voz de Dave. Intuí rápidamente a quien le hablaba de esa forma descontrolada y alterada. Apreté los dientes al apoyar mal el pie lastimado y caminé apresurada al lado de Enzo. Pasamos por donde los demás lo habían hecho, y me paré en seco mirando hacia la izquierda. Había una entrada más frondosa que daba hacia un claro. En ese lugar se encontraban Dave y Berenice.

—¿Vas a hablar de una maldita vez conmigo?!

Ella se giró hacia otro lado, cohibida, abrazándose desesperada de que Dave la atosigara de esa forma asfixiante.

—Joder estás muerta, ¿por qué me evitas? Tú debes saber muy bien por qué sueño contigo —él la buscaba y ella no dejaba de rehuirle con los hombros caídos, mirando el suelo—. ¡Solo te pido un puto minuto de tu ya no existente vida!

Ah no. Eso sí que no. Me enervó que la tratara así, y me acerqué a ellos olvidando el pequeño dolor de mi pie.

—Adara —me llamo Enzo, siguiéndome.

—¡Deja en paz a Berenice! —le reclamé malhumorada.

Dave me fulminó con la mirada por meterme entre ellos dos.

—Pues que la muerta hable conmigo —expresó salvajemente.

—No la insultes —le pedí disgustada de su comportamiento—. No te estás comportando como

un caballero.

Su expresión se volvió casi irónica frotándose la barbilla con una sonrisa.

—Me comportaré como un caballero cuando haya una dama viva delante. Aparte de ti, no veo más.

Lo fulminé con la mirada por esa maldita arrogancia que acababa de emplear. Berenice le dio la espalda bruscamente y se llevó una mano a la boca. Me encogió el corazón verla dominada por una condenada amargura. ¿Estaba a punto de llorar? No imaginaba que los espíritus pudiesen llorar.

—Dave, contrólate —le exigió Enzo con dureza, imponiéndose con autoridad.

—Enzo, solo le estoy pidiendo un minuto para que me explique por qué sueño con ella y Roundstone, y malditamente la mansión Williams.

Eso me descolocó por completo.

—¿Sueñas con la mansión? —quise saber.

—Sí —apretó la mandíbula, irritado—. Hace unos días que me pasa.

—¿Qué parte de mi silencio no entiendes, capullo! —se giró tan rápido Berenice hacia él, encarándolo, que nos dejó a cuadros.

Y se marchó tan rápido como lo dijo, aliviándome verla solo correr fuera del claro; significaba que no desaparecería del todo. Dave gruñó dispuesto a no dejar las cosas así, y adelantó unos pasos para ir tras ella, pero Enzo lo detuvo poniéndole una mano en el pecho. Dave lo encaró y Enzo no se inmutó ni se amedrentó de la feroz expresión de Dave, aceptando su desafío tan implacable y preparado.

Me tensé muerta de pánico de que se agarraran a golpes.

—Contrólate —le advirtió duro mi hombre.

Él siseó echándose para atrás, porque lo último que quería era perder el control y con su mejor amigo. Dejé que la tensión se desvaneciera en mi cuerpo. Dave era un buen hombre, sé que lo era, y también sé lo frustrado y perdido que se sentía por todo lo que le ocurría con Berenice. Pero necesitaba mermar su carácter cada vez que hablaba con ella, así no conseguiría que Berenice aceptara hablar con él.

—Esa muerta me va a volver loco —farfulló con la respiración agitada.

Su furia pregonaba por todo su cuerpo y se giró sobre sus talones saliendo del claro, sin dejar de farfullar palabras en un idioma que no entendía. Enzo inspiró hondo y sacudió la cabeza mirando la entrada del claro por donde ambos se habían marchado.

—Esto no puede seguir así. Berenice tiene que hablar con él —me habló mirándome.

—Lo sé —dije preocupada—. Pero ella tiene miedo. Sé que suena absurdo. Pero supongo que hasta un fantasma no puede controlar sus propios miedos.

Sin más que decir, nos reunimos finalmente con todos después de ese tirante encuentro entre Berenice y Dave.

Dave como cabía esperar, estaba más apartado de todos, de brazos cruzados y con un humor de perros. Preferimos darle tiempo para que se calmara y razonara por su comportamiento tan bruto y desatinado.

—¿Qué te dijo exactamente Tymora? —me preguntó Berenice apareciendo de la nada delante de mis narices.

Me llevé una mano al corazón de ese sobresalto repentino. Y le dirigí una mirada de reprimenda por el susto y por no avisar. Solté aire intentando volver a mis pensamientos. ¿Por qué quería que lo volviera a repetir?

—Qué tenía que hac... —me paré, corriéndome—, no espera. Me dijo que me dio algo especial hace mucho tiempo. Qué no hiciera que se arrepintiera de eso. Y que Enzo y yo teníamos que hacer el trabajo.

Enzo me miró fijamente poniéndose a mi lado.

Y Berenice hizo un sonido de disgusto.

—¿Por qué hace esto? —me dio la espalda moviéndose, ensimismada—. Si no os dice lo que tenéis que hacer es imposible pararle los pies a ese hombre.

—A Tommy —habló con dureza Enzo, resaltándolo—. ¿Pero que busca Tommy?

—Tommy es el menor de nuestros problemas —contestó distraídamente y dio un respingón al darse cuenta de lo que dijo. La miré frunciendo el ceño confusamente—. Quiero decir, que solo tenemos que seguirlo —terminó tartamudeando.

—¿Sabes que estaban haciendo con esos explosivos? —le preguntó Enzo.

—Hacer un atajo.

—¿Para qué? —siguió él.

Ella se quedó en silencio mirando remordida el suelo, y Enzo y yo nos miramos.

—Si no puedes decírnoslo no te sientas presionada —le expresé para que no se sintiera mal de no poder hacerlo.

Por pura cautela, le eché un vistazo rápido a Dave, ya que la presencia de Berenice no era muy buena para él. Dave no lo disimulaba. Miraba fijamente a Berenice con una intensa y exasperación latente.

Berenice hizo un sonido de enojo como si se estuviera debatiendo con ella misma.

—No. Tenéis derecho a saberlo todo —concluyó con firmeza—. A unos seis kilómetros de aquí está la biblioteca antigua.

—¿Una biblioteca? —saltamos Enzo y yo.

—Sí. Es de Tymora.

—Pues eso no suena bien —dije mirando a mi esposo.

¿Íbamos a entrar a una propiedad de Tymora? Eso sonaba a buscarnos problemas con ella. Aunque sentía esa irritante curiosidad de por qué Tymora tenía una biblioteca en la isla Williams.

—Pero no sé si estará tomada por esos hombres —murmuró ella con la frente fruncida.

—Habrá que comprobarlo —ejecutó Enzo y se dio la vuelta explicándoles a los demás todo lo que nos dijo Berenice.

Nos pasamos los próximos cuatro kilómetros caminando sin descanso para llegar a la biblioteca antigua de Tymora. Por mucho que lo intenté, terminé cojeando al sentir un leve dolor en el tobillo que menguaba si cojeaba y apoyaba más mi pie izquierdo. Maldito pie. Por desgracia, para Enzo no pasó desapercibida mi cojera —aunque lo intentara disimular—, y después de pararnos, y examinarme y reprenderme de paso por no haberle dicho que tan grave era mi lesión, me llevó esos cuatro kilómetros subida en su espalda como un koala; siendo exagerado e innecesariamente. Berenice nos hizo de guía, no fue muy habladora, y para evitar malos encuentros entre ella y Dave, él prefirió estar unos pasos por delante del grupo poniendo distancia, porque sabía que perdería los papeles si se encontraba muy cerca de ella.

A medida que transcurría el tiempo, el calor aumentaba y en varias ocasiones deseé quitarme la insoportable chaqueta para no sentirme tan sofocada, pero entonces Enzo vería los rasguños y no deseaba que se pusiera en plan; «voy a redoblar tu seguridad». Y no me quitaría el ojo de encima. Sé que no lo haría.

Entre los pequeños espacios que dejaba la densa vegetación, alcé levemente la cabeza

contemplando que el cielo estaba encapotado; amenazaba tormenta. Rogaba a los dioses para que no lloviera, no al menos por ahora. Berenice desapareció un par de veces mientras avanzábamos, pero siempre volviendo después de unos minutos transcurridos. Era una costumbre que se marchara repentinamente que ya no me preocupaba lo más mínimo, porque tenía la seguridad de que volvía a nosotros.

Si Tommy quería que me rayara. Lo había conseguido. No podía sacarme de la cabeza su manera de actuar tan extraña. Verme en el pozo —atrapada y sin ayuda—, y no llevarme con él. Y a eso se le suma mi recuerdo de cuando tenía seis años. Ese recuerdo del pastel con la rata. Joder, me estaba volviendo paranoica y no debería ni siquiera dedicar uno de mis pensamientos sobre mi primo psicópata.

Al estar un rato caminando, me di cuenta de que mi marido obsesivo por mi seguridad no estaba a mi lado. Lo busqué con la mirada entre el grupo y di con él más adelante, junto con Berenice. Hablaban, y tal parecía que secretamente, por cómo estaban de cerca sus cabezas. No lo vería extraño si no fuera porque no tenía ningún sentido que hablaran en susurros si nadie más veía a Berenice; salvo yo y Dave. Ella no dejaba de asentir con la cabeza como si hubiera aceptado algo que él le había pedido. Fruncí el ceño. ¿Qué estaba pasando ahí? Caminé apresurada pasando al lado de Evelyn, mientras mi fastidioso pie no me daba un buen ritmo. Berenice me pilló de reojo y le dijo algo más a Enzo y se esfumó de repente. En ese instante, Dave hizo un alto con un gesto del brazo y todos nos frenamos en seco, esfumándose de mi mente lo que Enzo y Berenice hablaban tan secretamente hace unos instantes. Al verlo pendiente de algo que lo tenía tenso, deslicé mi mirada alzando la cabeza para mirar lo que él observaba.

Sobre el gigantesco tronco del árbol había una superficie tallada en madera con una barandilla de seguridad y una escalera de caracol llena de moho y hiedras, que se deslizaba sobre el tronco hasta llegar al suelo. Si mal no veía era el árbol más alto de esta zona —más de veinte metros—, y sus frondosas ramas y hojas casi camuflaban esa plataforma de madera. Pasaba desapercibida si no te fijabas bien.

—¿Qué es eso? —preguntó Eve.

—Es un mirador —le dijo Dan.

—Yo creo que Adara debería quedarse en el mirador —propuso sin más Enzo—. Y nosotros inspeccionaremos si la biblioteca es segura —les señaló a Dave, Dan y Declan.

¡Pero qué! ¿Y por qué lo decía como si yo no estuviera delante? ¿Y por qué yo tenía que quedarme en ese dichoso mirador? Ni hablar.

—Entonces yo me quedo con ella —propuso Evelyn.

—Y yo —siguió Aliza.

—Yo me quedo con las chicas—le aseguró Uriel para tranquilidad de Enzo.

—Perfecto —expresó él.

—¡Pero qué dices! —salté indignada.

Enzo me dirigió una mirada intranquila.

—Me sentiría más seguro si te veo allí arriba.

Me daba mucho coraje que a la primera oportunidad me diera de lado. ¡Esto era el colmo! ¿No era lo suficientemente fuerte para afrontar todas las adversidades que nos esperarían en esa biblioteca? ¡Argh! Odiaba que me viera frágil, como si fuera tan frágil como el cristal. ¿Desde cuándo habíamos planeado que yo me quedara en este lugar?

A la mierda mi seguridad. Seguro que era algo más. Indagué crispada. Y de pronto Berenice apareció en mi mente. ¿Será cosa de ella? ¿Por eso habían estado hablando tanto tiempo y tan

secretamente? ¡De qué! ¿Qué le contaría Berenice para que Enzo viera este mirador como seguro y se planteara dejarme aquí? ¿Desde cuándo lo tenían planeado sin contar conmigo? La busqué con la mirada muy cabreada, pero como siempre, no estaba. No había vuelto desde que se esfumó al pillarlos en esa conversación.

—No voy a distanciarme de ti ni un segundo —Don Mandón volvió con un rostro inflexible ante mi tono exigente—. No. No y no —sentencié firme.

Él resopló impaciente con sus manos en las caderas como si sopesara algo, cuando volvió a mirarme, su mirada dictaba que la decisión estaba tomada.

—Para mí es un sí, sí y sí —se limitó a contradecirme estricto. Fue rápido en acercarse a mí. Y no pude hacer nada para evitar que me tomara y me pusiera sobre su hombro como un saco de patatas—. Estas son las decisiones que me haces tomar para prevenir los infartos.

La frustración y la furia se apoderaron de mi cuerpo sacudiéndome como una loca, mientras él caminaba hacia las escaleras en forma de caracol.

—¡Bájame, Mandón! —le exigí.

—Rubia a mi hombro —escuché a Dandelion.

—Como me toques te pego un bofetón—le habló ella con seguridad oyendo la risa de Dan tras provocarla—. Yo solita sé andar.

Vi exasperada como Enzo subía la escalera ligada al árbol, sintiendo un bote tras otro, agarrando mis manos a su camiseta de tanto traqueteo.

—¡Bájame! —le grité dándole un manotazo en el culo.

Noté como sus tersos y cincelados músculos se tensaban y soltaba una risotada.

—Te devolveré ese azote más adelante —me provocó con esa seductora voz.

—¡Me estás coaccionando! —le acusé malhumorada.

—Y tú oprimes mi corazón cuando te pones en peligro, que es peor.

Maldito su ingenio, siempre teniendo una respuesta para todo.

—No eres quien para darme de lado.

—Soy tu marido, y tomo las medidas pertinentes que te dije que tomaría.

—¡No pienso quedarme en este maldito mirador mientras tú te arriesgas! —grité sulfurada.

—Es lo que me obligas a hacer para mantenerte segura y a salvo, Señorita Busca Peligros.

Ah, qué bien. Y encima recibía ese apodo. *Argh*.

—¡Estar lejos de ti no es estar segura!

Me bajó de golpe sobre la plataforma de una forma suave por mi pie lastimado, y sentí un leve mareo que no logró alejar mi enfado ni que le mandara una mirada asesina a mi querido esposo. Pero mi enojo desapareció tan pronto como me vi abrumada de que yo me quedaría aquí, y él se marcharía a inspeccionar esa biblioteca que podía estar llena de los hombres de Tommy.

—Enzo, por favor —le supliqué en un hilo de voz.

—No hay discusión —dijo con sequedad—. Te quedarás aquí hasta que volvamos. Solo voy a echar un vistazo. Además, tienes el pie lastimado. Ten nuestro walkie —no quise cogerlo y Enzo me abrió la mano depositándolo en ella—. Todo saldrá bien.

Cabeceé despacio, acongojada. Un asedio de imágenes invadió mi mente de todas las posibles formas en las que Enzo no volvería a mi lado de una pieza. No quise perder el control de mis emociones porque no quería que se marchara preocupado. Y me tragué todas las posibles pullas hirientes emocionales que golpeaban mi cuerpo.

—Nada nos sale bien si estamos separados —dije con más ansiedad que nunca.

—Volveré —me prometió con solemnidad y me dio un beso en la frente que me dejó una mala

sensación. Me dio la espalda, pero tras dar dos pasos volvió hacia mí dándome el arma que le robó al hombre de Tommy.

—¿Te acuerdas de nuestro entrenamiento? —me preguntó al mismo tiempo que me ponía el arma en las manos.

—Enzo, tú la necesitas más que yo —me sacudí intentando devolvérsela.

—No. Quiero que la tengas tú —apretó con más firmeza su mano contra la mía que tenía el arma—. ¿Te acuerdas de nuestro entrenamiento?

—Sí —mi voz sonó debilitada—, fue antes de nuestra boda.

Guió mi mano apuntando al vacío exterior de la plataforma del árbol.

—Esta es fácil y ligera. Tienes que quitar el seguro y disparar —me enseñó cómo hacerlo—. Intenta que el disparo siempre vaya a una zona no mortal.

Asentí y no le pasó desapercibido como me temblaban las manos.

—Tienes que alejar el miedo —me aconsejó en una voz suave.

Nos miramos a los ojos, y apreté los labios.

La voz se me estranguló en la garganta y decidí asentir de nuevo repetidas veces soltando aire, y me guardé en la cintura el arma. Ojeé que aquí arriba solo estaban Uriel con las chicas, más apartados. Y que Dave, Declan y Dan estaban abajo esperando a Enzo. Miré a mi hombre sintiendo como mi corazón martilleaba acelerado en mi pecho, pensando que yo tenía que quedarme aquí y él se arriesgaría a todo.

—Te doy una hora —le advertí con una voz temblorosa por el miedo que corroía mi corazón. Él levantó su mano y comenzó a acariciarme el rostro con una mirada tierna y cálida—. Como en una hora no hayas vuelto voy a por ti.

Las comisuras de sus labios se elevaron en una tenue sonrisa y sus dedos dibujaron una suave caricia sobre mi mejilla, sumergiéndome en esos profundos ojos grises que ahogaban algo mi malestar de desasosiego, y que necesitaba con tanta desesperación que me expresaran que todo saldría bien.

—Eres una banrion intrépida y poco obediente. Sé que lo harías sin pensar, atravesando cualquier obstáculo para llegar hasta mí —el condenado logró sacarme una sonrisa para mermar mis miedos y se inclinó hacia mi rostro acariciando con sus labios suavemente mi mejilla, trazando un camino hasta mi oreja. Me sedujo esa electrizante sensación en mi piel, como se erizaba cuando hacía eso con magnetismo y maestría—. Pero esta vez tengo la seguridad de que me harás caso. No te moverás de aquí. Porque Uriel no te dejará.

—Oh, Enzo —le regañé con un leve manotazo en el pecho; aunque más asustada que nunca.

—Volveré. Te lo prometo —se detuvo con los labios a unos centímetros de los míos—. Un Mac tíre nunca incumple una promesa.

—Más te vale —le susurré con la voz quebrada.

Su boca atrapó la mía, bebiendo de mis labios todas las inseguridades. Fue un roce suave que desencadenó la electricidad y el magnetismo con el que se conectaban nuestros cuerpos. Su lengua rozó la mía, la tentó, y juntas danzaron. Lo castigué con un leve mordisco en su labio inferior por dejarme aquí tirada, y él se estrechó posesivo contra mi cuerpo gruñéndome complacido. Rodeé mis brazos alrededor de su cuello y me apreté más contra él. Su beso caliente y húmedo arrasó con mis miedos llevándome a nuestro *paraíso*. No quería que este beso acabara jamás. No quería dejarlo marchar. No quería sentir que el miedo y la desesperación me ahogaran nuevamente.

Detuvo el beso y apoyó su frente contra la mía, y pude sentir su sexy sonrisa.

—Tenías razón en algo —me dijo en voz baja.

—¿En qué? —intenté calmar mi respiración.

—No puedo vivir sin tus besos —rozó su nariz con la mía, derritiéndome—. Cada vez que me besas acaricias mi alma, y malditamente ya no puedo vivir sin esas caricias que son mi droga.

Ensanché una sonrisa sintiendo como mis mejillas ardían.

—Is grá liom thú —musitó contra mis labios sedientos de él con ese perfecto irlandés que tanto me seducía.

Y se dio la vuelta dejándome ahí, con el corazón temblándome, pasó por al lado de Uriel susurrándole algo al oído antes de irse, y éste asintió aceptando lo que Enzo le susurraba. No tenía que imaginar mucho que le había *pedido* expresamente. Y se deslizó por la esquina del tronco, mirando agónicamente como se marchaba por las escaleras. Al perderlo de vista, me giré hacia el exterior del mirador y me apoyé en la barandilla de madera mirando hacia abajo. Enzo no tardó en aparecer y se alejó unos pasos, pero antes de internarse en la selva y perderlo de vista, se volvió mirándome y me regaló una sonrisa que deletreaba: «todo saldrá bien». Pero sé que mi corazón no se conformaba, y que estaría en vilo hasta que volviera.

CAPÍTULO 16

ADARA

Solo se habían llevado un Walkie-Talkie, y era Enzo quien lo portaba. Ya ansiaba contactar con él, y sé que aún estaba demasiado cerca para ponerme paranoica. Una casi confortante caricia se deslizó por mi espalda viendo de reojo como Aliza se ponía a mi lado.

—No les pasará nada —me dijo para darme más seguridad—. ¿Cómo sigues del pie?

—¡Mi pie está malditamente bien! —casi lo dije a voz en grito por los nervios. Me avergoncé de mi comportamiento al ver a Aliza mirarme tensa y azorada, y no fue la única que se quedó sorprendida. Suspiré masajeándome la frente—. Lo siento. Es que no entiendo por qué me tengo que quedar aquí.

—No te disculpes, todos estamos de los nervios —continuó Aliza con una voz apacible, sin remordimientos por haberle gritado.

—Te has casado con un hombre férreamente protector. Cuanto antes lo asumas, mejor —me aconsejó Eve, apoyándose en la barandilla con un rostro ausente y una expresión encogida. Apostaba mi fortuna que estaba inquieta y muerta por los nervios al saber que Dan también se había marchado para inspeccionar esa biblioteca. Aunque no lo quisiera reconocer en voz alta, sé que lo pensaba.

—Eso es verdad. En mi vida he visto a Enzo comportarse tan protector y fiero. Joder, es un cambio radical enorme —dijo Uriel con un silbido de asombro.

Me crispaba que fuera tan protector. Y odiaba que me diera de lado en este tipo de situaciones. *Si quieres caer, yo caeré contigo*. Recordé su frase. Eso también se aplicaba con él. Maldita sea, ¿dónde quedó eso?

Uriel nos anunció poco después que eran las once de la mañana, mirando el reloj de su muñeca. No hacía más de quince minutos que Enzo se había marchado. Y me resultó duro combatir la creciente ansiedad.

Perdí la cuenta de todas las veces que recorrí el mirador. Distrayéndome en contar los barrotes de madera. Conté en total, setenta y seis barrotes de madera que sostenían la barandilla. Me fijé con precisión en el suelo de madera con infinitos arañazos por el desgaste del tiempo. Dios, si hasta vi el recorrido de una maldita oruga por el tronco del árbol.

Estábamos que nos sabíamos que hacer a medida que transcurría el tiempo. En silencio. Esperando. Evelyn estaba sentada sobre el suelo del mirador con su espalda reclinada en los barrotes. Aliza, insegura, se abrazaba con la cabeza agachada muy sumida en sus pensamientos. Shamus daba rondas y no podía estarse quieto, se sentía tan temeroso como yo de saber que Enzo se había ido. Y Uriel caminaba de un lado para otro como un *centinela*, mirando hacia abajo por si se presentaba alguna sorpresa inesperada.

Esto me estaba matando.

Miedo.

Pánico.

Impaciencia.

Desesperación.

Ahogo.

Eran las emociones que me apresaban. Me ahogaban. Ya no podía más. Los minutos se me hacían infernales. Apenas escuchaba como hablaban entre ellos, aunque los mirara fijamente, no les prestaba verdadera atención en ningún aspecto de su conversación.

—Tú tienes algo nórdico, seguro —le expresó Evelyn tan descarada.

Uriel esbozó una ancha sonrisa.

—Mi padre era nórdico, sí. Y mi madre irlandesa.

—Oh, lo sabía —dijo con verdadero placer Evelyn—. Ese cuerpo de semidiós que va dejando un rastro afrodisíaco para las mujeres, no lo tiene cualquiera—Uriel rió a pleno pulmón y Aliza dijo algo sobre que Evelyn no tenía filtro a la hora de hablar—. ¿En realidad de que color son tus ojos? Ahora parecen que son de un tono azul oscuro. Pero te los he visto ambarinos.

—Eso va según mi estado de ánimo. Y si me enfado mucho se me ponen rojos.

Evelyn se quedó boquiabierta.

—No le hagas caso, intenta tomarte el pelo —le dijo Aliza mandándole una mirada de riña a un Uriel que aguantaba la risa—. Si te fijas bien tiene una mezcla de esos dos colores...

¿Cuántos minutos habían pasado desde que Enzo se marchó? ¿Cuarenta minutos? Llevaba en mis manos el walkie, tentada a hablarle para saber de él. ¿Pero y si lo hacía y lo ponía en peligro?

No. ¡Basta!

Necesitaba una maniobra de distracción, si no me volvería loca de desesperación.

De pronto, todas mis tambaleantes emociones se vieron interrumpidas al ver aparecer de la nada a Berenice en una de las esquinas del mirador. Nos echó un vistazo y se dio la vuelta para mirar hacia el horizonte cubierto por espesas nubes grises. Sus constantes desapariciones ya no me creaban ansiedad, porque tenía la seguridad de que volvería con nosotros. Pero eso no quitaba que estuviera cabreada con ella, y de que esto lo viese como una encerrona que fue planeada mucho antes de que me enterara. Me daba igual que fuera por mi seguridad, no tenían derecho de coartar mis decisiones, y sobre todo mi propia *libertad* de decidir a qué peligros enfrentarme. Quería que me diese mil explicaciones de que habló con Enzo tan secretamente. De si ella tuvo algo que ver en que yo me quedara aquí.

Dejé a Evelyn, Aliza y Uriel hablando solos y me acerqué a Berenice poniéndome a su lado. Apoyé mis brazos en la barandilla mirando el mismo paisaje tropical que ella, durante unos silenciosos segundos.

—¿Qué fue lo que hablabais tanto tú y Enzo? —le repliqué haciéndole ver que eso me tenía mosqueada.

Ella me observó de reojo sin una mínima emoción.

—Nada que pueda decirte —después arrugó la frente viendo una latente culpabilidad en su cara—. Le hice una promesa.

—Vaya —me sentí decepcionada y más irritada—. Ya vuelven los secretos.

—No te enfades con él —me suplicó girándose hacia mí al ver mi tono—. Enfádate conmigo.

—No. Estoy cabreada con los dos —repliqué con brusquedad. Y me callé durante unos segundos esperando una reacción, y me mosqueó que no me hablara más—. ¿No vas a decirme nada?

—No puedo —se encogió de hombros con un resoplido—. Lo siento. Se lo prometí.

Me tragué un gruñido exasperado. Conocía tan bien a Berenice, que sabía que por más que le suplicase no se saltaría una *promesa*. Y eso que irónicamente yo era de su familia. Bajé la mirada a mi dedo anular, acariciando mis anillos.

Distracciones.

Maldita sea. Necesitaba despejar mi mente de todo el asedio de imágenes que me venían de Enzo en peligro. Y se me ocurrió una excelente idea con la que matar el tiempo. Ya que no deseaba decirme esos «secretos» que tenía con mi querido marido, tendría que sonsacarle más información sobre ella y Dave. El por qué no quería hablar con él. Por qué ese miedo hacia Burke.

Muy en el fondo quería ayudar a Berenice a que dejara su miedo atrás.

—¿Cuándo vas a hablar con Dave? —le solté de sopetón, y produjo en ella que se pusiera nerviosa cerrando los ojos para concentrarse—. ¿Cuándo te sentirás preparada?

Bufó ásperamente frotándose las manos con frenetismo. Eso era nuevo.

—Estoy muerta —comentó con acritud y sé que ese tono no era por mí—. Probablemente no lo estaré nunca.

Necesitaba saberlo con desesperación. Era algo en lo que no podía parar de pensar.

—¿Es él?

—¿Quién? —preguntó confundida.

—Tu difunto marido. ¿Es Burke?

Joder. De que son como dos gotas de agua, era totalmente un hecho. Ese cuadro que vi fue la revelación.

Ella perdió su mirada en el vasto horizonte sin poder ver sus emociones; o las pocas que de vez en cuando usaba para mostrar su humanidad.

—Vi un cuadro... —comencé algo dubitativa—. De ti y de tu Dave. En el desván de la mansión Williams —profundicé más en mis pensamientos, conectando con lo que era real y lo que no—. No sé, nunca he meditado mucho en las reencarnaciones, eso de que cuerpo y alma vuelvan. Tal vez soy yo y es solo su parecido... pero entonces pienso en el miedo que te veo cada vez que te mira y se te acerca, y me pregunto por qué le temes si no es nadie conocido para ti...

—Si es él —me interrumpió de golpe con una voz atropellada e insegura. Me quedé impactada mirándola y ella apartó la mirada mirando la selva—. Es mi difunto marido. De una forma u otra ha vuelto a la vida después de tantas décadas muerto.

Me quedé de piedra con los ojos más abiertos. Joder. Era él. Dios de mi vida.

—Pues díselo —exclamé emocionada susurrándoselo bajito para que el resto no se enteraran, aunque ellos sabían desde un principio que me había ido a hablar con Berenice—. Aclárale todo.

—Puede que haya vuelto su cuerpo —negó con la cabeza haciendo un mohín descorazonada—. Pero no ha vuelto su alma, el alma que caracterizaba a mi Dave. Burke en cierto modo no es mi Dave.

No. Eso era erróneo. ¿Entonces por qué soñaba con ella, con Roundstone y con la propia mansión? ¿Acaso Berenice no lo sabía?

—Sí que lo es —aseguré después de lo que me había revelado—. Me lo acabas de decir. Solo está perdido y tal vez te recuerde si tú...

—Él nunca me recordará —susurró con un dolor que me atravesó e hice una mueca. Quise instintivamente abrazarla e infundirle mi cariño, mi apoyo, pero saber que no podía ni siquiera tocarla hacía arder mis manos. Aparté el rostro, acongojada, sobreponiéndome rápidamente para que no se diera cuenta y se echara la culpa. Asomó una triste sonrisa en sus labios—. ¿Además para que recordarme si yo ya estoy muerta? Burke no necesita recordar una vida que ya no puede vivir. Es mejor así.

Permanecemos en silencio con un suave pero frío viento azotando nuestros rostros. ¿Entonces cabía la posibilidad de que Burke recordara todo su pasado con Berenice? Madre mía, no quería ni imaginar cómo se pondrá él cuándo supiera todo esto. Sobre todo, si lo creería.

—Asumo que es cosa de Tymora —aventuré.

—Sí. No sé por qué lo trajo a la vida —se sintió frustrada, con el ceño fruncido—. Creo que lo hizo para castigarme. Llevo los últimos años siendo un fantasma muy rebelde —asomó una sonrisa, pero no le llegaba a los ojos.

El tranquilo ambiente se quebró cuando de pronto sonaron unos disparos a lo lejos que resonaron en un eco arrollador, y mi cuerpo se convulsionó tensando cada músculo en una rígida expresión de sobresalto, mirando la estampida de pájaros que salió disparada hacia el cielo, sacudiéndose las ramas de los árboles de esa zona.

Uriel y las chicas se pusieron a mi lado rápidamente mirando lo mismo que yo con la cara impactada.

—Disparos —expresó Uriel, gravemente severo.

—Creéis que ellos están... —no pudo terminar la frase Aliza con su rostro desencajado por un pánico que no solo trepaba por ella.

Miré agónicamente a Berenice que me devolvió una mirada alarmada.

Parecía la distancia en la que estaba la biblioteca de Tymora. Donde Enzo, Dave, Dandelion y Declan habían marchado.

Oh no.

Dios mío. Ellos... no. Enzo.

Berenice desapareció en ese momento y no pude pensar con claridad por qué se había marchado tan repentinamente.

Sacudí la cabeza con los ojos humedecidos. Los disparos habían cesado. Fueron ¿seis? ¿Diez? No lo sé maldita sea. Pero fueron demasiados y de seguido. Mis manos volaron hacia mi cabello estirándolo, haciéndome daño en la raíz.

Y en aquel preciso instante comprendí que, si me quedaba en este mirador sin hacer nada, lo perdería para siempre. Ya estaba pasando por esa emoción que no dejaba de lapidar mi alma y mi corazón, enviándolos al fondo del océano. Sentí una clase de temor que nunca había sentido. Y fue en ese momento crítico que entendí todas las agonías que vivía Enzo cuando yo tentaba el peligro o la muerte. Sentirlas a través de mi piel me puso peor. Fue como recibir un escarmiento, un castigo severo que me dejó noqueada unos segundos valiosos.

No le hice la *promesa* de quedarme aquí. Él me obligó a quedarme en este odioso mirador. Y él bien sabía que no me estaría quieta —ni aunque me atara—, si tenía alguna posibilidad de salvarlo. No cuando él peligraba, cuando podía morir. Quise hablarle por el walkie, pero temí que eso empeorara la situación en la que se hallaba.

Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente fuera capaz de dar la orden. No pensaba quedarme de brazos cruzados. Me di la vuelta y en ese instante choqué contra un duro muro de músculos acerados que me impidieron salir de ese mirador, apresándome su cuerpo como una cadena.

—¡Déjame ir! —pataleé en el aire cuando me dio una vuelta ligeramente.

—No puedes ir —me sujetó Uriel con más fuerza mientras me agitaba como una loca en sus brazos—. Enzo me mataría si te dejo marchar.

—Yo te mataré si no me sueltas. ¡Él está en peligro! —aullé con la cara descompuesta y muy frenética.

—Y Dan, joder —exclamó Evelyn muerta por el pánico, perdiendo la mirada en la zona de los disparos.

—Declan y Dave también corren peligro —habló Aliza con la voz trastocada—. ¿Por qué debemos quedarnos aquí de brazos cruzados? ¡Deberíamos ir!

¡Eso pensaba yo!

—Porque así lo quiso Enzo —sujetándome con esa irritante fuerza, vio como ellas miraban tentadas sus walkie—. Y dijo que no le habláramos por el walkie, que ellos contactarían con nosotros —su voz sonaba más alterada al intentar neutralizarme—. Dios. Vosotras sed más razonables que el terremoto que tengo que sujetar —siguió luchando conmigo—. Joder, Adara. Compórtate.

—Suéltame. Están en peligro —grité desgarradoramente. Mi hombre estaba en peligro—. No tienes derecho a retenerme.

—Si lo tengo —replicó con la voz ronca—. Porque así me lo exigió Enzo. Me arrancará la cabeza si te dejó ir hacia allí.

Y de pronto, lo vi claro. Esa muralla de músculos de acero no me soltaría. No a menos que estratégicamente le diera a entender que me calmaría. Aunque me costó un mundo hacer caso a mi naturaleza «sumisa», fui aflojando mis forcejeos. Los dos respirábamos agitados por los movimientos de lucha y opresión que ejercimos uno contra el otro.

Uriel no me perdió de vista, aunque hubiese dejado de luchar, y siguió con sus brazos aferrados en mi cintura, haciendo cadena.

—Vale. Me calmo —acepté, actuando.

Él soltó aire con brusquedad, pero mandándome una mirada de lo más recelosa.

—No me fío —farfulló sin soltarme.

—Lo digo en serio —fui lo más sincera posible, mirándolo prudente para darme más credibilidad—. No me vas a dejar ir. No tiene sentido seguir peleando con tu cuerpo de acero.

Evelyn me entrecerró los ojos porque me conocía, conocía mi temperamento y como era de cabezota cuando me proponía algo.

Aflojó una milésima su agarre y me preparé. No podía creerme aún que le volviera a hacer eso de nuevo. Pero él se lo había buscado. No me estaba dando más salidas que usar esa maniobra. Nuestros cuerpos quedaron uno frente al otro, rozándose. Uriel evaluó a las chicas, mirándolas. Les habló de las razones por las que no podíamos movernos de aquí. Ellas le replicaron, intentaron que entrara en razón, pero Uriel era acérrimo a no llevarle la contraria a Enzo. Pero yo no estaba dispuesta a seguir esa maldita norma mandada por el Mac tíre más terco, inflexible e innecesariamente protector que he conocido en mi vida.

Mi corazón temblaba de miedo, eché un último vistazo a la zona de los disparos y me quedé con los labios temblorosos. El asedio de imágenes me atacó sin piedad. Imaginé a Enzo tirado en el suelo porque una bala le había atravesado el pecho y se encontraba herido de muerte, cubierto por un charco de sangre; de su propia sangre. Aguanté un sollozo impotente que deseó salir desde lo más profundo de mi alma.

—Shamus —él me miró prestándome atención—. Quieto ahí —le hice un gesto de cabeza y él se sentó—. No te muevas. Es una orden.

Y me invadió una oleada de alivio en cuanto me percaté que Uriel solo me sujetaba de los brazos, liberando la presión que ejercía en mi cuerpo. Ahora tenía una completa movilidad de movimiento.

—Uriel —le llamé.

—¿Sí? —me miró tras interrumpir su conversación con las chicas.

—Lo siento —dije con sinceridad.

Frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

Flexioné una parte fundamental.

—Por esto —y lo hice tan rápido como fui capaz. Le di un rodillazo en sus partes. Sus manos me soltaron rápidamente llevándose a sus partes blandas, e inclinó su cuerpo con el aire ahogándose en sus pulmones, cayendo de rodillas. Shamus ladró dos veces y se puso a olfatear a Uriel que pasaba por un dolor insoportable.

En cuanto me vi libre, salí corriendo.

—¡Dios mío! —exclamo Aliza llevándose las manos a la boca.

—¡Mayi! —me recriminó Evelyn, estupefacta.

Me deslicé tambaleándome por las escaleras de caracol.

—¡¡Adara!! ¡Vuelve! —bramó con una voz ronca Uriel sin poder levantarse del suelo—. ¡Joder!

En mi fuero interno no paré de pedirle perdón unas mil veces. No sé si este rodillazo intencionado me lo perdonaría.

Bajé por las escaleras oyendo a Eve y Aliza gritarme que me detuviera con un Uriel colosalmente enfadado que no paraba de maldecir. Y escuchar a Shamus aullar al verme salir disparada como una loca frenética. Al llegar abajo, sentí como el pie me exigía detenerme, pero no lo iba a hacer.

No pude mirar hacia arriba. Si lo hacía, no sé si sería capaz de seguir.

Fijé mi vista por la zona que se habían marchado Enzo y ellos, y me juré no parar hasta encontrarlos. Agaché la cabeza y corrí con todas mis fuerzas, las que me permitía mi insufrible pie. El terreno irregular y lleno de obstáculos naturales me impedía moverme a la velocidad que quería. Y paré de golpe —después de varios minutos corriendo—, sintiendo arder mis pulmones, dando una vuelta sin saber dónde ir. No había caminos. Desaparecían aquí. Joder. ¿Estaba perdida? ¡No maldita sea!

Fui a iniciar otra carrera para buscar desesperadamente a mi hombre, pero el dolor que me recorrió desde el muslo hasta el tobillo lastimado, hizo que aullara de dolor y me quedara de rodillas clavada en la tierra.

—Maldita sea —me maldije, tocándome el pie que me ardía.

Levanté la cabeza y agucé el oído para intentar escuchar algo que no fuera la jauría de los animales del entorno.

Gruñí sulfurada.

No me daría por vencida. Apoyé el pie bueno poniéndome recta, notando los batidos punzantes del tobillo que me lanzaba para hacerme decaer.

Cada vez que avanzaba, la espesa vegetación se apresaba más a mi cuerpo como una telaraña, agité los brazos peleando con ella sin dejar de moverme. Y el cielo rugió como si amenazara una lluvia abismal. Estaba a punto de llover a mares.

Me detuve otro tramo más con la garganta seca, tomando un poco de aire, y cogí el walkie.

—Enzo —lo llamé en un susurro con el corazón en un puño—. ¿Estás ahí?

El silencio que recibo del walkie era espeluznante. Solté un medio sollozo.

—Enzo, por favor... si me escuchas... háblame —balbuceé lo último al imaginarlo malherido.

No me sumiría en el caos. No me haría pedazos. No dejaría que mi pecho se desgajara de dolor. O hacerme un ovillo en el suelo. Encontraría a mi marido costara lo que me costara.

Solté un gruñido y seguí corriendo.

No avancé mucho más al encontrarme un problema en mis narices. Frené mis pies apretando los dientes al apoyar mal mi pie malherido, y me tragué un jadeo quedándome estática, paralizada.

Mierda. Mierda. A unos pocos metros de distancia se encontraban tres hombres fornidos. Vestían pantalones negros y camisetas grises, equipados con tecnologías y armas. Sé que eran los hombres de Tommy. Me daban la espalda. No me habían visto y tampoco había señales de que Enzo o el resto se encontraran con ellos en contra de su voluntad. Tal vez estos tipos no eran los que habían disparado, pero tampoco me quedaría para averiguarlo. Poco a poco, caminé hacia atrás, muy despacio, sin quitarles el ojo de encima. Necesitaba volver a meterme entre la frondosa vegetación, y estaba a unos escasos tres metros de regresar y camuflarme.

Di otro paso. Otro. Otro más...

Y bajo mis pies crujió una rama que partí en dos y me hizo maldecir al ser la causante de mi desgracia. Ellos se dieron cuenta rápido, y me giré para salir corriendo.

—¡Quieta! —me gritó uno.

Al oír como cargaban sus armas, me detuve en seco con el corazón bombeando con frenetismo al sentir que me estaban apuntando por la espalda. Mi instinto casi me hizo dar un movimiento erróneo al intentar llevarme las manos al arma, pero me frené al saber que ellos no sabían que tenía un arma escondida gracias a la chaqueta.

Maldita mi suerte.

Y me di la vuelta con altivez y arrojo, mirándolos, enmascarando mi miedo de verme presa y en peligro. Dos de ellos se acercaron sin dejar de apuntarme, mientras que uno se marchaba. Sé que ese avisaría a Tommy, y era cuestión de tiempo que viniera a por mí.

El cuerpo se me agarró de pánico de solo imaginarlo.

—Pero mira que joya nos hemos encontrado —dijo el moreno tan cínicamente con una alegría maliciosa, poniéndose a mi lado.

—¿Dónde está Enzo! —les exigí saber.

—¿Quién? —dijo él con una chulesca sonrisa.

—Se refiere a su marido —le habló el rubiales—. El que ha dicho el jefe que nos deshagamos de él porque será un problema que siga con vida. Ella y solo ella es parte del plan.

Me quedé helada con la sangre abandonando mi cuerpo. *Bastardo Tommy*. ¿No dijo que lo necesitaba con vida? Bastardo. Bastardo. Como le hubiesen tocado un pelo se los haré pagar a todos.

El moreno relució sus dientes blancos y perfectos en una sonrisa arrogante, mirándome de arriba abajo lujuriosamente.

En ese momento me vino toda la defensa personal que me enseñó Enzo, pero que no podía efectuar porque eran dos contra uno. Sé que podría con uno de ellos gracias a las técnicas aprendidas, pero al otro le daría tiempo de atraparme y dejarme noqueada.

—Nos vamos a divertir mucho, joya —inclinó su rostro hacia el mío notando su pestilente alcohol en su aliento. ¿Iba tomado?

Visualicé en uno de los bolsillos de su pantalón una petaca que contendría whisky o algo más fuerte.

Tensé mi cuerpo cuando levantó una mano hacia mi rostro con intención de tocarme. Me grité a mí misma que no me moviera, pero se me hizo muy difícil. Me dieron arcadas su dedo rozando mi mejilla mientras su mirada enfebrecida me desnudaba. Notaba los latidos de mi corazón en los oídos.

Ladeé el rostro, presa de la rabia, y sin aguantarlo más, apreté el puño y lo lancé contra su cara en un inesperado movimiento. El dolor ardió en mi mano al no efectuar bien el golpe, soltando un leve grito, pero me llevé la satisfacción de verlo tambalearse con un rostro rígido y

dolorido; aunque se recuperó rápido.

—¡No me toques! —le grité asqueada.

Y el otro me cogió de los brazos, apresándome. El moreno se tocó el labio y me miró con los ojos enfurecidos, se acercó como un basilisco y me agarró del cuello dejándome sin aire al apresar sus manos como una bestia sobre mi frágil piel, con el otro aún sujetándome. Gemí por el dolor sintiendo como me quedaba sin aire, y me tiró contra el suelo bruscamente.

Me toqué el cuello oprimido, tosiendo al sentirme ahogada.

—¡Zorra! —bramó inclinándose hacia mí—. Tienes suerte de que tengamos que tenerte con vida. Si no estarías muerta desde este instante.

Intentó maniobrar una patada y me encogí en un ovillo, pero no llegó a darme.

—¡Eh, que haces! —le puso una mano en el pecho el otro para frenarlo—. No podemos tocarla. Aunque el jefe sea el que más desea meterle una paliza por no marcharse con él, la necesita ilesa.

Apoyé mis manos en la tierra húmeda torciendo el gesto hacia ellos.

Estaba a punto de llevarme la mano al arma, prefería morir en el intento de escapar que dejar que abusaran de mí y de ser presa de Tommy, quien sin vacilación deseaba meterme una paliza de muerte. Pero el moreno se inclinó hacia mi cuerpo con aspecto salvaje y sin una pizca de compasión. La compasión no parecía entrar en su carácter. Todos los que trabajaban con Tommy eran tan escorias como él.

—Tienes mucha suerte, niñata —me cogió del mentón con fuerza, lastimándome, obligando a mis ojos a cruzarse con los suyos voraces de bestialidad—. Ahora levanta ese puto trasero o lo hago yo.

Lo hice, y el otro se acercó a mí y me ató las manos con una cuerda sin una mínima delicadeza, arañando mi piel.

—Tommy y vosotros vais a pagar por esto —les expresé entre dientes con puro rencor.

—¿Tommy? —noté una cierta ironía en sus voces cuando se miraron incrédulos—. Oh, ella no lo sabe —dijo el moreno con guasa.

Aquello me confundió sin dejar de mirarlos. *¿Qué no sabía? ¡Y qué demonios me importa a mí! Todo lo que venga de Tommy me importa una mierda.* Pensé rápidamente.

El moreno me propinó un empujón que casi me hizo caer de bruces de lo imprevisto que fue.

—Camina —me ordenó con una voz envenenada de brutalidad—. Y cómo intentes algo te rajo la garganta y será una lenta agonía tu muerte. ¿Me has entendido?

El espasmo que sentí me llevó a apretar los dientes al tiempo que les daba la espalda y aguantaba las lágrimas. El miedo intentó hacerme perder, ver que estaba perdida y sola, pero resistí pensando con fuerza que ya tendría mi oportunidad de escapar. Solo tenía que esperar. No me habían registrado los muy gilipollas. Pero si el walkie decidiera sonar ahora mismo —en el bolsillo de mi chaqueta —estaría perdida. Estaba acojonada. Muerta de miedo. Y solo malditamente podía obedecerles.

Caminamos un gran tramo donde se unió otro hombre más para llevarme ante Tommy. Eso hizo decaer mis esperanzas. Aguanté la cojera, y me concentré en ese pequeño punto de dolor que se apesaba en el tobillo para que ellos no se dieran cuenta. Mis esperanzas de verme libre, morían a cada segundo con esos tres hombres que no dudarían en matarme si intentaba escapar. *Y recuerda que Tommy también, ellos lo dijeron.* Recordé con un estremecimiento.

—¿Y qué va hacer vuestro jefe conmigo? ¿Matarme? ¿Torturarme? ¿O me tendrá de nuevo secuestrada? —quise saber intentando mover mis muñecas juntas por las cuerdas, pero me fue

imposible.

—No nos pagan por saber, sino para cumplir órdenes —me dijo el rubio.

Supliqué al cielo para que Enzo estuviese bien, y que Dandelion, Declan y Dave se encontraran ilesos y de vuelta en el mirador. Ahora no sé cómo saldría de esta. Y viva. Porque estos hombres pronto me llevarían con Tommy.

Y algo se activó en mi interior. Algo en lo que me aferré con voluntad y no lo medité demasiado. Se acabó. Prefería morir a caer en las manos de ese enfermo.

Me detuve.

—Eh, muévete —me ordenó rápido el moreno.

—No —me esforcé en pronunciar.

—¿No? —dijo con impaciencia acercándose, y sacó un cuchillo de guerra de su cintura.

Me estremecí.

—¡Mil, que haces! Para —le aconsejó el rubio, pero no hizo nada para pararlo él mismo—. Dile algo tú —le señaló al tercer hombre que se incorporó al grupo hace más de quince minutos.

—Ella se lo ha buscado —expresó encogiéndose de hombros dándole igual mi vida.

Ese Mil se detuvo a escasos centímetros de mi cuerpo con un rostro descontrolado, deteniendo el cuchillo en la base de mi garganta. Todo el aire se colapsó en mis pulmones al notar el frío de la hoja afilada viajando por mi piel.

—Muévete o te rajo la garganta —me amenazó feroz.

Tragué saliva con dificultad mirándolo dispuesta a ser el sacrificio.

—Mátame... —intenté respirar, pero la voz no me salía de los temblores que me provocaba saber que tan cerca estaba de mi muerte—. Pero jamás volveré con Tommy.

El alcohol que llevaba en su sangre lo descontroló más. Frunció los labios en una dura línea al no obedecerle y llevó su mano libre a mi pelo tirando con brusquedad, echó mi cuello hacia atrás escapándose de mis labios un jadeo y hundió más ese afilado cuchillo en mi delicada piel.

El leve y pequeño corte me hizo gemir y eso le produjo una sonrisa de satisfacción oscura y depravada. La garganta y los ojos me quemaban. Pero no iba a suplicar por mi vida. Estaba dispuesta a que me matara si eso frustraba los planes que tenía Tommy conmigo.

—Joder, Mil. No podemos...

—¡A la mierda las reglas! —gritó él casi en mi cara al tenerlo tan cerca y tuve el espasmo de cerrar los ojos por su brutalidad—. Esta zorra debe entender quién manda. Unas cuantas heridas no serán nada —paseó la hoja afilada por mi cuello, bajando—. ¿Dónde prefieres que te abra la piel? ¿Oh, estás llorando? —comenzó a reírse vilmente—. ¿Tienes miedo, joya?

—De un gusano infecto como tú, no. Solo puedes producir desprecio y mucho asco. Tanto o más que tu jefe —escupí entre dientes mirándolo con agallas.

Y di con mi sentencia. Su oscura y letal mirada me lo dijo todo. Mil balanceó el cuchillo hacia atrás lo justo para clavarlo en mi estómago. Y cerré los ojos ahogando el aire al sentir como el pulso se me aceleraba por el impacto del dolor que sentiría en breve.

Fue rápido.

Sentí un ligero golpe en el estómago y el dolor pasó a ser mucho mayor de lo que imaginé, me desgarró la piel y comencé a desvanecerme sintiéndome débil. No sé por qué no grité. ¿Por el shock? Solo me dejé arrastrar por esa puñalada que había infectado mi sangre de más dolor y que me estaba retorciendo las entrañas.

La cabeza comenzó a darme vueltas sin parar.

Y la cordura pronto arremetió contra mi delirio frenético impulsado por una ahogada emoción.

El miedo hizo imaginarme ese dolor que atravesaba mis carnes. Mil no me había apuñalado. Estaba intacta. Todavía.

Con la presión estallando en mis oídos, logré escuchar débilmente como algo metálico golpeaba contra la tierra y rodaba unos metros. El eco de un rugido se coló en mis oídos dándome un vuelco el corazón al escucharlo. Con los ojos cerrados, comencé a notar como Mil dejaba de presionarme el cabello y me soltaba para liberarme. Gritos salvajes. Movimientos brutales. Parecía que se había desatado una batalla. Abrí los ojos de golpe, turbada, y me vi envuelta por un humo blanco tóxico que no tardó en llegar a mis pulmones y hacerme toser. Abrumada, ese humo fue encerrándose sin visualizar más allá de un metro de distancia. A ellos dejé de verlos. Estaba sola. ¿Eso fue una granada de gas? ¿Pero quién la arrojó?

Tosí repetidas veces, y los ojos me escocían cuando ese humo me abrazó por completo, pero eso no me impidió ver en un fugaz reflejo, un movimiento veloz por mi derecha, una sombra pasó rápida y escuché como uno de esos hombres vociferaba un grito desgarrador, de puro dolor, y como algo metálico atravesaba su piel. Mi cuerpo se agarrotó y me incliné hacia delante temerosa de verme en otro nuevo peligro; mucho peor que éste en el que yo sola me había metido.

De pronto, mis manos se encontraron libres de la presión que poco a poco cortaba mi circulación al sentir como un cuchillo me liberaba de las cuerdas que ataban mis muñecas, y una mano áspera tomaba la mía y me llevaba lejos de ese espeso humo cegador y tóxico. Salimos y tosí compulsivamente mientras escuchaba disparos y gritos de furia en la lejanía. Distinguí la voz de Mil, como mandaba entre gritos buscarnos. Con los ojos despejados de ese espantoso humo, observé a mi salvador.

Apenas me fijé en él debido a su forma de correr precipitada, obligándome a seguirle el ritmo que me hizo tropezar en más de una ocasión al no tener su equilibrio. Mis ojos aún me escocían y seguían llorosos de ese gas, por lo que no paré de parpadear repetidas veces.

Bajamos una pendiente y seguimos corriendo a su ritmo acelerado y fatigoso. Le eché un vistazo otra vez. Parecía llevar una especie de capa gris que cubría su cuerpo, con una capucha holgada y grande que me dificultaba ver su rostro. No me dio buena espina, recordándome a Tymora. Solo que ella era una mujer y llevaba una capa blanca, y quien me había salvado era un hombre alto y musculoso, que había sido capaz de ingeniárselas para rescatarme de esos tres tipos que habrían estado dispuestos a matarme.

Enzo no se cubriría con una capa y menos lo haría Uriel. No tendría ningún sentido. ¿Quién era mi salvador?

—No... no puedo más —le dije sin aliento después de diez minutos y me soltó la mano para darme tiempo. Me llevé las manos a las rodillas inclinándome hacia delante sin dejar de toser, tomando el aire puro del entorno. Al poco de soltarme, vi de reojo como me tendía una cantimplora de agua.

—Gracias —la cogí sin darme tiempo de nuevo a verle la cara. ¿Por qué seguía cubriéndose? Sin importarme, bebí agua refrescándome el rostro. Tardé más de un minuto en reponerme y en sentir que podía respirar con normalidad—. ¿Quién eres?

Él siguió dándome la espalda sin decirme nada.

Al no mirarme y menos responderme, me tensé dando un paso hacia atrás.

—¿Quién eres? —le exigí saber con la voz desgarrada por el humo.

No me respondió.

—¡Descúbrete! —le pedí con más desconfianza.

Y se movió ágil alejándose de mí para adentrarse entre las malezas frondosas de la selva. Era

un hecho que no quería desvelar su identidad, que huía de mí después de salvarme. Pero no estuve dispuesta a dejarlo ir.

—No —ahogué mi voz yendo detrás, lo alcancé milagrosamente en unas zancadas o fue él quien se frenó en seco tras oír mis pasos. No estaba segura. Y lo agarré de los brazos para volverlo hacia mí—. Maldita sea, quién eres...

Tiré de la capucha que envolvía su cabeza y su rostro quedó descubierto.

Ahogué el aire en mis pulmones quedándome paralizada, deslizándose de mis manos la cantimplora que rebotó contra la tierra, salpicando agua. Aunque tuviese aún medio rostro tapado, sabía quién era. Sacudí la cabeza frenéticamente. Pálida. Febril. *No. No. No puede ser.*

—To... Tommy —mi voz tembló.

Me miró con aire taciturno y se bajó el trapo negro que cubría de la nariz a su boca.

—Adara —fue la única respuesta.

Recordé entonces lo que hablaron sus hombres, de que él quería meterme una paliza y me sentí morir. Ni siquiera analicé por qué me había salvado. Caminé hacia atrás espantada y muerta de miedo, y entre temblores, saqué el arma apuntándole a bocajarro para disparar. No pensé. Solo actuaba por mi pánico y mi supervivencia.

—No te muevas o disparo —le amenacé nada convincente.

Una sonrisa se extendió lentamente por su rostro. Y no parecía estar cargada de maldad u oscuridad, era una nueva que me trastocó. Su rostro cincelado en hielo me provocó escalofríos.

—¿Me vas a disparar? —sonó demasiado confiado en que no lo haría.

Y comenzó a caminar hacia mí con una seguridad aplastante. Se acercó tranquilo, grácil, como un depredador que sabe que ganaría una deliciosa presa, desvelando ese halo peligroso, oscuro y retorcido que tanto lo caracterizaba.

—No, Tommy. Para —le exigí saliendo mi voz en un hilo.

Siguió caminando. Y yo imité temblorosa sus movimientos, pero retrocediendo para poner distancia. Ni siquiera tenía el dedo en el gatillo y tal vez eso era lo que le infundía seguridad en acercarse. Maldita sea mi miedo. ¿Qué pensaría Enzo de mí al verme tal vulnerable e inestable de actuar? Ni siquiera pasaba por mi cabeza dispararle. Y ni siquiera funcionaban mis amenazas. Por más que me hubiese enseñado a disparar para dejar herido a mi oponente, no podía. Simplemente no podía.

Me sentí decepcionada conmigo misma.

—¡Para o te juro que disparo! —me comenzaron a temblar las manos que cubrían el arma.

Hubo otro silencio mientras un trueno retumbó sobre nosotros.

—¡Para, joder! —tartamudeé con los ojos húmedos.

Mi espalda chocó ásperamente contra el tronco de un árbol quedándome atrapada, y él se acercó tanto que el cañón del arma tocó su pecho. Estaba completamente loco. Su locura rozaba el suicidio. ¿Quería morir? ¿O me estaba poniendo a prueba? Con los ojos empañados de lágrimas miré su rostro adusto y mortal de necesidad.

—Si vas a dispararme... —tomó el arma por arriba, nuestros dedos se rozaron efímeramente y sentí como si tuviese que echar a correr en ese instante. Manióbró todo para que estuviera lista para disparar, y guió mi dedo al gatillo dejándome helada. El solo «clic» que escuché me puso la piel de gallina—. Al menos cárgala y quita el seguro.

Apreté los dientes con rabia. No se movió, el cañón del arma seguía contra su pecho.

—Ahora. Dispara —me dijo suavemente.

Me quedé quieta con el dedo en el gatillo, tembloroso y vacilante.

—¡Dispara! —su voz violenta me congeló, pero no fue eso lo que me dejó clavada en el sitio, si no vislumbrar como parte de su máscara de maldad se desquebrajaba y veía un frágil Tommy, ahí oculto, detrás de tantas capas de maldad—. Y acaba con la maldita agonía que llevo soportando años.

CAPÍTULO 17

ADARA

—Dispara —me incitó con la mandíbula apretada y una voz torturada. Incluso empujó más su pecho contra el cañón. El nudo de mi garganta me impidió hablar. Mi dedo acariciaba el gatillo, pero no efectuaba el golpe final. Apreté los dientes con los ojos empañados de lágrimas. El corazón retumbando en mi pecho con frenetismo. Sintiendo como las manos me temblaban, dejando el arma inestable en ellas. Conforme pasaban los segundos, me iba poniendo más y más tensa—. No. Tú no puedes —me confirmó con una sonrisa clara y vencedora—. Eres demasiado inocente y pura para matar a alguien —su sonrisa de pronto se esfumó estremeciéndome que endureciera sus rasgos en una sombría expresión—. Y sabes una cosa, las personas inocentemente puras acaban muertas.

Estallé. De una forma que pudo poner fin a mi vida.

—¡Eres un bastardo! —arrojé el arma, le pegué un bofetón y me giré gruñendo por mi cobardía de no poder disparar. Si Enzo me viera se defraudaría de mí.

Me llevé una mano a la frente con las lágrimas deslizándose por mi rostro perpetuo, agitándose mi pecho. ¡Por qué no podía disparar! ¡Por qué!

—¿Eso es lo que me has estado llamando todo este tiempo? ¿Bastardo? —vi de reojo como se tocaba la mejilla que tomó un color rojo por la intensidad de mi ataque—. Supongo que este bofetón me lo merezco.

¿Supongo? ¿Pero quién era este Tommy? ¿Por qué parecía ser otro? No. Seguro que era un juego suyo de esos enfermos.

—¿Vas a llevarme contigo? —mis palabras salieron en un tartamudeo. Me odié por mostrarme vulnerable ante él, que viera cuanto pánico le tenía.

Claro que lo hará, Adara. Eres estúpida en pensarlo. Te ha salvado con el pretexto de colgarse él la medallita de haberte encontrado. Porque es cruel. Retorcido. Oscuro. Me dije con una creciente impotencia de verme en sus garras.

—No —fue claro y conciso. Me dejó atónita su respuesta—. Pero tampoco te puedo dejar sola.

Su rostro se congeló de asombro al bajar su mirada más abajo de mi barbilla posando sus ojos en mi cuello, y se acercó dos pasos con una aceleración que me hizo brincar.

—Estás herida —dijo atormentado.

—¡No te me acerques! —le grité dando unos cuantos pasos hacia atrás, haciendo un gesto brusco de manos con el pánico latiendo en mi rostro.

Con un gesto sombrío se detuvo, se me quedó mirando y caminó en otra dirección mirando la zona que nos rodeaba.

—Acabo de salvarte la vida —me recordó sin mirarme.

¿Y eso qué? No cambiaba nada. Él seguía siendo oscuro, cruel, calculador, manipulador y un sinfín de más cosas despectivas. No le quité la vista, fijándome en como inspeccionaba la zona, asegurándose... no sé, ¿de que sus propios hombres no vinieran? Eso no tenía sentido. Había visto un poco de humanidad en su mirada... pero no me tragaba ese cuento de verlo como mi «salvador».

Pero ahora en su rostro llevaba una máscara de difícil desciframiento. Parecía hermético. Apático. Es como si supiera que había cometido un error al mostrarme antes algo que no deseaba que viera. Había algo en él que me susurraba muy bajito; «seguridad». Hice un mohín. Deseché ese pensamiento loco y me concentré en seguir desconfiada, pensando en lo peligroso que era estar a solas con él. Recordé —para no caer en un declive de inseguridad— cómo me habló en la cabaña mientras me tenía secuestrada, su forma de tratarme cruelmente, y se me retorcieron las tripas, estremeciéndome de espanto.

Por eso no me cuadraba su actitud de ahora. ¿Dónde estaba el Tommy que conocía?

—¿Esto es un juego tuyo de esos enfermos? —mantuve la distancia, precavida, por si decidía de pronto abalanzarse para retenerme—. ¿Te haces el bueno ahora, con qué propósito? No es creíble tu nuevo papel.

Me miró por largo rato, ambos manteniéndonos la mirada, pero había algo en la suya como si con ella me lo dijera todo. Pero esos profundos e inestables ojos no me decían nada.

—Si quieres verlo de ese modo —se encogió de hombros—. Por más que te lo contara nunca creerías nada.

Me eché a reír de un modo sarcástico.

—Tienes razón —solté siendo totalmente sincera—. Todo lo que salga de tu boca, no lo creeré en la vida.

Apartó el rostro rápidamente sin poder verle la emoción que pasó fugazmente por su cara. En ese momento toqué mi cuello y me escoció pasar levemente las yemas de los dedos por el pequeño corte que ese maldito me hizo en el cuello. Apenas había sangrado y no era grave. Caí de lleno en esa herida. ¡Madre mía! Esto no podía ocultarlo. Y si Enzo lo viera... Dios. Que el mundo se preparara para su furia. Le eché a Tommy un vistazo de reojo. Seguramente si echara a correr vendría detrás de mí como un poseso. Él asegura que no me puede dejar sola, pero no le creía lo más mínimo. De esto ya había tenido suficiente. Resistiré todo lo que pueda resistir. Hasta que uno de los míos venga. Tal vez Uriel. Aunque no mantenía grandes esperanzas después de mi «rodillazo».

—¿Por qué me dejaste en el pozo? —quise saber para ganar tiempo.

No me dijo nada. Mantuvo su silencio como si pasara de mi pregunta. Entrecerré los ojos, crispada.

—¿Por qué Dean! —le grité harta de este nuevo aspecto de él tan alejado del suyo.

—¡No me vuelvas a llamar Dean! —se volvió tan rápido hacia mí que me quedé inerte por esa voz tan salvaje y furiosa, con su mirada destilando odio. Su pecho subía y bajaba frenético—. ¿Vale? No soporto ese nombre —logró susurrar más bajo dándome la espalda.

Esto era el colmo. ¿Qué no lo soportaba? Cuando me secuestró me repitió tropecientas veces que lo llamara Dean y no Tommy.

—¿Sufres trastornos de personalidad? —le expresé con gran incredulidad—. ¿En unos segundos volverá el psicópata Tommy?

Me miró por encima de su hombro.

—Cómo te he dicho, piensa lo que quieras. No me importa.

—¿Cómo sabías de ese recuerdo?

—¡Qué recuerdo! —espetó exasperado de que le hiciera una pregunta tras otra.

—Lo que me pasó con seis años —respondí con rapidez—. Lo de la rata en el pastel. ¿Por qué lo mencionaste? ¿Cómo lo sabes?

Se quedó mirándome sin responderme y se alejó pasando por mi lado.

—Hablas demasiado —apretó la mandíbula y murmuró desdeñoso.

—¡Quiero saberlo! —le grité y lo agarré del brazo deteniéndolo antes de que se alejara lo suficiente.

Noté su tensión en los músculos cincelados de su brazo, y se sacudió de mi toque bruscamente con una rabia que subía por su rostro más que evidente. Su gruñido feroz me hizo retroceder.

—No me toques. No vuelvas a hacerlo nunca —bramó ahogando la expresión—. No soporto que me toquen, por favor.

Me quedé de piedra, mirándolo. ¿Había dicho *por favor*? ¿Tommy? ¿El psicópata de mi primo? Quién me secuestró y me tuvo en esa casucha de madera durante más de dos días. Quién no tuvo piedad de llevarme no una vez, sino muchas, a la puerta que hacía arder mi marca, ¿ese Tommy había empleado una voz suplicante y desgarradora con un «por favor»?

Si estaba actuando. Era una increíble actuación. La mejor que había visto en mucho tiempo. Pero yo no era ni la mitad de ingenua que cuando lo conocí en el muelle en Roundstone, ahora sabía su verdadera cara, su lado monstruoso, ese lado oscuro y retorcido que lo caracterizaba. En ese breve instante me di cuenta de la brecha de su ceja, era reciente. La sangre se había convertido en una costra.

De pronto, llegó a mí el recuerdo atroz de esos disparos y mi cuerpo se retorció de pánico pensando en Enzo. Hice un esfuerzo por no perder los papeles y no tentar la suerte de que Tommy desechara esa *rara* actitud apacible, para que volviera la otra oscura. Pero no pude dejar de mirarlo furiosa.

—¿Dónde está Enzo? —le reclamé desesperada—. ¿Dónde lo tienes retenido!

—No sé dónde está —murmuró entre dientes con los ojos cerrados, como si estuviera concentrado.

—No te creo —mi voz salió ahogada al imaginarlo herido—. Ellos han dicho que lo matarías porque no te servía de nada —levanté la barbilla con aire desafiante—. Te juro que, si le has puesto una mano encima, esa inocente pureza que me ves, la destruiré para matarte.

El aire abandonó mis pulmones de golpe al verlo moverse rápidamente hacia mí quedándose a centímetros de mi rostro.

—Enzo hace mucho tiempo que tendría que haberte metido en cintura. Es demasiado indulgente contigo —mi cuerpo automáticamente se preparó por si necesitaba emplear una de las técnicas de defensa—. Si te dicen que te quedes quieta en un sitio. Lo haces. Y punto.

Sus palabras me pusieron furiosa y él se dio la vuelta bruscamente volviendo a cerrar los ojos.

—¿Nos has estado siguiendo?! —chillé.

Silencio. Fue la única respuesta y tuve ganas de arrancarle la cabeza. Aquí había algo que se me escapaba. Y eso me tenía en una furia irritantemente molesta. ¿Por qué seguirnos y no abordarnos en el mirador? Gruñí moviéndome hacia otro lado, notando el dolor del tobillo como subía por la pierna. Me incliné, tocándolo levemente. Dios, estaba más hinchado.

Giré mi rostro viendo que Tommy mantenía aún los ojos cerrados.

—¿Vas a decirme que quieres de esta isla? ¿Por qué nos retienes aquí?

Déjanos ir. Quédate con ella si tanto lo deseas. Quise suplicarle con tal grado de desesperación, pero no estuve dispuesta ni siquiera a rebajarme a ese nivel con alguien tan siniestro como él.

—No —cabeceó en un murmullo casi inaudible—. Y cállate, necesito concentrarme.

Permanecí inmóvil apretando los puños.

—¿Qué haces?

Me ignoró.

—Mierda —soltó a los pocos segundos y se pellizó el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice—. No lo encuentro. Dios esto no es bueno. Lo tenía todo bajo control.

¿Qué no encontraba? ¿Qué tenía bajo control? Me irritó querer descubrirlo porque poco tendrían que importarme sus locuras.

—Quiero volver al mirador —le pedí como prueba.

Tommy suspiró con pesar y al fin abrió los ojos.

—Te llevo —me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera.

¡Venga ya!

—Ya está bien. Acaba con esta falsa —le expresé con tono desafiante y furibunda, pasando ya mis propios límites—. No te creo nada. ¿Quién eres tú y que has hecho con el psicópata de mi primo?

—Vaya —asintió con la cabeza como si le sorprendiera—. Otra vez me llamas psicópata.

—¡Deja de vacilarme! —le exigí en un grito con la sangre hirviendo.

Él perdió la mirada detrás de mí, sonrió levemente como si le agradara lo que veía, pero no apartó sus ojos de donde miraba con tanta curiosidad. Y terminó por lanzar un suspiro.

—Aquí termina nuestra aventura juntos —me hizo un gesto con la mano—. Coge el arma —al ver que no me moví de inmediato endureció su voz—. Ahora. Y ponédle el seguro.

Le obedecí de inmediato trotando hacia el arma, me incliné hacia ella y puse el seguro. Y ahora es cuando me la pediría, ¿no? Porque no se fiaría que yo la llevara. Cabrón. Solo estaba jugando conmigo, esto de hacerse el bueno le parecía divertido, pero yo lo veía diabólico. Cuando me erguí, solté un exasperado aliento sin tener ganas de seguir con esto. Esto se terminaba aquí. Estaba en sus garras y yo no podía hacer nada para evitar tal desgracia.

—¿Sabes qué? —murmuré en tono pesimista, cansada, abatida por todas las emociones que arrastraba desde que escuché esos disparos. Estaba cansada, abrumada, herida, tanto física como emocionalmente, y ahora si estaba en grave peligro—. Llévame de una vez a donde quieras llevarme. Pero no sigas...

Me volví hacia él tendiéndole el arma y bajé de golpe el brazo. Permanecí incapaz de moverme al ver que Tommy ya no estaba. Giré sobre mis talones para dar vueltas no una, sino tres veces sin ser capaz de verlo. Mis ojos lo buscaron como locos por cualquier zona frondosa que se moviera sospechosamente —creyendo que era él jugando a ser más macabro—, pero solo era el viento que mecía las hojas de la flora de mi alrededor.

—¿Tommy? —titubeé encogida.

¿Cuándo se había esfumado? Ni siquiera escuché sus pisadas. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. *Aquí termina nuestra aventura juntos.* Mi mente conjuntó sus palabras de hace un momento.

¿Qué?

—Adara —una voz conocida proclamó mi nombre.

Al darme la vuelta, mi corazón dio un brinco de pura alegría.

—¡Berenice! —corrí hacia ella como pude con las lágrimas en los ojos. Me frené de golpe porque mi instinto fue abrazarla, y me reprimí apretando los puños. Ella me sonrió con un rostro envuelto por un rubor emocionado de verme.

—Supe que te habías ido —me explicó con un tono preocupado—. Y vine a buscarte.

No pude evitar ojear la parte en donde Tommy estuvo hace un momento.

Mi frenético pulso me hacía temblar azorada.

—He encontrado a Enzo.

Mi corazón se paralizó un segundo y me di la vuelta hacia ella tan repentinamente que sentí un pequeño mareo.

—¡Llévame con él! —le grité desesperada.

Asintió rápidamente y la seguí tambaleándome. Salteé con algo de dificultad las malezas de mi camino persiguiendo a una liviana Berenice que llevaba mejor ritmo que yo.

Mi mente no paró de proyectar el encuentro tan extraño que tuve con Tommy, mientras Berenice me guiaba hasta Enzo. No era capaz de desenmarañar su excéntrica actitud. Me salvó y luego desapareció. No se parecía en nada al hombre que me secuestró, ni siquiera al hombre que odiaba férreamente a Enzo. Es más, ni lo nombró como «bastardo»; como suele hacer. Me sentía frustrada y confusa. No quiso responder a la pregunta que le hice de mi infancia. Y el golpe que le visualicé en su ceja no me cuadraba, se suponía que él era el jefe de todo el escuadrón que estaba a sus órdenes y nadie osaría golpearlo, hasta descartaba a ese cobardica de Vladimir. Y tal vez era posible que se hubiese golpeado solo, y nadie le hizo esa brecha.

Pero todo era tan raro.

Había estado tan ausente en mis pensamientos que no me di cuenta del cambio que hubo a mi alrededor. El ambiente se volvió enrarecido de un momento a otro. Más denso. Era increíble el cambio. ¿Cuánto habremos avanzado? ¿Unos dos kilómetros? A cada paso, el paisaje de tonalidades verdes se difuminaba quedando mucho más atrás, entre valles y rocas enormes, y cambió drásticamente dando paso a una tierra roja y rocosa.

—Pensé que todo era selva —comenté asombrada.

—Ya ves que no —me respondió también mirando el paisaje—. ¡Ahí está!

Berenice señaló con su brazo eufóricamente una dirección. Me frené en seco y me sentí morir. Una creciente ansiedad se arremolinó en mi alma con el corazón acelerado, al verlo tirado en el suelo. Sin síntomas de que estuviera consciente.

Contuve el aliento.

—¡Enzo!

Corrí como una posesa hacia Enzo al encontrarlo. El odioso pie me pidió reposo, pero lo mandé hacer puñetas. En cuanto lo alcancé, me arrojé sobre él con la ansiedad latiendo en mi cuerpo. Tomé su rostro mirando lo vapuleado que se encontraba. Me aferré a sus ropas con los ojos llorosos dando gracias al cielo de haberle encontrado de una pieza y sin heridas de bala. Revisé su cuerpo, alarmándome que tuviese un golpe detrás de la cabeza que había desencadenado que se formase una pequeña mancha de sangre sobre la tierra roja. Había dejado de sangrar, pero solo con ver esa herida, ya estaba histérica de saber que estaba malherido.

—Enzo, cariño —lo llamé balbuceando.

Acaricié con cuidado su rostro con la esperanza de que despertara. Eché la vista atrás pero no encontré a Berenice. Tal vez se habrá ido con los demás para avisarles, no lo sé. Volví mi cabeza hacia Enzo con las lágrimas en los ojos al sentirme vulnerable de haber imaginado todas las posibles desgracias que le podrían haber ocurrido. *Nunca más nos vamos a separar.* Me dije una y otra vez con el corazón en un puño por su estado inconsciente y esa herida en la cabeza. Como me diera de lado la próxima vez que intentara hacerse el héroe él solito, se iba a enterar de quien era Adara Mayi Williams Price.

Sentí un quejido y di un brinco mirando hacia abajo.

—Enzo —susurré en un hilo de voz.

Comenzó a mover los labios y la cabeza, y poco a poco sus ojos algo nublosos se abrieron,

logrando visualizarme. Sonreí con alegría al ver esos ojos grises que me tenían cautiva de su belleza.

—Hola —logré balbucear, acariciando su rostro.

—¿Adara? —dijo con la voz grave y asolada no estando del todo seguro.

Asentí con un nudo en la garganta que me fue imposible de deshacer. Cuando se dio realmente cuenta de que no era una ilusión, abrió más los ojos y se incorporó sentándose, hizo una mueca tocándose la cabeza farfullando algo en irlandés. Y desvió su atención un momento mirando alrededor, cambiando su expresión turbada a una más endurecida.

—Cuidado —le pedí con las manos sobre sus bíceps para que no hiciera ningún movimiento brusco.

Él me miró con los ojos chispeantes de reproche y enojo.

—¿En serio estás aquí? ¿O eres una alucinación producto de mi deseo de verte? —parecía esperar por lo segundo más que por lo primero.

Respiré con profundidad.

—Estoy aquí.

Observé su reacción, y fue la que esperaba.

—¡Joder Adara! —se puso de pie de un salto. Yo lo seguí más pausada con un suspiro por todas las emociones vividas. Él se giró hacia mí bruscamente nada calmado—. Te dije que te quedaras en el mirador. ¿Cómo coño has llegado hasta aquí tú sola?! ¡Sola! —volvió a repetir entre dientes—. Voy a matar a Uriel.

Don Mandón de nuevo saliendo a la superficie, acompañado de un feroz Mac tíre que no controlaba su temperamento cuando me veía en peligro y desprotegida. Su tono malhumorado me enfadó al instante haciendo chirriar mis dientes. Ah no. Esto sí que no. La que tenía todo el derecho de estar cabreada era yo, y solo yo.

—¡Ni hablar! La que debería estar enfadada soy yo —comencé subiendo el tono de mi voz.

—Adara...

—Adara ni hostias —él parpadeó ligeramente por mi tono y mi expresión airada—. Estoy cabreadísima. Tengo ganas de descargar mil puñetazos sobre tu estómago. Dejarme a mí, a tu mujer, en ese mirador. Para internarte solo con Dan, Dave y Declan e investigar la biblioteca. Esto no es un comic de Marvel para que te hagas el héroe. ¡A mí no me darás de nuevo de lado!

Dio un paso e intentó hablar.

—Adara...

—No. Cállate. Estoy hablando —le ordené tajantemente y me hizo un gesto de que esperaría a que terminara, cruzándose de brazos; aunque si mal no vislumbré intentó ocultar una irritante sonrisa oprimiendo los labios—. No voy a permitir que me trates como si fuera de cristal. Somos un equipo, ¿recuerdas? He pasado un miedo indescriptible cuando escuché esos disparos, y te juro Enzo Price, que como me vuelvas a dejar sola te patearé ese culo tan sexy que tienes. ¡No te rías! —le reclamé al ver su sonrisa y luego como se echaba a reír con una expresión risueña y jovial. Me crucé de brazos poniendo esos morritos que tanto le gustaban, y ladeé el rostro para dejar de mirarlo—. Mis niveles de enfado están convirtiéndose en un volcán que arrasaría con todo. Y ese volcán estaba dormido, pero tú y solo tú lo has despertado.

—¿Has terminado? —odí su tono calmado y dulce.

Asentí con los labios fruncidos echándole un vistazo de reojo. Él descruzó sus brazos y se acercó hacia mí, me obligó a descruzar los míos llevándolos sobre su cintura y tomó mi cara entre sus fuertes manos sintiendo la delicada caricia de sus pulgares, pegando nuestras frentes. Ambos

cerramos los ojos y sus labios atraparon los míos de una manera que me embriagó. No fui capaz de rechazarlo por todo lo vivido y por el temor que sentí al creer que lo perdía. Su boca era cálida y suave. La lava se fundió en mis venas, logró mermarla y que todo volviera a la normalidad y que reactivara mis defensas y a la loba que estaba dispuesta comerse el mundo por su lobo. Me aferré más a él agarrándome a su camiseta y le devolví el beso con la misma intensidad. Sus labios me acariciaban y mimaban con tanta ternura y pasión que fulminó mi enojo.

—Maldita sea, no me beses —murmuré a centímetros de sus labios, derretida y deseada. Esclava de su seducción. Contenta de que sosegara la tempestad que se había desatado en mi cuerpo desde que escuché los disparos.—. Eso hace que el volcán vuelva a dormirse.

—Es lo que pretendo —me habló satisfecho de conseguirlo acariciando su nariz con la mía en una deliciosa caricia.

Eché la cabeza hacia atrás y me mordí el labio perdiéndome en su mirada. Sacudí la cabeza más aterrada que nunca.

—Ay Enzo, que voy hacer contigo y esa manía de sobreprotegerme —dije irritantemente.

Esbozó una sonrisa de complicidad que deseé comerme a besos.

—Aguantarme hasta que la muerte nos separe —sus brazos me rodearon la cintura para pegarnos más y me dio un beso en la frente que me hizo suspirar al sentirme abrigada—. Y eso será dentro de mucho, mucho tiempo.

Yo también lo esperaba.

—¿Vas a contarme por qué me dejaste en el mirador? —le pregunté al fin.

—Hablé con Berenice —comenzó con un suspiro.

—Me hago una idea —le respondí alzando las cejas—. Os vi hablando. Y cuando le pregunté en el mirador de que estabais hablando me dijo que te hizo una promesa.

—Hizo bien en cumplirla. Ella echó un vistazo a la biblioteca de Tymora y vio un grupo de hombres apostados allí —oh Dios—. Necesitaba alejarlos de ese lugar sin que tú peligraras —se quedó pensativo frunciendo el ceño con un rostro angustiado—. Berenice me dijo que tú no podías por ningún motivo caer en las garras de él. Qué estaríamos perdidos de ser así. Y que yo sufriría mucho. Más que la última vez que te creí muerta —se estremeció de horror ante esa palabra.

¿Él? ¿Tommy? Ahora que él volvía a mis recuerdos. Dios, no sé cómo se tomaría Enzo que yo estuve con él hace menos de quince minutos. Creo que era mejor no decírselo por ahora. Despejé mi mente de esos momentos que pasé con Tommy, olvidándolo. ¿Por qué le dijo eso Berenice a Enzo? ¿Acaso ella sabía algo sobre los planes de Tommy?

—Tuve miedo, Adara —me habló con una voz llena de tormento y consternación. Sus dedos surcaron mi mejilla mirándome con profundidad—. Ya te perdí una vez. No volverá a pasar. Necesito protegerte —reafirmó con una voz tensa y más decidida.

—Pero no a costa de coartar mis decisiones —intentó hablar y le di un alto—. Dime por favor que no vas a decir: *aquí mando yo. Y yo tomaré las decisiones pertinentes* —intenté imitar su voz y fracasé en el intento.

Él comenzó a reírse sacudiendo la cabeza y yo le seguí la risa.

—Si tú caes. Yo caigo contigo —pausé mi risa y levanté la mano acariciando su mejilla, notando como se apoyaba en ella cálidamente—. Ese es nuestro lema.

—Mujer testaruda —me reprochó chispeante con un brillo de orgullo en su expresión.

—Mac tire cabezota, inflexible y mandón —le contrataqué sonriente, envolviendo mis brazos en su cuello, atrayéndolo hacia mí, acariciando mis labios con los suyos.

Alguien carraspeó y separé mi rostro del suyo mirando a Berenice a nuestro lado. Ella me

devolvió una mirada dulce y genuina.

—Hola Berenice —la saludé ruborizada de que nos pillara en el beso.

Enzo fue más frío para saludarla, ni siquiera le mostró una sonrisa y eso era muy extraño en él. Solo le hizo un gesto con la cabeza con demasiada frialdad. Fruncí el ceño sin entenderlo. El gesto para Berenice no pasó inadvertido y echó un paso hacia atrás borrando su sonrisa y sintiéndose incómoda.

—¿Todo bien? —nos preguntó ella con un leve carraspeo.

—Todo perfecto —me abracé a mi hombre—. Debo reconocer que eres un excelente sabueso, Berenice —reconocí complaciente—. Nos ayudas demasiado.

—Y ojalá hiciera más —se dijo en un tono exigente a sí misma.

Volví mi rostro hacia Enzo que no dejaba de mirar a Berenice en un serio silencio.

—¿Por qué estabas inconsciente? —le pregunté.

Capté la atención de Enzo sin entender por qué miraba tan esquivo y frío a Berenice. O era yo que desde que me topé con Tommy estaba con una paranoia que me desequilibraba la cordura por la que me regía.

—Después del intento fallido de despistarlos —comenzó ceñudo—. Esos hombres nos dispararon, eran demasiados, estábamos acorralados, pero entonces alguien lanzó una granada de gas y salimos con vida.

Aquello me abrumó. Virgen santa. ¿Una granada de gas? ¿Habría sido Tommy? ¿El mismo Tommy ayudó a Enzo? ¡Joder, que estaba pasando aquí!

—Llegamos a este lugar —le echó un breve vistazo—. Dave, Declan y Dan se marcharon para asegurarse que no nos seguían, yo me quedé aquí y no sé —siseó con la mirada en otra parte—. Alguien me golpeó en la cabeza y me quedé inconsciente. No lo vi venir. Fue todo muy rápido.

Estudié su rostro.

¿Eso era todo? ¿Por qué sentía que había algo más que no me contaba? Sus constantes esquives en su mirada me lo decían todo. Qué algo se guardaba para él. Berenice apartó la mirada de nosotros con la cabeza inclinada, llevándose una mano a la boca profundamente ausente.

¿Y ahora qué?

—Adara. ¿Qué es eso? ¡¿Sangre?! —vi como Enzo se fijaba en mi cuello y como su rostro se ponía pálido—. ¡Quién te ha hecho esto! —su voz se oscureció sin dejar de revisar la pequeña herida hecha con el cuchillo de Mil—. ¿Y cómo Uriel te dejó salir del mirador? ¿Cómo se atreve a pasar por alto mis órdenes?

Esperé tensó y con una mirada que centelleaba ira. No podía hablarle de que mientras lo buscaba desesperadamente, unos hombres me atraparon, que ese Mil, sanguinario y salvaje, me amenazó con un cuchillo hiriéndome, y que como último Tommy me salvó inexplicablemente de ellos. Madre santa, solo Dios sabe cómo se pondría Enzo de saberlo. Me estremecí y no pude evitar que Enzo lo notara. Él removería cielo y tierra para encontrar a Mil y matarlo con sus propias manos. Busqué una forma de evitar ese enfrentamiento que llevaría a un derramamiento de sangre innecesario. Puse mi rostro más sereno y teatrero.

—Nadie —le sonreí para tranquilizarlo—. Fue una rama. Me corté con una rama cuando corría buscándote. Y créeme cuando te digo que Uriel intentó detenerme, reteniéndome en contra de mi voluntad. Pero ya me conoces. Me las ingeníé para escapar de él.

Daba gracias a Dios de que las cuerdas con las que ataron mis muñecas no me habían hecho unas marcas tan visibles. Pero si Enzo decidiera fijarse, estaría perdida.

—¿Una rama? —dijo raramente Berenice.

—Sí —repuse de inmediato mirándola con intención para que no hurgara más. Si ella sospechaba, por Dios que se quedara callada.

—Te dije que te quedaras en el mirador —me reprochó en un gruñido contenido—. Has podido hacerte daño.

—No. Me obligaste a quedarme allí —le corregí—. Recuérdalo bien, Mac tíre.

—Ya hablaremos de eso —se hizo un silencio y se giró hacia Berenice sin entender por qué esa actitud arisca con ella—. Estuviste en nuestra boda —dijo él con sequedad y como afirmación.

Fruñí el ceño. No entendía a qué venía que sacara a colocación lo de la boda ahora mismo.

—Sí —musitó ella algo encogida.

—¿Por qué? —su tono sonó duro.

Berenice dudó en seguir, mirándome a mí sin parar, jugueteando con sus dedos.

—Quería darle una tiara que era mía a Adara —logró articular.

—Y qué más —le insistió rápidamente sin hacerlo como pregunta.

—¿Qué ocurre, Enzo? —intervine perdida. Pero ni siquiera me respondió.

—Nada más —susurró Berenice con voz temblorosa.

—Estás mintiendo —le echó en cara, inflexible.

Ella agrandó los ojos achicándose. Y yo miré a mi hombre impresionada de que se comportara así.

—Enzo, ¿qué haces? —le reclamé pasmada.

—Averiguar por qué estaba en nuestra boda —me señaló mirándome un segundo y volvió a mirarla con ferocidad—. ¿Qué te trajo verdaderamente allí? Dime.

Berenice comenzó a sacudir la cabeza caminando hacia atrás con un rostro temeroso al ver como Enzo, intimidante, peligroso, glacial e inflexible se acercaba a ella.

—¡Tú lo sabías! —replicó él con una voz decepcionada.

—No sé de lo que hablas.

—¡Joder Berenice! —bramó él y las dos saltamos a la vez de su feroz voz—. Basta. Tú sabías que secuestrarían a Adara.

¿Qué?

Permanecí paralizada mirando perpleja a una asustada Berenice. No. Eso era erróneo. Ella estuvo allí para darme la tiara y porque quería estar en el día que tendría que haber sido el más feliz de nuestras vidas.

—Eso no es posible —alcé la voz para que me prestaran atención—. Berenice me lo hubiese dicho. ¿A qué si Berenice? —dije agitada por la situación.

Nos miró a los dos con las lágrimas en los ojos y con un rostro lleno de culpabilidad y suplicio, rasgándose su expresión. Oh Dios. Sus lágrimas me impactaron. Nunca la había visto llorar.

—Lo siento —balbuceó llorosa.

—¿Lo siento? —Enzo apretó la mandíbula dispuesto a sacar el Mac tíre y no podía consentir que hiciera esto con ella, que la intimidara—. ¿Qué sientes?

—Enzo, por favor —me puse entre los dos para alejar la tensión y la mala energía que fluía entre los tres.

—Sí. Sí. Lo sabía. Sabía lo que él pretendía —nos confesó entre tartamudeos y lágrimas, y me quedé helada—. Pero os juro...

—¿Qué vas a jurar! —se encaró Enzo con ella—. ¿Qué no podías decírnoslo? ¿Qué te lo

prohibió? ¿Qué temías que tu jefa Tymora te hiciera daño? —repuso con fiereza y despectivo—. ¡Qué daño se le puede hacer a alguien que ya está muerto y no puede volver a la vida!

Si a mí me hicieron daño escuchar esas palabras del propio Enzo, sé que a Berenice le llegó como un látigo de fuego, que la despedazó de un dolor que surcó su rostro mientras lo miraba más pálida. Vi como sus manos se aferraban a su vestido negro desgatado para dejar de temblar.

—Eso no fue así. Quise avisaros —se agitó mirándonos desesperada de que la creyéramos, con un rostro encogido y culpable—. Te lo juro, Adara. Por lo más sagrado que eres tú, te lo juro —cruzó sus manos entre llantos—. Me daba igual lo que hiciera conmigo Tymora. Pero no quería estropearos vuestro enlace y os lo diría nada más casaros —fue diciendo entre tartamudeos—. Pero ella me hizo desaparecer durante horas. No pude hacer nada. Me sentí impotente, desolada. Pero yo...

—Pero. Pero. Pero. ¡Maldita seas tú! —bramó Enzo—. ¿Cómo pudiste dejar que sucediera? Tú sabías como estaba sufriendo porque la creía muerta. Que cada hora que pasaba para mí no existía la vida —su dolor salió a borbotones al ser demasiado reciente, rompiéndose en dos su rostro. Mis ojos me escocieron al verlo desecho—. Tommy se llevó a Adara y hubiera sido todo mucho más grave de no ser porque yo la rescaté.

—Pero te recuerdo que fue la propia Berenice quien te avisó —añadí con más seriedad.

—Claro. ¡Cómo no! —aplaudí de un modo sarcástico y le puse mala cara al no creer que se pusiera así con Berenice—. Nuestra Santa Berenice. ¿Cuánto pasó? ¿Dos días? Ah sí, recordemos que te quitó la energía, por eso no podías avisarme. Es algo que no sé si creer —Berenice se quedó con un rostro más pálido y me sentí con un nudo en el corazón—. Si crees que soy demasiado ingenuo e imbécil te has topado con el hombre equivocado. Si en realidad ya estás muerta, para mí lo estás del todo —sentenció con vehemencia.

—¡Enzo no le hables así! —le exigí a punto de saltarme las lágrimas.

—¿Sabes una cosa? —se quedó cara a cara con ella y me puse rápidamente a su lado con el corazón disparado—. Si Tymora te tiene en esta condena entre dos mundos, es porque te lo mereces.

El rostro de Berenice se rompió en dos caminando hacia atrás con su mano en el pecho. Me partió el alma verla tan destrozada y atribulada, y adelanté unos pasos levantando una mano, pero se giró sobre sus talones marchándose a pasos apresurados.

Me quedé quieta con el corazón tembloroso tras perderla de vista. Después de unos segundos, miré a Enzo que me devolvió una mirada afilada.

—¡Por qué la has tratado así! ¿A qué ha venido eso de sacar lo de la boda? —quise saber rota de dolor.

—Ella lo sabía y es lo que más me duele. Cuando se trata de ti, no pienso tener compasión con nadie —admitió con crudeza y sin un mínimo de arrepentimiento por su comportamiento tan déspota con ella—. Ni siquiera de alguien a quién estimo y aprecio. Ella nos traicionó.

—No. No nos traicionó. Pero veo que no has escuchado nada —le expresé con una voz ahogada y decepcionada, y salí corriendo detrás de Berenice.

Él me gritó que me quedara quieta y no le hice el menor caso, intentando no mostrarle mi dedo medio para dejárselo más claro. Me interné por un camino de paredes rocosas buscándola con el corazón en un puño. Intenté ir lo más rápida posible pero las molestias de mi pie no remetí; iban a más y no me importaba. Imaginé destrozada, que Berenice tomó la decisión de desaparecer del todo y que nunca más volvería a nuestro lado. Qué después de cómo Enzo la había hablado no querría vernos más. Pero la encontré en una zona llana de tierra roja y me sentí profundamente

aliviada. Se encontraba de espaldas, abrazándose como si se sintiera desecha. Sus hombros se sacudían frenéticamente y escuchaba como gimoteaba. No sabía que los fantasmas tenían la emoción de llorar, tan clara y transparente que podía sentirla real.

Frené mis pies a dos pasos de ella.

—Berenice. Yo te creo —le expliqué en susurros, martirizada por lo ocurrido.

Ella dejó de sollozar de golpe, y cuadró los hombros dándome la espalda.

—Escúchame —proseguí aclarándome la voz—. Enzo solo está enfadado y decepcionado porque no se lo contaste. Pero no piensa todo lo que te dijo.

—Vete, Adara. Quiero estar sola.

Su voz fría y cortante como el hielo me dejó con un terror que me atenazaba. No. No. Otra vez ese tono distante no. No quería que volviera esa Berenice.

—Yo...

—¡Quiero estar sola! —me gritó girándose y al verla con una apariencia tétrica di un paso hacia atrás. Sus ojos enrojecidos me miraron fijamente—. Márchate.

Su rostro tan demacrado y blanco como la cal me dolió. Estaba mucho más pálida que su acostumbrado tono de piel blanquecino tras llevar décadas muerta. Ver su máscara de melancolía, dolor y amargura, pero también indiferente, fría, y distante... me recordaba mucho a esa Berenice de años atrás cuando solo se dedicaba a observarme en la lejanía y yo sentía miedo de conocer su existencia.

—No. Me necesitas —no moví ni un solo pie para marcharme.

—Yo no necesito a nadie —sus ojos marrones se volvieron más oscuros—. Y menos a ti. Estoy muerta, ¿recuerdas?

Sacudí la cabeza, afligida.

—Berenice, por favor —le supliqué sintiéndome mal.

—¡Por favor, que! ¿Acaso crees que no me doy cuenta? No quiero tu cariño. Ni que sientas nada por mí. Ni mucho menos que intentes tocarme. Deja de hacer como si yo estuviera viva. Estoy muerta. Enzo lo acepta. Pero tú no. ¿Sabes por qué me comporto tan fríamente a veces contigo? —hizo una pausa y en el fondo no quería esa respuesta que sé que haría trizas mi corazón—. Para que entiendas que no soy ya de carne y hueso. Qué esto que ves es solo una apariencia etérea. Qué no vamos a ser amigas y que nunca vamos a tomar él te a las cinco de la tarde para cotillear de la vida. Porque hemos nacido en distintas épocas. Soy tu tía abuela. No una amiga que has encontrado por los designios de la vida —dejó que su voz se apagara como si no pudiese más y cambió su tono—. A estas alturas si estuviera viva sería una vieja y no una joven de veintisiete años. Quiero que te vayas olvidando de mí, porque pronto dejarás de verme. Ojalá que ya estuviera muerta del todo, dejaría de veros y de sentir que necesito hacer algo por un puñado de humanos que en realidad no necesitan nada de una muerta.

Eres lo único bueno que me queda de mi familia, aunque no estés viva. Quise decirle, pero la garganta me quemaba de una manera que me impedía decirle todo lo bueno que era tenerla en mi vida. Mantuve la vista fija en su rostro imperturbable y glacial, y algo se quebró en mi interior. Los ojos se me empañaron rápidamente cegando mi mirada. Aguantando el sollozo que pugnaba por salir. Berenice apretó los labios y se llevó una mano al pecho como si se sintiera mal, y me dio la espalda con brusquedad.

—Márchate —musitó.

Asentí desolada, y me marché de ese lugar tan rápido como me lo permitió mi pie lastimado. Con la cabeza agachada y abrazándome, caminé de vuelta intentando no derrumbarme, intentando

pensar que se le pasaría, que volvería a ser la Berenice que conocía. ¿Pero y si después de esto ya nunca más la volvía a ver? Me llevé una mano a la boca para no llorar como una descosida. Ahora sabía por fin por qué se comportaba tan fría y distante conmigo. Y saberlo, solo había creado un agujero que se hacía inmensamente más grande en mi corazón.

Parpadeé ligeramente quitándome las lágrimas de las mejillas cuando regresé con Enzo. Y visualicé con una triste alegría a Declan, Dan y Dave al lado de él. Bueno, más bien Dave estaba a su lado y parecían tener una conversación discreta. Todos estaban a salvo y eso me ponía medio contenta. Porque ahora mismo mi estado de ánimo estaba por el subsuelo. Enzo tenía la mirada ausente y un rostro atormentado que lo tenía disgustado. Si estaba arrepentido, ya era demasiado tarde, Berenice ya no nos quería a su lado.

—Te dije que no era de fiar —le dijo Dave muy serio.

—Lo sé. Pero me cuesta aceptarlo —le habló Enzo—. No sé...

Frené mis pies atenta a esa conversación, y lo cuadré todo en mi cabeza al deslizar mi mirada de Dave a Enzo. Un puño me tembló de rabia.

—¡Así que fuiste tú! —le eché en cara a Dave acercándome apresurada. Todos me miraron asombrados de mi tono furioso—. ¿Qué le dijiste a Enzo mientras buscabais la biblioteca para que tratara así a Berenice?

—Adara...

—Ni me hables —le dije tan fría a Enzo que se quedó mirándome pasmado de mi respuesta y mi trato.

Volví mi mirada a Dave que se mantuvo en una postura impasible.

—Una teoría —aceptó sin más—. Qué era muy extraño que Berenice se presentara en vuestra boda y que era posible, que ella supiera desde un principio lo que planeaba Tommy. Pero le ha salido a él solito hablarle así a Berenice —le mandó una mirada nada aprobadora.

—Por tu culpa —le señalé con aspereza—. Tú odias a Berenice.

—Yo no odio a la muerta —espetó con irritación.

Perdí los papeles. Por el dolor. Por la ira. Por todas emociones que me fustigaban. Porque Enzo la había tratado mal. Porque Berenice tenía razón y me preocupaba por ella como si su corazón aún siguiera latiendo. Había quedado muy claro que él estaba lejos de ser el Dave de Berenice. Porque tal y como lo describía ella en su diario, *Dave McCabe* no era *Dave Burke* ni de lejos.

Sus palabras me desestabilizaron, fueron el detonante final, y levanté una mano. Pero antes de que lo abofeteara, Enzo me tomó de la cintura alejándome, teniendo un acto reflejo Dave de echarse para atrás.

—No la vuelvas a llamar muerta o te juro...

—Adara. ¡Ya! —Enzo me sujetó con más fuerza y forcejeó conmigo.

—Creo que todos deberíamos calmarnos. Estamos muy nerviosos —aconsejó Declan.

—Yo en esta historia estoy perdido —se rascó la frente Dan con estupor por lo que estaba ocurriendo.

—¡Suéltame! —me sacudí de Enzo mirándolo con los ojos entrecerrados. Logré soltarme alejándome un paso, mirándolo decepcionada—. Odio como la has tratado. No te reconozco.

Una chispa de pánico cruzó por su mirada al oírme.

—Ella no tuvo la valentía de decírmelo en su momento —intentó que razonara—. Mi deber es protegerte.

Sacudí la cabeza.

—Me sentía más segura con Tommy cuando me salvó que ahora contigo.

Metí la pata hasta el fondo —de la forma más horrible— y no sabía cómo ponerle remedio. Antes de que me diera cuenta. *Zas*. Lo había soltado todo por esa boca mía. No pude ni siquiera fijarme en los demás y en cómo se tomarían lo dicho. Solo fijé mi mirada en mi marido. El rostro de Enzo se quedó helado, por su cara cruzó una emoción que lo dejó noqueado, mirándome sin parpadear. Y yo no estaba ahora en condiciones de hablarle de ese suceso ni de por qué mi mente me había traicionado diciéndole eso cuando no era verdad.

De lo que si estaba segura, es que Tommy había conseguido confundirme con esa compasión en su actitud.

Pero todo dio un giro drástico. Y eso fue a mi favor. Porque Enzo ya estaba dispuesto avasallarme a preguntas, y eché un paso hacia atrás, lo que provocó que él hiciera el amago de inclinarse para echarme sobre su hombro y así poder hablar en «privado» conmigo.

Y repentinamente, el grito de la misteriosa mujer de la isla volvió poniéndome el corazón a cien al escucharlo tan lleno de pena y dolor. Un dolor que ninguna mujer puede soportar en el mundo cuando la despedazan sin piedad. Solo Enzo y yo éramos los únicos que lo escuchábamos, pero ni siquiera le devolví la mirada como suelo hacer, pero sé que él me miraba a mí. Buscaba desesperadamente mi mirada.

—¿Es que nadie más lo escucha? —nos habló Dave trastornado.

Me quedé aturdida, y fijé mi mirada en Dave que nos miraba sobresaltado y confuso por las reacciones pausadas ante ese grito espeluznante.

—¿El qué? —quiso saber Dandelion.

—¡Puedes escucharlo! —le dijimos a la vez Enzo y yo. Él me miró. Pero yo no—. ¿Cómo es posible? —prosiguió Enzo turbado.

—No lo sé —murmuró Dave con la frente fruncida.

—¿De qué habláis? —quiso saber Declan.

Creí que al tercer grito esa mujer pararía, era lo que solía hacer. Pero siguió desgarradoramente gritando. Y no habría nada anómalo en ese grito, sino fuera porque ahora sonaba distinto. El grito siempre lo escuchaba distorsionado, pero ahora parecía más limpio y transparente. Como si el velo de la *distorsión* que dificultaba identificarlo, se hubiera desquebrajado para dejar paso a la claridad de esa misteriosa voz.

Observé con insistencia el camino rocoso.

No es posible, esa voz... Me dije paralizada.

Sentí una punzada de dudas de que ese grito fuera en quién estaba pensando.

—Está muy cerca —murmuré y sin más vacilación comencé a correr.

—¡Adara! —me gritó Enzo.

Malditamente no podía correr y recorrí ese tramo cojeando, internándome de nuevo en el camino de paredes rocosas. Creí volverme loca ante lo que cruzaba por mi mente. No podía ser posible. ¡Era imposible! Y me frené en seco al toparme de golpe con esa misteriosa mujer que gritaba en la isla. Los demás se frenaron detrás de mí sin saber a dónde mirar, pero solo dos se quedaron tan estupefactos como yo.

Oh Dios.

CAPÍTULO 18

ADARA

La lluvia irrumpió en el lugar. No tardó en calarnos, porque se volvió rápidamente torrencial. Y el lugar se convirtió en un sitio más lúgubre. Triste. Gris. Apagado.

Me chocó.

Me impactó.

Permanecí quieta, como si alguien me hubiera puesto cemento en los pies. Realmente no lo esperaba. Esa misteriosa mujer, por la que durante un largo tiempo escuchábamos gritar en la isla, por la que me llenaba la cabeza de preguntas de quien podía ser, indagando por qué ese dolor al gritar o por qué gritaba cada cierto tiempo. Ahora conocía su identidad.

Y ella... era en quien menos pensé en todo este tiempo.

—¡Berenice! —mi voz tembló, y la de Enzo fue más firme y abrumada.

Estaba postrada sobre la tierra roja que ahora se convertía en un barrizal, con la falda de su vestido rodeándola, como si la cubriera de oscuridad. Con su cuerpo encorvado y echado hacia delante, y las manos aplastadas contra la tierra y en una eterna convulsión que la gobernaba.

No me libré del shock inicial por más que quise, escuché murmullos a mí alrededor —creo que de Dan y Declan—, mientras mis ojos seguían clavados en ella viendo como gimoteaba y se rompía en mil pedazos. Dave se mantuvo como una estatua mirándola fijamente. Y Enzo se lanzó sobre ella, arrodillándose y hablándole con premura y angustia por verla así. Envidié sus reflejos y su rápida reacción a pesar de su erróneo comportamiento con ella. Berenice estaba sufriendo. Lo veía en su forma de posicionar el cuerpo. En su voz. Volvió a gritar desgarradoramente y el shock se deshizo de mi cuerpo reaccionando rápidamente.

Desperté para socorrerla.

—Estoy cayendo... estoy cayendo —expresó con martirio y dolor.

Llegué a su lado hincando con fuerza las rodillas contra el barrizal sin importarme el dolor que me produjo. Enzo y yo nos miramos un instante, y sé que estaba pensando lo mismo que yo. Seguíamos sin creer que la mujer misteriosa fuera Berenice.

No podía dejar de mirarla con el corazón hecho pedazos. Mis ojos se llenaron de lágrimas al verla consumida y marchita sobre la tierra. No dejaba de repetir una y otra vez lo mismo.

—Estoy cayendo...

—¡¡Berenice!! —la llamé con fuerza para que mi grito sonara más alto que la lluvia. No funcionó. Continuaba con la vista fija en el suelo y hablando con la voz desgarrada—. ¿Qué hacemos?

—Eh, Berenice. ¿Nos oyes? —Enzo le chasqueó los dedos sobre su rostro.

Ella gritó de nuevo doblándose y di un brinco llevándome las manos a los oídos al sentir como me perforaba el tímpano la gravedad de su grito.

—¿Qué le ocurre? —dijeron Dan y Declan.

Yo no pude hablarles, pero sin duda Dave —que en un principio se había quedado petrificado— lo hizo por nosotros explicándonos en que situación estaba Berenice. Miré y miré a Berenice y no sabía cómo podía ayudarla. La lluvia caía sobre ella, mojándola. Si estaba muerta, ¿cómo era posible que la lluvia le golpeará y la calara hasta los huesos? ¿Por qué la lluvia podía tocarla y yo

no?

—No puedo frenarlo... no puedo frenarlo... estoy cayendo, estoy cayendo... Dios mío. Nooo...

Me llevé una mano a la boca sintiéndome impotente de verla sufrir y no poder detener ese sufrimiento que la estaba matando.

—¿Qué no puedes frenar? —le preguntó Enzo, pero era como si no estuviéramos allí con ella, ni siquiera nos miraba. Se encontraba enajenada, perdida, su expresión y su mirada ausente me aclaró que parecía estar en otro lugar; aunque su cuerpo estuviera aquí.

Ahugué un grito de alerta al ver de pronto como de su vestido se sacó el trozo de un espejo. Los bordes y las tres puntas parecían muy afilados.

—¿Berenice? —titubeé.

—¡Joder, no! —gritó Enzo de la impresión, y lo llevó a intentar quitarle de las manos ese cristal, pero sus manos la traspasaron quedándose de piedra.

Ella gritó de nuevo encorvándose. El grito nos volvió a dejar paralizados, pero lo que observé me dejó con la sangre abandonando mi cuerpo. Berenice cerró los ojos con amargura. Sus manos se aferraron al trozo del espejo afilado y se partió en decenas de cristales magullándose la piel.

—¡No, para! —le grité asustada de ver como sus manos sangraban al no parar de apretar los cristales contra las palmas—. ¡Por qué lo haces!

—¡Berenice! —le habló con más gravedad Enzo con una expresión de impotencia. Mis ojos se llenaron de esa sangre que manchaba sus manos cortadas, y goteaba sobre la tierra embarrada mezclándose con el agua.

—No dejo de caer... no dejo de caer —fue repitiendo mientras apretaba con más fuerza el espejo roto en sus manos ensangrentadas.

—Berenice. ¡Basta!

La voz inesperada de Dave retumbó en el sitio, más fuerte que la tempestuosa lluvia. Era la primera vez que le oía decir su nombre alto y claro. Sin resentimiento o duda. Ella se calmó de golpe tragándose un gemido. Me sorprendió el poder que él tuvo para frenar su delirante estado. Dejó de apretar los cristales y levantó la cabeza con sus mejillas hinchadas y encharcadas de lágrimas y agua, pero su mirada seguía perdida como si estuviera ciega y no nos encontrara.

—¿Dave? —susurró en un hilo de voz y comenzó a sacudir la cabeza lloriqueando —. Oh Dave, perdóname por lo que pasó... no pude hacer nada... no pude...

Rápidamente miré a Dave que se quedó petrificado por sus palabras. Enzo maldijo tan bajo que solo yo lo escuché, y sé que otra vez volvíamos a pensar lo mismo. Creo que sin duda Berenice estaba delirando por algo que habrá venido a su mente de su pasado.

Dave no era un hombre dado a tener paciencia y este no era el mejor momento para que la interrogara. Arrastré mis rodillas por el fango sin importarme embarrarme más y me incliné hacia ella y le susurré acercándome a su oído:

—Berenice, soy Adara.

Sus ojos siguieron viajando de un lado a otro en busca de la voz, pero fue su rostro que un momento después, se volvió hacia el mío. Sus ojos marrones anegados, abatidos, vacíos, derrotados y sin vida chocaron con los míos retorciéndome el alma.

—Adara —en su voz distinguí la luz de la cordura—. ¿Sigo estando muerta? —balbuceó rota.

Un violento dolor me sacudió como una tempestad. Mi instinto fue abrazarla y sabía por experiencia que no podía. Qué no podía abrazar a mi tía abuela para consolarla y darle mi cariño. Apreté los labios acongojada y las lágrimas cayeron finalmente sobre mis mejillas. Solo pude

asentir con la cabeza por el nudo de la garganta que se me había formado. Y en ese momento sentí como Enzo agarraba mi mano que estaba sobre el barro, y me daba toda la fuerza que había querido extinguirse por el dolor de sentir así a Berenice.

—Oh, entiendo —hizo más evidente su desgracia y padecimiento con una voz apagada que se me clavó en las entrañas.

No pude hablar, ladeé el rostro no soportando el dolor que me atravesaba.

—¿Qué te ha pasado, Berenice? —le preguntó Enzo y ella lo contempló rápidamente.

—Yo quiero saber por qué has dicho... —habló Dave y Enzo se puso de pie interceptándolo.

—No es el momento, Burke —le dijo él en voz baja que se perdió con la lluvia.

—Nunca lo es —repuso Dave entre dientes y se alejó de nosotros para controlarse. Dan y Declan fueron detrás de él atónitos y desconcertados por lo sucedido con Berenice.

—Debo irme —aclaró Berenice. Los cristales se deslizaron de sus manos cayendo en la tierra y se puso de pie.

—No. Espera —di un brinco y casi me caí de bruces por culpa del barro. El movimiento veloz de Enzo no lo vi venir, y agradecí que sostuviera mi torpeza atrapándome de la cintura—. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué gritabas así? ¡Y has podido cortarte con un trozo de espejo que has sacado de tu vestido! —le señalé abrumada y angustiada.

Ella alzó los brazos y vi con gran estupefacción que sus manos estaban limpias de sangre y cortes, como si nunca hubieran existido.

—Es una ilusión. Nunca me corto —me confesó.

—Pero qué... —logré decir, pálida.

Sacudí la cabeza, aturdida. Eso no... imposible. Yo vi la sangre. Fue real.

—Tú nos dijiste que no sabías quien era la mujer que gritaba en la isla. Nos mentiste. ¿Por qué?

La voz de Enzo se sintió como un reclamo. Le hice un gesto de que no era el momento adecuado para una situación tan tensa y angustiada, pero no me hizo caso. Ella le mantuvo la mirada a Enzo sin detectar una clara expresión, como si fuera una estatua de piedra, y luego la paseó por el lugar mirando detrás de mí, y sé que posó su mirada anegada de dolor sobre Dave, que hablaba con Dan y Declan.

—No, no puedo hablar de eso —se tapó los oídos con las manos, estremeciéndose—. No... —dijo cohibida y se dio la vuelta.

—Espera Berenice. Te necesitamos —adelanté unos pasos y se paró cuando me oyó hablar. Me miró, abrió la boca y seguí hablando atropelladamente buscando excusas para seguir teniéndola cerca—. Evelyn, Aliza y Uriel seguirán en el mirador, esperando. Y ahora estamos aquí —señalé alrededor—. Y no sabemos cómo volver hacia ellos. Por favor, ¿puedes traerlos? —siguió mirándome sin reaccionar—. Por favor.

Tragó saliva con una postura encorvada.

—Por supuesto —respondió con una voz glacial—. No moveros de aquí.

Y se esfumó del lugar.

Clavé la vista donde ella había estado recientemente y no supe cómo reaccionar en los segundos que siguieron a su marcha. Vi a Enzo acercarse bajo la lluvia. Y sé que lo que más pedía a gritos mi corazón era fundirme en sus brazos, que mi rostro se hundiera en el hueco de su cuello, sentirme segura en mi refugio y llorar desconsoladamente en sus brazos al descubrir que Berenice sufría más de lo que aparentaba. Pero me dejé guiar por la mente y le hice un gesto de que necesitaba estar a solas un momento, pasando fríamente por su lado.

A cada paso que me alejaba bajo la lluvia, sentía su mirada clavada en mi espalda.

ENZO

Me arrepentí.

Claro que lo hice; aunque no lo mostrara mucho.

La culpa.

La vergüenza.

El miedo.

Eran los que ahora me señalaban con fiereza.

El modo en el que le hablé a Berenice fue abominable y dañino. Herí sus sentimientos, los que aún albergara en esa fase atrapada entre dos mundos. Me avergonzaba, me arrepentía como nunca lo he hecho, y sé que no había una manera fácil para solucionarlo. Me había comportado como un imbécil, como un capullo irracional y no eché el freno de la coherencia. *¿En que estabas pensando?* Fue lo que me recliné cuando la vi alejarse corriendo, y segundos después, Adara fue detrás. Dejé que la furia me cegara y no viera la cruda realidad del asunto, cuando Dave me habló de que posiblemente ella lo sabía todo. Sí, Berenice lo supo, pero al ahondar más en el asunto y en el poder de Tymora, Berenice tenía razón y yo no. Hablarle de ese modo me estaba pasando factura. No sé por qué le hablé con esa crueldad, jamás había perdido el control de esa manera. Creo que pedirle perdón no será suficiente. Y Adara... Dios esa mirada seguía persiguiéndome. Perforando mi alma. Y no quería que me volviera a mirar así; como esa vez que supo que yo era Enzo Price. La he decepcionado y malditamente no sé cómo arreglarlo.

Después del suceso de Berenice quise estrechar entre mis brazos a Adara al no poder soportar verla destrozada —sé lo unida que estaba a Berenice— pero su simple gesto de negación me dejó clavado en el sitio, mirándola.

Para mi alivio, no se fue muy lejos. Tan solo se alejó unos metros.

Quise mirar su cara, pero tenía miedo de lo que podía encontrarme en ella. ¿Odio? ¿Decepción? ¿Repulsión? ¿Ira? No soportaría encontrar ninguna de esas cosas en su rostro, y que yo fuera el culpable de dicho mal.

A mi mente —embotada por la culpa y el remordimiento— vino el recuerdo de Berenice arrodillada contra la tierra, gritando de dolor. Era ella la mujer de la isla. Berenice. Dios bendito. ¿Por qué nos mintió desde un principio? ¿A que le tenía miedo? ¿Qué quiso decir cuando no paraba de repetir: *estoy cayendo?*

Comprendí bajo un profundo pesar, que fue mi culpa que Berenice se pusiera así, porque si yo no la hubiera acusado y acibillado ella no se habría puesto a gritar.

Los estallidos de la cabeza aumentaron desde la discusión. A veces me daban ganas de arrancarme la cabeza o meterla bajo tierra para así parar de una vez ese chirrido, ese dolor que me perforaba el cráneo. Me moví de un lado para otro para calmar algo la guerra que me daba el dolor, pero no era suficiente y no sé cuánto tiempo podré disimular más la tortura que estaba soportando. Cerré los ojos atormentado. Le mentí a Adara. No me golpearon. Nadie lo hizo. En realidad me desmayé por el fuerte dolor que me dio en la parte de atrás de la cabeza. Y daba gracias de que Dave, Dan y Declan no estuvieran en ese momento.

«Me sentía más segura con Tommy cuando me salvó que ahora contigo».

Mantuve los ojos cerrados amargando mi expresión. Hice una mueca de dolor, no soportando

que esas palabras me acecharan dañinamente en una constante persecución. Merecida o no. Ardía como el infierno en mi pecho.

Él la salvó. Susurré una vez más en mi cabeza. Eso tenía que ser más que improbable, y en todo caso, ¿de quién la salvó? No pude evitar sentir que ardía de rabia de saber que ese maldito pasó unos minutos a solas con Adara. Y ella dijo que la salvó. Mierda. ¡De qué! ¡De quién! Eso es lo que me estaba matando.

Berenice cumplió con su palabra. Media hora después aparecieron junto a ella Evelyn, Aliza, Shamus —que empezó a besarme como si no nos hubiéramos visto en días— y Uriel. Hubo un pequeño detalle con él que no me pasó inadvertido. La mirada mosqueada que le mandó a Adara nada más verla, y que ella no dejara de rehuirle hablando apresuradamente con las chicas. Le hice un gesto a él de que ocurría entre ellos dos, y me hizo otro de que no era nada grave. Y comprendí en ese momento que Adara no me contó que pasó realmente en el mirador cuando se escapó de la protección de Uriel.

Adara me esquivó un par de veces cuando intenté hablar con ella, alegando un sinsentido de excusas. Sabe cuánto me irritaba eso y aun así lo hacía. ¡Qué me llevaran todos los demonios ahora mismo si dejaba que me rehuyera otra vez! Estuve tentado de echarla sobre mi hombro como un animal para hablar de una maldita vez con ella sobre Tommy. Si cree que dejaré pasar lo que me dijo, estaba muy equivocada. Me encontraba como un Mac tigre enjaulado. Esperaría lo que hiciera falta. Pero esa conversación llegará tarde o temprano.

Levanté la vista hacia el cielo despejado y soleado, dejando que el sol bañara mi rostro. La lluvia duró solo unos diez minutos, pero fueron los suficientes para que nos calara hasta los huesos, y ahora nuestras ropas estaban húmedas y mojadas.

—Toma.

Me giré a tiempo para ver como Berenice me lanzaba un objeto que chocó contra mi pecho. En un acto reflejo, lo tomé antes de que cayera al suelo y me quedé mirándolo entre mis manos. Cerré los ojos un momento con una mueca. Dios, lo había olvidado.

—Gracias —dije remordido. No esperaba que me volviera a dirigir la palabra después de lo sucedido. Berenice era una caja de sorpresas.

Su semblante hermético y níveo no me dijo nada, solo me hizo un gesto seco, y sé que claramente estaba cabreada conmigo. *Para no estarlo.* Me dije por dentro.

—Si quieres un consejo y por tu actual conducta está claro que no, pero aun así te lo voy a dar, díselo cuanto antes a Adara. Sino esto —señaló lo que tenía en mis manos en desacuerdo—. Lo convertirás en algo que no podrás frenar.

Miré el bote de pastillas de ibuprofeno de mis manos. No esperaba que lo trajera, no después de como la traté. Le pedí las pastillas de camino al mirador. Las necesitaba desesperadamente. No tenía un diagnóstico certero y no era médico, pero el dolor de mi cabeza aumentaba. Desde que sufría esos dolores no he dejado de preguntarme que *enfermedad* estaba padeciendo. Sé que no era migraña o un dolor temporal de cabeza. Sin una atención rápida de un médico sé que empeoraré. Mi cuerpo me lo decía, notaba como se agravaba cada vez más, pero estaba atrapado aquí y esperaba que esas pastillas me ayudaran a disminuir algo el dolor.

Capté de reojo como Berenice se daba la vuelta marchándose para dejarme solo.

—Espera...

Adelanté unos pasos siguiéndola, y me frené al ver como ella volvía con ímpetu.

—Solo voy a llevaros hasta la biblioteca y me marcharé para siempre —remarcó con fuerza en su voz—. Allí lo entenderéis todo. No me necesitáis más.

Eso no era cierto.

—No es eso —le expliqué en un tono calmado.

—¿Y qué es? —me exigió alejando esa dulce Berenice que siempre veíamos para remplazarla por una más rígida—. ¿Vas a seguir diciéndome lo muerta que estoy para ti? ¿O que merezco esta condena? —se le quebró la voz al final de la palabra.

Hice una mueca con el remordimiento golpeándome con saña.

—En realidad... —me callé agachando la cabeza y solté un resoplido—. Lo siento mucho Berenice. Crucé un límite contigo que jamás me perdonaré —traté de explicarle mi reacción violenta, pero ella siguió hablando desalentada.

—Tranquilo. No has dicho nada que no sea verdad.

Eso no me ayudó a sentirme mejor, me hundió más en el fango de la vergüenza.

—Espero que nunca le hables así a Adara —me advirtió con dureza quedándonos cara a cara, con un aspecto de lo más temible y duro—. Porque entonces me verás enfadada, y dudo mucho que quieras que te amenace con cualquier cristal que toques, o bien puedo arrojártelo yo. Ya sabes que tengo ese poder. Me dije muchas veces que no podía tocarte porque eras, y sigues siendo, el hombre de Adara, pero no me tientes. Por Adara soy capaz de cualquier cosa.

Oprimí sonreír. Ese carácter tan indomable y salvaje era tan propio de las Williams.

—¿Cómo les pasó a Jens y Kai? —le reté con soberbia. Mierda, pensar en el imbécil de Kai solo me puso furioso.

Esperé la reacción que me había ganado, que me gritara o me dijera las cuatro verdades que merecía a la cara. Una de ellas; que no merecía a Adara. O que la soledad sería mejor compañera para mí. No diré nada que yo ya no hubiese dicho o pensado. Lo soportaría, porque estaba seguro que cada cosa que me dijera, sería la más absoluta verdad. Se lo debía. Le debía que se desahogara conmigo. Y no tendría ningún reproche por mi parte. Mantuvo su postura como una estatua fría y hermética, salvo que esta vez me entrecerró los ojos con aire malhumorado y se dio la vuelta veloz para desaparecer.

Eso me tomó por sorpresa y reaccioné a tiempo.

—Vale. Vale —dije de prisa y ella se quedó quieta, y cuadró los hombros antes de girarse con frialdad. Solo me estaba dando a probar de mi propia medicina, y bien la merecía—. Sé que pedirte perdón no soluciona lo que dije. Daría lo que fuera para volver atrás y decirme: *eh, gilipollas no le hables así a Berenice* —me imité a mí mismo y me complació ver como ella intentaba no sonreír apretando los labios. Terminé por suspirar poniéndome más serio—. Pero quiero que sepas que estoy profundamente arrepentido. No es verdad que para mí estés muerta y menos que te merezcas esta condena —apartó la mirada con un rostro consumido—. Me cegué, no supe cómo manejar que alguien a quien le tengo un profundo cariño, sabía la verdad del secuestro de Adara, y sobre todo, de que iba a suceder.

—Lo sabía porque Tymora me lo dijo —volvió su atención sobre mí con una voz desesperada—. Ella domina sobre lo que va a pasar. Y no pude evitarlo. No pude. Tal vez me lo dijo porque ella sabía que intentaría hacer algo, y esa sería la excusa perfecta para saber que me salté una de sus normas para hacerme perder mi energía.

—Lo sé —le aclaré con sinceridad.

Se hizo un silencio entre los dos durante unos segundos. Sus entristecidos ojos marrones me miraron con profundidad.

—¿De verdad me tienes cariño? —musitó mohína—. ¿Cómo se les tiene a las personas de verdad?

Dolió que lo dijera de esa manera tan melancólica. Y asentí con la cabeza con un nudo en el corazón.

—Pues no deberías —se aclaró la garganta cruzándose de brazos, alejando su mirada de la mía para que no viera que eso le había gustado—. Estoy muerta.

—Yo ahora mismo no estoy viendo una muerta —reconocí con una sonrisa sincera—. Sino a una persona.

Pude percibir como se quedaba sin aire, con los labios separados muy abrumada, y su cuerpo se encogía. La quemazón que sentía no desaparecería hasta saber que me había perdonado.

Comenzó a caminar hacia atrás casi trabándose; raro en ella.

—Voy... voy a buscar una planta medicinal que conozco para el pie de Adara y traeros más suministros —fue diciendo con una voz titubeante mientras caminaba sin mirarme—. Ella debería descansar todas estas horas que quedan de día, sino su pie se pondrá peor —inspiró hondo y se detuvo—. Adara se puso en peligro solo para buscarte. El amor que te tiene parece más inmenso que la parte racional que debe gobernarla.

Y se marchó antes de que pudiera agradecerse, levantando un fuerte aire a mí alrededor, arremolinándose arenilla roja sobre mis pies.

Suspiré.

Sin suda me lo merezco. Pensé en mi fuero interno.

Ni siquiera me dio tiempo para intentar convencerla de que me hablara de por qué gritaba agónicamente. Y allí me quedé un rato más, mirando a la nada.

Tal y como dijo Berenice, trajo la planta medicinal a Adara y se alejó fatigada y mucho más blanca por haber perdido energía. Tanto yo como Adara nos preocupamos, pero una vez más nos dijo que no nos necesitaba y que la dejáramos.

Yo seguí todo el proceso de la curación desde la distancia —aunque eso me repateara— con los brazos cruzados sobre mi pecho, sin perder de vista ni un segundo a Adara sentada sobre la tierra y reclinada sobre una enorme roca. Veía cómo Aliza se encargaba de echarle el ungüento, le ponía una venda, y Adara le hablaba. Joder, yo era quien tendría que estar ahí curándola, cuidándola. Examinando ese pie. Apreté los puños, frustrado. ¿Por qué tenía que estar enfadada conmigo? ¿Por qué me torturaba?

Berenice también nos trajo víveres, viendo como Declan los repartía. Cada puto segundo que pasaba, más culpable me sentía sobre el asunto de Berenice. Pero supongo que merecía que estuviese enfadada conmigo.

Ambas lo estaban.

La mirada de Adara se deslizó sobre la mía mientras hablaba con Aliza, y no soporté descubrir en su mirada azul el odio que yo mismo había provocado, y le di la espalda marchándome del lugar.

No me fui muy lejos. Me quedé en una zona más escarpada de rocas que me alejaba de la visión de todos. Saqué del bolsillo el bote de pastillas. Sé que auto medicarme era lo más inapropiado y peligroso que podía hacer. Pero lo necesitaba. Desesperadamente. La cabeza me iba a estallar. Desenrosqué el tapón, pero al oír unos claros pasos acercarse lo cerré otra vez guardándome disimuladamente el bote en el bolsillo del pantalón.

—¡Toma! —me giré a tiempo de ver como Adara me estampaba contra el pecho el arma con un rostro airado. ¿Qué les pasaba hoy a las Williams que me tiraban cosas al pecho? Tomé el arma y la vi marcharse, cojeando—. No me la vuelvas a dar. Tú la necesitas más que yo —me habló de espaldas.

—Eh, espera un momento —fui rápido en alcanzarla y la tomé de la muñeca girándola hacia mí con suavidad. Ella no opuso resistencia y me sentía aliviado de que no rehusara mi toque—. Primero: ¿qué haces de pie? Escuché que Aliza te dijo que reposaras. Y segundo —hice una pausa y suspiré—: ¿Podemos hablar?

Hizo un mohín con la boca mirándome varios segundos y terminó por asentir relajando su cuerpo, apoyándose más sobre su pie bueno. Si por mi fuera la tendría en brazos todo el tiempo. Pero sé que eso no le gustaba y que la hacía sentir como si fuera de cristal. No sé cómo decirle que nunca la veía así. Me dediqué a mirarla durante un instante y todas las emociones seguían ahí; rabia, impotencia, dolor, desesperación, tormento...

—Estás enfadada —resumí con un suspiro—. Me odias.

Agrandó los ojos.

—¿Yo? ¿Odiarte? ¡No! —se señaló a la defensiva—. Creía que tú estabas enfadado conmigo. Bueno, por lo de Berenice si estoy enfadada contigo. No merecía que la trataras de ese modo tan... —buscaba la palabra adecuada.

Cerré un instante los ojos sintiendo como el alivio recorría mi cuerpo al saber que no me odiaba y de que yo me lo había imaginado todo.

—¿Horrible? ¿Deleznable? —terminé por ella de una forma suave y asintió acérrima—. Ya le pedí perdón. Hablamos. Pero no es nada fácil conseguir su perdón. Creo que le viene de familia ser cabezota —asomé una media sonrisa para que la tensión mermara entre los dos.

—Y no me extraña —repuso de inmediato con los ojos en blanco y en voz baja.

—¿Por qué creías que estaba enfadado? —quise saber y levanté la mano hacia su rostro, dejando el mechón un poco húmedo detrás de su oreja sintiendo como se estremecía bajo mi roce. Me gustaba seguir teniendo el control sobre su cuerpo y en cada reacción cuando la tocaba.

—Por lo de... —se mordió el labio con su mirada ausente y chasqueó la lengua—. No importa —se volteó hacia un lado cruzándose de brazos.

—Si es por lo que me dijiste de Tommy —me miró rápidamente angustiada y no pude evitar que viera cuanto me había afectado. Esas palabras no habían dejado de sonar en mi cabeza como una puñalada—. Creo que me debes al menos una explicación.

—Yo no quise decirte eso, Enzo —se esforzó en pronunciar las palabras con un rostro torturado—. No iba en serio.

Lo único que quería era abrazarla con todas mis fuerzas, borrarle la amargura, el dolor y el sufrimiento de su rostro, pedirle que lo olvidáramos y que pasáramos página... pero no podía dejarlo pasar. Eso me había marcado a fuego en mi corazón. Perforó mi piel que dijera que se sentía más segura con él.

—Pues sonó todo lo contrario —contrataqué con una voz lastimada—. Y me dolió. Eso lo sentí como si él hubiera podido arañar toda la superficie de mi alma para penetrarla y destruirla —ella empezó a negar con la cabeza, ahogada—. Ese miserable estuvo contigo y no tengo tanta información para que yo no sienta desolación, rabia y angustia al saberte con él. Solo puedo pensar que estabas en peligro por tu manía de ser intrépida y temeraria. ¡Sabes cuánto lo odio!

—No me hizo daño —respondió con rapidez.

—¿No? —me tembló la voz por la rabia contenida—. Hablamos de Tommy, no de una persona normal. ¿Y lo del cuello? —volví a mirarlo un momento y me encogí aterrado al imaginar que un maldito miserable le puso las manos encima y le hizo ese corte—. Sé que no ha sido una rama. ¿Creías que me lo tragaría? —sofoqué—. Y ahora vas a decirme de una maldita vez quién te hizo eso. Porque lo buscaré. Lo encontraré. Y se va a arrepentir de haberte puesto la mano encima.

—No —sacudió la cabeza asustada, llevándose una mano al cuello para taparse la herida.

—¡Adara! —mi voz sonó tan inflexible y tajante que ella soltó un suspiro crispada, repasando una mano por su pelo al verse atrapada.

—Dios, ¿por qué nunca me dejas elección? —sonó frustrada y esperó unos segundos más para calmar su estado irritado—. Fue uno de sus hombres —los músculos de mi cuerpo se tensaron poniéndome rígido. Contuve en un puño todo lo que estaba sintiendo—. Cuando me libré de Uriel, te busqué desesperadamente. Esos disparos me hicieron pensar lo peor. Llegué a perderme y me topé con tres de sus hombres. Me apresaron, intenté utilizar el arma que me entregaste, ya que ellos no la vieron, pero me ataron las muñecas con una cuerda —clavé mi vista en sus muñecas con más profundidad y vi con fijación las leves marcas. Casi rugí. ¡Cómo no las vi! —. Me iban a llevar con Tommy o eso creo, porque aún sigo sin entender que él me salvara de ellos — permaneció ensimismada un momento—. Volviendo a esos hombres, caminamos durante unos minutos, pero yo decidí parar, no permitiría que me volvieran a llevar con él, y al quedarme quieta, uno de esos gorilas me puso su cuchillo en la garganta para amenazarme. Me hizo este corte —lo señaló rápidamente más afectada de lo que intentaba aparentar, y yo quería arrancarle la cabeza a ese hijo de puta—. Comenzó a pasear ese cuchillo por mi cuerpo, te ahorraré lo que me dijo, no hace falta que lo repita. Y lo detuvo en mi vientre —comencé a respirar con fuerza sintiendo como la furia corría como un río por mis venas—. Iba apuñalarme, pero entonces una granada de gas o de humo salió de la nada y un hombre con una capa gris me salvó de ellos. Me arrastró lejos, y cuando descubrí quien era mi salvador, no podía creerlo. Tommy me salvó de ellos.

Ni siquiera iba a pensar en darle las «gracias» a ese miserable. Si la salvó fue por algún motivo. Tal vez vio que su hombre se estaba excediendo y decidió intervenir como un *héroe* que intenta cubrir de mierda lo villano que se veía. Adelanté los pasos que nos separaban y la estreché entre mis brazos en una ahogada emoción. Ella se arrebujó más contra mi cuerpo, incluso escuché casi en un sonido inaudible un sollozo escapar de sus labios y se me encogió el corazón, apretándola más contra mí para que sintiera que estaba en su refugio, que nadie más la tocaría. Enterré mi nariz en su pelo y lo acaricié, ahogué en ese abrazo todas las emociones que me castigaban, me lapidaban y me llevaban al oscuro océano en el que siempre he habitado. La culpa me azotó hasta sentir como rasgaba mi piel. El corazón me latía tan fuerte que sé que Adara lo estaría escuchando. No puedo más que sentirme un miserable y una decepción total para ella. Al alejarme de Adara yo mismo la puse en peligro.

Los demonios estaban ahí. Otra vez. Acechando. Esperando que me postrara de rodillas. Hace mucho tiempo que no lo hacía y estaban sedientos de verme perder. Abrí los ojos de golpe con firmeza. Me negué a caer, por ella, porque Adara era lo más sagrado de mi vida. Ella era mi mujer, mi luz, mi esperanza, mi futuro... y saber que la habían vuelto a tocar quemaba como fuego en mi alma. Ahogué en mi interior un grito de furia. Mis manos me picaban. Quería reventar a puñetazos a ese hijo de puta que la tocó con ese cuchillo.

Ha omitido ciertas cosas que necesitaba saber, lo sé, y eso no me ayudaba, me puso peor, porque mi imaginación era tan retorcida que se puso en funcionamiento para desestabilizarme y que perdiera el control. Lo imaginé todo como en un escenario de teatro. Miradas depravadas. Fuerza. Brutalidad. Agresión. A mi mujer. A mi esposa. A la que juré proteger ante Dios.

Imaginarlo rebasó mis límites. Dejé que la ira me gobernara. Y el Mac tíre controlara mis impulsos salvajes y feroces.

—Voy a romperle uno a uno los huesos a quien te ha puesto la mano encima —comencé con

una voz peligrosa y amenazante sintiendo como ella se tensaba en mis brazos, y la liberé dándome la vuelta con furor para buscarlo.

Lo encontraré. Y podía darse por muerto.

CAPÍTULO 19

ENZO

—¡No! —chilló en un susurro quebrado y caminó apresurada detrás de mí oyendo como se ahogaba con su respiración—. Enzo, por favor.

No permití que me persiguiera cuando tenía el pie lastimado, por lo que me di la vuelta hacia ella con todas las emociones latentes marcadas en mi rostro.

—¡Joder Adara, te puso la mano encima! —repliqué con brusquedad sintiendo como me ardía la piel por la ferocidad de mis pulsaciones—. ¡¿Cómo crees que me siento?! ¡Ningún maldito hombre en la faz de la tierra te pondrá la mano encima!

—Lo entiendo. Créeme —dijo agitada agarrándose a mis brazos con los ojos llorosos—. Pero Tommy...

—Sí, ya, te salvó —agregué en un tono más seco—. No me lo trago. Para algo lo hizo.

—No lo sé —permanecí perplejo. ¿Dudaba? Ella lo notó en mi expresión y se encogió de hombros sin saber cómo explicarlo—. Pero no me dejó sola hasta que vi a Berenice, él desapareció cuando me pidió que cogiera el arma del suelo, y lo perdí de vista un instante. No sé por qué actúa así —exclamó azorada—. Se comporta extraño.

—¿Extraño? —repetí desconcertado.

—Sí —buscó las palabras correctas para describirlo—. Como si hubiera sido bueno toda su vida.

Fue como si me hubiese dado un puñetazo en la boca del estómago. *¿Bueno toda su vida?* Repetí en mi interior. Me quedé boquiabierto con la mandíbula casi llegándome a suelo.

—¡¿Bueno?! —expresé con una verdadera incredulidad y ferocidad—. Sé exactamente qué clase de alma tiene Tommy. Y la bondad no entra en ella —me repasé una mano por el pelo con fuerza, moviéndome de un lado hacia otro con una expresión endurecida—. Maldita sea Adara, no me jodas, ¿le estás dando el beneficio de la duda? ¡A él! —su silencio me respondió un *sí* y se me subió la sangre a la cabeza—. Te recuerdo que estamos atrapados en la isla Williams por su culpa. Qué no tenemos forma de salir y que su misión es matarnos para quedarse con todo. Ese hombre es la maldad personificada. Nos jodió el día más importante de nuestras vidas. Te secuestró. Y te juro que eso, me lo va a pagar.

La sentí estremecerse ante mi tono peligroso y salvaje cerrando los ojos un momento.

—No estoy dudando de su maldad ni he olvidado todo lo que nos ha hecho, pero entiéndeme tú a mí. Lo vi diferente, eso es todo —se quedó callada un momento intentando controlar su respiración—. ¿Entonces por qué demonios me dejó libre cuando él y su enfermiza obsesión es retenerme a su lado? —me pidió a gritos una explicación.

Solté un gruñido enfurecido intentando no golpear mis puños contra la roca que tenía a mi lado. No joder. Esto era lo que quería Tommy. Ese cabrón había conseguido que Adara dudara, y solo porque se ha hecho el héroe por unos putos cinco minutos. Estábamos discutiendo por ese miserable y eso era lo último que quería hacer con Adara. No estaba enfadada conmigo. No me odiaba. Y eso era lo único que me importaba. Ese malnacido no volverá a meterse en nuestra relación para intentar rompernos.

Inhalé fuertemente aflojando la tensión de mi cuerpo.

—Ahora mismo solo puedo pensar en el cabrón que te ha puesto la mano encima. Voy a buscarlo, voy a patearme la isla y cuando lo encuentre, puede darse por muerto.

—No —se arrojó sobre mí y me sujetó de los brazos, acongojada—. ¡Ves por qué no puedo decirte nada! ¡¡Porque no te controlas!! —logré soltarme de su agarre sin ser demasiado brusco—. ¡Enzo!

Su voz desesperada y agónica no logró frenarme. Tenía un objetivo en mente e iba a por él.

—Habló la que después de oír los disparos salió corriendo para buscarme —objeté con rudeza por encima de mi hombro.

—¡Le apunté con el arma! —su grito sonó abatido dejándose la voz. Esas palabras de alguna forma, no sé por qué, lograron frenarme. Detuve mis pasos y me volví hacia Adara. Permanecía quieta abrazándose insegura y alicaída—. A Tommy, pero no pude dispararle. Le amenazaba y él seguía caminando hacia mí. Hasta que el arma se quedó contra su pecho. El dedo me temblaba en el gatillo —cerró los ojos estremecida y fui acercándome a ella al verla vulnerable—. Me dijo que disparara, que acabara con la agonía que llevaba arrastrando años. No pude dispararle y arrojé el arma al suelo soltándole un bofetón —bien por eso—. Tú mediste clases de lucha y de cómo manejar un arma y simplemente cuando tuve que usar el arma, no fui capaz. Ni siquiera un disparo a una de sus piernas. Soy una cobarde —agachó la cabeza avergonzada de sí misma.

Ni siquiera pasaba por mi cabeza que ella fuera una cobarde, de los dos, Adara era la más valiente y temeraria, la más osada e inteligente, la más compasiva y pura. Con una fuerza de voluntad para nunca dejarse caer. Dios, sobrevivió a un secuestro cuando lo más normal del mundo es que sufriera ataques de pánico, de ansiedad y que se sintiera acobardada. Pero aquí estaba, entera, sin caer, como una luchadora, dándome una lección una vez más de su fuerza. Puede que a veces me crispaba su forma de llevar esa temeridad natural que le sale, pero cada día que pasaba me sentía más orgulloso de la mujer que me había bendecido con darme su amor. La mujer que había decidido compartir el resto de su vida conmigo. No permitiría que se flageara solo porque no pudo dispararle a un miserable gusano como Tommy. Ni siquiera merecía que Adara, la mujer más pura que había conocido, le disparara y lo dejara malherido.

No se atrevió a mirarme cuando me planté frente a ella y levanté su mentón, obligando a su mirada brillante a que me mirara.

—Tener miedo no es ser cobarde —traté de mantener mi voz serena al sentir que aún la furia no se marchaba de mi cuerpo—. Nunca más te retrates así, ¿me oyes?

—Por favor, Enzo —me suplicó con una voz desgarrada agarrándose a mi pecho, sintiendo como retorció la camiseta entre sus manos temblorosas—. No cometas una locura. Por favor. No puedo perderte —dejó caer su cabeza contra mi pecho, sacudiéndose sus hombros—. No voy a poder vivir sin ti si te pierdo. Solo te tengo a ti.

Permanecí inmóvil ante las emociones que me azotaban. Me costó tragar saliva al oírla. Su súplica me tomó por sorpresa y la rodeé con un brazo apoyando mi barbilla en su pelo, atrayendo su cuerpo hacia el mío. Cerré los ojos luchando con el Mac tíre que deseaba arrancarle la cabeza a ese cabrón.

—Me pides que lo deje pasar —apreté la mandíbula.

—Recibirá su castigo —me respondió hundiendo su cara en mi cuello.

Claro que sí. A manos mías.

Por más que lo intenté. No pude luchar. Me di por vencido al verla temblorosa, muerta de miedo y cohibida por la vulnerabilidad. Era un completo imbécil. Otra vez me iba a ir cegado por la ira, dejándola sola. Asentí aceptando quedarme. Aunque la parte salvaje y animal me pedía

todo lo contrario. Y la volví a estrechar entre mis brazos oyendo como suspiraba tranquila y aliviada contra mi pecho, rodeándome la cintura con sus brazos. Adara seguía sin comprender cuanto poder tenía sobre mí. Y cuanto me gustaba que ella lo manejara. A veces puedo ser irracional. Un Mandón. Un inflexible. Un gruñón. Un idiota en potencia. Y ella sabía la *dosis* exacta que tenía que darme, para que me diera cuenta de que yo me equivocaba en ciertas decisiones que tomaba sin meditarlas demasiado.

—Lo siento, no quería angustiarte —le di un beso en la frente oyendo como hacia un sonido de sosiego. Levanté su mentón y llevé mis labios hacia su cuello, y besé la herida delicadamente. Sentí como Adara soltaba un leve gemido, esperando por más. Tracé pequeños besos en sus muñecas adorándola con cada roce, odiándome al ver que habían magullado su piel una vez más, sintiendo una rabia que no se saciaría hasta vengarme, sin perder de vista como mantenía sus ojos cerrados para percibir mejor todas las sensaciones. Me moría por curar sus heridas. Y no solo las físicas, sino las de su alma. Le di un beso en la base de su garganta y recorrí un camino por sus mejillas haciendo desaparecer sus lágrimas hasta llegar a sus labios, buscándome ella desesperadamente al inclinar su rostro hacia el mío para conectar nuestras bocas. Rocé su boca con la punta de la lengua en una sensual caricia y sucumbió a la rendición, abriendo sus labios para recibirme. Besé su dolor, su agonía, su desesperación, fundiéndolas con las mías para transformarlas en un sentimiento puro y cristalino. Dejé caer mi frente contra la suya mezclándose nuestras respiraciones—. Te amo. Nunca. Nunca lo olvides. Tienes tanto poder sobre mí que a veces me asusta.

Sentí su sonrisa temblorosa, apoyando sus manos en mis hombros y echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos azules de diosa me hicieron caer en un embrujo del que no deseaba escapar jamás.

—Is grá liom thú —me respondió en irlandés y la miré asombrado y maravillado adorando como se sonrojaba. Era la primera vez que me lo decía en irlandés y mi corazón se hinchó de gozo. Nunca en mi vida había oído ese «te amo» en irlandés con ese acento tan sensual y sexy que logró desatar mis más fervientes deseos. Mi cuerpo se estremeció. Y tuve que dominar mi parte lujuriosa para no saltar sobre ella, diciéndome que este no era el mejor momento para adorarla—. ¿Lo he dicho bien? —añadió dudosa.

Esbocé una sonrisa.

—Lo has dicho perfecto —incliné mi rostro hacia el suyo atrapando sus labios, perdiéndonos en otro beso largo, lento, profundo y ardiente.

No fuimos capaces de separarnos en esos instantes que nos necesitábamos tanto. Adara se estrechó más contra mi cuerpo y yo la recibí con más devoción y fervor. Dejé caer mi frente contra la suya rozándose nuestras mejillas en una tierna caricia.

—Cada vez que me besas siento que será nuestro último beso —murmuró con su aliento rozando mi mejilla—. Y no quiero sentirme así.

Hice una mueca de dolor.

—No volverás a sentirlo —le prometí alzando la cabeza y eché un vistazo alrededor, y la tomé en mis brazos viendo como sonreía de oreja a oreja y ocultaba su rostro en mi cuello sin rechistar—. Vamos. Según he escuchado Berenice nos ha traído comida.

Asintió, y me miró con una sonrisa tranquila.

—Te perdonará. Dale tiempo.

No sé si el tiempo era el que jugaba a mi favor. No quería que se fuera de este mundo sin que aceptara mi sincero arrepentimiento por hablarle cruelmente.

Conforme la noche se hacía más profunda en este lugar desértico, el frío se volvió más cristalino que las anteriores noches. Para no dormir a la intemperie, Berenice nos trajo tres tiendas de campaña —de una capacidad de cuatro personas—, y nos aseguró vigilar ella durante toda la noche.

Hablé un rato con Berenice, no más de dos minutos y seguía distante y tirante. Intenté decirle que dejara de traernos cosas porque no me gustaba ver cómo se fatigaba y su color de piel se transformaba en uno más cenizo. ¿Pero qué hizo? Ignorarme. No tuve más remedio que aceptar su frialdad. Me aseguró que la zona en la que estábamos era segura y que no me preocupara por la vigilancia. Luego desapareció entre las sombras de la noche.

Logré —después de más de cuatro horas fallidas— que Adara finalmente se durmiera dentro de nuestra tienda, refugiados de lo que se agitaba ahí fuera. A mí me costó más, el dolor de cabeza iba a peor y la siguiente pastilla que me tomé a escondidas poco me ayudó. Me froté la cara con fuerza sentado dentro de la tienda. Guardarle ese secreto a Adara era lo que más me reconcomía. Y sé que Berenice tenía razón. Pero decírselo no cambiaría nada, solo la preocuparía por algo que no podíamos evitar al estar aquí atrapados. El viento que se había levantado no dejaba de agitar la tienda escuchándose con salvaje brusquedad ahí fuera. Sé que podíamos confiar en Berenice —o eso creo— aunque después de como la traté, no sé qué grado de confianza y lealtad nos tenía.

Si me era sincero, no me encontraba seguro, estaba en alerta por cada ruido que escuchaba. Y sé que me había vuelto más paranoico con mi mujer. Y un obsesivo compulsivo de su protección, desde que Adara me contó que uno de los hombres de Tommy intentó apuñalarla.

Una violenta ira me sacudió.

Necesito aire. Me dije cerrando las manos.

Le eché un vistazo a Adara que estaba abrazada a nuestro peludo Shamus, los dos durmiendo a pata suelta. Me mordí el labio inferior, sonriendo. Asegurándome de que dormía profundamente, abrí la cremallera de la tienda y salí fuera. El feroz aire me azotó en la cara, y no era ni de lejos peor que los que había sufrido en altar mar cuando hacía mis viajes de pesca. La luna con su tibia luz plateada, era la única que alumbraba esta zona rocosa y sin vida vegetal.

No vi a Berenice, pero sé que andaba cerca, oculta entre las sombras, porque ahora su propósito era alejarse de nosotros y no estar cerca. Y sí, eso era culpa mía. Por un largo rato me quedé de espaldas a la tienda, mirando el cielo estrellado, con el viento moviendo mi pelo. Mis ojos, que se adaptaron rápidamente a las sombras de la noche, captaron una silueta a unos metros de mí. Una alta y musculosa. No estaba tan solo después de todo. Aunque me diera la espalda, lo reconocí. Tenía un hombro pegado al tronco del árbol seco y sin vida. Y sus brazos cruzados por su pecho dictaban que estaba ausente.

Sacudí la cabeza porque tendría que haberme imaginado que no se fiaría de Berenice y que él mismo haría guardia.

Decidí acercarme.

—¿No deberías estar durmiendo? —le pregunté.

Dave giró solo la cabeza hacia mí y volvió a mirar a la nada de este lugar.

—No puedo dormir. Es esta maldita isla que me genera insomnio —espetó con irritación.

No. No era la isla. Pero no quería mencionarla y que se cabreara. Ya bastante tenía con sentirse atrapado en una maraña de confusión.

Se hizo un silencio entre los dos.

—Pero así me libro de esos sueños —logré escuchar su murmullo.

Me quedé mirándolo. *¿Esos sueños?*

Comprendí que se refería a Berenice tras escucharlo con tanta ausencia.

Y en ese momento algo rondó en mi cabeza. No sé si era lo mejor. Y si era una buena idea. Pero era la única forma de que esos dos hablaran de una maldita vez. Sé que Berenice andaba cerca, y apostaba toda mi fortuna a que no se estaba perdiendo ni un detalle de esta conversación. Tenía que poner en marcha mi idea. Sé que si Adara estuviera aquí apoyaría lo que rondaba mi mente. *Dios, espero que funcione.* Pensé en mi fuero interno. Solo de esta forma Berenice sabría cómo realmente se sentía Dave respecto a ella.

—¿Qué tienes en contra de Berenice? —disimulé mi táctica.

Dave negó fuertemente con la cabeza.

—No tengo en nada en contra de esa pobre muchacha que está atrapada en el mundo de los vivos —dijo sin acritud.

Muchacha. Bien. Un punto para él.

—Al menos ya no la llamas *muerta* —respondí y elevé una tibia sonrisa.

—Sigue siendo una muerta —replicó huraño y le puse mala cara nada contento con esa expresión que volvía a usar en contra de Berenice.

—¿Vas contármelo todo? —dije finalmente acercándome a él para que se quitara esa cara de resentido con el mundo y que le hacía insoportablemente desdeñoso—. ¿O tengo que sacártelo a puñetazos? —le advertí en plan broma, pero intentando que hablara conmigo.

—No sé de lo que hablas —refunfuñó para otro lado.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Burke? —me miró fijamente en silencio—. Exacto. Desde hace mucho tiempo. Desde nuestros años de universidad. Para mí eres el mejor detective. Sé que eres un hombre formal, reservado y muy profesional en tu trabajo. Que te encanta que te llamen Burke y no Dave. Con un agudizado ingenio y unas cualidades innatas. Pero también tienes un gran corazón que no quieres que nadie vea —hice una pausa con un profundo suspiro—. Hablar conmigo no te va a matar.

—Ya me conoces —se encogió de hombros aceptándolo—. Soy una persona que prefiere guardárselo todo. No comparto nada.

Burke era un hueso duro de roer, pero conocía ciertas debilidades tuyas. Hice acto de silencio con la mirada fija en él, haciéndole ver que esperaba lo que hiciera falta, lanzando un *reto* al aire para ver quién de los dos tendría más entereza. Fueron los segundos suficientes para que no lo soportara y cediera, poniendo los ojos en blanco, soltando casi un gruñido molesto en mi cara.

—A ver, ¿cómo quieres que me comporte? —estalló furibundo haciendo un gesto hacia él—. Llevo dos, dos malditos años soñando con ella y ahora resulta que es de la familia de tu esposa. Y resulta aún peor, que es una muerta que puedo ver y que se pasea por el mundo desde hace décadas. ¿Cómo lidiarías tú con eso? Joder, no puedo tocarla. Es muy frustrante. Verla y saber que está muerta. Y cuando solo la miro me descontrolo, mis emociones se disparan —dejé que se desahogara mientras sus pies se movían furiosos de un lado para otro en la oscuridad—. Es como si algo en mi interior hubiese estado dormido y de repente, boom, despierta y empieza a decirme porque estoy en verdad en esta vida. Y todo es una bruma de descontrol de deseos que nunca he necesitado en mi vida. Ella me vuelve... me vuelve...

—¿Loco? —me atreví a decir.

Se frenó en seco mirándome con los ojos entrecerrados.

—Sí. Loco —repitió entre dientes—. Cuando la vi tirada en el suelo llorando y gritando de esa forma —se llevó una mano al pecho con un rostro sombrío—. Mi trastornado corazón solo

quería abrazarla —soltó aire con brusquedad con la cara alterada—. ¿Qué me está pasando? —se recriminó moviéndose algo trastornado.

Miré a Burke con cierta compasión. Quise decirle que era algo normal. Que llevaba en su piel, en su sangre, y me atrevería a decir en su corazón, marcado el nombre de Berenice Williams. Un antiguo amor de su otra vida. Puede que Berenice no me lo dijera, pero sé que Burke era el Dave del que ella se enamoró en el siglo pasado.

A medida que pasaba el tiempo me desesperancé que Berenice apareciera, mirando disimuladamente a mi alrededor. Mi plan había fracasado. No sé si nos estaba escuchando. O es que simplemente la confesión de Burke no le importaba lo más mínimo.

—Ella... —comenzó titubeando—. ¿Ella se marchará?

Sé a lo que se refería, y cabizbajo, hice un mohín con un pesar que rozó mi corazón para hacerlo temblar de dolor. Tarde o temprano, Berenice dejará este mundo. Nos dejará.

—Sí —musité.

Se quedó de lado clavando la vista en el suelo sin decir más. No pude ver en esos momentos lo que manifestaba su expresión. Su rostro estaba bañado por las sombras de la noche, jugaban a su favor para esconder sus emociones, pero si la marcha de Berenice le hacía sentir desolado, se lo estaba guardando para él solo. Como siempre.

—Dios, prefiero hablar de otra cosa —lo entendí, y para mi profundo pesar lo mío no dio resultado. Berenice ni siquiera había hecho el amago de dejarse ver y no dejé de pensar por qué—. ¿Vas a tomarte la justicia por tu mano?

—¿Qué quieres decir? —le presté atención.

—A Tommy —solo con su nombre mi cuerpo se tensó—. ¿Vas a matarlo?

—Ganas no me faltan —expresé con ferocidad.

—Como detective te diría que cometerías un asesinato —me dirigió una mirada prudente—. Como amigo... te diría que en tu lugar puede que hiciera lo mismo.

—La secuestró —insistí con fiereza—. ¡Joder, le hizo cosas que ni siquiera quiero volver a pensar! —casi alcé la voz en un grito. Mi respiración se volvió pesada y me di la vuelta para calmarme. En mi interior se arremolinaban la ira y la culpa, y más emociones que me fustigaban.

—Lo sé. Y es un delito por el cual lo llevaré ante la justicia. Déjame a mí, Enzo —miré con fijeza el suelo debatiéndome—. Me contrataste para averiguar quién os intentaba matar. Ya lo sabemos. Ahora solo tenemos que pillarlo.

—El muy cobarde se esconde detrás de sus hombres y nos tiene aquí confinados.

—Todo psicópata comete un error —me aseguró—. O más de uno.

El movimiento perceptible de una sombra paró todos los improperios que estaba a punto de decir para desahogarme. Visualicé a mi derecha como se movía una figura envuelta por un vestido oscuro, y me fijé en ella cuando se hizo más clara a la luz de la luna. Berenice se mantuvo a una distancia precavida con el cuerpo encogido y sus manos apoyadas en sus brazos. No nos miraba a ninguno de los dos, simplemente mantenía la mirada en la zona rocosa de este lugar. Estaba claramente incómoda. Y sabía por qué. El ambiente se tensó cuando se acercó lo suficiente y Dave comenzó a observarla. Aguardé tenso, mirando a ambos. Esperando por lo próximo que sucedería. Y esperaba no tener que frenar los impulsos de Dave por sus agobiantes preguntas. Pero para sorpresa mía, él no tardó en girarse hacia otro lado, siseó algo que no logré escuchar y decidió marcharse.

—Burke. Espera.

Me sorprendió que eso viniera de los labios de Berenice. Él frenó bruscamente sus pasos y se

giró con estupor.

—¿Es a mí? —se señaló el pecho irónicamente.

—¡Claro que es a ti! —Berenice contrató a la defensiva. Al ver que se había ofuscado trató de calmarse soltando un suspiro—. Solo quería decirte que hablaremos después de que os lleve a la biblioteca.

La mirada de Dave viajó de mí a ella verdaderamente turbado. Luché por no sonreír. Disimulé mi expresión de victoria tras haber conseguido mi propósito intentando no alzar el puño al aire, y que descubrieran que yo había forzado deliberadamente a Berenice a que finalmente diera el paso. Escuchó a Burke. Lo escuchó todo y por eso se había acercado. Estaba seguro de ello.

—¿Eso va en serio? —le preguntó él algo desconfiado ante sus constantes esquivas.

—Totalmente. Una Williams cuando toma una decisión, la toma en serio —insistió al mismo tiempo, molesta por no creerle.

Se miraron el uno al otro en silencio, parecían decirse tanto, y yo sentía que sobraba de este pequeño círculo que se habían creado cargado de palabras silenciosas. El viento helado era el único que susurraba. Por muy extraño que pareciera la situación, sus miradas parecían conectadas por algo invisible. Pero dejarlos solos era un error que no estaba dispuesto a cometer. Si Dave fuera lo suficientemente fuerte para controlar su temperamento, ahora mismo yo podría irme tranquilo hacia mi tienda.

—¿Qué hay en la biblioteca de Tymora? —inicié una conversación porque sabía que Dave no aguantaría otro segundo más sin preguntarle. Era un hombre muy impulsivo e impaciente. Incluso la mirada irritada que me echó dictaba lo mucho que le molestaba que hubiera roto yo el silencio. Pero Berenice ya le había aclarado que hablarían, y él tendría que esperar.

Ella me contempló sin ánimo de suavizar su enfado conmigo.

—Cosas antiguas. No es una biblioteca común —comenzó a decir—. Allí hay leyendas. Documentos. Libros. Y algo relacionado con la maldición Williams.

—¿Existe la maldición? —dijo Dave.

El semblante de Berenice se volvió malhumorado cuadrando los hombros.

—Quién aún no cree en ella es porque desea seguir con una venda en los ojos.

De pronto, un quejido compungido llegó a mis oídos. Mi cuerpo reaccionó. Mi corazón se disparó. Y velozmente me giré hacia la tienda donde estaba Adara. Joder. Una pesadilla.

—¿Os puedo dejar solos? —les hablé atropelladamente con la cara descompuesta.

Ella miró un instante la tienda con la preocupación navegando en su lívido rostro.

—Claro —dijo rápidamente alentándome para que me fuera—. En cuanto me diga una grosería cavernícola me volatizaré.

Le eché una mirada de advertencia a Dave de que como se pasara lo más mínimo, saldría de la tienda de campaña y le patearía ese culo de detective. Él me alzó las manos en señal de tranquilidad y no tardé en dejarlos atrás y en entrar a la tienda con pasos bruscos y veloces. Adara se agitaba en sueños moviéndose y retorciéndose sobre la manta, y Shamus estaba a su lado despierto, gimiendo al verla moverse de esa forma tan dolorosa.

Entré del todo y cerré la cremallera.

—No... no... Enzo —suplicó en sueños, balbuceando—. No...

¡Maldita pesadilla! Amargué mi expresión y me arrodillé poniéndome a su lado rápidamente, atrayéndola hacia mi cuerpo para darle mi calor, acunándola en mi pecho.

—Shh es una pesadilla —le susurré calmándola y sentí como su mano se agarraba a la mía con fuerza, inconscientemente—. Estoy contigo.

Repetí tres veces más abrazándola con fervor y protección. No se despertó. Pero los quejidos fueron menguando, notando como su cuerpo se destensaba y dejaba de agitarse, hasta que su respiración volvió a la normalidad, con su mano aún sobre la mía como si fuera lo que la sostenía en el mundo. Estuve un rato en esa postura, con ella en mis brazos. Me sentí más calmado cuando su cuerpo retornó a un sueño que la alejaba de esa cruel pesadilla que tuvo unos segundos antes. Shamus no dejaba de mirarla —como a la prevista—, porque no quería que volviera a retorcerse de esa forma en sueños. Él la quería con locura, y verla en ese estado lo había asustado.

—Ella está bien —le dije con una sonrisa y le acaricié su cabeza.

Pero se quedó mirándola como si también deseara velar sus sueños. Incliné la cabeza y acaricié el pelo de Adara, apartándole unos mechones de su frente. Me comí la cabeza pensando que habrá soñado. Pronunció mi nombre con agonía. Me sentí enfermo de pensar que yo pudiera estar haciéndole daño en esa pesadilla; aunque no fuera real.

Después de un rato, Shamus dio varias vueltas y se acostó en la esquina de la tienda.

Miré a Adara como dormía en mis brazos, la suave respiración que hacía subir y bajar su pecho me envolvía como en una melodía idílica. Nunca me cansaré de mirar como dormía. Llevé mis dedos a su cara. Acariciándola tiernamente. Paseando mis dedos por su delicado y angelical rostro. Perderla sería como dejar de respirar, ya me pasó una vez, y no quería volverme a sentir así nunca más.

El aire se bloqueó en mis pulmones al recordar esos días, y me dije una vez más que ya no tenía nada que temer, que la tenía a mi lado.

¿Seguro? Me dijo mi lado inseguro.

Lo que me contó de Tommy y ese hombre agrediéndola, eran unos buenos ingredientes para que mi estado de furia siguiera activo en mi cuerpo.

Por más que lo pensaba nada me hacía cambiar mi opinión de Tommy. Pudo salvarla. Pero lo hizo por algo. No por bondad. Él no conocía lo que era ser buena persona. Tommy llevaba puteándome desde los diez años.

Hace años que no me permito pensar en esos tiempos en los que Tommy parecía un niño bueno y apacible. Antes de que se convirtiera en mi Némesis. Tenía algunos recuerdos. Muy poco lucidos y detallados, pero seguían ahí en mi mente. Y nunca los desterré, no sé por qué. Creo recordar que él y yo tuvimos unos encuentros donde parecíamos casi dos amigos normales. No sé si fue con siete u ocho años. La cuestión es que en ese tiempo donde solo éramos unos críos, Tommy no parecía el Lucifer de ahora. Recuerdo que era un niño muy tímido, que le costaba asociarse con los demás niños, incluso una vez llegué a acercarme a él en la plaza de Roundstone porque los demás niños no querían, y me trató bien.

Cabeceé sin entenderlo.

Su carácter cambió a partir de los diez años. Fue en esa época donde quiso convertir mi vida en un infierno, y a medida que fue pasando el tiempo, que los días se convirtieron en meses, y los meses en años... más oscuro y cruel se volvía contra mí. Cuántas veces me habré preguntado: *¿Por qué yo?*

Sacudí la cabeza llevándome los dedos a los ojos para presionarlos al nublarse la vista un segundo. Apreté la boca y me dije a mí mismo que me calmara, que así solo me empeoraría y lo último que necesitaba era que Adara supiera de mis dolores de cabeza.

El ruido de unos pasos crujiendo sobre la tierra me distrajo, y miré la tela viendo una sombra caminando cerca. Era Burke. Se marchaba hacia la tienda que compartía con Dan, Declan y Uriel. Para alivio mío, no los había oído discutir, de hecho no los había oído hablar a no ser que se

hubiesen estado susurrando.

Para amansar mi estado frenético de furia, decidí seguir leyendo el diario de mi bisabuelo. Lo saqué del bolsillo intentando no despertar a Adara, y pasé unas cuantas páginas hasta que una me llamó la suficiente atención.

1918.

La muerte rezuma en la isla. Puede que te envuelva por su belleza y su misterio. Pero fiarte de su belleza solo consigue dos cosas. Qué te vuelvas loco. Y que encuentres la muerte. Cuando te sientes más perdido y solo, es cuando la isla va a por tí, te ataca con algo que no esperas, te atrae con un incontrolable poder del que no puedes escapar. Es algo que nunca he entendido. Ella nunca nos ha revelado que es lo que mueve a que la isla actúe como si estuviera viva, y no me refiero a la propia naturaleza, parece algo más poderoso que eso.

Me hacía una idea de a qué se refería.

Dejé la mirada ausente en la tela azul de la tienda formando mi mente un nombre. Berenice. ¿Cómo no pensar en ella? Me sentía impotente porque sé que se encontraba atrapada, que sufría. Ahora mismo estaba ahí fuera vigilando mientras el resto dormía. ¿Qué estará pensando? ¿Qué cruzará por esa cabeza suya? ¿Cuánto tiempo llevará gritando en la isla? Días. Meses. Décadas. La mujer misteriosa de la isla que gritaba agónicamente... era ella. «*No dejo de caer. No dejo de caer*». Sus palabras volvieron con un efecto que me puso tenso e inquieto, porque no paraba de repetir las en un estado agonizante. Bajé la vista al diario y me pregunté si mi bisabuelo hablaría de ella. Pasé las páginas ojeándolas por encima, saltándome varios años. Encontré algunos datos que recopiló de ella, desde su infancia hasta que se hizo mujer.

29 de abril de 1930.

La partera que atendió a la señora Felisa nos ha comunicado una noticia que nos ha consumido en una eterna tristeza. La señora Williams, ha muerto después de dar a luz a su tercer hijo; Berenice. Leonard y Felisa han tenido tres hermosos bebés, tres hermosos trillizos sanos y fuertes, pero la desgracia ha caído en la mansión. Es un día feliz y triste. Leonard está roto y desolado. Cuando he visto por el resquicio de la puerta como Leonard tomaba de la cama el cuerpo sin vida de Felisa, y lloraba contra su pecho, supe que su corazón se había ido con ella. Pero él es fuerte y saldrá adelante. Lo sé porque ahora tiene tres hermosos hijos a los que cuidar y proteger. Pero la vida en el fondo le ha vencido. El señor Williams ha mandado a preparar las habitaciones Rubí, Diamante y Zafiro. Eran las tres piedras favoritas de Felisa, y en su memoria las habitaciones de sus hijos se llamarán así.

Me tomé un respiro al no esperarme esto. La forma en que Leonard perdió a Felisa fue injusta y despiadada. Pasé varias páginas porque desgraciadamente estaban borrosas e ilegibles.

14 de octubre de 1936.

Esa pequeña diabla lo ha vuelto a hacer. Se ha subido al árbol más alto por más de tres horas y se ha comido todo el tarro de miel de la despensa. Ahora tendré que ir a Roundstone a por más. Quitando que nos hemos quedado sin miel... ¿De dónde le sale esa intrepidez y

temeridad? ¿Seis años y hace esto? No quiero imaginarme cómo será de mayor. Qué Dios nos asista y nos guarde un segundo corazón para prevenir los infartos. Me gusta ver reír a Leonard cuando está con ella y deja a un lado su obsesión por la isla, ver cómo coge en volandas a su pequeña y le da vueltas y la llena de besos, como juegan con las hojas del otoño que caen de los árboles y hacen pequeños montículos. Me embarga una emoción indescriptible que Felisa le haya dejado tres bellos hijos que lo están colmando de felicidad y por los que está luchando día tras día. Desde el cielo, sé que Felisa está orgullosa de ellos cuatro y los protege y adora desde allí.

30 de junio de 1948.

Berenice se ha convertido en una muchacha joven y bella, llena de carácter, pero también de bondad y dulzura. Ha salido a su madre. El hombre que posea su corazón se habrá ganado el paraíso. Leonard está orgulloso en lo que se ha convertido Berenice, y yo también me siento así, la he visto crecer desde que vino al mundo y el corazón me estalla de felicidad. Ya no es la niña revoltosa y traviesa que hacía travesuras y se libraba de todas las riñas del mundo con esa carita de ángel, ahora es toda una mujer que mantiene ese rostro de ángel y que ahora resplandece con una luz brillante. Berenice tiene una pasión, quiere ser bailarina. Leonard ha mandado a remodelar el Salón de Esgrima, Hill y Howard no están nada contentos de esa decisión, se han enfurruñado como niños, pero la pequeña Berenice siempre se sale con la suya cuando quiere algo. Es como su padre.

Torcí una sonrisa y desvié mi mirada hacia mi mujer. Ahora sé de dónde le venía la pasión por el ballet. Berenice y Adara tenían mucho en común. Lo siguiente que leí logró que mi sonrisa se apagara y sintiera como mi corazón se encogía, quedándome de piedra.

15 de junio de 1958.

La desgracia ha caído de nuevo sobre los Williams. Nunca me he permitido pensarlo con profundidad, que no era más que una invención, algo que se inventó para dañarles, ¿pero será verdad que están malditos? ¿Qué los Price lo estamos también? Hoy es un día gris y funesto. La señorita Berenice Williams, ha muerto. Han encontrado su vestido en una de las playas y llevaba sangre. La policía después de una exhaustiva búsqueda ha determinado que se ahogó en el mar. Es una pérdida irreparable para todos. Aún recuerdo como me sonreía con esa dulzura que tanto marcaba su carácter. ¿Cuándo perdió su brillo? ¿Cuándo dejó de sonreír? ¿Cuándo dejó de luchar por la vida? ¿Fue en el momento en que tuvo ese aborto? ¿Cuándo perdió a su amado Dave? ¿Cuándo se sintió sola? ¿O cuándo su hermano Hill la tachó de loca e intentó encerrarla en un manicomio? Ella nunca fue feliz aquí. Aunque lo aparentara por fuera, aunque sus labios lo proclamaran, por dentro se marchitaba como una flor cuando la arrancas de la tierra que le aporta la vida.

19 de junio de 1958.

El médico que trataba a Berenice de sus trastornos de salud nos ha hablado de que ella ha terminado por suicidarse. El propio Hill ha encontrado una nota de suicidio de su puño y letra en la Habitación del Rubí. Y el médico, mirando sus propios informes, ha determinado que fue

así. Me niego a creerlo. Yo no lo creo. Leonard se ha derrumbado y ha sucumbido pronto aceptar que su hija eligió el camino cobarde para dejar de sufrir, pero yo sé que ella no sería capaz de quitarse la vida. Ella era una luchadora, se sobrepuso a dos pérdidas que destrozarían a cualquiera con menos autoestima. Volvía a sonreír. No me entra en la cabeza que se haya suicidado. La policía dejó de buscar su cuerpo, pero yo y el señorito Howard no nos damos por vencidos. Pero seguimos sin encontrarla. Llevamos días buscándola. Nos hemos recorrido las costas. Rezaba todos los días para saber si el mar nos devolvería a Berenice, para darle el entierro que se merece y poder despedirnos de ella. Ahora sé, que nunca descansará en paz.

Una gota amortiguó sobre la hoja, y fue en ese instante que me di cuenta de que me pertenecía. Levanté la cabeza del diario y me froté la mejilla alejando el rastro húmedo de la lágrima. Cerré de golpe el diario y lo guardé en el bolsillo del pantalón en un tumulto de nervios.

Mi impulso fue salir corriendo y hablar con Berenice. Preguntarle si era cierto si se quitó la vida. Pero frené ese impulso pensando con profundidad que en cuanto le hablara de lo que mi bisabuelo escribió en su diario, se esfumaría asustada. Sé que lo haría. Mis ojos húmedos se dirigieron rápidamente a Adara. Me acosté del todo y la estreché más contra mi cuerpo necesitándola con desesperación. Hizo un sonido gutural abrazándose más a mí, siendo un sonido dulce e inocente y noté que el sentimiento que me apresaba el pecho no se desvanecía después de leer esas líneas escritas por mi bisabuelo. Dios bendito. ¿Berenice se suicidó?

Y lo más complicado... ¿cómo se lo diré a Adara?

CAPÍTULO 20

ENZO

Estaba bastante seguro de que era un sueño.

Porque no me encontraba en la tienda con Adara en mis brazos.

Mis ojos contemplaban paredes, ventanas, refinadas alfombras sobre un suelo de madera. Una tenue luz procedente de los largos pasillos interminables. Figuras antiguas. Un olor familiar y cálido. Unas escaleras que ascendían a una primera planta.

No tenía la menor duda. Me encontraba en la mansión Williams. En el recibidor. Ahí fuera se escuchaba como una tormenta arremetía con fuerza. El repiqueteo de la lluvia constante golpeando los cristales de las ventanas, y el silencio que rezumaba la mansión, me puso los pelos de punta.

Caminé unos cuantos pasos y fue cuando un presentimiento asoló mi pecho dejándome inmóvil. Algo en mi interior se activó. Gritó; «Peligro». Adara estaba cerca. Pero no podía verla. Sé que lo que sentía era real. Sobre mi pecho se removió una masa que sentía que se apresaba más sobre mi cuerpo.

—¿Adara? —la llamé con pánico. El silencio fue terrible para mi estado y comencé a ponerme nervioso.

Un trueno sonó en la noche y los relámpagos iluminaron brevemente el recibidor, y capté unas manchas sobre el suelo que casi se hacían imperceptibles al ojo humano. Agaché la cabeza mirándolas fijamente. Mi respiración se aceleró bruscamente. No se trataban de unas simples manchas. Unas huellas de agua se deslizaban de la puerta principal y subían por las escaleras. Como si alguien hubiera entrado sigilosamente a la mansión sin ser detectado. De pronto, en la primera planta escuché un golpe. Como un objeto golpeando el suelo.

Sentí que todo mi cuerpo se tensaba y daba paso a un presentimiento más tenebroso. Cuando sabes que algo va a pasar y va a ser terriblemente perturbador, desolador, oscuro y peligroso.

Miré la primera planta desde la escalera con el corazón retumbando en mis oídos, sintiendo como todos mis impulsos y sentidos se abrían paso a través de mí y me empujaban hacia ese peligro que nos acechaba. Y subí de tres en tres las escaleras, avancé rápidamente por los pasillos buscando nuestra habitación con el cielo rugiendo y los relámpagos iluminando la oscuridad de esta planta. Casi la tumbé cuando la abrí bruscamente. La estancia solo estaba iluminada por una lámpara que había sobre una cómoda. Su luz era muy tenue.

El cielo rugió con tal furor que sentí como si la mansión temblara. Mis ojos ansiosos encontraron a Adara durmiendo —con su habitual camison de satén azul—, dulce, tranquila, cálida y resplandecientemente hermosa sobre nuestra cama. Todo parecería normal y tranquilo, una noche más entre todas, si no fuera por la silueta alta y llena de sombras que se cernía sobre ella dispuesta a hacerle daño.

—¡No! —le grité ferozmente—. ¡¡No la toques!!

Mi grito violento debería haber despertado a Adara, pero no lo hizo. Él siguió inclinado sobre ella con la punta de un cuchillo casi rozando su cuerpo. El terror hizo un destrozo en mi autocontrol y adelanté un paso saliendo un gruñido desde lo más profundo de mi garganta.

—¡Apártate!

—¿Y si no lo hago? —me retó inclinándose más a ella como advertencia—. ¿Qué harás? Me quedé de piedra al oír con claridad esa voz. Impactado porque era la primera vez que me hablaba. Esa voz me sonaba más de lo que mi mente quería entender.

Espera. Eso tenía que ser imposible.

Él levantó el rostro, y me miró, alejándose las sombras que siempre lo habían camuflado.

—¿Tú?!

Él me sonrió con una perversidad que estremeció mi cuerpo.

No. No. Esto era erróneo. Quién tenía que estar ahí era Tommy, no él. Tommy era el hombre oscuro de mis sueños, el que intentaba matar a Adara. No ese pélele cobarde. ¿Todo este tiempo quién acechaba mis pesadillas era él? No. No podía ser.

—No, imposible —susurré aturdido.

Los puños me temblaban de furia. Si daba un paso, él se inclinaba más hacia ella amenazándome con matarla. Mis ojos agónicos recorrieron a Adara que parecía estar en un profundo sueño del que no podía despertar.

Él chillido que sonó detrás de mí me hizo saltar y vi a Berenice mirando con pánico a Adara.

—Haz algo, Enzo. Hazlo ya —me pidió desgarradamente.

El control se desvaneció de mi cuerpo. Estuve a punto de abalanzarme sobre él y romperle el cuello, y poner fin a mis tormentosas pesadillas que no hacían más que volverme loco, pero mis pies se quedaron clavados en el suelo sintiendo como la sangre abandonaba mi cuerpo. En el lugar más recóndito y oscuro de la habitación una figura avanzó despacio difuminándose entre la luz y las sombras que bailaban sobre la estancia. Me tomó un segundo darme cuenta de quien se ponía al lado de Berenice; que ahora parecía congelada como en una imagen.

Sus ojos grises me miraron fijamente decepcionados y condenados.

—Papá —me costó tragar saliva sintiendo como las emociones me golpeaban.

Hacía muchísimo tiempo que no le veía, al menos en mis sueños. Y verlo plantado a unos metros de mí me hizo revivir mi más más amargo y oscuro pasado.

—No vas a salvarla —me reprochó con una voz dura—. Le harás lo mismo que a mí. La abandonarás.

Me lastimó azotando mi piel, hasta sentir como la desgarraba. Me quemó el alma, consumiéndola. Fue un duro y mortal golpe para mi corazón sintiendo como se escapaba un doloroso aliento de mis labios. Comencé a sacudir la cabeza con los ojos húmedos.

—Te busqué —conseguí responderle.

—No lo suficiente, hijo. Me abandonaste.

El nudo que se formó en mi garganta me impidió decirle: «lo siento, lo siento por no haber sido el hijo que esperabas, lo siento por no arreglar las cosas entre nosotros, lo siento por no dejarme el alma en buscarte». Luché contra toda la desolación que comenzó a darme de latigazos en ese momento. Pero parecía que la pesadilla quería seguir desgarrándome más y más hasta dejarme hecho pedazos. Una segunda persona salió de entre las sombras situándose al lado de mi padre.

La contemplé anegado de lágrimas.

—Mamá —dije balbuceando. Se veía tan lúcida y resplandeciente. Como los años antes de su enfermedad.

—Oh, Enzo —dijo como si sintiera lástima de mí.

Esto era peor que una pesadilla. Fruncí el rostro lleno de tormento, desolación y destrucción. Mi mirada viajó de Berenice, pasando por mis padres. El niño pequeño que aún habitaba en mi interior me decía que me dejara destruir, que arrastrara mis pies hacia un rincón, me convirtiera en un ovillo y dejara que los demonios volvieran. Pero reuní fuerzas —la verdad no sé de donde las saqué—, y me esforcé en seguir concentrado en Adara. En mi mujer. En mi luz. Al instante me puse rígido, al ver como ese miserable paseaba la hoja afilada de ese cuchillo por el cuerpo de Adara con suma satisfacción y placer.

—No la toques —repetí en un hilo de voz como súplica.

—Si no es para mí —comenzó a decir siniestramente—. Tampoco será para ti.

El corazón comenzó a latirme con fuerza presintiendo cuál sería su siguiente paso. Y me moví en una posición de ataque. Pero cuando quise ir a por él para dar mi vida por ella, algo siempre lograba frenar todo intento por detenerlo.

La mecha que hizo estallar todo fue sentir como unos pasos procedían detrás de mí. Miré por encima de mi hombro y visualicé como una persona se ponía al lado de Berenice y mis padres —que permanecían inmóviles—, como si él estuviera en este bando y no en el otro. Tommy. Sentí una lava de odio y de furia atravesarme. Mi respiración comenzó a subir y bajar salvajemente. En esta habitación se encontraban las personas que amaba y sentía que había traicionado, y las que odiaba de una forma abominable.

Sus ojos verdes los advertí diferentes. Había algo nuevo en su mirada. Algo diferente. Sacudió la cabeza como si me tuviera compasión.

—La perdiste —dijo señalando con la cabeza.

No lo entendí. Hasta que mis ojos se voltearon sobre la cama.

Él ya no estaba cerca de Adara amenazándola, porque había cumplido su objetivo. Llegué tarde. El cuerpo se me agarrotó. El dolor que me atravesó fue el más letal de mi vida.

El mundo decidió dar un frenazo y hacerme ver que había perdido lo más sagrado de mi existencia.

—¡No! —aullé desgarradoramente y me abalancé sobre la cama como un poseso. Me arrastré sobre ella enredándose las sábanas en mis piernas y llegué al cuerpo de Adara. Frío e inerte. La puse contra mi pecho sollozando, llevando una de mis manos a la herida de su vientre que había encharcado el camisón—. No. No. No —logré decir entre balbuceos acunándola contra mi pecho al sentirla sin vida, pálida y fría—. Esto no es real. No lo es. No lo es —seguí repitiendo con mis labios sobre su frente, tocándola con las manos temblorosas y llenas de su sangre—. Tú no estás muerta. Por favor cariño, abre los ojos. No es real.

—No lo es. Pero puede hacerse realidad —alzó la voz Tommy.

—¡Vete de mi pesadilla! —le grité como si eso fuera posible que se hiciera realidad.

—Yo no soy tu enemigo, Enzo.

Le lancé una mirada asesina.

—Voy a encontrarte y voy a matarte —mi voz se convirtió en una verdadera amenaza—. No te dejaré ante la justicia divina y mucho menos con la del hombre. Te encontraré y puedes darte por muerto.

Y con el devastador dolor aún golpeándome, me di cuenta de algo. ¿Por qué mis padres y Berenice ya no estaban? ¿Por qué solo estábamos él y yo? Él me miró fijamente con las sombras de la habitación jugando con su rostro.

—Aunque me mates ella seguirá en peligro —señaló el cuerpo inerte de Adara en mis brazos.

—*Esto es una pesadilla —me autoconvencí meciéndome con ella—. Nada de esto es real.*

—*No sé porque ella insiste en que cambiarás de opinión —habló él para sus adentros y no logré escucharlo—. Si no puedes salvarla en tus pesadillas no sé cómo lo harás en la realidad.*

Lo ignoré. Ni siquiera tenía fuerzas para levantarme y molerlo a golpes.

Sentí la caída. Fue larga y dolorosa, y me llevó a ese océano lleno de soledad y oscuridad por el que he habitado años. Mi corazón destrozado me pidió que cerrara los ojos. Qué todo acabaría si lo hacía. Pero antes de cerrarlos, pude percibir débilmente una silueta blanca detrás de Tommy y me dejé llevar por el dolor que logró separarme del sueño y arrojarme a la realidad.

Mi cuerpo se impulsó y logré despertar de esa pesadilla con los puños en el aire como si intentara asestar un golpe. Estaba completamente bañado en mi propio sudor. Las costillas presionaban mis pulmones dejándolos sin aire. Mi piel ardía como si tuviera fiebre. Bajé la vista tocándome las manos con vehemencia que instantes antes estaban llenas de sangre. No había rastro de ella.

No me encontraba en la mansión, sino dentro de la tienda de campaña y en el interior de la isla. La pesadilla poco a poco se fue desvaneciendo, pero las sensaciones siguieron ahí para demostrarme una vez más, que nunca seré un hombre normal, sino un ser atormentado que no era capaz de luchar contra la oscuridad. Las sombras de mis ojos que habían intentado consumirme en su más letal penumbra, fueron desapareciendo.

Percibí livianamente movimientos a mi alrededor.

—¿Enzo? —escuché una voz somnolienta, pero decidí quedarme quieto con el rostro desencajado, meciéndome—. Enzo, ¿cariño que te pasa? —noté como tomaba mi rostro en sus manos, pero ni siquiera me atreví a mirarla.

Ella me tocaba, me hablaba, y casi no lograba escucharla. Sus murmullos no lograron penetrar el muro que se había formado en mis oídos. Mi lucha interna se desató como una bestia enjaulada. Reviví la pesadilla y me sentí febril, con ganas de vomitar. Un millón de pensamientos cruzaron mi mente. Mi padre en esa pesadilla había conseguido reabrir viejas heridas que conseguí que cicatrizaran gracias a Adara, pero siempre fue una *ilusión* producto de la esperanza que volvió a brotar en mi corazón, porque solo con su presencia en esa pesadilla y sus hirientes palabras, todo había vuelto. El agudo dolor que aullaba mi alma. La oscuridad. La soledad que siempre perpetuó en mi piel. La culpa. Los remordimientos. Las malas decisiones. Sé que había sido el diario de mi bisabuelo el que produjo esa pesadilla, que todo partió desde mi más profundo terror; perder a Adara. Y que el as que escondía esa pesadilla fue introducir a mis padres, a Berenice, a Tommy, y sobre todo a mi padre. Él... Dios mío. Mi mente fue tan retorcida en asociar lo de Berenice con lo de mi padre. «*No vas a salvarla. Le harás lo mismo que a mí. La abandonarás*». Sus palabras volvieron para golpearme una y otra vez. Apreté los ojos con fuerza como si eso lograra que lo que sentía ahora se desvaneciera. ¡Por qué! ¡Por qué no podía vivir en paz con mi alma!

Cuando me di cuenta de que esto era la más pura realidad, contemplé a Adara de cuerpo entero. Los ojos me escocían y por momentos se me nublaban, y comencé a tocarla en una lenta agonía que me estaba destrozando. Desde afuera debo de tener el peor aspecto del mundo, hecho una mierda, porque escuchaba como su respiración se aceleraba escapándose en claros gimoteos. *La estás asustando, reacciona idiota.* Me grité, pero no pude salir de la presión que sentía sobre mi cuerpo, como si unas cuerdas me hubiesen apresado entero. La debilidad me postró a los pies de lo sucedido. La pesadilla se repitió en mi mente y me retorcí de dolor. Sacudí la cabeza

intentando alejar de mi mente todos esos dolorosos recuerdos que nunca dejaban de perseguirme.

—Enzo, me estás asustando —expresó con insistencia sujetándome con más fuerza el rostro. No paraba de barrer las lágrimas de mis mejillas con sus manos, suave y delicadamente. ¿Era Shamus quien aullaba?

No era ver solamente a Adara en peligro en manos del que por fin logré ver su rostro. Sino que en esa pesadilla la encontraba muerta. En esa pesadilla volvía a salir Berenice. En esa pesadilla mis padres entraban en la ecuación para destrozarme. Y por último, lo que hacía enfurecer mi sangre; Tommy. Él en la pesadilla me hablaba como si supiese lo que tenía que hacer, como si él no fuera el causante de nuestro mal, como si intentara ayudarnos y no matarnos.

—Llevo tiempo soñando lo mismo. Sueño contigo, que estás en peligro —se me quebró la voz al comenzar en una delirante confesión y la sentí estremecerse, reteniendo el aire en sus pulmones—. La sombra de un hombre te acecha, quiere matarte, siempre intento saltar sobre él, pero esta vez ha sido diferente. Esta vez estabas muerta. Intenté evitarlo, pero tú... tú...

Evitar hablarle que en esa pesadilla salía quien en verdad era esa sombra, que también aparecían mis padres, o de Berenice y el mismísimo Tommy, no me ayudó a mejorarme.

No pude más. Mis pulmones me pidieron auxilio y como pude, me salí a gatas de la tienda. Su grito llamándome se quedó detrás de mí cuando el frío de la mañana penetró en mi piel, y pude rellenar mis pulmones de un helado viento que serenó mi cordura y logró poco a poco estabilizar mis emociones. Permanecí ahí, postrado de rodillas, viendo la tibia luz del alba como bañaba mi torturado rostro. Agarré la tierra fría temblándome las manos, con la cabeza agachada. Intentando no soltar un grito para desahogar toda la *tempestad* que había intentado destrozarme.

No podía creer que hubiese tenido ese *episodio* oscuro delante de Adara por culpa de la pesadilla. Por Dios, podría haberle hecho daño. Imaginarlo me descontroló, aborreciéndome.

—¡Enzo! —se arrodilló frente a mí y volví a sentir como me tomaba el rostro, y esta vez la miré con claridad, sin barreras ni miedos, ahogándome en el mar de sus ojos que se hallaban llorosos e impotentes. Me mordí el labio con fuerza haciéndome daño, intentando no darme de puñetazos por hacerle pasar este mal trago—. Fue solo una pesadilla.

—Son muy reales para mí —mi voz tembló al pronunciar esas palabras.

—Pero siguen siendo pesadillas. Ven aquí —me empujó sobre su cuerpo y hundí mi rostro en su hombro, sintiéndome malherido, destrozado, hundido. Me estrechó con todas sus fuerzas en sus brazos y me sentí pleno y más vivo, rodeándola con más fervor del que nunca he sentido. Comprendí perfectamente lo que significaba estar «a salvo y en casa» cuando Adara me abrazaba de esa forma única y tierna—. Estoy contigo —me susurró en el oído y la apreté más contra mi cuerpo cerrando los ojos, temiendo soltarla y perderla para siempre—. Es lo que tú siempre me dices.

—¿Me escuchas? —le pregunté sorprendido con mis labios sobre su hombro.

—A veces —ladeó el rostro para que nuestras mejillas se rozaran—. Y me siento protegida y a salvo. Dos palabras que parecen simples pero que tienen un profundo y cálido significado para mí. Escúchame —sonó más firme, y se levantó conmigo de la tierra—. Nunca me volverás a perder. Estoy aquí para ti. Soy tuya. Y ni siquiera la muerte podrá conmigo.

Ese «*soy tuya*» tocó mi corazón y lo prendió de una luz única. Nos miramos a los ojos un largo tiempo. Y en esa mirada azul de la que siempre había estado enamorado, encontré mi rendición. Anuló el dolor. Desterró la oscuridad que se escapaba de mi control y la embalsamó de una luz pura y cristalina. Un aliento de vida para poder aprender a vivir con mi pasado. La amarga sensación, los estragos que hizo en mí la pesadilla, la herida que me dejó... ella logró hacerla

desaparecer, solo con su mirada, solo con tocarme, solo con la misma esencia de su carácter. No sé cómo lo hacía. Pero quería que siguiera haciéndolo, día tras día, que no dejara de luchar por mí, porque sé —lo sentía en lo más profundo de mi alma— que ella podrá desterrar todo lo que ha ido consumiéndome desde los catorce años.

No pude resistir la urgencia de besarla. Tomé su rostro, con mis manos trazando pequeñas caricias por esas mejillas sonrojadas, por ese labio inferior carnoso y tentador que la hizo cerrar los ojos por el placer que la consumía e incliné mi cabeza buscando su boca, y la besé profundamente, ahogado, necesitado. La estreché entre mis brazos con una devoción y vehemencia, con nuestros cuerpos conectados, saltando una chispa de un anhelo ardiente, enroscando Adara sus brazos por mi cuello y perdiendo una mano por mi pelo en una lenta caricia que me estremeció de deseo. Cada nervio de mi cuerpo me imploraba que ella nunca dejara de afectarme de esta manera que me hacía sentir tan vivo. Por un momento imaginé como sería estar en paz conmigo mismo, con mi alma sana, y fue un fuerte sentimiento revelador y placentero, que me sacudió con fuerza.

Adara era la única que sabía cómo curar mis heridas. Sus besos eran los únicos que alejaban todo el tormento.

Apoyé mi frente contra la suya y no dejé de estrecharla entre mis brazos en una ahogada desesperación, con nuestras respiraciones entremezclándose. Fue en ese momento, cuando me di cuenta de que Shamus daba vueltas sobre nosotros y nos daba con su cabeza para que le prestáramos atención.

—Hey chico —me agaché acariciándolo aún con la voz algo grave—. Está todo bien —sonreí al ver cómo me topaba con la cabeza como si con eso me reprendiera por el susto que le había metido al despertarme de esa forma. Adara nos sonreía desde arriba mientras yo intentaba calmarlo. Y unos segundos después, se deslizó entre las rocas muy apresurado. Comprendí que si se alejaba con esa prisa era porque necesitaba hacer sus necesidades.

Levanté la vista dirigiéndola a Adara, viendo como ella se fijaba en Shamus. Tomé su mano, la besé con adoración y la acerqué a mi pecho para sentirla más cerca.

—No quería asustarte. Perdóname —le rogué aún atormentado y molido por la pesadilla, y ella sacudió la cabeza rápidamente levantando una mano hacia mi rostro para acariciarme. Ella no sabía hasta qué punto necesitaba desesperadamente sus caricias.

—No te disculpes. Yo también tuve una pesadilla anoche. Estábamos en peligro los dos y los hombres de Tommy lograban finalmente atraparte a ti... y comenzaron a golpearte... —se detuvo acongojada con una mano sobre su boca—. Me repito una y otra vez que solo fue una pesadilla.

No soporté que se sintiera de esa forma, y la volvía a abrazar perdiéndonos en otro momento nuestro dónde nos reforzamos de más caricias, solo sintiéndonos. Sí, recordaba bien esa parte de la noche donde Adara comenzó a agitarse en sueños. Y no iba a mentirme, me sentía aliviado al saber que yo no era quien le hacía daño; como pensé dañinamente para mí mismo.

Inhalé fuertemente.

—Tengo que sacarte de la isla Williams —insistí con desesperación—. O me volveré loco.

Asintió de acuerdo y se mordisqueó el labio como si no estuviera segura de lo siguiente que quería hablar.

—Enzo —comenzó dubitativa—. Si me hablaras de tus demonios...

—¿Qué? ¡No! —sentenció con una voz dura, dando un paso atrás, bañado por el pánico y la alteración—. Sabes que no puedo. No... —cabeceé despacio en un murmullo de súplica.

¿Por qué ahora quería saber de ellos? ¿Por qué cuando había tenido la peor pesadilla de mi vida tenía que sacar ese tema?

—Vale. Vale —acortó rápida nuestra distancia y alzó la mano rozando mi mejilla. La tensión de mi cuerpo empezó a desvanecerse—. Te amo demasiado para aprender a vivir con esa parte de tu pasado que no puedes contarme —la expresión de sus ojos me dio a entender que no volvería a presionarme. Y cerré los ojos más aliviado de lo que debería, sintiendo sus caricias que eran un bálsamo para las heridas de mi alma que jamás cicatrizarían. Adara me daba más de lo que merecía y eso me hacía sentir un ser despreciable. Sé que había tenido más de una pesadilla en su presencia, y que ella era demasiado paciente cuando yo esquivaba sus preguntas. Sé que le hacía daño no contárselo, que guardármelo nos afectaba a los dos, pero no tenía la manera de afrontar ese momento. Cada vez que lo proyectaba en mi mente, el mundo se me echaba encima. Porque imaginaba a Adara dejándome después de contárselo todo.

Me encontré a mí mismo preguntándome por qué Adara se fijó en alguien como yo. ¿Por qué yo?

—¿Estáis bien?

Escuchamos a Berenice y los dos nos giramos hacia su voz. Sus ojos nos recorrieron evaluándonos para verificarlo por su propia cuenta.

—Sí —dijo Adara entrelazando nuestros dedos, intentando mantener una compostura serena y que no sospechara.

Aunque si mal no la conocía —con todas esas habilidades fantasmas que tenía—, Berenice estaría al corriente de todo lo que habíamos hablado.

—¿Te preocupas por mí, Berenice? —intenté sonar lo más divertido posible para evitar los malos recuerdos de la pesadilla.

Ella puso los ojos en blanco y nos dio la espalda con aspereza.

—En diez minutos salimos —expresó con sequedad—. Qué los demás despierten.

Al verla alejarse, mi mente volvió al diario de mi bisabuelo y me invadió una tristeza momentánea.

—¿Cuánto tiempo puede estar un fantasma enfadado? —le pregunté a Adara más relajado.

—No lo sé —se encogió de hombros, aunque con una preciosa sonrisa en sus labios—. Pero apuesto a que Berenice te ha perdonado, solo que no sabe cómo decírtelo y no sentirse una blanda.

Ah, ojalá fuera cierto. Pero no lo creía del todo.

A medida que el sol despuntaba en el horizonte, desmontamos las tiendas, pero las dejamos en ese lugar porque eran una carga llevarlas con nosotros. Según los planes de Berenice, ese mismo día llegaríamos a la biblioteca y no hacía falta llevarnos nada, salvo la mochila que portaba Evelyn.

—¿Cómo va ese tobillo? —le señalé con el dedo a Adara antes de partir.

—No me duele —golpeó la tierra con la punta de la bota para demostrármelo.

Enarqué una ceja.

—¿En serio? —indagué con inseguridad.

Adara resopló crispada de mi falta de confianza.

—No tendría por qué mentirte, Enzo —replicó—. Te lo digo en serio. No sé qué llevaba ese ungüento que trajo Berenice —se miró el pie con una expresión sorprendida—, pero es como si todo el dolor de ayer se hubiera reducido a cero en unas horas.

Hum. Claro está, que eso no me satisfacía del todo.

—¿Me permites?

Rodó los ojos y asintió.

—Claro —alzó un poco el pie.

Me agaché poniéndome de rodillas y tomé su bota bajando la cremallera. Se la quité y deslicé el calcetín dejando al descubierto su pie, revisando minuciosamente el tobillo. No estaba inflamado, ni con mal aspecto. No estaba con la inflamación de ayer. Se suponía que hoy tendría que seguir un poco inflamado. ¿Qué demonios le dio Berenice para curarla en unas horas?

—¿Lo ves? —dijo asombrada.

—Berenice es una caja de sorpresas que no tiene fin—dije aturdido.

Los dos la miramos en silencio —tal vez pensando cosas diferentes—, y la verdad logró apretujar mi corazón verla apartada de todos, con la mirada ausente, otra vez abrazándose como si eso la calmara. Puede que el resto no la viera, pero quien no le quitaba el ojo de encima era Burke. Y la miraba diferente que los anteriores días, como si ya no estuviese malhumorado y receloso con ella.

—¿Qué ha pasado entre esos dos? —me comentó Adara señalándolos con la cabeza; parecía haberse dado cuenta.

Le ayudé a ponerse la bota y me puse de pie acercándome a su oído.

—Te lo contaré por el camino —le susurré.

Ella ladeó el rostro mirándome con los labios fruncidos de intriga. Tomé su mano y nos acercamos a los demás.

—Estamos cerca de salir de este sitio —nos comentó Berenice cuando nos agrupamos—. ¿Alguna pregunta? —ofreció amablemente.

—Berenice dice que si queréis preguntar algo —les informé a los demás.

—Sí. Aquí —sacudió la mano Dan con prontitud—. Sé que evidentemente hay animales. ¿Pero hay alguno del que tengamos que preocuparnos en esta parte de la isla Williams? ¿Alguno que sea peligroso?

—Pues vaya pregunta —se burló a su lado Evelyn.

Él frunció el ceño.

—Rubia, es la que me hiciste tú a mí anoche—le remarcó con su humor perceptible de siempre—. «¿Dios mío y si hay animales peligrosos aquí?» —la imitó poniendo una mano sobre su pecho, y más de uno intentó no reír. Ella gruñó y le dio un manotazo en su brazo, haciendo que Dan se frotara con la mano su brazo con un rostro dolorido.

—Los hay —confesó Berenice casi sonriendo al ver a ese par—. Pero os estoy guiando por los lugares más seguros. De eso no tenéis que preocuparos.

Adara les habló lo que dijo Berenice.

—Me lo veía venir —añadió Uriel mirando el lugar.

—¿Entonces significa que un tigre deambula por estos lugares? —se estremeció Aliza.

Declan la miró rápidamente.

—Tú no te separes de mí —le señaló él con una voz que dictaba protección.

Ella le devolvió la mirada con una hiriente indiferencia.

—¿Entonces prefiero que me coma! —le replicó con brusquedad Aliza, poniéndose al lado de Uriel.

Escuché el barullo que se formó detrás de mí, y me quedé pendiente de hacerle una pregunta a Berenice.

—¿Nos alejaremos o nos acercaremos a los hombres de Tommy? —quise saber más serio quedándose Adara pendiente también de la respuesta, incluso Dave, que no había abierto la boca en toda la conversación, con sus brazos cruzados sobre su pecho sin quitarle la mirada a Berenice.

—Lamentablemente estaremos más cerca —y nos dio la espalda adentrándose por ese camino

de rocas que nos guiaría a las afueras de este lugar rocoso.

Adara y yo nos miramos, en sus ojos azules podía ver el miedo que eso le producía, y le pasé un brazo por la espalda para transmitirle mi seguridad, siguiendo los dos a Berenice.

De camino a la biblioteca, le expliqué a Adara que hubo un momento en la noche que Berenice le dijo a Dave que hablarían una vez llegáramos allí. Adara se alegró de que Berenice diera finalmente ese paso. Ahora lo que nos preocupaba es como se tomaría esa conversación Dave. Si creería en Berenice. Estuve varias veces tentado de decirle a Adara lo que leí en el diario de mi bisabuelo. Sobre que Berenice terminó por suicidarse. Santa Irlanda, ¿cómo pudo hacer algo tan horrible? Cuando la miraba, no me entraba en la cabeza, me sentía como mi bisabuelo Horace, no podía creer que hubiese sido capaz de adentrarse al mar para ahogarse. Pero si yo por alguna razón lograba verla, si estaba décadas por aquí como un fantasma, si su cuerpo no fue encontrado —como en su momento nos confesó—, es porque entonces tomó ese camino que la llevó directamente a la muerte.

Fragmentos de la pesadilla vagaron por mi mente. Me devoraban sin piedad. No podía sacármelo de la cabeza, era un constante bombardeo ver a mi padre en ella. Apreté la mandíbula disimulando por fuera mi lucha interna. Mi relación con mi padre nunca fue buena, no es que fuera un mal padre, pero cuando él decidió separar de nosotros a Adara, abrió una brecha entre los dos que con el tiempo se hizo más grande. Él quería alejarme de los Williams. Yo acercarme. Siempre fue una batalla.

Varios momentos de mi pasado ambicionaban de nuevo penetrar en mi mente, intenté evitarlo, asestando un golpe duro, pero no fue lo suficiente sólido y un recuerdo en concreto se coló, evocándolo vivamente.

—*¿Cuándo aprenderás a vivir sin ella?*

—*Tú causaste esto —le eché en cara—. Ella podría haber estado con nosotros. Era solo un bebé que necesitaba amor y cariño.*

—*Hemos tenido miles de veces esta conversación. ¡Lo hice por ti!*

—*No. ¡Lo hiciste por ti, joder! —bramé harto de sus absurdas mentiras.*

—*Lo mejor que puede estar esa chica es muerta —me habló con dureza—. Para que la maldición termine de una vez.*

No podía creer que lo hubiese dicho. Sus palabras lograron que en ese momento lo odiara. No reconocí a mi padre ante esa forma de hablar tan cruel e insensible. Contuve la rabia en mis puños. Dominé todo mi descontrol bajo una cerradura de hierro, era mi padre y jamás le pondría una mano encima. Ni siquiera pasaba por mi mente hacerlo. Pero eso que había dicho me hirió en lo más profundo de mí ser, eso lo había sentenciado.

—*No pienso escucharte más —le señalé con frialdad y le di la espalda.*

—*¡Enzo! —me llamó con autoridad—. Ni se te ocurra dejarme con la palabra en la boca...*

—Eh —sentí como Adara se enroscaba en mi brazo y le presté atención saliendo de ese último recuerdo de mi padre. Di gracias de que me ayudara a salir de él—. ¿Te encuentras bien? Hoy no tienes buena cara. Deberíamos descansar.

—No —sacudí una mano disimulando a la perfección, y seguimos caminando—. Estoy bien. Es algo a lo que le estoy dando demasiadas vueltas. Algo que leí en el diario de mi bisabuelo —no pude evitar mirar a Berenice que iba mucho más adelantada, inspeccionando el territorio.

Adara se guió por mi mirada.

—*¿Algo malo?*

—Algo horrible —ella me contempló asustada e intenté suavizar el tema—. Te lo contaré cuando lleguemos. Creo que este no es un buen momento.

—De acuerdo —apoyó su cabeza contra mi hombro perdiendo la mirada en Berenice. Creo que sospechaba que era acerca de ella, y por eso no quería presionarme y llenarse la cabeza de incertidumbre.

Dejamos atrás esa tierra roja deshabitada de vida y volvimos adentrarnos entre la frondosa selva rodeada de ruinas. Sentía una gran intriga por estas ruinas de arquitectura antigua. ¿Qué civilización vivió aquí? ¿Fue antes de que Jonathan Williams tomara posesión de la isla? ¿Y por qué en algunas ruinas había símbolos celtas? Era verdaderamente una belleza, ver la forma en como la naturaleza había creado un anexo con esas ruinas para volverlas más hermosas de lo que ya eran a la vista humana.

Estaba al acecho de cualquier ruido, y los animales del entorno no ayudaban mucho a calmar al guerrero protector que tanto crispaba a Adara. La poca visibilidad y margen que dejaba la espesa vegetación que rozaba nuestras caras y se cerraba más sobre nosotros a cada paso, era lo que menos me gustaba. Estuve a punto de pedirle —en varias ocasiones— un machete a Berenice para ir despejando las zonas por las que ella nos adentraba, porque de verdad se volvía insoportable que las ramas se enredaran en nuestros pies o que nos arañaran los brazos.

Me sentía bien otra vez. La cabeza no me taladraba de un dolor tenaz. Respirar hondo, rellenar mis fosas nasales del aire más puro que he respirado en mi vida y no sentir como si me acuchillaran la cabeza, era un eterno alivio. Pero no quería cantar victoria. Sé que el dolor volverá, siempre lo hace.

Eché un vistazo atrás tras oír claramente unas quejas.

—Daría lo que fuera por un buen baño caliente con esencias de jazmín —soñó Evelyn agotada por la caminata—. Llevo más de tres días con estas ropas —se las estiró con repulsión rascándose el cuello—. Y encima hoy hace calor.

—Yo me conformaría con ponerme debajo de una cascada. Esta isla tiene que estar repleta —comentó Declan sin ningún pudor.

—¡Menudo es nuestro santo cura! —exclamó Evelyn sonriéndole con picardía.

—Ante todo, un cura higiénico —le comentó él riendo con ella.

—Yo sueño con una hamburguesa con patatas —añadió Aliza, y más de un par de ojos la miraron sorprendidos—. ¿Qué? Yo no le hago ascos a esa comida.

Dave se abrió paso entre ellos y se adelantó casi alcanzando a Berenice, sin ni siquiera desear estar en la conversación. ¿Era mi imaginación o desde anoche estaba más obsesionado con Berenice? ¿De qué hablarían cuando me fui a la tienda?

—Joder, ¿por qué has tenido que mencionar la hamburguesa? Ahora tengo un hambre voraz —se quejó Uriel con un gesto de que se le caía la baba.

—Yo más bien me estaba imaginando a Evelyn en ese baño que mencionó hace unos segundos. Vamos, ¿y que seguía más? —la picó Dan con una sonrisa pícara.

Ella dio un brinco mirándolo entre balbuceos nerviosos.

—Te vas a quedar con las ganas, pervertido —tartamudeó al final caminando hacia otro lado, viendo cómo se sonrojaba.

—Has empezado tú con eso de un baño caliente. Mi imaginación vuela, ¿sabes? No soy de piedra —se puso a su lado rápidamente para seguir picándola.

Adara sacudió la cabeza riéndose. Y me perdí en esa risa tan transparente que hacía tiempo no la escuchaba, tan cálida y melodiosa.

—Yo huelo horrible, ¿verdad? —susurró para mí.

Enrosqué un brazo en su cintura y la estreché contra mi cuerpo acercando mi boca a su oreja. Su pelo hacía cosquillas en mi nariz.

—Tu hueles deliciosamente apetecible —le susurré en el oído provocándole un escalofrío que la hizo morderse el labio.

—Mentiroso —farfulló con las mejillas encendidas, y la adoré más. Qué me parta un rayo si decía que mi mujer olía mal. Olía a tierra, a lluvia... a ella. Nada era desagradable en ese olor.

Y sin preverlo, Berenice se detuvo mirando en todas las direcciones.

—¿Qué ocurre? —la miré a los ojos al verla azorada.

—Nada, es solo que... —dejó de hablar con un rostro turbio.

—¿Te has perdido? —Dave dio un paso hacia ella.

—¿Oh, se ha perdido? —exclamó Aliza mirando a todos.

—¡Yo nunca me pierdo! —dijo Berenice enojada hacia él.

—Entonces... —dejé caer.

—Esto de no verla y escucharla nosotros es una putada —protestó nada contento Uriel.

—¿Volverás a gritar? —repuso preocupada Adara.

—No... —saltó ella de inmediato con alteración—. Creo que no —se masajeó el pecho sin estar muy segura.

Adara y yo nos miramos inquietos.

—¿Nos sigue Tymora? —inquirió cautelosa Adara—. ¿Ella está por aquí?

—No —sacudió la cabeza enredando sus dedos unos con otros como si estuviera hecha un manojo de nervios—. Ella no está aquí. Parece haberse ido.

¿Entonces qué era lo que le causaba tener ese aspecto tan perturbador?

—¿Por qué? —intenté indagar sin quitarle la mirada—. ¿No es su isla?

Lo tuve que reconocer. Esa última parte había sonado demasiada sarcástica, por las miradas que me echaron ellos. Pero no me tragaba eso de que Tymora de un momento a otro ya no estaba pendiente de nosotros para marcharse a otro parte del mundo.

Berenice se encogió de hombros sin saber la respuesta o sin ánimos de decírnosla.

—Voy a echar un vistazo más adelante. Es algo que tengo que hacer... —perdió la mirada entre la frondosa vegetación—. No moveros de aquí. En serio, no hacerlo. No quiero perder a ninguno. La entrada a la biblioteca es un tanto peculiar y de difícil acceso.

Se recogió un poco la falda de su vestido negro y se escabulló sin esperar ni siquiera a si teníamos algo que decir. Su ausencia dejó a algunas hojas meciéndose por su paso.

—¡Maldita sea! —adelantó unos pasos Dave quedándose en la parte donde se había ido ella—. ¿Y la vamos a dejar ir así sin más? —nos señaló a nosotros malhumorado.

—Así es Berenice —dije yo suspirando.

—Imposible seguirla —continuó Adara con una expresión angustiada.

—Tengo unas tremendas ganas de ver a esa guerrera de Berenice —saltó fascinado Dan.

Vi como Evelyn le soltaba una colleja.

—¡Por qué me das! —se frotó la cabeza con cara de dolor.

—Por cómo lo has dicho —dijo sulfurada.

—Pero a ella le puede ocurrir algo —protestó Dave. Y si no lo conociera, habría jurado notar en esa voz cierta intranquilidad.

—¿Preocupándote por ella, Dave? —Adara sonrió dándome un suave codazo a mí al gustarle eso. Y traté de no mostrar también una sonrisa. Era raro, por no decir nada común, que él se

preocupara por Berenice. A él solo le interesaba hablar con ella, pero más allá de eso, ¿por qué nacía esa preocupación por Berenice?

—No me jodas, Adara —gruñó frustrado—. Ahora que ella quiere hablar conmigo no quiero que le pase nada.

Y salió corriendo dejándonos a todos paralizados. Mierda. Maldije a mil dioses. Su impulsividad por Berenice nos iba a costar caro. Eso lo sabía. Y tendría que haber tomado medidas.

—¡Dave! —gritó más de uno.

—¿Qué hace? —señaló Aliza con perplejidad.

—Lo que se denomina idiotez humana. Llevamos milenios así —agregó Uriel con sus manos en la cintura.

—Tenemos que detenerlo —prosiguió Declan, señalándolo.

—¡Burke! —grité corriendo detrás de él.

CAPÍTULO 21

ENZO

Perseguí a Burke dejando a los demás atrás. Era el más veloz del grupo y necesitaba detenerlo. Tras perderlo de vista, me deslicé hacia el lado más frondoso metiéndome entre todas las malezas, atravesándolas como un bárbaro sin importarme mi integridad física. Sentí con aspereza como una rama pinchosa me hacía un araño en el brazo. Y maldije apretando la boca.

Una mata peluda se deslizó por mi derecha y me di cuenta de que Shamus me había alcanzado, corriendo con la misma intensidad.

—Shamus, detenlo —le ordené con la voz atropellada. Él ladró en respuesta y se deslizó por la hierba alta perdiéndolo de vista. No pasó más de cinco segundos cuando lo volví a escuchar ladrar, y de pronto, vi a Burke intentando saltarlo, ya que Shamus lo encaraba sin dejarle espacio.

Lo apreté de su camiseta y lo tiré hacia atrás.

—¡Estás loco! —le dije cabreado—. Nos dijo que nos quedáramos quietos.

—Y yo te dije que me descontrolo cuando se trata de ella, no razono —me respondió cortante y agresivo y me encaró quedándonos cara a cara, respirando como salvajes—. ¡Joder, me has echado a Shamus encima!

—Era la única forma de detenerte —miré a mi perro que miraba a Burke, preparado, por si tenía que bloquearlo otra vez.

—Hey, hey —se puso entre los dos Declan apartándonos, intentando recobrar de la carrera—. Nos calmamos, ¿vale? Nada de peleas.

Dandelion se apoyó sobre sus rodillas cogiendo bocanadas de aire.

—Sí. Tenemos que estar unidos no desunirnos —aconsejó Aliza para los dos, respirando con fuerza.

Dave me fulminó con la mirada y yo le lancé otra nada amigable, viendo cómo nos daba la espalda, tomando el control de sus emociones nuevamente. ¡Por qué malditamente no podía pensar fríamente con la cabeza! Berenice ya le había prometido hablar con él, ¿qué quería más de ella? Y me giré turbado buscando a Adara al no visualizarla.

—¿Dónde está Adara? —expresé en un murmullo con el corazón disparado—. ¡Adara! —grité con los pulmones sofocados.

—Estoy aquí —escuché su voz y la calma me asoló. Caminé hacia su voz apartando unas ramas de mi camino. Mierda. Otro araño.

Justo entonces, me topé con otras ruinas. Me adentré por un pasillo extrañamente enlosado, pasando por varios arcos que estaban cubiertos de hiedras adheridas que se deslizaban hasta el suelo, dejando más difícil atravesar ese pasillo. La vi delante de una enorme piedra acompañada de Uriel y Evelyn.

—¿Qué es esto? —pregunté extrañado.

—No lo sé —me respondió ella y me miró haciendo una mueca—. ¿Todo bien?

Sé a qué se refería. Eché un vistazo hacia atrás, y aunque no lo veía, sé que estaba por ese lugar intentando serenarse. Aún no me entraba en la cabeza como se le había nublado el juicio de esa manera. Apenas había reconocido al Dave sensato y coherente que durante años he mantenido

una unida amistad con él. Es como si al conocer a Berenice se hubiese transformado.

—Parece más calmado. Pero esos arranques con Berenice me preocupan —le confesé intranquilo y ella me miró azorada.

—Aquí hay unas palabras —nos hizo una señal con la mano Uriel, y despejó de telarañas esa piedra perfectamente tallada, de forma ovalada que casi era de su misma altura—. Parece irlandés antiguo —y me sonrió a mí—. Me parece que tenemos a alguien en el grupo que sabe irlandés antiguo.

Eso era cierto.

—¡Dandelion, te necesitamos! —le pedí en un grito.

En poco tiempo lo tuvimos aquí con el resto de la tropa, y me fijé disimuladamente que Dave miraba sin parar a todos lados, esperando seguramente que Berenice apareciera. Ya podía esperar sentado, porque cuando Berenice desaparecía, no tenía una fecha de regreso.

Dandelion se acercó a lo que Uriel le estaba señalando todo sonriente.

—Fascinante —murmuró Dan embelesado por esa antigua ruina. Las palabras estaban perfectamente talladas en la piedra—. ¿Y por qué me llamáis si tú también lo puedes leer? —le señaló a Uriel pareciendo confuso.

—No soy tan bueno como tú. Y me parece más interesante que lo hagas tú —detrás de esas palabras se escondía una verdadera y astuta, pero inocente intención.

—¿Qué dice? —se acercó con curiosidad Aliza.

—¿Y cómo que tú sabes irlandés antiguo? —Evelyn puso sus brazos como jarras con una mirada indagadora.

Noté como Dan tensaba sus hombros e intentaba no perder la concentración en el escrito tallado en la piedra.

—Es su trabajo —argumentó Uriel.

—Forma parte de mi trabajo —aseguró entre dientes mirando despectivo a Uriel—. Pero cállate.

Éste le hizo la cremallera en la boca sin dejar de sonreírle con guasa.

—Bah, no me interesa —dijo Evelyn desinteresada paseándose por ese lugar, pero mirando de reojo a Dan porque no podía contener su expectación. ¿Por qué estos dos seguían jugando al gato y el ratón?

Vacilé. Cuando vi a Adara adentrarse hacia el otro camino enlosado de piedras. Mi instinto me dijo que me fuera tras ella y no la dejara sola por nada del mundo, y tuve que reprimirme. Por Dios solo eran unos quince metros. ¿Qué podía pasar? Además, no quería que se pusiera en plan; «eres un obsesionado de mi seguridad, Enzo».

Tomé una bocanada de aire concentrándome en la piedra ovalada.

—*Si quieres entrar a mis dominios, pasa la prueba. Deja que la oscuridad te abrace y te reciba una poza turquesa bañada de una luz azulada* —nos fue recitando Dandelion lo escrito en la piedra ovalada.

Fruñí el ceño, pensativo.

—Eso no suena nada bien —sacudió la cabeza Evelyn algo asustada y se deslizó por el otro camino, acercándose al lugar donde estaba Adara.

—¿Puede referirse a la noche? —sugirió Declan.

—No tendría sentido —le explicó Dan muy sumido en ese escrito—. Porque por lo que veo aquí no hay ninguna poza bañada de una luz azulada.

—Quién escribió esto habla de unos dominios. Pero no dejó constancia de su nombre o alguna

inicial —dijo Dave y no pudo evitar echar otro vistazo alrededor.

—Es uno de esos acertijos que por más que te comes el coco, no resuelves —comentó defraudado Uriel alejándose de la roca—. No tiene sentido, aquí no hay nada.

—¿Y no será mejor que nos quedemos quietecitos y esperemos a Berenice? —insinuó Aliza al ver como varios se desperdigaban—. Ella sabrá que hacer. A lo mejor estamos muy cerca de esa biblioteca.

No me llevó ni tres minutos saltarme mi *norma* de darle su espacio a Adara, porque no estaba sintiendo una sensación nada buena en mi interior. Era una constante alerta que me estaba poniendo histérico. Intenté controlarla, pero me fue imposible. Necesitaba segarla. Y solo mermaría si me acercaba a ella. ¿Tendría razón Adara y me estaba volviendo demasiado obsesivo con su protección? Me deslicé por el camino enlosado y me vi de pronto frente a un círculo hecho a medida, arenoso, y rodeado de piedras gigantes que pasaban los dos metros de altura y tenían una forma puntiaguda. Había un cierto helor que no acababa de entender por qué estaba concentrado aquí.

Me quedé mirando extrañado esa tierra arenosa donde se encontraban Adara, Evelyn y Uriel. ¿Por qué precisamente este lugar no estaba a rebosar de esa naturaleza salvaje que solo se encontraba fuera del círculo?

—Vale. Esto es raro —señaló Evelyn las rocas.

—Parece un crómlech —repuso Uriel tocando una de esas piedras.

Me dio la idea de entrar con ellos. Y al siguiente paso que di un agudo ruido atravesó el aire. Sentí como crujía bajo mis pies. Me detuve súbitamente sin haber entrado al círculo, sintiendo como si el suelo fuera a desprenderse. Deslicé mi mirada hacia Adara, Evelyn y Uriel que caminaban sobre esa superficie. Agudicé el sentido del oído y capté otro crujido cerca de Evelyn. Oh mierda.

Levanté poco a poco el pie y lo retiré hacia atrás hasta quedar fuera del círculo, y me agaché rápido deslizando mi mano sobre el suelo. Al contacto con esa tierra la noté helada, y barrí con los dedos la tierra despejándola. Lo que encontré me dejó con el cuerpo inmóvil, y el corazón se me disparó a la velocidad de un rayo.

Hice un esfuerzo por calmarme.

—Adara quieta —le pedí no alzando mucho la voz para no asustarla. Ella se dio la vuelta frunciendo el ceño al verme agachado, sin entender por qué estaba en esa postura. No quería decirle que esa superficie por la que caminaba era quebradiza, para no empeorar las cosas. No quería asustarla.

—¡Oh joder, quedaros quietos! —la voz que se elevó salió detrás de mí tras haber visto lo mismo. Era Dan.

Evelyn y Uriel dieron un respingón volviéndose hacia nosotros, oyendo como el suelo crujía más. No. No. Adara me miró rápidamente y vi cómo le temblaba el labio inferior al notarlo ella. Fijé mi vista en ese ligero azul que dejé al descubierto con un brillo pálido a vítreo en la superficie. Sus capas eran tan finas y transparentes que parecía una lámina de plástico. Ahora entendía el círculo de piedras sin hierba salvaje, y solo cubierto de esa arenosa tierra.

—¿Qué es ese ruido? —quiso saber Adara, encogida, mirando el suelo.

—Es una plataforma de hielo —les comenté con una voz aparentemente calmada—. Y parece muy delgada.

Uriel cerró los ojos lamentando no haberse dado cuenta antes.

—No tiene sentido —expresó Dandelion apretándose la mandíbula con la mano.

Claro que no lo tenía. ¿Qué hacía una plataforma de hielo en un entorno que sobrepasaba los más de veinticinco grados? Poco me importaba descubrirlo ahora, lo único que quería era sacar a Adara de esa maldita trampa.

—¿Una plataforma de hielo? —exclamó Evelyn sobrecogida y dio otro paso.

—¡No te muevas, Evelyn! —le exigí con una voz ronca dominada por el pánico.

Escuché pasos apresurados detrás de mí y supe que eran Declan, Aliza y Dave mirando el peligro inminente en el que encontraban ellos. Shamus intentó entrar al círculo y Declan lo atrapó de la cola antes de que hiciera más grave la situación, pidiéndole que se quedara quieto. Aliza se llevó las manos a su boca, impactada.

—Estáis sobre una plataforma de hielo, ni un movimiento más —les ordené tajante.

Adara no apartó su mirada brillante de mí saliéndole un gemido inaudible, mientras que Evelyn lanzó un grito ahogado presa del pánico, y Uriel con una envidiable calma calculaba la distancia entre su posición y la roca que tenía más próxima. Tendría que dar siete pasos, y él sabía que en esos siete pasos la plataforma de hielo cedería.

—No va a pasar nada —le prometí a Adara para tranquilizarla.

Ella asintió repetidas veces, convenciéndose.

—¿Qué hacemos? —se le quebró la voz.

—Hay que equilibrar las zonas —aclaró Dan y estuve de acuerdo—. Uriel tú no te muevas. Quiero que vosotras dos ahora vengáis muy despacio. Primero tu Adara, da tres pasos hacia Enzo —le señaló con premura.

Extendí mi mano fuera del círculo para prepararme cuando nuestros dedos se tocaran. Adara exhaló aire sin dejar de mirar el suelo con los nervios de punta. Dio un paso sin levantar el pie y se empezó a escuchar como crujía la plataforma con más intensidad. Sus ojos se cruzaron rápidamente con los míos de forma desmesurada, apresada por el terror y le hice un gesto de cabeza de que iba bien. No sé ni cómo controlé mi propio pánico y miedo, ella asintió cerrando los ojos un segundo dándose valor, y dio otro paso, y se detuvo cuando dio el tercero.

—Eso es, muy bien —dije yo intentando no perder los nervios.

—Evelyn, ven por aquí —vi como Dan había rodeado las piedras por fuera y se estiraba al máximo para alcanzarla. Ella comenzó a moverse muy despacio hacia él, mirando sus pies.

Y logró salir, abalanzándose sobre Dan que la recibió en sus brazos echándose para atrás con brusquedad, fuera del círculo.

—Te tengo —murmuró él, mirándome aliviado.

Más de uno suspiró.

—Uriel tranquilo, saldrás también pronto —le animó Aliza.

—Yo estoy bien, pero quiero que malditamente salga Adara de aquí —le respondió tenso.

Me fijé en Adara y le hice un gesto con la mano para que avanzara.

—Bien, cariño. Sigue así.

Ella asintió viendo cómo le temblaban las manos y me maldije por no haber estado atento a cualquier peligro que pudiera acecharnos. Ya no se trataba solo de los hombres de Tommy, sino de la propia naturaleza de esta isla. Todo aquí se salía de lo común.

Me estiré más al ver que ella levantaba su mano temblorosa para alcanzar la mía. Y sentí como Dave me agarraba de la ropa para sostenerme contra su fuerza y sentirme confiado. Le hice un gesto de agradecimiento y él me devolvió otro. Solo quedaban cuatro malditos pasos y se me estaban haciendo eternos. Una gota de sudor se deslizó por mi frente, resbalando por mi cuello. En esos momentos no tenía el temple necesario para no perder los estribos, lo único que pasaba por

mi cabeza era entrar lo más rápido posible a la plataforma de hielo, cogerla de su cintura y lanzarla fuera del círculo. Sin embargo, ese movimiento imprudente costaría que ella y Uriel salieran heridos.

Acallé las voces de mi interior que me decían que actuara de esa manera. Y solo me concentré en Adara. En su avance. Y en los estremecedores ruidos que hacía la plataforma, agitándose. *Un paso más, uno más.* Dije a punto de colapsar. Pero algo salió mal. Un mal movimiento. Un mal paso. O que la plataforma no resistió más. El ruido que escuchamos procedió del centro del círculo viendo una grieta enorme abrirse, deslizándose la tierra arenosa por ese hueco.

El aire abandonó mis pulmones.

—Mierda —habló rígido Uriel de lo que ocurriría a continuación.

Un dolor punzante me atravesó las entrañas. ¡*Nooo!* Aullé. Adara y yo nos miramos ese instante. En sus asolados ojos azules encontré la rendición a lo evidente, viendo impotente como me expresaba con ellos el último: «te amo». Y lo supe. Supe que tenía que hacer. No dejarla. La vida no me la iba a volver arrebatar de mis brazos. No si yo podía evitarlo. Elegir lo imprudente, y no lo correcto. Si algo había aprendido de Adara, era su temeridad y que a veces avanzar hacia el peligro no tendría que suponer la muerte. Porque mi vida sin ella era una triste cáscara vacía sin emociones y sentimientos. No podía permitir que la luz se marchara de mi vida.

La inminente amenaza sucedió. La plataforma de hielo se abrió entre Uriel y Adara, y unos gritos se formaron bruscamente alrededor. Me sacudí del agarre de Dave y antes de que cayera, mi mano la alcanzó y me lancé con ella.

Lo que me encontrara abajo, no me importaba. «Porque si Adara cae... yo caigo con ella».

—¡Enzo!

—¡Adara!

—¡Uriel!

La luz de pronto se debilitó y la oscuridad me rodeó presa de un castigo al sentir como la mano de Adara se desprendía de la mía. ¡No! El eco de nuestros nombres desde arriba perduró un instante más, hasta que de pronto quedaron opacados por los gritos de Adara y de la más absoluta oscuridad. Caí en picado, con velocidad y fuerza, y sentí un golpe contra mi hombro que desestabilizó mi caída, haciendo que cayera descontrolado. Instantes después, mi cuerpo chocó precipitosamente contra una masa de agua que me zambulló, envolviéndome en un torbellino espeso y lleno de burbujas. Deshaciéndome de la presión que ejercía el agua, di una voltereta y logré bucear hacia la superficie.

Ahogué el aire de mis pulmones, agitando mi cabeza para darme visibilidad. Lo único que visualicé fue la iluminación de un destello azul rodeando el espacio rocoso, y a Uriel, a unos metros de mí que acababa de salir a la superficie.

Mi corazón se aceleró. No veía a Adara.

Dios. No.

—¡Adara! —la llamé resonando mi voz en un eco, dando vueltas sin parar, salpicando agua—. ¡¿Dónde está?! —agité los brazos, lleno de pánico.

—¡Allí! —me señaló Uriel desde el agua.

Y me giré rápido hacia donde señalaba. Adara se estaba arrastrando hacia la orilla, escupiendo agua por la boca, agotada y de rodillas. Nadé con fuerza hacia la orilla sin darme un hálito de respiro. Cuando llegué, mi cuerpo exhausto y sintiendo como si me pesara toneladas, me pedía que me dejara caer contra la tierra para descansar, pero me negué a ello y gateé hacia ella que seguía tosiendo echada sobre la tierra que raspaba mis manos, y la tomé de los hombros

volviéndola hacia mí, inclinándome sobre su cuerpo empapado como el mío.

—¿Estás bien? —le pregunté ansioso mirando si tenía alguna herida o contusión.

Sacudió la cabeza, fatigada.

—Sí. ¿Y tú? —llevó sus manos a mi rostro con la misma mirada y los labios temblorosos.

—De una pieza —asentí aliviado de verla ilesa asomando una media sonrisa, con las gotas de agua de mi rostro cayendo sobre el suyo. Y evité decirle que me ardía el hombro para no preocuparla. Seguramente uno de los bloques de hielo me golpeó en la caída. Y ahora se estaban derritiendo en esa poza. Daba gracias de que ninguno le diera a Adara.

Ella comenzó a mirar a su alrededor con la cabeza reposada contra la tierra.

—Otro susto de este calibre señora Price, y voy a tomar medidas muy serias —le sonreí anchamente después del calvario que había pasado.

Su mirada me contempló más calmada.

—Oh vamos, te ha encantado sacar a tu Mac tíre protector y haberte tirado conmigo.

Le puse mala cara, pero no podía enfadarme con ella, el miedo podía más con mi crispación y mi enojo. Ella parpadeó ligeramente y pareció darse cuenta de algo, se sentó de golpe y gimió llevándose una mano a la frente.

—Con cuidado —la ayudé a sentarse.

Ella me devolvió una mirada atónita.

—¡Te has tirado conmigo! —me reclamó estupefacta señalando hacia arriba tras haberse dado cuenta—. ¡Cómo se te ocurre hacerlo! ¡¿Estás loco?! —se agarró a mi camiseta empapada, con el rostro bañado por el temor más grande que existía.

Le sonreí con dulzura.

—Evidentemente, banrrón. Pero por ti.

Sus ojos oscilaron severos, preparándose para echarme una bomba de sermones, pero su rostro se suavizó y se le escapó un débil gemido roto, lanzándose a mi pecho. La rodeé con mis brazos apoyando mi barbilla en su pelo mojado, sintiéndome pleno y con el corazón rebosante de vernos vivos, percibiendo en su fría piel el miedo atroz que había pasado al vernos caer juntos.

—Los dos estáis zumbados, si me permitís decirlo. Y tranquilos, yo estoy bien —se señaló Uriel como haciéndose el malherido.

Giré mi rostro viéndolo de pie a unos metros, respirando con dificultad y calado hasta los huesos. Ni siquiera me había dado cuenta de que había salido del agua.

Adara le hizo una mueca, aferrada a mí.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó preocupada.

Él levantó el pulgar y viajó su mirada por esta cueva.

—Tenemos que encontrar una manera de salir —dije yo.

—Cómo esa, ¿por ejemplo? —indicó Uriel con un gesto de cabeza un túnel de formación rocosa que se alejaba de esta cueva.

Me di cuenta —al recorrer minuciosamente con la mirada —que esta cueva bajo tierra, fría y húmeda, estaba iluminada por un destello azul que salía de los minerales de las paredes rocosas. Un destello embellecedor, un fenómeno que se salía de lo común. Eché un vistazo a la poza profunda que tenía a mi espalda —en la que gracias a ella logramos sobrevivir— y terminé por mirar el hueco oscuro de arriba que no dejaba ver la luz del día.

—Tengo que inspeccionar ese túnel —repasé las manos por mi pelo mojado desprendiendo más agua.

Adara se estremeció levemente y me miró espantada.

—¡Ni se te ocurra dejarme aquí, me oyes! —me exigió conociéndome.

—Adara —me apoyé en sus brazos para tranquilizarla—. Solo voy a ver adónde lleva.

—No, joder —se sacudió de mí y se levantó de golpe, yo suspiré aún de rodillas y la seguí—. ¿Qué te dije la última vez? —me recordó mosqueada.

—Si queréis voy yo —se ofreció Uriel desde la entrada de ese túnel.

—Sí, eso, que vaya Uriel —lo señaló apresurada, sin dejar de mirarme.

—Ah, qué bonito, ya sé cuánto me quieres como amigo, Adara —espetó acercándose, y lo conocía lo suficiente para saber que actuaba como si se sintiera ofendido.

—¡No me hagas eso! —le reprochó ella con un rostro culpable—. No es que quiera que tú también te expongas. Pero entiéndeme. No quiero sentirme otra vez atrapada por el miedo y el pánico de perder a Enzo.

Entre ellos había una tirantez que iba a cortar de raíz ahora mismo.

—Vale, ya —me puse entre los dos, mirándolos seriamente—. ¿Qué pasó en el mirador?

—Nada —dijo rápidamente Adara agachando la mirada.

—Me dio un rodillazo en los huevos —me confeso él con una voz dura.

Me quedé sorprendido, aunque no tanto, ya que conocía el temperamento de Adara si se sentía atrapada y bajo el yugo de la coacción. Y me di la vuelta hacia la guerrera con la que me había casado, que le mandaba una mirada crispada a Uriel por haberse chivado.

—Dios, ya te pedí perdón y no sabes cómo lo siento —se disculpó con él totalmente roja—. Pero te dije que me dejaras ir y tú no parabas de retenerme.

—Recibía órdenes de Enzo —le habló él.

—Solo por esto —les interrumpí, especialmente mirando a mi mujer—. Te quedarás con él.

—¿Qué?! —se indignó con las manos en la cintura—. ¿Por qué no puedo acompañarte?

—Por tu seguridad —le recordé.

—¡Argh! No soporto esa palabra —exclamó más cabreada intentando no echar fuego.

—Dame diez minutos. Volveré —le prometí solemnemente.

—¡No te creo! —me gritó enojada al verme alejarme y se dio la vuelta soltando un gruñido.

Me quedé en la entrada del túnel haciéndole una señal a Uriel para que se acercara.

—Lo siento por lo que hizo —le susurré con un ojo sobre Adara que se movía de un lado para otro farfullando entre dientes. Estaba preciosa cuando se enfadaba de esa forma tan natural.

—Bah —le restó importancia sin estar enfadado realmente—. Además no es la primera que lo hace.

—¿Tienes una lista? —le pregunté socarrón.

—Antes de Adara hubo otra mujer que sin yo hacerle nada, zas, me dio una buena patada, pero esa mujer de armas tomar no se conformó solo con eso.

Sacudí la cabeza sonriendo y dirigí mi mirada hacia el túnel.

—¿Te has dado cuenta? —señaló nuestro alrededor, maravillado—. Nunca antes he visto que el mineral euclasa brille tanto.

—Yo tampoco —me fijé en las paredes cubiertas por ese mineral y que misteriosamente lograban que hubiese una tenue pero clara luz en el lugar. El túnel también estaba abastecido de ese mineral.

—Esto ya lo vimos en esa puerta antigua que tú y Adara pudisteis abrir. Solo que era otro mineral. Esta isla es verdaderamente fascinante.

—Que sea fascinante puede indicar lo peligrosa que es —admití perspicaz. Y nos quedamos en silencio unos segundos—. Intenta contactar con ellos —señalé su walkie-talkie—. Estarán

muerdos de preocupación. Yo solo me ausentaré diez minutos. ¿Podrás con Adara en esos minutos?

Me dirigió una mirada ofendida.

—Tu mujer puede tener cara de ángel, pero es un arma de destrucción masiva —me confesó mirándola de reojo—. El seguro que tengo no cubre mis partes blandas.

—Buena suerte entonces —puse cierto tono burlón y le di un apretón en el hombro.

—Ja-ja... me parto de risa —lo escuché decir nada contento.

Y me adentré en ese túnel, esperando que esos diez minutos no se les hicieran eternos y agónicos a Adara, y no cometiera una imprudencia como la última vez.

ADARA

¡Se había atrevido a dejarme otra vez sola! Bueno no tan sola, pero él sabía perfectamente que no tenía por qué adentrarse solo en ese túnel, que a saber que peligros aguardaba. Argh, quería estrangularlo, al irritarme esa conocedora manía de arriesgarse él con todo. De la furia pasé a la inquietud, y de esa inquietud a la desazón del miedo al saber que solo había pasado un mísero minuto desde su marcha.

Ojeé a Uriel que parecía intentar contactar con los chicos, pero no hubo manera de hacerlo. Alcé la mirada sobre el oscuro agujero de arriba y tragué saliva con dificultad, dándome pavor esa gran boca negra que no auguraba nada bueno. Otra vez, bajo tierra. Mi mala suerte volvía para quedarse. Eso sí que tenía gracia pensarlo. Uriel farfulló algo guardándose el walkie-talkie y se deslizó hacia una pared, se sentó sobre el suelo e inclinó su espalda contra esa pared llena de ese mineral que brillaba.

No habíamos hablado desde que Enzo se fue, y supongo que seguirá enfadado por lo que pasó en el mirador. Estaba un poco ansiosa por tener otra oportunidad de hablar con él y que empezáramos de cero. Después de un rato meditándolo, me acerqué a Uriel.

—Estás enfadado conmigo —afirmé sintiéndome culpable de lo que le hice en el mirador.

Él me miró fijamente desde abajo con los ojos entrecerrados con un rostro helado e intimidante. Mierda. Sí, lo estaba, y mucho.

—No. Qué va —terminó por sonreír con un tono agradable y sin resentimientos. Y solté un suspiro—. Solo si me prometes no volver a hacerlo —expresó más serio.

Apreté los labios, dudando. Y él se quedó boquiabierto de mi reacción.

—Pues entonces no te perdono —sentenció con rigidez.

—Está bien. Te lo prometo —solté resignada y me senté a su lado, odiando su sonrisita ganadora.

Pasados unos segundos, comencé con un tic nervioso golpeando con la bota el suelo sin dejar de mordisquear mi labio, fijando mi mirada en la entrada del túnel. Había pasado ya un minuto. Se me estaban haciendo eternos esos nueve restantes. Como no volviera en nueve minutos iría de cabeza para buscarlo. Y que se preparara porque iba a discutir de lo lindo con él. Dejé escapar un resignado suspiro. A quien pretendía engañar, en cuanto me besara, mi malhumor por dejarme otra vez, desaparecería. Maldita sea *El efecto Enzo*. Eso estaba en mi contra.

—Matemos el tiempo —me propuso Uriel dándome un codazo para llamar mi atención.

—¿Cómo? —dije mohína.

—Pregúntame lo que quieras —me cedió claramente—. Casi no nos conocemos. Además es una buena forma de empezar a tomar en serio nuestra amistad. Así tal vez a la próxima vez te

pienses darme una patada.

Rehuí su mirada sintiéndome apenada. Él tenía razón, en nuestro primer encuentro lo recibí con una patada y no con un beso en la mejilla o un apretón de manos. Y encima recibió un segundo —esta vez— rodillazo. No tenía remedio. En realidad, no era una mala idea. Lo que me proponía era perfecto, y se lo agradecí en lo más profundo, así estaría distraída unos minutos y no estaría comiéndome las uñas sin dejar de mirar el dichoso túnel.

Esta vez no tentaría la suerte. Esta vez me quedaría quieta, esperando, a pesar de que mi propia naturaleza impulsiva me digiera todo lo contrario. No dañaría otra vez a Uriel.

—De acuerdo —murmuré pensativa—. Dame un poco de información personal.

—¿Cómo qué? —comenzó acariciándose la barbilla sumido en sus pensamientos—. Algo como: soy piscis. Tengo treinta y cuatro años. Mis padres me alejaron de mi pueblo natal por su trabajo. Heredé de ellos la aventura extrema. Aunque he bajado el ritmo un poco en estos últimos años. Poseo el setenta por ciento del hotel de mi difunto abuelo que está aquí en Irlanda. Tengo desde muy pequeñito Aracnofobia. Algo que siempre me ha irritado, pero que no puedo controlar. Serví al SAS durante seis años. Y fui a la universidad persiguiendo mi sueño de ser antropólogo. Ah, y hace poco volví de una expedición en el Everest. Una ayuda que necesitaba un colega.

Reconocí la fascinación creciendo dentro de mí. Esbocé una sonrisa.

—¡Wow! Menuda descripción detallada —dije asombrada y él se encogió de hombros de lo más modesto—. ¿Tus padres viven en Roundstone? ¿Tienes hermanos?

Él agachó la mirada dejándola ausente con un aspecto más decaído.

—No tengo hermanos. Y mis padres murieron hace mucho —su voz se volvió incómoda y tensa.

Me sentí mal. *Joder que bocazas eres, Adara.*

—Lo siento. No quería...

—No importa —me interrumpió sacudiendo la cabeza—. Fue cuando tenía quince años. Y la tutela pasó a mi abuelo que en paz descanse.

Noté en su voz un dolor que reconocía, y rápido cambié de conversación.

—¿Y eso? —señalé el colgante de su cuello. Ese que llevaba un anillo de compromiso y dos alianzas matrimoniales.

Él agachó la cabeza y advertí su brinco alarmado.

—Mierda —susurró. Y lo volvió a meter dentro de la camisa mojada con la mandíbula apretada—. Seguramente Enzo lo habrá visto. No quiero que nadie lo sepa.

Fruncí el ceño la mar de sorprendida por esa reacción. ¿Entonces por qué lo llevaba si estaba expuesto a que alguien se lo viera?

—Si conoces a Enzo, sabrás que no te preguntará nada a menos que tú des el paso de decírselo —le comenté con una sonrisa.

—Vaya, ya lo conoces más que yo —bufó, pero en broma—. ¿Y vuestra historia cómo surgió?

—Hace muchos años. Yo era un bebé.

—Oh, claro —chasqueó los dedos al darse cuenta—. Las ocasiones en las que volvía a Roundstone para quedarme unos días, escuchaba hablar de ti. Ya tenías atrapado a Enzo desde que era un niño.

Me sonrojé bajando la mirada.

—Es un hombre bueno. Lo sabes, ¿verdad?

Alcé levemente la cabeza para mirarlo.

—Claro que lo sé —respondí con rapidez sin entender a qué venía eso.

—Y que puede que sea terco como una mula, autoritario, gruñón, mandón, inflexible y todo lo que irrita a una mujer, pero no hay otro como Enzo. Veo la forma en cómo te mira y dios bendito —alzó los brazos hacia arriba en un acto divino—. He esperado años para verlo feliz. Mira lo que ha hecho. Se ha tirado contigo sin pensarlo. ¡Está loco! —reí con él animada de ver como hablaba de Enzo con tanto cariño—. Pero loco de amor. Así que solo te pido una cosa —una particular sonrisa se concentró en sus labios—. Cólmalo de la más absoluta felicidad cuando salgamos de la isla.

Alcé una mano toda emocionada.

—Prometido —me quedé mirando su pecho, indagando con una morbosa curiosidad que no me dejaba tranquila—. ¿Estás casado?

—¿Lo dices por esto? —señaló el colgante dentro de su camiseta marrón, intentando que no pareciera tan importante. Y asentí curiosa—. Es un tema peliagudo.

—Solo di sí o no —lo intenté de nuevo con una sonrisa—. No te incordiaré más. Además, te recuerdo que me dijiste que te preguntara lo que quisiera.

Él inspiró hondo poniendo los ojos en blanco y aceptando lo que me prometió.

—Sí, pero estuve casado —rectificó mis pensamientos y clavó la vista en el suelo quedándose callado, luego de unos segundos inciertos, sacudió la cabeza como si hubiera despertado de un recuerdo, y carraspeó saliéndole una voz ronca—. No quiero recordar algo tan doloroso como eso. Es una historia sin futuro.

Se levantó y se dirigió a la entrada del túnel tomando el walkie-talkie para contactar con los demás. Lo miré entristecida. «Estuve casado». Qué triste sonaba eso. ¿Qué habrá pasado en su matrimonio para que fracasara y él se sintiera desdichado y desolado? Parecía un buen hombre, con una personalidad muy propia, amable, algo alocado y muy paciente —y eso lo sé de primera mano—, pero que acabara mal su matrimonio me encogía el corazón.

Agaché la mirada hacia los anillos de mi dedo, perdiéndome en mis pensamientos.

«Es una historia sin futuro». Las palabras de Uriel resonaron en mi cabeza. El futuro. Parecía para mí ahora tan nubloso e incierto. Tan aterrador. Por estar atrapados en la isla Williams. Perseguidos por un maniaco...

Cerré los ojos con fuerza y me dije una vez más que no sería pesimista, y que saldríamos de esta. Al menos me calmaba algo hacerme ilusiones. Sé que Enzo y yo no habíamos hecho planes de futuro. Pero a su lado veía un futuro tan abierto de horizontes, tan transparente y prometedor. Después de nuestra luna de miel yo abriría mi repostería en Roundstone y él tenía planeado trasladar Horizon Price a Dublín para tener su trabajo más cerca. Toqué mi vientre con una sonrisa. Y tal vez cuando todo estuviera normalizado y estable, tener un hijo. No estaba del todo segura de sentirme preparada para ser madre ahora; al comienzo de nuestro matrimonio. Y creo que Enzo tenía los mismos pensamientos. No habíamos hablado abiertamente de niños, —solo una vez y fue una conversación poco reveladora—, pero una semana antes de la boda hubo ciertas preguntas que me surgieron y que me sentí en la obligación de hablarlas con él.

Me sumergí en ese recuerdo perdiendo la noción del tiempo.

Enzo y yo nos encontrábamos en su despacho en la mansión Price, eligiendo las flores que decorarían las mesas de los invitados.

—¿Enzo, tú quieres niños?

Él levantó la cabeza mirándome con las manos apoyadas en la mesa.

—¿Es una pregunta trampa para espantar al novio? —preguntó divertido.

Tragué saliva al ver que no me la contestaba.

—¿Huirías?

—Claro que no —rodeó la mesa y se quedó frente a mí con una sonrisa que hizo brincar mi corazón—. Y claro que quiero tener niños.

—Pero que pasa si... —no sabía cómo seguir y me quedé en silencio. No sabía cómo abordar el tema y no producirle dolor.

—A ver —me hizo un gesto de que me levantara, lo hice y él se sentó en la silla arrastrándome hacia su regazo, rodeando mis brazos por su cuello. Rozó su nariz con la mía y me miró con esos ojos grises hechizantes—. ¿Qué pasa por esa cabecita tuya que te tiene tan ausente y preocupada?

Torcí levemente la cabeza frunciendo los labios nada segura.

—Es un tema que me da miedo tocar.

Enzo estudió mi expresión durante un buen rato.

—El Alzheimer que padeció mi madre —su distinguida voz melancólica me hundió haciéndome sentir un ser horrible—. ¿Es eso?

—Sí. Y lo siento por sacarte el tema —dije suspirando al sentirme presa de los nervios, surcando mis dedos por su rostro con una expresión de; «perdóname lo tonta que soy»—. ¿Cómo lo sabes?

—Ayer por la noche te quedaste dormida con el portátil encendido —me confesó y puse los ojos en blanco por no haber sido más precavida. ¡Tonta!

Esperó paciente.

—Leí sobre ciertos temas, sobre todo el Alzheimer familiar precoz, que se hereda, y no quiero... no —me aclaré la garganta al sentir como se me formaba un nudo, otra vez perdiéndome en las palabras—. Yo no...

Me rodeó la mejilla con la mano con un brillo de ternura en sus ojos.

—Yo tampoco querría tener hijos si supiese que heredarían ese por ciento. Es doloroso. Pero no podría vivir con ello. Y siempre tendríamos la opción de adoptar —adivinó mis pensamientos y fue como sentir, que un gran peso que aplastaba mi pecho, se esfumara.

Le sonreí tímidamente y le devolví la caricia, rozando mi nariz con la suya. Tenía tanta suerte de tener a un hombre tan comprensible y amoroso como Enzo.

—Creo que esto es culpa mía por no aclarártelo en su momento —se culpó chasqueando la lengua y no le entendí—. El doctor Morgan revisó los expedientes clínicos de la familia Kingsley, y por seguridad la de los Price. Y no había antecedentes de Alzheimer en ambas familias. Como él me dijo en su momento. Muchos confunden el Alzheimer de inicio precoz con el Alzheimer familiar. Qué no es mi caso.

—Pero tú te hiciste una prueba —dije aturdida.

—Así es. Mi madre la exigió. Aunque Morgan le asegurara mil veces que no era genético.

—¿Entonces no hay posibilidades de que nuestros hijos hereden un cincuenta por ciento?

Sonrió con complicidad y sé que fue al mencionar «nuestros hijos».

—No tendría que ser el caso. Pero si quieres le pido cita al Doctor Morgan y que nos hable del tema. Es más, le voy a marcar —tomó el teléfono de la mesa marcando el número.

—¿Por qué me lo pides si luego lo vas a hacer sin esperar mi respuesta? —exclamé sorprendida.

—Para aclararte las dudas. Te he dicho que quiero niños, pero no te he dicho para cuándo —me guiñó un ojo y me quedé embobada ante el maravilloso hombre que me tenía en su regazo.

El recuerdo se evaporó de mi mente por culpa de los temblores de mi cuerpo. Me froté los brazos al sentirme helada, oyendo como me castañeaban los dientes por el frío en el que se sumergía mi cuerpo por culpa de estar mojada. El doctor Morgan me explicó con detalles sobre lo que investigué, de lo que era erróneo y lo que era cierto, y me aseguró lo mismo que me dijo Enzo ese día.

Un hijo de Enzo. Eso suena tan hermoso. Pensé con una sonrisa más ancha.

—¿Y esa hermosa sonrisa a qué viene?

Escuché una voz y alcé la mirada viendo a Enzo delante de mí.

—Mi amor —expresé emocionada al verlo. Él se agachó y me plantó un beso en los labios sintiendo como el frío de pronto se evaporaba y calentaba mi piel—. ¿Estás aquí?

—Como prometí. Diez minutos. Es un túnel extenso, no sé dónde lleva. Cuando he vuelto, Uriel se ha ofrecido rápidamente a investigarlo del todo. Estaba extraño —lancé una mirada preocupada hacia allí. Seguro que eso era mi culpa. Seguro que se sentirá mal, porque habrá revivido algo doloroso. Mierda, ¿por qué tuve que incordiarle con ese tema de su fallido matrimonio? Enzo se extendió sobre el suelo y dejó su cabeza reposando sobre mis muslos, mirándome con una mirada que me quitaba el aliento—. A ver, dilo otra vez.

—¿El qué? —quise saber.

—*Mi amor* —me rogó con una voz sexy—. Suena delicioso de tu boca. Y me dan ganas de comerte a besos.

Mi cuerpo ardió intensamente. Ay Dios. Intenté que no notara cuanto me había gustado eso.

—Ah no. No te lo mereces —repliqué pretendiendo sonar enfadada, pero no me salió.

—Yo creo que sí —comenzó a subir su dedo por mi chaqueta húmeda y reí apartándolo al ver sus intenciones—. ¿Por qué sonreías?

—Pensaba en nuestro futuro. En niños —murmuré esto último pendiente de su reacción.

—Oh ya —dijo, y viajó su mirada brillante hacia abajo—. Puede que empiece a incordiarle con ese tema en un par de años —asentí aceptándolo. Un par de años no estaba nada mal. Él se acercó más a mi vientre, haciendo círculos con el dedo—. O en un año —lo miré con una ceja alzada al ver su expresión pícaro y llena de deseos—. O en un mes.

Abrí los ojos como platos. ¡*Qué!*

Casi estallé en una carcajada nerviosa.

—¿Un mes?! —Enzo sonrió ante mi reacción—. Eso es relativamente poco. De eso nada.

—Ha sido tu culpa —me quedé boquiabierto de su acusación y sonrió más—. Acabo de imaginarte embarazada. Con mi hijo, nuestro hijo —posó su mano sobre mi vientre, y fue como si su alma se abriera más conmigo—. Ver y sentir como tu vientre irá creciendo día a día. Imaginarlo ha sido un sentimiento hermoso.

Mis ojos se iluminaron tras sus palabras. Me derretí de la cabeza a los pies mirándolo con adoración. Pero su expresión se quedó más seria sin dejar de mirar mi vientre.

—¿Crees que sería un buen padre?

El corazón me dio un vuelco al escuchar su tono inseguro y lleno de temores. Me aferré más a él y no pude más que mostrarle una tierna sonrisa, paseando mi dedo por esa barbilla tan varonil llena de una incipiente y pinchosa barba.

—El mejor de todos —musité al quebrarse mi voz de la emoción, sintiendo mis ojos húmedos—. No conozco a ningún hombre más bueno, tierno, cariñoso y demasiado protector en el mundo.

Su carcajada iluminó mi rostro.

—Sobre todo con la futura mamá —aceptó con una voz posesiva.

—Sobre todo conmigo —reafirmé señalándome.

Nos miramos a los ojos. Y ahí estaba. La conexión. El amor. La ternura. El deseo. La paz que sentía con él a pesar del caos que me rodeaba. Me hizo una señal con el dedo índice todo seductor para que me acercara, y con una risita, incliné mi rostro y atrapó mi boca con la suya en un deseo voraz. Me perdí en su forma tierna de besarme, de mimarme con cada caricia. Dominada por el deseo, por el fuego. Aunque me dieran mil pataletas, aunque me enfadara mil veces con él, entendía esa férrea protección hacia mí. Enzo lo había perdido todo en la vida, y si me perdiese a mí, acabaría por destruirlo. Y eso no estaba dispuesta a permitirlo.

—Soy yo, ¿o me has perdonado por dejarte aquí en esos diez minutos? —susurró contra mis labios acariciándome con su cálido aliento.

Gemí porque no había manera de enfadarse con él.

—No estaba enfadada contigo, señor Price. Un poco mosqueada, pero eso es todo —le confesé seducida por su magnetismo.

Sonrió contra mis labios, más avivado, y echó un vistazo al oscuro agujero de arriba. De pronto, sentí como tensaba sus hombros y se levantó quedándose sentado a mi lado con una expresión intranquila. El silencio envolvió nuestro espacio y me sentí temerosa.

—¿Qué ocurre? —me preocupé.

—Tenemos que hablar —me miró a los ojos—. Es algo muy serio que no puedo dejar pasar ni un minuto más.

Permanecí sin aliento ante su respuesta.

CAPÍTULO 22

ENZO

Se tomó un momento para procesar todo lo que le dije. Y no tardó en perder el color de sus mejillas, en dejar sus ojos desorbitados como si lo que dije hubiese conseguido enmudecerla.

Había dejado a Adara helada. Tanto, que llegó a preocuparme. Le confesé todo. No podía ocultárselo más. Y ahora me daba cuenta de que no había sido el mejor momento para contárselo. Luego llegaron las lágrimas, esas malditas lágrimas que no eran de felicidad y que siempre hacían un agujero en mi corazón.

—No. No —comenzó a sacudir la cabeza, destrozada—. Es imposible, Enzo. No puede ser. ¡Dime que no es cierto!

Mi pecho se oprimió al verla en ese estado. *Ojalá pudiera negarlo*, quise decirle.

—Adara —la tomé de los brazos intentando que hallara la calma—. Tranquila.

—¿Cómo tranquila? Me acabas de contar que Berenice se suicidó. No puedo estar tranquila. No —sacudió la cabeza, balbuceando—. Eso es imposible. Me niego a creerlo. No. Ella no lo hizo.

—Mi bisabuelo también no lo creía posible. Y yo también lo pienso. Pero si el mar nunca devolvió su cu... —mis palabras se atascaron en mi boca y el golpe fue directo a mi estómago, retorciéndome ante el recuerdo que asoló mi mente. Era como un cuchillo que me atravesaba y no dejaba de recordarme ese amargo recuerdo. *No. Ahora no*. Supliqué desgarrado.

—¿Enzo? —me llamó, y sus delicados dedos recorriendo mi mejilla me trajeron de vuelta—. ¿Qué ocurre? —se alarmó.

—Nada —hice un sobreesfuerzo humano por recuperarme y volver a la conversación anterior—. Nunca hallaron el cuerpo y encontraron una nota de suicidio en su habitación.

—Sigo sin creerlo. ¿Y sabes lo que creo? Qué la mataron. Fue asesinada. Es eso. Seguro —comenzó a decir para sí misma, paseándose—. Te juro que cuando la vuelva a ver se lo preguntaré.

—Corremos el riesgo de que desaparezca para siempre —le advertí no muy de acuerdo con su idea.

—Necesito hacerlo. No puedo vivir con esta angustia de si lo hizo o no —se quedó callada durante unos segundos con una desazón que bañaba su rostro—. ¿Puedo verlo? —señaló hacia mis bolsillos y sé que se refería al diario. Asentí aceptándolo y metí la mano en el bolsillo. El diario estaría calado y esperaba que no estuviera más estropeado de lo que ya estaba. Mi mano tocó el fondo del bolsillo y fruncí el ceño al no encontrarlo. Tanteé el otro bolsillo mojado y metí la mano. Nada. Solo estaba el bote de pastillas. Tenía el walkie-talkie. El bote. ¿Dónde cojones estaba el diario? ¿Y el arma?

—¿Qué? —saltó ella al ver mi cara.

—Mierda —exhalé y me giré hacia la poza mirando por encima el agua turquesa. Sin pensarlo, me tiré oyendo la voz ahogada de Adara llamándome. Abrí los ojos bajo el agua clara, estaba condenadamente helada, pero la visibilidad y la luz del mineral me permitían buscar al fondo de la poza.

Buceé sin parar durante más de dos minutos aguantado la respiración, sin ver el maldito

diario. Solo encontré el arma al fondo, pero ni rastro del diario. La voz de Adara se hizo un eco grueso bajo el agua y subí a la superficie respirando con dificultad, acercándome a la orilla.

—¿Pero qué haces! —me regañó agachándose—. ¿Qué ocurre?

—He perdido el diario —hablé con el aire atascado en mis pulmones y con las manos apoyadas en la tierra.

—¿Y por eso te tienes que tirar como un loco al agua?

Me puse de pie de un salto, malditamente enfadado conmigo mismo, guardándome el arma.

—Lo he perdido, maldita sea —sacudí una mano notando como las gotas del agua no paraban de deslizarse por mi cuerpo, sintiendo el frío penetrando en mi piel. Me rebané los sesos. ¿Cuándo? ¿Cuándo fue que lo perdí?

Y mi mente lo encontró. Joder. ¿Fue cuándo corrí para detener a Burke? Se me perdió allí arriba, en esa salvaje y amazónica selva. Miré con ironía hacia arriba maldiciendo a todos los dioses. Posiblemente lo habré perdido para siempre. Porque volver a ese lugar era casi improbable.

—¡Mierda! —bramé intentado no dar puñetazos contra las paredes mineralizadas de azul.

—No importa. Yo confío en lo que me dices —intentó tranquilizarme.

Me sentí bien cuando dijo eso. Porque que me diera su total y leal confianza era algo muy valioso para mí. Así cuando también me dijo por primera vez «te amo». Era algo por lo que me sentía bendecido, dichoso, y guardaba y atesoraba cada día de mi maldita vida.

Hice una mueca de desilusión.

—No es eso, Adara —traté de decirle—. Era el diario de mi bisabuelo. Algo que debería haber guardado con más celo.

¿Y si había algo más de información que necesitábamos?

Se quedó callada mordisqueándose el labio, arrugando la frente. Transmitirle mi preocupación era lo que menos quería ahora mismo. Aún notaba como su cuerpo rezumaba frío, como por interludios temblaba porque no lograba calentarse y sus ropas húmedas eran las causantes de esos temblores. Maldita sea.

—Busquemos a Uriel. Y salgamos de aquí —le sugerí tendiéndole mi mano.

La mano de Adara aterrizó sobre la mía y sentirla helada me hizo odiarme. Le froté la mano, con firmeza y suavidad para calentarla, no la recliné sobre mi cuerpo porque yo estaba más empapado que ella y era lo último que le faltaba. Mojarse el doble. Ella siguió con una mirada iluminada mi gesto de calentar su mano, tomando también la otra para hacer lo mismo. La froté con suavidad y exhalé aliento sobre su piel fría. Suspiró bajito, ladeando una sonrisa.

—Voy a tener que calentararte —le dediqué una gran sonrisa.

—¿Y cómo lo harás, señor Price? —su voz ardiente me dio una sacudida.

Sus ojos estaban llenos de juego y seducción, y diablos, me gustaba eso.

—Oh Dios Adara, dime que no me estás pidiendo hacerte el amor aquí —le imploré con un rostro perpetuo.

Su risa me iluminó el corazón.

—No. Creo que no soy tan atrevida —aceptó divertida—. Tenemos compañía. Pero... —alcé una ceja con los ojos llameantes por ese «pero»—. Lo haría sin pensar si no tuviéramos esa compañía. ¿Entiendes?

Tragué saliva con trabajo. Adara sabía mil formas de ponerme caliente aun cuando mi cuerpo emanaba frío.

—Vamos, antes de que piense en todas las ventajas que me da este lugar para hacerte el amor

—apreté su mano con suavidad y ella rió apoyando su cabeza contra mi hombro, gustándome como sus mejillas se sonrojaban.

Caminando hacia la entrada del túnel, apoyó su barbilla en mi hombro mirándome apenada.

—Lo siento —sé que hablaba del diario.

—No tiene importancia. Solo espero que algún día pueda recuperarlo —me deslicé con ella hacia el túnel.

Fueron diez minutos de un incesante túnel alargado que no tenía fin. Casi llegamos al extremo donde me quedé yo cuando nos encontramos a Uriel. Nos informó que el túnel era más largo de lo que se había imaginado, y que había un punto donde se abría en dos direcciones, con una placa en el muro mineral del medio que decía:

—*Elige tu destino* —las leyó Adara con un estremecimiento, mirándonos—. ¿Qué quiere decir?

¿Otra ve estas chorradas? Esto estaba empezando a cansarme. De verdad. Nada de esto era bueno. Presagiaba todo lo contrario. ¿Por qué está isla tenía que tener un mecanismo de acertijos que solo te complicaban más el avanzar?

—Derecha o izquierda. Es uno de los dos caminos —dije.

—Podemos hacer una cosa. Yo me iré por la izquierda y vosotros por la derecha.

—No nos separaremos —dijimos a la vez Adara y yo al oír a Uriel.

Él nos observó con una sonrisa divertida.

—Agradezco la preocupación. Pero he salido de peores. No voy a discutir —Adara abrió la boca para replicar y Uriel rehistó—. No eres mi madre, Adara. Yo elijo la izquierda. Uno de los dos caminos llevará a la salida y necesitamos encontrarnos con los demás. Esos cabrones seguramente estarán más cerca de lo que pensamos. Y no lo niego, me encantaría patear culos —soltó muy jocosamente y se fue deslizando por la izquierda. Adara me miró dándome un tirón en la camiseta para que lo detuviera.

Eso era imposible. Cuando Uriel tomaba una decisión. No había Dios que le hiciera cambiar de parecer.

—¡Eh! —lo llamé y él se giró—. ¿Estás seguro? —me puso cara de malhumorado, pero con una sonrisa de «no hay problema»—. Estate atento a tu walkie-talkie —le señalé con autoridad.

—Sí, papá —bromeó, y no tardamos en perderlo de vista, quedándonos solos.

—¿Por qué tenemos que separarnos? —me dijo Adara prestándome atención—. ¿Y si él elige el camino malo?

Enarqué una ceja.

—¿El camino malo?

—Sí —empezó a decir preocupada—, en las películas siempre hay un camino que es el malo. El que lleva a todos los peligros posibles de muerte.

—¿Y si es el nuestro? —dejé caer.

Sus ojos se achicaron y quise corregirme porque lo último que quería era infundirle miedo.

—Tengo la pistola —le di un toquecito para que la mirara.

—Él no tiene un arma —replicó.

—Sabe defenderse —le aseguré.

—¿Ah sí? —noté una chispa de sarcasmo en su voz poniendo las manos en su cintura—. ¿Si le vienen diez tíos armados podrá con ellos? ¡No es Hulk!

Joder. Había conseguido infundirme mayor preocupación de la que ya tenía por Uriel. Perdí mi

mirada en esa dirección. Dejarlo solo no había sido una buena idea. Pero ese hombre era tan terco; más que yo. Sé que él amaba la adrenalina, la aventura, los peligros. ¿Pero cuándo se dará cuenta de que su suerte podría cambiar? Solo sabía una cosa, algo que mantenía con firmeza en mi mente. Qué no iba a perder a ninguno de mis amigos en la isla Williams.

—¿Lo seguimos? —le mostré una sonrisa dulce haciendo el amago de ir hacia la izquierda y ella me detuvo agarrándome de los brazos. Soltó un suspiro negando finalmente al saber que eso enojaría a Uriel—. Te preocupas mucho por Uriel y eso que apenas lo conoces —fruncí el ceño, pensativo—. ¿Ha pasado algo que yo deba saber cuándo me ausenté?

Ella abrió la boca bañada por la exasperación.

—Estás insinuando... —su voz estaba enmascarada de sorpresa e indignación y una chispa de rabia.

—Para nada, cariño —le corté al interpretar mal mis palabras con una voz firme y seria. Claro que no estaba insinuando si había pasado algo íntimo entre ellos. Por el amor de Dios, es que ni siquiera lo imaginaba. Confiaba plenamente en mi mujer. Y confiaba en mi amigo—. Nunca se me pasaría por la cabeza. ¿Me oyes?

Ella cerró los ojos un instante, aliviada, y se fijó en un punto de mi camiseta, en un hilo suelto que empezó a enrollar en su dedo.

—Sí que pasó algo —me quedé a la espera—. Qué ahora lo conozco un poco más. Es un buen hombre y no merece que lo dañen más.

Vale. Lo captaba. Algo sabía Adara que yo no. Pero demonios, me estaba dando celos que se preocupara por él de esa forma tan cálida y tierna. Era una desagradable sorpresa, ya que no tendría por qué sentirme así hacia mi amigo.

—¿Vas a contármelo? —le pedí después de unos segundos de silencio.

—No —dio un paso hacia atrás con una rebotante firmeza—. Definitivamente. Lo poco que me ha confesado me lo guardo para mí —y se deslizó hacia la derecha sin decir más.

Tardé dos segundos en recuperarme de mi asombro, viendo como contoneaba sus caderas siendo inocentemente provocativa, alejándose, y la alcancé en tres zancadas poniéndome a su lado.

—No puedes decirme eso y esperar que me quede callado —le argumenté.

No me respondió los primeros segundos, sonriéndome por mi curiosidad.

—¿Te has fijado en su colgante? —pronunció.

—Evidentemente.

Se lo había visto en un par de ocasiones. ¿Pero qué con él?

—Pues va de eso.

—Oh —alcé las cejas dándome cuenta al fin. No. Tenía que ser imposible. Es verdad que me dio en lo que pensar cuando le vi el colgante con las alianzas. ¿Pero Uriel casado? Eso era imposible. ¿Cuántas veces me dijo que el matrimonio era una de las cosas que más apestaban en el mundo? Además, si así fuera, ¿por qué no me dijo nada?, ¿por qué no me presentó a su «supuesta» esposa? ¿Ni siquiera se dignó a darme su nombre?

No hablamos más del asunto de ese colgante. Más que nada porque Adara decidió atarse a su promesa, y aunque lo hubiese suplicado, sé que no hubiera conseguido sonsacarle más. Pero sí era cierto que me había tomado por sorpresa. Uriel no podía estar casado, porque lo primero que me pasó por la cabeza cuando vi esos anillos fue que esas alianzas eran de sus padres, que las llevaba en memoria por ellos o algo así. ¿Pero Uriel casado? ¡Venga ya! No eran de los que se casan y sientan la cabeza. Antes la tierra se partiría en dos. ¿Cuándo habrá cambiado de pensamientos?

El túnel seguía siendo un laberinto de trechos y curvas interminables. El silencio que a veces nos acompañaba. O el incesante ruido de nuestros pasos caminando por la tierra, no era nada tranquilizador. Era consciente de que este túnel repleto de euclasa había sido creado con un propósito. No sé cuál. Y no saberlo, me tenía en una constante crispación.

De pronto, un helado susurro inaudible se posó sobre mi nuca y un espasmo me recorrió el cuerpo, deteniéndome. Me froté la nuca y me giré abruptamente. Detrás no había nada.

—¿Qué ocurre? —me preguntó al verme inquieto.

Esperé unos segundos más. Solo se escuchaba un inquebrantable silencio.

—¿Lo has oído?

—¿El qué? —añadió.

—Un susurro.

—No —se encogió temerosa mirando alrededor—. ¿Lo escuchas ahora?

Negué con la cabeza seriamente. Joder, ¿es que me estaba volviendo loco?

No di más de cinco pasos cuando el sonido de un estruendo explosivo que hizo temblar los cimientos del túnel, logró que me pusiera en alerta, deteniéndome otra vez de golpe, sintiendo como Adara se agarraba a mi brazo conteniendo la respiración.

—¿Qué ha sido eso? —susurró ella.

Sobresaltado, contemplé el túnel. No sé si lo que vislumbraba al fondo eran unas escaleras o que mi imaginación seguía dándome malas jugadas.

El estruendo volvió a arremeter con fuerza y una arenilla del techo se deslizó sobre nosotros. Si seguían así, puede que este túnel se derrumbara. Y nosotros estábamos en él.

—Es como si intentaran tirar algo —llegué a la conclusión—. ¡Vamos!

Tomé su mano con firmeza y nos deslizamos por el túnel. Me detuve un momento al ver con claridad unas escaleras de madera que ascendían hacia otra zona de estos subterráneos. Las evalué rápido al no fiarme ni un pelo de su estado actual. Estaban corroídas por la humedad y varios de los escalones estaban quebrados. Vacilé en subir o no. En seguir o volvernos. Pero fue Adara la que tomó la iniciativa de subir diciéndome que no pasaría nada, sin poder detenerla, escurriéndose entre mis manos. La seguí apresurado maldiciendo una vez más esa temeridad suya que lograría algún día que me diera un infarto.

Al llegar arriba, de pronto, una silueta de ropajes oscuros se cernió sobre nosotros. Adara pegó un grito balanceándose hacia atrás del susto y mis brazos se encadenaron rápidamente en su cintura, llevándola hacia mi cuerpo antes de que rodara escaleras abajo.

La puse contra mi pecho llevándome un susto de muerte. Mi corazón estaba frenético. El de Adara también. Y le mandé una mirada asesina por aparecerse así de repente casi provocando un accidente.

—¡Berenice! —gritó ella.

—Os estaba buscando —expresó preocupada mirándonos—. ¡Habéis entrado por unas de las entradas más peligrosas! —nos reclamó enojada.

—Nos va la aventura —le guiñé un ojo a Adara y ella intentó no sonreír manteniendo su atención en Berenice.

Y sin vacilación mi mente volvió al comentario de Berenice. Me quedé pensando en ello.

—Espera —medité—. ¿Por aquí se va a la biblioteca de Tymora?

—Sí. Y hay otras entradas menos peligrosas —remarcó como reprimenda—. Intenté guiar al resto por una entrada mejor, gracias a que Da... quiero decir Burke, me ve —nos explicó.

Ahora entendía lo que ponía en irlandés antiguo en esa piedra ovalada de allí arriba. Caer por

la plataforma de hielo era una manera de acceder hacia los subterráneos y de esa forma llegar a la biblioteca de Tymora. Y no me cabía duda de que la autora de ese escrito era la propia Tymora.

—Yo solo quiero saber algo —saltó Adara de repente.

La miré. Oh no.

—Adara creo que no es el momento adecuado —le aconsejé susurrándoselo.

—¡Lo es!

—¿Qué pasa? —nos preguntó a ambos con una sonrisa inocente al vernos así.

—¿Te suicidaste? —le soltó de sopetón.

Mi mujer no era de dar rodeos. Iba directa al grano. Estudié cada centímetro del rostro pálido y sin vida de Berenice. Cada detalle que me transmitiera algo.

Se quedó perpleja mirando a Adara.

—¿Qué has dicho? —tartamudeó más pálida rehuyendo de su mirada.

—Ya me has oído, Berenice. Enzo leyó en el diario de su bisabuelo que tú te suicidaste en el mar. Ahora quiero saberlo de ti. ¿Es cierto? ¿O te asesinaron y te hicieron pasar por muerta?

Ella la miró de pronto con los ojos abiertos como platos, retorciéndose de dolor. Se llevó una mano al pecho, masajeándose con fuerza, con el rostro angustiado. Me tensé. Eso significaba que gritaría.

—Adara. Detente —le pedí al ver que Berenice no se encontraba bien.

—Solo quiero saber...

—¡No lo sé! —Berenice le impidió seguir alzando la voz—. No... no —se llevó una mano a la cabeza tartamudeando—. No. No lo recuerdo.

Ahora sé cuándo mentía Berenice. Creo que lo sé desde hace un tiempo. Cuando tartamudeaba dejaba un franco abierto de su *vulnerabilidad* y nerviosismo que no era capaz de controlar. Adara me digirió una mirada indignada porque no soportaba que Berenice mintiera a estas alturas. La entendía. Desde que descubrió sus orígenes estaba hecha una maraña de dudas. Y ya no podía más. Su cupo de dudas y preguntas sin respuestas había rebotado hasta reventar.

—Sí lo recuerdas —insistió acorralándola. Ella la acechó con cuatros pasos, que Berenice restó hacia atrás con un rostro asustado. *Mala idea cariño*, pensé. Adara estaba fuera de control y lo peor es que no tenía pensado echar el freno—. ¿Y sabes lo que creo? Qué te hicieron pasar por muerta. Te asesinaron. Esa carta que encontró tu hermano Hill en tu habitación sería falsa. Alguien te quería muerta, ¿verdad? Tú debes saber dónde está tu cuerpo. ¡Claro que lo sabes!

—¡No! ¡Cállate! —se tapó los oídos con sus manos sacudiendo la cabeza frenéticamente, pasando una emoción tras otra por su rostro—. No quiero escucharte. Sé dónde está mi cuerpo. ¿Pero para qué? Ya nada se puede hacer. Ella no me lo concede —se inclinó hacia adelante y el grito que metió retumbó con tanta fuerza en las paredes del túnel, que me tapé los oídos cerrando los ojos, inclinándome por el dolor que me atravesó al no poder soportar la presión en los tímpanos, imitándome Adara.

Cuando cesó, abrí los ojos contemplando la silueta de Berenice corriendo por el túnel, y de pronto, se esfumó en el aire, perdiendo posiblemente una oportunidad viable de salir de aquí sin más problemas. Exhalé con fuerza. Dios, quería regañar a Adara por no haberse contenido, porque había otras prioridades delante de sus inquietudes. Pero qué demonios, no pensaba reprocharle nada a algo que merecía saber. Aunque no fuera el momento más oportuno.

Adara hizo el amago de adelantar un paso, pero no lo hizo, viendo como su expresión denotaba ansiedad y dolor.

—Mierda —farfulló Adara.

—Te lo dije —le advertí en un suspiro.

—Necesitaba...

—Lo sé —le interrumpí con suavidad, entendiéndola. Rodeé su cintura con mi brazo poniéndola contra mi cuerpo, mientras con la otra mano barría las lágrimas que le caían por sus mejillas—. Pero la has asustado. Yo también estuve tentado a preguntarle anoche, pero sabía que se marcharía y que yo me quedaría sin respuestas.

Ella apoyó su frente contra la mía unos segundos, intentando recomponerse.

—¿Qué ha querido decir que ella no se lo concede? —indagó confusa.

—Mejor di: Qué es lo que Tymora no le concede —modifiqué secamente al recordar a esa insufrible y misteriosa mujer.

Y sucedió algo extraño. Me perdí, quedándome ausente. Porque algo me estaba dando golpecitos en mi cabeza como si quisiera salir, y era insufriblemente molesto. Era algo referente a Berenice. Parecía acaparar toda mi intención ahora. Y entonces sucedió. Fue como una revelación. Un recuerdo lejano se coló entre todos y tomó el primer puesto, dándome cuenta de algo que había dejado pasar en su momento por el dolor y la desolación que me consumían. Recordé esa noche en la que Berenice me llevó a la mansión —después de pasarme horas frente a la supuesta tumba de Adara—, y casi me confiesa que Adara estaba viva. Iba a saltarse las normas que no le permitían decírmelo, solo para hacerme desaparecer el dolor que me estaba destrozando, y que encontrara a Adara. Pero no era eso en lo que mi mente se concentró, destapando en velo nebuloso que lo había tapado durante días.

«Se acabó. Tienes que saberlo. No puedo verte así. No lo mereces. Aunque ella me niegue la vida para siempre, tienes que saberlo...»

Sus palabras revolotearon sobre mi cabeza dejándome inerte por el impacto. *«Aunque ella me niegue la vida para siempre»*. Susurré una y otra vez en mi mente. Fue en esas palabras que me concentré apreciando su significado.

Joder.

—¡Dios mío! —me llevé las dos manos a la cabeza, turbado, confuso, asustado.

—¿Qué?

Giré mi cabeza hacia ella que me miraba impresionada por mi descompuesto rostro. Necesitaba tomar bocanadas de aire antes de soltarle lo que ella me dijo esa noche. ¡Cómo no caí! ¡Cómo pude pasar de lo que me dijo! Lamentaba profundamente no haberme dado cuenta antes.

—Berenice me dijo que Tymora... —intenté mantener una voz firme y clara, y me fue imposible. Sacudí la cabeza, aturdido—. Mejor te diré lo que me dijo la noche que intentó decirme que tú estabas viva —ella asintió, atenta—. Fueron estas palabras: *Se acabó. Tienes que saberlo. No puedo verte así. No lo mereces. Aunque ella me niegue la vida para siempre, tienes que saberlo.*

Adara se quedó muda, conmocionada. Me asustó su forma de quedarse como una piedra. Pero sus ojos no tardaron en brillar asomando en sus labios una sonrisa.

—¡¿Ves?! Te lo dije —le tembló la voz por la emoción—. Yo sentía que estaba viva. Dios mío, si te dijo eso es porque hay algo que se puede hacer por ella. Tal vez Tymora tiene su cuerpo. Tal vez no murió del todo. Tal vez la tiene en un estado de sueño o que se yo. Mira nuestro alrededor, nada de esto es normal —empezó a reflexionar caminando de un lado para otro con una voz cargada de esperanza y vida.

Me gustaba verla así, llena de ilusiones y esperanzas, pero no quería ser yo quien rompiera sus sueños. ¿Y si no esquivábamos? ¿Y si en realidad solo era una quimera y Berenice solo estaba

esperando ayudarnos a salir de aquí y luego descansar en paz? Adara no solo se llevaría una decepción, sino un devastador dolor que tendría que soportar durante toda su vida. Y yo también.

—No saquemos precipitadas conclusiones —intenté sonar objetivo al ver sus ojos llenos de ilusión, y ella me miró ceñuda—. Tenemos que averiguar que fue de su cuerpo y por qué me dijo eso. Vamos a buscarla.

Ella estuvo de acuerdo y nos apresuramos a seguir por el túnel buscando a Berenice. Tal vez —aunque se esfumara delante de nosotros— estaría rondando aún por aquí intentando controlar sus emociones y no gritar. No obstante, me turbaba no oírla y puede que sí se marchara de estos túneles subterráneos.

—¡Enzo! —me llamó.

Adara no estaba corriendo a mi lado. Y me frené con los pulmones ardiendo, volviéndome con determinación, la vi parada y fatigada con sus ojos fijos en algo. Regresé a su lado mirando lo que ella. ¿Cómo no lo vi?

Había una parte de la pared llena de euclasa, abierta, daba paso a otro lugar oculto por la oscuridad, esa entrada no formaba parte de la naturaleza de este lugar. Utilizaron explosivos en esta parte, tras ver que no estaba hecha por la naturaleza, y como unas grietas y agujeros a los lados de la entrada denotaban su imperfección por abusar tanto de los explosivos. Clavé la vista en el suelo, observando cientos de trocitos de minerales esparcidos por el suelo que dejaban claro que esta entrada había sido abierta con un propósito. La boca que se abre en esa pared era profunda, pero no podía calcular la distancia porque todo lo cubría un manto de oscuridad estremecedor. Y sobre todo emanaba peligrosidad. Inspeccioné el suelo del túnel encontrando las huellas de un par de vehículos.

Tal vez de unas motos o unas quads. Y llegué a la conclusión de que por aquí habían pasado Tommy y sus hombres. Mierda.

—Esto tiene tiempo —dos o tres horas como mucho—. Pero han tirado la pared con explosivos —afirmé seguro.

La grieta de diez centímetros que había sobre el techo y que parecía una serpentina no me gustaba nada, y le hice un gesto claro a Adara de que echara unos pasos atrás para alejarla de esa zona inestable.

Adara me miró con ojos alarmantes.

—¿Para qué hacen esto?

La respuesta era muy clara. Estaban intentando llegar a un lugar que parecía inaccesible. ¿Cómo demonios Tommy había introducido vehículos en el interior de la isla? Seguí las huellas del suelo y descubrí pocos minutos después, toda una sala repleta de paredes de euclasa con una pendiente que ascendía a otro lugar. La sala estaba llena de cajas de madera con unas palabras en la tapa: *El Dragón*. Con un símbolo de un ojo arriba de ese nombre.

—¿Quién es El Dragón? —lanzó la pregunta Adara a mi lado. Sacudí la cabeza sin respuesta y deslicé la tapa para averiguar que contenía. La caja estaba llena solo de serrín. Alcé la cabeza evaluando las demás. Todas las cajas parecían iguales. Puede que dentro ocultaran armas o los mismos explosivos.

Y cuando quise darme cuenta, ya era demasiado tarde, escuché como tres armas se cargaban estremeciendo mi cuerpo y el de Adara. Ese sonido hizo que actuara con rapidez tomando el brazo de Adara para ponerla detrás de mí como un Mac tíre.

Mierda.

Una mujer rubia se asomó por la cima de la pendiente con tres hombres detrás de ella que no

dejaban de apuntarnos como amenaza. Era Laida.

—El destino me sonríe. Sabía que tendría que quedarme por aquí. Algo me decía que os encontraría —asomó esa engreída sonrisa en sus labios.

Me llevé la mano a la pistola y sus hombres me apuntaron rápidamente solo a mí. Adara tragó un jadeo llena de horror al ver cómo me apuntaban.

—Ah no —chistó ella moviendo un dedo—. Eso no, Enzo. A no ser que quieras que les diga a mis hombres que disparen a tu mujer. Lo haré si no me entregas el arma.

El miedo que sentí fue atroz. Esa mujer era de la misma calaña que Tommy. Si la desafiaba sé que mandaría a disparar a Adara, aunque solo fuera para herirla. *Contrólale, Enzo*. Me dije respirando con fuerza. Con la furia recorriéndome las venas, obedecí, me agaché lentamente y tiré el arma al suelo viendo cómo se deslizaba hacia ellos. Laida le hizo un gesto de cabeza a uno de esos hombres y él se adelantó para tomarla, guardándosela. Estuve tentado de ir a por él, cargármelo en cuestión de segundos, pero pondría en peligro a Adara.

—Voy a divertirme mucho con esto —disfrutó Laida mirando solo a Adara mientras bajaba la pendiente con ellos—. Él te espera. Y no sabes qué final te tiene preparado. Estamos más cerca de conseguir nuestro propósito.

Gruñí y adelanté un paso, lo que hizo que uno de sus hombres también se adelantara y me disparara sin vacilación. El aire abandonó mi cuerpo. Un leve pitido desgarró mis oídos. Adara gritó desgarradoramente quedándose blanca, más que el papel. Mi cuerpo se quedó agarrotado con el corazón a mil. Clavé la vista en el suelo y conservé la calma. La bala solo me había rozado impactando contra el suelo. Estaba intacto. Sentí como Adara se agarraba a mis brazos desde atrás, la presión era fuerte, me estaba cortando la circulación de la sangre, pero no quise decirle que me hacía daño al notar como el miedo hacía temblar su cuerpo.

—A la próxima no fallará —me avisó Laida con una sonrisa—. Bombón no quiero que mueras. Sería un desperdicio para la comunidad femenina que un hombre como tú muriera.

—Puta —murmuró Adara entre dientes.

Laida endureció su expresión enviándole una mirada asesina a Adara.

—¿Qué me has llamado? —vi como apretaba los puños—. Tú lo has querido. Atadlos.

Dos de sus hombres se acercaron con cuerdas y nos separaron a mí y Adara. Intenté usar toda mi fuerza resistiéndome al ver que me separaban de ella. El tipo de dos metros y más corpulento que yo al no poder controlarme, pidió ayuda a otro, y ese me apresó con más fuerza bloqueándome, mientras mis ojos no se apartaban de Adara que me miraba asustada dejando que le ataran las manos detrás de su espalda. Apreté la boca sintiendo como me latía el músculo de la mejilla, mirando a los dos que me sujetaban y otro se encargaba de atarme.

Al poco rato, estábamos de rodillas y con las manos atadas a la espalda. Separados por una distancia de diez metros. No soportaba estar tan lejos de ella. Laida se retiró para hablar con sus otros tres hombres mientras que detrás de mí tenía a ese tipo de dos metros para vigilarme. Era tan astuta que me conocía bien, y sabía que actuaría rápido si veía una posibilidad de atacarles.

—Esto es mi culpa —me susurró angustiada Adara—. Si no hubiera espantado a Berenice no estaríamos así.

—No es tu culpa —le devolví el susurro vigilando a nuestros raptos—. Berenice no creo que hubiese podido ayudarnos.

Adara siguió lamentándose agachando la cabeza.

—¡Qué es lo que planea Tommy! —quise saber llamando la atención de Laida.

Ella le dijo a uno de ellos que nos apuntara y se acercó a nosotros con una vanidad repugnante.

—¿Tommy? —se rió en mi cara y Adara entrecerró los ojos—. Ese pedazo de mierda ya no es válido.

¿Válido? Aquello me confundió. Adara y yo nos miramos. Laida quería encubrirlo. De eso estaba seguro. ¿Por qué hablaba así de él?

—Johnny te espera, querida —le dijo a Adara con una alegría perversa. Para mi sorpresa Adara le mantuvo la mirada fría y furiosa, sin sentirse coaccionada por esta situación.

Mi cuerpo se tensó al escucharla. ¿Quién era Johnny? ¿Ahora Tommy se hacía pasar por otro nombre?

—Antes muerto que permitir que la lleves ante él. ¡Ante quién sea! —grité con fiereza sintiendo como la vena de mi cuello se hinchaba—. Mataré a todo aquel que intente ponerle una mano encima. Incluida tú.

Laida asintió con la cabeza sin apartar su mirada de Adara.

—Qué conste que tú me has provocado —me dijo rabiosa.

No entendía a lo que se refería, hasta que adelantó dos pasos y le dio un bofetón a Adara que la dejó en el suelo oyendo como gritaba ante el dolor y la sorpresa. La sangre hirvió en mis venas e intenté moverme hacia ella con furor y rabia. El hombre que tenía detrás de mí me propinó una patada en el estómago dejándome inmóvil, ahogando el aire en mis pulmones que pedían oxígeno. El dolor era visceral, pero no tanto como lo que había visto y no haberlo podido impedir.

Aguanta. Resiste. Adara te necesita. Me dije una y otra vez.

Miré con angustia a Adara aguantando el dolor, magullada sobre el suelo, encogida con una expresión dolorosa. Al ver que ella se acercaba de nuevo tomándola de los pelos con saña para propinarle otra bofetada, actué. Mi naturaleza posesiva y protectora despertó.

—Eres una zorra —ella me miró con diversión sin sentirse ofendida—. Si quieres pegar a alguien, pégame a mí.

Ella tiró a Adara contra el suelo magullándola más y se acercó a mí, chasqueó los dedos para que su hombre se retirara de mi lado y se agachó a mi altura. Sus ojos verdes me miraron profundamente relamiéndose el labio inferior. Tenía una mirada libidinosa, como si saboreara algo en su imaginación que la estaba satisfaciendo de un placer oscuro. Aguanté la respiración intentando no respirar el mismo aire que ella. El desprecio y el asco que sentí al tenerla cerca, lo desprendí a través de mi mirada.

—Tú no me has hecho nada. Tengo mucho capricho contigo, cariño —paseó un dedo por mi mejilla y aparté el rostro con desprecio. Oí a Adara como gruñía agitándose impotente al verla tocarme. Le gritó un par de veces como una loba enfurecida que se apartara, pero Laida hizo caso omiso y se inclinó hacia mí notando como sus labios rojos se deslizaban hacia mi oreja—. Casi preferiría que tú me azotaras mientras me follas. Me van esas cosas, ¿sabes? Pero no esas niñerías donde solo me dejas la piel roja, no, me gusta la sangre. Qué me marques con ella. A Johnny no le importaría. Dejaré que me hagas lo que quieras. Desde que te vi, he tenido muchas fantasías contigo. ¿Qué me dices? —me susurró muy cerca del oído con una voz llena de lujuria.

Era retorcida, sádica y con un control obsesivo de manipular. Ahora lo sé. Sus fantasías consiguieron que me repugnara más. El estómago se me revolvió de solo oírla. No sé cómo tenía la cara de proponérmelo.

¡Contrólate! Tenía que hacerlo si no quería que Adara volviera a salir herida por esta «mujer». Di gracias de que Adara no escuchara esa repugnante proposición. No puedo creer que me hablara de esa forma tan repulsiva con mi mujer delante.

Ladeé el rostro para mirarla a los ojos.

—Antes preferiría envenenarme con plutonio que tocar algo tan asqueroso como tú —no conseguí enfurecerla, y proseguí. Quería provocarla, que se ensañara conmigo y dejara a Adara en paz. Recibiría cada golpe, cada paliza, si eso me garantizaba la seguridad de Adara—. Lo único que me deja a la imaginación tu comentario es que te consiguieron en un prostíbulo. Y seguro que eras de las más baratas.

Su sonrisa se desvaneció convirtiéndose en la vivan imagen de una víbora, y lo próximo que sentí fue una buena bofetada en mi mejilla. Merecida o no, me había gustado bajarle esos humos a los que había aspirado.

—¡Maldita! —le gritó Adara en el otro extremo, agitándose—. Tienes suerte de que esté atada. Te arrancaría los ojos. ¡No lo toques!

No sentí dolor. Lo único que sentía era una furia contenida que crecía con fuerza, y eso no era nada bueno, al vernos atrapados por esa arpía. Ella se levantó con furor mirándome desde arriba, acariciándose el cabello rubio y ladeándolo sobre un hombro.

—¿Sabe tu mujercita lo del muerto? —me insinuó con una voz envenenada.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó. ¿Muerto? Algo me dijo que era el mismo que encontramos Dan y yo en la mansión Williams. Mierda. La miré lentamente temiendo lo peor, aunque por fuera reflejara dureza y crueldad.

Ella alzó las cejas sonriendo con perversidad.

—Así que los secretos siguen —aplaudí como una desequilibrada—. Yo creía que erais un matrimonio sin fisuras. Tan perfecto. Tan armonioso —se burló de nosotros—. Vaya, que momento me voy a marcar.

—¿Qué está diciendo, Enzo? —me preguntó Adara desconcertada.

—Nada —le dije mirándola.

Laida paseó su mirada petulante y sádica entre yo y Adara, acariciándose el labio inferior como si disfrutara el daño que proporcionaba poco a poco. Como una inyección letal.

—Yo misma puse la nota con el muerto, ¿sabes? Me mandó Johnny.

No sé por qué no me sorprendía.

—¿Qué está diciendo! —exigió Adara.

—Tu maridito te tiene unos cuantos secretos.

—No la escuches, Adara —le pedí alzando la voz sin apartar los ojos de Laida.

Su carcajada me quemó la sangre. Y no tuve forma de evitar lo que vino a continuación.

—Resulta que hace ya un tiempo puse el cadáver de un hombre vendado en un pasadizo secreto del despacho de Leonard Williams. Con una nota muy explícita. «Vete de mi isla. No te pertenece. Asquerosa Williams». Tiene gracia, porque Johnny la escribió y él... —se calló de golpe como si no quisiera seguir sonriendo más—. No. Mejor que eso os lo cuente él.

Adara me miró sin parpadear.

—Qué mal que te ocultara algo así —Laida sacudió la mano como si le preocupara.

Joder. Intenté controlarme, pero no pude, respirando con fuerza. No era de esta maldita forma que quería que se enterara de ese secreto. A través de mi mirada le rogué que me «perdonara», por haber llegado tarde a contárselo, por no hacerlo antes y armarme de valor, por haber querido ahorrarle preocupaciones e intentar resolverlo yo a mi manera. El karma me había encontrado. Y tenía una jodida manera de vengarse. Porque ahora se estaba riendo de lo lindo.

Pero sus ojos seguían fijos sobre mí. Estaba abrumada y demasiado impresionada para hablar.

—¿Y sabes sobre tu hogar de origen? —planteó a tientas Laida disfrutando al vernos.

Adara logró sobreponerse lanzándole una mirada glacial a ella.

—Mi hogar de origen es Nueva York, paleta —repuso entre dientes Adara.

—¿Paleta? —su carcajada retumbó en el lugar—. Por Dios me lo pones todo en bandeja, querida. Tu lugar de origen es Texas. Nacistes allí, de hecho, tu padre tenía un rancho y ahora es tuyo, creo. Pero ese es otro secreto que tienes que preguntarle a tu marido.

No dejé de mirar a Adara. Rogando. Suplicando en silencio. Ella me devolvió la mirada absorta, más blanca. Asimilando cada secreto oculto. Permaneció ausente un momento como si estuviera retrocediendo en el tiempo, en sus recuerdos, y volvió a mirarme con un sobrecogimiento que me atenazó el alma.

—Tú me hablaste una vez que no era mi Nueva York —su voz se quebró y me sentí impotente—. Me lo dijiste en ese acantilado.

¡¡Joder!! No era así como quería que se enterara. Retorcí mi mirada acerada a Laida.

—Y tampoco le habrás contado lo de la monja —comentó esperando saborear el dulce momento de su victoria.

—Cállate —expresé entre dientes letal e intimidante. Pero no funcionó.

—¿Qué monja? —gritó Adara más perpleja por lo anterior confesado.

Cuánto más veneno estaba expulsando Laida, más quería estrangularla con mis propias manos.

—El mismo día de la boda, Enzo recibió la visita de una monja. Y le dio esta carta —la sacó del bolsillo de su pantalón y la fulminé con la mirada—. Oh, por favor, no me mires así. Fue fácil robarla. Y mira que tienes buena seguridad en tu mansión —la abrió, se aclaró la garganta y comenzó a leerla. Palabra por palabra. Le relataba todo lo que me contaba a mí, Aurora, en esa carta. Imitaba absurdamente a alguien, no sé a quién, echándonos un vistazo de vez en cuando para vernos las caras con esa sonrisa odiosa y burlona plantada en sus labios.

Mi mente no se encontraba capacitada para averiguar e indagar cómo esa víbora sabía toda esa información. De todos esos *secretos* que le oculté a Adara. Me concentré en la única cosa que me importaba. Adara. Como ella miraba a Laida, sobrecogida, de piedra, mientras esa víbora leía. Mis ojos estaban fijos en su rostro, observando cada pequeño detalle de sus expresiones.

Aguardé con calma. El torbellino de emociones que se arremolinaban en mi interior no era nada bueno para mi estado lamentable de salud. Cuando Laida terminó y se burló por el contenido final, Adara decidió mirarme lentamente. Y pude notar como mi corazón se quebraba en dos. En su mirada azul... encontré:

Decepción.

Dolor.

Traición.

Humillación.

Agonía.

Ira.

Me miraba con la misma mirada que cuando supo que yo era «Price». El mundo se oscureció ante mis ojos. Y me encontraba en la peor situación en la que he estado, al encontrarme de rodillas, atado de manos y a una distancia de diez metros de ella. Sé cuánto odiaba las mentiras y los secretos, y ahora ella había descubierto que le había mentado y sobre todo le había ocultado secretos. Laida nos miraba satisfecha, llena de una abundante satisfacción enferma.

Hubiese preferido una palizada antes de que Adara se enterara de esta forma de todos esos secretos. Ahora estaba pagando mis errores, mis silencios, cuando debería haberle hablado con la *verdad*.

Sentí que la perdía. Lentamente. Qué esto había conseguido abrir una brecha entre los dos

difícil de unir. Qué por idiota había conseguido poner en bandeja a nuestros enemigos lo que tanto ansiaban. Separarnos. La atadura invisible que existía entre los dos se rompió. Y descubrir que fue Adara quien lo hizo, quien rompió el hilo invisible, me demolió a golpes. Mi alma manchada acumuló más dolor. Más del que podía soportar. Era un dolor que no tenía límites para frenarse. Me sentía preso, dominado, hundido.

Su rostro se quebró. Apartó la mirada de mí como si no soportara verme más, viendo como una lágrima se deslizaba por su mejilla. *No cariño, no dejes de mirarme, por favor.* Ahogué un grito en mi interior lleno de impotencia y desolación. Me quedé helado. El pecho se me oprimió, asfixiándome. Los latidos los sentía pesados, dolorosos. Sé que me esperaba un infierno y me lo merecía con creces. Pero estar en una situación como esta, y no poder explicárselo... era algo que no soportaba.

Mi pecho comenzó a subir y bajar con ferocidad. Y fue en ese momento en el que perdí el control.

CAPÍTULO 23

ENZO

Había perdido toda la capacidad para razonar. Me controlaba mi propio caos. Ni siquiera evalué o medité a cuantos podría llevarme por delante con las manos atadas, simplemente actué. Primero con el tipo de dos metros que estaba a unos pasos de distancia. Descontrolado y furioso, me levanté y arremetí contra él en un movimiento rápido e impredecible derribándolo contra el suelo de un solo golpe con la cabeza. Le arrebaté el arma al ver cómo se deslizaba por el suelo, y un disparo se proyectaba contra el techo en un ensordecedor ruido que se mezcló con el grito de Adara. *No la mires. Concéntrate en la lucha.* Me dije con furor. A mi derecha se acercó otro con velocidad y me preparé lo suficiente para esquivar su doble patada, agachándome cada vez que me lanzaba su pierna. Habían subestimando mis técnicas de combate a pesar de llevar las de perder por estar atado de manos.

Después de sortearlo un par de veces más, no pude esquivar el golpe que recibí dándome de lleno en el costado que casi me hizo caer de bruces. Ardió en mis entrañas, pero me concentré en mi objetivo bloqueando el dolor que escalaba a niveles infernales, y conseguí erguirme. Con la respiración acelerada hice un rodeo, sin quitar mi visión de él, que imitaba mis pasos con un aspecto encarnizado. Esperé. Me concentré, me preparé para atacar, respirando hondo a pesar de la dificultad, no cedí a las ganas de partirle la cara, pero él no tardó en perder los estribos abalanzándose sobre mí ciego de furia con su brazo alzado para darme un puñetazo en la cara. Fui caminando hacia atrás moviendo mi cuerpo de izquierda a derecha, esquivando con verdadera habilidad sin cubrirme las espaldas, hasta que perdió el equilibrio y fue mi turno de darle un rodillazo sobre su caja torácica y un cabezazo que consiguió derribarlo. Su cuerpo se estrelló contra el suelo sintiéndome victorioso al oír el chasquido de sus huesos y la manera en la que se retorció en el suelo. Ese bastardo tardaría en levantarse. Sé que darle con la cabeza me traería consecuencias, de hecho, ya las estaba sintiendo. Mis hombros subían y bajaban debido a las furiosas respiraciones. Las cuerdas de mis muñecas me quemaban la piel por todos los movimientos bruscos y feroces que estaba haciendo, pero cuando vi que uno venía enflechado con un gruñido de guerra sin pasarme desapercibido que cargaba su arma en la mano izquierda, flexioné las rodillas y lo esquivé a tiempo. En el momento que su cuerpo pasó por mi lado, lo empujé con fuerza usando todo mi peso, y su arma se deslizó de su mano cayendo contra el suelo, disparándose hacia el techo.

—¡Sois unos ineptos! Maldita sea, agarrarlo. Está atado y vosotros sois tres —les mandó Laida con autoridad.

Ese era mi problema. Qué estaba atado. Pero podría perfectamente con ellos. Uno a uno iba a quitármelos de encima, y ella quedaría la última. Tuve una visión amplia de mi campo de combate, esperando por más. Mi mente concentrada en la lucha se trabó sintiendo como un recuerdo se filtraba por un resquicio. Lo único que me desequilibró del combate fue imaginar de nuevo la mirada de Adara después de saber los secretos; dolida, decepcionada, traicionada, y me fallé a mí mismo. El siguiente golpe no lo vi venir —o no quise verlo— tras verme derrotado y hundido por haber hecho daño a Adara. Y otro me dio una patada por la espalda y mi cuerpo se abalanzó contra el suelo, golpeándome la barbilla. Vi las estrellas. Maldije a los dioses. No me

dio tiempo a girarme. Y otro me dio una patada en la boca del estómago y en las costillas. Y el aire se escapó de mis pulmones, retorciéndome.

—Nooo —gritó Adara entre sollozos. No lograba verla al estar de espaldas, pero sé que se estaba agitando en el suelo por su jadeosa respiración—. Dejadlo en paz. ¡Enzo!

Quise suplicarle por el amor de Dios que se estuviera quieta. Pero las palabras se atascaron, muriendo en mi boca. No iban a dispararme para dejarme malherido, tenían una orden directa de no hacerlo. Querían darme una paliza. Una advertencia. Pero aguantaría cada uno de los golpes recibidos. Ya no tenía nada que perder. Lo que había encontrado en la mirada de Adara había perforado mi corazón, marchitándolo, devorándolo, consumiéndolo. Adara gritaba mi nombre. Lloraba por mí. Suplicaba. Sacudiéndose, retorciéndose en el suelo. Y sé que Laida solo hacía más que sonreír destilando veneno muy cerca de ella.

Sentí una patada, luego otra y otra, que movía mi cuerpo con ferocidad sobre el áspero suelo. Todas estaban cargadas de bestialidad, de furia encarnizada por haberse vistos reducidos por un hombre que estaba atado de manos.

Y de pronto, el silbido de una bala atravesó el aire oyendo como un hombre se tragaba un jadeo y caía postrado a mi lado, quedándose muerto a centímetros de mi cara con los ojos abiertos.

Bam.

Otra bala.

Bam.

Y otra más.

Con el cuerpo entumecido y boca abajo, me sacudí mirando alrededor. Los tres hombres cayeron al suelo, muertos por un disparo en la cabeza. Ante el ensordecedor ruido y sintiendo como mis oídos pitaban, ladeé el rostro arañándome la mejilla sobre la tierra. Parpadeé un par de veces al nublarse mis ojos, y me encontré con un hombre envuelto por una capa gris, acercándose peligrosa y amenazadoramente, apuntando con un arma de fuego a Laida sin vacilación. Desde esta posición podía ver la cicatriz que cruzaba su mejilla al cubrirle media cara esa capucha que dificultaba verle bien.

Y entonces, se quitó la capucha y la sangre se me heló por completo. Su mirada verde nos analizó un instante a mí y a Adara y volvió sobre Laida. La rabia me consumió de solo verlo y me senté como pude retorcido por el dolor. Había matado a sangre fría esos hombres y no me sorprendía en lo absoluto.

—Ponte de rodillas con las manos detrás de la cabeza. ¡Ahora! —le ordenó inflexible a ella. Laida obedeció con un rostro crudo sin dejar de mirarlo. Lo llamó «traidor» entre dientes escupiendo sobre el suelo, y le obedeció poniendo sus manos detrás de su cabeza.

Él y yo cruzamos brevemente una mirada.

Adara se quedó mirándolo pálida, con la boca abierta y las mejillas surcadas de lágrimas.

—¿Tú? —logré decir con la mandíbula apretada.

No era otro que Tommy quien nos había salvado. Y el hecho de saber que se quería convertir en una especie de «salvador», me desquició y me llenó de ira. Todas las putadas que nos había hecho, y ahora de pronto, ¿quería redimirse? ¡Y una mierda!

—Tommy.

Mis ojos rápidamente viajaron hacia Adara al oírla llena de sorpresa y ¿admiración? ¿Es como lo estaba mirando? ¡¿Joder estaba admirándolo como un maldito superhéroe?!

Primero fue hacia Adara cortándole las ataduras. Ella le dio un breve y cohibido «gracias»

masajeándose las muñecas. Él no le dijo nada al no quitarle el ojo a Laida, solo le respondió con un gesto seco y se giró hacia mí con prontitud.

—Ni te me acerques —le amenacé cortante y con ferocidad.

Él se detuvo al verme con un aspecto peligroso y feroz. Sabía que si me soltaba tenía las posibilidades de que me enganchara con él, pero reanudó la marcha acercándose por detrás mientras apuntaba a Laida.

—No sé cómo la vas a defender si estás atado. Eso que has hecho antes ha sido una total irresponsabilidad, podríais haber muerto los dos —me dijo mientras me cortaba las cuerdas con su cuchillo. ¿Me estaba echando un sermón? Cuando me sentí libre, hice un movimiento brusco de brazos, diciéndole con una mirada furiosa y cruel que se alejara de mi posición, antes de que me arrepintiera de no asestarle un puñetazo, y mil más que se me pasaban por la cabeza.

Y vi con un cabreo monumental, como se acercaba a Laida y peleaba con ella para atarla de pies y manos. Me puse de pie como pude haciendo una mueca tras otra por lo molido que me sentía. Era un milagro que no tuviera ni una costilla rota.

Adara y yo casi nos abalanzamos al mismo tiempo para vernos, para tocarnos con un anhelo y unas ansias indescriptibles. El corazón me martilleaba con fuerza contra el pecho y una punzada sobrevoló mi cráneo, pero la ignoré porque por nada del mundo iba a soltarla de mis brazos. Ella se tambaleó un poco entre mis brazos por culpa del miedo y los nervios, y la estreché contra mi cuerpo enterrando mi nariz en su pelo, sintiendo como su respiración se atragantaba por el horror que había vivido. Mis dedos devoraron su cara, sus brazos, cada célula de su cuerpo buscando señales de sangre o contusiones. Y por desgracia, consiguiendo enfurecerme el triple, solo tenía la mejilla un poco roja debido al bofetón de Laida. Sus dedos también recorrieron mi rostro y fue un bálsamo, una caricia de luz sentir como me tocaba después de lo ocurrido, e hizo una mueca seguramente al ver mi pómulo inflamado y puede que amoratado. En general todo mi cuerpo ardía, sentía como si mil agujas estuvieran clavándose profundamente en la carne, cada músculo en el que Adara posaba sus manos me quemaba, pero no pensaba decirle nada. Necesitaba su toque, sus manos rozando mi piel. Por un momento creí que los secretos que ahora sabía no se interpondrían entre nosotros, pero me equivoqué. Su rostro surcado de dolor y decepción, sus ojos llorosos, la traición que sentía emanar por su cuerpo, eran una señal clara de que esto no había hecho más que empezar. Y que pronto, recibiría mi castigo. Su indiferencia. Su odio. Su lejanía. Sus reproches. Sus frías y distantes miradas. No me dejaría tocarla. Besarla. Dios, saberlo ardía como el infierno.

—Sucia sabandija —le gritó entre gruñidos Laida a Tommy mirándolo con rencor después de atarla. Los dos miramos como esos dos que creíamos que eran cómplices y amantes se despreciaban con un odio acérrimo—. ¿Así es como le pagas todo lo que Johnny ha hecho por ti?

—¿Lo que ha hecho por mí?! —saltó incrédulo, pero con una voz aparentemente calmada—. Ten por seguro que eso que me ha hecho a mí por años, no se lo deseo ni a mi peor enemigo. ¡Y mi peor enemigo es él!

Laida entrecerró los ojos.

—Johnny te matará.

—No si antes lo mato yo a él.

—Si sales de esta isla, él volverá a dominarte. Creo que hasta te gustaba —sonrió relamiéndose los labios—. El poseer tu...

—Escúchame bien, Laida —su mano se retorció en el brazo de Laida fuerte e inflexible dándole una sacudida bruta, y en vez de gemir de dolor, ella le mostró complacida como le

gustaba que su carne estuviese apresada por sus dedos, sonriéndole con arrogancia y placer—. A mí jamás me gustó. Muchas de las veces deseé morir antes de que él volviera a tocarme. Tus juegucitos psicológicos no lograrán desestabilizarme para que te mate. Tú tendrás tu merecido castigo, pero no con mis manos. Ya me gustaría que eso fuera así.

Y caí en la cuenta, por su forma de expresarse, su personalidad, sus maneras de caminar, hasta con sus gestos, que este no era el Tommy que conocía. No. Hasta hablaba diferente. Miraba diferente. Cualquiera diría que era otro Tommy y no el que llevaba conociendo desde los diez años. Oscuro. Calculador. Dañino. Corrompido de maldad. ¡Pero que cojones estaba pasando aquí!

—Ellos te repudian —nos señaló ella con la mirada llena de júbilo—. Tú ya no tienes salvación. ¿Crees que te llenarán de amor y te recibirán con los brazos abiertos? Patético.

—Y yo ya no busco la rendición ni el perdón. Johnny me dio una fama repugnante, infecta, y voy a quitármela, aunque sea lo último que haga en esta vida —la empujó contra el suelo y ella comenzó a reírse como una psicópata, volviendo a sentarse.

Él pasó por nuestro lado mirándonos fugazmente con indiferencia.

—Vamos —nos apremió.

Me tensé. Sí, claro. ¿Y qué más?

—Contigo no nos iremos a ninguna parte —le expresé duramente.

Sé que Adara opinaría igual.

Al tiempo que él me mantenía la mirada, desvié la vista a Adara, pero ya no estaba a mi lado. Di un brinco al verla caminar hacia Laida. Tuve el impulso de ir a por ella, pero me reprimí, no ocurriría nada, esa loca estaba atada de pies y manos y no tenía modo de atacarla. Tommy se posicionó a mi lado mirando a Adara, y me aparté tres pasos alejándome de él como si fuera la misma peste. Que me mirara me importó un comino. Lo que me estaba reprimiendo por no partirle la cara era algo sorprendente en mi carácter.

Llevamos años luchando como enemigos, y no sé cómo tomé el autodomínio para no abalanzarme contra él y molerlo a golpes.

Adara se inclinó hacia Laida, se miraron durante un breve momento y la cogió de los pelos haciendo que ésta forcejeara con ella.

—¡No me toques, sucia perra! —se sacudió Laida intentando zafarse y golpearla.

Adara la ignoró buscando en los bolsillos de sus vaqueros y sacó la carta de Aurora.

—Esto no te pertenece, ladrona —lo sacudió una vez en su cara haciendo que Laida la mirara con odio—. Y una cosa más...

Se alzó sobre ella y le cruzó la cara con la mano en un movimiento rápido. El ruido fue mucho más fuerte y estridente que cuando Laida le propinó esa bofetada. Un silencio reinó en el sitio, solo oyendo como la respiración de Laida se volvía más espesa. Ella se quedó con el rostro ladeado con una maraña de pelo rubio cayéndole por su cara, hasta que volvió su rostro hacia Adara y se vio visiblemente como un hilo de sangre bajaba por la comisura del labio. Imaginé que Laida se enfurecería aún más, pero retorcida y perturbada, se lamió con la punta de la lengua la comisura de sangre, mirándola con una sonrisa. Adara se irguió del todo con dominación y fortaleza, como toda una reina.

Medio sonreí orgulloso.

—Eso me lo debías, víbora —le señaló y se dio la vuelta hacia nosotros. Me sorprendió ver cómo se agachaba para tomar un arma que había sobre el suelo y se la remetía en la cintura, viéndola más pálida que el papel al reparar sobre los hombres muertos de alrededor—. Ahora si

podemos irnos —pasó por nuestro lado y su clara frialdad conmigo cortó mi respiración.

Yo tomé otra arma rápidamente y la seguí.

—¡Os juro que esto me lo pagareis! —nos gritó Laida.

—Jamás os dejaremos salir de aquí —nos siguió gritando, riéndose como una desequilibrada mental.

—¡Nadie me humilla así y se va de rositas, bastardos!

Dominé el descontrol en mis puños siguiendo con una tremenda insensatez a mi enemigo. Nos escabullimos en una carrera contrarreloj, porque sabíamos que pronto alguien la liberaría e intentarían dar con nosotros. Mi cuerpo molido por los golpes me pidió un respiro, pero lo ignoré a cada paso que daba con premura, aunque me costara avanzar. Fui un paso por detrás de Adara controlando la situación e intentando que nos alejáramos lo más rápido posible del lugar donde nos apresaron. No dejaba de mirar a mi mujer, su carácter había cambiado conmigo, lo sé, lo sentía por cada poro de mi piel, por el suyo, y si ahora no me estaba gritando y reprochando nada es porque quería salir de aquí primero. Qué se contuviera no iba a ser nada bueno para después.

—¿Cómo se os ocurre meteros por estos pasadizos? —desaprobó Tommy mirando con precaución cada entrada de túneles que nos cruzábamos—. Han estado tirando paredes como si nada para atajar. No sé ni cómo este lugar se mantiene en pie.

—¿Atajar? —respondió Adara y me quedé estupefacto de que le diera pie a la conversación.

¿Qué haces? Quise reclamarle con autoridad, pero me contuve.

—Sí, Johnny quiere llegar cuanto antes al lugar que siempre lo ha obsesionado. La cámara sagrada de Ériu. Lo malo es que ha dañado la isla y eso no es nada bueno. Eso tiene consecuencias para todos.

¿Esto era real? De verdad estábamos hablando con Tommy... ¡Tommy! Nuestro enemigo. El psicópata de nuestras vidas. El único culpable de que estuviéramos en esta situación de muerte.

—¿Por qué nos ayudas, Tommy? —le preguntó Adara con la respiración agitada por la velocidad de sus pasos.

Él la ignoró durante un rato, y yo no aguanté más esta absurda situación donde él estaba quedando en plan bueno. Por lo que, sin que me viera, lo agarré de las solapas de su capa y lo estampé contra una pared mineralizada, apresándolo. Adara gritó, y sobresaltada apoyó una mano en mi brazo para intentar apaciguarme.

—Si mi mujer te hace una pregunta, se la respondes —apreté la mandíbula hablándole entre dientes.

Él me miró con fijeza sin ánimos de luchar ni apartarme; como siempre había hecho.

—¿Para qué responder algo que es imposible de creer? —me lanzó una pregunta.

Gruñí y lo sacudí lleno de rencor y brutalidad.

—Enzo —me intentó detener Adara asaltada por el terror que le provocaba verme así.

—Suéltame, Enzo —me pidió él con una voz calmada, y eso me irritó. Al no verla bañada de rencor, odio y repugnancia como siempre la he sentido. Y encima mencionando mi nombre—. Y es un aviso por las buenas.

—¿Por las buenas? —mi risa se tornó oscura—. No me jodas. Llevas puteándome desde los diez años. Tú no haces nada por las buenas. Naciste corrompido.

—¿Y no te resulta extraño que fuera con diez años que cambié contigo?

—¿A qué te refieres, Tommy? —quiso saber Adara con un tono nervioso.

—No, eso es lo que quiere —intervine más enfurecido—. Embaucar. Despistar. Pero a mí no me la das. ¿Por qué ahora no me llamas bastardo?

—Yo nunca te llamé bastardo —se defendió con bravura.

El músculo de mi mejilla me latía salvajemente, sintiendo como mi sangre se espesaba de furia.

—¿Qué no me llamas bastardo?! —apreté con más fuerza su capa retorciéndola en mis manos, poniéndose mis nudillos blancos como la cal. Y noté como se tensaba con un movimiento perceptible de lucha, pero no se movió más, esperando—. Has intentado destrozar mi vida desde que era un niño. Secuestraste a Adara, la torturaste llevándola a la puerta antigua una y otra y otra vez —él cerró los ojos ladeando el rostro, contorsionando su expresión como si eso le ardiera recordarlo—. ¿Y ahora te redimes? No te librarás de la justicia. Y como me entre la vena te mataré yo mismo.

Si no lo hacía ahora mismo. Era por Adara. Únicamente por ella. Dios me perdone de todo lo oscuro y macabro que estaba pasando por mi cabeza ahora que lo tenía cara a cara. Pero no quería que ella viera el monstruo en el que podía convertirme, en un Mac tíre tenebroso y sanguinario si decidía luchar contra Tommy. Porque algo había muy claro. Uno de los dos no se levantaría del suelo y dejaría de respirar en ese mismo instante.

—Aceptaré todo el peso de la ley. Todo lo que Johnny ha hecho en mi nombre —admitió muy severo y no le creí ni un ápice—. Pero antes tengo una misión que cumplir. Ya te lo dije, Enzo. Yo no soy tu enemigo.

Aquello me descoló por completo y aflojé algo mi agarre. ¿Cuándo me dijo eso? Recuerdo nuestra última conversación y él no mencionó nada de esas delirantes y absurdas palabras.

—¿Quién es Johnny? —la mano de Adara, cálida y neutral seguía sobre mi brazo—. ¿Es alguien que manda más que tú? ¿Es tu jefe y tú solo eras su secuaz? ¿Me secuestraste bajo sus órdenes?

—Johnny es Jonathan. Johnny solo lo llama Laida —nos confesó asqueado haciendo una mueca—. Esos dos son un cruce entre Satanás y Mefistófeles. No tenéis ni idea con quien os estáis metiendo. Cuánto más lejos estéis de ellos, mucho mejor para todos. No tenéis por qué creerme, pero yo jamás os hice nada. Nunca fue por mi propia voluntad. Yo nunca quise que me vierais como me veis ahora. Pero es demasiado tarde. Y contarle no servirá de nada —casi aplaudí su actuación hollywoodiense. Porque solo le creería cuando los cerdos vuelen, en cambio Adara lo miró con algo de compasión y eso me puso furioso, apresando más mis manos sobre la capa de Tommy. Él se fijó solo en mí envolviendo su rostro en una máscara fría e impenetrable—. Y ahora suéltame, Enzo. Tengo cosas que hacer.

—Y yo tengo ganas de partirte la cara —dije entre dientes casi perdiendo la cordura.

¡Por qué demonios había tenido que salvarnos! A este desgraciado no quería deberle nada.

—Y no me dejaría —nos quedamos cara a cara retándonos como titanes—. Puede que antes lo hiciera de un cierto modo, porque en cada una de nuestras peleas quería que salieras vencedor, pero ahora que soy yo, que estoy completo, no me vas a amedrentar y te puedo asegurar que saldrás tan peor como yo.

—Enzo, por favor —me rogó Adara tragando saliva mirando a los dos—. Suéltalo.

Giré mi cabeza hacia ella con el rostro estupefacto, pero encontrar sus ojos desgarrados de súplica me venció. Maldita sea.

Apreté la boca y respiré hondo por la nariz. Lo que estaba a punto de hacer era el acto más noble que le daría a esa sabandija. No lo pensé más de un segundo. Y decidí soltarlo con brusquedad dejando que se chocara contra la pared de euclasa. Él me mandó una mirada furibunda masajeándose un hombro, y yo le mandé la misma mirada o más retorcida. Se separó unos metros,

viendo como tomaba distancia. Y algo se activó en mi interior.

Libre, ¿por qué? Ahora que lo tienes delante no lo dejes escapar. Solo tienes que agarrarlo y todo el sufrimiento acabará. Saldréis de la isla. Él es el culpable de todo esto, no ese Johnny, solo está actuando, echando mierda sobre otro tipo para poder escapar. Me dije. El Mac tío de mi interior rugió con fuerza. Y me cegué. El control se desbordó de mis venas y me abalancé contra Tommy para agarrarme a golpes con él, pero Adara se interpuso en mi camino abrazándome, rodeando mi cintura con sus brazos encadenados. Mi cuerpo se quedó paralizado al notarla, impidiéndome ella que matara a golpes al miserable que nos había destrozado la vida. Su cabeza su rebujó contra mi pecho apresándome con su delicado y suave cuerpo. «*No lo hagas por favor, quédate conmigo*». Me susurró para mí. La fiera se amansó poco a poco y el Mac tío lo volví a enjaular dejando que mi respiración se regulara. Sentir su cálido cuerpo contra el mío después de todo lo ocurrido me tranquilizó, rodeándola con un brazo protector sin quitarle la cruda y letal mirada a mi Némesis.

—Es mejor que os mantengáis alejados —nos previno de nuevo, marchándose por otro lado que ni me interesaba saber adónde llevaba—. Y por cierto. De nada —nos dijo antes de perderlo de vista volviéndose a poner la capucha.

De pronto, nos habíamos quedado solos. Ella y yo. Abrazados. De lejos podía oír un incesante tintineo de una gota tras otra amortiguando sobre el suelo como si se filtrara por alguna pared. Mi respiración aún era espesa y brusca. No había sido fácil dejarlo ir, no sé ni cómo me había controlado. No. Sí que lo sabes. Sentí cómo se me encogía el corazón que estaba tan alocado como el suyo. Bajé la mirada observando que Adara tenía oculto su rostro en mi pecho, y solo me dejaba ver su mata de pelo chocolate que se esparcía más abajo de sus hombros. La apreté más contra mí suavemente, sintiéndome una mierda mientras apoyaba mi barbilla sobre su cabeza. Quería levantar su mentón, mirarla a los ojos y suplicarle que me perdonara, ponerme de rodillas, suplicarle que no dejara que los secretos que ahora sabía lograran que dejara un poco de amarme.

No quería que Adara se desprendiera de ese abrazo que me estaba dando, pero pasados unos segundos, se agitó de mi cuerpo echándose para atrás, mirándome cabreada. Muy cabreada. Y me dio la espalda, fustigándome su desprecio.

—Tendría que haber dejado que te liaras a golpes con él —se arrepintió de abrazarme y eso abrasó mi alma.

La miré condenadamente arruinado.

—Adara...

—¿Qué me vas a decir? —se anticipó y se giró hacia mí con frialdad. Sus hombros se encorvaron y dejó escapar un sonido frustrado—. ¿Perdóname? Llega muy tarde, Enzo.

Tragué saliva costándome trabajo, y el nudo que se hizo en mi garganta me costó deshacerlo. Lancé una mirada prudente a nuestro alrededor no sintiéndome muy seguro de hablarlo aquí.

—No es un buen momento para hablar de esto aquí —le indiqué suavemente.

—Nunca es un buen momento. Me tratas como si no te importara —me echó en cara.

—Eso no es cierto —me indigné.

—¡Y cómo tienes la cara de ocultarme esos secretos! Son secretos en los que estoy involucrada y no solo son tuyos—balbuceó furiosa restregándose los ojos para no llorar—. ¡Cómo pudiste ocultarme esto! —sacó la carta de Aurora y la sacudió en su mano—. Cómo pudiste ocultarme que yo era de Texas y no de Nueva York. Cómo pudiste —se atragantó en su sollozo y amargué mi expresión al verla destrozada—, ocultarme que había un muerto en la mansión Williams y que lo dejaron como advertencia.

—Adara, mi amor —adelanté un paso alzando mi brazo para tocarla y ella rehusó mi toque. Bajé el brazo sintiéndome herido, soltando un suspiro de impotencia—. No tengo forma de volver al pasado para corregir mis errores.

—No. No tienes forma. Eso es un hecho —no fue capaz de ocultar la tristeza en su voz.

—Déjame explicártelo —musité condenado.

—¡Y como sé que será la verdad, Enzo! —vociferó explotando y dejé que lo expulsara porque no merecía otra cosa—. ¿Cómo sé que no saldrás con una de tus tretas? Eres bueno evadiendo e inventando y ocultando. Creí como una ilusa que nos habíamos casado siendo totalmente sinceros —asomó una sonrisa en sus labios llena de amargura que retorció mi estómago, y ella apretó los labios—. Pero me equivoqué. Esto no es un cuento. Y me he dado de bruces contra un muro que me ha herido profundamente.

Mi corazón se recubre de hielo haciendo que cada latido doliera. Sus palabras se convirtieron en una daga que fue directa a mi pecho. Sé que estaba recordando exactamente el momento en que supo que yo era Price, que estaba reviviendo ese dolor. Y entré en pánico. Me invadió un miedo atroz de que me dejara de nuevo. Armándome de valor, acorté la poca distancia que nos separaba y tomé su rostro entre mis manos, no luchó para liberarse, pero no me miró mientras que mi mirada ahogada y necesitada la buscaba desesperadamente como un rayo de sol busca salir entre las nubes de tormenta.

—Mírame —le supliqué y no lo hizo, apretando más los labios para no romper a llorar—. Por favor, Adara, mírame. No me hagas esto —mi voz se rasgó saliendo todas las emociones. Finalmente lo hizo. Pero me devolvió una mirada distante, fría, dejándome con el corazón en la garganta—. Tienes que creerme. Si te lo oculté fue por tu bien. Yo iba a de...

—¿Por mi bien? —soltó perpleja y conmocionada, y se mordió el labio conteniendo más el lloro—. ¿Cómo puedes decir que fue por mí bien? Eran secretos que me pertenecían y no tenías ningún derecho a guardármelos, y lo sabes. ¿En que se supone que se basa nuestro matrimonio? ¿Has olvidado tus votos? —se le quebró la voz y fue hablando con un tono débil y pausado—. Nuestra unión implica que debes darme todo. Tu amor. Tu confianza. Tu lealtad. Tu pasado. No tener que sacártelo como si tuviera que mendigártelo. ¿Es así como quieres ver a tu mujer? ¿Mendigándote para que al fin te abras a mí? —sacudí la cabeza sin tener la oportunidad de defenderme—. Entiendo que quieras ocultarme lo que te pertenece solo a ti, pero ni se te ocurra volver a ocultarme algo que me concierne a mí también.

—Dame un momento y te lo explico todo —le supliqué angustiado de que no quisiera escucharme.

—Ese momento fue hace semanas. Ya no lo tienes —se apartó de mi roce y las manos me quemaron dejándolas a los costados de mi cuerpo, apretando los puños.

Inhalé fuertemente mirándola con profundidad.

—¿Ni siquiera me das una oportunidad? —mi voz salió en un murmullo.

—¿Te la mereces después de todas tus mentiras y secretos? —me acusó y se cruzó de brazos malhumorada, y los dejó caer pasados unos segundos, dejando escapar un resoplido que acabó en un gruñido, repasando con fuerza una mano por su pelo—. Lo que me da más rabia fue como Laida disfrutó diciéndolo todo. Eso. Eso es lo peor. Esa maldita arpía manipuladora. Argh —susurró para sí misma.

—Lo sé. Sé que la he cagado, pero...

—¿Lo sabes? —sus ojos chispearon de furia, y gruñó—. Pues tendrías que haberlo remediado hace mucho. Y toma —metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y me estampó la carta en mi

pecho. La cogí a tiempo de que se cayera al suelo—. Esto te pertenece, Price.

¿Price? Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. El corazón me latió con tal fuerza que me hizo daño. Había usado mi apellido. Esto no era nada bueno.

—Ocultar secretos de ese calibre tiene consecuencias devastadoras, Enzo —dijo con dificultad al sentirse mortalmente herida.

Me dio la espalda abrazándose, intentando que sus hombros no se sacudieran. Me acerqué despacio dejando que nuestros cuerpos se rozaran livianamente, acariciando mi boca su pelo. De sus labios escuché un leve gemido, y joder, me gustó que siguiera afectándole mi acercamiento. Porque eso significaba que seguía importándole. Inspiré hondo, mirándola. Mis manos me picaban, porque lo único que anhelaba con fervor era tocarla, darle la vuelta y estrecharla entre mis brazos. Apagar mi desesperación, mis tormentos, y mis miedos con un beso que nos hiciera olvidar todo lo que nos hacía daño.

Cerré los ojos un instante con el rostro contraído.

—No voy a permitir que te alejes de mí —le susurré.

Sentí como cerraba los ojos estremecida por mis palabras y se le escapaba un sollozo que tapó con su mano. Me odiaba por hacerla llorar. Me odiaba por ser el culpable de su sufrimiento; otra vez.

—Tú eres la luz de mi existencia, Adara. Sin esa luz, no soy nada.

Adelantó un paso cuadrando los hombros, rompiendo nuestra conexión, y se giró hacia mí con una determinación que me hizo temblar al ver su expresión helada y hostil.

—Quiero que hagas una cosa, Enzo —levantó la barbilla con aire desafiante—. Qué dejes de sobreprotegerme, de pensar en mi seguridad. Déjame respirar. Déjame mi espacio. Ya no más. Estoy harta.

Si lo dijo para herirme. Lo había conseguido. Había usado algo que sabía que no podía controlar, que por más que luchaba y me repetía no ser tan obsesivo con su seguridad era algo que estaba *vinculado* a mi cuerpo. Centímetro a centímetro. No lo controlo, él me controlaba a mí. Me dominaba para ser más tenaz en su protección. Abrí la boca, pero me hizo un gesto cortante y me frenó.

—Dejemos esto aquí —zanjó tajante notando su voz decaía—. No es momento para hablarlo.

Sé que la brecha entre los dos era grande, pero no esperaba que fuera a convertirse en un abismo que me sumergía en la más absoluta oscuridad. Tragué saliva y lo acepté echando un paso hacia atrás.

Le había fallado. Y esta era mi *condena*. Y era cuestión de tiempo que me dijera que se arrepentía de haberse casado conmigo, y que no soportaba estar al lado de un mentiroso que lo único que hacía era mantener secretos con ella. Había destrozado nuestro matrimonio. Por no haber sido capaz de enfrentar mis propios miedos. ¿Pero acaso era algo malo, era un delito, el querer alejar su ceño fruncido de preocupación, su rostro cuando lo surcaba la angustia y el miedo? Mi objetivo en la vida era hacerla feliz, no llenarla de preocupaciones. Pero al casarse conmigo tal vez la había arrastrado sin darme cuenta a una vida que pregonaba desgracias y dolor.

Cerré los ojos y retorcí la boca mientras mi cuerpo se encorvaba.

ADARA

Habíamos tenido una conversación que no duró más allá de tres minutos y no conseguí nada

con ella. Bueno. Sí. Conseguí algo. Sentirme más machacada, hundida y decepcionada. Este no era el lugar apropiado para hablar con detenimiento de todo lo que me había ocultado, pero nuestra conversación se reanudaría más adelante. Esto no se iba a quedar aquí. Seguía procesando todo a un ritmo lento. Pero es que no me entraba en la cabeza. Habría preferido que esto fuera una pesadilla y que en algún momento despertara. Qué me dormí en la entrada de la poza esperando a Enzo. Pero la cruda realidad me tenía enfrentando a un esposo mentiroso. Enterarme de que Berenice supuestamente se suicidó y que Enzo me tenía más de un secreto —ahora desvelados—, consiguió destrozarme. Lo tenía delante de mí con un aspecto decaído, consumido y derrotado. Mi corazón solo quería que lo estrujara entre mis brazos, decirle que solo estaba cabreada por esa manía suya de callar las cosas, y que consiguiéramos una mejor manera de llevar nuestra comunicación. Qué a la vista estaba, nos faltaba mejorar en esa «fase» de nuestra relación. Más bien a él le faltaba mejorar esa parte. Yo no le ocultaría nada que tuviera que ver con él. ¿Por qué me había traicionado de esa forma? ¿Por qué?

¿Y cómo Laida consiguió toda esa información? Argh, esa maldita mujer.

Creo que Enzo no se hacía una idea —ni siquiera rozaba en su imaginación— de lo que me había dolido enterarme así de todo.

—¿Qué te dijo Laida en el oído? —quise saber al recordarlo sintiéndome furiosa de nuevo.

Él levantó la vista y noté como tensaba sus hombros, y un leve temblor de rabia emergió de su cuerpo. Entonces era más grave de lo que pensaba.

—Te equivocas. No me dijo nada —pasó por mi lado cortando esa conversación.

¿Ah no?

—Y una mierda nada —me adelanté frenándolo con las manos en alto hacia su cuerpo titánico y musculoso. Él se paró mandándome una mirada dura al presionarlo, pero no me amedrentaba ni un poco—. Vi su mirada de lujuria. ¿Qué te dijo, Enzo?

Esa perra le dijo algo al oído. Lo sé. El modo en que él contestó de esa forma tan grosera y animal, tuvo que ser algo muy gordo. Enzo no pierde los papeles de esa manera a no ser que rebasaran sus límites. Y no quería darle a la imaginación, porque como lo hiciera, volvería sobre mis pasos y le daría una buena tunda a esa Barbie polioperada. Sé lo comió con la mirada, lo desnudó con ella cuando se acercó a él, vamos, es que solo le faltó tirarse hacia Enzo para desnudarlo la muy zorra. Y esto no venía de mi imaginación, sé lo que vi. Y si le devolví el bofetón a esa arpía no fue por mí, fue porque tocó a mí hombre. Entré en cólera cuando vi como lo golpeaba. Y poco le había hecho, se merecía más que un simple bofetón.

Me contempló con su mirada gris juiciosa e indescifrable. En silencio. Sin hablarme. Solo mirándome. Tan firme. Impenetrable. Tranquilo. Un cosquilleo me recorrió el vientre y apreté las manos ante esa sensación. Oh Dios. Otra vez esos silencios incómodos con esas miradas que cortaban mi respiración.

—No te lo voy a decir —me respondió al fin.

¿Que, qué?! Me costó reaccionar de primeras. Eso sí que era bueno. Reprimí gruñir y estuve a punto de replicar cuando una voz se alzó detrás de mí, deteniéndome.

—¡Bendito sea, os he encontrado! —me giré viendo a Uriel corriendo hacia nosotros por uno de los túneles, y le sonreí alegre marchándome hacia él.

—Uriel, menos mal que estás bien —lo abracé con cariño y sentí la mirada penetrante de Enzo en mi espalda.

Intenté aparentar normalidad y que Uriel no sospechara de nuestras rencillas.

—Esto parece un laberinto. Oye, no sé si estoy loco —se inclinó hacia mí para susurrármelo

con inseguridad—, pero creo que Berenice está conmigo. Ha estado tirándome piedrecitas hasta que he llegado a vosotros. Creo que sabía que estabais por aquí. ¿Es ella?

Eché la cabeza hacia atrás, entrando ella en mi campo de visión cuando dirigí mi mirada detrás de Uriel. El pecho se me hinchó de una sonora tranquilidad al verla. Se deslizó por una de las paredes con un aspecto cohibido mirándonos por intervalos. Nuestra última conversación no acabó muy bien, tal vez por eso que no sabía cómo acercarse.

Le sonreí para que viera que no estaba enfadada con ella por haberse esfumado.

—Es ella —le afirmé a él.

—Uf, menos mal —se llevó una mano al pecho con un suspiro—, creía que era otro fantasma y que no me traería nada bueno. Gracias Berenice —le dijo en voz alta y se fue hacia Enzo.

—De nada —le respondió ella acercándose a mí, mordiéndose el labio con un aspecto apagado al darse cuenta de que responderle no había servido de nada, ya que Uriel ni la veía ni la escuchaba.

—¿Y a ti que te pasa? —le dio Uriel una palmada en la espalda a Enzo—. Tienes una cara muy agria. ¿Y qué es esto? Tienes la mejilla amoratada.

Esperé con los hombros tensos mirándolos de reojo a los dos.

—No me pasa nada —dijo secamente Enzo con una voz grave y dolida. Suspiré. Nos separaban cuatro pasos. Pero ahora parecía más distancia de la que aparentaba.

Los remordimientos me reconcomen y me sentí desdichada.

—Hum —nos miró a los dos indagando, sin entender nada—. ¿Qué os pasa? Parecéis distanciados. ¿Qué ha pasado en esta hora sin mí?

Berenice también parecía investigar sobre nuestro apático comportamiento. Enarcó una ceja y sus labios se curvaron con total desaprobación. ¿Lo sabía?

Enzo me dirigió una mirada. Yo no. No me atreví, la verdad. Porque sé que mi comportamiento le había hecho daño, y no estaba preparada para hundirme en su mirada gris asolada y rota. Y reparé toda mi atención en Berenice, dándole la espalda a él mientras Uriel le hablaba sobre una pistola que había encontrado, al decirle Enzo por segunda vez que «no pasaba nada».

—Berenice yo...

—Ahora no, Adara. Por favor —me suplicó ella con los ojos cerrados, presionándolos.

Y asentí sin más remedio, aceptándolo. No iba a presionarla, no la cagaría otra vez, porque no soportaría que en estos momentos tan turbios se marchara.

—Pero tenemos que hablar —le aventuré.

—Lo sé —me respondió bajito.

—¿Y los demás? —le preguntó Enzo acercándose a nosotras.

Sentí una gran sacudida en mi cuerpo ante su acercamiento. Permanecí quieta abrazándome al rozarse nuestros brazos, mirando un punto fijo del vestido negro de Berenice. Ladeé un poco la cabeza y sentí sus ojos grises tan intensos y penetrantes sobre mí.

—Están por aquí, o al menos es lo último que sé —nos informó Berenice.

—Tenemos que encontrarlos. No pueden caer en manos de ese Johnny —expresé con ansiedad.

Enzo siseó una maldición con la mandíbula apretada. Puede que él no quisiera creer en Tommy, pero yo sí. Algo me decía que lo hiciera, porque decía la verdad.

—¿Johnny? —soltó Uriel confuso de ese nombre, mirándonos.

Quise ver la reacción de Berenice al mencionar a ese tal Johnny, pero la encontré escabulléndose por el túnel, y me sentí decepcionada de no poder verle su rostro. Eso había sido una jugada limpia. Y solo me confirmaba que seguramente ella sabía algo acerca de ese Johnny.

Me cuadré los hombros y me enderecé mirando por encima de mi hombro a ellos dos.

—Qué te lo cuente Enzo. Aunque a lo mejor quiere ocultártelo —solté como pulla, adelantándome con Berenice.

Escuché su suspiro resignado y apretando las manos, me dije una y otra vez que yo no me tendría que sentir culpable. Él tenía la culpa de todo. Por querer protegerme hasta de los secretos que me incumbían a mí.

Llevaba un rato ensimismada caminando deprisa y con los brazos cruzados sobre mi pecho. Aunque no lo mirara, sé que Enzo —que estaba dos pasos por detrás de mí— no dejaba de mirarme, mientras hablaba con Uriel sobre estos túneles y del peligro que habíamos corrido con Laida y la aparición de Tommy.

Pensaba en demasiadas cosas a la vez, mi cabeza parecía un *carrusel* en marcha y a toda velocidad, pero solo había un pensamiento que me hostigaba, más bien para no amargarme con lo otro que me hería profundamente. ¿Por qué Tommy nos ayudó? No. Lo más embrollado de esta situación es, ¿por qué nos salvó? Esto ya no se trataba de que él quisiera mantenernos vivos por un propósito maligno, sino por el simple hecho de que quisiera vernos vivos. Sí. Vivos. Parece mentira que fuese el mismo hombre que entró en la casa de invitados y me secuestró. Y que ahora juega un papel, actuando. Pero algo me decía que no. Cuando nos salvó lo vi. Había empezado a fijarme en pequeños detalles que ya no me pasaban desapercibidos. Su tic en el ojo había desaparecido —cuando me salvó anteriormente tampoco le apareció— y el color de sus ojos, ese verde común, parecía ahora un tono esmeralda.

Lancé un suspiro.

¿Quién era en realidad Tommy?

—¿Estás peleada con Enzo? —fue Berenice quien me sacó de mi ensañación.

Clavé la vista en el suelo fijándome en las huellas de vehículos, y acabé dándome cuenta de ese olor a gasolina en el ambiente.

—No quiero hablar del tema —susurré a mi pesar.

—Me la devuelves —lanzó una sonrisa algo dolida—. Yo no quiero hablar de lo mío y tú haces lo mismo.

—No te... —solté un resoplido, frustrada—. Yo no soy vengativa. Simplemente no quiero hablar.

—Vale —aceptó mi silencio mientras caminábamos buscando a los chicos.

Estaba cabreada, decepcionada y dolida. Mucho. Era demasiada información para tragarme de golpe. Una monja —de la que aún no sé su nombre—, visitó a Enzo el día de nuestra boda y le dio una carta de Madre Aurora, donde ella decía muchas cosas de las cuales aún no salía de mi asombro. Soy texana, no neoyorquina. He creído toda mi vida que nací en Nueva York y resultaba que no, que nací en Texas. Oh, y me había encantado saber lo de ese muerto en un pasadizo del despacho de mi bisabuelo con esa nota amenazándome. Me estremecí de horror frotándome los brazos. ¿Por qué cada vez que salía a la luz algo mío entraba en una espiral de frustración y dolor? ¿Por qué Enzo tenía que estar en medio y salpicado? ¿Por qué tuvo que ocultármelo? Y lo peor, es que sentía que seguía ocultándome algo más, algo muy grave y que provocaría graves consecuencias, algo mucho peor que lo anterior. *Lo anterior se queda corto*. Pensó mi lado investigativo. Y si esto había salido a la luz por esa maldita arpía y no por su propia boca, no sé cómo conseguiría que confesara el resto. No estábamos ni un mes casados y seguían los secretos y las mentiras. La capacidad que tenía Enzo por ocultarme las cosas de enjundia era irritante.

Deja ya de comerte la cabeza. Me dije al salto.

De pronto, me vi envuelta por pasos apresurados. No eran los nuestros. Alcé levemente la cabeza al notarlos cerca, parecían venir del otro túnel al que estábamos a punto de cruzar, y desvié mis ojos a Berenice que también había captado ese ruido, dejando su cuerpo tenso y en alerta. Enzo pasó por delante de mí desprendiendo esa seguridad y peligrosidad que lo caracterizaba cuando mostraba al Mac tíre, y sacó el arma poniéndose contra la pared. Nos hizo un gesto rápido y estricto de que nos pusiéramos contra ella, esperando para que aparecieran en la esquina.

Me quedé detrás de Uriel, que miró a Enzo y éste le hizo una señal con la cabeza cargando el arma. El corazón se me iba a salir del pecho. ¿Cuántos serían? ¿Cuatro? ¿Cinco? Se oían demasiados pasos, no podía distinguirlos y apreciar cuantos eran.

Enzo se dispuso a amenazarlos con el arma, y de pronto, dos voces hablaron a la vez que aparecieron por la esquina.

—Esto es un puto laberinto —esa voz me sonó.

—Pues las paredes son preciosas —esa voz me sonaba aún más.

Enzo les apuntó con el arma al tiempo que ellos aparecían, y una serie de gritos y gestos graznaron en el lugar.

—¡Santo Dios! —alzó las manos Declan en un acto reflejo.

—Hey, hey... que somos nosotros —exclamó Dave con las manos alzadas mientras Evelyn y Aliza se llevaban la mano al pecho, abrumadas por el asalto. Y Shamus apareció entre ellas corriendo hacia mí con alborozo. Me agaché estrujándolo entre mis brazos, recibéndolo con la misma euforia.

Enzo bajó el arma poniendo el seguro y lanzó un suspiro con una mirada severa.

—¿Estáis bien? —les pregunté angustiada mientras Shamus me lamía la mano.

—¡No! —saltó Evelyn de los nervios—. Diez tíos súper musculosos estaban persiguiéndonos cuando entramos a este lugar, nos acorralaron ¿y que hizo Dan? Ser el héroe, se los llevó por otro camino para despistarlos —se llevó una mano a la boca mordisqueándose las uñas, mientras miraba el camino por el que habían venido.

Dios. Dan.

Enzo maldijo entre dientes y adelantó un paso perdiendo su mirada preocupada y llena de ansiedad por ese túnel. Me moví hacia él para envolverlo entre mis brazos y hacerle desaparecer su ansiada preocupación, pero me refrené apretando los dientes.

—¿Y por qué no les habéis hecho frente? —les reclamó Enzo a Dave y Declan cuando se giró hacia ellos con brusquedad—. ¿Por qué lo dejasteis solo?

—Iban armados con una CQBR —espetó Dave con irritación—. Hasta tú saldrías pitando si no llevaras un arma —se giró hacia Uriel señalándole—. ¿Me das tu arma, Uriel?

—Toda tuya. Odio estas cosas —se la lanzó y Burke comenzó a revisarla mirando de reojo a Berenice.

—Ya lo conoces, Enzo. No nos dio ni tiempo de impedir que cometiera esa estupidez —le comentó Declan azorado.

—Estamos cerca de un lugar —comentó Berenice pensativa.

—¿Qué lugar? —inquirí curiosa.

—Otros dominios de Tymora y que os ayudarán a tomar un respiro. Creía que esta parte no estaría invadida, pero me equivoqué —se sintió frustrada con ella misma—. Además, desde allí podríamos estar más cerca de la biblioteca. Estamos cerca. Pero antes debo buscar a Dandelion.

—Te acompaño —le indicó Dave guardándose el arma con dominio.

—No, gracias —repuso ella de inmediato, secamente—. Está claro que tú no teletransportas. Y me retrasarías.

Dave se quedó mirándola fríamente.

—Estoy hasta la coronilla de que estés desapareciendo —replicó entre dientes.

—Soy una muerta, ¿recuerdas? —le restregó con altivez levantando la barbilla—. Hago esas cosas.

Los dos se habían acercado tanto que estaba segura que ni se habían dado cuenta. Desafiándose con la mirada. Me puse entre ellos dos cortando su espacio.

—Qué corra el aire —les advertí.

—El aire ya corre, ella está muerta —dijo molesto Dave hacia otro lado.

Le envié una mirada crispada, pero aliviada de que Berenice pasara de su pullita. *Te vas a tragar tus palabras, Dave. Ya lo verás.* Pensé en mi fuero interno.

—CORRED.

El grito de Dandelion nos sobresaltó a todos. Me volví al igual que el resto viendo como él corría hacia nosotros por el camino que habían venido ellos, con un aspecto abrumado y ahogado, con los brazos agitándolos en el aire.

—¡Dan! —dijo con alegría Eve.

—Pues al final los ha despistado —añadió Dave más aliviado.

—¿Por qué corre? —preguntó Declan.

—Oh joder —Enzo dio un paso hacia atrás viendo como todos sus músculos se tensaban al mirar el suelo.

Me di cuenta que Shamus caminaba hacia atrás gimiendo, y con las orejas agachadas, como si se acercara algo malo.

—¡¡Corred!! —nos vociferó otra vez agitando los brazos con brusquedad.

El suelo comenzó con un leve tintineo de temblor. Y un zumbido retumbó contra las paredes como si algo estuviera chocándose constantemente con ferocidad. Parecía como si los pies de Dan estuviesen envueltos en llamas, corriendo a una extrema velocidad. Nadie sabía por qué lo hacía. Hasta que vi la avalancha de agua que se deslizaba detrás de él e iba directa a nosotros con una fuerza arrolladora.

Oh, Dios mío.

CAPÍTULO 24

ADARA

Me quedé paralizada ante lo que vi. Fui incapaz de moverme. Mis ojos se inundaron de esa avalancha de agua que se arrojaba a nosotros a una vertiginosa velocidad. A mí alrededor se generó gritos, jadeos, maldiciones. ¿Cuántas posibilidades teníamos de sobrevivir a esa avalancha?

Pocas.

Cero.

—¡Moveros, maldita sea! —Dan nos alcanzó y se llevó de la mano a una Evelyn paralizada, corriendo con ella.

—¡Salid pitando! —vociferó Burke.

El primero que salió corriendo fue Shamus dejando un rasgo de su ladrido.

Sentí el grito ahogado de Aliza y varios movimientos bruscos a mí alrededor. Incluso noté un empujón sobre mi hombro y a pesar de estar paralizada, sé que no fue con mala intención. Estaba en shock. Quería moverme. Pero no podía apartar la mirada de esa avalancha de agua. Alguien gritó mi nombre con ferocidad. Reconocí esa voz como nunca antes. Y una milésima después una mano agarró la mía encadenándola, y tiró de mí para que alcanzara al resto.

La avalancha se deslizaba chocándose con las paredes con una fuerza arrolladora, dominando el espacio con su fuerza, con su naturaleza innata que presagiaba que arrasaría todo a su paso. Mi cuerpo mientras corría, sucumbía a los temblores del miedo y el pánico. Me dejé los pulmones en correr, esforzando a mi cuerpo a un movimiento que jamás en la vida había hecho. A mi lado, Enzo corría con más vigor, incluso metiéndome más presión a mí para que acelerara y fuera a su ritmo. No tardé en sentir como los pulmones me ardían, pidiéndome que parara porque pronto entraría en colapso con mi cerebro, y los pies me quemaban hasta tal punto que sentía como me hería con las propias botas que trotaban con energía contra el suelo. Aunque no quise hacerlo, aunque lo intenté con todas mis fuerzas, eché la cabeza hacia atrás y mi cara se descompuso, poseyéndome un sentimiento peor que el miedo, ese que intenta que te acobardes y te dejes dominar por lo que no puedes luchar. El agua estaba a unos metros de nosotros, serpenteando con un dominio sobrenatural y supremo.

¡No llegaremos! ¡No llegaremos a salvarnos! Me grité.

Ahugué un jadeo lleno de terror con los ojos vidriosos.

—¡No la mires! —me exigió Enzo sofocado, dándome un tirón en la mano que automáticamente me hizo mirar hacia delante.

Era imposible no mirar atrás y ver lo cerca que estaba. Te llamaba. Te hacía sucumbir para que vieras que ella era más poderosa que tú. De pronto, me di cuenta de que Berenice no estaba entre el grupo. Casi lo agradecí. Aunque sé que era una estupidez pensarlo, porque la avalancha de agua no le afectaría en nada. Ella había tenido la suerte de volatilizarse.

Alcancé junto con Enzo a los chicos.

—¿Y si esto no tiene salida?! —gritó Dandelion.

—Tiene que tenerla —gritó más alto Enzo.

Quise creerle. Aferrarme a la posibilidad de que saldríamos con vida de esta.

—¡¡Por aquí!! —vi a lo lejos como Berenice nos hacía una señal con el brazo—. Esta zona será segura.

Mi corazón brincó sintiendo una sonrisa bailando entre mis labios resecos.

—¡Allí está Berenice! —dije con la voz rasposa al sentir la garganta reseca.

Y todos nos dirigimos hacia ella.

—¿Cómo sabe que es seguro? —saltó Burke.

A la mierda cómo lo sabía. Lo importante era que ella sabía que allí estaríamos a salvo.

El ladrido de Shamus guió mis ojos hacia él. Y cada músculo de mi cuerpo se quedó rígido al ver como tomaba otra dirección, alejándose de la que era segura. Se desvió hacia otra entrada de túnel y del lugar donde nos quedaríamos resguardados de la avalancha.

Mi cuerpo se impulsó.

—¡Shamus! —me desprendí del agarre de Enzo y salí detrás de él sabiendo que había sido el disparate más loco de mi vida.

—¡¡Adara!! —me gritó él con fiereza.

No me siguió. Y era lo mejor. Nunca le echaría en cara que prefiriera seguir al resto antes que a mí. Incluso agradecí como plegaría que escogiera el camino sensato antes que el mío lleno de locura. Pero no me detuve. Perseguí a Shamus apresurada intentando frenarlo, le grité varias veces que se detuviera, pero cuando me di cuenta de que no tenía que detenerse al sentir el agua como se había desviado por este lado, chocando contra las paredes con brutalidad, haciendo que su susurro estremecedor y burbujeante llegara a mis oídos, supe que era correr o morir. Y le apremié a Shamus a que corriera más deprisa. Tal vez él había olfateado otro lugar más seguro. Tal vez no estábamos tan perdidos. Tal vez encontraríamos el lugar en el que sobreviviríamos.

No fui consciente de donde me estaba metiendo hasta que vi lo que tenía delante de mis narices. *No puede ser*. Me grité. Parpadeé un par de veces rogando que fuera una ilusión. Pero no desaparecía, incluso se hizo más visible a medida que me acercaba. Solo había un maldito muro al final de este pasillo del túnel. Estaba atrapada. Estaba muerta. Un gímoteo se escapó de mis labios.

Solo dos alternativas me saltaron a la vista. La primera; aceptar la decisión que tomé al seguir a Shamus. Y la segunda; no rendirme y buscar en esos precisos y cortos segundos algo que me haría salir de aquí.

Mis pies se trabaron con algo que había sobre el suelo y tropecé cayéndome de bruces. Me raspé las manos al tener el reflejo de apoyarlas primero, haciéndome daño en las rodillas. Con el aire atascado en mis pulmones y sintiendo como me ahogaba, levanté la vista viendo a Shamus detenido con la lengua sacada, mirando el muro azulado. Apreté los labios. No había salida. El rugido de la avalancha de agua se abalanzó hacia mí y me quedé de rodillas ese eterno instante, esperándola. Si iba a morir. Prefería ver de frente a la muerte.

Me levanté haciendo una mueca de dolor y me di la vuelta.

Me quedé como una piedra. La sangre abandonó mi cuerpo notando el retumbe de mi corazón en los oídos.

Enzo. ¡Era él!

Corría hacia mí con el agua detrás moviéndose ferozmente. Me había seguido. No prefirió salvarse con los demás. ¡Por qué lo había hecho! Sus brazos y piernas estaban sincronizados a una velocidad de vértigo, esforzó su cuerpo oyéndole soltar un gruñido-grito para impulsarse más, moviéndose como un verdadero atleta que se dejaba los pulmones en hacer los primeros cien metros lisos. Mi corazón se detuvo un latido al ver como el agua casi lo alcanzaba triplicando su

velocidad. Por más que Enzo corría dejándose la piel, ella parecía más rápida.

Un estridente ruido procedió del techo de mi cabeza. Y di un brinco levantando la cabeza, fijándome en como de una abertura, una compuerta de piedra estaba bajando para cerrar este acceso.

Palidecí.

—¡Enzo! —mi grito se desgarró resonando en el lugar al ver que no llegaría a tiempo—. ¡Corre!

Miré hacia Shamus que ladraba hacia Enzo como animándolo a que corriera más. Y entonces lo supe. No llegaría a tiempo. La compuerta de piedra se cerraría antes y él quedaría atrapado en la avalancha de agua.

Tomé una decisión. Y me daba igual si era la correcta o la más loca del mundo. Él ya lo había hecho antes. ¿Por qué yo no podría hacerlo? Elegí quedarme con Enzo, antes que elegir cualquier otra opción sensata que me apartara de su lado.

Morir con él era algo a lo que siempre había optado. Mi vida sin él no tenía sentido y lo supe desde que se quedó con mi corazón esa mañana en el muelle de Roundstone.

Incliné mi cuerpo con los puños apretados, decidida a dar el paso al ver que la compuerta estaba por la mitad. Alcé levemente la cabeza. Y nuestros ojos se cruzaron. Su expresión salvaje, estrangulada y agobiada pasó a transformarse en la más aterradora. Captó lo que iba a hacer. Sus ojos aterradores, oscuros, feroces y autoritarios me gritaron «no». Él sabía que no le iba a hacer caso. Aquella intensa mirada se clavó en la mía.

Su mirada decía mucho más de las pocas palabras que expresó a continuación.

—¡No lo hagas, ni se te ocurra! —su voz rugió como un animal, atronando entre las paredes. Exigente. Inflexible. Autoritario—. ¡Quédate ahí!

Negué con la cabeza más firme en mi decisión. No tenía miedo de enfrentarme a la muerte, estar cara a cara, si era a su lado. Y justo en el momento que avancé un paso para ir al otro lugar que sin duda nos mataría a los dos... la velocidad de la compuerta se hizo más rauda y en un nanosegundo me quedé atrapada en el lado seguro, sin darme tiempo a quedarme al otro lado, con él.

Me choqué contra la compuerta con la mirada vidriosa y ahogada. Tardé lo mío en procesarlo todo, quedándome paralizada.

—Nooo —grité de dolor, doblándome—. No. No. No. —golpeé la compuerta haciéndome daño en los puños, llorosa e impotente.

El impacto estruendoso que sentí al otro lado me hizo dar un alarido echando un paso hacia atrás. El agua había alcanzado la compuerta y había arremetido con fuerza contra ella. Mis hombros se sacudieron sintiéndome marchita, desolada y rota en mil pedazos. Con la impotencia, la rabia y el dolor trepando por mi corazón para hacerlo sangrar.

Esa avalancha habrá alcanzado a Enzo.

Me llevé una mano a la boca con las lágrimas cegando mis ojos.

Y entonces no sé cómo fue. Pero lo vi en mis ojos. Fue como una revelación. Como si hubiese estado al otro lado para presenciarlo todo. Vi a Enzo no llegar a tiempo cuando la compuerta se cerró. Sus pies terminaron por cesar de correr al saber que ya no tenía sentido, con su cuerpo temblando exhausto, y en el mismo instante que se detuvo, cerró los ojos aceptando su destino, y la avalancha furiosa de agua lo arrasó con ella, golpeándolo una y otra vez sin piedad. El agua escaló el nivel superior del techo dejándolo sin espacio, ahogándolo hasta arrebatarse la vida.

CAPÍTULO 25

ADARA

Salí de esa revelación y de mis labios se escapó un lamento que cerró mi garganta.

—¡¡Enzo!! —grité llena de un perpetuo padecimiento, pasando mis manos con brusquedad por la compuerta. La arañé. La golpeé. Creo que me partí una uña, no lo sé. El dolor físico no era ni de lejos como el emocional—. No, cariño. Tú no. Tú no —me dejé caer arrodillada contra el suelo con el cuerpo inclinado.

Mi mundo se desmoronó. La cabeza me daba vueltas. Iba a vomitar. Sentí la bilis subir por la garganta, quemándome. Sofoqué un jadeo y luego otro, era como si alguien me estuviera comprimiendo el pecho, lo aplastara a modo de saña. Y fue en ese momento que me di cuenta que las mentiras y los secretos se habían quedado reducidos a la nada. Qué no importaban. Sé que no tenía ningún derecho a guardarme esos secretos. Pero también sé que tuvo una razón para hacerlo. Ahora lo sé. Debí dejar que se explicara.

Y ahora él estaba muerto.

Me lo imaginé al otro lado de la compuerta, sumergido bajo el agua, ahogado, sin un latido de vida. Los jadeos se volvieron sollozos y las lágrimas bañaron mi rostro pálido y demacrado.

«Tú eres la luz de mi existencia, Adara. Sin esa luz, no soy nada.»

Sus últimas palabras, cálidas, tiernas, protectoras, amantes de mi amor, recobraron fuerza, y el dolor salió a borbotones, doblándome de un dolor que nunca antes había padecido en la vida.

Poco después sentí como alguien me movía el rostro. Sentí el hocico de Shamus que gemía intentando llamar mi atención.

Lo miré llorosa con los labios temblándome.

—¿Por qué Shamus? ¿Por qué tuviste que desviarte? —le reclamé con la voz baja sacudiéndose mi pecho—. Está muerto.

Él se sentó sobre sus cuatro patas y torció la cabeza en un gesto de confusión. Y aulló. Sé que no le gustaba verme llorar, por eso siempre me lamía el cuello y no paraba de pedirme a su manera que cesara el llanto. ¿Pero cómo podré cesarlo? ¿Cómo podré cesar el dolor que me estaba matando por dentro?

Mi corazón no dejaba de sangrar.

Me abracé las rodillas y quise dejarme vencer por el dolor, porque no podía apartar de mi cabeza ese momento donde nuestras miradas se cruzaron por última vez, y cuando esa revelación me hizo ver su muerte.

No podía creer que mis últimas palabras hacia Enzo fueran: *«Quiero que hagas una cosa, Enzo. Qué dejes de sobreprotegerme, de pensar en mi seguridad. Déjame respirar. Déjame mi espacio. Ya no más. Estoy harta.»*

Hipé descontrolada. Oculté mi rostro entre mis rodillas, sacudiéndose mi cuerpo por el llanto. No lo pensaba de verdad. Solo estaba dolida y sé que eso le heriría. Sé lo cabezota y protector que era, y por eso se lo dije. No lo pensaba de verdad. *¿Cómo pudiste hablarle así?* Me recriminé odiándome.

Me bajó la presión sanguínea de golpe y me sentí débil, intenté ponerme de pie un par de veces, pero mi mente embotada y los mareos no me dejaban. Al cuarto intento me apoyé contra la

compuerta, y sentí como si me quemara. Retiré las manos mirándola fijamente. Ni siquiera se había filtrado una maldita gota de agua, o sea que estaba preparada para obstruir en casos como éste. Levanté una mano llena de rabia para golpearla, sin importarme si me fracturaba la mano contra esa sólida y dura piedra. Necesitaba sentir todo el dolor que me permitiría amasar mi corazón herido y roto.

Pero no lo hice. Terminé por dejar caer mi brazo sobre mi costado. Porque sé que a Enzo no le gustaría, que lo sacaría de sus casillas si me veía herida, que lo dejaría atormentado. Casi podía imaginarlo a mi lado reprendiéndome y a la vez siendo tierno y protector.

—*¿Estás loca? —su voz estaba ansiada, turbada, y tiró de mi mano cogiéndola con suavidad, y revisándola con premura—. ¿Cómo se te ocurre golpear la compuerta? —me riñó.*

—*No lo pensé —sería lo que le diría.*

Ladeó una sonrisa que fulminó mi corazón mirándome con esos ojos grandes y grises que conquistaron mi corazón.

—*Tú siempre tan temeraria —abrió la palma de mi mano y depositó un beso contra ella. Respiré hondo al sentir la caricia de sus labios que me produjo un cosquilleo de sensaciones, y luego comenzó a besar mis nudillos como si con ello hiciera desaparecer esa molestia que tenía tras golpear la compuerta.*

Abrí los ojos y me di de bruces con la realidad que arañó cada trozo de mi corazón. Mirando mi lado lleno de su ausencia, vacío, frío e inerte. Sin Enzo. Sabía que imaginar a Enzo solo me produciría más dolor. Mucho más.

Transcurrieron segundos o quizás minutos, antes de despertar de ese letargo al que el dolor me había hundido. *No. No me quedaré aquí.* Decidí, restregándome las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano. Tenía que salir de aquí y volver a ese lugar. Me daba igual que estuviera plagado de agua, yo quería ver su cuerpo. Me abracé desconsolada y hecha añicos. Me negaba a creerlo. La vida no podía arrebatarme a Enzo de esa manera tan despiadada y sanguinaria. *No puedo. Él no está muerto.* Me susurré temblando de dolor.

Caminé hasta el final del pasillo revisando el muro. Por desgracia no encontré nada sospechoso y lancé un grito de rabia. Dejé mis manos en las caderas volando mis ojos por ese pasillo cerrado.

¿A qué habrá venido eso de que una compuerta se active y protegiera este lugar?

Mi marca de la nuca me dio tal latigazo que ahogué un gemido llevándome la mano al cuello, posándola con suavidad al sentirme febril. *Dios, es lo último que me faltaba.* Pensé irritada. Levanté la vista intentando mitigar los batidos de dolor que a medida que transcurrían los segundos, cesaban para quedarse solo como una pequeña molestia.

Paseando mi mirada por el lugar, vi algo diferente en una de las paredes mineralizadas. Era un trozo que resaltaba bastante. Esta era distinta —y no sé cómo pasé de ella—, porque no estaba llena euclasa, sino de una lisa pared de piedra de color negro. Me acerqué a ella observando tallada en la piedra un símbolo. Lo examiné a fondo. Era el símbolo celta *Awen*. Pasé mi mano por ese símbolo llegando a los tres puntos de arriba. Y el roce de mis manos tuvo que tener algún efecto o algo, porque un estruendo retumbó en el lugar haciendo que diera un paso hacia atrás, asustada. Después de que el ruido cesara, al lado del símbolo se abrió un trozo de pared dando paso a otro pasadizo iluminado de azul. Dudé al principio. Pero las opciones eran escasas. Y no pensaba quedarme quieta en este infierno de lugar.

Pasé sintiendo a Shamus colarse entre mis piernas y verlo olfateando el suelo.

Ese pasillo era estrecho, mis brazos chocaban contra las paredes que no tenían tanta

iluminación como las del túnel que dejaba atrás. Por momentos lo único que quería hacer era dejarme derrumbar por la pena y el dolor, porque no podía dejar de recordar como esa maldita compuerta a mí me salvaba y a Enzo lo dejaba con la avalancha. Respiré hondo con las lágrimas en los ojos para no agobiarme por todos los vaivenes emocionales que me golpeaban y que gritaban por salir, y seguí el largo y estrecho pasillo para descubrir adónde malditamente me llevaba.

Luego de un par de minutos atravesándolo, desembocó en lo que parecía otro de esos túneles subterráneos. Con varias direcciones en las que no sabes cual escoger. ¿Por qué todos estaban calcados? Solo que esta parte tenía un aspecto más lúgubre y descuidada. Había miles de telarañas por las paredes y los techos, y la tierra estaba quebrada dejando algún que otro socavón a la vista.

Tomé un suspiro resignado y caminé deprisa intentando dar con una salida, teniendo cuidado de no dar un mal paso. Más bien seguí a Shamus. Creo que, en mi estado de zombi embotado, no sabía dónde me dirigía y me sentía mucho más segura que me guiara él.

Llevaba tiempo encontrándome mal. Desde hacía unos cinco minutos. Mi cuerpo temblaba a cada paso y no entendía por qué. No tenía frío, sé que tampoco tenía fiebre, es solo que no podía dejar de temblar. De pronto, algo gélido rozó mi nuca y salté dándome la vuelta, exhalando un jadeo. Mis ojos desorbitados buscaron quién me había soplado en la nuca. No vi a nadie. Me fijé en Shamus. Parecía tranquilo. Esperándome para seguir.

Joder.

Me froté la nuca y continué caminando.

No pasó más de dos minutos cuando volví a sentir ese gélido aliento en mi nuca mucho más intenso, y mi cuerpo se convulsionó al notar como si unas manos lo rozaran para apresarme. Esta vez grité al oír un susurro inaudible rozando mi pelo, rebotando mi grito entre las paredes que hicieron eco. Y me giré sobre mis talones asustada con el corazón en la boca.

Lo único que se escuchaba era mi jadeosa respiración, buscando como una loca eso que no paraba de sentir revolotear a mi alrededor. Tragué saliva con trabajo sintiendo la garganta reseca, caminando de espaldas.

¡Qué estaba ocurriendo aquí! Empecé a respirar con dificultad sintiéndome presa del miedo. Tras otro paso que di, arrastrando los pies, ese susurro volvió, y luego otro seguido. Como si intentaran volverme loca de remate.

—Joder —me quedé con los hombros encogidos—. ¿Quién anda ahí? —mi voz titubeó.

Vaya pregunta. Me dije. Ojalá fuera Berenice con una de sus bromas. Pero ella ya no le daba por aparecer de la nada y darme sustos en los que podían acabar en infarto. Además, ella no jugaría así conmigo y con mi salud mental.

Las paredes comenzaron a tintinear apagándose la luz azul y me quedé inmóvil al ver como la luminosidad se reducía. Sacudí la cabeza acelerando mis pasos. ¿Y por qué Shamus estaba tan tranquilo?

La luz azul de repente se apagó y grité quedándome quieta. Shamus ladró y sentí su cabeza topando mis rodillas, me incliné hacia él aferrándome a su pelo, aferrándome a algo real y que me daba fuerzas. Era el único que me hacía sentir segura y a salvo. *Segura y a salvo.* Me dije con el corazón hecho trizas. Eso siempre me pasaba con Enzo. Apreté los labios casi quebrándome en dos al pensar en él. Estaba cagada de miedo, era un hecho colosal. Era como si este lugar no quisiera que llegara a Enzo.

Y pensé en ello al tiempo que la luz volvió, pero más tenue, emitiendo sombras en el entorno

que dificultaban la visión. Estaba por tomar el camino de la derecha, cuando algo se deslizó en el largo túnel que tenía delante. Fruncí el rostro escudriñando con la mirada al ver al fondo del túnel una figura de mujer. Al ver sus ropajes pensé inmediatamente en Berenice, y casi corrí hacia ella llena de alivio, pero me frené en seco al darme cuenta de un par de cosas. Primero. Shamus no parecía captarla. Ni siquiera corrió hacia ella como en otras ocasiones. Y segundo. Su vestido largo era gris, haciendo que su piel pálida contrastara con la ropa. Con su cabello blanco largo y abundante cayendo por sus hombros. Se la veía frágil, marchita. Era el aspecto que más representaba. Tenía las manos sobre su rostro inclinado hacia el suelo, y estaba gimoteando. Un escalofrío me recorrió la columna. Di tres pasos más y su llanto se redujo como si hubiese captado mi presencia. Mi instinto de supervivencia se activó, y no me quedé allí para ver si era mi maldita mente jugándome una mala pasada o que en verdad en este lugar había algo malo que deseaba atacarme.

Fue en ese momento donde Shamus gruñó como advertencia y yo salí corriendo en dirección al otro túnel, dejándome el alma en alejarme de ella. Las paredes volvieron a tintinear reduciéndose su luz. Noté un trote constante detrás de mí y supe que era Shamus quien me seguía. La respiración se me colapsó, y sentí un vértigo que me superó, y las ganas de vomitar me golpearon el estómago. Me dije una y otra vez que no me detendría por más que mi cuerpo me lo suplicara. La sentía muy cerca. Estaba sintiendo de nuevo ese gélido aliento, ese susurro que no se entendía nada.

Corrí sin descanso, intentando poner mi vida a salvo.

Y la luz de las paredes se redujo quedándome a oscuras.

¡No! Supliqué.

Gemí aterrada.

Y de pronto choqué contra un muro con la oscuridad haciéndome su presa. El aire se ahogó en mis pulmones al darme cuenta de que era un muro de piel, fuerte y musculoso. Cuando esa masa muscular me agarró de la cintura para aprisionarme, entré en pánico. La oscuridad jugaba a su favor al cubrirlo con su velo y no dejarme ver quien me estaba inmovilizando. Peleé contra él, me sacudí como una gata gruñendo y jadeando. ¿Y Shamus? ¿Por qué no le atacaba? Mis labios querían pronunciar el nombre de «Enzo». Qué lo derribara, que sacara al Mac tíre para protegerme. Pero la realidad fue cruda, fría, letal. Él no estaba aquí para protegerme. Para salvarme una vez más. Y darme cuenta, me desgarró el alma agitándose como una salvaje contra quién me tenía presa.

BERENICE

Respiro lentamente. Mi pecho subía y bajaba. No a un ritmo normal. Pero sí como si estuviera viva. Nunca lo entendí.

Intenté alejar mis sentidos de esos sonoros latidos del corazón, que, aunque era un latido por minuto, los escuchaba como míos. Los había puesto a salvo, o al menos a casi todos. Mi cabeza no dejaba de pensar que en el último momento Enzo se desvió para llegar a Adara, y yo no pude hacer.

Pero ahora había surgido un pequeño incidente.

—Dios Aliza —se arrodilló a su lado Declan con el rostro descompuesto—. Está perdiendo mucha sangre —gritó asustado.

Tenía razón. Y yo solo podía observarlos impotente. Porque no podía hacer más por ellos. La

debilidad me había ganado sintiendo como si mi cuerpo se desprendiera y quisiera desaparecer. Aliza estaba tirada sobre la tierra con su cuerpo pálido, su cara aún más, con un charco de sangre por debajo de su cabeza, sobresaliendo por su pelo dorado como el sol. Todo había sucedido muy rápido. Los había alejado de la avalancha de agua, guiándolos por las zonas más seguras. Tal y como calculé que sucedería. Nos quedamos en la sección de túneles donde las compuertas de seguridad se activarían. Los llevé hasta una escalera en forma de espiral que subía y que nos acercaría más a la salida. Pero no estudié que esas escaleras de piedra estaban casi derruidas y que era peligroso subir. Y en algún momento Aliza debió de pisar un escalón roto y perdió el equilibrio. Su cuerpo se deslizó veinte escalones abajo. Y el primero en socorrerla fue Declan.

Ví cómo se arrancaba las mangas de su camiseta negra dejando más resaltados sus bíceps, amontonando la tela con cuidado para taponar la herida.

—No la muevas —le dijo Dan, revisándola.

—Hay que verle la herida —aseguró Uriel.

—Tengo que sacarla de aquí —Declan sonaba totalmente desesperado.

Mi plan había fracasado. Había intentado ayudarlos y no había hecho más que empeorar la situación y ponerlos más en peligro. Me encontraba lo más lejos de ellos, apoyada contra la pared de euclasa bañada de una luz azul muy tenue, pero brillante y preciosa.

—Se ha hecho una brecha en la cabeza —exclamó con pánico Evelyn al otro lado del cuerpo de Aliza—. ¿Aliza? Me escuchas. ¿Aliza!

Pero Aliza... oh, pobre chica. Llevaba inconsciente desde que se cayó por las escaleras.

Estábamos a un paso de salir de aquí. Tenía que decirles que nos moviéramos. Qué hicieran un esfuerzo más. Aliza tendría donde recuperarse si nos alejábamos lo antes posible de aquí.

Observé como Dandelion y Evelyn se apartaban hablando sobre Enzo y Adara, angustiados y preocupados porque tomaran un camino diferente con Shamus. Dios mío, ellos. Cerré los ojos e intenté dispersar mis sentidos para sentirlos más allá de estos metros.

Quise gritar frustrada.

Nada.

Estarían lo suficientemente lejos para no sentirlos.

—No vas a dejarme —giré mi cabeza hacia ese susurro que escuché de Declan, tan cerca del rostro de Aliza. Tenía una mano de Aliza cogida contra su pecho, mientras la otra la deslizaba sobre su tibio rostro acariciándola con delicadeza—. Puedes odiarme. Puedes despreciarme. Pero siempre estaré aquí. Contigo. Dios no va a permitir que te alejes de mí.

Ella lo odiaba. Él no. Declan sentía una devoción por Aliza que iba más allá de todo lo puramente imperfecto. Traspasaba barreras. Tiempos. Quién no lo viera era un ciego y un tonto. Pero yo no sé por qué, si se amaban tanto —o al menos uno de los dos albergaba aún ese sentimiento— él terminó siendo cura. Estar muerta tenía sus ventajas. Me hacía ver el interior de las personas. Sé quién miente. Quién dice la verdad. A no ser que esa persona fuera muy buena disfrazando sus sentimientos. Entonces yo solo sentía como si tuviera un espejo delante y el reflejo de esa persona rebotara sobre mí, solo dejándome ver su aspecto exterior.

—Hey, chicos —revoloteé alrededor de ellos intentando que me prestaran atención—. Tenemos que movernos.

Me di cuenta en vano que no me escuchaban, otra vez lo había olvidado que ni siquiera podían oírme. Era tan frustrante que no me vieran.

—Yo te veo, Berenice. ¿Por qué no me hablas a mí?

Oírlo hablar consiguió que mi cuerpo automáticamente —sin que yo lo consintiera— se girara

hacia él. Odiaba que pronunciara mi nombre. Magnéticamente algo me seguía conectando a él. Había intentado pasar de sus incesantes miradas desde que nos hemos detenido, pero no podía evitar todo lo que me hacía sentir cuando me sumergía en esos profundos ojos verdes.

Sí, sentir. Estaba entre la vida y la muerte. Y Tymora se encargó bien de que toda emoción y sentimiento siguieran arraigados en mi cuerpo. ¿Para castigarme? No lo sé. Pero era una tortura. Y más desde que sé que él había vuelto.

—Tú me odias —le recordé intentando sonar firme.

—No te odio —me respondió de inmediato con una mirada dura.

—¿Ah no? —intenté comportarme, pero con él era imposible. Sacaba lo más irritante de mi aspecto de muerta—. Llámame *Muerta*. Creo que se te da mejor.

Me duele cada vez que salía de sus labios. Y es algo que ni siquiera debería importarme. Yo estaba muerta. Solo bastaba mirarme más de un segundo para saber que no pertenecía al mundo de los vivos. Y eso debería ser lo suficientemente válido para serle indiferente. Él no recordaba nada de su anterior vida. Y tal vez fuera lo mejor. Qué no me recordara. Tal vez fuera mejor no hablarle de que fui su mujer, su esposa, en otro tiempo, y decirle otra mentira. Dejé escapar un jadeo debilitado cuando dio una zancada hacia mí y su cuerpo se quedó a centímetros del mío. Yo podía sentirlo. Su calor, su masculinidad, cada fibra de su piel. Hasta como su respiración caliente se colaba en lo poco que mostraba de mi pecho desnudo. Pero sé que él a mí no podía ni siquiera sentirme. Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos, intentando no flaquear en mi determinación de ser fuerte delante de él.

Me gustara o no, podía ver como ese bloque de hielo se erguía más sobre nosotros.

—Creo que no te das cuenta de por qué estoy tan cabreado contigo.

—Dímelo —eso pareció una súplica. *Eres idiota, Berenice*.

Sus ojos abrasadores recorrieron mi cuerpo, llenos de algo que no supe captar y de nuevo atrapó mi mirado dejándome sin aliento.

—Siento mucha rabia por no poder tocarte —endureció su mandíbula por la hostilidad, con unos ojos cegados de rabia—. Cada vez que intentas huir de mí, solo quiero cogerte del brazo, girarte hacia mí y...

Se calló de golpe, repasó una mano por su cara como si hubiera perdido la cordura y se alejó unos pasos farfullando algo intangible. Ojalá me hubiera puesto colorada, así sabría cuánto me habría afectado sus palabras, pero eso nunca llegó a suceder.

Lo seguí con la mirada sobresaltada por esa reacción.

¿Y qué? ¿Qué más? Quise gritarle.

Pero en el fondo de mi muerto corazón sabía la respuesta. No tenía por qué decirla en voz alta. Y lo mejor que había hecho era alejarse.

—Voy a buscar a Enzo y Adara —le aseguré al cabo de un minuto.

—Tú no te moverás de aquí —me exigió él con dureza girándose para retarme con ese carácter tan cerrado—. ¿Crees que no me doy cuenta de que te sientes débil?

Su preocupación era falsa. No sé qué intenciones tenía, pero quería que parara. Lo miré dolida.

—Tú no mandas sobre mí —me moví por el lugar para hacerle ver que me encontraba bien; aunque no era del todo así.

—A esto me refiero —soltó sulfurado—. Ahora mismo desearía poder acercarme y poder detenerte.

—Pero no puedes —logré decir en un susurro porque mi voz se quebró.

Él musitó algo que no logré escuchar y se marchó hacia Declan, encogiendo su rostro al ver más pálida a Aliza. Ahora centraban toda su atención en ella, eso debería haberme hecho sentir aliviada, pero fue todo lo contrario.

Perdí la mirada por el túnel. Tragué aire para deshacerme del nudo que se cerró en mi garganta. Mi *lealtad* con Enzo y Adara era mucho más fuerte que cualquier otra cosa en la Tierra. Incluso había desafiado a Tymora. Todas estas décadas de sumisión y obediencia con ella, y llegaron ellos y me hicieron cambiar.

Pero ahora mi prioridad era sacar a sus amigos de este lugar. Sé que ellos me lo pedirían por encima de cualquier cosa. Incluso si sus vidas pendían de un hilo.

Solo esperaba que Enzo y Adara, e incluso Shamus, se encontraran bien y a salvo.

CAPITULO 26

ADARA

—¡Suéltame! —le grité en una súplica.

Sus brazos eran como cadenas que me aprisionaban y no tenía alguna intención de soltarme. Comencé a sentir como mi corazón se desbocaba sobre mi pecho, doliéndome a cada latido. Su forma de presionarme contra él se hizo más intensa, notando bajo mi delicada piel como sus músculos se endurecían por el esfuerzo de sujetarme. Exhalé en un quejido lloroso, dándome cuenta de quién era en realidad. Y entonces antes de que él soltara alguna palabra, mi cuerpo reaccionó a su roce apagando a la loba que intentaba golpearlo y deshacerse de su cadenada prisionera.

La carne se me puso de gallina.

A mis ojos acudieron las lágrimas rápidamente.

—Adara tranquila —esa voz llena de ansiedad y terror mermó mis ataques, sintiéndola muy cerca de mi oído—. Soy yo. Estoy contigo.

No haberlo reconocido en el primer momento fue una de las cosas que más me dolieron en lo más profundo de mi corazón. Me reprendí severamente, haciéndome cuestionar mi capacidad perdida por no haber reconocido el tacto de su piel, su forma de tocarme. ¿Es que me había vuelto majareta para haber perdido ese don de reconocerlo? Dejé de sacudirme casi echándome a llorar, reposando mi rostro contra su hombro, intentando respirar con normalidad mientras sentía como su mano ascendía y descendía sobre mi alborotado pelo. Me temblaba el cuerpo entero, con los músculos doloridos por la lucha. Su cuerpo también respondía de la misma forma, sintiendo su respiración brusca y acelerada chocando contra mi cabeza. En plena oscuridad, mis manos rozaron su rostro, lo trazaron, cada cincelado rasgo varonil y perfectamente esculpido como un ángel caído. Rocé su barba pinchosa y gemí rota.

Se me cayó el alma a los pies, pero volví a renacer.

Y la luz volvió sobre los túneles, todavía con un leve parpadeo. Pero resplandeció en el lugar con la luminosidad suficiente para verlo. Sus ojos y los míos chocaron en ese momento. Y me quedé asolada y con el corazón hinchándose de una emoción desbordante. Sollocé de alivio cuando lo vi de una pieza, sin cortes, heridas o más contusiones de las que tenía sobre su piel. Estaba hecho un desastre; como yo. Pero estaba vivo. ¡Vivo! Aun cuando la mente no paraba de trabajar a marcha forzada, me di cuenta de que sus ropas estaban secas. ¿Entonces la avalancha no le dio?

Estaba pálido, asaltado por las emociones más aterradoras, pero perfectamente firme considerando el calvario que habíamos pasado.

—Enzo —balbuceé con la voz quebrada.

El ácido que sentía sobre mi pecho perforándome en el corazón desapareció sintiéndome plena y dichosa. Mis manos pasaron por su torso mirándolo de los pies a la cabeza porque no me lo creía. No podía creer que estuviera aquí. Las lágrimas acudieron a mis mejillas borrándose mi visión, y su rostro endurecido se resquebrajó al verme llorar.

—Creí que habías muerto —mi voz se apagó, muerta de miedo.

—No —sacudió la cabeza enjugándose las lágrimas—. La muerte jamás podrá darme caza —

inhaló fuertemente sintiéndome en el cielo como me acariciaba las mejillas—. Justo cuando se cerró la compuerta vi en la pared una grieta lo suficientemente grande para mí que daba a otro lugar. Pude salvarme.

Cogí una bocanada de aire sintiendo como mi corazón volvía a latir de vida tras escucharlo.

Había tantas cosas que quería decirle. Una de ellas es que me perdonara por cómo lo traté antes. Qué no me importaba si había más secretos. Quería decirle que no me importaba en lo absoluto, si quería guardármelos por mi bien, que lo hiciera. Sé que en algún momento de nuestra relación él daría el paso para confesármelos. Lo sé porque así me lo dictaba el corazón.

Pero mis palabras nunca salieron de mi boca. Su rostro de nuevo se había transformado. En uno más fiero y ávido. Sus ojos se oscurecieron de un deseo salvaje, hambriento, necesitado... que solo yo podía apagar. Y supe que necesitaba. Mi corazón se puso como loco.

Su pecho subía y bajaba con velocidad.

—¿Qué ocurre? —le expresé en un susurro.

Negó con la cabeza como si no pudiera expresarlo con palabras. Sus ojos se ahogaron en lo más hondo de un deseo lleno de fuego que me dejó temblando, esperando. De su boca salió un gruñido suplicante como si no aguantara más. Y sus labios se estamparon contra los míos, envolviéndome con sus brazos que eran mi más absoluta protección.

Todo mi cuerpo volvió a la vida por segunda vez, el corazón se me disparó por el beso y sentí como un ardiente fuego me devoraba de sensaciones que solo me hacían sentir más viva. Ese era el efecto que tenía Enzo en mí. Me devoró la boca con desesperación, posesivo, salvaje y lleno de un anhelo doloroso, palpitante, ferviente. Se me escapó el aliento entre sus labios cuando sus manos se anclaron en mis caderas y los dos caminamos al unísono sin dejar de besarnos con desesperación. Lo que sentí un momento después fue mi cuerpo contra la pared brillante, chocando su cuerpo contra el mío, rozándose ardiente, vehemente, hambriento. Sé que con este beso me decía cuanto miedo había pasado después de que esa compuerta nos separara, y le devolví el beso con la misma intensidad. Perdí la cabeza, la noción del tiempo, no me importaba el peligro o donde estábamos... solo me importaba él. Como me besaba, como poseía mi boca, y como su cuerpo consumía al mío en un deseo voraz que me estaba desintegrando.

Estaba atrapada por el fuego de su beso. Lo necesitaba desesperadamente. A él. Metí mis manos por debajo de su camiseta tocando su piel tersa y caliente. Mi roce contra su piel lo volvió loco, exclamó un «joder» en mi boca y su lengua acarició la mía, haciéndome gemir tras tomar entre sus dientes mi labio inferior suavemente. Bebió la lágrima que se coló entre nuestros labios. Era mía. Suya. No lo sabía. Mis manos metidas dentro de su camiseta descendieron, rozando la hebilla de su cinturón.

Todo el cuerpo de Enzo se puso rígido tomando el control absoluto de la cordura que a mí me faltaba. Separó bruscamente sus labios de los míos, y apoyó su frente contra la mía. Los dos mezclando nuestros alientos y buscando como respirar. Excitados. Anhelados. Atormentados. Enfebrecidos por la pasión. Claro que me detuvo. Él tenía más cordura para saber que aquí era una locura tener sexo. Apoyé mis manos temblorosas en sus brazos musculosos, buscando la manera de recomponerme. *Dios bendito. Besos así son los que me devuelven a la vida.* Me dije con el cuerpo sucumbido por el deseo y los temblores. Estaba totalmente vestida pero nunca antes me había sentido tan desnuda. Intenté hablar en un par de ocasiones, pero mi voz se atascaba en la garganta al sentir que aún no podía hablar.

Me llevé una mano a mis labios hinchados sintiendo mis mejillas ardiendo más que nunca, mientras observaba a Enzo respirando salvajemente sin despegar su mirada del suelo a la vez que

se mesaba el cabello.

—Lo siento, yo...

Levantó la cabeza atrapándome su mirada brillante de una pasión que lo estaba consumiendo; como a mí.

—Jamás te disculpes por desear hacer el amor con tu marido —me pidió con la voz grave que tanto me ponía después de un beso. Me miraba con el alma desnuda, dándomela a mí—. Dios Adara, no hay un puto segundo de mi vida que no desee hacerte el amor. Pero lo único que te pido, no, te exijo... es que pienses en las consecuencias de tus actos.

Espera. ¿Qué? ¿Eso que significaba?

—¿Qué actos? —aún estaba tan perdida por el deseo que no entendía nada.

—Joder Adara —se apartó de mi cuerpo, ofuscado, y gruñó repasando una mano por su pelo. ¿Por qué se distanciaba? No me gustaba, no después de pasar el calvario más doloroso de mi vida al creer que lo perdía, necesitaba más que nunca sus caricias. Cuando me miró, sus ojos destilaban furia, el deseo había desaparecido—. No vuelvas a hacerlo, Adara. Nunca más.

—¿El qué? —mi respiración volvió a regularse.

—Nunca más vuelvas a cometer una imprudencia que podría haberte costado la vida —mi cuerpo se sacudió tras gritármelo muerto de pánico—. ¡Has podido morir!

—¡Y tú también! —le reclamé malhumorada por su pronto irascible temperamento.

De hecho, estaba a punto de contarle lo que vi sobre él, lo que pareció tan real, esa visión o lo que fuera, pero no me dejó.

—¡Mi vida no vale una mierda comparada con la tuya! —me replicó con brusquedad. El estómago se me revolvió de solo oírlo y casi lo abofeteé por decirlo como si fuera verdad. Apreté los puños contraída por una emoción de rabia—. ¿Crees que no vi que querías pasar al otro lado? No permitiré que vuelvas a cometer una estupidez de nuevo —su voz autoritaria retumbaba por las paredes de este sitio con la expresión enmascarada de una inflexibilidad que intimidaba—. Y me da igual lo que digas. He intentado acatarlo, pero no pienso hacerlo más. Seguiré protegiéndote así te cojas mil pataletas. Así te hierva la sangre. ¿Me has oído? Aquí mando yo hasta que salgamos de la isla. No hay discusión en eso. Y si te cojo de la mano es para que me sigas, no para que irresponsablemente me la sueltes.

Me crucé de brazos esperando que terminara porque cuando se ponía en plan Mandón no había quien lo parara.

—¿Puedo hablar? —hablé neutralmente.

—No. No puedes —me tomó de la mano y tiró de mí para que camináramos.

Abrí la boca pasmada.

—¡¿Cómo has dicho?!

—He jurado sacarte de la isla —se detuvo inflexible, mirándome—. Y lo voy a cumplir, Adara. Si quieres dejarme estás en tu derecho, pero voy a protegerte, voy a sacarte de aquí, y mientras sigamos en la isla obedecerás cada una de las cosas que diga. ¿Me entendiste?

De todo lo que me dijo en ese estado dominante y furioso solo me quedé con una cosa. ¿Dejarlo? ¿Creía que lo iba a dejar? ¡Pero que disparate era ese! No me dio tiempo de decirle nada, ni de sacarlo de ese estúpido error que se había formulado él solito en su cabeza, porque se giró hacia Shamus más enfadado.

—¡Y tú eres el culpable de todo esto! —le señaló autoritario.

—No le grites —intervine en su defensa.

Shamus caminó hacia atrás agachando las orejas y gimiendo por lo intimidante que se veía

ahora Enzo.

—Tendría que darte unos azotes para que aprendas a obedecer, joder —adelantó un paso hacia él, y yo corrí hacia Shamus abrigándolo con mis brazos. Enzo me dirigió una mirada irritada al verme protegerlo—. Te puso en peligro.

—Él no tiene la culpa —lo defendí.

—La tiene y punto —lo fulminó con la mirada y Shamus se agachó más. Lo acaricié porque comenzó a temblar, y me enfadó más, que Enzo lo acobardara de esa forma. Le susurré que no tenía la culpa de nada y que en realidad Enzo no estaba tan enfadado con él. Shamus buscaba el refugio de mis brazos mirando con ojos asustados a su dueño.

Enzo maldijo algo en irlandés y con esa autoridad que rezumaba por cada poro de su piel, se acercó y me tomó de la mano llevándome con él.

—No lo trates así. Él siguió su instinto de supervivencia —le exigí viendo como Shamus nos seguía amedrentado—. Deja de comportarte como un neandertal.

Vi como endurecía su mandíbula dispuesto a ser él quien ganara este asalto de voluntades. Casi siempre era Enzo quien cedía y mermaba su enfado para volver a ser el tierno y amoroso hombre, pero esta vez sí que estaba que ardía de furia.

—Volveré a ser un caballero cuando tú dejes tu irritante temeridad —me replicó adusto.

—Pues espera sentado —dije entre dientes.

—Pues tú también espera sentada —me replicó.

Ahí estaba. El gruñón, el sobreprotector, el mandón y el dominante que tanto me irritaba. ¡Cómo le gritaba así a Shamus!

Pasamos un largo tramo sin hablarnos. Me atreví a mirarlo a través de mis pestañas, viendo su rostro adusto y endurecido, Shamus nos seguía, pero acobardado. El pobre solo necesitaba un incondicional cariño y apoyo, y llegaba el neandertal de mi marido para amedrentarlo.

Bajé la vista a nuestras manos unidas. Su mano aprisionaba la mía con fuerza, sin hacerme daño o pasarse de la raya, pero con firmeza y sin límite de escape. Es como si pensara que yo iba a escaparme.

Y había algo que no dejaba de martillar mi cabeza.

¿Por qué pensaba que lo iba a dejar? ¿De verdad había dicho eso? ¿O es que había oído mal?

No podía dejar de pensar en ello. Y lo más irritante de todo es que no podía decirle que vi una visión de él donde moría, y que vi una mujer gritar en uno de estos túneles. Intenté que no viera que mi ánimo estaba por los suelos al recordar esa visión de él muerto; esa imagen me ponía los pelos de punta. Ahora quien estaba cabreado acérrimamente, era él.

ENZO

Gracias a Dios la salida no estaba tan lejos.

Pero fuera me encontré con la terrible visión de ver inconsciente a Aliza, tendida sobre una mullida alfombra de hierba y con lo que parecía ser una parte de la camiseta de Declan rodeando su cabeza. Adara y yo no dudamos en ir hacia ellos preocupados y preguntarles que había pasado.

Burke fue quien me dijo que ocurrió. Una maldita escalera había provocado el accidente de Aliza. Y que siguiera inconsciente era una mala señal. Vi de reojo como Adara y Evelyn atendían a Aliza al lado del arroyo, echándole agua sobre la frente para ver si volvía en sí. No muy lejos del grupo se encontraba Berenice, reclinada sobre un tronco y con la cabeza agachada.

—Se siente culpable —me comentó Burke al ver que la miraba confundido por esa actitud—. Pero más remordimientos tiene él —se dio la vuelta señalándolo.

Me guie por su indicación y vi a Declan que se lo llevaban los demonios, caminando de un lado para otro sin intención de parar. Le hice un gesto de agradecimiento a Burke con un apretón en su hombro, y me dirigí a Declan.

—No hay nada que lamentar. Ella está viva —intenté que se quitara esa culpa que carcomía su rostro por segundo.

—¿Pero está inconsciente! —la señaló a lo lejos con el rostro desencajado.

Lo observé abrumado porque hacía siglos que no lo veía así con Aliza. Es cierto que Declan había estado viajando por el continente africano como misionero y que decidió volver hace un par de años. Pero Aliza y Declan se habían estado tratando con tanta indiferencia y frialdad que pensé que entre ellos ni la amistad estaba salvada.

—¿Por qué te sientes culpable? —intenté averiguar—. Tú no la empujaste. Ella se cayó.

—Yo estaba a su lado. ¿Y sabes lo que me pedía la maldita intuición? —era alucinante que Declan «nuestro cura santurrón» usara la palabra *maldita*—. Me gritó que la tomara de la mano si no quería que la perdiera. Un maldito segundo antes de que ella se tropezara en el escalón roto, y mi maldita mano no pudo cogerla a tiempo —se giró hacia otro lado, gruñendo.

Entendía su impotencia. Su furia descontrolada. Porque yo había estado en muchas situaciones similares con Adara, y sé de sobra que aún no habían terminado.

—Aliza es fuerte. Sobrevivirá —intenté que no se sintiera con esos remordimientos que lo devoraban. Conociéndole, sé que se fustigaría por ello. No físicamente, pero si se machacaría emocionalmente. Y no era justo.

—Sé que es fuerte. Ella se ha sobrepuesto al mayor dolor que una mujer puede padecer —susurró entristecido y frunció el ceño sin entenderlo—. Este lugar no es seguro. No podemos quedarnos a la intemperie y pasar otra noche tentando nuestra suerte. Aliza necesita una cama para recuperarse.

—Berenice me ha dicho que estamos a menos de un kilómetro de una residencia —me informó Burke acercándose junto a Uriel y Dandelion.

Declan les dio la espalda un momento, sobreponiéndose, cuadrando los hombros mientras exhalaba aire.

—¿Residencia? —me descolocó.

—Sí, de Tymora —agregó en un tono más seco.

—¿Pretende que allanemos la residencia de esa chalada que te puede atacar con un simple movimiento de mano? —saltó estupefacto Uriel.

—Adara y Evelyn están agotadas y hambrientas. Aunque no quieran reconocerlo. Y Aliza ha perdido mucha sangre, está débil. Si veo que esa residencia está en condiciones de habitar, tumbaré la puerta abajo si hace falta. Por hoy necesitamos un maldito techo —aclaró Declan con determinación, mirando a una persona solamente.

—Yo no sé si es buena idea eso de entrar a la residencia de Tymora —dudó Dan frotándose la barbilla.

—Tymora ya nos habría matado hace tiempo si no quisiera que estuviéramos recorriendo *sus territorios* —hice las comillas con sarcasmo—. Ella debe estar vigilándonos.

—No es solo Tymora —intervino Burke muy serio—. Tenemos un ejército mandado por Tommy que nos quiere dar caza. Ese es nuestro principal problema.

Apreté un puño recordando a ese imbécil. Y que no tendría que haberlo dejado ir.

—¿Quién provocó esa avalancha de agua? —le pregunté a Dan al recordar que el agua corría detrás de él cuando nos alertó de que corriéramos.

Resopló frotándose la nuca, aturdido.

—Qué se yo. Solo sé que estaba distraendo a un grupo de hombres armados, y que casi no la cuento —sonrió nervioso—. Pero esa avalancha de agua salió de la nada. Fue raro. Muy raro.

Me quedé pensando en ello mientras ellos hablaban de ese suceso.

—En cinco minutos salimos hacia la Residencia de Tymora —me limité a decir y me giré para buscar a Adara, cuando la encontré, me moví hacia allí.

Opinaba como Declan. Si esa Residencia era totalmente habitable, yo también era capaz de allanarla le gustara o no a la lunática de Tymora. Estaba empezando a pensar que ella tenía más culpa de que nosotros estuviéramos aquí que cualquier otra persona. Algo me decía que ella era la causante de muchos de los problemas. Adara me observó de reojo al oír mis pasos y se levantó, le habló algo a Evelyn y se alejó dándome la espalda con indiferencia. Me detuve un instante, soltando aire con mucha paciencia. Ella sabía cuánto me crispaba que me evitara de esa forma, pero supongo que me lo merecía, ya que no fui lo que se dice «caballeroso» en los túneles.

Decidí ir hacia Aliza y amargué mi expresión al verla frágil y pálida.

—¿Novedades? —le pregunté.

—Sigue inconsciente —suspiró con amargura Evelyn. Metió la tela dentro del arroyo y la empapó. La escurrió un par de ves y la pasó suavemente por la frente de Aliza. Tomé la mano de Aliza rogando que despertara. Por mi culpa estaban todos en esta situación de peligro. Si no los hubiera llamado, si yo hubiera actuado solo para rescatar a Adara. Ellos no estarían pasando estas vicisitudes del infierno.

Un par de minutos después, Dan llamó a Evelyn, no sé lo que le pidió, porque yo solo podía estar pendiente de Aliza.

—Lo siento —le susurré con remordimientos a Aliza.

Sonreí con tristeza. Echaba de menos sus tirones de pelo cuando decía algo que la irritaba porque yo era el que me equivocaba.

Lo único que sacaba de esto, es que yo lograba hacer las cosas mal y casi nunca hacía nada a derechas.

¿Por qué? ¿Por qué tuve que meterlos en esto?

Adara no quería verme. Shamus estaba acobardado tras haberle gritado. Berenice nos huía porque se sentía culpable, y estaba lo más lejos posible de todos. Aliza estaba herida y no tenía síntomas de despertar.

Apreté la mandíbula agachando la cabeza al comenzarme las molestias. Tras sentir un terrible pitido en el oído derecho, me puse de pie, y mi cuerpo casi se desvaneció al sentir como la vista se me nublaba. Apoyé las manos en las rodillas quedándome así un momento. *Joder.*

—Oye, ¿estás bien? —levanté la cabeza con los ojos guiñados, mirando a Dandelion.

—Sí, no te preocupes —me aclaré la garganta.

—Estás muy pálido. Y no es la primera vez que te veo así —me expresó preocupado buscando mi mirada.

—No es nada. Solo cansancio. Quédate con Aliza, por favor —me di la vuelta alejándome como pude para que no sospechara.

Tumtum... tumtum... el corazón me latía en los oídos y comencé a agobiarme. Cesó unos segundos después, pero la mala sensación siguió recorriéndome el cuerpo y el dolor de cabeza me fustigó otra vez. Di unos cuantos pasos y levanté la cabeza observando mí alrededor. No encontrar

a Adara me puso peor de lo que me sentía. Miré hacia un lado, hacia otro, avancé otros pocos pasos y vi finalmente a lo que se estaba acercando. ¡Pero que cojones!

El cuerpo se me puso tenso y casi corrí hacia ella para detenerla, pero Evelyn se puso en mi camino negándome con un gesto y una sonrisa tranquila.

—No le hará nada —me confirmó.

¡Y una mierda nada!

—¡Es un caballo salvaje! —exclamé ansiado de apartarla de ese animal.

—Tú confía —me expresó tranquila, mirando a Adara como se acercaba al caballo blanco al lado de la poza de agua.

Tener fe ahora mismo no era una de mis cualidades. Ya no solo era el hecho de pensar que diablos hacía aquí un caballo, exactamente en este lugar. Pero mi corazón si galopeaba al ver que ella se acercaba a ese animal salvaje. Abrí y cerré las manos por puro nervio y pánico. Si ese animal decidía darle una coz esto acabaría en desastre. Sentí como si me estuvieran retorciendo el estómago. Esto no era como en los *Establos Shamrock*, donde encontrabas los caballos más mansos y nobles del condado. Ellos confiaban en ti, y tú en ellos. Pero este caballo vivía en su naturaleza, se guiaba por su espíritu libre y no creo que le gustara que un humano se le acercara. Mis pulmones se quedaron sin aire cuando ella se acercó lentamente y caminó hasta él con confianza y tranquilidad.

Empecé a respirar pesadamente. Cuando Adara alzó la mano para acariciar su morro, el caballo se echó para atrás con un relinche, mi cuerpo adquirió una pose de socorrerla. Pero mi chica no se amedrentó, le susurró algo, no sé qué le dijo, que el caballo no volvió a alejarse y ella tomó la idiotez de acercarse nuevamente.

Tragué saliva con un gruñido salvaje rugiendo en mi interior. Esa maldita temeridad. Yo no podía ver esto, pero tampoco estaba dispuesto a quitarle el ojo de encima al verla tan cerca del animal salvaje. Si esto era una forma de castigarme por lo que sucedió en los túneles, su castigo había dado los resultados que quería... porque el miedo y la intranquilidad de su integridad física me comían.

Decidí con un aspecto huraño acercarme un poco más y me quedé reclinado sobre un árbol que hacía sombra, con los brazos cruzados sobre mi pecho. No le quité el ojo durante un buen rato. Estaba más que claro que Adara sabía que la estaba observando, pero en ningún momento me devolvió la mirada, solo sonriéndole y hablándole a ese caballo que terminó por darme unos malditos celos innecesarios.

Bufé.

Al final Evelyn tenía razón. Aunque seguía un poco con pánico de que Adara estuviese con ese caballo, acariciándolo. ¿Será de Tymora? Salvaje o no. Adara tenía un poder *natural* de atraer a toda clase de ser, con su sensibilidad, su carácter tierno y la luz que desprendía llena de bondad. No era nada sorprendente que ese caballo cayera rendido a ella.

Sacudí la cabeza sonriendo.

Sin que ella se diera cuenta —y sin que también el resto lo notara—, me tomé otra pastilla guardando rápido el bote en el bolsillo del pantalón.

Inspiré hondo esperando que hiciera efecto.

Desde allí comprobé exactamente donde nos encontrábamos. Pese a la poca población de árboles en esta parte y que las montañas rodearan este lugar, daba la sensación como si esas montañas quisieran protegerlo. La hierba no sobrepasaba los diez centímetros y había una diversidad de flores silvestres que hacían de este lugar algo más bello. Más allá de aquí se

escuchaba el incesante ruido de una cascada, aunque la vegetación de esa zona no dejaba verla. La naturaleza estaba cuidada, no era salvaje, lo que me pareció extraño. Había un visible camino de tierra bordeado de frondosos árboles que invitaba a seguirlo. Y estaba seguro que ese camino era el que llevaría hacia la Residencia de Tymora. Esperaba que este lugar no fuera una encerrona y no tuviéramos que volver a esos túneles donde casi morimos.

Eché la vista atrás, casi no se veía desde aquí. Pero en una de esas montañas que arropaban este lugar, se encontraban esos túneles. La amurada pared de la montaña no solo tenía un único acceso para salir o entrar. Tenía varios repartidos en distintos niveles; los más altos tenían una escalera de caracol de madera. Nosotros salimos por uno muy diferente al que salieron Dan y los demás. ¿Pero por qué todos daban a este lugar?

Mis ojos se dirigieron de nuevo a Adara.

Cuando seguí a Adara y vi que esa compuerta se cerraba, supe en ese instante que no me daría tiempo a pasar. Estuvo a punto de que esa avalancha de agua me diera de lleno, lo acepté incluso antes de que conociera mi terrible destino. Sabía que ella y Shamus se salvarían, y sabía que yo no. Y era lo único que me importaba. Pero una abertura en la pared fue la que me salvó de esa ola que instantes después chocó contra la compuerta, arrasando con esa parte del túnel, dejándolo inhabilitado, inundado. Me desesperé en encontrar a Adara. La busqué como un maldito condenado. No di pie a descansar. Simplemente no le di un respiro a mis pulmones hasta que la encontré.

Y sí, joder, cuando di con ella la besé con esa desesperación, ese tormento, esa dominación que no podía refrenar. No. No podía obedecer lo que me exigió. Lo intenté, y no me duró más de un par de minutos mi sumisión, y acepté mi férrea decisión de seguir protegiéndola a mi modo; aunque eso la asfixiara.

No hizo ninguna objeción. Lo que me dejó a cuadros. No se puso con su habitual «no», «no tienes ningún derecho», «no mandas sobre mí» y cosas así. Se quedó callada todo el rato que estuvimos caminando por los túneles para encontrar la salida. Su silencio fue terriblemente inquietante. No sé si era malo o bueno que al fin entendiera mi modo de protegerla.

Eso será cuando las ranas críen pelo. Pensé desesperanzado. Me pregunté si ella tomaría una decisión por los dos que conseguiría destrozar nuestros corazones.

Por más que quería dejar de pensarlo, siempre volvía para fustigarme.

Y aún no le he contado lo que ocurrió cuando ella tenía quince años. Me dije desconsolado. Creo que con eso se enfadaría hasta ver como echaba humo por las orejas.

Quería que se metiera en mi piel, que pudiera ver cómo me sentía acerca de todo lo que suponía un peligro para ella. Que viera mi pánico, mi ansiedad, como mi pecho se aplastaba, como me desgarraba sentir que la perdía en cada oportunidad que tenía el destino de intentar arrebatármela. Mi forma de protegerla estaba fuera de control. ¿Cómo podía hacerle entender que yo no lo controlaba? Dios, no quería estar tan enojado con ella. Era imposible que me durara mucho el enfado, y sé que cederé un poco antes de pedirle perdón por ser tan posesivo, cavernícola, mandón y sobreprotector.

No perdía la esperanza de poder sacarla de la isla, a todos. Y retomar nuestras vidas con normalidad.

¿Normalidad? ¿Qué es eso?

Sé que nada volverá a ser lo mismo.

—Hermoso, ¿verdad? —pronunció una voz.

Giré la cabeza encontrándome a Evelyn a mi lado, mirando con una sonrisa a Adara.

Asentí en silencio mirando a mi mujer junto al caballo blanco.

—Soy yo, ¿o tú y Adara estáis cabreados? —me dijo de sopetón.

Suspiré con pesar. ¿Tan evidente era?

—Hemos tenido una discusión. Eso es todo.

—Ah —asintió aceptando algo ruborizada de que no le daría más detalles—. Bueno. ¿Qué pareja no discute? Eso es normal. Lo más bonito son las reconciliaciones —se volvió hacia mí con aspecto de sargenta señalándome con un dedo—. Más te vale currártelo porque tengo la sensación de que has sido tú quien la ha cagado.

—Algo así —suspiré de nuevo.

—Hombres —puso los ojos en blanco y yo me encogí de hombros.

Pasamos un minuto en silencio mirando a Adara.

—Recuerdo cuando Adara tuvo su momento «obsesivo» —confesó sumida en sus pensamientos.

Fruñí el ceño captando toda mi atención.

—¿Obsesivo?

—Sí —cabeceó en un tono entristecido y dio unos golpecitos con su converse sobre la tierra, algo reservada, echándose las manos a los bolsillos traseros de su pantalón—. Después de la muerte de Aurora no dejó de visitar durante un largo tiempo el establo que yo frecuentaba cuando de niña hacía hípica. Tomaba un caballo y no volvía hasta dejarse los pulmones. Eso sí, siempre tomaba un caballo tras otro porque se preocupaba más por ellos que por ella misma, y no quería agotarlos.

—¿Por qué hacía eso? —quise saber más preocupado que por la simple curiosidad de la cuestión.

Tomó aire haciendo una mueca.

—Quería mitigar el dolor que sentía por la muerte de Aurora. Fue lo único bueno que tuvo de ese maldito convento.

Mis ojos se concentraron en mi mujer, tragado por un deje de preocupación y angustia. ¿Por qué Adara no me contó nada de eso? Así que ella también era buena guardando *secretos*.

—Recuerdo un día... Dios —se llevó una mano a la cara con vergüenza riéndose y esperé expectante. Parecía que prometía dada su risa nerviosa—. Estaba volviendo de esa loca rutina que se había empeñado hacer —se puso un puño sobre la boca aclarándose la garganta—. No se había ido ni dos horas, cuando se bajó del caballo... ya sabes —señaló la parte de la ingle con una vergonzosa expresión—, le pasó eso...

¿Qué intentaba decirme?

—¿Qué le paso? —quise saber.

Echó la cabeza hacia atrás mirándome como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—Oh, venga ya. Lo del himen. Se le rompió montando a caballo. Es extremadamente raro, lo sé, solo se dé otra chica que le sucedió con tan solo dieciséis años. Pobre Adara —dijo enternecida recordándolo—. Dijo que no le dolía, pero sé que sí, y que no quería pasar más vergüenza de la que ya tenía por ese suceso. ¿No lo sabías? —me sonrió más y su sonrisa se desintegró al ver mi cara de piedra y mi boca abierta—. Oh Dios, no lo sabías. Ay. Me va a matar. ¿Pero por qué no te lo ha contado? —se preguntó a sí misma, mortificada.

—¡Se le rompió montando a caballo! —alcé la voz.

—Shh —me hizo un gesto estricto de silencio acercándose a mí, mirando por encima de sus hombros. Adara ni siquiera nos miró porque no estaba atenta a nosotros—. Creía que lo sabías.

Pensé que ella te lo había contado, ya que tuvisteis vuestra primera... noche. Ella, sobre todo — soltó algo incómoda y ruborizada.

Ella... sobre... todo. Repetí en mi cabeza.

Mi mente se concentró en la única cosa que se me pasó por alto. Evoqué la imagen de esa mágica y hermosa noche. Mi cuerpo se tensó de solo recordarlo. Nuestra primera vez. Su primera vez. Y no sabía si sentirme como el más estúpido del planeta o aplaudir lo bien que había eludido Adara que yo no notara su extrema inexperiencia. Todo fue tan claro como el agua... Su inocencia. Su candidez. Su expresiva inexperiencia. Todo cobraba con mayor sentido ahora.

Cerré un segundo los ojos dándome un manotazo mental en la frente, apretando la mandíbula. Nunca se acostó con Hall. Inconscientemente asomé una sonrisa pequeña y me mordí el labio inferior deshaciéndola al otro segundo. Una mezcla de orgullo masculino y crispación se unieron abordándome un agitado sentimiento. ¿Por qué Adara no mencionó que era virgen cuando le hice el amor por primera vez?

Me cabréé.

—Yo creí que ella se había acostado con el imbécil de Hall —repliqué bruscamente.

—¿Con ese? —expresó indignada haciendo un gesto de repulsión, como si se sintiera ofendida, y me dio un manotazo en el brazo—. ¡Nunca! Eres idiota, Enzo. ¿Es que no lo viste? Tú fuiste el primero. Su hombre. El único.

Su hombre. Repetí en mi cabeza sintiendo una mezcla de emociones. Fui un ciego. ¿Por qué no lo vi? ¿Por qué di por hecho que Adara había tenido sus relaciones?

Y me quedé mirando a mi mujer. Estuve a un paso de ir hacia Adara para que me explicara ese pequeño y gran detalle, de no contarme que he sido el único hombre en su vida.

Pero mis planes se vieron frustrados por el singular grito que solo yo podía escuchar; y también Burke y Adara.

Berenice chilló de pánico y me puse en alerta.

—¡Aliza ha despertado! —nos expresó Declan un segundo después.

Evelyn se fue de mi lado para ir hacia ellos, y yo también debería haber ido, pero me quedé observando a mí alrededor, al captar una presencia corriendo por mi derecha. Berenice estaba corriendo a través de los árboles. Su forma de correr expresaba a los cuatro vientos que estaba huyendo de algo... o de alguien. ¿Pero por qué?

—¿Qué le ocurre? —no me di cuenta de que Adara se había puesto a mi lado.

La contemplé un efímero instante intentando no comportarme más cabrón de lo que ya me había comportado.

Y mi cuerpo reaccionó instintivamente a su presencia. Poniendo cada músculo rígido, adquiriendo una pose defensiva. No sé cómo demonios lo supe, pero me giré hacia esa dirección y fue cuando la vi. Su forma inigualable de moverse, lentamente, con soltura y gracilidad, con su inconfundible capa blanca que acariciaba el suelo. A ella no le hacía faltar correr, porque sabía que te alcanzaría tarde o temprano, dejando un rastro de burla y vanidad.

Adara se tragó un jadeo al verla, tomando mi mano y yo maldije entre dientes.

—¡Tymora está aquí! —les grité al resto por encima del hombro.

Y no tardé en darme cuenta de por qué huía Berenice.

Tymora iba a por ella.

CAPÍTULO 27

ENZO

Atravesé los árboles en busca de Berenice.

Ella estaba huyendo de Tymora y quería saber por qué. ¿Por qué huía de esa forma?

—¡Berenice! —gritamos al unísono Adara y yo.

¡Cómo no! Adara no había querido quedarse atrás y estaba conmigo corriendo para intentar frenar a Berenice.

Atravesando unos pocos árboles más, la vi haciendo esos sin mirar atrás.

—¡Para Berenice! —le grité.

Desde hacía un largo rato que había perdido de vista a Tymora. Dejé de seguirla cuando nosotros nos internamos entre los árboles, intentando frenar a Berenice.

A medida que avanzábamos, dejamos esa zona arboleada atrás y entramos a un valle que parecía sacado de una fantasía o del propio Edén. A mi lado, Adara exclamó un «oh» mirando maravillada el lugar. Contuve mi brusca respiración, después de una carrera loca y mis ojos chocaron imprevistamente sobre un gigantesco edificio que se alzaba poderoso e intimidante a unos metros de nosotros. De un color verde agua, siendo más intenso el verde sobre su techo ovalado. No era moderno, era de una arquitectura antigua, pero no podía ubicar su procedencia. ¿Griega? ¿Romana? ¿Celta? No parecía hecho por el hombre. Debía de pertenecer a un periodo muy arcaico. El edificio estaba rodeado de árboles de hojas blancas y flores azules. Y una cantidad exagerada de estatuas de mármol de mujeres estaban esparcidas por este lugar. Cada estatua tenía una diferente posición. Rezando. Mirando al cielo. Arrodillada.

—¡Allí! —habló Adara.

Bajé la vista viendo a Berenice indecisa, al no saber qué dirección escoger.

—¡Pero a ti que te pasa! —llegué a su lado, apresurado.

—¡Por qué! ¿Por qué no me deja marcharme? ¡No puedo desaparecer! —se señaló con los nervios crispados—. ¡Ella está aquí!

—Lo sabemos. Pero parece que se ha marchado —le informó Adara mirando a todos lados.

La risa histérica de Berenice nos dejó paralizados.

—¿Tú crees? Ella nunca...

Dio un grito ahogado mirándose más pálida que nunca, y vi helado con mis propios ojos, como se elevaba y se estampaba abruptamente contra la fachada del edificio a una altura de seis metros. Los pasos que crujieron detrás me obligaron a girarme en modo alerta. Adara jadeó al verla. Yo la miré hirviendo de rabia por su modo de actuar. Tymora, cubierta por su capa blanca y capucha, se acercaba con su brazo alzado y la mano abierta en dirección a Berenice, apresándola con su poder.

—Muchacha insolente —le dijo poniéndose un paso por delante de nosotros con una soberana actitud.

Berenice se agitaba contra la pared llevándose las manos al cuello, como si algo la estuviera presionando.

—¡Suelta a Berenice! —le exigió Adara en un ataque de rabia, caminando hacia Tymora. La

cogí de la cintura poniéndola contra mi pecho, agitándose con angustia al ver así a Berenice.

—¿Qué pretendes con esto, Tymora? —le pedí explicaciones, antes de soltar a la loba que se agitaba en mis brazos para atacarla sin ser coherente de sus actos al cegarla la rabia. Le exigí con la mirada que se calmara antes de volver mi atención a Tymora—. Berenice no te ha hecho nada.

—Os traje aquí —su voz se alzó poderosa y grave, estremeciéndonos—. Y ella sabe muy bien que nadie pisa mis dominios sin mi consentimiento. Nadie osa entrar aquí si no quiere verse en problemas.

Escuché pasos atropellados detrás y eché un vistazo. Les hice una señal de que no se acercaran más, por pura precaución. Un desbordante alivio me sacudió al ver a Aliza despierta y bien, aunque aún estaba algo demacrada y debilitada ya que apoyaba parte de su cuerpo en Dandelion. Ella me mandó una sonrisa inquieta que apagó poco después, al mirar detrás de mí y quedarse alterada. Todos se quedaron mirando pasmados el panorama. Viajando sus miradas hacia Tymora e imaginando a quien estaba atacando esta vez, pero solo Burke viajaba su cruda mirada de Tymora hacia Berenice.

—Ellos necesitan un refugio —exclamó Berenice, trémula—. Y este es el mejor.

—¿Cómo te atreves! —exclamó Tymora y vi un gesto seco con su mano—. Sé que también querías llevarlos a la Biblioteca Traveler. Y nadie, incluso tú, puede ir allí sin mi consentimiento.

Berenice gritó en un convulso dolor, agitándose más en el aire.

—¡Ellos merecen saber la verdad!

—Le haces daño, suéltala —le suplicó Adara, agitándose entre mis brazos.

—Con esto no vas a sacar nada. Ya estamos aquí —le aseguré firme.

—Voy a darle un escarmiento para que aprenda —avisó con una voz dura y Adara gimió cabeceando—. No la he mantenido a mi lado durante décadas para que me desobedezca sin un mínimo de respeto y obediencia. Antes la remato del todo.

—¿Rematarla? —Adara chilló pálida por la sorpresa—. Así que está viva. Lo sabía. ¿Dónde la tienes?

Vi a lo que se refería, mirando a Berenice como le suplicaba a Tymora con gestos de que no siguiera contando nada. Atrás oí un par de jadeos y como hablaban entre ellos sobre Berenice y su supuesta vida. Mierda. Esto se estaba descontrolando. Nunca pensé que Tymora perdiera el control de esta forma con Berenice.

—Es algo que te viene grande, Adara Williams —fue lo único que le contestó con superioridad.

—Ella no merece estar entre la vida y la muerte —le echó en cara Adara en un arrebato.

—Oh Dios, ¿Berenice está viva? —habló Aliza atónita.

—Ahora sí que no entiendo nada —continuó Evelyn con una voz perpleja.

—A lo mejor quieres ocupar su lugar —le amenazó Tymora a Adara ladeando un poco la cabeza, lo suficiente para prestarle atención; aunque no se le viera el rostro.

Me estremecí, no solo de horror, sino de una creciente furia llena de magma que corría por mis venas. Solté a Adara cegado y noté como ella se agarraba a mi brazo, porque sabía que yo no estaba dispuesto a pasar por alto lo que había dicho Tymora. Tensé cada parte de mi cuerpo adelantando un paso, endureciendo mi expresión.

—No vuelvas a amenazarla —le advertí entre dientes.

—Pues contrólala. No sirves ni para eso —me recriminó con fuerza.

—Ellos no merecen sufrir —logró articular Berenice—. Déjalos aquí al menos un día.

—Ellos merecen sufrir, pasar por toda clase de pruebas. Los necesito fuertes. Necesito

reforzarlos. Necesito que sufran.

—¡Pero que dice! —fue Dan quien habló sin dar crédito a lo que escuchaba.

—¡Suelta a Berenice! ¡Ahora!

Oh. Joder. La voz que se proclamó fue la de Burke. Miré su rostro contraído por la furia, y los puños apretados mostraban que se estaba conteniendo en no atacarla. Tymora solo giró su rostro un poco quedándose de perfil.

—Oh, Berenice —su risa fue demasiado teatral, pero fina y melodiosa—. Tu antiguo amor sigue sintiendo algo por ti. Quiere que te libere. Y yo que pensaba que sentía desprecio y asco por ti.

—Por favor, no —le suplicó ella con un tono angustioso.

A mi lado, Adara susurró «Dios» repasando una mano por su rostro. Yo sacudí la cabeza mirando fijamente a Tymora. ¿Qué quería conseguir con esto?

—¡Qué has dicho! —exclamó furibundo Burke con el rostro desencajado, Uriel tuvo que intervenir para frenarle los pies ya que iba hacia Tymora.

Mierda. Esto se estaba complicando.

—Si eres tan cobarde yo se lo diré por ti —sugirió con crueldad, Tymora.

—No, por favor. No lo hagas —le rogó Berenice con las lágrimas recorriendo sus mejillas.

Tymora la ignoró por completo, y parecía saborear el momento.

—Tú —se dirigió hacia Burke de forma despectiva, solo ladeando su rostro—. Fuiste el gran amor de Berenice en otro tiempo.

—No —murmuró Berenice con la voz quebrada, sollozando, y sus ojos brillosos se dirigieron a él—. Lo siento.

Burke se había quedado helado sin decir una palabra.

—¡Por qué lo has hecho! —le reclamó Adara—. No tenías ningún derecho.

—Conozco a Berenice más que tú, y sé que nunca hubiera dado el paso. Aunque se lo prometiera —farfulló entre dientes. A la vista estaba que nos vigilaba muy bien. Volvió su fría atención a Berenice—. Sé que la vida no pasa para ti, pero hasta a mí eso me crispa.

—Ya está bien —se impuso Adara adelantando un paso para mirar cara a cara a Tymora—. Déjala en paz. Ya estamos aquí, ¿no? Si te crees la dueña de esta isla, si te crees tan poderosa, ya puedes empezar a contarnos que está pasando aquí.

El silencio que nos rodeó me puso tenso, porque vi como Tymora cerraba la otra mano y me puse delante de Adara por si empleaba otra vez ese poder sobre ella. En sus labios rojos apareció una fría y calculadora sonrisa, seguramente por mi movimiento sobreprotector, y dirigió su cabeza a Berenice.

—Voy a dejarlo pasar... por esta vez —su voz actuó de modo natural, pero yo seguí en guardia—. No soy de las que ceden, pero voy hacer como que me habéis pedido amablemente estar aquí —bajó el brazo y Berenice cayó sobre el suelo. El instinto de Adara fue socorrerla, pero sabía que no podía hacer nada. Solo pudo mirarla con las lágrimas en los ojos, viendo como Berenice tosía sobre el suelo intentando respirar.

—¿Queréis la verdad? Os la concederé. Vosotros dos me acompañareis. Ellos —señaló a los demás con la cabeza fríamente—. Qué sigan ese sendero. Allí está mi Residencia y podrán atender mejor a Aliza. Jonathan y sus hombres no pueden entrar a este lugar. Así que dejad de preguntároslo.

¿También leía la mente?

Se dio la vuelta con una fina elegancia, alejándose apresurada hacia el interior del edificio.

Las puertas gigantes de un matiz dorado se abrieron sin un tipo de ayuda, perdiéndose ella en el interior. Adara giró su cabeza hacia mí. Una mirada de miedo cruzó su cara, aunque rápidamente la convirtió en una admirable fortaleza y siguió a Tymora cuadrando los hombros, desvió su mirada ansiada a Berenice, pero ésta le hizo un gesto de que no parara y la siguiera. Eché un vistazo atrás, observando como los demás se perdían por el sendero mientras hablaban turbados de lo sucedido, y Aliza se apoyaba en Uriel para caminar. Dandelion me mandó una mirada nada tranquila y yo le hice un gesto de que todo estaría bien, que se marcharan tranquilos. El único que se quedó allí, mirando a Berenice aún con el rostro desencajado, fue Burke, e imaginé que quería hablar a solas con ella.

—No te pases. Y solo escúchala —le advertí sin que me prestara la más mínima atención. Antes de entrar, me acerqué a Berenice que aún seguía sobre el suelo, intentando recuperarse del ataque.

—Hey, ¿estás bien? —le pregunté preocupado, inclinándome hacia ella.

Ella se irguió más, apoyando sus manos contra el suelo.

—Sí, no te preocupes. Estoy acostumbrada a estos arranques de Tymora —asomé una sonrisa victoriosa a pesar del rostro contraído por el dolor—. Sabía que trayéndoos aquí ella actuaría. Tiene que contaros todo. Ya está bien de secretos. Ve. No le gusta perder el tiempo con seres inferiores, como suele llamarnos.

Lo que ha hecho había sido lo más descabello e irresponsable. Y también lo más valiente. Berenice sabía a lo que se enfrentaba y aun así no lo había dudado, o si lo había hecho, no lo mostró hasta el final.

Asentí y me erguí entrando por las puertas grandes doradas.

El interior se me hizo demasiado inmenso y con un helor que estremeció mi cuerpo. Entraba mucha luz de las ventanas con forma de arco, y del cristal del techo en forma de bóveda que dejaba a la vista un intenso azul cielo. Adara se había detenido un momento, maravillada, con su boca formando una «o», mirando por todos lados. Esto sin duda era digno de admirar, aunque perteneciera a Tymora. Estaba seguro por la estética y por su decoración que todo tendría más de un *milenio*.

Seguimos el único recorrido que hay. Y otras puertas se abrieron delante de nosotros, con un estruendoso ruido que repercutió en el sitio. Lo único que visualicé, fue un extenso pasillo que parecía presagiar un interminable recorrido. Sus paredes se cubrían de un *dorado* resplandeciente, con unas adornantes columnas de mármol en cada extremo del pasillo. Una mullida alfombra roja decoraba la madera oscura del suelo.

—Esto parece hecho para gigantes —murmuré asombrado, perdiendo la mirada por cada detalle.

—¡Enzo! —me llamó con un tono asustado Adara, y fui hacia ella.

Me puse a su lado sin entender nada, y ella me señaló con la cabeza que mirara hacia lo que señalaba con el dedo. Me guie por su señal y me topé con un cuadro. Grande. En medio de este pasillo de paredes vacías. De todo el pasillo, solo estaba ese explícito cuadro colgado, con dos personas reflejadas con pintura.

Abrí los ojos como platos quedándome helado.

—¡¿Que cojones es esto?! —expresé furibundo.

Mis ojos viajaron a ella. Y Adara se encogió de hombros con una expresión perpleja, no entendiendo nada, y tomé su mano encaminándome hacia la otra entrada dispuesto a preguntarle a Tymora sobre el cuadro del pasillo. ¿Dónde se había metido?

Después de ese pasillo, otras puertas se abrieron y llegamos a una sala redonda. La estatua gigante que casi tocaba el techo nos dejó sobrecogidos, observándola en silencio. La estatua la matizaba un color blanco y estaba esculpida como una mujer de rasgos finos y bellos. Representaba una expresión serena con los ojos cerrados y con la cabeza un poco inclinada. Debajo de ella había una fuente decorada con flores silvestres. Tymora nos esperaba al otro lado de la estancia, muy cerca de la estatua, más paciente de lo que se había visto anteriormente.

—¡Qué diablos es ese cuadro! —le reclamé con un tono nada paciente, caminando más deprisa. Adara aceleró para alcanzar mis pasos y enroscó su brazo en el mío.

—Veo que ya lo habéis visto—nos habló en un tono calmado.

—Sabías que lo veríamos —expresé entre dientes—. Solo queremos entender que hacen en ese cuadro Vladimir y Laida.

Adara asintió de acuerdo, esperando.

—Es una larga historia.

—Creo que tenemos algo de tiempo para dedicarte —le solté sarcástico, cruzándome de brazos.

—Enzo, por favor —me suplicó Adara tirando de mi brazo con suavidad y disimulo.

Y una mierda *por favor*. Ya estaba harto de todo lo que rodeaba este lugar. De aquí no saldría sin toda la verdad. Sé que no estaba siendo razonable y que me podía más mi impetuoso temperamento descontrolado, cuando sé que estaba delante de un ser superior que con un chasquido de dedos podía hacerme daño. Pero Tymora sabía que no le tenía ni una pizca de miedo. Qué hiciera conmigo lo que quisiera, me levantaría una y otra vez sin desfallecer.

—Antes de hablaros de ellos —se giró hacia Adara tomando toda su atención y noté la tensión de mi chica al mirarla solo a ella—. Quiero decirte Adara, que no culpes a Enzo por sobreprotegerte. Está en su naturaleza. No puede evitarlo.

Adara y yo nos miramos desconcertados.

—¿Qué? —expresó ella.

—Él es tu guardián —le confesó con una sonrisa asomada en sus labios rojos.

¡Qué soy qué!

—¿Perdona?! —exclamó abriendo más los ojos.

—¿Qué es eso de guardián? —intervine confuso, pero claramente complacido de serlo.

—Su marca —señaló con su mano hacia Adara—. No es una marca cualquiera.

—Eso ya lo intuíamos —repliqué en un bufido.

—Y me alegro —hizo un asentimiento con la cabeza como si se burlara—. Porque no quiero humanos de pocas neuronas bajo mis órdenes.

Le clavé una mirada nada amigable. Maldita esa capucha que no nos dejaba ver su rostro. Y eso resultaba realmente escalofriante y perturbador, hablar con ella sin conocer como era su rostro, sin saber quién había bajo esa capucha. ¿Por qué no se descubría ante nosotros?

—No estamos bajo tus órdenes —dije entre dientes con la mandíbula tensa.

—Enzo —me rogó en un susurro Adara que intentara calmarme.

Me contuve, frenando mi temperamento, exhalando aire lentamente. ¡Era ella la que me provocaba!

—Razonas con muy poca inteligencia, Enzo. Tarde o temprano me obedecerás —se sentía muy segura de eso.

—¿Por qué... por qué es mi guardián? —insistió Adara. Estaba claro que eso no le gustaba nada a Adara. Si ya de por sí no le gustaba mi exagerada protección, ponerle un nombre era mucho

peor.

—Tú tienes la marca elemental. Una marca que maneja poderes sobre la isla, lo habrás comprobado por ti misma. Y necesitas a un guardián que te proteja y con el que estés vinculada. Ambos sois los protectores de la isla, pero sobre Enzo, cae mucho más peso que para ti. Todo se remonta al tiempo de Jonathan Williams. A él se le concedió la marca y luego pasó a tu bisabuelo. Quién me devolvió de nuevo la confianza en los Williams.

—Leonard —afirmó Adara en un susurro, mirándome.

—Así es. Pero ellos dos tuvieron una marca diferente a la tuya. Para Jonathan, se le formó el árbol de la vida en el tórax, luego cuando nació tu bisabuelo la marca fue adquiriendo otra forma, el árbol iba perdiéndose y naciendo lo que hoy llamamos Triqueta. Y con tu llegada, ella se ha completado.

—¿Por qué yo tengo la marca elemental? —señaló Adara más inquieta.

—Es la voluntad de la diosa Ériu —señaló hacia atrás, a la estatua—. Todo es hecho a su voluntad.

Alcé la vista asombrado, perdiendo la mirada en ella. Así que esa era Ériu.

—¿Hablamos de la misma diosa? —aventuré.

Sus labios se fruncieron en una fina línea.

—No hay otra —respondió secamente como si no le hubiera gustado que la pusiera en duda.

—¿Y tú qué papel tienes en esta historia? —inquirió Adara, curiosa.

—Soy una sierva de Ériu. Antigua protectora de estas tierras. Y cumplo cada una de sus voluntades.

Casi bufé como burla, pero me contuve. De que solo fuera una sierva me lo creía poco o nada.

—No lo entiendo —Adara sacudió la cabeza, aturdida—. ¿Por qué los Williams?

Tymora se irguió, rezumando su cuerpo una severidad propia de ser temida.

—Eso fue un error mío, que sigo sin perdonarme —se giró hacia otro lado dándonos la espalda. Parecía consternada, cosa poco probable a mí entender—. Todo se remonta a cuando un muchacho de espíritu valeroso encontró esta isla hace más de trescientos años. Un ladrón vanidoso que supo ocultar bien su verdadera naturaleza. Todo el mundo puede dar con la isla, pero no todos tienen acceso a su interior. Nunca supe por qué la voluntad divina escogió a Jonathan, si más tarde se convertiría en un traidor —su voz sonó llena de desprecio, viendo como miraba a la diosa—. En ese tiempo, llegaban muchos barcos a esta isla, algunos naufragaban, otros sobrevivían, y no tenía forma de frenar que las personas entraran aquí buscando refugio, y admirados por su belleza, la exploraran. Así que después de basarme en mis propios juicios y verle superar las pruebas que obstaculizaban llegar hasta el interior de la isla, le concedí a Jonathan ser el guardián de la isla. Él encontró la forma de entrar al interior, y supe o creí de alguna forma, que fue el elegido para custodiar las tierras, pero me equivoqué —hizo una pausa inspirando hondo—. Si os preguntáis por la puerta sagrada, la hice después de su muerte. No quería que nadie más entrara al interior. No quería correr ese riesgo.

—¿Por qué te traicionó? —intervine yo.

—Codicia. Poder. Hegemonía. Inmortalidad —fue recitando con un tono apático y aflorado de rencor—. Todo a lo que el humano intenta aspirar. Le di algo que no merecía tener. Y me traicionó dándole su lealtad a otro.

—¿Tenía que darte su lealtad a ti? —inquirí con el ceño fruncido.

—Sí. Pero después de concederle la marca, de hacerle más fuerte y superior, me traicionó.

—¿Cuál fue su traición? —preguntó Adara.

—Intentó robar la Esfera de Ériu cuando se enteró de su existencia. La Esfera está aquí, no muy lejos de mis dominios.

¿La Esfera de Ériu?

Dirigí mi mirada a Adara. Ella la miraba con más ansias de saber toda la verdad sobre su familia.

—¿Qué contiene esa Esfera? —se me adelantó Adara.

—Es irrelevante ahora.

Hice una mueca. Tendría que haberlo esperado. No confiaba en nosotros. Era un hecho.

—Intenté matar a Jonathan, por supuesto, después de enterarme como era su corazón era un riesgo que no podía permitirme correr. Y me confié en dejarlo al filo de la vida —su voz se apagó quedándose estática y percibí como hacía una mueca, molesta—. Pensé que moriría, que no llegaría a un nuevo mañana, pero no fue así. No sé cómo llegó al Abismo de Balar con esas heridas mortales. Ese Abismo está más allá de estas tierras, y a él le dio su lealtad.

—¿Quién? —saltó Adara confundida, mirándonos a ambos.

—Balar para la mitología Celta era el rey de los demonios, ese Dios pertenecía a la raza de los fomorianos, entre otras cosas —le informé, mirando a Tymora para que siguiera.

Ella se alejó un poco más de nosotros, pero no la seguimos por precaución.

—Así pues, Balar, del que más tarde me encargué para que nadie más lo invocara, no le devolvió a la vida, pero le prometió que algún día volvería siendo mucho más poderoso e intocable y que al darle su más absoluta lealtad, podría obtener la Esfera de Ériu. Maldijo su alma para toda la eternidad. Un legado que sufrirían sus descendientes. Dejó su alma confinada en sus Abismos, y siglos después, cumplió con su palabra, está aquí ahora intentando conseguir la Esfera de Ériu.

Me preocupé lo pálida que se quedó Adara, y le rocé el brazo. Ella dio un respingón parpadeando repetidas veces, y me hizo un gesto de que estaba bien. Sé que en el fondo le dolía la traición de Jonathan. Ahora, a ambos, nos cuadraban muchas cosas.

Pero había otra cosa. El cuadro del pasillo.

Cavilar sobre ese cuadro fue lo que más me impactó. El corazón se me desbocó. Dios mío.

—Espera, entonces el cuadro...

Ella asintió con la cabeza antes de que acabara.

—Ese que se hace pasar por Vladimir, es Jonathan Williams, junto a una de sus amantes, la que le dio más lealtad en su anterior vida.

Fue como si nos hubiera tirado un jarrón de agua fría. Inesperado. Venenoso. Crudo. Adara se llevó una mano a la boca, impactada, y yo me tragué todos los improperios que no quería decir delante de Tymora.

—¿Nos estás intentando decir que Vladimir es Jonathan Williams? —vociferé furioso aún sin poder creerlo firmemente—. ¿El antepasado de Adara?

—Sí. Esta es su segunda reencarnación, y espero que la última —miró a su diosa.

Adara adelantó un paso sacudiendo la cabeza con un gesto de la mano, porque no lograba cuadrar algo que rondaría su cabeza.

—¿Y qué tiene que ver aquí Tommy? —su rostro se llenó de turbación.

—Mucho más de lo que puedes creer —ladeó su rostro mirando por encima de su hombro. Y una puerta —de una altura razonable para los humanos— situada en el extremo de la figura, se abrió de par en par.

La persona que apareció detrás de ella logró que tensara cada músculo de mi cuerpo,

amansando una ira creciente. Apreté los puños conteniendo un rugido al verlo caminar hacia nosotros.

—¿Qué hace él aquí! —bramé sintiendo como Adara se ponía contra mi pecho, deteniéndome. Mis ojos enfurecidos se dirigieron a Tymora—. ¿A qué estás jugando?

—Necesitamos de su presencia para la parte que le toca —recriminó mi actitud salvaje y tosca—. Balar le concedió una vida más a Jonathan, sí, pero con la condición de que fuera a través de uno de sus descendientes. Solo sería a través del primer bisnieto varón de Leonard Williams. Balar sabía que la marca elemental estaría muy cerca de Jonathan en esta época y por eso escogió a Tommy. Marcó el camino de Tommy hace mucho tiempo.

Mi cara era puro estupor viajando mis ojos de Tymora a él. ¿Esos dos se conocían? ¡Y desde cuándo si se podía malditamente saber!

—¿Qué significa eso? —quiso saber Adara aún contra mi cuerpo.

Ella se ladeó hacia Tommy para dejarle hablar. Vi como él inspiraba aire manteniéndonos la mirada.

—Significa que Jonathan poseyó mi cuerpo por más de veinticuatro años. Cuando cumplí diez años, pudo tomar mi cuerpo por completo. Su alma quedó libre y me poseyó —apartó el rostro contrayéndolo por algún recuerdo—. Él ha estado usándome a su antojo hasta que tuviera su cuerpo. Lo buscó por años estando dentro de mí, hasta que hace cinco años lo encontró...

—Es suficiente. No cuentes más —le paró Tymora alzando una mano y éste asintió como un perro faldero.

Adara se quedó paralizada, con una expresión horrorizada por lo contado. Yo permanecí impasible, ocultando más las emociones que intentaban liberarse. Aunque me intentara aferrar a que era un bulo, todo empezaba a cuadrarme. Su forma de hablar, su forma de dirigirse a nosotros, hasta la forma de mirarnos había cambiado.

—¿Y ahora eres tú? —la voz de Adara se debilitó por la desazón—. Quiero decir, el verdadero Tommy.

Él asintió sin hablar.

—¿Por qué? —siguió Adara.

—Porque en esta parte de la isla hay más luz que sombras —comenzó Tymora—. Una vez que cruzaron la puerta, Jonathan salió del cuerpo de Tommy y se introdujo en el suyo.

—¿Entonces tú nunca me secuestraste? —titubeó Adara.

Me quedé mirándola perplejo. ¿Le estaba dando el beneficio de la duda?

—Podías ver mi cuerpo, mi cara, pero yo no era quien estaba al mando —reconoció resignado agachando la cabeza, ocultando sus emociones—. Me tenía recluido en alguna parte de mi mente, imposibilitándome hablar contigo. Siempre fue más fuerte que yo. Supongo que así estaba escrito en el universo, que me escogiera a mí para poseerme. Yo nunca fui el malo. Lo siento por todas las calamidades que habéis pasado en mi nombre.

—Una puta disculpa no va arreglar nada —dije entre dientes.

—Contente, Enzo —me advirtió Tymora con dureza.

—Y cómo sé, que después de años habitando su cuerpo, ¿él no tiene el alma podrida de maldad? —proseguí en un tono desdeñoso e hiriente—. ¿Cómo sé que no es como Jonathan?

Adara me echó una mirada como si también hubiese pasado por su cabeza las mismas preguntas. Estábamos en nuestro derecho de dudar de él.

—Porque yo lo sé, y eso es suficiente —sentenció Tymora con un dominio que me crispaba—. Además, creo recordar que os ha salvado en más de una ocasión.

—¿Y Jonathan podría de nuevo tomar su cuerpo? —inquirió Adara manteniendo su mirada en Tommy.

—Si Tommy saliera del interior de la isla, sí. Por eso tenemos que deshacernos de Jonathan antes de que vaya a por la Esfera de Ériu.

Tymora ladeó su cabeza hacia él, no le habló, solo le hizo un gesto estricto y éste asintió con una reverencia y se dio la vuelta marchándose de esta sala. Sacudí la cabeza con un rostro adusto.

—¿Adónde va? —le señaló Adara.

—No muy lejos, lo necesitamos —Tymora echó la vista atrás un segundo.

Apreté la boca, endureciendo la expresión. Era lo que me faltaba.

—Vale —repliqué con brusquedad—. Adara tiene la marca elemental y yo soy su guardián. ¿Qué es lo que debemos hacer? —fui directo al grano.

—El escudo de la Esfera está desactivado en la Cámara Sagrada de Ériu. Y Adara es la única que puede entrar al lugar sagrado de la diosa y activar de nuevo el escudo. Y tú también, pero en determinadas zonas —me señaló a mí—. No hay más opciones. Yo no puedo tocar a Jonathan. Cuando Balar le prometió que volvería, pensé en concederle un guardián al siguiente descendiente de la marca elemental. Así fue como marqué el camino de los Price con los Williams. Y todo comenzó cuando Leonard y Horace se conocieron. Era la última oportunidad que le daba a los Williams de redimirse después de que Jonathan profanara su lealtad e intentara traicionarme a mí y a la diosa —Tymora mantuvo su cuerpo hacia a Adara—. Él llegó perdido a esta isla, te confieso que nunca confíé en él, hasta mucho después de que el tiempo desgatara más su cuerpo. Y fue mucho después de que Leonard y Horace se hicieran amigos, que les hice la primera de muchas visitas. Ellos tenían dudas, como os ocurrió a vosotros. En el tiempo que ellos vivieron custodiando la isla, nunca ocurrió nada. Dejaron un legado de escritos para la siguiente generación —nos señaló a ambos—. Jonathan es el instrumento de la venganza. Él quiere profanar el lugar sagrado. Y va a ser la última injusticia que cometa. Nunca debí confiar en mis propios juicios y haberle otorgado ser un guardián. Pero tarde, me di cuenta de que era el instrumento del mal. Él mató sin piedad, humilló con crueldad, y destrozó vidas solo para conseguir la Esfera. Y tu Adara, te toca redimir sus errores.

Adara agachó la cabeza sintiéndose abatida y avergonzada. Fulminé con la mirada a Tymora por hablarle así. Adara no tenía culpa de que ese miserable la traicionara. Ella cometió el error de confiar en él, ella provocó esto.

—¿Por qué me quiere Jonathan? —Adara se aclaró la garganta.

—Para conseguir la Esfera y sacrificarte en el altar de Balar. Así tendría el absoluto poder y tu marca pasaría a él. No puede haber dos marcas elementales.

Se hizo un tirante silencio entre los tres. *¡¿Sacrificarla?! Las pulsaciones se me dispararon. Mi pecho subió y bajó salvajemente, sintiéndome enfebrecido de rabia. Ese miserable no le iba a poner una mano encima a mi mujer. Pude oír como Adara se quedaba sin aire después de las frívolas palabras de Tymora, perdiendo el color de su cara, cubriéndola el más terrible de los miedos.*

Mi cuerpo se agitó y me sentí prisionero del pánico. Un solo pensamiento cruzó mi mente. Adara en peligro. Adara herida. Adara tentando la muerte. Me tragué la mueca estremecido por el horror de imaginarlo. Sé que, si íbamos a ese lugar sagrado para que Adara activara el escudo, no saldríamos con vida de allí. Estaba seguro.

Hasta aquí habíamos llegado.

—Adara, sal de esta sala —le pedí duramente sin quitarle la mirada a Tymora—. Quiero

hablar a solas con Tymora.

Ella se volvió hacia mí, agitada por mi petición.

—Enzo, no —me susurró.

—Sal. ¡Ahora! —me puse firme e intimidante.

Ella apretó los labios echándome una mirada poco complacida. Me entrecerró los ojos y poco después, se dio la vuelta saliendo de la sala. Me consideré un imbécil monumental. Le he gritado y la he hecho enfadar sin motivos. Hablaría con ella más tarde. Le pediría perdón por ser un imbécil que solo intentaba protegerla de cualquier peligro, pero necesitaba estar a solas con la mismísima Tymora.

Respiré profundamente, llenando mis pulmones de aire nuevo que me serenó un poco, pero no lo suficiente. Nos habíamos quedado solos y ya era hora de que supiera unas cuantas verdades que me guardaba sobre ella. No sé dónde demonios miraba, porque no tenía la puta intención de descubrirse la cara.

Opté por seguir mirándola.

—Te crees importante. Poderosa —siseé.

Ella ladeó una sonrisa.

—No me lo creo. Lo soy. Y cuidado por donde vas. Hasta tú tienes límites. Y te estás extralimitando.

Sacudí la cabeza por su hipocresía.

—Sabes, creo que tú podrías resolverlo todo con un chasquido de dedos —le alenté, imitando el chasquido con una voz burlona—. Pero me parece que he descubierto en ti una nueva faceta. Te encanta usar a las personas de marionetas.

Levantó el rostro levemente, y pese a que la capucha no mostraba su rostro, avisté por una milésima su nariz y sus finos pómulos.

—Alguien que confirma con total seguridad algo, que lo da por hecho, no tiene forma de estar equivocado. ¿Verdad, Enzo? —me contrató con supremacía.

—No juegues conmigo —le advertí con fiereza.

—Entonces deja de ser estúpido y se útil —me desafió con su maldita y estirada prepotencia.

Mi carcajada resonó en la sala y vi cómo se contenía con los puños apretados.

—Pretendes que yo y Adara vayamos a ese lugar sagrado de Ériu, activemos el escudo y ya está —espeté con irritación.

—Y ya está —repitió concisa.

—¿Me ves tan estúpido para no creer a los peligros que nos enfrentaremos? Jonathan. La psicópata de su amante. Sus hombres. La isla mismamente —alcé la barbilla desafiándola sin ningún temor—. Te lo digo ahora, cara a cara, no pienso arriesgar la vida de Adara. Me niego a que vayamos a ese lugar.

—¿Ni por los millones de personas en el planeta? —me puso a prueba.

Tymora sabía que palabras usar para ser la vencedora, pero que ni creyera que caería de rodillas.

—Ni por ellos —refuté para irritarla.

—Egoísta.

—Y tú eres una hipócrita.

Sí, estaba tentando mi suerte.

—Mide tus palabras, Enzo. Te lo advierto.

—No te tengo miedo.

Sonrió asintiendo.

—Lo sé. Y es admirable. Pero tenme más respeto. No soy igual que tú.

No. Eres mucho peor. Me tragué esas palabras para no esculpírselas.

—Elimina tú a Jonathan y déjame sacar a Adara de aquí —le propuse intentando serenarme.

—Eso no puedo hacerlo —sacudió la cabeza.

—¿Por qué? —su negativa me enfureció.

—Porque no es la voluntad de Ériu.

Esboqué una sonrisa irónica frotándome la frente.

—Oh vaya, nunca me he sentido tan bendecido por ser un elegido o un guardián o lo que sea que soy, y que mi destino y el de Adara sea activar un escudo y detener a un tío que tuvo su alma retenida más de trescientos años, y ahora está aquí buscando venganza —lo solté todo atropelladamente sintiendo como la vena del cuello se me hinchaba.

La tuve a un paso de mí imponiéndose con esa voz estricta y regia.

—Sarcasmos con Ériu no los voy a permitir.

—Entonces permíteme esto —me quedé cara a cara con ella, siendo más alto, aunque esa insoportable capucha tapara casi todo su rostro—. No pienso seguir jugando a tus maquinaciones. Así que tú, la isla, Jonathan, todo lo que domina este territorio... se pueden ir a la mierda. Te quedas sola, Tymora —caminé hacia atrás haciéndole ver que tenía las de perder—. Te veía con mucha más inteligencia cuando solo nos observabas y no hablabas nada.

Me di la vuelta para salir de este maldita lugar. No pensaba ceder. No expondría la vida de Adara de ninguna de las formas. ¿No que era su guardián? Pues lo protegería hasta mi último aliento de todo lo que intentara dañarla. Aunque tuviéramos las de ganar, siempre había una *posibilidad* de que ella resultara herida y eso no lo iba a permitir.

—Te estás muriendo, Enzo —su voz se hizo eco retumbado en la estancia.

Frené de golpe mis pasos, quedándome paralizado. Tardé en asimilar cada una de las palabras que había pronunciado sin un mínimo tacto. Fue a bocajarro, con frialdad absoluta. Golpeándome como un látigo encendido de fuego. Tragué saliva con dificultad.

—¿Qué has dicho? —mi voz salió en un murmullo y me di la vuelta hacia ella, que seguía inmóvil.

Avanzó hacia mí con dominio, con sus manos juntas sobre su vientre y comenzó a dar vueltas a mí alrededor con total confianza.

—Esos dolores de cabeza, ese desmayo que sufriste —la miré por encima de mi hombro sin fiarme—, no son normales. Y es verdaderamente fascinante como se lo ocultas con maestría a todos, sobre todo a Adara.

Cerré los ojos haciendo una mueca de dolor. No. No. Era mentira. Me negué a creerlo.

—No te creo —apreté la boca—. Lo dices para manipularme. Porque sabes que no voy a permitir que Adara active el escudo de la Esfera.

—No te estoy manipulando. Y tú lo sabes muy bien. Si yo quisiera, como tú dices, en un chasquido de dedos os podría obligar a ti y a Adara a completar el juramento sagrado, pero no voy a hacerlo —permaneció callada unos segundos, y su voz sonó como si lo confirmara con una plena convicción—. Sabes que tu cuerpo te lo está diciendo, como poco a poco se va apagando, marchitando por lo que te está devorando por dentro.

Podría decirle que su maldad no tenía límites, que todo lo dicho lo había hecho para hacerme daño y seguir manipulándome. Pero de mi boca no salió un reproche o una réplica que destapara su vil mentira de decirme que me moría. Mis *sospechas* eran correctas después de todo. No fui

capaz de moverme. Mi pecho se agitó de un perforador dolor transcendental. El abismo me apresó, subyugándome a sus profundidades para tenerme de rodillas. Sé que mi cuerpo me lo estaba mostrando por fases; dolor, debilidad, agotamiento. A veces podía respirar y otras me costaba más trabajo. Perdía la vista en intervalos. Y los latidos del corazón se volvían más apagados. Era un letargo lento que me consumía sin poder detenerlo. Me había negado darme un diagnóstico, porque tenía miedo de la propia verdad que escondían los síntomas.

Mi corazón se negó en rotundidad, luchó, se aferró a que yo no moriría, que era joven, fuerte, y que pasaría el resto de mi vida mortal junto a Adara, haciéndola feliz, amándola cada uno de mis días. Pero mi mente fue más fuerte, aplastante, incapaz de dejarse llevar por fantasías que se quedaban en una triste ilusión derrotada, aceptó lo que llevaba tiempo pensando, lo que llevaba tiempo intentando no reconocer, lo que llevaba tiempo ocultando. Estaba postrado en el lecho de la muerte y necesitaba saber cuánto me quedaba.

Inhalé fuertemente.

—¿Cuánto? —mi voz se quebró a pesar de la entereza que quise mostrarle.

—¿Cuánto qué? —remarcó.

—Cuánto me queda —mi voz salió en un hilo.

—El tiempo suficiente para hacer la voluntad de Ériu y hacer feliz a Adara un tiempo más.

—¿Hacerla feliz? —mi sonrisa se eternizó en la más absoluta desdicha—. Vaya. No sabía que ahora que te den un tiempo limitado de vida sea la más increíble felicidad.

—Esas pastillas que te estás tomando no te hacen nada —insistió fríamente.

Bajé la vista hacia el bolsillo de mi pantalón, no sorprendiéndome que supiera de ellas.

—Tú que sabrás —farfullé abatido.

Le di la espalda sintiendo como los ojos se me humedecían y me obligué a no derramar ni una lágrima delante de ella. Me daba igual si era una desobediencia darle la espalda. Intenté controlar el *caos* que estaba empezando a gobernarme, pero me fue imposible retener todo lo que necesitaba expulsar ahora que era conocedor de esos dolores de cabeza.

—Merecías saberlo, Enzo. Si quieres verme como la mala, adelante. Pero no quería que siguieras sintiéndote confundido con tu estado de salud.

Asentí, pero no sé por qué lo hacía. Si por inercia o aceptación de la realidad.

—Es alguna enfermedad... —titubeé mirándola por encima de mi hombro.

—Lo que tú tienes ningún estudio médico logrará verlo. Nunca encontrarían lo que padeces —me cortó para darme una detallada explicación—. Todo esto comenzó con tu reencuentro con Adara. ¿Quieres saber que te está matando?

Parpadeé repetidas veces con las pestañas húmedas, no entendiendo nada. Antes de abrir la boca, me hizo un gesto para que la siguiera. La seguí y aún me sorprendía que mis pies funcionaran y pudiera caminar en un perfecto equilibrio. Tymora se detuvo delante de un enorme ventanal.

—Mira hacia afuera —se volvió hacia mí y me hizo un gesto con la cabeza.

Me acerqué con pasos lentos y miré a través del gran cristal. Solo vi a Adara muerta de los nervios, caminando de un lado para otro, mordisqueándose una uña, esperando a que saliera, bajo la sombra de unos árboles agrupados. Por un momento, me quedé embelesado mirándola.

—No te entiendo —sacudí la cabeza, más aturdido—. ¿Qué intentas decirme?

Los dos la mirábamos.

—Es Adara quien te está matando —me soltó como el más letal de los golpes.

Me giré hacia ella abruptamente.

—¿Cómo puedes decirme algo así! —gruñí cegado por la ira, ella no respondió y seguí descontrolado—. ¿Cómo puedes ser tan cruel? ¿Es que no tienes corazón?

Tymora no tenía ningún rasgo de humanidad. ¿Es que no sabía cuánto podía herir con cada palabra que soltaba? Me alejé de ella unos pasos para tomar el control de nuevo, notando el corazón acelerado, el dolor apresando mi cabeza, y me froté la cara con las manos intentando despejar mi mente. Ni en mil años creería que Adara era mi verdugo. Sea lo que sea lo que me estaba matando, mi Adara no era la culpable.

—Lo que os une va más allá de todo lo posible —prosiguió—. Lo que te une a Adara, es más que un amor de mortales. Estáis conectados por un vínculo fuerte e irrompible. Capaz de sobrepasar cualquier límite y tiempo. Pero ella lamentablemente es tu debilidad. Así lo pactó la divinidad. Pero vuestro amor tiene su sacrificio. Y el sacrificio es la muerte. No intento de ninguna forma que veas a Adara como tu asesina, ni que la veas con otros ojos para desestabilizar vuestra relación. Sé cuánto la amas, se cuánto estás dispuesto a hacer por ella y que nunca tus ojos dejaran de verla con amor y devoción. Has sido un hombre golpeado y humillado por la vida, y veo con injusticia este final para ti.

Cerré los ojos atizándome la palabra «final.»

—¿Lo hiciste tú? —pronuncié cuidadosamente.

No hizo falta que remaricara la palabra «matarme». Ella sabía que le estaba preguntando. Mientras su silencio me impacientaba, mis ojos se desviaron hacia la estatua de la Diosa Ériu en un acto reflejo.

—No. Ériu —me confirmó lo que yo ya estaba sospechando—. Quiere saber hasta qué punto es tu lealtad con el amor de tu vida. Quiere saber cuánto estarías dispuesto a sacrificar. Y eligió tu vida. Tu vida a cambio de la de Adara. Cuando vuelvas a desmayarte, no volverás a despertar. Cuando sientas que tu corazón disminuye los latidos, tú mismo sabrás que has llegado al final de tu camino —sus labios dejaron de pronunciar palabras y a mí poco me importaba en este momento. Solo quería arrancarme del pecho el dolor lacerante que me estaba perforando el corazón—. Debo de advertirte de una cosa que no mencioné delante de Adara de forma más expresiva. Como dije, en el mundo no puede haber dos marcas elementales. Y Jonathan por desgracia es más fuerte que ella. Pronto Adara se sentirá débil, y si Jonathan pasara más de una hora cerca de ella, corre el riesgo de dejarla sin vida, porque las dos marcas intentarían absorberse, y una de las dos se quedaría sin vitalidad.

Saber eso, dejó a mis pulmones sin aire contrayendo mi rostro del más puro pánico.

—No puedo permitirlo —logré decir mirando a mi mujer con los ojos empañados de lágrimas.

—Me alegra saber que has recapacitado.

—Dejaré sola a Adara —musité con el rostro contraído por un dolor perpetuo.

—Sé que sacrificio harás Enzo, pero imagínate un mundo gobernado por Jonathan. ¿Crees que Adara sería feliz?

—Sácala de esta isla, Tymora —le supliqué con la voz desgarrada. Ahora que sabía la verdad me daba igual suplicarle mil veces, ponerme de rodillas si ese era su deseo. Si quería humillarme y vejarme que lo hiciera, por Adara era capaz de cualquier cosa—. Yo mismo me encargaré de Jonathan. De activar el escudo. De hacer que todo vuelva a la normalidad. Pero necesito que ella esté fuera de la isla.

Se mantuvo imperturbable y su silencio me mató, la vi hacer una mueca poco después como si estuviera enojada.

—No estás entendiendo nada, Enzo. Adara puede morir. Si pronto no activáis el escudo.

Moriréis los dos y Jonathan habrá ganado —sentí como tomaba aire calmadamente—. Te dejaré solo para que tomes una decisión.

Mi cabeza quiso hacerle más preguntas, que me diera el día exacto de mi muerte, saber qué sucederá con Adara y los chicos cuando yo dejara este mundo. Pero no lo hice, quedándome congelado. Sus pasos golpeando el suelo fueron apagándose, y me di cuenta poco después, que me había quedado solo en esa colosal sala.

Me quedé con los hombros caídos y la cabeza agachada. No fui consciente de como mi cuerpo temblaba de impotencia, de rabia y de un dolor irreparable hasta que me miré con profundidad. Me costó respirar, sintiendo cada doloroso latido del corazón golpeándome. El dolor se acercó contra mi carne y me rasgó visceralmente. Pronto, un sollozo interrumpió en mi pecho, abriéndose en canal y caí de rodillas contra el suelo, deslizándose las lágrimas por mis mejillas. Derrotado. Abatido. Destruído.

Voy a morir. Susurré en mi mente. Voy a dejarla sola. Voy a destrozarla. Porque cuando lo sepa sé que padecerá de un dolor irreparable.

Sin que pudiera aferrarlos contra mí, se escaparon de mis manos los sueños creados al lado del amor de mi vida, desaparecieron entre mis dedos como el agua. Mis deseos se rompieron en mil pedazos. Ériu ha permitido que conociera el amor, que lo tocara con mis manos, que conociera a la mujer más especial y maravillosa del mundo, que me sintiera más vivo que nunca con ella, y ahora de una sola estocada me lo arrebató todo. Eché un vistazo a la diosa representada en figura. Ni me molesté en amansar mi odio contra ella por haber destrozado mi vida, mi futuro junto a Adara, por hacer que mi muerte fuera culpa de ella, y me negaba una y mil veces a que eso fuera verdad. La única culpable era la diosa por crear su sacrificio. Por sacrificarme, y ahora entendía que dudaba de mi lealtad con mi mujer. Pero Ériu no sabía que mi lealtad siempre sería de Adara, y solo de ella. Quería que pagara un precio, y lo iba a hacer. No me echaría para atrás. Cerré los ojos cubiertos de lágrimas y retorcí la boca, mientras todo mi cuerpo se encorvaba mostrando el sufrimiento que representaba saber de mi muerte. Mi futuro con Adara quedó difuminado y eché un vistazo —uno pequeño— entre los velos del halo que lo tapaban, para ver cómo eran esos años. Lo único que hice fue hacerme más daño, porque yo ya no estaba a su lado, celebrando cada día por estar juntos. El miedo me fustigó como un látigo y me sentí más vulnerable que nunca. No estaba preparado para morir. No estaba preparado para dejar a Adara. Y, aun así, por más que yo me aferrase a ese deseo, lo haría. La dejaría sola.

Y me dejé arrastrar por el infierno que estaba viviendo.

Continuará...